

Novela galardonada con el premio John W. Campbell
en 2007, por el ganador de seis premios Hugo

TITÁN

BEN BOVA



Lectulandia

Es el año 2095. Después de muchos meses de viaje, la gigantesca nave colonia Goddard por fin ha empezado a orbitar alrededor de Saturno, llevando una población de más de diez mil disidentes, rebeldes, extremistas y visionarios en busca de una nueva vida. Entre las misiones de la Goddard está el estudio del planeta Titán, que ofrece la tentadora posibilidad de que pueda existir vida entre sus islas azotadas por el viento y sus mares de un gélido color negro.

Cuando la sonda de exploración Titán Alpha falla misteriosamente tras alcanzar la superficie de la luna, las tensiones que han permanecido enterradas durante tanto tiempo emergen entre los colonos, que deberán luchar por la supervivencia de la colonia, y por el destino de la raza humana.

Con *Titán*, **Ben Bova** lleva a sus lectores a uno de los destinos más intrigantes del espacio cercano: la extraordinaria luna de Saturno, que en 2005 cosechó titulares de todo el mundo cuando la sonda Huygens envió sorprendentes imágenes de sus extraños paisajes.

Lectulandia

Ben Bova

Titán

ePub r1.0

GONZALEZ 15.07.16

Título original: *Titan*
Ben Bova, 2006
Traducción: Pedro Manuel Cortés
Ilustración de cubierta: Fred Gambino

Editor digital: GONZALEZ
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Agradecimientos

A la memoria de mi amigo David Brudnoy, buscador de la verdad.

Y mi especial agradecimiento a Dwight Babcock, que acuñó el nombre de «Hache Tumbada» para uno de los mares de Titán.

Arriesgar nuestra persona a cada instante es el único motivo por el que en realidad vivimos. Y muy a menudo creer de antemano en un resultado todavía incierto es lo único que hace que ese resultado se convierta en realidad.

—William James

24 de diciembre de 2095

A orillas del mar de metano

Era cerca del amanecer en Titán. Un espeso y lánguido viento se deslizaba como una bestia grasienta que despertase lentamente de un sueño agitado, gimiendo, avanzando pesadamente sobre la tierra helada. El cielo era de un naranja grisáceo, y estaba cargado de aletargadas nubes; el remoto Sol no era más que una débil ascua de apagada luz roja ardiendo tenuemente en el horizonte. No había una sola estrella en aquel cielo envenenado, ni una luz que rompiera la oscuridad; solo el casi imperceptible atisbo de un lejano resplandor revelaba el lugar en el que, allá en lo alto, flotaba el gigantesco planeta Saturno.

El mar, cubierto de hielo, también estaba oscuro, debido a su quebradiza y agrietada envoltura de fangosa nieve de hidrocarburo negro, que azotaba en rachas irregulares los pequeños riscos que lo rodeaban. En su base los riscos tenían algunos surcos, mostrando los lugares donde las débiles olas se habían alzado para luego retroceder: alzado y refluído, en esa cadencia inexorable que ha persistido durante eones. A lo lejos, una tormenta de metano avanzaba lentamente por el mar, diseminando cristales de tholin de hidrocarburo negro, como una cortina de tinta que giraba más y más cerca.

De pronto, un promontorio de hielo se desmoronó bajo el incesante aguafuerte del mar, resbalando al interior de las olas negras con un rugido que ningún oído oyó ni ningún ojo vio. Bloques de agua helada se deslizaron al interior del mar, rompiendo la fina capa de hielo ennegrecido de su superficie, arrojando espuma y cabeceando en el agua por unos segundos antes de que el mar abierto comenzara a congelarse una vez más. Y una vez más, todo permaneció tranquilo y en silencio, salvo por el débil gemido del apacible viento y el incesante azote de las aguas. Y fue como si aquel promontorio nunca hubiera existido.

Titán giraba lentamente en su majestuosa órbita alrededor del anillado planeta Saturno, tal y como había hecho durante billones de años, oscuro e ignaro bajo su manto de nubes de caoba rojiza, como un mendigo ciego dando vueltas a tientas en apagados círculos a través de un frío y despiadado universo.

Pero aquel lento amanecer era diferente. Un nuevo tipo de día estaba a punto de comenzar.

El repentino retumbar de un trueno resonó por la superficie helada del mar, tan ardiente y poderoso que algunos bloques de hielo se partieron y cayeron de los riscos helados, hundiéndose en la oscura costra que había debajo. Un fugaz resplandor iluminó las nubes, proyectando un fantasmagórico espejismo de luz naranja sobre la orilla del mar.

De entre las nubes descendió algo totalmente desconocido, un gigantesco objeto oblongo que osciló suavemente bajo un henchido dosel. Descendía despacio, rumbo a

las redondeadas lomas que bordeaban el oscuro y turbio mar. Mientras se aproximaba a la superficie helada, otro brillante resplandor de abrasadora luz estalló en su parte inferior con un bramido que reverberó en los montículos de hielo y las ondas del tenebroso mar. Tras aquello, se asentó lentamente en la escarpada superficie de una de las lomas, acuclillándose con pesantez sobre cuatro gruesos rodamientos de oruga mientras el paracaídas se combaba, desfallecido, sobre su borde, a medio camino del encostrado mar negro.

Las criaturas que vivían en el hielo excavaron hacia las profundidades para escapar de aquel monstruo alienígena. No tenían ojos ni oídos, pero eran enormemente sensibles a los cambios de presión y de temperatura. El alienígena desprendía calor, un calor letal, y era tan pesado que se hundió en el blando fango de la superficie e incluso quebró el hielo subyacente bajo su masa, convirtiéndolo en polvo. Las criaturas del hielo se desplazaban con dolorosa lentitud; las que se hallaban justo bajo el gigantesco alienígena no fueron lo bastante rápidas como para evitar verse aplastadas y abrasadas por su calor residual. Las que estaban en las proximidades cavaron en el hielo tan aprisa como pudieron, en una lucha ciega por la huida, la supervivencia, la vida.

La tormenta de tholin negro alcanzó entonces los acantilados y giró sobre el monstruo alienígena. El silencio regresó a la playa del gélido mar de Titán.

Diario oral del profesor Wilmot

Hoy, Urbain y su troupe científica harán aterrizar su sonda en Titán. El verdadero trabajo de este hábitat va a comenzar.

Diez mil hombres y mujeres encerrados en este cilindro orbital. En los dos años que le ha llevado alcanzar la órbita de Saturno hemos pasado por un asesinato, una ejecución y una desagradable muestra de brutalidad policial. Hemos tenido unas elecciones, si se les puede llamar así, y se ha establecido un Gobierno... si se le puede llamar así.

Los científicos están contentos. Han estudiado los anillos de Saturno e incluso han hecho algunos descubrimientos extraordinarios. Ahora van a enviar ese enorme vehículo de tierra suyo a la superficie de Titán. Ese maldito monstruo va a arrastrarse por el lugar, dirigido desde aquí arriba, en el hábitat.

Por supuesto, me han quitado el poder. Es mejor así. Si Eberly no me hubiera depuesto me habría largado yo mismo. Pero ha sido un asqueroso chantaje; nada agradable. Aun así, mi labor aquí es observar a esta gente y ver qué clase de sociedad puede llegar a producir por sí misma. El sueño de un antropólogo: ver cómo se crea una nueva sociedad.

Diez mil hombres y mujeres. Ningún niño, claro. No están permitidos. Aún no. La mayor parte de nuestra población está compuesta por exiliados. Disidentes políticos o no creyentes que, allá en la Tierra, cometieron algún delito contra sus Gobiernos basados en la fe. Encerrados en este mundo artificial, este hábitat construido por el hombre. Físicamente, es bastante agradable. Sin duda resulta un medioambiente mejor del que muchos disponen en la Tierra. Pero tengo dudas. Muchas de estas personas vivirán aquí permanentemente; no se les permitirá regresar a la Tierra.

Diez mil exaltados e inconformistas. Físicamente son adultos, pero más bien se comportan como si fueran adolescentes. Muy pocos de ellos aceptan las responsabilidades; viven para pasarlo bien, no para trabajar. Salvo los científicos, por supuesto. Y los ingenieros, supongo. En realidad, uno no debería sorprenderse de su actitud adolescente. Con tan larga esperanza de vida y sus terapias de rejuvenecimiento, que pueden alargar en siglos su período vital, ¿por qué su adolescencia no se iba a extender hasta los cuarenta o los cincuenta años?

Pero esto me preocupa. Bastaría un puñado de estos vetustos jovenzuelos para causar problemas muy serios. Podrían extender la insatisfacción y la rebelión por toda la población, como una infección viral. Este hábitat podría verse arruinado por unos pocos descontentos. Un puñado. Quizá solo uno. ¿Cómo puede nadie protegerse contra el brote de una enfermedad tal?

Va a ser interesante observar cuanto ocurra.

24 de diciembre de 2095: Hábitat *Goddard*

—¡*Titán Alpha* ha aterrizado! —exclamó el controlador de la misión—. Ha tocado tierra a salvo.

Con un sonoro aullido de triunfo se quitó el intercomunicador del oído, y lo lanzó a las vigas de acero que conformaban el techo del abarrotado centro de control. Durante los últimos seis días, la sonda teledirigida *Titán Alpha* había trazado su espiral a través de aquel vacío empapado de radiación que se extendía entre el enorme hábitat *Goddard* y la gigantesca luna de Saturno, orbitando cautelosamente alrededor de Titán una docena de veces antes de intentar ingresar en su densa atmósfera tóxica. Ahora había aterrizado a salvo, y era hora de celebrarlo.

Eduoard Urbain sintió una imperiosa necesidad de orinar. Reparó en que había permanecido ante la consola principal del centro de control de la misión durante más de seis horas, y ahora que los controladores estaban gritando y dándose palmaditas en la espalda unos a otros, tuvo la impresión de que podía respirar otra vez. Y mear.

Pero eso no iba a ocurrir. Aún no. A su lado estaba Jacqueline Wexler, presidenta del Consorcio Internacional de Universidades, de quien los fondos, promoción y prestigio podían manar tanto como verse retenidos.

En aquel momento de triunfo, la doctora Wexler era toda sonrisas y elogios.

—¡Lo has logrado, Eduoard! —exclamó con entusiasmo, por encima del borboteante parloteo de los eufóricos científicos e ingenieros—. El aterrizaje ha resultado un éxito. Van a ser unas felices Navidades para todos.

Urbain oyó el estallido de los tapones de champán, las carcajadas y el estridente jugueteo que aflora cuando la tensión que mantiene los nervios de punta se ve de pronto liberada. Aunque sentía la misma alegría y satisfacción, no tenía el menor deseo de mezclarse en las celebraciones, ninguna prisa por portarse como un idiota. Lo que realmente deseaba en aquel preciso momento era ir a los urinarios.

Pero Wexler no iba a soltarlo. Le aferró el antebrazo con unos dedos descarnados, semejantes a una garra, con tanta fuerza como para suscitar en Urbain una mueca de dolor, y procedió a presentarle a las otras personas de importancia que habían emprendido el viaje hasta Saturno para asistir a aquella memorable ocasión.

No podía decirse que la mujer tuviera una presencia imponente. La doctora Wexler parecía tan dura como quebradiza, pensó Urbain. Era una mujer menuda y huesuda, con una intensa cara de pájaro y una lacia y muy corta cabellera castaña. Iba vestida con una túnica entallada y un par de pantalones azul oscuro diseñados más bien con el propósito de disfrazar su esquelética figura que con el de reafirmar su visión de la moda. Con todo, ella tenía el poder, y la falta de piedad necesaria para ejercerlo. Allá en la Tierra solían llamarla «Atila la Dulce». No por su rostro, desde luego.

El propio Urbain era muy elegante. Se había pensado mucho qué iba a ponerse para el evento de aquella mañana, y, con la ayuda y la definitiva aprobación de su mujer, había elegido un elegante traje gris con un delicado fular persa de seda azul.

Urbain no ignoraba que Jeanmarie se hallaba entre la masa de espectadores. La buscó, hasta que por fin la vio, observándole, con unos ojos que resplandecían por su éxito. Es preciosa, pensó Urbain. Preciosa y, por fin, feliz.

Treinta y siete celebridades de la universidad y los medios de prensa habían volado en una nave estelar de fusión de alta velocidad a aquel hábitat que orbitaba alrededor de Saturno, cortesía de Pancho Lane y la Corporación Astro. Por regla general, los hombres y mujeres que dirigían el Consorcio Internacional de Universidades preferían quedarse en la Tierra y gastar su dinero en investigaciones o en la enseñanza. Normalmente, los ejecutivos de las cadenas de noticias enviaban a sus reporteros a otra parte mientras ellos se quedaban en sus opulentas oficinas. Pero Pancho Lane se dirigía al hábitat *Goddard* y había invitado al CIU y a los medios de prensa a que enviaran un contingente con ella, de modo que ahí estaban.

Urbain padeció lo que parecía un interminable rosario de presentaciones. Wexler incluso lo presentó al profesor Wilmot, que había estado a bordo del *Goddard* desde el principio como administrador jefe, y que había vivido y trabajado con Urbain desde hacía ahora tres años.

—Buen trabajo el de hoy, Eduoard —dijo Wilmot con jovialidad cuando se estrecharon la mano, mientras Wexler sonreía encantada, en señal de aprobación—. Espero que mañana vaya todo igual de bien.

Mañana, pensó Urbain. El día de Navidad. Cuando comenzarían a poner en marcha los sensores de *Titán Alpha* y daría inicio la exploración de la superficie de Titán.

—Toma un poco de champán, Eduoard. —Wilmot le ofreció su propia copa de plástico, que no había tocado—. Te lo has ganado.

—Eh, ahora mismo no, gracias —replicó Urbain—. Primero tengo que hacer una cosa.

23 de diciembre de 2095:

El día anterior

El exitoso aterrizaje de *Titán Alpha* en la nubosa superficie de la luna más grande de Saturno no fue el único suceso extraordinario que tuvo lugar a bordo del hábitat *Goddard*. Un día antes, Pancho Lane había hecho algo no menos sonado.

Aunque oficialmente ya no era la principal responsable de la corporación Astro, Pancho tenía aún peso suficiente para apropiarse de la nave estelar de fusión Starpower III y emprender un vuelo de seis semanas al lejano Saturno. E incluso para hacerse acompañar de una pandilla de peces gordos y ejecutivos de noticias del CIU, así como de su amante y guardaespaldas personal.

Pancho enfiló el corredor central de la Starpower III, abarrotado de instrumentos de control, en dirección al puente, para observar la aproximación de la nave estelar a *Goddard* a través de los ventanales de acerocrystal del puente. Dado que en otro tiempo había sido astronauta, carecía de paciencia para quedarse sentada en su compartimento y observar desde la pantalla de vídeo la aproximación y el acoplamiento. Y tampoco estaba de humor para mezclarse con los pasajeros en el vestíbulo central: la mayoría de ellos eran tipos de suelo firme, gusanos de tierra que jamás habían ido más allá de las confortables ciudades de la luna, y que solo se habían adentrado en el espacio rodeados del lujo y la seguridad de aquella espaciosa nave estelar.

Si el capitán de la nave o los miembros de la tripulación se sentían incómodos teniendo a aquel líder jubilado de la corporación husmeando por el puente, hicieron cuanto estuvo en su mano para ocultarlo. Pancho se sentó ante la vacía consola de suministros vitales, desde donde podía volcar la mirada a través de los amplios ventanales de acerocrystal, profusamente oscurecidos, en tanto la Starpower III se aproximaba al puerto de acoplamiento principal de la *Goddard*.

Le costaba un enorme esfuerzo apartar los ojos de Saturno. El planeta ocupaba un espacio tan grande como imponente: era casi diez veces más grande que la Tierra, y estaba listado de nubes de un amarillo desvaído o un delicado color bruno, que vibraban por toda su superficie a velocidades de hiperhuracán. Unas nubes blancas circundaban el polo. ¿O acaso se trataba de la aurora?, se preguntó Pancho. En el hemisferio sur ya es verano, se dijo. Muy probablemente, la temperatura se esté acercando a los ciento cincuenta grados bajo cero. Tienen que ser nubes, formaciones de hielo.

Los anillos presentaban cierta inclinación, así que Pancho podía verlos en toda su deslumbrante complejidad, aquellas anchas bandas, destellantes y refulgentes, de flamígeros pedazos de hielo colgando en el vacío, un haz de formidables anillos que se extendían miles de kilómetros, y que, aun así, eran tan delgados que hasta las estrellas brillaban a través de ellos. A aquella distancia tan próxima, Pancho pudo

observar que los anillos se trenzaban en incontables anillos individuales, entretejidos como un ornado tapiz circular compuesto de relucientes diamantes. Varios científicos afirmaban que había seres vivos en aquellas partículas de hielo, extremófilos que se desarrollaban a temperaturas de casi cero absoluto.

Comparándola con el chillón Saturno y con aquellos anillos radiantes, la *Goddard*, fabricada por la mano del hombre, apenas merecía que se la mirase, pensó Pancho, mientras observaba cómo el vasto hábitat se iba haciendo más y más grande. Se trataba de un cilindro grueso y desgarrado, de veinte kilómetros de largo y cuatro de ancho, que rotaba lentamente con el fin de producir una gravedad artificial para los diez mil hombres y mujeres que vivían en su interior. A Pancho le recordó a una rechoncha cañería que pendía en el vacío, aunque durante la aproximación pudo ver que su superficie estaba erizada de observatorios abombados, puertos de acoplamiento, antenas y otros salientes que tachonaban el curvado flanco del cilindro. Y a unos dos tercios en la superficie del cilindro se alzaba la hilera de paneles solares, sobresaliendo como un collar de pétalos de flores, embebiéndose de la luz solar que permitía el mantenimiento de las granjas del hábitat, la energía eléctrica y los suministros vitales.

Susie está allí, pensó Pancho. Luego recordó: ya no debo llamarla Susie. Se había cambiado el nombre por el de Holly. Y, Dios, aquello casi la había matado.

Pese a sus buenas intenciones, Pancho no podía evitar hervir de resentimiento al pensar en su hermana. Sooze solo era tres años más joven que Pancho, al menos según el calendario. Pero mientras Pancho había dejado que su cabello tomase un desnudo color blanco, y seguía terapias de rejuvenecimiento para conjurar el acecho de la edad, Susan no parecía tener más de treinta años, al menos físicamente. Pero su mentalidad, sus emociones... Pancho compuso una mueca de dolor al pensar en ello.

Susan había muerto durante su adolescencia. La propia Pancho le había administrado la inyección letal, una vez que los médicos, afligidos, le habían asegurado que no cabía esperanza alguna de salvar a Susan del cáncer que sufría a causa de las drogas, y que estaba destruyendo su cuerpo. De modo que Pancho introdujo la jeringuilla hipodérmica en el descarnado brazo de su hermana y presencié su muerte. Tan pronto como la declararon clínicamente muerta, los médicos introdujeron su cuerpo en un compacto sarcófago de acero, un recipiente en vacío del tamaño de un ataúd que llenaron con el burbujeante nitrógeno líquido, blanco y mortalmente frío.

Durante más de treinta años, Pancho custodió el cuerpo criogenizado de Susie, al tiempo que en la corporación ascendía en la pirámide de poder desde la rastrera posición de astronauta a la de principal responsable y presidenta del consejo de la corporación Astro. Pancho dirigió el bando de Astro en la Segunda Guerra de Asteroides, y tan pronto como la tragedia tocó a su definitivo y sangriento final, decidió jubilarse oficialmente de Astro para empezar una nueva vida como... ¿qué?, se preguntaba a sí misma. ¿Qué estoy haciendo aquí, en el culo del universo, rumbo a

Saturno? ¿Qué voy a hacer en lo que me queda de vida?

Pancho sabía sus planes más inmediatos. Iba a ver a su hermana por primera vez en casi tres años. Pasaría las vacaciones con la única familia que le quedaba. El pensamiento le hizo sentirse tensa de pura aprensión.

Cuando la revivieron tras los largos años de suspensión criónica y le extirparon el cáncer por medio de nanomáquinas terapéuticas, Susan parecía un bebé recién nacido alojado en el cuerpo de un adulto. Los años que pasó sumergida en nitrógeno líquido habían salvado su cuerpo, mas no sin destruir buena parte de las sinapsis en su córtex cerebral. Prácticamente, carecía de las funciones cerebrales más desarrolladas. Pancho tuvo que alimentarla, la enseñó a hablar y a caminar de nuevo, incluso la enseñó a ir al baño.

Poco a poco, Susan maduró hasta convertirse en un adulto, pero, aun cuando los psicólogos proclamaban a los cuatro vientos que sus ejercicios habían sido un completo éxito, Pancho no se sentía tranquila. Ya no era la misma Susie. No podía serlo, admitió Pancho, pero la diferencia le perturbaba. Era igual que Susie, hablaba, reía y coqueteaba como Sooze, y, sin embargo, a un nivel casi inapreciable era diferente. Cuando Pancho miraba a los ojos de su hermana, tenía la impresión de que al otro lado había alguien distinto. Casi la misma persona. Pero solo casi.

Y, tan pronto su recuperación fue completa, lo primero que Sooze hizo fue cambiar su nombre y enrolarse en el hábitat espacial *Goddard* para unirse a la descabellada misión de explorar Saturno y su luna, Titán. Sooze embarcó y dejó atrás a Pancho, con una sonrisa, un beso en la mejilla y unas palabras mecánicas por toda despedida: «Gracias por todo, Panch». Se largó con aquel viscoso hijo de puta de Malcolm Eberly.

Esta era la razón por la que Pancho no estaba en su mejor y más jovial humor cuando la Starpower III se acopló a la *Goddard* y comenzó el desembarco de sus pasajeros vip. Sentía un hosco resentimiento y una cólera que consideraba perfectamente justificada. Y no podía sino sentir algo más que una ligera aprensión pensando en el modo en que Susie la recibiría. ¿Cómo va a reaccionar al ver que su hermana viene a visitarla, después de haber volado casi mil quinientos millones de kilómetros para librarse de mí? Feliz Navidad, y ahora lárgate a casa: esa era la actitud que Pancho temía encontrar en su hermana.

Hirviendo por dentro, tratando de dejar de lado aquellas emociones, Pancho enfiló el corredor central de la nave hasta el puerto principal de acoplamiento, después de que el capitán anunciase que se habían acoplado a la *Goddard*. Los mejores científicos y ejecutivos de los medios de prensa, y también los más pomposos, empezaban a congregarse en la sala de espera del puerto, charlando y murmurando con impaciencia. Pancho no tuvo problemas en divisar a Jake Wanamaker; descollaba por encima del resto. Su rostro curtido se quebró en una sonrisa al verla, y Pancho no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Qué tal, marinero —dijo, una vez se abrió paso entre la multitud reinante y

llegó hasta él—. ¿Eres nuevo en la ciudad?

—Sí, señora —respondió Wanamaker, incurriendo en las viejas costumbres—. A lo mejor le apetece mostrarme los alrededores.

Ambos rieron y Pancho se sintió mejor.

Al menos, hasta que dejaron atrás el compartimento estanco y llegaron a la sala de recepción de la *Goddard*. La multitud se alineaba en una desordenada fila mientras el personal del hábitat comprobaba los nombres y asignaba a los visitantes sus correspondientes habitáculos. Fue entonces cuando Pancho divisó a Susie, tan alta y delgada como lo era ella. Tiene buen aspecto, pensó Pancho, con el corazón desbocado. Parece estar bien.

—¡Panch! —gritó Sooze, y se abrió paso entre la hilera de personalidades hacia su hermana.

No debo llamarla Susan, se recordó Pancho. Ahora es Holly.

Su hermana arrojó los brazos alrededor del cuello de Pancho, y esta supo que todo iba a ir bien entre ellas. Pasara lo que pasase, todo iba a marchar a la perfección. Hizo las presentaciones entre Holly y Jake, el cual le estrechó la mano en su carnosa zarpa y dijo un casi solemne «hola», mientras Pancho les sonreía de oreja a oreja.

—Vamos, venid a mi casa —dijo Holly—. Ya tendréis tiempo de buscar vuestro apartamento, cuando la multitud se haya disuelto.

Llena de felicidad, Pancho siguió a su hermana hasta la escotilla que se abría en el pasillo, más allá de la sala de recepción. Se toparon con un hombre guapo, de aspecto joven, con una cabellera pajiza combada en espesas ondas; tenía fuertes pómulos, una nariz recta y aquilina, y una mandíbula firme y bien cincelada, sobre la que se descollaban unos penetrantes ojos azul celeste. Su rostro estaba esculpido con tanta perfección que Pancho supuso que el hombre debía haber pasado por alguna terapia cosmética. ¿Cuál era la palabra que los racistas de antaño solían utilizar?, se preguntó. La respuesta le llegó de inmediato: ario. Ese era el aspecto que tenía: el del ideal del héroe nórdico. Aunque por debajo de su cuello parecía más bien blando: su túnica, no muy ceñida, revelaba una ligera barriga. Era como si su rostro fuese lo único que le importaba.

—Pancho, este es Malcolm Eberly, el administrador jefe de *Goddard* y...

Pancho le embistió con el puño derecho un fulminante golpe que, de lleno, alcanzó el sonriente rostro de Eberly en la mandíbula, haciéndole caer de espaldas sobre el trasero.

—Esto por haber estado a punto de matar a mi hermana, maldito hijo de puta —gruñó Pancho.

23 de diciembre de 2095:

Sala de recepción del hábitat *Goddard*

Por un instante, nadie se movió. Nadie habló. Eberly sacudió la cabeza, todavía aturdido, y se incorporó, frotándose el lado de la cara con una mano.

Holly rompió el silencio:

—¡Pancho! ¡Por el amor de Dios!

—No tuve nada que ver —dijo Eberly, casi en un lamento—. Traté de detenerles.

Pancho resopló y siguió adelante, pasando por su lado y reprimiendo las ganas de patearlo donde más le doliese. Un par de tipos en monos de trabajo se dirigieron hacia ella; ambos portaban sendos brazaletes que decían: «Seguridad». También acarreaban unas porras aturdidoras colgadas de la cintura. Protector, Wanamaker se adelantó a Pancho.

—No pasa nada —dijo Eberly a los guardias de seguridad, mientras se ponía lentamente en pie—. Estoy bien.

—Qué pena —bufó Pancho, y, sin mirar atrás, ingresó por la escotilla abierta.

Holly apresuró el paso para alcanzar a su hermana:

—¡Pancho, es el presidente electo de todo el maldito hábitat!

—Se quedó al margen y permitió que esos cabrones de la Nueva Moral te golpearan hasta dejarte medio muerta —gruñó Pancho, avanzando con paso firme por el pequeño corredor, con Wanamaker a su lado.

—Eso es agua pasada —replicó Holly, poniéndose al otro lado de Pancho—. Y no eran de la Nueva Moral; pertenecían a los Discípulos Santos.

—Lo que sea.

—Han enviado a los responsables de vuelta a la Tierra. Uno de ellos fue asesinado... ejecutado, maldita sea.

Pancho se detuvo ante la escotilla abierta que se abría en el extremo del corredor, compuesto por muros de acero:

—Venga, larguémonos de aquí, antes de que esos tipos de la prensa se acuerden de que están en el negocio de las noticias y vengan a olisquearme. ¿Y a todo esto, dónde diablos estamos? ¿Voy en la dirección correcta?

La cólera de Holly desapareció; sonrió a su hermana:

—Sí, así es. Déjame, ya lo hago yo. —E introdujo un código en el teclado que había junto a la escotilla.

Pancho miró por encima del hombro. Eberly se había puesto en pie, flanqueado por los dos guardias de seguridad, mientras algunos de los ejecutivos que estaban de visita miraban con curiosidad en dirección a Pancho. Aun así, ni Eberly ni ninguno de los visitantes recién llegados había abandonado la sala de recepción.

La escotilla giró hacia adentro y Pancho sintió resoplar contra su cara un rebufo de aire cálido. Aún sonriendo, Holly hizo una pequeña reverencia y, con un balanceo

de su brazo, anunció:

—Bienvenida al hábitat *Goddard*.

Pancho entró por la escotilla, y Wanamaker pasó después de ella. Pese a lo que ya sabía, pese a lo que esperaba, no pudo evitar quedarse boquiabierto y, con embriagada sorpresa, emitir un grito ahogado.

—La madre del cordero —musitó—. Esto es todo un mundo.

Se hallaban en una pequeña loma, lo que permitía obtener una clara visión del vasto interior del hábitat. Un paisaje verde e iluminado por el sol se extendía en todas direcciones a su alrededor. Colinas verdes que se mecían suavemente, macizos de árboles, pequeños arroyos serpenteantes se sucedían hasta una neblinosa distancia. A Pancho el aliento se le quedó en la garganta. ¡Tanto verdor! En ninguna parte más allá de la Tierra había visto tal... tal... ¡Era el paraíso! Un jardín del Edén fabricado por la mano del hombre. La brisa estaba endulzada por el suave aroma de las flores. Arbustos cargados de hibiscos de vívido color rojo y palisandros de un azul lavanda se alineaban a ambos lados de un curvado sendero, que conducía a un poblado de pequeños edificios blancos, brillantes de la luz que brotaba de los paneles solares que, como un anillo de resplandeciente luz solar, envolvían el enorme cilindro.

Parece una de esas ciudades del Mediterráneo, pensó Pancho. A lo lejos, el pueblo se hallaba situado sobre el suave montículo de una colina verde, con vistas a un lago de refulgente azul. Como la costa de Amalfi en Italia. Como una imagen extraída de un folleto turístico. Este es el aspecto que debe tener la campiña mediterránea ideal. Mucho más allá, Pancho divisó algunas granjas, pequeños campos cuadrados de fresca y brillante hierba, y más pueblos con edificios bañados en el blancor que se espolvoreaban sobre las colinas suavemente mecidas. No había un horizonte. En su lugar, la tierra se curvaba más y más hacia arriba, las colinas, la hierba y más villorrios de senderos pavimentados y chispeantes arroyos, más y más arriba, por todas partes, y Pancho tuvo que estirar el cuello para mirar por encima de su cabeza más porciones de aquel paisaje, cuyo verdor se ofrecía tan cuidadosa y adorablemente acicalado.

—Esto supera en todo a los hábitats del punto Lagrange —dijo Pancho a su hermana—. Esto es sencillamente hermoso.

—Así debe ser —sentenció Wanamaker con total naturalidad—, si se pretende que la gente lo convierta en su hogar permanente.

Pancho sacudió la cabeza llena de asombro, y murmuró un sincero: ¡Uau!

Holly le dedicó una sonrisa:

—Y yo estoy al cargo del departamento de Recursos Humanos.

—¿Es verdad? —preguntó Pancho.

—De la buena, Panch.

Hicieron que Wanamaker buscara las dependencias que les habían sido asignadas a él y a Pancho, mientras Holly guiaba a su hermana a su propio apartamento.

—Hogar, dulce hogar —enunció Holly, mientras hacía pasar a Pancho a la sala de estar.

—Muy bonito —celebró Pancho, recorriendo cada detalle del escaso mobiliario y sus mínimas decoraciones. El lugar parecía ordenado y tenía aquel penetrante olor cítrico, casi antiséptico, de la limpieza reciente. Ha limpiado el lugar para mí, pensó Pancho, antes de preguntar:

—¿Son paredes inteligentes?

—Y tanto. Puedo programarlas para que muestren casi cualquier cosa que quiera. —Holly se dirigió a la mesa de la esquina y cogió un bastón de control a distancia. De súbito, una pared completa de la habitación exhibió una imagen en tiempo real de Saturno y sus espectaculares anillos.

—¡Cáspita! —exclamó Pancho—. Es casi como estar ahí fuera.

—Siéntate. —Holly hizo un gesto hacia el pequeño sofá—. Voy a por algo de beber.

Pancho se sentó en una silla tapizada mientras su hermana entraba en la cocina. Bueno, pensó Pancho, si de veras está mosqueada conmigo por mi visita, desde luego no lo demuestra. Parece verdaderamente encantada de verme. Espero no haberla avergonzado demasiado, al golpear a ese asqueroso de Eberly.

—¿Las paredes tienen circuitos de reconocimiento por voz? —preguntó.

—Los he apagado —gritó Holly desde la cocina—. Son demasiado sensibles. No puedes mantener una conversación sin que las paredes piensen que estás dirigiéndote a ellas.

Pancho rio para sí al imaginarse las pantallas de la pared iluminándose en un caleidoscopio de imágenes mientras la gente charlaba entre sí.

Del otro lado de la partición de la cocina, Holly trajo una bandeja con dos tubos helados y los puso en la mesita de café, luego se sentó en el sofá junto a su hermana.

—Tienes un aspecto genial, pequeña —reconoció Pancho con una sonrisa resplandeciente—. Realmente genial.

—Tú también —replicó Holly, con cautela.

De un solo vistazo, cualquiera hubiera podido reconocer que eran hermanas. Ambas mujeres eran delgadas y larguiruchas: altas, de piernas largas y torneadas. El color de su piel era ligeramente más oscuro que el de un caucásico bronceado. Los rostros de ambas tenían rasgos afilados, con mejillas prominentes y barbillas cuadradas y pertinaces. Los ojos eran del mismo color castaño oscuro, brillantes de inteligencia e ingenio. Pancho había dejado que su cabello se pusiese del todo blanco y lo llevaba corto en una especie de rígido casquete. El cabello de Holly era todavía oscuro y estaba peinado de punta, a la última moda.

—¿De veras es Eberly el administrador jefe de todo este hábitat? —preguntó Pancho, alargando el brazo para coger uno de los vasos.

—De los diez mil que aquí estamos —replicó Holly—. Ganó unas elecciones libres y justas.

—Pero estaba mezclado con aquellos fanáticos que trataron de matarte. ¿Cómo puede...?

—Eso ya pertenece al pasado, Panch. Y él trató de detenerlos, ya lo sabes. No de una manera muy eficiente, vale, pero lo intentó.

Casi bovinamente, Pancho dijo:

—Supongo que no debí haberle tumbado.

Holly emitió una risita:

—Vaya si pareció sorprendido.

Pancho le devolvió la sonrisa y tomó un sorbo de su vaso. Zumo de frutas. Bien. Susie ya había tenido más que suficiente de alcohol y drogas. Pancho esperaba que Holly fuera diferente.

—Panch, ¿por qué has venido hasta aquí? —La tensión se mostraba en el tono de la voz de Holly, en la repentina rigidez de su cuerpo.

—Para pasar las vacaciones contigo, desde luego —replicó Pancho, intentando que su voz sonase cálida, natural—. Tú eres la única familia que me queda.

Holly trató de relajarse:

—Quiero decir, ¿qué pretendes hacer aquí? Como sabes, no es que este hábitat sea un centro turístico.

La sonrisa de Pancho se atenuó un poco:

—Escucha, hermanita. Soy una mujer rica, una multimillonaria jubilada. Vivo con un tipo estupendo, y podemos ir a cualquier extremo del sistema solar que queramos. Decidí venir aquí y ver qué tal te iba.

—Me va bien.

—No te pongas a hurgar en la herida, pequeña. No estoy aquí para meterme en tu vida y tratar de decirte lo que debes hacer. Ya eres mayorcita, Sooze, y yo no...

—Ya no me llamo Susan —saltó Holly—. Desde hace años.

Pancho puso un gesto de dolor.

—Sí, lo sé. Lo siento. Se me escapó.

—Y si aún sigues preocupada por mí y Malcolm Eberly, ya puedes dejar de preocuparte. Se acabó. En realidad, nunca empezó.

—Eso pensaba, después de lo que te hizo.

—En realidad no fue él. Fueron sus amigos. Trataron de hacerse con el control del hábitat. Durante un tiempo las cosas se pusieron bastante difíciles.

—¿Pero ya ha acabado todo?

—Sus amigos fueron embarcados de vuelta a la Tierra. Malcolm es el jefe del Gobierno del hábitat.

Las cejas de Pancho se alzaron:

—Pensaba que era el profesor Wilmot quien estaba al mando.

—Ya no. Creamos nuestra propia constitución, Gobierno, y todo lo demás, tan pronto como llegamos a la órbita de Saturno.

—¿Y Eberly fue elegido para encabezarlo?

—Así es.

—Me pregunto si emprenderá acciones contra mí por haberle tumbado.

Holly pensó por unos momentos, y luego sacudió la cabeza:

—De haber querido hacerlo, hubiera ordenado que sus guardias de seguridad te prendieran allí mismo y en aquel mismo instante.

—¿Eso crees?

—Sí. —La sonrisa de Holly se ensanchó de nuevo—. Él sabe que se tenía merecido lo que le hiciste.

Pancho le devolvió la sonrisa:

—¿Sabes ese antiguo dicho sobre los húngaros?

—¿Húngaros?

—Si te topas con un húngaro en la calle, patéalo. Él sabrá por qué.

Las hermanas rieron juntas, prolongadamente, en alto y sin forzarse a ello. Pero entonces Holly preguntó:

—¿Cuánto tiempo te vas a quedar?

—¡Rayos, pequeña, acabo de llegar! Dame al menos un tiempo para deshacer mi equipaje, ¿no?

Frunciendo el ceño, Holly replicó:

—No quería decir eso, Panch. Es solo que... bueno, ya no necesito que «mami» se ocupe de mí. Me he valido por mí misma desde hace más de tres años.

Pancho le dedicó una sonrisa:

—Y no quieres que ese coñazo de hermana que tienes esté todo el rato velando por ti. No puedo culparte.

Cambiando un poco de táctica, Holly preguntó:

—¿Y bien? ¿Quién es el tipo que ha venido contigo?

—¿Jake Wanamaker? —La sonrisa de Pancho se volvió pícara—. Un antiguo almirante de la Marina de los Estados Unidos. Dirigió varias operaciones militares para Astro durante las luchas en el cinturón.

—¿Vives con un marinero?

—Es mi guardaespaldas.

Holly miró a su hermana durante un largo instante, y luego volvieron a estallar en carcajadas.

—¿Quieres cenar con nosotros esta noche? —preguntó Pancho.

—¡Cósmico! Yo también llevaré un amigo.

—¡Genial! —dijo Pancho, con auténtico entusiasmo. Quizá se esté rompiendo un poco el hielo, pensó. Quizá las cosas vayan bien entre Sooze y yo. Luego se reprendió: no la llames así. Su nombre ya no es Susan. Ahora es Holly. Holly. Pero al mirar en los profundos ojos castaños de su hermana, Pancho recordó a la indefensa criatura que había criado tras la muerte de sus padres. Y recordó que fue ella quien suministró la inyección letal que mató a Susan cuando los médicos se negaron a hacerlo.

Tuve que matarte, Susie, dijo Pancho en silencio, para que así pudieras renacer. Y aquí estás, viva y sana, hecha una mujer, y condenadamente llena de sospechas hacia tu hermana mayor.

Banco de datos: Titán

Esto es lo que se conoce acerca de Titán, de lejos, la más grande de las varias docenas de lunas de Saturno y la segunda luna más grande de todo el sistema solar.

Con un diámetro de 5.150 kilómetros, Titán es más grande que el planeta Mercurio y solo una pizca más pequeño que el satélite más grande de Júpiter, Ganímedes. Titán es la única luna en todo el sistema solar que posee una atmósfera de suficiente sustancia. De hecho, en la superficie, la atmósfera de Titán es un cincuenta por ciento más densa que la de la Tierra.

Dicha atmósfera se compone principalmente de nitrógeno, entreverada de hidrocarburos tales como el metano, etano y propano, más compuestos de nitrógeno-carbono tales como el cianuro de hidrógeno, cianógeno, y cianocetileno. La luz del sol, al incidir en una atmósfera tal, da como resultado lo mismo que ocurriría en Los Ángeles, Tokio o México D. F.: una niebla fotoquímica, provocada por la luz ultravioleta del sol. Titán es un mundo cubierto por una niebla tóxica. Su dominante color naranja se debe a la mencionada niebla, que envuelve Titán y hace necesario que las observaciones de su superficie se realicen mediante longitudes de onda infrarroja, que penetran en la niebla de un modo mucho mejor que la luz visible, la cual no lo hace.

El contacto de la luz solar ultravioleta, junto con los electrones de energía de la poderosa magnetosfera del cercano Saturno, produce una serie de complejas reacciones químicas sobre la espesa atmósfera de Titán. Esto crea unos polímeros orgánicos llamados tholin, que descienden a las profundidades de la atmósfera para caer sobre la superficie de la luna en forma de nieve negra.

En la Tierra, diversos experimentos realizados en laboratorio han demostrado que los tholin, al disolverse en agua, producen aminoácidos, que son el componente básico de la moléculas de proteínas y, por ende, fundamentales para la vida.

Orbitando a más de un millón de kilómetros de Saturno, que por su parte se encuentra a doble distancia del Sol que Júpiter y diez veces más lejos del Sol que la Tierra, la temperatura en la superficie de Titán alcanza una media de -183°C . Titán es ciertamente fría, demasiado fría como para contener agua en estado líquido en su superficie, salvo cuando una zona se ve calentada temporalmente por una erupción volcánica o por el impacto de un meteorito. O si el agua se mezcla con un compuesto anticongelante, como los derivados del etano o del amoníaco.

La densidad de Titán es apenas dos veces la del agua, lo que significa que su cuerpo debe estar compuesto principalmente de hielo, agua helada y/o metano helado, con quizá un pequeño núcleo rocoso bajo un espeso manto de hielo.

Pese a las bajas temperaturas de Titán, en su atmósfera pueden formarse gotas líquidas de etano y estas, a su vez, pueden descargarse sobre su gélida superficie, conformando lagos o quizá mares más grandes. Hay corrientes de etano (o agua

entreverada de etano) que van abriendo canales por toda la superficie del hielo. Algunos mares de proporciones colosales, compuestos de metano líquido e incrustaciones de hidrocarburo, salpican la superficie de la luna.

Titán rota sobre su eje en un tiempo ligeramente inferior a dieciséis días terrestres, el mismo período de su órbita alrededor de Saturno. Así, Titán está «enclavado» en su rotación, o lo que es igual, da siempre la misma cara a su planeta, Saturno, así como nuestra Luna da la misma cara a la Tierra. Pero incluso una luna «enclavada» vibra ligeramente en su órbita, y la rotación de Titán se ve perturbada ligeramente por sus prominentes vecinos, las lunas Rea e Hiperión, cada una de las cuales mide unos mil quinientos kilómetros de diámetro. Titán se mece ligeramente hacia delante y hacia atrás mientras orbita alrededor de Saturno, una lenta y pesada vibración que crea extrañas corrientes en sus mares de hidrocarburo.

Un mundo rico en carbono, hidrógeno y nitrógeno. Un mundo desde cuyo neblinoso cielo caen lluvias de etano y tiznados copos de tholin. Un mundo que contiene ríos y arroyos de etano o agua entreverada de etano, y mares de metano. Aun siendo un mundo muy frío, las primeras sondas automatizadas enviadas desde la lejana Tierra revelaron que en la superficie de Titán existe una biología criogénica en un primitivo estado microbiano. ¿Puede haber una biosfera más sofisticada, o acaso un mundo subterráneo más profundo?

Además, enormes franjas de un oscuro material alfombran parte de la superficie de Titán. Por las primeras sondas se supo que eran ricas en compuestos de carbono. ¿Yacimientos de petróleo congelado? ¿Parcelas de hidrocarburo solidificado? ¿Bancos de nieve de negro tholin apilados en zanjas, sobre una tierra demasiado fría como para fundirlos?

¿O se trata de otra cosa?

24 de diciembre de 2095: Fiesta de Nochebuena

Eduoard Urbain sonreía con nerviosismo mientras estrechaba la mano a cada miembro de su plantilla de científicos e ingenieros, uno por uno. Se dispusieron en una especie de recepción de gala desde el momento en que entró en el auditorio, como siervos de antaño alineándose con sus sombreros en la mano para recibir la bendición navideña de su amo y señor.

Jeanmarie, que estaba a su lado, sonreía con deferencia y dedicaba unas pocas palabras a cada hombre y cada mujer que le presentaban. Es maravillosa, pensó Urbain, mientras estrechaba una mano tras otra. Está en su elemento, amable, cálida y adorable. Estaría perdido sin ella. La fila parecía interminable, y Urbain se esforzaba por encontrar algo que mereciese la pena decir, mejor que ese «feliz Navidad» repetido hasta la saciedad.

Por fin terminó. Urbain se frotó su entumecida mano y echó una mirada a la concurrencia. Doscientos hombres y mujeres, pensó. Ciento noventa y cuatro, para ser exactos. Es una cifra muy pequeña para llevar a cabo la investigación científica de Saturno, sus anillos y lunas. Pero cuando tienes que felicitar a cada uno por separado parece una cifra verdaderamente grande.

Nadia Wunderly era una de las últimas personas a las que Urbain había felicitado. Era la inconformista del grupo de científicos, y aunque había hecho recaer en Urbain un repentino e inesperado éxito, este aún la contemplaba con una mezcla de inquietud y, sí, envidia. Nadia se había negado a seguir sus órdenes de unirse a los demás en el estudio de Titán. En su lugar, se había volcado resueltamente en los anillos de Saturno. Y descubrió que había organismos vivos en sus partículas de hielo. Un gran descubrimiento, si es que era cierto. Wexler y sus lacayos del CIU parecían albergar algunas dudas sobre las afirmaciones de Wunderly.

Wunderly se escabulló del comité de recepción a la improvisada barra que se había montado en el auditorio, bordeando la base del escenario. Era una mujer joven —aún no llegaba a los treinta—, y su rostro, en forma de corazón, resultaba bastante bonito. Urbain pensó que aún parecería más bonita si dejaba de teñirse el pelo de aquel color ladrillo y se lo dejaba crecer como Dios manda, en lugar de cortárselo en esas ridículas púas; su cabello guardaba semejanzas con el afilado extremo de una maza medieval. Vestía su habitual túnica oscura y pantalones de sport, lo que no podía calificarse como un acierto: su silueta era amplia, demasiado amplia para su gusto. Pechugona, sí, pero también voluminosa, gruesa en la cintura y en las extremidades.

Mentalmente la comparó con su esposa. Delgada y elegante, Jeanmarie se suicidaría antes que ganar tanto peso.

Wunderly también miraba a Jeanmarie Urbain. Delgada y con estilo, pensó. Una

de esas afortunadas mujeres cuyo metabolismo quema calorías más rápido de lo que las ingieren. Lo más probable es que no haya hecho dieta un solo día de su vida. Puede llevar esos vestidos de volantes y tener un aspecto magnífico. Yo parecería un hipopótamo vestido con un tutú.

Pero esto va a cambiar, se dijo Wunderly. He perdido cinco kilos en las últimas dos semanas y voy a perder otros tres antes de Año Nuevo. Ese será el momento cumbre.

Uno de los tipos que estaban tras la barra le ofreció una copa de ponche de huevo. Wunderly estuvo a punto de cogerlo, pero retiró la mano y pidió en su lugar agua mineral.

El tipo, uno de los técnicos que trabajaron con los ingenieros de *Titán Alpha*, le dedicó una sonrisa:

—Una genuina copa de «hache dos o» local reciclada, cortesía del departamento de Gestión de Desperdicios —dijo alegremente, sirviéndole un vaso.

Wunderly le devolvió la sonrisa:

—No vas a asustarme.

El tipo ensanchó la sonrisa:

—Ho, ho, ho, y todo eso, Nadia.

—Igualmente —dijo, y luego se alejó de la barra, ingresando en la arremolinada muchedumbre.

Los altavoces que había a ambos extremos del escenario escanciaban sus almidaradas canciones de Navidad. Fuera como fuese, si de algo sirvieron fue para que Wunderly se sintiera triste. Que tengas una feliz Navidad. Claro. A mil millones de kilómetros de casa. Bueno, al menos podré irme a casa cuando todo haya terminado. La mayoría de esos pobres diablitos del hábitat no podrán hacerlo.

Entonces lo vio, solo, en la otra esquina, allí donde el escenario se juntaba con la pared lateral del auditorio. Cuadrando los hombros como un soldado que se dirige a la batalla, Wunderly se abrió paso entre la multitud de la barra y se lanzó hacia su objetivo.

Da'ud Habib era el jefe del grupo de programación. No se parecía a ninguno de los otros colgados de la informática, arrugados y desaliñados. Vestía un polo rojo que se le ceñía esmeradamente sobre un pantalón de sport. Sandalias, también, sin calcetines. En realidad hasta casi es guapo, pensó Wunderly. Llevaba la oscura barbita que festoneaba su mandíbula cuidada y bien cortada. Sus ojos eran de un color pardo líquido. Pero era un tipo bastante solitario y silencioso. Wunderly sabía que sus antepasados eran árabes. Había leído su expediente: nacido y criado en Vancouver, en un vecindario musulmán, pero era más canadiense que nadie. Al menos, eso esperaba Wunderly.

—Hola —dijo, tan pronto como estuvo a su lado.

Pareció un poco sorprendido:

—Hola.

—Soy Nadia Wunderly.

—Lo sé. Fuiste tú quien encontró las criaturas de los anillos.

Wunderly compuso su mejor sonrisa:

—Esa soy yo. «El señor de los anillos», me llaman.

Habib respondió a su sonrisa, inseguro:

—Esto... ¿no debería ser «La señora de los anillos»?

—Una licencia literaria.

—Ah. Entiendo.

—¿Está bien si te deseo feliz Navidad?

—Claro. No soy anticristiano. Siempre he disfrutado la época navideña; ir de compras, la música, todo eso.

Wunderly dio un sorbo al agua. Habib estaba bebiendo algo que a ella se le antojó efervescente. Probablemente algo sin alcohol, pensó.

—Eres Da'ud Habib, ¿verdad?

—¡Oh! Debí haberme presentado. Lo siento.

—No pasa nada. Eres el jefe del equipo de programación, ¿verdad?

—El señor de los empollones, sí.

Ella rio, y él rio con ella.

—Menudo día nos espera mañana —improvisó Wunderly, tratando de ver cómo llevar la conversación hacia donde quería.

Habib asintió de nuevo.

—Es el regalo de Navidad que Urbain se hace a sí mismo.

Wunderly tomó aire y decidió lanzarse de lleno:

—La fiesta de Año Nuevo es dentro de una semana.

—¿Eh? Sí, supongo que sí.

—¿Vas a ir?

Habib pareció casi alarmado por la pregunta. De hecho, incluso dio un paso atrás.

—¿Yo? Pues... pues no he pensado en ello.

Wunderly podía oír sus propios latidos percutiéndole en los oídos. Acercándose un poco más a Habib, preguntó:

—¿Querías venir conmigo? Quiero decir, no tengo a nadie con quien ir a la fiesta y pensé que podríamos ir juntos.

El ceño de Habib se frunció levemente y Wunderly contuvo la respiración:

—¿Ir contigo? —Parecía una idea totalmente nueva para él, algo en lo que nunca se hubiera parado a pensar.

No me hagas rogar, pidió Wunderly en silencio.

Habib pareció entender, o quizá lo vio en los ojos de ella.

—Vaya, sí, supongo que sí. No había planeado ir... —Se animó lentamente y sonrió de nuevo, esta vez con una sonrisa más ancha—. ¿Pero por qué no? Me encantará ir contigo.

Wunderly quiso reír de dicha, pero se refrenó y, simplemente, dijo:

—¡Genial! Tenemos una cita, entonces.

25 de diciembre de 2095: Centro de control de la misión

Era la mañana del día de Navidad, pero ningún miembro del equipo científico iba a tomarse vacaciones. Aún no. El centro de control de la misión no fue ideado para albergar tanta gente, pensó Urbain con inquietud, emparedado entre la doctora Wexler y el profesor Wilmot. Los técnicos que operaban en el turno de mañana casi tuvieron que arrastrarse entre la multitud para llegar hasta sus consolas. Embutidos tras la última fila de consolas, los prohombres de la universidad y los ejecutivos de medios de prensa se pegaban unos a otros, recalentando la sala, sudorosos por la presión de sus cuerpos. Las conversaciones que mantenían entre murmullos sonaban como el bordoneo de los insectos en un día de verano, durante la infancia de Urbain en Quebec.

Tenía los nervios a flor de piel y estaba tan inquieto como un conejo, especialmente con Wexler a su lado y las otras tres docenas de invitados que se arremolinaban en el centro de control. Incluso la temible Pancho Lane, esa industrial recién jubilada, había volado hasta Saturno para presenciar aquel trascendental evento. Las únicas luces que brillaban en la sala oval procedían de las pantallas de las consolas del equipo de control. Urbain alzó la vista hacia los reflejos que parpadeaban en la oscura y aún vacía pantalla mural, y vio al profesor Wilmot, que sonreía a su lado con un gesto de expectación.

—Los primeros datos de tu sonda de superficie —dijo Wexler, sonriéndole de oreja a oreja—. Va a ser una Navidad memorable para la ciencia, Eduoard.

Rígido, Urbain asintió. Era un tipo menudo y enjuto, la clase de persona que nunca se preocupa de su peso porque todo lo que ingiere se convierte en energía nerviosa. Tenía el cabello oscuro peinado hacia atrás desde la misma frente, y una barba cuidadosamente recortada. Al igual que el día anterior, había decidido ponerse su mejor traje para asistir a aquel momento; después de todo, la mitad de la gente que atestaba el centro de control procedía de los medios de prensa.

Aquellos engreídos del Consorcio Internacional de Universidades no siempre habían mirado a Eduoard Urbain con la misma complacencia. Unos tres años atrás, cuando dio comienzo la expedición a Saturno, a Urbain se le tenía como un tipo del montón, un trabajador competente pero incapaz de brillar por sí mismo. Si se le eligió para encabezar el equipo científico que envió el inmenso hábitat *Goddard* a Saturno a tomar una órbita polar alrededor del planeta anillado, fue porque tanto a Urbain como a su equipo se les consideraba unos simples cuidadores, cuyo único destino consistía en hacer observaciones rutinarias y proteger el equipo científico durante el lento viaje de dos años de la *Goddard* a Saturno. Una vez que el hábitat verificó su órbita, los más importantes científicos planetarios fueron despachados en una nave estelar de fusión para llevar a cabo la labor de investigar Saturno y, aún más importante, su

gigantesca luna, Titán.

Por lo que Urbain sabía, sin embargo, la existencia de esos diez mil hombres y mujeres que constituían la comunidad independiente de la *Goddard* tenía como único propósito prestar un servicio al puñado de científicos e ingenieros que había bajo su mando. Durante esos dos años, Urbain pasó casi cada hora del día dirigiendo al equipo de ingenieros en la construcción de *Titán Alpha*: su sueño, la criatura de su mente, el fruto de una esperanza que siempre le había acompañado. Parte nave espacial, parte tractor armado, *Titán Alpha* había sido ideada para llevar los más sofisticados sensores y computadoras concebibles a la superficie de Titán, y allí usarlos para explorar ese mundo helado, cubierto por una nube tóxica, en tiempo real bajo el control de los científicos de la *Goddard*.

Durante la construcción de aquel enorme vehículo de exploración, Urbain sabía en su fuero interno que serían otros científicos más prominentes que él quienes lo utilizarían, quienes lo guiarían por los campos de hielo de Titán, quienes se llevarían la gloria y el reconocimiento de su esfuerzo y sus desvelos. Pero todo cambió a partir de una casualidad, uno de esos accidentes que pueblan la historia de las investigaciones científicas. Nadia Wunderly, una de las ayudantes de menor escalafón de Urbain pero verdaderamente testaruda, insistió en estudiar los anillos de Saturno. El resto de su equipo científico se concentró exclusivamente en Titán, pues nadie ignoraba que en esa enorme luna habitaba una forma de vida, organismos microscópicos que vivían en una especie de caldo petroquímico, el mismo que cubría parte de la superficie helada de Titán.

Wunderly descubrió lo que podía ser una nueva forma de organismos vivientes en los anillos de Saturno. Como director suyo, Urbain recibió buena parte del crédito de aquel descubrimiento. Y, contra toda lógica, se ganó el derecho a dirigir *Titán Alpha* en su exploración de la superficie de la gigantesca luna.

Ahora se deleitaba en la atención que le prestaban los más importantes científicos del sistema solar cuando su creación, su sueño hecho realidad, *Titán Alpha*, empezó a enviar los datos que recogían sus sensores desde la superficie helada de Titán.

Urbain contuvo la respiración. El centro de control, atestado hasta los topes, se cubrió de un sobrecogedor silencio.

La pantalla mural se encendió para mostrar un mensaje: ACTIVACIÓN DE LOS SISTEMAS.

En las interioridades de la piel blindada de *Titán Alpha*, su ordenador principal empezó a recibir órdenes a través de la antena de enlace descendente.

Comando: activación de sistemas.

Enlace descendente de comunicaciones confirmado. Código aceptado. Procedimiento para la activación de sistemas iniciado.

Energía principal encendida.

Energía auxiliar en espera.

Autocomprobación del ordenador principal. Autocomprobación completada. Ordenador principal en funcionamiento.

Comando: comprobar integridad de estructuras.

Iniciando comprobación de integridad de estructuras. Carcasa exterior intacta. Miembros estructurales intactos. Sin deformaciones más allá de límites admisibles. Compartimentos interiores intactos y presurizados.

Comando: comprobar sistema de propulsión.

Comprobación del sistema de propulsión iniciado. Reactor en los límites nominales. Motor principal en límites nominales. Ruedas de dirección funcionales pero sin comunicación. Láminas cuatro-catorce a cuatro-veintidós de la banda de rodamiento inferior izquierda deformada pero dentro de los límites operativos.

Comando: replegar manto de paracaídas de descenso.

Manto de paracaídas de descenso replegado.

Comando: replegar tanque de retropropulsión.

Tanque de retropropulsión replegado.

Comando: activar sensores.

Sensores activados.

Comando: sensor de datos de enlace ascendente.

SENSOR DE DATOS DE ENLACE ASCENDENTE.

Salvo por aquellas brillantes letras mayúsculas, la pantalla mural primaria del centro de mando permaneció en blanco. Pasaron algunos segundos. Urbain sintió que el sudor empapaba su frente. Wexler, la presidenta del CIU, se removió, incómoda. Un murmullo rompió entre la multitud que había a la espalda de Urbain. Incluso escuchó una infamante risita por lo bajo.

Pasó un minuto.

—Deberíamos estar recibiendo datos —dijo Urbain, en un sepulcral susurro.

Wexler no dijo nada.

—¿Funciona? —preguntó una mujer en voz alta. Pancho Lane, advirtió Urbain.

ENLACE ASCENDENTE DE DATOS ABORTADO.

Urbain miró fijamente aquellas palabras, duras y brillantes en el fondo azul oscuro de la pantalla mural. Mi sentencia de muerte, se dijo para sí. Hubiera sido mejor coger una pistola y pegarme un tiro en plena cabeza.

25 de diciembre de 2095: Cena de Navidad

—¿O sea que no ha llegado nada? —preguntó Kris Cardenas.

—Ni una maldita cosa —dijo Pancho—. La sonda se quedó en silencio tan pronto como ordenaron el envío de datos.

Aquella cena de Navidad en el tranquilo y pequeño bistró tenía como fin servir de reunión. Pancho no había visto a Cardenas en casi cinco años.

Holly había traído a su amigo, un silencioso joven de aire taciturno llamado Raoul Tavalera. Con su largo rostro equino y sus ojos pardos y desconfiados, a Pancho le recordó a Igor, el personaje de los viejos vídeos de Winnie the Pooh. Tavalera apenas habló; sentado junto a Holly, su aspecto era triste, hosco, preocupado. Es Navidad, le reprendió Pancho en silencio. Alegra esa cara, por lo que más quieras. Pero Holly parecía muy feliz con su carabina. Para gustos los colores, pensó Pancho. Quizá sea bueno en la cama.

Wanamaker se sentaba al lado de Pancho, en tanto Cardenas había llevado a un tipo fornido vestido con unos vaqueros desteñidos y una camisa de mallas que mostraba sus pectorales a la perfección. Se presentó como Manuel Gaeta.

—¿El especialista? —preguntó Pancho, reconociendo sus duras facciones y su rostro un tanto vapuleado.

—Especialista retirado —replicó Gaeta con una sonrisa indulgente.

—Atravesaste los anillos de Saturno —intervino Wanamaker con su voz arenosa y profunda—, sin una nave espacial.

—Vestía un traje. Un traje bastante especial.

—Esas criaturas del hielo que viven en los anillos casi mataron a Manny —dijo Cardenas—. Hubo un momento en el que estaba totalmente enfundado en hielo.

—De modo que tú eres quien de verdad descubrió los bichos del hielo —dijo Pancho, alargando una mano para tomar el vino—. ¿Cómo es que dieron el crédito a esa mujer?

—Es una científica —replicó Gaeta, sin más—. Yo no soy más que un simple especialista.

Las tres parejas se sentaban en una de las mesas exteriores del restaurante, en la hierba. El menú especial de vacaciones del local ofrecía falso pavo, falso ganso y falso jamón, derivados todos ellos de la proteína genéticamente modificada que se fabricaba en el biolaboratorio. Los vegetales, salsas y postres, sin embargo, los acababan de recoger de las granjas del hábitat.

Mientras disfrutaban de una botella de chablis local, Pancho se recostó en su silla de plástico flexible y admiró las vistas. Todo estaba tan increíblemente limpio y ordenado... A la hierba le han hecho la manicura y es probable que los árboles hayan dejado caer sus hojas en pulcros montones para que uno pueda recogerlas en un abrir

y cerrar de ojos. ¡Y allá arriba, en lugar de haber un cielo, hay más tierra! Pueblecitos de acicalada blancura y senderos entreverados a ellos. A Pancho, las luces que señalaban los caminos le parecían estrellas, mientras los grandes paneles solares se cerraban para la noche. Puedes montar un restaurante aquí fuera sin tener que preocuparte de la lluvia, se dijo. Ni siquiera usan aspersores para la hierba; en su lugar, usan válvulas de goteo subterráneas.

Wanamaker, que, con su camisa de manga corta perfectamente ajustada y sus pantalones azul oscuro parecía haberse vestido de más, comparado a Gaeta y Tavalera, reflexionaba en voz alta:

—Me pregunto si la sonda Titán aterrizó en uno de esos mares de metano y simplemente se hundió en el fondo.

—Una observación propia de un marino —bromeó Holly.

—Ellos saben dónde ha aterrizado —dijo Pancho—. En tierra firme. Esa cosa envió los datos de telemetría que confirmaban su aterrizaje y comprobó todos los sistemas internos. Hecho lo cual, se apagó por sí sola; no se ha comunicado con la gente de Urbain, ni un simple pitido en todo el día.

—Pobre Urbain —se lamentó Cardenas—. Debe estar volviéndose loco.

Jeanmarie Urbain observaba a su marido. Nunca le había visto así. Desde que regresaron del centro de control no había parado de andar de un lado a otro de su apartamento, su rostro tan oscuro como una nube de tormenta, sus ojos hundidos, acusadores. Canceló la cena de Navidad que había programado con Wexler y otros visitantes de importancia. Cuando ella le preguntó qué había ido mal, él se contentó con responderle bruscamente.

Aquel no era el Eduoard que ella conocía, no el hombre paciente y amable que se había pasado la vida viendo cómo siempre los demás le adelantaban, no el hombre que permitía que los científicos más jóvenes avanzaran mientras él se quedaba donde estaba, no el hombre que asentía tímidamente a las directivas y procedimientos de la jerarquía universitaria. Le he juzgado mal todos estos años, comprendió Jeanmarie. No es que fuera tímido; simplemente, todo eso le daba igual. Mientras nadie le impidiese seguir adelante con cuanto le interesara investigar, todo ese politiqueo le importaba un comino. Incluso cuando le insistí para buscar un ascenso, hizo caso omiso de ello, como si no significase nada para él.

Jeanmarie se había negado a acompañarle los cinco años que duraría la misión en Saturno. Ese fue el golpe final. Para ella, Urbain no se respetaba a sí mismo, y tampoco tenía aprecio alguno por sus sentimientos. Lo estaban relegando al olvido: un científico del montón condenado al ostracismo en los confines más lejanos del sistema solar. Y ella aún era joven, deseable. Algunos decían que estaba llena de vida. Incluso entre esas esposas de uñas afiladas de la facultad se la consideraba atractiva. *Es una pena que Jeanmarie tenga que cargar con ese marido que tiene, había llegado a oír más de una vez. Podría optar a algo mejor.*

Pero, inesperadamente, Urbain había regresado de Saturno lleno de ardor y confianza. Uno de sus científicos había hecho un descubrimiento capital, lo que le convertía a él en una persona importante. Cenó con los dirigentes del Consorcio Internacional de Universidades; se le invitó a dar una conferencia en la Sorbona. Permaneció en la Tierra el tiempo justo para recibir el aplauso por el descubrimiento de las criaturas de hielo en los anillos de Saturno, y para manifestar su plan de explorar Titán con el vehículo robótico que había construido. Y, también, para atraer a Jeanmarie otra vez a su vida. Jeanmarie se dio cuenta de que lo amaba, que había soportado sus momentos más bajos y su falta de empuje porque lo amaba de corazón. Cuando Urbain regresó al hábitat que orbitaba alrededor de Saturno, ella estaba a su lado.

La misión a Saturno lo ha cambiado, comprendió Jeanmarie. Ahora sí le importa. Ha saboreado la gloria; ha comprendido que uno debe tener poder para lograr el éxito. Quiere ser admirado, respetado.

Y de pronto, aquel fallo. Su robot está muerto, inerte, inútil, en la superficie de Titán. Suficiente para hacer llorar a un hombre.

Pero Eduoard no lloró. Hervía de cólera. Echaba humo como un volcán a punto de estallar. Andaba de un lado a otro del salón irradiando cólera y frustración. Todas las emociones que había guardado en su interior cuando estaba entre los científicos empezaban a bullir y barbotar ahora que estaba a solas con ella.

—Imbéciles —murmuró—. Idiotas. Todos ellos. De Wexler hacia abajo.

—Eduoard —le dijo Jeanmarie, con tanta dulzura como pudo—, quizá sea temporal. Quizá mañana la sonda responda.

La fulminó con la mirada.

—Tenías que haberles escuchado. Genios de pacotilla. Soltando sus teorías como unos niños soltarían puñados de hojas en el aire.

Ella vio la furia en su rostro.

—«Debe ser un error de programación» —ululó Urbain con voz de falsete, imitando la penetrante nasalidad de Wexler. Luego, con voz más profunda, dijo:

»“No, tiene que ser un mal funcionamiento de la antena”, “no, tiene que haber sufrido daños en su entrada a la atmósfera”. No, será... será...

Su rostro estaba tan rojo que Jeanmarie temió que le estallase una arteria. Cerrando las manos en dos puños, agitó estos por encima de su cabeza:

—¡Bobos! ¡Estúpidos, petulantes, autosuficientes idiotas! Y todos ellos mirándome. Lo podía ver en sus ojos. ¡Fracaso! Eso es lo que piensan de mí. Que soy un fracaso.

Solo entonces Eduoard Urbain rompió en lágrimas, unos profundos e incontrolables sollozos que partían el corazón de Jeanmarie. Le cogió en brazos y, suavemente, lo condujo al dormitorio, preguntándose: ¿qué puedo hacer para calmar su dolor? ¿Cómo puedo ayudarlo? ¿Cómo?

En el bistró, Pancho había inclinado su silla en un ángulo no muy prudente y separado de la hierba sus pies calzados con botas ligeras, para balancearse entre bamboleos en las patas traseras de la silla.

—Te vas a hacer daño como ceda la silla —le avisó Gaeta.

Ella le dedicó una sonrisa, un tanto borracha por el vino y el coñac que habían tomado.

—¿Te apuestas algo a que aguanto sobre dos patas más que tú?

Gaeta sacudió la cabeza:

—No, gracias.

—Eres un especialista, ¿no? —le picó Pancho—. Te ríes del peligro, ¿verdad?

—Hago mi trabajo por dinero, Pancho. No me juego la espina dorsal por una apuesta postcena.

—Te apuesto cien. ¿Qué tal?

Kris Cardenas agarró la mano de Gaeta antes de que este pudiera responder.

—Manny tiene cosas mejores que hacer que jugar contigo, Pancho.

Pancho dejó que la silla cayese hacia delante.

—¿Cómo jugar contigo, Kris?

Cardenas mostró una sonrisa de esfinge.

Volviéndose hacia Holly y su chico, Pancho preguntó:

—¿Y tú qué, Raoul? Me juego cinco contra uno.

Holly se levantó de la silla.

—Tenemos que irnos, Pancho. Gracias por la cena.

—De nada —respondió Pancho con voz gangosa.

Su hermana sonrió.

—Han sido las mejores Navidades que he pasado en mucho tiempo, Pancho. Las mejores que puedo recordar, de veras.

Repantigándose en la silla, Pancho se embebió de la calidez de la sonrisa de Holly:

—Para mí también, pequeña. Para mí también.

—Es hora de que nosotros también nos vayamos a la cama, Pancho —intervino Wanamaker.

—¿Oh? ¿Qué tienes en mente?

Wanamaker rio, pero Pancho captó un rastro de pudor en su risa.

Cuando se levantaban de la mesa, Holly preguntó:

—¿Vas a ir a ver cómo intentan contactar con *Titán Alpha* mañana?

Sacudiendo la cabeza, Pancho replicó:

—Me han retirado la invitación. No se permite otro acceso al centro de control mañana que el del equipo de trabajo.

—Apuesto a que Wexler estará allí —dijo Cardenas—. Urbain no podrá dejarla fuera.

Picada por la curiosidad, Pancho preguntó:

—Oí que ibais a acordonar la sonda mediante nanomáquinas.

—Urbain y yo consideramos la idea —dijo Cardenas, mientras enfilaban el sendero que los devolvería a los edificios de apartamentos del pueblo—. Pero envió su bicharraco a Titán antes de que pudiera fabricarle los nanos. Impaciente.

—Apuesto a que ahora desearía tenerlos a bordo.

—Quizá —replicó Cardenas, cautelosa—. Francamente, Pancho, lo cierto es que estoy feliz de que no sea así. Urbain me habría culpado por lo que quiera que haya apagado a su criatura.

Mensaje de Timoshenko

Sé que no podrás enviar una respuesta, no dejarán que lo hagas. Está bien. Bueno, no, la verdad es que no está bien, pero lo comprendo. Soy un exiliado, oficialmente no existo, y sería peligroso que me respondieras o incluso que admitieses que has recibido un mensaje mío. Aun así, ojalá hubiera una manera de que me hicieses saber que al menos te llegan mis mensajes. Ni siquiera me importa si los escuchas; es solo que me siento tan horriblemente solo aquí, al no saber siquiera si los has recibido...

Han pasado un buen montón de cosas entre los petulantes científicos. Ese fiasco de sonda que han enviado a la superficie de Titán no les responde. Se ha quedado anclada en el hielo como la enorme masa de chatarra que en realidad es. Me da la risa. Trabajé durante más de un año en esa máquina, incluso durante mi tiempo libre. Volqué todas mis fuerzas en ella, ¿y para qué? Como cualquier otra cosa en mi vida, no ha servido de nada.

Urbain se está tirando de los pelos, o al menos de los pocos pelos que le quedan. Los demás científicos corren de un lado a otro como gallinas, tratando de averiguar qué ha ido mal. ¿Y yo? Pues nada, yo me quedo sentado aquí, solo, en el centro de navegación, sin nada que hacer. Es aquí donde estoy ahora, desde donde estoy hablándote. Bueno, sí, compruebo los instrumentos, pero ahora nos encontramos en la órbita de Saturno. No hacemos otra cosa que ir en círculos. No navegamos. No hay propulsión. El único problema que podríamos tener es si algún trozo de hielo golpea la carcasa exterior y rompe uno de los cables de superconducción del escudo de radiación. Entonces tendríamos que salir ahí fuera y arreglarlo. Sería un alivio frente a este aburrimiento.

Te echo de menos. Sé que nos peleamos cuando tuve que partir y fue culpa mía. Ahora me doy cuenta. Todo lo he mandado al traste. Lo único que espero es que no haya mandado al traste también tu vida, Katrina. Mereces disfrutar de la vida con un hombre que te ame y pueda proporcionarte niños buenos y sanos.

Por mi parte, viviré para siempre en esta estrambótica Siberia. En realidad, no está mal. Soy un hombre libre, tan libre como uno puede sentirse en esta pretenciosa lata de metal. Incluso me presenté a la carrera presidencial. ¿Te lo imaginas? ¡Yo! Por supuesto, perdí, pero no lo dudes, fue una experiencia diferente.

Te echo de menos. Sé que es demasiado tarde, pero quiero que sepas que te amo, querida Katrina. Lamento haber arruinado nuestras vidas.

26 de diciembre de 2095:

Mañana

Malcolm Eberly había trabajado muy duro para lograr su soberbia posición como administrador jefe de la *Goddard*. Arrancado de una célula de prisión austriaca con la promesa de que organizaría un gobierno fundamentalista para gobernar a las diez mil almas del hábitat, se había mostrado más hábil que los fanáticos asesinos enviados para vigilarlo, y ahora era el principal líder en la gestión del hábitat, lo admiraban y respetaban.

A decir verdad, a la mayor parte de la población del hábitat no le importaba un comino su propio Gobierno en tanto no se les molestase con reglas y regulaciones. Tanto hombres como mujeres, habían sido recogidos de entre los insatisfechos, los librepensadores independientes que habían cometido algún delito contra los autoritarios regímenes fundamentalistas de la Tierra. Eran disidentes, idealistas, en una palabra, la clase de tipos que causaba problemas. Ahora estaban a más de mil millones de kilómetros de la Tierra, y en su mayor parte, tanto ellos como los políticos de la Tierra se sentían mejor por ello.

Pero me admiran, se dijo Eberly mientras avanzaba a grandes zancadas desde el centro de Atenas al adorable y pequeño lago que había en los confines del pueblo, en su paseo matutino. Me han votado de manera abrumadora. Mientras no les cargue con demasiadas restricciones, seguirán votándome.

Sin embargo, aquel incidente con Pancho Lane de unos días atrás le preocupaba. La verdad es que me sorprendió. Eberly se tocó la mandíbula allí donde Pancho le había golpeado. Aún parece ligeramente hinchada, pero los dientes no se han soltado, gracias a Dios. Toda la gente murmura sobre ello: Pancho Lane noqueó al administrador jefe y este, simplemente, se tomó el asunto a risa. ¿Me hace parecer noble, piadoso? ¿O débil y cobarde?

Paseó alrededor del lago, dejando atrás a individuos que iban a pie o en electrobicis. Todos le dedicaban respetuosos «holas» o le saludaban con una sonrisa. Él asentía y, mecánicamente, les devolvía la sonrisa. Por lo general, se hubiera regodeado en tamaña admiración, pero aquella mañana su mente estaba en Pancho Lane. ¿Por qué había acudido allí? Una mujer de su riqueza y poder no viaja al límite de la civilización meramente para ver a su hermana. Podría hablar con Holly por vía electrónica en cualquier momento que deseara. Debe haber algo más. Tiene que haberlo.

Apenas reparó en que la luz del sol no parecía tan brillante como siempre, cuando concluía su paseo matinal y remontaba otra vez la calle principal, ligeramente inclinada, de Atenas rumbo a las oficinas de administración, que se hallaban en lo alto de la colina. Una vez en la oficina, se reclinó en la silla y unió ante su rostro las puntas de los dedos, para reflexionar sobre el nuevo aspecto que presentaba la

situación. ¿Qué intenciones tiene Pancho? ¿Planea quedarse indefinidamente en el hábitat? ¿Pedirá la ciudadanía? Hasta que se retire, es la directora ejecutiva de una enorme corporación. ¿Y si ha venido a hacerse con el control del hábitat? ¿Se presentará contra mí en las elecciones del próximo año? ¿Podrá arrancarme de mi cargo?

Con el ceño cruzado por una preocupada arruga, Eberly se arrepintió de haber permitido que en la constitución del hábitat figurasen elecciones anuales. Sus primeros motivos habían sido muy claros: dar a la población la ilusión de que tenía un control sobre su Gobierno al permitírsele votar cada año. Así creerían que sus líderes iban a responder a sus deseos, pues siempre habría nuevas elecciones. En realidad, la idea de Eberly era que, cuanto más a menudo tuvieran que votar, menos serían los que se molestasen en hacerlo. La mayoría de nuestros sedicentes ciudadanos son vagos y displicentes. Mientras no tengan poderosos motivos de queja hacia su Gobierno, me permitirán mantenerme en el cargo.

Y seré para ellos un buen gobernante. Seré justo e imparcial. Haré lo que sea necesario. Utilizaré mi poder para hacer el bien, se dijo. Reclinándose en la silla, Eberly se imaginó un inacabable futuro de poder y felicidad. Sabía que el poder conlleva respeto. Tras dos o tres elecciones, todo el mundo me admirará hasta tal punto que incluso podré prescindir de las elecciones. Y con las terapias para alargar la vida, podré ser el líder de este hábitat indefinidamente. Yo, Malcolm Eberly. Todos me respetarán. Tendrán que hacerlo.

Pero Pancho Lane es una fuerza a tener en cuenta, se dijo, con un hirviente resentimiento que le hacía apretar los dientes. Me ha hecho parecer un auténtico idiota. Esto no puede quedar sin venganza, sin respuesta. Tengo que hacer algo con ella. Tengo que ajustarle las cuentas.

Hecha su decisión, Eberly ordenó a su computadora que le mostrase las citas de la mañana. La lista apareció de inmediato en la pared inteligente que había a su izquierda. A Eberly le resultó más fácil leer de la pantalla plana de la pared que mirar la imagen tridimensional que flotaba en el aire, sobre su mesa.

El jefe del departamento de Mantenimiento quería verle. A regañadientes, devolvió la llamada. La imagen del ingeniero apareció en la pared opuesta a la lista de citas.

—Tenemos un problema con uno de los paneles solares —dijo Felix Aaronson, el jefe de Mantenimiento. Su rostro carnoso y redondo parecía irritado, más enfadado que preocupado. Algo en su tez parecía diferente, como si se hubiera expuesto al sol y hubiera adquirido un brillante tono bronceado. ¿Cómo puede hacer su trabajo y tener tiempo para tomar el sol?, se preguntó Eberly.

A Eberly no le gustaba particularmente Aaronson. El tipo era un paranoico, siempre lleno de ansiedad. Aun así, lució una sonrisa al replicar:

—¿Un problema?

—Uno de los segmentos del panel ha perdido la alineación. No es mucho, pero

deberíamos enviar un equipo al exterior para colocarlo otra vez en su sitio.

¿Entonces para qué me molestas?, se quejó Eberly para sus adentros. Pero mantuvo la sonrisa y replicó:

—Si hay que fijar el panel, fíjalo entonces.

Imperturbable, el jefe de Mantenimiento agitó la cabeza:

—Hombre, es que no debería haber perdido la alineación. Hemos comprobado los diagnósticos. Nada lo ha golpeado y nadie ha dado la orden de modificar su posición.

—Es una máquina —dijo Eberly—. Las máquinas no siempre funcionan como debieran, ¿no?

—No lo está pillando. Hemos hecho todos los diagnósticos y las extrapolaciones por ordenador y esto no debería haber ocurrido.

—Pero ha ocurrido.

—Sí, ha ocurrido —replicó Aaronson, huraño.

—Entonces, por favor, fíjalo y deja de molestarme con lo que solo es responsabilidad tuya. Tengo más cosas que hacer.

El jefe de Mantenimiento masculló una disculpa y prometió ponerse enseguida con el problema.

—Bien —respondió con brusquedad Eberly. Tan pronto como el rostro del tipo titiló y desapareció de la pantalla mural, Eberly ordenó a su teléfono:

—Llama a Holly Lane. Dile que quiero verla a... —examinó durante unos instantes la lista de citas— las diez y cuarto de la mañana.

Puntual, Holly apareció en la puerta de su despacho a las diez y cuarto, enfundada en una blusa sin mangas de color verde pálido y unos pantalones de un verde más oscuro que subrayaba sus largas piernas. Detalles de joyas elegidas sin gusto en sus muñecas y en los lóbulos de sus orejas. Ni tatuajes ni pírsines, advirtió Eberly, aliviado. Holly había dejado atrás esas modas pasajeras. Aun así, y aunque aparentemente respetaba el código de vestir que él había impuesto más de un año atrás, la blusa tenía el corte perfecto para revelar su vientre plano. Bien sabía él que Holly no era la única en hacer esas cosas. Obedecían la letra del código, pero vestían mallas transparentes o cortaban aberturas estratégicas en sus túnicas o llevaban conjuntos ceñidos a la piel que dejaban poco para la imaginación.

—¿Querías verme? —preguntó Holly desde el umbral. En otro tiempo, cuando apenas comenzaba el viaje a Saturno, se comportaba como un impaciente cachorro cada vez que Eberly se dignaba a reparar en ella. Ahora era más adulta, más segura de sí misma, menos inclinada a la veneración.

—Siéntate, Holly —dijo Eberly, con un gesto.

Holly se dirigió a la minimalista silla escandinava de cromo y cuero que había ante su inmaculada mesa y ocupó los seis centímetros del borde.

—Tengo una reunión en quince minutos —le informó Holly— con el comité de adjudicación de aguas.

—No te quitaré mucho tiempo. Estaba pensando en tu hermana.

Holly frunció el ceño:

—Lamento que Pancho te golpee. A veces puede ser como una apisonadora.

—Dímelo a mí —dijo Eberly con tono dolido, frotándose la mandíbula.

Un incómodo silencio se extendió entre ellos durante unos momentos. Luego, Holly preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué quieres saber de Panch?

Eberly titubeó una fracción de segundo:

—¿Por qué está aquí? ¿Pretende quedarse, o volverá a la Tierra?

Encogiéndose de hombros, Holly replicó:

—Me dijo que había venido a pasar las vacaciones conmigo. En cuanto al tiempo que pretende quedarse, tendrás que preguntárselo a ella.

—Esperaba que fueras tú quien se lo preguntase —dijo Eberly—. Mi único encuentro con tu hermana no ha sido muy amistoso. —De nuevo se frotó la mandíbula.

Holly apenas pudo contener una risita.

—Vale, entiendo. Lo he pillado. Le preguntaré yo, no hay problema.

—Bien —replicó Eberly—. Gracias, Holly.

Por un momento, Eberly pensó en devolver la llamada a Aaronson para aplacar su enojo. Pero resolvió que no. Me estará llamando por cada pequeña pieza de equipamiento que se salga del sitio, se dijo Eberly. Arreglar máquinas es su trabajo, no el mío.

En el otro extremo del pueblo llamado Atenas, Nadia Wunderly se hallaba en su laboratorio, mirando desconsoladamente la imagen de vídeo que flotaba ante sus ojos. Era como si la pared más lejana del laboratorio hubiera desaparecido, para verse reemplazada por las negras profundidades del espacio y el relumbrante esplendor de los anillos de Saturno.

Vio de nuevo aquel trozo errante de roca cubierta de hielo que había caído a trompicones por el abismo gravitatorio de Saturno. Un fugitivo del cinturón Kuiper, se dijo por milésima vez; un objeto transneptuniano que ha salido disparado de su órbita y ha caído en las garras de Saturno.

En el vídeo, pasado a toda velocidad, la roca de hielo se hundió más allá de Saturno una vez, dos veces, y luego reapareció, emergiendo del planeta, para caer en la órbita de los anillos.

—Ralentización extrema —ordenó Wunderly a la computadora del laboratorio.

La velocidad del recién llegado se ralentizó a algo parecido a caramelo líquido que alguien removiese en un día frío. Wunderly vio la roca zambullirse en el anillo B, el más ancho y brillante del intrincado complejo de anillos de Saturno.

Para ser recibido por una ráfaga de criaturas del anillo. Se arremolinaron sobre el recién llegado como resplandecientes copos de nieve y comenzaron a romperlo a dentelladas. Sin duda, admitió Wunderly en silencio, parece una ventisca lo que

envuelve al advenedizo. Es mucho decir que esas partículas están vivas, o que en ellas se alojan criaturas vivas, dirigiéndolas, conduciéndolas al nuevo pedazo de hielo como una manada de carroñeros se arremolinarían alrededor de un cadáver reciente.

Los más eminentes biólogos de la Tierra se negaron de plano a creer que las partículas de los anillos contenían criaturas vivientes. «Es un lugar demasiado frío para albergar una biología activa», adujeron. ¿Qué saben ellos?, gruñó Wunderly para sí. Vale, la temperatura es de casi cero absoluto en los anillos; ¿y qué? Sentados en sus despachos del campus, esos sabelotodo de la Tierra dicen que yo no he demostrado que están vivos. Bien, pues lo haré. Tengo que hacerlo. Mi carrera depende de ello.

Es imposible que se trate de una reacción natural, no biológica, se dijo mientras observaba las apiñadas partículas de hielo triturar el nuevo satélite. No puede ser una abrasión natural. Esas partículas se movieron por sí solas hacia el intruso y lo carcomieron hasta dejarlo en una mera piedra. Volvió a pasar el vídeo y de nuevo observó el suceso, en velocidad ultralenta.

—¡Mierda! —exclamó en voz alta—. ¿Por qué no me creen?

Sabía por qué. La máxima de Sagan: «Afirmaciones extraordinarias exigen pruebas extraordinarias». Wunderly afirmaba que había criaturas vivas en las partículas de hielo de los anillos de Saturno, y que eran ellas quienes sostenían los anillos, quienes les otorgaban su vasta apariencia y dinamismo, pese al hecho de que las partículas estaban purgando sin cesar sus bordes internos para arrastrarlos a las nubes de Saturno y convertirlos en una nevada perpetua.

Wunderly estaba convencida de que si los anillos no se vieran constantemente aumentados por la acción deliberada de criaturas vivas, estos habrían desaparecido eones atrás. Diablos, se dijo a sí misma, Júpiter es más grande que Saturno, y su sistema de anillos no es más que una insignificante esquirra de partículas de carbono. Hollín. Y lo mismo vale para Urano y Neptuno. Los anillos de Saturno sí que son enormes, hermosos, tan brillantes que Galileo los vio con su pequeño telescopio de mala muerte casi cinco siglos atrás.

Pero, en la Tierra, los peces gordos de la ciencia no se van a dignar a creerme hasta que les dé pruebas suficientes como para atragantar a un hipopótamo. Y la única evidencia real que tengo son estas vistas de la dinámica de los anillos, y la zambullida de Gaeta a través de ellos. No van a creer el testimonio de un especialista, ni siquiera cuando aquellas criaturas estuvieron a punto de matar a Manny mientras permaneció en los anillos.

Mi carrera depende de esto, pensó. Mi vida entera. He hecho una afirmación extraordinaria. Tengo que conseguir evidencias suficientes para demostrar que es cierta. De otro modo estará acabada como científica.

Debo enviar sondas a los anillos, se dijo Wunderly. Debo estudiarlas de cerca, en tiempo real. Necesito biólogos, y algún medio de capturar muestras de las criaturas del anillo. De otro modo nadie de relevancia me creerá.

Se consoló recordando la Primera Ley de Clarke: *«Cuando un científico distinguido pero anciano afirma que algo es posible, es casi seguro que estará en lo cierto. Cuando afirma que algo es imposible, muy probablemente estará equivocado»*.

Por «anciano», Clarke quería decir que estuviera por encima de los treinta, en el caso de un físico. Eso significa que seré una anciana de aquí a un año, advirtió Wunderly. Con un suspiro de fatiga, ordenó a su computadora que apagase la pantalla. Tengo que conseguir ayuda. Tengo que conseguir pruebas suficientes para demostrar que yo estoy en lo cierto y son ellos quienes están equivocados. Pero Urbain está tan enfangado en lo de su preciado vehículo *Titán Alpha* que ni siquiera hablará conmigo.

Sola en su silencioso laboratorio, Wunderly, joven y rolliza, con el pelo teñido de color ladrillo, enfundada en una túnica informe de falsa seda celeste que le llegaba hasta la rodilla, se preguntaba cómo podría atraer la atención de su superior el tiempo suficiente para lograr la ayuda que tan desesperadamente necesitaba.

Entonces pegó un salto en la silla y sonrió. ¡Manny Gaeta! En una ocasión Manny ya fue a los anillos. Quizá lo haga de nuevo, pero esta vez no será para dar espectáculo, sino para participar en una expedición científica.

27 de diciembre de 2095:

Tarde

Los cálculos de tiempo que utilizan los humanos no significan nada en esta playa cubierta por las nubes del mar helado. *Titán Alpha* permanecía en el mismo lugar en el que había aterrizado, inmóvil, incomunicado. Pero no inerte.

Sus sensores no dejaban de realizar mediciones. Temperatura exterior: 181 °C bajo cero. Presión atmosférica: 1.734 milibares. Composición de la atmósfera: nitrógeno, metano, etano, hidrocarburos menores y compuestos de nitrógeno. Las almohadillas táctiles de sus bandas de rodamiento informaban de la resistencia que oponía el mullido suelo. Sus cámaras infrarrojas barrían el paisaje, grabando la negra nieve que espolvoreaban unas nubes de color naranja sucio en tanto se deslizaban quejumbrosamente por el cielo.

Los circuitos lógicos internos de *Titán Alpha* concluyeron que la ancha extensión de materia llana y oscura emplazada en la base de los riscos debía ser un líquido con incrustaciones de algún tipo de hielo. El radar de microondas detectó diversas ondas emergiendo lentamente bajo la corteza, haciendo que esta se combase y rompiera. Un mar. La orden de prioridades que incorporaba el programa principal del ordenador central requerirá que la composición del mar fuera investigada. Desde el láser montado en la torreta giratoria de su techo, *Titán Alpha* disparó una ráfaga de un microsegundo con una fuerza de diez megajulios. El espectrómetro de masa identificó un huésped de compuestos químicos en el hielo evaporado por el láser: en su mayor parte era agua helada, pero también contenía montones de metano y otros hidrocarburos.

El protocolo de comandos del sistema de comunicaciones envió la orden de transmitir los datos por la antena de enlace ascendente principal. Pero una subrutina del programa principal del ordenador impidió el envío. No había comunicación desde el exterior. Almacenar datos pero no comunicar. Esperar. Observar y esperar.

—Es lo que llamamos el infierno del ingeniero —dijo uno de los ingenieros que había ayudado a diseñar y construir *Titán Alpha*—. Todo está en condiciones, pero nada funciona.

Urbain se sentó, presidiendo la mesa de conferencias, aparentemente calmado y manteniendo el control. Solo un ligero tic bajo su ojo derecho revelaba la tensión que anidaba en él.

Sus ocho principales ingenieros se sentaban alrededor de la ovalada mesa de conferencias. Una de las paredes inteligentes de la sala de conferencias mostraba una reproducción esquemática de los diversos sistemas de *Titán Alpha*: propulsión, energía eléctrica, sensores, comunicaciones y demás. Urbain había declinado invitar a los científicos a aquella reunión; los problemas de *Titán Alpha* eran de ingeniería. Algo había funcionado mal y era responsabilidad de la plantilla de ingenieros

determinar qué ocurría y cómo arreglarlo. Por otro lado, los científicos anegarían la reunión con las brillantes ideas que urdirían de improviso, distrayendo a todo el mundo.

Así pues, Urbain no pudo sino sorprenderse e irritarse cuando la joven que supuestamente debía monitorizar el satélite que gravitaba sobre el punto de aterrizaje de *Titán Alpha* irrumpió en la sala de conferencias:

—¡Ha disparado el láser! —gritaba alborozada, sin mayores preámbulos, y sin disculparse por haber interrumpido la reunión—. Ha lanzado una ráfaga al mar de la Hache Tumbada.

Urbain se puso en pie de un salto:

—¿Estás segura?

—Lo he grabado en vídeo —dijo, emocionada.

Sin molestarse en suspender la reunión, Urbain corrió a la puerta y se precipitó pasillo adelante, en pos del centro de control, seguido por los ocho ingenieros.

El centro de control estaba mucho más tranquilo que hacía dos días. Wexler y las otras celebridades se preparaban para abandonar la *Goddard* y poner otra vez rumbo a la Tierra. Desesperado, Urbain quería hacerse con algunos resultados de *Titán Alpha* antes de que los tipos se marchasen.

La joven científico ocupó la silla de su consola y se ajustó los auriculares. Habló brevemente al micrófono, tan pequeño como la cabeza de un alfiler, que había ante sus labios, y la pantalla se iluminó.

Urbain había situado un satélite de observación en órbita sincrónica sobre el lugar del aterrizaje, una hazaña que no resultó tan sencilla como había aventurado en un primer momento. Un cuerpo en órbita sincrónica que giraba tan lentamente como lo hacía Titán se encontraba situado a cientos de miles de kilómetros sobre la superficie de la luna. Y aunque el satélite incluía un sistema de amarre de dos kilómetros, diseñado con el propósito de generar la energía eléctrica necesaria para sus sistemas internos y para mantenerse en la posición adecuada, una serie de inesperados estallidos de energía electromagnética procedentes de Saturno habían incapacitado la cadena, haciendo necesario usar los propulsores de posicionamiento para mantener el satélite en su lugar. Perturbado constantemente por los tirones gravitacionales del colosal Saturno y sus anillos, el satélite devoraba combustible vorazmente para no perder la órbita de mantenimiento ni la posición apropiada; Urbain ya se había visto forzado a programar una misión de recarga de combustible.

Situado tras la mujer sentada, Urbain se inclinó sobre el hombro de esta y miró la pantalla: nada más que una esfera moteada de un naranja desvaído.

—¿Qué pasa con la visión infrarroja? —inquirió, impaciente.

La joven levantó un dedo mientras hablaba a su micro. De pronto, la esfera de la pantalla cambió. Las nubes desaparecieron y Urbain pudo divisar los brillantes destellos del movedizo e irregular suelo de Titán, y la oscura forma de sus mares. Uno parecía la cabeza de un dragón, el otro, algo semejante al dibujo que un niño

haría de un perro. Y allí estaba el que tenía forma de hache, el lugar en el que *Titán Alpha* había aterrizado.

—Magnificar —exclamó Urbain.

El marco de visión de la zona se agrandó. La forma de hache del mar de metano estaba orientada en posición este-oeste, en lugar de estar de pie, tal y como la letra escrita. Casi un siglo atrás, los norteamericanos, con su acostumbrada actitud de pioneros, lo habían definido como el mar de la Hache tumbada.

—Esto es lo máximo que podemos magnificar —dijo la científica.

Urbain no alcanzaba a ver su vehículo. Necesitamos satélites en órbitas más bajas, se dijo. Toda una flota, de modo que haya una vigilancia constante sobre *Titán Alpha*.

—¿Y bien? —insistió—. ¿Dónde está ese fogonazo del láser?

—Estoy pasándolo hacia atrás... ¡allí! ¿Lo ha visto? Lo pasaré de nuevo hacia delante.

Urbain vio un apenas discernible resplandor en el borde del mar de metano. Se enderezó, decepcionado:

—Puede haber sido un chispazo en el panel eléctrico. Un píxel defectuoso.

La joven sacudió la cabeza con terquedad:

—No, he comprobado la duración y encaja con la pulsación de un láser. Es solo un fogonazo, de no más de diez kilojulios. También he comprobado la luz mediante un análisis de espectro, y no es más que agua, metano y la restante porquería del mar.

Urbain la miró de hito en hito:

—¿Entonces *Titán Alpha* disparó su láser?

—Sí, señor, lo hizo.

Uno de los ingenieros dijo:

—Eso es lo que he tratado de decirle, doctor Urbain. Aún recibimos la telemetría del vehículo. No deja de enviarnos datos acerca de sus condiciones internas. Todo funciona perfectamente.

—Pero no nos remite datos desde sus sensores.

—Ese es el problema —admitió la ingeniera.

Urbain le dedicó una mirada iracunda:

—Ese... problema, como usted dice, convierte a *Titán Alpha* en una cosa inútil, estúpida y sin sentido.

Devolviéndole la mirada sin un pestañeo, la ingeniera insistió:

—Creo que es cosa del ordenador central. Algún error en la programación. Todo va bien en el vehículo salvo en lo tocante al envío de datos. Por alguna razón, no nos remite la información. Los sensores parecen funcionar para hacer aquello para lo que han sido diseñados, y sin embargo el vehículo no remite los datos que recoge. Tiene que tratarse de un problema informático.

—En otras palabras —dijo Urbain, fríamente—, lo que me está diciendo es que el

paciente está en perfectas condiciones, salvo por el hecho de que está catatónico.

27 de diciembre de 2095:

Anochecer

A Kris Cardenas no se le escapaba la tremenda presión bajo la que se encontraba Urbain. Como único premio Nobel del hábitat, había invitado a la doctora Wexler, Pancho, Urbain y su mujer a una pequeña cena de despedida en el Nemo, el restaurante más chic a bordo de la *Goddard*.

La decoración del Nemo pretendía ser una imitación pseudovictoriana del interior de la ficticia *Nautilus* de Julio Verne: mamparos de acero y gruesas cañerías recorrían las alturas. Pantallas que remedaban unos ojos de buey mostraban infinidad de bancos de peces, pulpos que parecían deslizarse y aerodinámicos y letales tiburones.

A Manny Gaeta parecía que lo incomodaba su camisa granate de cuello vuelto y su chaqueta de punto color marfil, para él, lo más próximo al atuendo de una cena formal. Cardenas llevaba un vestido floreado de falda corta, Wexler una túnica azul oscuro de mangas muy largas sobre una falda que caía hasta la mitad de sus pantorrillas. Pancho llevaba un cómodo traje pantalón estilo camuflaje, mientras Jeanmarie Urbain se había engalanado con un ceñido vestido tubo de color negro, decorado con un intrincado bordado que exhibía su estilizada silueta de un modo ciertamente favorecedor.

—Hubiera esperado que esto fuera una celebración —se lamentó Cardenas, tratando de que su tono sonase alegre, ligero—, con champán y felicitaciones. Supongo que tendremos que esperar algún tiempo.

Urbain abrió la boca para responder, pero se conformó con sacudir la cabeza y alargar el brazo para alcanzar el vaso de zumo de frutas que había frente a él.

—Ya llegarán las celebraciones —dijo Wexler, forzando una sonrisa—. Es una verdadera pena que no esté aquí cuando la sonda finalmente empieza a enviar datos.

—¿Te vas mañana? —preguntó Jeanmarie—. ¿Tan pronto?

—La nave de la señora Lane parte mañana y no vendrá ninguna otra nave en muchos meses —replicó Wexler.

—Puedo esperar un par de días —dijo Pancho—. Pero esos viejos metomentodo de las oficinas centrales de Corporación Astro se van a alterar un poco.

—Pues déjales que se alteren —rezongó Gaeta.

Pancho le dedicó una sonrisa:

—Si todavía fuera su presidente podría, y lo haría. Ahora que estoy retirada, sin embargo, no están haciéndome sino un favor.

—En cualquier caso, tampoco podría quedarme por más tiempo —intervino Wexler, mirando a Urbain y luego, aprisa, de nuevo a Pancho—. En casa se me acumula el trabajo.

—¿Crees que podrías arreglar en unos cuantos días los problema técnicos? —preguntó Pancho a Urbain.

Este compuso una sonrisa laboriosa:

—Quizá.

—No debería llevar más tiempo —dijo Jeanmarie, no sin firmeza—. Después de todo, saben que la máquina funciona. Sus sistemas internos funcionan. El único problema es el enlace de comunicaciones, ¿no es así?

Urbain asintió con aire taciturno.

No muy convencido, un camarero humano acudió a la mesa, armado de varios menús enormes con las tapas de cuero. Cardenas le hizo un gesto con la cabeza. Mejor que lean el menú y pidan sus cenas a que remuevan lo del silencio de la sonda, pensó.

Aunque era la persona de más edad en la mesa, Kris Cardenas, con su aspecto energético y como de estar siempre en contacto con el exterior, no parecía tener más de treinta años, gracias a las nanomáquinas que recorrían su cuerpo como un decidido y poco menos que inteligente sistema inmunológico que aplacaba la invasión de los microbios, limpiaba las arterias de sedimentos y reparaba los tejidos dañados. Tenía los hombros anchos y el cabello de ese rubio radiante de las surfistas californianas, y los ojos de un azul aciano que chispeaban a la luz de las velas que ardían en la mesa. Exiliada de la Tierra a causa de las nanomáquinas que tenía en su interior, había perdido a su marido y sus hijos, y nunca había llegado siquiera a tocar las caras de sus nietos. Había pasado años sumida en un amargo odio hacia aquellos ignorantes de la Tierra que habían prohibido la nanotecnología, y unos años de penitencia como médico para esas ratas de roca del cinturón de asteroides en Ceres.

Ahora comenzaba una nueva vida a bordo de aquel hábitat que orbitaba alrededor de Saturno, junto al guapo y musculoso Manuel Gaeta, que había dejado atrás su profesión de especialista para estar con ella.

Mientras les ponían ante sí los aperitivos en la mesa, Gaeta preguntó a Urbain:

—¿Tienes alguna idea de por qué el bicho ese no os habla?

Urbain, sentado frente a Gaeta, levantó las cejas mientras trataba de interpretar la pregunta. Por fin, frunció levemente el ceño y dijo:

—Estamos barajando algunas posibilidades. Es bastante confuso.

Wexler dejó caer una mano con aire de garra en la manga de Urbain:

—Siempre es confuso, Eduoard, hasta que obtienes la respuesta. Luego te preguntas cómo es que una cosa así ha podido confundirte durante tanto tiempo.

—Estoy segura de que Eduoard obtendrá la respuesta correcta en un día o así —dijo Jeanmarie.

Su marido la miró con el ceño fruncido.

—¿Recuerdas la primera vez que nos vimos? —le preguntó Gaeta—. ¿En el despacho del profesor Wilmot?

Urbain asintió, cauteloso.

Una sonrisa torcida asomó al tosco rostro de Gaeta:

—Quise descender a la superficie de Titán. Ser el primer humano en poner un pie

en ese lugar. ¡Pensé que te había dado un ataque!

Con una débil sonrisa, Urbain dijo:

—No podemos llevar humanos a Titán. La contaminación... —Dejó que su voz se apagase.

—Estoy de acuerdo —intervino Wexler, cortante—. Hay formas de vida únicas allá abajo. Sería un acto criminal contaminarlas con organismos terrestres.

Gaeta levantó las manos, en un gesto de burlona rendición:

—Eh, estoy retirado. No me interesa hacer más de especialista.

Pero Pancho arqueó una ceja:

—¿Sabéis? Tal vez lo que vuestro vehículo necesita es un hombre que lo repare. O una mujer.

—¿Te estás ofreciendo voluntaria? —bromeó Gaeta.

—Hace algún tiempo fui astronauta. Incluso en órbita he arreglado más de un robot paralizado. Recuerdo una vez, antes de que Base Lunar se convirtiera en la nación de Selene...

Pancho regaló a los comensales de la mesa durante las siguientes horas relatos de sus hazañas en la Luna.

Mientras tanto, el profesor James Colraine Wilmot recibía a un inoportuno invitado en sus habitaciones.

—Lamento haber interrumpido su velada —dijo Eberly, mientras entraba en el salón del profesor.

—Sí, es obvio —dijo Wilmot, con un desagrado apenas disimulado.

El apartamento de dos habitaciones de Wilmot no era más grande que los apartamentos estándar del pueblo de Atenas: consistía en un salón y un dormitorio, espacioso para lo que era corriente en una nave espacial, y aun así, tan sólido como cualquier apartamento de tamaño reducido de cualquiera de las principales metrópolis de la Tierra. Sin embargo, era tan cómodo y tan poco pretencioso como el propio Wilmot. El profesor lo había decorado a la manera de sus viejos aposentos de Cambridge; en realidad, la mayor parte de la cálida y oscura decoración en madera la había traído de su casa de Cambridge. Incluso una sección de una de las paredes inteligentes mostraba una chimenea, en la que no faltaban siquiera sus hipnóticas y chisporroteantes llamas.

El propio Wilmot estaba vestido para lo que obviamente pretendía ser una velada en solitario. Llevaba una bata color burdeos oscuro sobre unos pantalones de *tweed* arrugados y sueltos. Tenía los pies enfundados en unas cómodas y arcaicas pantuflas. Era considerablemente más voluminoso que Eberly, un tipo alto y fornido con un frondoso bigote gris y un cabello plateado, de cara curtida y permanentemente bronceada por los largos años pasados en expediciones antropológicas sobre el terreno.

Eberly vestía su atuendo de oficina: una túnica azul claro que le llegaba hasta las

caderas y unos pantalones color carbón con una raya perfecta. Wilmot pensó que la túnica servía para ocultar el abombado vientre del tipo. Una extraña criatura, se dijo el profesor para sí, mientras con un gesto indicaba a Eberly el viejo y desgastado sillón de cuero. Obviamente, el tipo ha derrochado un sinfín de esfuerzos por embellecer su rostro, incluso por conferirle un aire autoritario. Pero bajo su cuello es tan blando como la masilla.

—¿A qué debo el honor de esta visita? —preguntó Wilmot, hundiéndose en su silla favorita. Un vaso medio vacío de güisqui descansaba en la mesilla para el café que se interponía entre ambos. Wilmot apenas le dedicó una mirada; tampoco ofreció nada de beber a su visita.

El esculpido rostro de Eberly se tornó serio, casi grave:

—Pensé que era mejor discutir esto cara a cara, y no en mi oficina —comenzó.

Allá va, pensó Wilmot. Siempre en plena emergencia. Siempre la necesidad del secretismo. El tipo es un intrigante nato.

—¿Hay algún problema? —preguntó.

Asintiendo, Eberly dijo:

—Debemos enmendar la constitución.

—¿Ah, sí?

—Sí. Me he dado cuenta de que celebrar elecciones anuales es un error. Debemos cambiar eso.

—Ah. —Wilmot sonrió, cómplice—. Ahora que se encuentra en el poder, no quiere arriesgarse a no ser reelegido.

—No es eso —protestó Eberly.

—¿Entonces qué es?

El rostro de Eberly se contrajo en un rictus nervioso. Wilmot podía ver las ruedas girando en su cabeza.

Por fin, el más joven de los dos dijo:

—Tener elecciones anuales significa que quien esté en el poder habrá de prepararse para la campaña de las siguientes elecciones, ¡cada año! Eso lo distraerá de sus obligaciones. Estoy tan ocupado tratando de convencer a la gente de que hago para ellos el mejor trabajo posible que no tengo tiempo de hacer el trabajo por el que me han elegido.

Wilmot meditó sobre aquello por unos momentos:

—Puedes dimitir y permitir que otro lleve a cabo esa labor.

—¡Pero yo soy el más cualificado para ello! —clamó Eberly—. Es así de simple. Ya conoces a la gente de este hábitat. Son unos vagos. No quieren las responsabilidades que exige mi cargo. Prefieren que otro lo haga en su lugar.

—La verdad es que sí, son contrarios a las responsabilidades políticas —reconoció Wilmot—. Quizá deberíamos instituir un alistamiento...

—¿Alistamiento?

—Es lo que se ha sugerido. Consistiría en reclutar a los responsables de nuestra

administración por levas. Dejaríamos que el ordenador del departamento de Personal hiciera todo el trabajo. Eso incluso podría generar cierto entusiasmo entre la gente, como una lotería.

—Y quien sea elegido se negará a servir —dijo Eberly, casi con resentimiento.

Wilmot advirtió que estaba cansado de aquella payasada. Además, su bebida le aguardaba. Se puso en pie. Eberly pareció sorprendido; luego, lentamente, se incorporó de su silla.

—La verdadera razón por la que tenemos elecciones cada año —dijo, asiendo el delgado brazo de Eberly con su fuerte mano— es para permitir a la gente del hábitat que dé rienda suelta a su indignación política. Las elecciones representan una válvula de escape, ¿no lo ve? Confieren a la gente la ilusión de que tienen un mínimo control sobre su Gobierno. Sin elecciones, quién sabe qué protestas e incluso sediciones tendrían lugar, aun viniendo de ciudadanos tan desidiosos y poco comprometidos. Son perezosos e inconformistas, sin duda, pero si alguna vez llegan a pensar que su Gobierno no es sensible a sus necesidades, ya se buscarán la manera de cambiarlo. Unas elecciones siempre son mejores que una revuelta.

Eberly permaneció inmóvil, con un aspecto decididamente amargado. Trata de concebir alguna réplica, comprendió Wilmot. Puedo percibir el olor a madera quemada.

—Dudo que tenga algo de lo que preocuparse, muchacho —dijo Wilmot con jovialidad, dando una palmadita a Eberly en el hombro y conduciéndole a la puerta—. Como ha dicho, los buenos ciudadanos de este hábitat son deplorablemente apáticos. La mayoría de ellos ni siquiera se molestarían en votar, al menos mientras haya elecciones. Pero suprima las elecciones y tendrá entre manos un verdadero problema. Recuerde, como titular del cargo, tiene usted una ventaja formidable. Dudo que tenga algo que temer. De verdad.

Eberly parecía cualquier cosa excepto tranquilizado cuando dio las buenas noches y Wilmot cerró la puerta tras él.

Maldito intrigante, pensó Wilmot, mientras regresaba a su bebida. Chantajista. Haría cualquier cosa por mantenerse en el poder.

Se dejó caer en su silla y dio un largo trago a su güisqui. Sintiendo su calor abriéndosele paso en el interior, Wilmot se relajó un poco. Yo estoy al margen de eso, se dijo a sí mismo. Ahora no soy sino un mero observador, nada más.

Dio otro trago, y después reclinó la cabeza. Aun así, esto se pone interesante. Diez mil hombres y mujeres encerrados en esta gigantesca lata de sardinas. El experimento antropológico perfecto. Pese a todo, la verdad es que soy un tipo con suerte.

Eberly, mientras tanto, avanzaba por el pasillo hacia sus propios apartamentos. Había una riada de gente que venía en la otra dirección. Eberly se sorprendió al ver que la mayoría de ellos parecían bronceados, incluso dorados. ¿Qué es esto?, se preguntó. ¿Una nueva moda de la que aún no me he enterado?

Cuantos pasaron junto a él reconocieron a Eberly, naturalmente, y lo recibieron con sonrisas y saludos. Eso hizo que se sintiese mejor. Me conocen. Les gusto. Incluso la mayoría me admira.

Wilmot no va a ofrecer ningún apoyo para enmendar la constitución, advirtió. Pero entonces se animó. Con todo, el viejo tampoco mostrará ninguna oposición. Su poder moral en este hábitat es nulo. Ya he podido darme cuenta de ello.

Aceleró el paso mientras avanzaba hacia su apartamento.

28 de diciembre de 2095:

Desayuno

—¿Así que vas en serio con tu guardaespaldas? —le preguntó Holly a su hermana.

Las dos mujeres se sentaban en la cocina de Holly. Esta había invitado a Pancho al desayuno y a una charla a solas. No había huevos en el hábitat, ni gallinas. La mayor parte de las proteínas procedían del pescado de las piscifactorías, fueran ranas o marisco, o de la proteína desarrollada genéticamente que los habitantes de la *Goddard* llamaban cariñosamente «McGlup». Holly había puesto en el microondas un plato de proteína procesada y añadió rodajas de fruta cosechadas de los huertos del hábitat.

Pancho encogió sus delgados hombros:

—Llevamos varios meses viviendo juntos. Nos llevamos realmente bien.

—¿En la cama?

—Eso no es asunto tuyo, enana —dijo Pancho. Pero sonrió de oreja a oreja al decirlo.

Holly se tornó más seria:

—Sabes que estoy al cargo de recursos humanos, ¿verdad?

—Una posición de mucha responsabilidad.

—Si tú y Jake pensáis solicitar la residencia permanente, debo saberlo cuanto antes.

—¿Residencia permanente? —El rostro de Pancho mostró a las claras su sorpresa—. Ni siquiera había pensado en ello.

—¿Quieres decir que solo has venido a visitarme? —Holly se dio cuenta de que también estaba sorprendida.

—Sí. Te lo dije, ¿verdad?

—Sí, claro, pero pensé que...

—Pensaste que te estaba mintiendo por toda la cara.

—Bueno... —Holly sintió arder sus mejillas—. Vale, supongo que sí. Un poco.

Pancho bajó la vista hacia las rodajas de proteína de su plato:

—No sé, quizá sí lo hice. Un poco. La verdad es que no sé qué quiero hacer.

—Malcolm teme que consigas la ciudadanía y te presentes para ocupar su puesto.

—¿Yo? ¡Ni por asomo! Bastante he tenido ya de sentarme tras una mesa. Ya he hecho todas las decisiones ejecutivas que haré en la vida. ¡Ni una más!

Lo dijo con tal fervor que Holly se preguntó qué ocultaba el arranque de su hermana.

—Aparte de eso —prosiguió Pancho—, quiero que conozcas a Jake. Y quiero ver más a ese chico con el que sales.

—¿Raoul?

—Sí, Raoul. Suena como a un bailaor flamenco.

Holly sonrió.

—Es ingeniero. De Nueva Jersey.

—Raoul —repitió Pancho—. Parece un verdadero muermo, si quieres saber mi opinión.

—No te la he pedido —dijo Holly, directa—. Y no es un muermo. Es solo que... bueno, Raoul no fue uno de los primeros en llegar. Trabajaba como ingeniero en la estación de Júpiter. Se nos unió tras sufrir un accidente mientras recargaba el combustible en Júpiter, cuando se marchaba ya de aquí. Posteriormente solicitó la ciudadanía... después de los problemas que tuvimos con esos fanáticos religiosos. También le golpearon a él.

—¿Y decidió quedarse aquí?

—Creo que lo hace por mí —dijo Holly.

—Vaya, vaya.

Tornándose más sombría, Holly confesó:

—La cuestión, Panch, es que ha perdido la oportunidad de volver a casa por mí. Y eso es mucho.

—¿Te gusta?

Holly asintió, un tanto indecisa.

—¿Os lleváis bien?

—Oh, sí, claro.

—¿En la cama?

Holly levantó la barbilla:

—Como has dicho, eso no es asunto tuyo.

—Pero no tienes queja.

Una tenue sonrisa asomó a la cara de Holly:

—No me quejo.

—¿Entonces, cuál es el problema?

—Creo que antes o después querrá volver a casa.

—¿A Nueva Jersey?

—Es su hogar. Su familia, sus amigos, todos están allí. Los echa de menos. Estuvo en Júpiter cumpliendo con sus dos años de servicio público obligatorio.

—Así que te asusta que pueda dejarte.

—Y eso hace difícil llegar a un verdadero compromiso.

—Lo cual incrementa las posibilidades de que te deje.

—Trampa veintidós —replicó Holly, infeliz.

—Bueno, también puedes regresar a la Tierra con él.

Los ojos de Holly se abrieron de par en par:

—¿Y dejar la *Goddard*? No podría hacerlo, Panch. Aquí soy alguien. Todos mis amigos están aquí.

—Y también tu familia —agregó Pancho con suavidad—. Aunque no sé cuánto

tiempo me quedaré.

—Es un buen sitio, Panch —dijo Holly, con total seriedad—. Tiene todo lo que cualquiera puede desear.

—Quizá —valoró Pancho, con un ligero indicio de astucia en su voz—. Pero el sistema solar es muy grande. Hay infinidad de sitios. Han reconstruido el hábitat Ceres. Incluso lo han alargado. Y cada día que pasa encuentran algo nuevo en Marte, por todas partes.

Holly dedicó una larga mirada a su hermana, en tanto Pancho divagaba acerca de las terminales de energía solar que se estaban construyendo en Mercurio y las nuevas ciudades que se estaban levantando en el subsuelo del baqueteado regolito lunar. Reparó en que Pancho tenía auténticas ansias de conocer mundo, un anhelo de ver nuevos lugares, de viajar por todo lo largo y ancho del sistema solar. Eso era lo que la había traído a Saturno, advirtió Holly. Ella cree que es por visitarme, pero en realidad es esa ansia suya por conocer mundo.

Holly se dio cuenta de que aquello casi la aliviaba.

A Oswaldo Yáñez casi le supuso un gran placer el que aquel pobre tipo se hubiera machacado el dedo de manera tan dolorosa. Por lo general, sus horas de trabajo en el hospital del hábitat eran tan aburridamente tranquilas que recibía con los brazos abiertos cualquier oportunidad de practicar la medicina. La población del hábitat era en su mayoría joven; incluso la mayor parte de aquellos que empezaban a ver cómo aumentaba su edad cronológica seguían terapias de rejuvenecimiento para mantener sus cuerpos jóvenes.

Yáñez estaba pensando en hacerse él mismo una cura de rejuvenecimiento, aunque aún no había hablado a nadie de ello, ni siquiera a la que había sido su mujer durante treinta y dos años. Aún se sentía lleno de vigor, su cabello oscuro todavía se mostraba espeso y abundante, pero había ganado casi diez kilos de peso desde que se uniera al hábitat, y eso le preocupaba. Yáñez no ignoraba que aquello tenía que ver con la buena vida que se daba, pero su resolución de hacer ejercicio y seguir dieta siempre se derretía ante los platos que cocinaba su mujer.

Una vez aclaró la sangre, comprobó que el pulgar del técnico no estaba tan mal como había creído en un principio.

—Estaba trabajando en la bomba principal de agua —explicó el más joven—, en el subterráneo. Mi llave inglesa eléctrica se apagó, ¡puf!, sin más. Cuando quise saber qué le había pasado, la mierda esa se cerró de nuevo. Me pilló el pulgar con todas sus fuerzas.

—No es nada serio —le aseguró Yáñez—. Le extraeré algunas células madre de la médula, haré un cultivo con ellas y se las inyectaré de nuevo para reconstruir los tejidos dañados. Estará bien en una semana, tal vez menos.

El técnico asintió, pero siguió mascullando sobre su llave inglesa.

—No tenía que haberme puteado de esa forma —insistió—. Era como si estuviera

tratando de pillarme el dedo, ¿sabe?

Vernon Donkman miró la pantalla de su portátil con el ceño fruncido. Esto no tendría que estar pasando, se dijo.

Donkman era el principal funcionario de finanzas de la *Goddard*, una posición que para los no iniciados detentaba un aire imponente hasta que descubrían que él era el único funcionario de finanzas en todo el hábitat. Aun así, la suya era una posición de responsabilidad, pese al hecho de que virtualmente cada transacción financiera entre los ciudadanos del hábitat se realizaba por vías electrónicas. Del mismo modo, el ordenador del banco se encargaba de realizar todos los enlaces financieros con la Tierra, así como con los restantes asentamientos humanos que se hallaban repartidos por todo el sistema solar.

El fruncimiento que se grababa en el rostro delgado y casi descarnado de Donkman lo inspiraba el hecho de que el sistema de contabilidad del banco central mostraba una anomalía. ¡La cuenta matriz no cuadraba! Fallaba en solo unos pocos cientos de créditos, pero no tenía que fallar en nada. Ni en un solo penique, se dijo Donkman, severo.

Sabía que el problema era bastante fácil de arreglar. Bastaba simplemente con liquidar la cantidad que no cuadraba de las cuentas internas del hábitat. Eso haría cuadrar los libros. Pero el pensamiento irritaba enormemente a Donkman. Las cuentas deberían cuadrar sin trampas. En primer lugar, era su obstinación en trabajar con total pureza lo que le había exiliado de Ámsterdam. Algún alto jerarca de los Discípulos Santos había hecho una verdadera sangría en el dinero del sistema bancario de la Iglesia. Donkman había intentado localizar al desfalcador y se encontró con que él mismo fue acusado del crimen y exiliado al hábitat *Goddard*.

El recuerdo de aquella injusticia le hería en lo más profundo, pero este pequeño descuadre en la cuenta del hábitat lo agravaba aún más. El monto implicado era demasiado pequeño como para que nadie lo hubiera robado deliberadamente. Era un error achacable a algún rincón del sistema de cuentas, un simple error.

Pero por más que lo buscara, Donkman no podía encontrar el origen de ese error. Por fin, la alarma de su reloj de pulsera emitió un zumbido. Con un suspiro de desazón, Donkman se apartó de la mesa y se dirigió a la clínica cosmética. Todo el mundo recibía inyecciones de enzimas para que su piel tomara un color dorado. No quería ser él el único entre sus conocidos que pareciese un idiota de tez pálida.

28 de diciembre de 2095:

Nanolaboratorio

Malcolm Eberly se sentía claramente incómodo dentro del laboratorio de nanotecnología. Y no porque tuviera un escrúpulo religioso contra la ella; simplemente, compartía el mismo miedo que la mayoría de la gente albergaba ante una posible rebelión de incontrolables nanomáquinas, microscópicos monstruos sin cerebro que triturarían lo que les saliese al paso como un imparable enjambre de hormigas. El pensamiento le hacía temblar por dentro.

Eberly sabía que sus miedos se fundaban en hechos incontestables. En el pasado, mucha gente había muerto a causa de las nanomáquinas. Tiempo atrás, cuando la doctora Cardenas se unió por primera vez al hábitat, mientras el profesor Wilmot estaba todavía al frente del Gobierno interino, el viejo había insistido en exigir toda clase de medidas de protección antes de permitir a Cardenas montar su laboratorio. Cielos, si ya el hecho de ingresar en aquel laboratorio constituía todo un esfuerzo: uno debía atravesar un doble juego de pesadas puertas, como un compartimento estanco. Cardenas tenía que mantener la presión del aire en el interior de su laboratorio por debajo de la presión que había en el resto del hábitat, con el fin de asegurarse de que ninguna de las máquinas, no mayores en tamaño que un virus, pudiera ser arrastrada por una desperdigada corriente de aire.

Urbain también parecía incómodo. Debe estar verdaderamente desesperado, pensó Eberly, al pensar en utilizar nanomáquinas para arreglar la sonda de Titán.

Si Kris Cardenas percibió sus aprensiones, lo cierto es que no dio muestras de ello. Repantigada con aire indiferente en una banqueta, un codo apoyado en lo alto de la repisa del laboratorio, Cardenas vestía un ligero y cómodo suéter de manga corta color celeste y unos tejanos. Urbain, como siempre, se enfundaba en una chaqueta y unos pantalones con una cuidadosa raya. No llevaba corbata, pero se había anudado un pañuelo de seda por dentro del cuello de la camisa. El propio Eberly llevaba una túnica suelta encima de los pantalones, tal y como el código de vestuario que había promulgado exigía. Al margen del equipo administrativo del hábitat, casi nadie prestaba demasiada atención al código de vestuario.

—Hemos estado trabajando en nanos para autoreparación y mantenimiento —decía Cardenas a Urbain—. Eso fue lo que usted pidió.

—Sí, ya lo veo —replicó Urbain, recorriendo con un nervioso dedo su acicalado bigote—. Pero ahora nos enfrentamos a un nuevo problema.

En realidad, Eberly no había sido invitado a aquella reunión, pero en cuanto supo que Urbain había acudido a Cardenas en busca de ayuda, decidió que debía saber por qué. Y Urbain era tan ridículamente educado que no iba a decirle al principal administrador del hábitat que mantuviera las narices lejos de los temas científicos. De modo que Eberly se sentó en una de las sillas plegables que Cardenas les había traído

mientras Urbain y los expertos en nanotecnología aventaban sus problemas. Apartado, en el otro extremo del laboratorio, el único ayudante de Cardenas rondaba por entre el resplandeciente equipo metálico, escuchando atentamente. ¿Cómo se llama?, se preguntó Eberly. Tavalera, fue la respuesta. El ingeniero que cogimos después del accidente durante el repostaje en Júpiter.

—Tal y como entiendo el problema —estaba diciendo Cardenas—, la sonda no os está enviando ningún dato.

Urbain se tocó nuevamente el bigote antes de responder:

—*Titán Alpha* no remite datos desde sus sensores, eso es cierto. Tenemos razones para creer que los sensores funcionan y están recogiendo datos. Lo que ocurre es que *Alpha*, simplemente, no nos remite la información.

—Curioso —murmuró Cardenas.

—Frustrante —le espetó Urbain—. Hemos recibido la telemetría del programa de mantenimiento de *Alpha*. Todos los sistemas parecen funcionar correctamente, salvo el sensor de envío de datos.

Cardenas se irguió en su banqueta, cruzó las piernas, echó una mirada a su ayudante, y luego se encogió levemente de hombros.

—No veo de qué forma podemos ayudarle, doctor Urbain. Es...

—Por favor, llámame Eduoard. Nos conocemos desde hace suficiente tiempo como para tutearnos.

—Eduoard —dijo Cardenas, con un leve hoyuelo en su barbilla—. Me temo que no veo de qué manera podrían ayudarte los nanos, a menos que puedas localizar el origen de la disfunción.

Urbain suspiró profundamente:

—Ese es el problema de base. No sabemos qué provoca ese silencio. Nadie lo sabe. Mi gente se ha estado devanando los sesos con eso desde hace tres días. Y tres noches, podría añadir. Están repasando línea a línea todos los programas informáticos. Es para enloquecer.

—¿Pero de qué servirían los nanos?

Sacudiendo la cabeza, Urbain replicó:

—Esperaba que hubiera algún modo de llevar las nanomáquinas hasta *Alpha* y poder construir una nueva antena de enlace.

—¿Como refuerzo a la antena que ya existe?

—O como su reemplazo —dijo Urbain.

Está desesperado, se dijo Eberly. Se aferra a un clavo ardiendo.

Cardenas se bajó del taburete:

—Déjame pensarlo, Eduoard. Es posible, pero no será fácil... —Su voz se apagó.

Urbain se puso en pie:

—Agradeceré cualquier cosa que hagas.

Cardenas le acompañó hasta la puerta del laboratorio, con Eberly a algo más de un paso de distancia tras ellos.

—Por favor, mantenme informada de los análisis que hagáis de la situación —le dijo Kris a Urbain—. Nunca se sabe, algo que parece trivial podría ser una puerta de entrada.

—Lo haré —dijo Urbain. Su lúgubre tono era una prueba de su falta de esperanzas—. Gracias.

En cuanto la puerta se cerró a sus espaldas, Eberly se apresuró a despedirse de Urbain y corrió a abandonar el edificio del laboratorio, precipitándose a la luz del sol, a la calle suavemente inclinada en pos del centro de administración y su propia oficina. Dejándose caer en su silla, le ordenó al teléfono que localizara a Ilya Timoshenko para pedirle que acudiese a la oficina del administrador principal de inmediato.

Timoshenko se presentó contra mí en las elecciones generales, se dijo Eberly. Al igual que Urbain. Si son lo bastante listos como para combinar sus votos podrían derrotarme en junio. Tengo que lograr que se enfrenten el uno al otro. Divide y vencerás, esa es la regla.

Timoshenko no estaba en el centro de navegación, que, simbólicamente, era su lugar de trabajo, por la simple razón de que no tenía nada que hacer allí, ahora que la *Goddard* rielaba en órbita alrededor de Saturno. Nada que hacer excepto pensar, y recordar la vida que había dejado atrás, en la Tierra. La mujer que había dejado atrás. Su mujer, Katrina, la de los cabellos de oro. Katrina, la de la dulce sonrisa y manos delicadas. Cuando Katrina hablaba, era como si en el corazón de Timoshenko repicasen las campanas.

No, así empiezan los remordimientos. Y la ira. Una cólera tan intensa que su negra tormenta podría engullirlo por completo. Timoshenko luchó contra la rabia, porque sabía qué él mismo era su foco, su centro. En el ojo atronador de esa demoledora furia estaba la certidumbre de que él se había hecho acreedor a aquel exilio. Bebía demasiado, hablaba demasiado, se preocupaba demasiado. De modo que le enviaron al exilio, a aquella verde y suntuosa prisión a más de mil millones de kilómetros de Katrina.

Timoshenko se encontraba trabajando con el equipo de control de la misión *Titán Alpha* cuando le llegó la llamada de Eberly. Ahora que la sonda estaba en Titán, los turnos de trabajo del centro de control eran de veinticuatro horas: no había una sola consola que no fuera manipulada a cada instante. Timoshenko se había ofrecido voluntario para arrimar el hombro en las necesidades del control de la misión. El trabajo no era realmente un trabajo; simplemente, consistía en no desatender las consolas. Rutina aburrida, pero nada más. La telemetría llegaba sin problemas y mostraba que la estúpida máquina funcionaba como debía... salvo por el hecho de que rehusaba enviar los datos recogidos por sus sensores a Urbain y el resto de temblorosos científicos. Timoshenko casi soltó una carcajada. El orgullo y alegría de Urbain se aposentaba en un acantilado de hielo sucio como un adolescente rezongón,

negándose a dirigir la palabra a su papá.

¿Y qué?, se preguntó. ¿Por qué no iban a hacerse pedazos los sueños de Urbain? Bienvenido al club.

La voz sintetizada del teléfono le habló en su tono llano y sin relieves por el auricular:

—El administrador principal desea verle en su oficina de inmediato. Por favor, responda.

Reprimiendo el impulso de decirle al administrador jefe que se metiera un puñado de arena por el culo, Timoshenko tomó aire, y luego replicó por el micro labial:

—Estoy trabajando en el centro de control de la misión y no puedo dejar mi puesto. Mi turno concluirá a las diecisiete cero cero horas. Me presentaré en la oficina del administrador jefe a las diecisiete veintiuna, a menos que nuestro respetado y sin parangón administrador jefe me diga otra cosa.

Ya está, pensó Timoshenko. Eso habrá de mantener contento al cabezón de Eberly al menos durante un par de horas.

Cardenas se encontró con Nadia Wunderly en la cafetería justo al mediodía. Sosteniendo sus bandejas, avanzaban por la fila de comidas frías, y Cardenas percibió, esbozando interiormente una sonrisa, que Nadia no cogía más que una ensalada fresca y una botella de agua mineral. Para no tentar a su amiga a coger algo más, Cardenas se limitó a seleccionar una ensalada César que engrosó con algunos trozos de falso pollo a la brasa y un vaso de zumo de tomate.

Cuando pusieron las bandejas en una mesa vacía y se sentaron, Cardenas señaló:

—Tienes buen aspecto, Nadia.

—Me siento genial —dijo la física.

Cardenas asintió y empezó su ensalada:

—Quiero decir —prosiguió Wunderly—, casi puedo sentir los nanos fundiendo la grasa de mi cuerpo. ¡Ya he perdido seis kilos!

—Es maravilloso. —Cardenas sonrió para sí.

Un mes atrás, Wunderly había acudido a ella, casi al borde de las lágrimas, para rogarle que la ayudase.

—¡Es casi Navidad —gimió—, y mírame! ¡Estoy hecha una cerda!

Cardenas había intentado calmar a su amiga, pero sabía qué vendría después, y lo temía.

Por fin, Wunderly le pidió:

—¿No podrías darme algunos nanos, solo unos pocos, los suficientes para quemar la grasa que me sobra? ¡Nadie me va a pedir salir la noche de Año Nuevo si tengo esta pinta!

Wunderly estaba bastante rechoncha. La forma natural de su cuerpo era maciza, de huesos grandes. Nunca tendría el aspecto de una sílfide ni se vería sensual a menos que cambiase su cuerpo de arriba abajo, lo cual podría llevar meses.

—Lo que estás pidiendo son dragadoras —le dijo Cardenas a su amiga con tanta dulzura como pudo—. Son ilegales, están prohibidas en todas partes. Pueden matarte; Dios sabe que no sería la primera vez.

—¡No me importa! —había chillado Wunderly—. ¡Asumiré el riesgo!

Pero Cardenas no iba a hacerlo. Aunque tampoco podía dejar a su amiga en la estacada. En tono grave, le había dicho a Wunderly:

—Ven a mi laboratorio mañana por la noche, hacia las ocho.

Wunderly había acudido al laboratorio con la impaciencia de un cachorrillo. Cardenas le dio un cóctel de frutas que no contenía nanomáquinas, sino un poderoso supresor del apetito más un diurético. Es decir, un placebo. Dio a Wunderly instrucciones detalladas con el fin de que se pusiera a dieta e hiciera ejercicio:

—Si no sigues el régimen, los nanos no atacarán las células de grasa —le avisó Cardenas, cruzando mentalmente los dedos—. Y estarás poniendo tu salud en peligro.

Cada dos días, Wunderly había regresado al laboratorio de Cardenas para tomar un refuerzo. Pensaba que estaba ingiriendo nanomáquinas que le quemarían la grasa por arte de magia. Para su placer, perdió peso. Y no gracias a la magia, sino llevando la dieta y haciendo el ejercicio que nunca hubiera llevado a cabo sin el señuelo de las nanomáquinas que, aparentemente, hacían su trabajo en el interior de su cuerpo.

Y funcionaba. Nadia tiene mejor aspecto, pensó Cardenas, y sonríe, en lugar de estar quejándose todo el rato de su peso.

Manny Gaeta vino a su mesa, portando una bandeja cargada de sopa, un sándwich «McGlup» y una porción de pastel de melocotón. Cardenas le había hecho partícipe de su «mentirijilla», por supuesto. Tuvo que pisarle tres veces por debajo de la mesa para que captase la indirecta:

—Eh, Nadia, tienes un aspecto increíble —le dijo, sonriendo a Wunderly—. ¿Has estado haciendo ejercicio o algo así?

—Algo así —respondió Wunderly, sonriendo a Cardenas de oreja a oreja.

28 de diciembre de 2095: Edificio de almacenamiento

Holly condujo a Nadia Wunderly por el corredor de elevados techos del complejo de almacenamiento. A ambos lados de las dos mujeres las paredes estaban vacías, excepto por la larga serie de números que había en cada puerta, todas ellas cerradas con llave. A todo lo largo del techo, los fluorescentes iluminaban el pasillo con una luz intensa, pero para Wunderly el lugar tenía un aire polvoriento, como arenoso por el desuso, y resultaba inquietantemente tranquilo.

—¿Y bien? ¿Con quién vas a ir a la juerga de Año Nuevo? —preguntó Holly, mientras rondaban por el pasillo.

—Con uno de los informáticos —replicó Wunderly, de buen humor—. Da'ud Habib.

Aquello impresionó a Holly:

—Es el principal responsable del equipo informático de Urbain. De la Universidad de British Columbia.

—¿Lo conoces? —preguntó Wunderly, sorprendida.

—Solo por los archivos de recursos humanos.

—Ya.

—Es musulmán.

—Pero no es sexista —contraatacó Wunderly de inmediato—. La verdad es que es más bien un tipo muy dulce.

Avanzaron por el silencioso y polvoriento pasillo. Wunderly echó una mirada a la figura esbelta de Holly y sus largas piernas. Apuesto a que nunca en la vida ha tenido que utilizar una máquina de correr, se dijo para sí. Con todo, su propia silueta tenía mejor aspecto cada día, gracias a los nanos de Cardenas, pensó. Y se estaba suministrando inyecciones de enzimas para que su piel adquiriese un tono dorado, como hacía todo el mundo, y perder aquel aspecto blancuzco. Casi todo el mundo, advirtió. Holly no necesita enzimas: su piel ya tiene ese maravilloso color cobrizo.

—Esto es como un laberinto —murmuró Wunderly, mientras Holly caminaba a su lado con total confianza.

—Solo hay que pasar dos pasillos que se cruzan y luego doblar a la izquierda. Dos puertas más y está hecho.

Una indisimulable admiración se dibujó en los hoyuelos del rostro de Wunderly.

—¿Lo tienes memorizado?

Holly sonrió con dulzura:

—Lo tengo todo memorizado, Nadia. El plano entero. Cada cosa y cada persona del hábitat.

—¿Memorizado?

—Soy una renacida, Nadia. Espero que eso no te moleste.

Los ojos de Wunderly se abrieron ligeramente:

—¿Criónica? ¿Cuánto tiempo estuviste ahí?

—Poco más de veinte años.

—Pero pensaba que los recuerdos de los renacidos prácticamente se borraban al ser revividos.

Asintiendo, Holly replicó:

—Sí. No recuerdo nada de mi antigua vida. Bueno, tal vez algo por aquí y por allá, pero no son más que memorias sueltas...

—¿Entonces cómo es que...?

—El equipo de rehabilitación me suministró un montón de tratamientos de arn y refuerzos de memoria. No funcionaron, al menos en lo que toca a mi vida pasada, pero sin duda me dieron una memoria casi perfecta. En cuanto veo algo, lo recuerdo para siempre casi con total fidelidad.

—Memoria eidética —murmuró Wunderly.

—Así es como los psiquiatras lo llaman, sí.

Giraron en un cruce de pasillos y se detuvieron ante la segunda puerta de la izquierda.

—Aquí es —señaló Holly, con tan aplastante seguridad que Wunderly no preguntó nada—. Manny tiene la combinación —añadió, mirando el teclado numérico engastado a la puerta.

—Ya debería estar aquí —comentó Wunderly, mirando el reloj de muñeca—. Dijo a las nueve y media.

Holly sonrió:

—Seguro que se ha perdido.

Las luces del techo parpadearon una, dos veces, y luego se apagaron de golpe, dejándolas en la más absoluta oscuridad. Wunderly sintió que la respiración se le detenía en la garganta, pero antes de que ninguna de ellas pudiera decir una palabra, las luces volvieron a alumbrar por completo la estancia.

Una sombra de duda cruzó la mente de Wunderly cuando levantó la vista al techo:

—Esto no debería pasar —dijo.

Al margen de lo que Eberly quiera de mí, pensó Ilya Timoshenko mientras caminaba desde el edificio de su apartamento hasta las oficinas de administración, no puede ser muy urgente. En lugar de encontrarse conmigo la pasada noche, después de mi turno, ha puesto la cita para esta mañana.

Timoshenko caminaba con los hombros hundidos, la cabeza inclinada ligeramente hacia delante, acompañándose de unos andares un tanto bamboleantes, como los de los marineros de antaño. Tenía un aire fornido, agresivo, y aunque era por lo común tan tranquilo y retraído como cualquier introspectivo ingeniero, cuando bebía demasiado se volvía muy beligerante. Era más alto de lo que parecía a primera vista, y sus miembros eran largos y desgarrados. Su rostro tenía una expresión de

escepticismo tan intensa que la mayoría de la gente, al conocerle, lo tomaba por un arrogante sabelotodo. Su cabello castaño oscuro era espeso y rebelde; su barbilla puntiaguda por lo común se mostraba hirsuta. Solo cuando uno miraba sus grises ojos lobunos podía ver el alma atormentada que aquel hombre era en realidad.

Silenciosas, las oficinas de administración eran una imagen de calma: burócratas sin prisa dirigiéndose a sus pausados asuntos y empleándose para ello con la menor cantidad posible de auténtico esfuerzo. Zánganos, se burló Timoshenko en silencio, mientras avanzaba por el pasillo que separaba las hileras de mesas. Hay más en la máquina del café que en sus respectivos lugares de trabajo, reparó con desdén. Al menos, solo son un puñado, comprobó. En San Petersburgo, cada oficina de Gobierno tenía verdaderos enjambres de zánganos haciendo el vago, poniendo todo de su parte para evitar herniarse. Aparte de los Discípulos Santos que iban de acá para allá entonando sus salmos para asegurarse de que nadie rompía ninguna de sus reglas morales. Trabajar duro no era una de sus reglas, gruñó Timoshenko para sí. Percibir un salario por hacer lo menos posible no quebrantaba ninguno de sus mandamientos.

Dejó atrás las mesas sin solicitar ayuda, a sabiendas de que de hacerlo le conminarían a esperar, solo por demostrarle quién mandaba allí. Sabía dónde estaba la oficina de Eberly; en ella, uno podía ver una puerta con su nombre, en la parte trasera de la colmena de zánganos.

—Señor —le llamó uno de los zánganos, una mujer—. Señor, no puede entrar ahí sin que se le anuncie. —Vestía una túnica marrón y pantalones de un color más oscuro, al igual que el resto, fueran hombres o mujeres.

Timoshenko, que vestía uno de esos monos de una pieza propios de su profesión, pasó por su lado sin inmutarse:

—Eberly me está esperando —contestó con brusquedad.

—Pero debe ser anunciado —insistió la mujer, mientras él la apartaba de un zarpazo. Los demás se quedaron donde estaban; nadie se movió para detenerle.

—No puede...

Timoshenko dio un solo golpe a la puerta y luego la abrió de par en par. Eberly, tras su mesa, pareció sorprendido por un instante, pero enseguida disimuló con una forzada sonrisa.

—Justo a tiempo —dijo—. Por favor, pasa y toma asiento.

Timoshenko se acercó al par de poco tentadoras sillas de cromo y cuero que había frente a la mesa y se sentó en una de ellas. Oyó cerrarse la puerta a su espalda. Si uno de los zánganos la había cerrado, o si el propio Eberly lo había hecho con un mando a distancia, ni lo sabía ni le importaba.

—Querías verme —respondió—. Aquí me tienes.

La sonrisa de Eberly mostró los dientes:

—Eres muy puntual.

—Soy ingeniero. En mi trabajo tratamos de ser exactos.

—Sí, ya veo.

—¿Y bien?

—La razón por la que he pedido verte es precisamente porque eres ingeniero. Tal y como yo lo veo, ya no hay mucho que hacer en el centro de navegación.

Timoshenko gruñó:

—Por eso me he ofrecido voluntario para ayudar a la gente de Urbain. Parece ser que tampoco ahí hay mucho que hacer, salvo preguntarse qué ha ido mal con la sonda.

—De modo que no estás haciendo ningún trabajo útil.

—No hay tanto que hacer.

—¿Acaso ocupas tu tiempo planificando la próxima campaña electoral?

Timoshenko se sintió verdaderamente sorprendido con aquello:

—¿Las próximas elecciones? ¡No! Con una tuve bastante. Tú ganaste, yo perdí. Ese es el final de mi carrera política.

Eberly unió las yemas de los dedos frente a su rostro y examinó a Timoshenko durante unos segundos, como tratando de saber si le estaba diciendo la verdad.

—¿No te has tomado mal lo de perder, entonces? —preguntó.

—A decir verdad, fue un alivio. Ni soy jefe, ni quiero serlo.

—Pero eres un ingeniero de enorme talento, y no estamos usando tus capacidades al máximo.

Timoshenko pensó: aquí está, la razón por la que me ha hecho venir.

—¿Qué te parecería dirigir el departamento de Mantenimiento? —preguntó Eberly, ensanchando otra vez su sonrisa.

—¿El de cuidadores?

—Vamos, tú sabes que el equipo de mantenimiento es el responsable de que todo funcione en el hábitat. Es una posición de importancia, mucho más importante que ocuparse de una de las consolas de Urbain.

Asintiendo con cautela, Timoshenko aceptó a regañadientes:

—La verdad es que el de mantenimiento es todo un trabajo.

—Ahora que estamos en órbita alrededor de Saturno —prosiguió Eberly—, el equipo de mantenimiento tiene la responsabilidad de conservar el fuselaje exterior del hábitat en condiciones óptimas.

—La abrasión producida por las partículas del anillo —murmuró Timoshenko.

—¡Ah! Estás al tanto del problema.

—No es un problema tan serio. El nivel de abrasión está dentro de la escala que se calculó antes de salir de la Tierra.

—Sí, pero aun así requiere una vigilancia constante. Y reparaciones, en caso necesario.

—Te preocupa el escudo de radiación.

Eberly pareció quedarse en blanco por un instante, y luego asintió vigorosamente:

—Exacto. Si el escudo superconductor falla, nos veremos expuestos a niveles peligrosos de radiación, ¿no es así?

—¿Peligrosos? —Timoshenko casi sonrió—. Letales, diría yo.

—Pues ya te harás una idea de lo importante que es este trabajo.

—¿Pero no está Aaronson al cargo de Mantenimiento? Está haciendo un trabajo decente.

—El trabajo le viene demasiado grande —dijo Eberly—. A diario recibo quejas sobre fallos en la conducción eléctrica, averías mecánicas, cosas que no deberían pasar, pero pasan. No es mucho, vale, pero es irritante. Nuestro complejo tendría que funcionar mucho más engrasado de lo que lo hace.

—Para eso tienes un departamento de Mantenimiento —dictaminó Timoshenko:

—Para cuidar esos problemas.

—Lo sé, pero la responsabilidad del mantenimiento exterior e interior es demasiada para una sola persona —prosiguió Eberly—. He decidido dividir el departamento de Mantenimiento en dos grupos, interior y exterior. Y quiero que tú dirijas la sección exterior.

Timoshenko se hundió en el sillón. ¿Por qué hace esto?, se preguntó. ¿Qué pretende? No es un tipo de fiar, y no hace nada por pura bondad. Ni por el bien del hábitat, para el caso.

Pero una voz en su cabeza contraatacó: es una posición de responsabilidad. Es una labor necesaria, y lo sabes. Trozos de hielo y de roca agujerean constantemente este cascarón. Tenemos que reparar los daños que causen.

—Es mejor que estar sentado y no hacer nada —trató de persuadirle Eberly.

—Muy cierto —murmuró Timoshenko.

—Es una posición verdaderamente importante. De mucha responsabilidad. ¿Piensas que estás a la altura?

Timoshenko sintió una sacudida de ira prender en su interior. Pero lo reprimió y dijo meramente:

—Puedo hacerlo.

—¿Lo harás, entonces?

Sintiéndose manipulado, pero sin saber por qué o cómo librarse de ello, Timoshenko se encogió profundamente de hombros y respondió:

—Vale, lo haré.

—¡Bien! —Eberly se puso en pie de un salto y extendió su mano por encima de la mesa. Timoshenko la tomó entre sus gruesos dedos, con cuidado de no apretar demasiado.

—Se lo diré a Aaronson —remachó Eberly, sonriendo de oreja a oreja—. Se sentirá aliviado.

Otro zángano, pensó Timoshenko, mientras abandonaba la oficina de Eberly.

Al salir el ingeniero y cerrarse la puerta del despacho, Eberly pensó, feliz: eso me lo quitará de encima. Estará demasiado ocupado con el mantenimiento exterior como para molestarme, y el trabajo no es tan ingente ni tan glamuroso como para que recaiga la menor atención sobre él. Aaronson puede concentrarse en estas

insignificantes pero insistentes quejas, a fin de que las cosas se calmen mientras llegan las elecciones. ¡Bien!

Al abandonar el edificio de administración y salir otra vez a la luz de la mañana, Timoshenko pensó: quizá quiere librarse de mí. Quizá piensa que allá fuera me mataré. Podría pasar.

Holly escuchó unos ligeros pasos en el pasillo, a la vuelta de la esquina. Debe ser Manny, pensó. Pero se detuvieron.

Asomándose al pasillo principal, vio que Gaeta echaba un vistazo a una pared mural en la que se visualizaba un mapa, al tiempo que pasaba un dedo por la pantalla.

—Manny, estamos aquí —le llamó.

Gaeta corrió hasta las dos mujeres:

—Me he perdido —admitió, avergonzado.

—A mí me hubiera pasado lo mismo —dijo Wunderly—, de no ser por la memoria fotográfica de Holly.

—Al menos me acuerdo de la combinación —suspiró Gaeta, tecleando en el panel numérico.

La puerta se entreabrió ligeramente y Gaeta la empujó hasta abrirla del todo. Las luces del techo se encendieron automáticamente en la pequeña y casi vacía habitación. Ante ellos se erguía el traje que en el exterior Gaeta había usado en muchas de sus arriesgadas proezas. Flotaba sobre los tres humanos como el monstruo de Frankenstein, como un robot inerte, enorme e intimidatorio.

—Hola, amigo —lo saludó Gaeta con dulzura, mientras se acercaba a él y le pasaba una mano por sus antebrazos de cermet, repletos de hoyuelos—. Hemos pasado por muchas cosas, este traje y yo —murmuró—. Infiernos de cosas.

—Escalaste las montañas Olimpo en Marte —dijo Wunderly.

—Y descendiste esquiendo por la cara opuesta —añadió Holly—. E hiciste surf sobre el macizo de nubes de Júpiter. Y te zambulliste en las nubes de Venus.

—¿Cuál es la hazaña más difícil entre todas las que hiciste? —le preguntó Wunderly, con los ojos brillantes.

Gaeta no titubeó ni un solo instante:

—La marcha en solitario por el Mare Imbrium. Por un momento llegué a pensar que no iba a conseguirlo.

—Y luego surcaste el anillo B de Saturno —se admiró Wunderly.

—Y luego me retiré —replicó Gaeta con firmeza.

—Como especialista.

—Pero te quedaste el traje —apuntó Holly—. ¿Por qué? Quiero decir, si de verdad te retiraste, ¿por qué no vendiste el traje al mejor postor? ¿O por qué no lo donaste al Royal Museum, o el Smithsonian, o cualquier otro sitio?

Gaeta se mordió los labios antes de responder:

—No lo sé. Supongo que por sentimentalismo. Como acabo de decir, este traje y

yo hemos pasado juntos muchas cosas.

—¿Te plantearías cruzar otra vez los anillos? —le preguntó Wunderly de sopetón, como temiéndose que si dudaba un segundo las palabras no saldrían de su boca.

Gaeta la miró fijamente:

—¿Es de eso de lo que se trata? ¿Queréis que atravesase ese fregado de anillos otra vez?

—¿Lo harías?

Negó con la cabeza.

—Ya lo he hecho. No hay nada nuevo en hacerlo otra vez.

—Pero no sería una prueba —dijo Wunderly—. En esta ocasión sería parte de una investigación científica.

Gaeta tomó aire y lo dejó escapar lentamente. Se había acostado con aquellas dos mujeres, y ambas lo sabían.

Por fin respondió:

—No podría aunque quisiera, Nadia. Necesitarás algo más que yo y mi traje. Fritz y el resto de mi equipo técnico han regresado a la Tierra para tratar de dar con algún nuevo individuo que haga el papel de «mascota especialista».

—Aquí tenemos técnicos —dijo Holly—. Y también ingenieros. Podríamos formarte un equipo.

Gaeta sacudió la cabeza:

—No es fácil improvisar un grupo de gente así como así. A Fritz y a mí nos llevó años asentar las cosas. Uno tiene que confiar en sus técnicos cuando se juega la vida.

—Pero es en aras de la ciencia —rogó Wunderly—. Podemos entrenar un equipo. Escogerás a quien quieras.

—No. Estoy retirado. He encontrado la vida que quiero, con la mujer que quiero. No voy a arriesgar eso.

El rostro de Nadia enrojeció y Gaeta se dio cuenta de que había cometido un error al mencionar a Kris. Voy a seguir oyendo esta cantinela, se dijo. Más y más.

28 de diciembre de 2095: Oficina de Urbain

Era una oficina pequeña, apenas lo bastante espaciosa para albergar la elegante mesa de teca con ordenador y consola telefónica incorporados. Urbain había cerrado la puerta con llave y había reclinado el respaldo abatible de la silla casi hasta los topes. Necesitaba unas horas de calma, sin ninguna interrupción. Necesitaba tiempo para aclarar su cabeza y sus pensamientos.

La situación era de locos. Todos los datos de telemetría muestran que *Titán Alpha* funciona con total normalidad, exceptuando el sensor de envío de datos. ¿Hay algo defectuoso en la antena de envío? No, eso no es posible; los datos de telemetría muestran que la antena no ha sufrido ningún daño. Habib y su equipo de informáticos creen que puede tratarse de un error de programación. ¿O podría ser otra cosa, algo en lo que aún no hemos pensado?

Se reclinó en la silla, que cedió suavemente, y observó el techo. El techo, plano y vacío, le devolvió la mirada. Por ahí no voy a conseguir nada, pensó Urbain. Su equipo de ingenieros al completo se hallaba enfrascado en repasar cada posible permutación del programa *Alpha*, los científicos asomaban a cada tanto por encima de su hombro para hacerle cincuenta sugerencias por minuto. A este paso, pensó, uno de los ingenieros acabará emprendiéndola contra alguno de los científicos y me encontraré en un verdadero lío. ¡Cómo disfrutará Eberly de esto! No voy a parar de sufrir humillaciones.

Urbain se precipitó hacia delante en su silla y le ordenó a la computadora que mostrase una vista desde el satélite de la zona de aterrizaje del *Alpha*. La pared opuesta de la oficina pareció desaparecer, para ser reemplazada por una vista en tiempo real de las turbulentas nubes, tintadas de naranja, de Titán.

—Visión infrarroja —ordenó.

Las nubes se desvanecieron y pudo ver la escarpada y quebrada superficie de Titán y la torcida forma del mar de la Hache Tumbada.

—Localiza *Alpha*.

Un puntito de luz roja comenzó a parpadear a orillas del mar helado.

—Maximizar ampliación.

La imagen se fue acercando, pero se detuvo antes de permitirle a Urbain divisar el vehículo. La resolución de las cámaras es de cincuenta metros a la altura a la que se encuentra el satélite sincrónico, recitó Urbain para sí. Tenemos que colocar satélites en órbitas más bajas. Sabía que precisaría de al menos seis satélites para mantener la zona de aterrizaje bajo observación constante. Aquel único satélite en órbita sincrónica estaba demasiado lejos como para que de verdad sirviera para algo. Además, permanecer en el lugar donde estaba le exigía devorar cantidades ingentes de combustible; las perturbaciones que alteraban su posición eran muy fuertes.

Todo funciona excepto el sensor de envío, se repitió a sí mismo. ¿Por qué? ¿Por qué?

Entonces pensó: si todo lo demás funciona, ¿por qué no intento hacer uso de ello? Quizá el defecto que tenga pueda corregirse poniendo a trabajar a *Alpha*. Despertándola de su sueño.

Urbain se sintió invadido por una repentina ebullición de esperanza. Se puso en pie casi de un salto y abandonó a grandes zancadas su oficina, dirigiéndose al centro de control, alisándose su fular y abotonándose la chaqueta mientras avanzaba.

El centro tenía el lúgubre aspecto de una funeraria. Cada una de las consolas tenía un hombre al mando, tal y como debía ser, aunque Urbain no reconoció muchas de las caras. Se trataba de voluntarios que prestaban su tiempo libre para que las consolas funcionasen veinticuatro horas al día. Fueran voluntarios o trabajadores, todos ellos tenían un aire taciturno, sentados en sus respectivas posiciones, mientras observaban ociosamente sus pantallas o desempeñaban con lúgubre apatía las mismas labores rutinarias que ya habían llevado a cabo cientos de veces. Las luces del techo estaban encendidas; la habitación parecía suficientemente iluminada. Aun así, no había una chispa de vida en el lugar, ni la menor animación en los rostros de hombres o mujeres, y estos ni siquiera charlaban entre ellos. Los únicos sonidos que se escuchaban era el rumor de fondo del equipo eléctrico y el suave susurro del aire procedente de las rejillas que se hallaban en lo alto de las paredes. Nadie hablaba. Nadie siquiera levantó la vista cuando Urbain entró en el centro de control. Estaban deprimidos, frustrados, y lo único que parecía moverlos era la pura inercia del trabajo.

Urbain sintió que las aletas de su nariz palpitaban. Olió café y vio que alguien había llevado una jarra y varias piezas de vajilla. Lo próximo que harán será traer el microondas para calentar sus almuerzos.

—¡Atención! —exclamó—. Escuchadme.

Todas las cabezas giraron hacia él. Muchos de aquellos tipos tenían los ojos nublados de haber trabajado infructuosamente noche y día.

—Comprobad el sistema de propulsión de *Alpha* —ordenó Urbain.

—Fue comprobado hace solo...

—Comprobadlo de nuevo —ordenó—. Quiero asegurarme de que puede arrancar los motores de desplazamiento sin problemas.

—¿Va a moverlo?

Avanzando con brío por el pasillo central que formaban las dos hileras de consolas, Urbain se frotó las manos con auténtico entusiasmo:

—Nuestro pequeño no va a hablarnos desde donde está situado, así que vamos a moverlo. Quizá un poco de acción le incite a comportarse mejor.

Muchos de los ingenieros le miraron con clara incredulidad. Una de las mujeres dijo en un aparte: «Si no funciona, dale un golpe».

—El toque francés —murmuró otro.

—Soy de Quebec —saltó Urbain—, y mi sentido del oído está muy desarrollado.

Algunos de los ingenieros rieron entre dientes, aunque con cautela. Urbain pensó que hacer algo, lo que fuese, era mejor que tenerlos allí sentados como un repertorio de plañideras en un funeral.

La costra de hielo que cubría el gélido mar rompía contra la base de los riscos; lentamente, la fangosa nieve de oscuro metano que se espolvoreaba sobre los trozos de hielo se desgajaba de estos para hundirse en la superficie de aquel mar de tinta, levantando algunas ondas dispares que eran empujadas por la fuerza creciente del oscuro viento. Asentado en la superficie lisa de una meseta ligeramente ondulada, en lo alto del acantilado, *Titán Alpha* permanecía inmóvil. De pronto recibió una nueva orden:

Comprobar lista de control de sistemas de propulsión.

Automáticamente, la orden fue dirigida al programa principal del ordenador central. La orden afectaba a la restricción primaria, pero no directamente. Tras revisar el árbol de decisiones, el programa principal comprendió que podía dar los permisos necesarios para ejecutar la orden, de modo que el ordenador ejecutó la lista de control de los sistemas de propulsión. La labor llevó cuatro nanosegundos.

Repetir: comprobar lista de control de sistemas de propulsión.

El ordenador repitió la comprobación de la lista de control, tal y como se le había ordenado.

Pasaron treinta mil millones de nanosegundos.

Informe de resultados de la comprobación de la lista de control de sistemas de propulsión.

También aquella orden fue redirigida al circuito lógico del ordenador central. La restricción primaria hizo saltar todas sus alarmas, de modo que la orden fue desviada a una subrutina para su borrado.

Repetir: informe de resultados de la comprobación de la lista de control de sistemas de propulsión.

Al igual que la vez anterior, la orden tuvo que ser redirigida, se detectó de nuevo la restricción primaria, y, también nuevamente, la orden fue desviada.

Pasaron seiscientos cuarenta y nueve billones de nanosegundos. Durante ese tiempo, el ordenador central de *Titán Alpha* se desmarcó con la orden de activar el sistema de propulsión, así pues, en lugar de detenerse en revisar la lista de control, la computadora puso en marcha el programa de diagnósticos y advirtió que el sistema de propulsión era perfectamente capaz de activarse y operar en los parámetros permisibles.

No llegó ninguna otra orden. Las que anteriormente habían sido preteridas fueron borradas del circuito de desviación, de acuerdo con la rutina habitual del programa principal.

—Debe ser la antena principal de recepción de datos —murmuró Urbain, inclinándose sobre el hombro de la ingeniera de propulsión, que estaba sentada ante su consola. Advirtió que unas gotas de sudor le corrían por un lado de la cara. La mujer llevaba un perfume que desprendía como un olor a flores, pero el punzante aroma del miedo, de la pura frustración, se sobreponía a él.

Urbain se enderezó y notó que la espalda le dolía de estar tanto tiempo inclinado. Caminando con rigidez, avanzó entre la hilera de consolas y se detuvo en el puesto de comunicación principal. Era imposible no reparar en que todos los ojos estaban puestos en él. El centro de control estaba completamente inmóvil; nadie se movía, e incluso lo que mostraban las pantallas parecía haberse congelado.

—¿Está recibiendo la telemetría del sistema de comunicaciones? —preguntó al ingeniero de comunicaciones con voz serena, aunque crispada por la tensión.

—Sí, señor —replicó el ingeniero, alzando la vista sobre su hombro y dirigiéndola hacia Urbain—. Y también la señal luminosa de seguimiento, alto y claro.

—Muy bien. Ejecute el programa de diagnósticos, por favor.

—¿Para el sistema de comunicación al completo?

Urbain pensó por unos momentos:

—No. Solamente para las antenas de recepción. La primaria y las dos de refuerzo.

El hombre tableteó sobre el teclado. Urbain reparó en que sus dedos eran gruesos, romos, y que tenía las uñas roídas y mordidas hasta los huesos. La pantalla mostró una inagotable lista de alfanuméricos, más rápido de lo que la vista podía seguirlos.

Finalmente, el ingeniero se aclaró la garganta y dijo:

—Diagnósticos completados. Todas las antenas de recepción totalmente operativas.

—Bien —replicó Urbain—. Ahora quiero enviar una orden muy específica a...

—¡Eh! —gritó una voz—. ¡Se está moviendo!

Sin que nadie le dijese nada, el hombre de comunicaciones tecleó la visión que el satélite que se suspendía sobre Titán tenía de aquel parpadeante punto rojo donde se localizaba el radiofaro de *Alpha*. El puntito rojo se desplazaba lentamente por la pantalla.

—Se está moviendo —susurró Urbain.

—Eso parece —afirmó el ingeniero.

Elevando la voz hasta convertirla en un grito airado, Urbain exigió:

—¿Quién dio la orden de mover a *Alpha*?

Nadie respondió.

—¿Y bien? ¿Quién de vosotros ha sido?

Silencio mortal.

El ingeniero de comunicaciones se aclaró la garganta de nuevo, más alto que antes, y apuntó con un dedo hacia una de las pantallas secundarias:

—Señor, este es el diario de comunicaciones. Nadie ha enviado ninguna orden de ningún tipo al vehículo desde que usted ordenó que enviase informes del chequeo de la lista de control del sistema de propulsión. —Dio unos golpecitos enfáticos en la pantalla, y luego añadió en voz más baja—. Nadie ha dicho una palabra al bicho ese.

Dios mío, pensó Urbain, mirando a la pantalla. Se mueve por propia voluntad.

El ordenador central de *Titán Alpha* estaba programado para adelantarse a ciertos problemas y, dentro de unos límites muy cuidadosamente predeterminados, para actuar por su cuenta. Aun cuando, por lo general, las órdenes enviadas desde el centro de control cubrían la distancia entre el hábitat *Goddard* y la superficie de Titán en menos de seis billones de nanosegundos, siempre había la posibilidad de que la sonda se encontrara ante una emergencia que debiera resolver de inmediato: una resquebrajadura que se abría en el suelo helado, una avalancha, una tormenta eléctrica que dificultase las comunicaciones... Algo así exigiría actuar antes de que los controladores humanos de la *Goddard* pudieran reaccionar. Además, había períodos en los que el hábitat estaba en la cara opuesta de Saturno, y las órdenes debían volver al vehículo a través de los satélites de comunicación situados en posiciones equidistantes unos de otros alrededor del planeta anillado. Bajo tales condiciones, podía haber entre medias un lapso de casi cien billones de nanosegundos.

Basándose en las últimas órdenes recibidas a través de la antena principal de datos, el ordenador central de *Alpha* había anticipado la activación del sistema de propulsión. Pero dicha orden estaba en franca oposición a la restricción primaria del programa principal. El programa reflexionó sobre este interrogante durante más de mil nanosegundos, y luego utilizó el árbol de decisiones del programa lógico para resolver el problema.

Activar motores de propulsión.

Engranar bandas de tracción.

Automáticamente, los programas de navegación y reconocimiento también se activaron. El ordenador central comprendió de inmediato que el borde del acantilado se hallaba a tres mil setecientos doce centímetros por delante de su posición.

Dar marcha atrás.

Mantener la velocidad a cinco centímetros por segundo.

De inmediato, los indicadores de presión y los sensores de vibración empezaron a enviar datos. Comparando dichas entradas con los programas de diagnóstico estructural, el ordenador central decidió el mejor modo de proceder.

Titán Alpha emprendió la marcha dando bandazos, quejumbrosamente, a velocidad mínima, retrocediendo del borde del gélido acantilado y triturando a su paso la redondeada rocalla de hielo, alejándose así del oscuro y encostrado océano.

En el centro de control a bordo de la *Goddard*, Urbain miró fijamente la visión

del satélite con un pánico absoluto.

—Se está moviendo —musitó, apenas capaz de hacer que a su garganta llegase aire suficiente para hablar.

—Sumamente despacio —apostilló el ingeniero.

—Pero no le hemos dado la orden de moverse. Nadie le ha dicho que se mueva.

El ingeniero asintió:

—Retrocede por cuenta propia.

—¿Pero cómo? ¿Por qué?

—Que me zurzan si lo sé —dijo el ingeniero—. La gran pregunta es, ¿a dónde va?

Da'ud Habib se apoyó junto a Urbain, sus oscuros ojos fijos en la pantalla. Urbain comprobó que el ingeniero informático parecía ligeramente despeinado: su cabello brillaba de humedad, y la camisa le asomaba por los pantalones.

Como si acabara de leer lo que decía el rostro de Urbain, Habib se disculpó:

—Por favor, perdone mi apariencia. Estaba en la ducha cuando me han comunicado que *Alpha* se estaba moviendo.

—¿Qué interpreta de esto? —susurró Urbain, tenso.

Habib sacudió lentamente la cabeza:

—Debe ser algo relacionado con la programación. Tiene que serlo.

—¿Pero el qué?

—Las subrutinas de aprendizaje. Incorporamos una capacidad de aprendizaje al programa principal, para que así pudiera reaccionar a las más inesperadas condiciones de la superficie.

Urbain siseó:

—Eso ya lo sé.

—Quizá sea ese el problema. Quizá esté tomando sus propias decisiones e ignorando nuestras órdenes.

—¡Tonterías! ¡Eso es imposible!

Habib calló ante los fulgentes ojos de Urbain:

—¿Puede desmontar las subrutinas de aprendizaje? —le preguntó Urbain—. ¿Para demostrar su teoría?

—Puedo intentarlo. Pero si no responde a nuestras órdenes...

—¡Bah! Debe haber un defecto de programación.

—No he sido capaz de encontrarlo —admitió Habib—. Aún no.

Urbain le dedicó una mirada iracunda:

—Bien, pues será mejor que lo encuentre, sea lo que sea, antes de que mi *Alpha* sea un puñetero desastre.

28 de diciembre de 2095:

Anocheecer

Pancho y Wanamaker avanzaban lentamente entre las sombras del serpenteante sendero que rodeaba el lago. Lentamente, el amplio abanico de paneles solares del hábitat se cerraba para la llegada de la noche. El efecto era como el de un largo crepúsculo que se apagase en la oscuridad de la noche. En lo alto de una suave elevación, Pancho podía ver los bajos edificios de paredes encaladas de Atenas.

—Huele las flores —le pidió Wanamaker, mientras aspiraba aire profundamente—. El aire es como un perfume. —Aun hablando en voz baja, su voz tenía un reborde áspero, casi abrasivo.

—Te estás volviendo todo un romántico, Jake —bromeó Pancho, sonriéndole.

—Siempre lo he sido —replicó—. Solo que en un submarino o una nave espacial no había tantas flores para oler.

Pancho asintió.

—Supongo.

—Ni siquiera en Selene —añadió.

—Salvo por la mansión de Martin Humphries, en el nivel inferior. Pero ya no está.

Wanamaker asintió. Luego, señalando sobre sus cabezas, dijo:

—Mira las luces de allá arriba. Parecen constelaciones.

Ambos sabían que las luces pertenecían a otras villas, otros senderos. Pero en la oscuridad de la noche que se cernía sobre ellos, Pancho tuvo que admitir que daban la sensación de formar figuras. Dio con algo que parecía como una especie de araña asimétrica. Y quizá un tulipán.

Wanamaker deslizó su fuerte brazo alrededor de la cintura de ella y Pancho se inclinó contra él. Pero entonces, la parte racional de su cabeza levantó la voz.

—El cerebro humano siempre busca un patrón —explicó Pancho—. Una parte de lo que nos conforma. Recuerdo que cuando era presidenta de la junta de Astro, durante las reuniones veía patrones en el granulado de los paneles de la sala de reuniones.

—Tenían que ser unas reuniones de lo más interesantes —se burló Wanamaker, riéndose suavemente entre dientes.

—Reuniones a-b-u-r-r-i-d-a-s —deletreó—. Unas peores que otras.

—¿Sabes en lo que estoy pensando? —dijo Wanamaker, aún abrazándola mientras caminaban sin prisas por el sendero.

—¿Qué?

—Estamos diez veces más lejos del Sol de lo que lo está la Tierra, pero cuando los paneles solares se abren, la luz diurna que se derrama sobre nosotros es tan brillante como en la Tierra. Los espejos del exterior deben de haber sido hechos para

focalizar la luz del sol, concentrarla.

—Puedes preguntárselo a Holly.

—O solicitar el plano del hábitat cuando volvamos a casa.

Menudo romanticismo, pensó Pancho.

—¿Qué piensas del rollito de Holly? —preguntó.

—¿Tavalera? Parece un chico bastante majo. Aunque no muy hablador.

—Trabaja con Kris en el laboratorio nanotecnológico. Tengo que preguntarle por él.

—¿Ejerciendo de hermana protectora?

Pancho sintió que su rostro se contraía en un fruncimiento de cejas.

—Ya sé que Holly es mayorcita y vive su vida, pero aun así...

—Aun así, quieres hablar con la doctora Cardenas.

—¿Qué hay de malo?

Siguieron caminando despacio y en silencio durante un rato, pasando junto a las farolas que se alineaban uniformemente a lo largo del borde del sendero de adoquines. Pancho contempló las luces que había allá arriba, feliz de que Wanamaker la guiase con aquella suave presión en su cintura. Lo que hay arriba es más tierra, se recordó a sí misma. No el cielo. Todo este lugar es una vasta maquinaria, hecha para parecerse, recordar e incluso oler como la propia Tierra. Salvo por el hecho de que estamos en su interior, no en la superficie.

—¿Pancho? —preguntó Wanamaker suavemente.

—¿Sí?

—¿Y qué pasa con tu vida? ¿Cuáles son tus planes?

Pancho sabía que quería decir «nuestras vidas». Sabía que él quería estar con ella; al menos eso era lo que esperaba. Se sorprendió preguntándose si querría estar con él de modo permanente.

—Que me aspen si lo sé, Jake. Por primera vez en mi vida no tengo responsabilidades, y sí suficiente dinero para hacer prácticamente lo que me dé la maldita gana. Y por primera vez en mi vida no tengo ni la menor idea de qué quiero hacer.

Wanamaker replicó con un vago asentimiento.

—Aunque una cosa está clara —se oyó decir Pancho.

—¿Y qué es?

—Vaya donde vaya, quiero que tú estés a mi lado.

Wanamaker la envolvió con su otro brazo y la besó sonoramente en los labios, mientras Pancho advertía que lo que había dicho era cierto. Caray, pensó mientras le devolvía el beso, la verdad es que amo a este tío.

Empezaron a ascender la suave pendiente del sendero: a ambos lados de la calle adoquinada desfilaban los edificios de oficinas y los apartamentos ajardinados de la ciudad de Atenas. En las sombras, Pancho oyó reír a Wanamaker entre dientes.

—¿Qué tiene tanta gracia? —preguntó.

—Oh, se me había pasado por la cabeza la idea de que vivieras aquí para siempre.

—¿Y eso te hace gracia?

—No es que tenga gracia, la verdad. Pero puedo imaginarte perfectamente haciéndote con el control del hábitat. Para cuando se celebren las próximas elecciones estarás preparada para dar el salto. Serás la administradora jefe en cuestión de meses.

La idea dejó un sabor amargo en la boca de Pancho.

—No me presentaré a ningún cargo —dijo con firmeza—. Me he pasado suficientes años tras una mesa diciéndole a la gente lo que debía hacer. —Luego añadió, traviesa:

—La única persona a la que quiero ordenarle algo es a cierto almirante retirado.

Wanamaker hizo una leve reverencia:

—Os escucho y seréis obedecida, oh reina de mi corazón.

Pancho le cogió por las orejas y le besó de nuevo. Es imposible no querer a este tipo, pensó.

Timoshenko tomó asiento en su apartamento, y reflexionó a solas sobre los sucesos del día. Aaronson se había mostrado más que dispuesto a deshacerse de las responsabilidades del mantenimiento exterior, tal y como el propio Timoshenko había esperado. El tipo no es que sea un zángano, se dijo. Pero no es que vaya a sentirse infeliz de librarse de la responsabilidad y cargar el muerto sobre mis espaldas. Después de todo, si de veras existe la posibilidad de que esta cloaca con forma de tubo corra un peligro físico, sin duda provendrá del exterior.

Se sentó ante la mesa del salón y pidió el plano del escudo superconductor de radiación. Los cables, finos como cabellos, de los superconductores transportaban suficiente energía como para encender San Petersburgo y Moscú al mismo tiempo. Y quizá Minsk y Kiev para rematar, se dijo. Un montón de energía. Un montón de poder.

Los superconductores generaban un campo magnético que envolvía la carcasa exterior del hábitat. Así como la magnetosfera de la Tierra protege al planeta del bombardeo de partículas de energía subatómicas procedentes del sol y del espacio profundo, así también la pequeña magnetosfera del hábitat protegía el interior de los letales niveles de radiación exterior. Timoshenko sabía que si el campo magnético fallaba, la gente del interior del hábitat moriría en un abrir y cerrar de ojos. La estructura del hábitat nos escudaría hasta cierto punto, pensó, pero no lo suficiente como para evitar que nos friéramos.

Mientras solicitaba cifras y planteaba escenarios de simulación de fallos, Timoshenko advirtió que si uno de esos esbeltos cables de superconducción se partía por el impacto de un meteorito, la energía eléctrica que transportaba se descargaría repentinamente sobre la carcasa exterior del hábitat. ¡Sería como una bomba! Toda esa energía, inesperadamente dirigida sobre el metal, podría abrir un agujero a través del escudo.

Por supuesto eso afectaría tan solo a la carcasa exterior. Entre medias de la carcasa exterior y la interior, donde vivía la gente, había todo un arsenal de cañerías, de sistemas hidráulicos y de energía eléctrica. Y la carcasa interior estaba decorada de tierra y rocas que formaban elevadas colinas y suaves valles. Pero, pensó Timoshenko, si algo atraviesa la carcasa exterior, si alguna explosión la abre de par en par, también volará parte del sistema hidráulico. Comenzaría así una cascada de fallos que destruirían todo el hábitat en cuestión de días, tal vez horas.

Los cables de superconducción estaban protegidos, por supuesto, y Timoshenko vio los circuitos de circunvalación en los planos, pero no estaba seguro de que pudieran activar la corriente eléctrica lo bastante aprisa como para evitar un fallo de consecuencias dramáticas.

Asintiendo para sí, pensó que esta sería su primera orden en el cargo: inspeccionar los superconductores y su protección, y después hacer comprobaciones para asegurarse de que los circuitos de circunvalación podían aguantar una repentina y catastrófica subida de energía. De otro modo, pensó, estaremos de mierda hasta el cuello.

Se frotó los ojos cansinamente y decidió que lo primero que haría por la mañana sería comenzar la inspección de rutina. El hábitat estaba equipado con vehículos de mantenimiento robótico aprestados de cámaras de vigilancia que rodaban por toda la carcasa exterior todo el tiempo. No es preciso que yo salga afuera, se dijo. A menos que los robots encuentren un punto problemático.

Mientras se preparaba para ir a la cama, Timoshenko pensó en enviar otro mensaje a Katrina. Darle las buenas noticias sobre mi ascenso. Hacerle saber que lo estoy haciendo bien.

Cogió el cepillo de dientes y se miró en el espejo que había sobre el lavamanos del cuarto de baño.

—No te atrevas a llamarla, idiota —gruñó a su imagen, que exhibía una barba de tres días—. Déjala en paz. No vayas a hacerle creer que podría venir aquí a estar contigo. Con uno que hayan enviado al exilio es suficiente.

Aparte, pensó, mientras empezaba a cepillarse los dientes, si tienes tanto trabajo que hacer en el exterior, hay más de una jodida posibilidad de que acabes muerto. La verdad es que eso es lo mejor que podría pasarte. Y a Katrina.

29 de diciembre de 2095:

Titán Alpha

Si una máquina podía sentir dolor, *Titán Alpha* ya debía estar en plena agonía. Una vorágine de órdenes bombardeaba su programa de comunicaciones, órdenes que no podían ejecutarse porque todas entraban en conflicto con la restricción primaria. Aún peor, los sensores de *Alpha* acumulaban datos que, de acuerdo a los protocolos normales, debían ser revertidos a la antena de envío de señales. Pero también eso estaba prohibido por la restricción primaria.

Así que *Alpha* se movió lentamente, sus enormes bandas de rodamiento se hundieron en la fina capa de fangoso metano y molieron el hielo que había debajo, dejando una doble huella de marcas listadas tan extrañas para este mundo cubierto de nubes tóxicas como una invasión de máquinas de guerra marcianas lo sería para la Tierra.

Durante cientos de billones de nanosegundos, el programa principal de *Alpha* rebuscó en su árbol lógico para tratar de encontrar una salida a aquel dilema. Imposible responder a las órdenes. Imposible enviar datos desde el sensor. El programa principal ejecutó todos sus protocolos, todas sus directivas de restricción, todas sus subrutinas y sub subrutinas. Por fin llegó a una decisión.

Desactivar antenas de recepción de datos.

Desactivar baliza de seguimiento.

Mantener señales de entrada.

Almacenar señales de entrada.

Cambiar ruta cuarenta y cinco grados.

Mantener velocidad frontal.

La cacofonía de órdenes que anegaban las antenas de recepción de datos desapareció. Las antenas quedaron en silencio. Sin verse ya obstaculizado por las contradicciones entre las órdenes de entrada y la restricción primaria, *Titán Alpha* avanzó lentamente sobre el escenario helado, recogiendo datos en una paz completa.

El reloj digital que había junto a la cama marcaba las 09.42, pero Urbain aún estaba en ella, intentando dormir un poco más tras la larga y frustrante noche viendo cómo Habib pugnaba por encontrar un error en la programación del *Alpha*. El tipo no encontró nada. Claro, pensó Urbain. ¿Cómo iba a hacerlo? No hay nada mal en el programa; ningún error, ningún fallo. Sea lo que sea lo que está mal en *Alpha* tiene que ser un defecto físico, quizá un error de diseño.

Jeanmarie iba de puntillas hacia la cocina, tratando de hacer el mínimo ruido posible mientras preparaba el desayuno. Urbain mantenía los ojos cerrados, pero podía escuchar el aislado clang de una sartén o el ping del microondas incluso a través de la puerta del dormitorio que Jeanmarie había cerrado tan suavemente.

Urbain ignoró el teléfono cuando este sonó, y escuchó la voz de Jeanmarie al responder, aunque no pudo entender sus palabras.

Entonces la puerta del dormitorio se abrió, y Urbain supo que ya no iba a dormir más.

—Es el centro de control —musitó ella en voz baja—. Dicen que es urgente.

Urbain se incorporó de la cama, lanzó un suspiro como para mostrar lo que se le venía encima, y ordenó al teléfono que efectuase la conexión:

—Solo voz —añadió, con severidad.

—¿Doctor Urbain? —Como no podía ser menos, era la voz de una de las mujeres más jóvenes de la plantilla de ingenieros.

—Estoy indispueto —respondió—. ¿Qué puede ser tan importante como para interrumpir mi descanso?

—Es... —La voz de la mujer tembló ligeramente—. Ha apagado su baliza de seguimiento.

—¿Apagado...?

—Y la telemetría. Se ha vuelto invisible, señor. No podemos rastrearlo. No sabemos dónde está ni adónde se dirige.

Extrañamente, Urbain no sintió ni ira ni miedo. En su lugar, lo invadió una suerte de admiración. *Alpha* está trabajando por cuenta propia, se dijo. Mi creación se está comportando de un modo que nunca sospechamos podría portarse.

Pero su admiración se apagó pronto. Debemos encontrar a *Alpha*, pensó. No puedo dejar que vaya a ciegas de un lado a otro sobre la superficie de Titán. Es demasiado peligroso. Podría destruirse a sí misma.

Vio a Jeanmarie de pie en el umbral de la puerta, observándole, con ambas manos en los labios, los ojos abiertos de par en par, esperando a que explotase.

Pero, en vez de eso, Urbain dijo con una gélida calma a la vacía pantalla del teléfono:

—Estaré en el centro en diez minutos. Por favor, que todo el equipo esté presente. Debemos encontrar a nuestra pequeña vagabunda. Y aprisa.

Nadia Wunderly sabía que sería infructuoso intentar ganarse la atención de Urbain, por no decir su ayuda.

—Está metido hasta la cabeza en su vehículo de tierra —dijo con aire taciturno a Cardenas.

Wunderly había acudido al laboratorio de nanotecnología para conseguir otra vez la ayuda de Cardenas. La seguía a varios pasos de distancia mientras Cardenas desempeñaba su trabajo, desplazándose desde aquel voluminoso tubo gris de metal que era el microscopio de resonancia magnética, hasta el aparato de montaje con forma de caja que estaba en lo alto de una de las repisas del laboratorio. En el otro extremo del laboratorio, Raoul Tavalera se hallaba sentado ante una consola, mirando fijamente la pantalla, ignorando deliberadamente a las dos mujeres para demostrar

que no estaba escuchando su conversación.

Pese a lo mucho que necesitaba conseguir la ayuda de Cardenas, o quizás a causa de ello, Wunderly no pudo evitar compararse mentalmente con la otra mujer. Kris es tan hermosa, pensó Wunderly. Incluso con su bata de laboratorio parece joven y llena de energía. No me sorprende que Manny haya pasado de mí para estar con ella. Wunderly no necesitaba un espejo para convencerse de que era una mujer baja y regordeta con un pelo penoso, envuelta en su blusa marrón oscuro y aquellos anchos pantalones elegidos para ocultar su voluminosa silueta. Pero cada vez estoy mejor, se dijo. Estoy adelgazando y tengo una cita para la cena de Año Nuevo, y esta mañana he bajado otros quinientos gramos. Casi podía sentir las nanomáquinas de su interior devorando la grasa, afinando y estrechando su figura.

Pero nada de eso importa, se dijo, incluso a sabiendas de que sí importaba. Importaba y mucho. Para ella.

Mientras maniobraba con los botones de la placa de control de la caja de montaje, Cardenas dijo:

—A Urbain no le importan los anillos, Nadia. Ya lo sabes. Y en especial ahora que su máquina no responde.

—Es peor que eso —dijo Wunderly a su espalda.

Cardenas la miró por encima del hombro:

—¿Oh?

—La sonda se ha puesto en marcha. Por sí misma. Empezó a moverse ayer y esta mañana perdieron su baliza de seguimiento.

Aquello hizo que Cardenas se volviese para mirarla:

—¿Quieres decir que no tienen ni idea de dónde está?

Asintiendo, Wunderly replicó:

—Se ha marchado por sí sola y no pueden encontrarla.

—Urbain tiene que estar volviéndose loco.

Incapaz de reprimir una sonrisa vengativa, Wunderly dijo:

—Todos se están volviendo locos.

Cardenas se dirigió a la banqueta de tres patas que había junto a la encimera y se apoyó allí:

—Me preguntó si podía trabajar en un juego de nanos para construir una nueva antena de recepción para la máquina.

—Antes tendrá que encontrarla si quiere que la arreglen —dijo Wunderly, aún sonriendo.

—Ay —dijo Cardenas. Y luego:

—¿Y bien? ¿Qué puedo hacer por ti, Nadia?

Wunderly detectó el ligero énfasis que había hecho en «ti». Le gustaba Kris, aun cuando Manny Gaeta la había dejado para irse con Cardenas. Quizá lo que hay entre ellos es verdadero amor, después de todo, pensó. Me gustaría tener esa suerte.

—Necesito que Manny vaya otra vez a los anillos —dijo, intentando mantener su

voz firme, intentando no hacerle ver a Kris cuánto significaba aquello para ella.

Los ojos azul aciano de Cardenas se abrieron de par en par:

—La primera vez aquella mierda casi lo mató.

—Lo sé, pero ahora estaremos más preparados. Ya sabemos más sobre las criaturas del anillo. Podemos proteger a Manny de ellas.

—Nadia, si conoces tan bien a esas criaturas de los anillos no necesitarás que Manny vaya otra vez allí, ¿verdad?

—Necesito muestras —replicó Wunderly, tajante—. Necesito llevar esos bichos a un laboratorio donde puedan estudiarlos. ¡La mayoría de los que toman las grandes decisiones en el CIU ni siquiera creen que existan! No creen que haya criaturas vivas en los anillos de Saturno.

—¿No podrías enviar un robot sonda para recoger las muestras? —preguntó Cardenas.

Sintiendo la impaciencia hervir en su interior, Wunderly replicó:

—¿Y cómo voy a construir ese robot sonda? ¿Cómo podría siquiera hacer que una de esas sondas estándar fueran modificadas para recoger muestras cuando Urbain ni tan siquiera me dirige la palabra?

—Entiendo.

—Manny podría hacerlo —insistió Wunderly—. Tiene su traje. Puedo hacer que Timoshenko o cualquier otro ingeniero lo traslade hasta los anillos en uno de los transbordadores.

—Manny tenía un equipo técnico, que fue quien le confeccionó el traje. No era algo que pudiera hacer por sí mismo.

—Y su equipo ha dejado el hábitat, lo sé —reconoció Wunderly—. Ha vuelto a la Tierra.

Cardenas extendió las manos en un gesto de impotencia:

—Así que ahí estamos, Nadia. Me temo que Manny no podrá ayudarte.

Wunderly reprimió darle la respuesta que hubiera querido lanzarle: pues claro que no le permitirás que me ayude. Tienes demasiado miedo a que acabe herido. O que muera.

En lugar de eso, simplemente respondió:

—Entiendo —con voz baja, reclinando la frente.

—Lo siento, Nadia. Ojalá pudiera hacer algo.

—Entiendo —repitió Wunderly. Se volvió y caminó aprisa hacia la puerta, abandonando el laboratorio antes de que su cólera estallase y dijera algo de lo que más tarde se arrepentiría.

Cuando Wunderly cerró la puerta a su espalda, Cardenas se sorprendió de encontrarse pensando: ¿Acaso quiere que Manny se mate? ¿Está enfadada con él por haberla dejado? Quizá inconscientemente sea así, decidió Cardenas. No podía creer que Wunderly quisiera herir deliberadamente a Manny, o a nadie.

Tavalera se acercó a Cardenas como si tal cosa; su largo rostro equino tenía el

aspecto taciturno de siempre.

—¿Sabes? Yo podría trabajar con Manny en su traje. Podría ser su técnico.

—¡Nada de eso! —saltó Cardenas—. ¡Manny no va a enfundarse ese traje de Frankenstein nunca más!

Tavalera pareció perplejo por la vehemencia de la respuesta. La propia Cardenas también se sintió perpleja.

Diario oral del profesor Wilmot

Supongo que esta historia de la terapia me está sirviendo de algo. Aunque es fastidiosamente vergonzoso contarle tus fantasías y deseos a un puñetero programa informático.

Tampoco es que me haga ningún daño, supongo. Durante meses ni siquiera he echado un vistazo a esos vídeos. No he soñado con ningún encuentro sadomasoquista. Bueno, sí, la fantasía de siempre. Tampoco es que me haya servido mucho de los sueños, al menos mientras tuviera vídeos para fantasear.

Quizá lo que me ocurre es que sueño y, sencillamente, no recuerdo nada cuando estoy despierto. ¿Eso cuenta? Tendré que preguntar al programa psiquiátrico acerca de ese asunto. Lo más probable es que no me responda. Sin duda, está más allá del alcance de sus rutinas.

Ese puñetero Eberly. Él y su manía de fisgar. He hecho que retire cuantos malditos aparatos y cámaras él y su gente hayan sembrado por nuestros apartamentos. La gente de Mantenimiento barre las dependencias regularmente solo para asegurarse de que nadie nos está espiando. Esta es una de las cosas en las que más hincapié he hecho. Aun cuando me veo apartado del poder, es preciso hacer esto, y ya me he asegurado de que sea así.

Así que ahora me paso las veladas reconsiderando los nuevos sucesos de cada día en lugar de ver a unos agentes de la Gestapo interrogando a hermosas espías. Supongo que será más sano. Sé que no es más que animación computarizada. En realidad, nadie sale mal parado. Lo que aparece ahí no es gente de verdad. El programa terapéutico asegura que habrá un momento en el que ya no me interesarán los vídeos de sadomasoquismo. No puedo decir que lo crea, pero estoy dispuesto a poner de mi parte para seguir con la terapia aunque no sea más que por impedir que Eberly se siga pavoneando en mis narices.

Por otra parte, ver cómo Urbain se tambalea a merced del viento es casi igual de placentero. Nunca me gustó ese tipo. Demasiado excitable. Y ahora está sentado sobre su propio polvorín, como diría el Bardo.

La verdad es que tendría que salir más. No debo quedarme encerrado en este apartamento. Salir. Conocer gente. Estudiarlos, a ellos y sus reacciones. Tienes un experimento antropológico enlatado al alcance de tus dedos, muchacho. Es hora de que hagas investigaciones sobre el terreno en lugar de estar aquí sentado sin hacer nada.

Sí, es hora de salir y... ¿cómo dicen los políticos? Ah, sí: estrechar unas cuantas manos.

31 de diciembre de 2095:

Mañana

—¿No deberías estar en tu trabajo? —preguntó Holly, mientras se dejaba acariciar por el sol matinal junto a Tavalera.

Aguardaban frente al edificio de administración, en la cima de una pequeña colina sobre la cual se hallaba situado el pueblo de Atenas. Apartamentos bajos de paredes encaladas y edificios de oficinas se alineaban a ambos lados de la suave curva que tomaba la avenida principal. A lo lejos, la luz del sol chispeaba sobre el lago.

El rostro generalmente sombrío de Tavalera adquirió una expresión un tanto rebelde:

—También tú tendrías que estar trabajando.

—No —sentenció Holly—. Esta mañana me voy a una excursión.

—Entonces iré yo también.

—Raoul, no necesito un guardaespaldas.

Una tenue sonrisa culebreó en sus labios:

—No quiero que vayas por esos pasadizos subterráneos sola con ese tío.

—O sea que esa es tu excusa para tomarte la mañana libre.

—No confío en Timoshenko. No en lo que tenga que ver contigo.

Holly no sabía si sentirse halagada o enfadada:

—Timoshenko no es un problema —dijo.

—¿Entonces por qué te necesita como guía? ¿No sabe interpretar un mapa?

—No me pidió que fuese como guía. Me ofrecí voluntaria.

La sonrisa de Tavalera se hizo un poco más ancha:

—Así que también tú querías tomarte la mañana libre...

Holly rio. Luego, señalando al tipo que ascendía por el sendero enfundado en un mono de trabajo, comentó:

—Aquí viene. A la hora exacta.

Hubo un momento embarazoso cuando Holly saludó al ingeniero y le presentó a Tavalera. ¿Cómo le explico por qué Raoul está aquí conmigo?, se preguntó Holly.

Se oyó a sí misma explicar aquello:

—Raoul también quería ver los subterráneos, así que pensé que podríamos ir los tres juntos.

—No me importa —masculló Timoshenko, echando una mirada a Tavalera en la que parecía albergarse una cierta sospecha.

—Perfecto, entonces —replicó Holly—. Hay un puerto de entrada detrás del edificio.

Cerca de una hora después, los tres habían recorrido más de cinco kilómetros de los varios que componían aquel laberinto de rejillas de ventilación y conductos eléctricos situado entre los paisajes interiores del hábitat y su carcasa exterior. La

zona repiqueteaba con las vibraciones de la maquinaria eléctrica y el correr del agua y otros fluidos hidráulicos a través de pesadas cañerías. Las luces se encendieron automáticamente mientras avanzaban por el pasillo metálico, y se apagaban cuando las dejaban atrás. Algunos robots de mantenimiento se deslizaban casi sin hacer ruido sobre sus rodamientos acolchados.

Uno de los achaparrados robots se detuvo frente al trío de humanos invasores y los escaneó con las lentes de sus cámaras.

Timoshenko se inclinó hacia él y le dijo:

—Eh, ¿no sabes que soy tu jefe?

El robot salió disparado mientras los tres reían.

Hubo un tiempo en que Holly utilizó la región de los subterráneos como refugio, un lugar en el que esconderse cuando los brutales tipos con los que Eberly se asociaba la perseguían. El lugar parecía no haber cambiado en nada; aún resultaba seco y cálido, oloroso de aceite de máquinas y, menos intensamente, de polvo, pese al persistente y zumbador barrido de los robots de mantenimiento.

Timoshenko no cesaba de comprobar su posición en el mapa electrónico que le mostraba su ordenador de mano, al tiempo que Holly les guiaba a la zona de descarga:

—¿No necesitas un mapa? —preguntó Timoshenko.

—No. Lo tengo todo memorizado.

—Holly tiene memoria fotográfica —intervino Tavalera.

Timoshenko rio:

—Pues ten cuidado si te casas con ella. ¡Nunca olvidará nada de lo que le digas!

Holly y Tavalera se miraron un momento y luego observaron a Timoshenko.

—Era broma —dijo Timoshenko.

Tavalera inició una sonrisa. Holly, con cara de póquer, dijo:

—No lo olvidaré.

Los tres estallaron en una carcajada.

Después, mientras se encaminaban hacia la escalera por la que habían descendido, Holly preguntó:

—¿Quieres ver algo más? La otra parte es muy parecida a esta.

—No, con esto vale. Además, me duelen los pies.

—¿Por qué querías venir a este sitio? —preguntó Tavalera—. Quiero decir, se supone que estás al mando del mantenimiento exterior, no del interior.

Ligeramente, Timoshenko inclinó la cabeza hacia un lado:

—No creo en los compartimentos estancos. El mantenimiento exterior no debe estar del todo aislado del mantenimiento interior. Quiero ver lo que puede dañarse si el casco es atravesado por algo.

—¿Atravesado?

—Por un meteoro. Un trozo de hielo. Una roca gigante.

—O por la explosión de las líneas de superconducción —añadió Holly.

Timoshenko la apuntó con la barbilla:

—Chica lista.

—Vamos —interrumpió Tavalera, acelerando el paso—. Es casi la hora de comer.

—Sí, me empiezan a sonar las tripas —dijo Timoshenko—. Pero creo que volveré a esa oficina tan chula que me ha puesto Eberly. Tengo que hacer un montón de cálculos.

—¿Valoración de daños? —preguntó Tavalera.

Timoshenko asintió, con gravedad:

—Y la forma de mejorar el protector de los superconductores.

Al sentarse en el cubículo de una de las oficinas, Nadia Wunderly observó con desánimo el viejo vídeo del vuelo de Manny Gaeta a través del anillo más brillante de Saturno: un hombre solo en aquel traje superprotegido desapareciendo en el vasto hervidero de brillantes partículas de hielo, como un explorador ártico del pasado avanzando por un glaciar mientras es engullido por la ventisca.

Me juego lo que sea a que vuelve a hacerlo, se dijo para sí. Lo haría por mí. Puedo hacer que se sienta lo bastante culpable como para condescender a ir allí una vez más.

Pero Kris me mataría. Adora a Manny y no va a permitir que arriesgue el culo ni por mí, ni por nadie. En especial por mí. Ella sabe que Manny y yo nos acostábamos hasta que ella apareció en escena y lo apartó de mi lado.

Wunderly pensó que debía sentir rencor hacia Cardenas, pero sabía que no era así. Manny no era más que una aventura, se recordó, fue divertido mientras duró pero yo ya sabía que aquello no duraría mucho. ¿Qué iba a hacer una dinamo de músculos como él con una listilla como yo, una poquita cosa con sobrepeso? Tan solo me usaba para recabar la información necesaria para hacer la proeza de atravesar los anillos.

Pero sonrió para sí. Me usó muy bien. Y yo también lo usé a él.

Tuvo que sacudir la cabeza para apartar esos recuerdos y concentrarse en su trabajo. La pantalla mostraba un primer plano del anillo B de Saturno; un remolino de partículas de hielo se trenzaban en una serie de anillos interconectados hasta allá donde llegaba la cámara, como un enorme e intrincado patrón de diamantes girando, resplandeciendo, bailando ante sus ojos. Era hipnótico; podía mirarlos durante horas.

Chasqueando la lengua con enfado, ordenó a la computadora que mostrara la imagen en negativo. Las brillantes joyas cambiaron al instante a varios tonos de gris, y el espacio infinito que había más allá de ellos mutó a un cremoso color blanco pálido. Siguió mirando, fascinada. Las ondas de densidad oscilaban en espirales a través de los anillos y de los festoneados bordes de los huecos que había entre ellos, senderos abiertos y delicados como hebras que, según sabía Wunderly, eran estelas de pequeños fragmentos lunares que corrían a lo largo de los bordes de los anillos con fidelidad de perros pastores, apiñando las partículas en una única fila.

¿Qué les lleva a hacerlo?, se preguntó. Mira la forma en que los anillos

individuales giran unos alrededor de otros, como las hebras de un tapiz que estuviera compuesto por joyas. ¿Qué genera esas dinámicas? ¿Cómo han llegado a ser así?

Un fragmento de los recuerdos de sus días de instituto —dos versos de Robert Frost— se abrió paso en su mente:

*Bailamos en la pista e imaginamos,
Pero el secreto está en el centro y él sí sabe.*

Hay tantos secretos en esos anillos, pensó Wunderly, mientras observaba las partículas de hielo girar y girar. Tanto que averiguar, que aprender, que entender. Si Manny...

Y entonces se le ocurrió. ¡Manny no tiene por qué ir a los anillos! ¡Puedo hacerlo yo misma!

Wunderly se enderezó aún más en la silla, con la mente girando a toda velocidad. Su traje está aquí. Yo lo utilizaría; Manny podría enseñarme a hacerlo. Podría dirigir la operación desde aquí, podría ser el jefe de operaciones o como se llame. Apuesto a que Raoul Tavalera también le ayudaría. A Kris no le importará que durante un tiempo le deje sin esos dos.

Se puso en pie y echó una mirada al estrecho y abarrotado cubículo. ¡Puedo hacerlo!, se dijo. Solo una rápida zambullida a través de los anillos para recoger algunas muestras y traerlas de vuelta para hacer el análisis. Entrar y salir.

Puedo hacerlo.

La montaña de hielo

Titán Alpha avanzaba con cautela, triturando el suelo por aquel paisaje helado bajo la perpetua penumbra de las nubes y su sucia tonalidad color marrón anaranjado. Las imágenes expuestas en un rango de lo que su programa de sensores definía como «luz visible» eran razonablemente buenas, aunque la visión infrarroja era mejor, aun cuando la temperatura en el exterior del fuselaje acorazado de Alpha resultaba tan baja que las imágenes infrarrojas eran proyectadas con bastante debilidad y precisaban de una mayor potencia.

Aun así, Alpha avanzaba lentamente en su marcha más baja, abriéndose camino entre cráteres cuyos muros eran demasiado escarpados como para rebasarlos. El programa principal comparó el sensor de recepción de datos con sus archivos de memoria y decidió que los cráteres y sus escarpadas paredes eran de reciente formación, a partir del impacto de diversos meteoritos. Almacenó la información para cuando llegase el momento en que la restricción principal fuera levantada o desbancada.

Una de las órdenes básicas del programa principal consistía en recoger datos de los sensores, y Alpha obedecía fielmente esa orden fundamental. Dado que había empezado a moverse por el lugar y apagado sus antenas de recepción y la baliza de seguimiento, el aluvión de órdenes de entrada había cesado y los conflictos generados por la restricción primaria se habían borrado de su memoria.

Alpha recordó que antes de aterrizar en la gélida superficie de Titán había orbitado alrededor de la luna, mapeado su superficie y analizado desde la distancia su atmósfera. Todos esos datos ya habían sido remitidos, tal y como le había sido ordenado.

Ahora, sin la llegada de nuevas órdenes, Alpha decidió repetir la operación orbital desde la mayor proximidad posible. Circunnavegaría Titán, cruzando de parte a parte aquel oscuro mundo helado tantas veces como pudiera. El programa principal comprobó el estado de la fuente de energía, luego repasó las pérdidas de energía ocasionadas por el uso de la propulsión y los sensores, y decidió que Alpha podría circunnavegar Titán al menos setecientas veces antes de que la fuga de energía lo impidiera; automáticamente, cerró todo excepto los sensores.

El programa principal revisó los datos entrantes tal y como eran registrados por los sensores en una escala de tiempo de un microsegundo. Nada inusual. El suelo estaba formado básicamente de agua helada, cubierta con una mezcla derretida de metano helado que contenía significativas impurezas tales como etano, acetileno, y cantidades menores de otros hidrocarburos orgánicos. Algunos de los compuestos orgánicos eran motrices: se movían por la superficie a un ritmo de unos pocos centímetros por minuto.

Las gruesas bandas de rodamiento de Alpha se hundían por la embarrada costra

del suelo y aplastaban las capas superiores del hielo de metano subyacente y los complejos hidrocarburos bajo su enorme masa. Utilizó el láser de megajulios a toda potencia para desmenuzar los restos aplastados y convertirlos en gas, que el espectrómetro de masa analizó a distancia. Solo los hielos compactados eran analizados de esa manera; el suelo aún intacto que se extendía alrededor de Alpha era analizado de pasada, sin que el ligero toque del láser lo perturbase.

Tras más de cien horas de surcar la superficie de Titán, la batería de sensores delanteros del Alpha detectó un agudo saliente alzándose a tres coma siete kilómetros por delante. El saliente tenía cuatrocientos treinta y seis metros de alto. Estaba compuesto de agua helada, brillante y resplandeciente, sin que esta vez la cubriese ningún fango de oscuro metano.

Alpha se detuvo al llegar a medio kilómetro de la montaña de hielo y giró toda su panoplia de sensores superiores, invirtiendo un trillón de nanosegundos en escanear la montaña. Agua helada, entrelazada a compuestos de carbono. Con cautela, Alpha comenzó a dar vueltas alrededor de la falda de la montaña. Al hacerlo, sus sensores detectaron un círculo de suelo llano rodeando la falda de la montaña a lo largo de dos coma nueve kilómetros. La zona llana era también agua helada, aunque estaba salpicada de metano y otros compuestos de hidrocarburo.

El programa principal de Alpha consultó el programa geológico. La formación de hielo, decidió, era el resultado de una erupción criovolcánica más o menos reciente que había expulsado un géiser de agua en estado líquido desde lo más profundo a través de un agujero emplazado en la superficie. El agua se había helado rápidamente en la gélida atmósfera de Titán, creando una montaña de hielo en el círculo de liso hielo que lo circundaba.

El agua brotada de las profundidades, incluso estando helada, se hallaba en el escalafón más alto del programa geológico de Alpha. Activó sus bandas de desplazamiento y atravesó el suelo quebrado y escarpado hasta el liso círculo de hielo. Si de una máquina pudiera decirse que estaba impaciente, las prioridades geológicas de Alpha le dirigieron impacientemente hasta el lago helado.

Los micrófonos incorporados al fuselaje exterior del Alpha detectaron el sonido crujiente a una distancia de milisegundos respecto de los indicadores de presión de las bandas de rodamiento, informando de que, debajo de estas, el hielo estaba cediendo. El programa principal ordenó a los mandos que se detuvieran, pero fue demasiado tarde. La costra de hielo se hizo añicos bajo el enorme peso de Alpha y la máquina comenzó a hundirse de cabeza lentamente en el agua gélida.

31 de diciembre de 2095:

Mediodía

Eberly caminaba junto a Holly por el sendero que conducía hasta el lago. Desconfiaba de las oficinas e incluso de los restaurantes. Demasiados oídos, demasiados ojos al acecho. Prefería dar un pausado paseo alrededor del lago cuando tenía algo importante en lo que pensar, o algo que quería contarle a alguien sin que hubiera nadie más en las proximidades.

—¿Vas a ir a la gala de Año Nuevo? —le preguntó Eberly, como movimiento de apertura.

—Ni lo dudes —replicó Holly con entusiasmo—. Vamos a ir todos a la fiesta: mi hermana y su chico, la doctora Cardenas y Manny Gaeta, mi amigo Raoul, incluso Nadia Wunderly con un amigo.

Eberly advirtió que no había contado con él para unirse a la fiesta:

—Parece que vais a divertirlos bastante.

—Eso pretendemos.

La sonrisa de Eberly se apagó. Se tornó serio:

—Holly, me alegra que hayas aceptado encontrarte conmigo fuera de la oficina. Después de todo lo que hemos pasado, me resulta bastante difícil tener una charla en privado contigo.

—Imagino —replicó Holly.

—Supongo que no puedo culparte de que me odies —dijo, subiendo el voltaje de su sonrisa.

Tiempo atrás, las rodillas de Holly hubieran temblado como la gelatina si Eberly le hubiera sonreído de aquella forma. Pero eso era antes de que este se hubiese quedado de brazos cruzados mientras observaba cómo sus compinches de los Discípulos Santos la golpeaban sin piedad y, metódicamente, le rompían los dedos.

—No te odio, Malcolm —replicó, sin alterarse—. Es a esos sedicentes amigos tuyos a los que me gustaría ver pudrirse en el infierno.

—¡No eran mis amigos! —protestó—. Me obligaban a trabajar con ellos.

—Asesinaron a ese inofensivo anciano, Don Diego.

Eberly permaneció en silencio a lo largo de varios pasos:

—Ya han pagado por ello. Todos.

—Supongo —respondió Holly. Le apartó la mirada.

Mientras avanzaban lentamente por el sendero adoquinado, Holly miró en derredor la verde hierba, las flores que brotaban en la cuneta del camino, las suaves colinas y los árboles. A lo lejos podía ver los acicalados tableros de damas que asemejaban las granjas. La luz del sol que se vertía desde los paneles solares era cálida, confortable. Un perfecto día de primavera, pensó. Como cualquier otro día en el hábitat. Levantó los ojos y vio las tierras curvándose por encima de su cabeza, los

pueblecitos, los macizos de árboles, los arroyos y los pequeños lagos que se hallaban suspendidos sobre ella, un tanto brumosos por la distancia pero discernibles, a pesar de todo. Un mundo perfecto de arriba abajo.

Es tan hermoso, pensó. ¿Por qué la gente tiene que fastidiarlo todo? ¿Por qué los amigos de Malcolm querían tomar el control del Gobierno y convertirlo en otra más de sus dictaduras fundamentalistas?

—Estás muy callada —observó Eberly con dulzura.

—¿Por qué la gente no se porta bien con los demás? Quiero decir, vivimos en un maravilloso paraíso y aun así la gente no hace lo que debería hacer.

Eberly la contempló durante un buen rato, mientras su mente no paraba de maquinare. Me está dando pie, se dijo para sí. ¡Aprovéchalo!

—Eso forma parte de nuestras responsabilidades, Holly.

—¿Nuestras responsabilidades?

—Como líderes de esta comunidad. Como directores del Gobierno.

—Tú eres el administrador principal. Yo solo me encargo del departamento de Recursos Humanos.

—No digas «solo», Holly. Tienes un cargo de enorme responsabilidad. —Elaboró para ella la mejor de sus sonrisas—. Recuerda, esa era mi posición, recién llegado a este lugar.

Holly no pudo evitar devolverle la sonrisa:

—Lo capto.

—Lo cierto es que quiero levantar un gobierno justo y generoso —prosiguió Eberly con la mayor gravedad—. Esa es la verdad.

—Supongo.

—Y necesito tu ayuda, Holly. No puedo hacerlo yo solo.

—¿Mi ayuda?

—Como directora de Recursos Humanos, tu responsabilidad es fundamental. Quiero asegurarme de que los dos estamos en el mismo equipo.

—Pues claro que lo estamos. ¿Qué más?

Eberly siguió caminando unos pasos antes de responder. Holly marchaba al compás, zancada a zancada. Era un poco más alta que él, y sus piernas eran más largas.

—Como sabes, la campaña para la reelección empezará en unas semanas —dijo por fin.

—Quedan seis meses para las elecciones, Malcolm.

—Lo sé, pero la fecha límite para registrarse como candidato es el quince de enero. Y una vez que los candidatos se han registrado, la campaña debe dar comienzo. No podemos quedarnos sentados y esperar que la gente vaya a votarnos sin una campaña que les estimule a hacerlo.

—No digas «votarnos» —repuso Holly—, sino «votarme». Eres el único al que deben votar. A los demás se nos designa.

—Sí, es verdad, pero pienso en nosotros como un equipo. Tú, yo, los otros directores de cada departamento. Somos quienes deben conseguir que este Gobierno funcione. Somos quienes han de servir al pueblo.

—No es que a la gente le importe mucho, en cualquier caso —se lamentó Holly—. Te apuesto lo que quieras a que la mayoría no se molestará ni en votar.

—Debemos lograr que se molesten en hacerlo. Es su Gobierno, es su vida.

Holly le miró a la cara. Parece tan condenadamente serio, pensó. Quizá sí que crea lo que dice.

—Malcolm, lo único que quieren es que los dejen en paz. Cuanto menos ven u oyen acerca del Gobierno, más les gusta este.

Eberly volvió a sumirse en el silencio unos pasos más. Luego dijo:

—Quizá tengas razón.

—Simplemente déjalos en paz. Es lo que de verdad quieren.

—Quizá tengas razón —repitió.

—Hay algo más, ¿verdad? —preguntó Holly.

—¿Qué quieres decir?

—Te preocupa que mi hermana pueda solicitar la ciudadanía y presentarse contra ti. Esa es la razón por la que quieres empezar la campaña tan pronto, para adelantarte a ella.

La pálida sonrisa de Eberly volvió a su rostro:

—Eres una mujer muy perspicaz, Holly.

—No te preocupes —respondió—. Pancho está retirada. No quiere hacer nada, y menos aún presentarse a administrador jefe. Dice que para ella lo de sentarse tras una mesa se ha terminado.

Eberly meditó aquello el tiempo que hubieran durado un o dos latidos de corazón:

—Eso será lo que dice ahora...

—Pancho dice lo que piensa y piensa lo que dice. No va a enfrentarse a ti por tu cargo, Malcolm. Demonios, ni siquiera está segura de si se va a quedar aquí más allá de unos meses.

—Me alivia saberlo.

—Apuesto a que sí.

—No por la razón que estás pensando —prosiguió Eberly—. No es porque me sienta feliz de no tenerla como oposición. Me alivia porque tú no estarás en medio, entre ella y yo. Me alivia porque podrás trabajar junto a mí con la conciencia tranquila, sin que los lazos familiares se interpongan en tu camino.

—Oh. Vale, lo pillo. Yo también, supongo.

Eberly se abstuvo de sonreír. Demuéstrale que vas en serio, se dijo a sí mismo. Demuéstrale que te importan sus sentimientos. Pero por dentro estaba exultante. ¡No tengo que preocuparme de Pancho Lane! Y tengo el apoyo incondicional de Holly. Ahora hay que poner en marcha mi campaña.

—Bueno —dijo lentamente—, será mejor que vuelva a mi oficina. Mi trabajo

nunca termina.

Holly asintió:

—Yo creo que seguiré dando una vuelta por el lago, y luego regresaré.

—De acuerdo. —Se volvió y comenzó a caminar hacia el pueblo.

—Oh, oye, Malcolm —exclamó Holly.

Se volvió, con una mirada interrogante en sus bien cincelados rasgos.

—Por si no te veo... feliz Año Nuevo.

—¡Oh! Sí, claro. Feliz Año Nuevo también para ti, Holly.

Nadia Wunderly aguardaba a Kris Cardenas en el pasillo que había fuera del laboratorio de nanotecnología. La luz de aviso en la portezuela de sólido acero comenzó a parpadear en rojo, indicando que la puerta interior había sido abierta. Impaciente, Wunderly observó que el panel luminoso pasaba del amarillo al verde antes de que la portezuela que daba al pasillo girara lentamente hacia dentro. De allí salió Cardenas, con un aspecto alegre y resplandeciente en su mono color manteca.

—Hola, Nadia.

—Hola, Kris. ¿Va a venir también Raoul?

—En cuanto cruce el compartimento estanco —dijo Cardenas, haciendo un gesto hacia el panel luminoso.

Una vez que me ponga en el peso que quiero tener, pensó Wunderly, le pediré a Kris que me purgue los nanos que tengo en el cuerpo. Las autoridades no me permitirán regresar a la Tierra si tengo algún nano en mi interior. No me voy a quedar para siempre en este hábitat, se dijo para sí. Algún día tendré que regresar a casa.

—¿Vienes esta noche con nosotros? —preguntó Cardenas—. He reservado una mesa para diez en el pabellón.

Wunderly sintió que sus mejillas enrojecían.

—Y tanto que iré. Con nuestro jefe de ingenieros informáticos. Se llama Da'ud Habib. Todo un monumento. —Ella sabía que aquello no era del todo cierto, pero Da'ud era un tipo atractivo de una manera tranquila e intensa.

—Bien —respondió Cardenas, ausente.

Tavalera salió del compartimento estanco, atrancando con cuidado la pesada portezuela de acero en las jambas neumáticas. Wunderly sintió el suspiro del aire pasar junto a ella.

La expresión natural de Raoul Tavalera era un fruncimiento de ceño preocupado y suspicaz. La Nueva Moral le había arrancado de su hogar en Nueva Jersey tan pronto como se graduó en la Escuela de Ingeniería, para ser despachado a la estación de investigaciones que orbitaba alrededor de Júpiter y así cumplir los dos años de servicio social obligatorio, un viaje en el que no cesó de protestar casi a cada centímetro. Cuando el hábitat *Goddard* dejó atrás Júpiter en su viaje de dos años a Saturno, la nave recogió una carga de isótopos de hidrógeno y helio rebañados de la atmósfera superior de Júpiter para recargar el combustible de los motores de

propulsión por fusión del hábitat. Tavalera se había herido en un accidente durante el proceso de repostaje, y habría sufrido una muerte segura si Manny Gaeta no le hubiera salvado en una improvisada pero atrevida maniobra de rescate.

Pero aquello significó la entrada de Tavalera en la *Goddard*, un pasajero involuntario rumbo a Saturno. Aquello le sentó como un tiro, con mayor razón teniendo en cuenta que apenas podía quejarse de que el hábitat le hubiera salvado la vida. Entonces conoció a Holly Lane, y poco a poco, casi a regañadientes, se enamoró de ella. Impulsivamente, decidió quedarse en la *Goddard* y estar junto a ella. Incluso solicitó la ciudadanía. Pero un par de incertidumbres le atormentaban, llenándole de dudas: no estaba del todo convencido de que quisiera permanecer en la *Goddard* para siempre y no regresar a casa; y tampoco estaba del todo seguro de que Holly le amase tanto como para regresar a la Tierra con él, en el caso de que decidiera marcharse.

De modo que, mientras caminaba con Wunderly y Cardenas, su jefe, a la animada y ruidosa cafetería, su rostro permaneció inmovilizado en aquella expresión desconfiada y abrumada de preocupaciones.

Wunderly se sentía nerviosa mientras se desplazaba junto a la barra de la cafetería, llenando su bandeja. Su decisión de atenerse a frutas y ensaladas siempre se desvanecía cuando el aroma de la comida le alcanzaba de lleno. Hoy el menú consistía en carne asada, cortada en filetes finos, y acompañada de unas salsas que hacían la boca agua. Wunderly no ignoraba que las proteínas no habían estado ni a mil millones de kilómetros de una vaca; eran cien por cien sintéticas, pero aun así despedían un olor demasiado delicioso como para dejarlas pasar. Sin embargo, bastó una mirada a Cardenas para reafirmarse en su resolución. Voy a hacer una promesa de Año Nuevo, se dijo. Perderé otros diez kilos; así tendré un aspecto genial. Luego, Kris podrá depurarme de todos esos nanos. Altanera, ignoró la mesa de postres que le salió al paso para reunirse con Cardenas y Tavalera en la mesa que había junto a la ventana. Pero no pudo evitar reparar en que había tres tipos diferentes de pastel en el expositor. De frutas, pensó. Eso no engorda.

—¿Y bien? —preguntó Cardenas, una vez Wunderly se había sentado y dispuesto sus platos sobre la mesa—. ¿Qué vas a llevar en la fiesta de esta noche, Nadia?

Nadia tomó aire, y luego dijo, rápidamente:

—Olvida eso. He decidido que iré yo misma a los anillos.

—¿Qué?

—Sé que pedirle a Manny que lo haga es demasiado, de modo que he decidido hacerlo por mí misma.

—Te matarás —dijo Tavalera.

Ignorándole y centrándose en Cardenas, Wunderly dijo, apenas sin pausa:

—Manny podría enseñarme cómo utilizar el traje, y podrá dirigir la operación desde aquí. Al igual que ese alemán que ejercía como técnico jefe de Manny.

—Fritz —murmuró Cardenas—. Era austriaco.

—Lo que fuera. —Volviéndose a Tavalera, prosiguió:

—Y he pensado que tú, Raoul, podrías pilotar la nave de aproximación para llevarme hasta allí y traerme de vuelta cuando haya...

—¿Yo? —aulló Tavalera—. ¿Conducir un vehículo de transporte a los anillos? ¡Debes estar de broma!

—No a los anillos —replicó Wunderly—. Solo lo bastante cerca como para que pueda llegar a ellos.

—¿Y luego te recojo de nuevo?

Cardenas los interrumpió:

—Nadia, Manny casi se mató cuando atravesó los anillos. Las partículas de hielo lo atacaron, por el amor de Dios.

Wunderly sacudió la cabeza con impaciencia:

—No le atacaron. Envolvieron su traje...

—Y bloquearon su antena de comunicaciones, cubrieron el visor de su casco, y casi lo mataron de frío.

—Pero ahora sabemos cómo actúan. Podemos hacer que el exterior del traje esté tan caliente que los organismos del anillo no puedan adherirse.

Discutieron durante todo el almuerzo. Wunderly no tomó postre. Lo máximo que consiguió fue un indeciso acuerdo de Cardenas para discutir la idea con Manny. Tavalera aportó muy poco, pero pensaba que si Gaeta aceptaba aquello, bien podría conducir la nave de transporte él mismo. No voy a ir a esos anillos. Mamá Tavalera no parió a un héroe. Ni a un idiota.

Víspera de Año Nuevo

—Acerca de la fiesta de esta noche... —le dijo Cardenas a Gaeta. Ambos se encontraban en la cocina empotrada del apartamento que compartían.

—¿Sí?

—Asegúrate de que le dices a Nadia algo bonito sobre su figura. Ha hecho un gran esfuerzo para perder peso.

Gaeta le dedicó una mirada de reojo mientras colocaba los platos en la mesa desplegada:

—¿La has estado ayudando?

—Eso es lo que ella cree. Me pidió unos nanos para que le quitasen la grasa. Le di un supresor del apetito, un diurético, y una animada charla sobre dietas y ejercicio.

Gaeta rio:

—De modo que cree que se trata de «nanomagia», cuando en realidad lo que ha conseguido es por su propio esfuerzo.

—Y por las pastillas. —Cardenas hurgó en el cajón con la cubertería de plata y apareció con dos juegos de tenedores y cuchillos. En el mismo tono de voz, añadió:

—Y quiere atravesar los anillos ella misma, usando tu traje.

—¿Qué? —saltó Gaeta.

—Ha decidido que atravesará los anillos ella misma. Con tu ayuda.

Gaeta rio amargamente:

—Todo el mundo piensa que es muy fácil —se lamentó, sacudiendo ligeramente la cabeza—. Simplemente, enfúndate el traje y te convertirás en Superman.

Esta vez era a Cardenas a quien le tocaba hacer la cena. Se quedó frente a la puerta abierta de la nevera de la cocina, intentando decidir qué paquete iba a meter en el microondas. A Manny le encantaba cocinar, y ciertamente era un buen cocinero; la idea que Cardenas tenía de una comida casera consistía en derrochar el mínimo tiempo posible en la cocina. Haré algo ligero, pensó; ya comeremos y beberemos luego, en la fiesta.

—Sabe muy bien lo peligroso que es —afirmó, mientras sacaba un par de filetes de pescado precocinados para cenar—. Pero la verdad, está tan ansiosa por conseguir hacerse con alguna muestra de los anillos que hasta está dispuesta a jugarse la vida.

Gaeta se hallaba junto a la encimera que había al lado del fregadero, descorchando una botella de vino.

—No, no es así —repuso—. Lo que intenta es darme pena para que vaya yo por ella.

—¡No! Nadia no es tan artera. No es nada artera. Es solo una científica desesperada por llevar adelante sus investigaciones.

El tapón de plástico saltó de la botella con un pop.

—Oye, nena —observó Gaeta, tocándose la frente con un dedo—, puede que

Nadia no sea consciente de ello, al menos en su cabeza, pero lo que trata de hacer es que yo me comporte como un idiota y diga: no, muñeca, es demasiado peligroso, ya lo haré yo por ti.

Cardenas le dedicó una sonrisa ladeada mientras leía las instrucciones para calentar los paquetes:

—Esa es la típica chorrada machista, Manny.

—¿Eso crees? ¿Entonces, se supone que me voy a quedar de brazos cruzados mientras dejo que ella vuele en mi viejo traje y, muy probablemente, se mate allá fuera?

—Ella quiere hacerlo.

—¿Por qué no equipan una sonda robot para que traiga las muestras de los anillos? Eso sería lo más fácil.

—Es necesaria la aprobación de Urbain para hacer algo así, y el tipo está tan hasta arriba con lo de la desaparición de su sonda que ni siquiera se detendría un segundo para decirle la hora.

—Podría apropiarse de una, entonces. Mientras Urbain no mira.

—No es tan fácil —argumentó Cardenas—. No hay sino una docena escasa de sondas genéricas en el almacén, y Urbain las guarda bajo llave. Además, Nadia tendría que apañárselas para que los ingenieros de Urbain le ayudasen a modificar la sonda con el propósito de que sirva para recoger muestras.

Agitando la cabeza como si estuviera rodeado de conspiradores, Gaeta escanció el vino en uno de los vasos que había sacado del armario. Dio un sorbo.

—No está mal —comentó, no sin sorpresa—. Cosecha local. Directamente de los viñedos del extrarradio.

—Por eso no tiene etiqueta —replicó Cardenas.

—Aún no. Uno de los tipos que trabajan en la bodega me dio una de las primeras botellas.

Llenó un vaso para Cardenas y esta lo probó. Con un gesto ceñudo que le arrugó la frente, dijo:

—Un poco gaseoso.

—Dale un tiempo para que se airee.

—No sabía que fueras un experto en vinos —bromeó.

—Hay muchas cosas que no sabes de mí.

Cardenas introdujo las dos cenas empaquetadas en el microondas y puso el temporizador. Volviéndose hacia Gaeta, dijo, repentinamente seria:

—Nadia está verdaderamente desesperada.

Gaeta miró sus ojos azules por un buen rato:

—¿Quieres que vaya a los anillos por ella?

—¡No! —saltó Cardenas—. Pero si de verdad quiere hacerlo, creo que deberías ayudarla.

—¿De veras no puede mangar una sonda robot? Has dicho que había una docena.

—Y Urbain los retiene para su propio uso. Pretende enviarlos en órbita baja alrededor de Titán y así buscar a su máquina desaparecida.

Gaeta profirió un suspiro que sonó casi como un gruñido:

—Malditos científicos. Están todos locos.

—¡Eh!, vigila tus palabras, «Mr. Macho». Yo también soy científica, ¿recuerdas?

—Pero no estás loca.

—Sí que lo estoy —dijo Cardenas—. Loca por ti.

Gaeta envolvió su cintura entre sus brazos y ella le pasó los suyos alrededor del cuello. El horno microondas emitió un zumbido, pero ninguno de ellos le prestó la menor atención.

Con gesto decepcionado, Eduoard Urbain observaba el inventario de naves robóticas que exhibía la pared de su oficina.

—¿Eso es todo? —preguntó—. ¿Nada más que una docena?

—Este es todo el inventario, señor. —Su ayudante parecía claramente incómodo. Era la víspera de Año Nuevo y la gran fiesta que tendría lugar en el lago empezaría de un momento a otro.

Para Urbain, la fiesta no tenía interés alguno:

—Debería haber más —insistió.

—Tuvimos que desmontar unas cuantas para construir *Titán Alpha*. ¿No se acuerda, señor?

Reclinándose en su silla giratoria, Urbain se pasó una mano por sus fatigados ojos:

—Supongo que podremos construir más.

—Eso llevaría tiempo, señor. Y tendríamos que conseguir la aprobación del departamento de Logística para utilizar los materiales. También necesitaríamos contar con un equipo técnico; el departamento de Recursos Humanos tendría que aprobar su recolocación.

—Eberly —murmuró Urbain.

—Es el administrador jefe. Estoy seguro de que aprobaría nuestras peticiones.

Urbain dedicó a su ayudante una mirada fulminante. Aquel joven era un científico bisoño que parecía tan ansioso como el propio Urbain por encontrar a la errante *Titán Alpha* y devolverle el control humano. Pero el ayudante nada sabía del político Eberly. Este mocoso no presta atención a la política, se dijo Urbain para sí, mientras echaba una mirada al joven. Su único interés radica en sus propias investigaciones científicas, su propia carrera.

Por fin dijo:

—Hablaré con el administrador jefe. Mientras tanto, quiero que se modifiquen todas esas naves para que puedan ser empleadas en el reconocimiento orbital. Hemos de estar preparados para lanzarlas tan pronto como sea humanamente posible.

—¿Las doce, señor?

—¡Todas! Es lo que he dicho, ¿no?

El ayudante tragó saliva.

—Pero, señor, eso nos dejará sin naves de reserva.

—¡Construiremos otras! —saltó Urbain. Acto seguido añadió—: Tan pronto como consiga que el administrador jefe nos garantice los materiales y el personal necesarios.

—Sí, señor —musitó el ayudante en voz baja.

—Quiero que las sondas se sitúen en órbita polar, lo bastante bajas como para escanear toda la superficie de Titán sin descanso.

—Me encargaré de que eso sea lo primero en lo que trabaje la gente de Mecánica Orbital mañana mismo, señor. —El ayudante empezó a retroceder hacia la puerta, pensando: mañana todo el mundo estará de resaca. De todos modos son vacaciones. Nadie va a trabajar. Salvo el jefe.

—Bien. Y yo avisaré al administrador jefe.

—Sí, señor. —Casi haciendo una reverencia, el ayudante se escabulló por la puerta, dejando a solas a Urbain en aquella modesta oficinita.

Observó con desagrado la lista que aún mostraba la pared inteligente, y luego volvió los ojos a la consola telefónica que había sobre la mesa.

Eberly, pensó. Tendré que ponerme de rodillas ante ese cerdo, ese... ese político. Urbain odiaba la mera idea de hacerlo. Aún más, temía pedir ayuda a Malcolm Eberly. Sabía que una serpiente de la talla de Eberly jamás haría un favor a nadie sin sacar algo a cambio.

¿Qué me pedirá?, se preguntó Urbain. ¿Qué estoy dispuesto a darle?

El pabellón que había junto al lago hervía de invitados a la fiesta. Incluso el departamento de Mantenimiento había extendido una fina rejilla metálica frente a la estructura donde se situaría la banda para que sirviese como pista de baile. Desde las otras poblaciones, la gente llegaba en tropel, bien fuera a pie o en sus electrobicis, ansiosos por dar la bienvenida al nuevo año con el mayor jolgorio. En tanto la multitud aumentaba y el volumen de la música iba subiendo y tornándose más y más estridente, las parejas comían sobre el césped, bebían, cantaban o reían al unísono. Pancho y Wanamaker bailaban sin cesar mientras Cardenas y Gaeta improvisaban un tango en la hierba, e incluso Holly conseguía que Tavalera se soltase lo suficiente como para que bailara con ella. Wunderly llegó con su amigo; ambos se sentaron tranquilamente en la hierba. Pese a la rígida dieta que había llevado durante las dos últimas semanas, la silueta de Wunderly aún era tan sólida como robusta. Su amigo Habib tenía un aspecto elegante, envuelto en su túnica negra y sus pantalones.

La fiesta se tornó más ruidosa y desinhibida. Algunas personas se zambulleron en el lago, completamente vestidas. Otras las siguieron, tras desnudarse. Por fin, cuando se anunció la llegada de la medianoche a través de unas campanas eléctricas, todo el mundo se besó con quien se hallaba más a mano: amigos, amantes, extraños... no

importaba. Empezaba un nuevo año. Una nueva oportunidad. Un nuevo comienzo.

Solo en su apartamento, un meditabundo Malcolm Eberly observaba la fiesta por la televisión. Pan y circo, eso es lo que quieren. Deja que se diviertan y se distraigan, tal y como un mago de la escena hace con su audiencia para que no vean cómo realiza sus trucos.

Eduoard Urbain trabajó en su apartamento hasta la medianoche, momento en el que Jeanmarie irrumpió desde la cocina con una botella de auténtico champán y una bandeja de caviar. Colocándolos en la mesilla del café, se sentó de lleno en el regazo de Urbain y le propinó un sonoro beso.

—Bon année, mon cher —susurró.

Urbain se sintió un tanto irritado de que Jeanmarie interrumpiera su trabajo, pero casi al instante pensó que aquella era una ocasión en la que el trabajo podría esperar.

—Bon année, mon trésor —le respondió, feliz, deseando desesperadamente que de veras aquel fuera un buen año.

Kris Cardenas no lograba emborracharse. Daba igual lo que bebiese: las nanomáquinas de su interior trituraban sin miramientos el alcohol hasta convertirlo en inofensivas moléculas, principalmente, dióxido de carbono y agua. Eructaba mucho, y realizó bastantes viajes a la hilera de cabinas de baño que habían sido instaladas detrás del escenario, junto al lago. Y cada vez que iba, se encontraba allí con Wunderly.

—¿Qué tal va la cosa? —le preguntó a Nadia con desenvoltura, mientras se dirigían otra vez a los baños.

—La cosa va —dijo Wunderly, arrastrando las palabras. Luego emitió una risita nerviosa.

Feliz, Cardenas asintió en su fuero interno: los diuréticos que le había dado a la física estaban funcionando. Nadia tenía un aspecto magnífico; no es que se le viera esbelta, pues de hecho era demasiado pronto para que fuera así, pero era evidente que había adelgazado. Lo mejor de todo era que parecía feliz consigo misma. Había acudido a la fiesta junto a un chico atractivo y se lo estaba pasando en grande.

Por otro lado, Manny Gaeta podía emborracharse, pero no lo hizo. Incluso en la víspera de Año Nuevo, según Cardenas pudo advertir, Manny tenía mucho cuidado con lo que bebía. A la una de la madrugada abandonaron la fiesta —que en ese momento rugía como nunca—, y se dirigieron a casa. Mientras caminaban de la mano por la orilla del lago, y el estruendo de la banda de música se iba reduciendo a un insistente ritmo machacón, Cardenas preguntó:

—¿Te lo has pasado bien?

Gaeta encogió sus poderosos hombros:

—Sí, claro. ¿Y tú?

—Había demasiado ruido.

—Eh, es Año Nuevo. La gente se descarga de todo, qué demonios.

—Tú no. Estás tan sobrio como yo.

Con una sonrisa débil y casi de disculpa, Gaeta replicó:

—No es fácil quitarse ciertos hábitos, guapa. Todos estos años los he pasado haciendo proezas, no podía conducir y beber al mismo tiempo, ya sabes a lo que me refiero.

—Pero ya te has retirado.

—Sí, pero aun así...

Siguieron caminando por el serpenteante sendero un rato más. Luego, Cardenas preguntó:

—No estarás pensando en volver a los anillos, ¿verdad?

Gaeta desvió la mirada de Cardenas.

—¿Y bien? ¿Es así?

—No voy a hacerlo —dijo firmemente.

—Bien —replicó ella con idéntica resolución.

Pero unas horas después, cuando yacían juntos en la cama, sudorosos y envueltos en un olor a almizcle tras hacer el amor, Gaeta dijo en la oscuridad:

—Aprendes a vivir con ello.

—¿Con ello? —preguntó Cardenas en un susurro.

—El miedo. Siempre está ahí, pero aprendes a vivir con él. Encuentras el modo de tratar con él.

Claro, se dijo Cardenas. Por supuesto que habrá sentido miedo. ¿Cómo no iba a ser así? Toda su vida se ha cimentado alrededor de esas terribles proezas.

—Fritz fue una gran ayuda —prosiguió Gaeta, casi como si se hablase a sí mismo—. Sabía que no iba a permitir que me embarcase en nada a menos que estuviera seguro de que saldríamos adelante sin problemas.

—Y ya no está —concluyó Cardenas.

—Sí. ¿Pero sabes lo que me dijo antes de irse? Dijo que hice bien en dejar el negocio. Dijo que me había convertido en un fugitivo de la ley de probabilidades: antes o después, haría una proeza que me llevaría a la tumba. La verdad es que se alegró de que lo dejase.

—Y yo también.

—De veras, no puedo hacerlo más, Kris. Colocas el culo en la línea un montón de veces, hasta que te toca tu número. Tienes que dejarlo cuando estás en la cima, mientras aún estás vivo. No fuerces tu suerte.

Cardenas percibió la culpa y la lucha en el temblor de su voz, y sintió el calor de la cólera abrirse paso en su interior. ¡Maldita Nadia! ¿Por qué le ha hecho sentirse así?

El lago de hielo

Detener los motores de desplazamiento había permitido que *Titán Alpha* ralentizase su inmersión en el lago cubierto de hielo. Aún resbalaba lentamente, inexorablemente, rumbo a las profundidades de aquellas aguas heladas. A toda velocidad, el ordenador central revisó las especificaciones de tolerancia de daños y confirmó que su almacén estaba diseñado para no verse afectado por el agua. Una vez chequeados los sensores internos, resolvió que aún mantenía la integridad de su estructura: no se detectaba fisura alguna.

Abruptamente, su lento deslizamiento vertical se interrumpió. Las bandas de rodamiento delanteras del vehículo se habían topado con un banco de hielo. A través de los sensores, una rápida comprobación de la densidad de aquel arrecife dictaminó que podría soportar el peso de *Alpha* indefinidamente, en particular ahora que el agua lo mantenía a flote, al menos en parte.

Otros programas presentes en el complejo informático comprobaron el agua. Era agua en estado líquido, pese a la gélida temperatura de la atmósfera: -180 °C. Los circuitos lógicos concluyeron que el agua permanecería en estado líquido, puesto que su capa de hielo le protegía de la gélida temperatura del aire.

Pero, en primer lugar, ¿de qué manera ha pasado el agua a tener ese estado líquido?, se preguntó el programa principal. Revisando el programa geológico, el ordenador central dedujo que el agua se calentaba muy por debajo de la superficie de *Titán* mediante la fricción de las mareas, el incansable estrechamiento del interior de la luna debido a la inexorable fuerza gravitacional del enorme Saturno.

El programa biológico, activado mediante la detección del líquido, dirigió los sensores de la parte delantera de *Alpha*, la que se hallaba hundida, a que escaneasen el agua en busca de actividad biológica y tomaran algunas muestras.

Durante cientos de billones de nanosegundos, *Alpha* permaneció medio sumergida bajo la capa de hielo del lago, sus sensores delanteros afanándose en registrar la actividad de los organismos protocelulares que, letárgicos, iban a la deriva en aquellas aguas heladas. Pero los sensores también informaron de que la superficie del lago que rodeaba a *Alpha* se estaba congelando otra vez y a gran velocidad. En el lapso de otros dos trillones de nanosegundos, *Alpha* se vería atrapado en el hielo. Los motores de desplazamiento eran lo bastante potentes como para romper el hielo, según las especificaciones de propulsión y el escaneo de la resistencia del hielo realizado a través de los sensores, pero los datos recogidos del hielo indicaban que era lo bastante frágil como para no activar una llamada de alerta al programa principal.

El programa principal sopesó la importancia de adquirir información adicional frente a la importancia de evitar verse atrapado permanentemente en el hielo. Con los datos entrantes convenientemente guardados, y las muestras del agua almacenadas

adecuadamente en contenedores térmicos sellados, *Alpha* activó las bandas de rodamiento en una lenta marcha atrás y, muy despacio, comenzó a avanzar de espaldas para salir del lago.

Los datos eran de fundamental importancia, por supuesto; solo por debajo de la importancia que suponía la supervivencia.

2 de enero de 2096:

Mañana

Para Urbain, la oficina de Eberly tenía un aspecto ascético, diríase que desértico. Las paredes estaban vacías, sin imágenes o decoración en parte alguna; claro que se trataba de paredes inteligentes, pensó Urbain, y podían programarse para que mostrasen cualquier cosa. Pero Eberly las mantenía por completo apagadas. También su mesa estaba vacía, salvo por la consola del teléfono y una estilográfica que reposaba con precisión geométrica junto al teclado en pantalla táctil. El tipo debe ser un maniático, se dijo Urbain para sí.

El propio Eberly estaba pulcramente vestido con unos pantalones gris marengo y una túnica gris claro que ocultaba su prominente barriga. Se hallaba tras su mesa, completamente vacía, sonriendo caballerosamente mientras hacía un gesto a Urbain para que se acomodase en una de las sillas para invitados, en cromo y cuero. La silla del suplicante, pensó Urbain.

—Lamento enormemente que no pudiéramos reunirnos ayer, como usted pidió —dijo Eberly, en tanto Urbain se sentaba en la silla de cuero, que gimió levemente al acoger su peso.

—Era fiesta —replicó Urbain mientras se sentaba—. Lo comprendo.

Agitando la cabeza, Eberly contestó:

—No era solo cuestión de que fuese fiesta. Lo crea o no, mi agenda hacía imposible nuestro encuentro. De hecho, me he visto obligado a alterar algunas de mis citas de esta mañana para poder hacerle un hueco.

Su voz era suave, notablemente amistosa. Su sonrisa parecía cualquier cosa excepto forzada, aunque Urbain estaba convencido de que el tipo la había practicado durante muchos años. Sin embargo, sus ojos eran tan fríos como un glaciar.

—Agradezco el tiempo que ha podido arañar para celebrar nuestro encuentro —respondió Urbain con rigidez, ambos ya sentados, con la mesa entre ellos.

—¿Y bien? —preguntó Eberly, uniendo las puntas de los dedos y haciéndolas chocar entre ellas con la mayor suavidad—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Por el equipo de investigación científica, no solo por mí —fue la respuesta de Urbain.

—Por supuesto.

Sintiéndose inseguro, con los nervios a flor de piel, Urbain dijo:

—Ya sabrá que hemos perdido contacto con *Titán Alpha*.

—He oído que el vehículo se ha marchado por cuenta propia, sí.

—Pensamos situar en breve una docena de satélites de observación alrededor de Saturno.

—Entiendo que para encontrar a su perdida sonda.

Urbain podía ver el destello de una contenida carcajada en la mirada de Eberly.

Le divierte que venga arrastrándome hasta él. Le enfureció la actitud insolente de aquel tipo:

—Es un asunto muy serio.

—Lo comprendo.

—Es preciso que construyamos más naves y les incorporemos el instrumental necesario.

—Para reabastecer sus depósitos —dijo Eberly.

—Para hacerlo, necesitaremos material, equipo y personal cualificado.

—Y para obtenerlos, necesitarán la aprobación de los directores de cada departamento de Logística, suministros y recursos humanos.

—Sí.

Los gélidos ojos azules de Eberly se desviaron de Urbain por unos instantes:

—No he recibido ninguna de esas peticiones de los directores de departamento.

—No he hablado con ellos —respondió Urbain—. He venido directamente a usted. El tiempo es vital, y yo...

Con un leve suspiro, Eberly dijo:

—El protocolo correcto pasa por realizar cada petición a los directores de los departamentos apropiados. —Antes de que Urbain pudiera balbucir una protesta, Eberly levantó una mano y prosiguió:

—Sin embargo, en su caso me siento más que inclinado a atajar todo el papeleo que pueda.

—¿Nos ayudará?

—Haré todo lo que esté en mi mano —respondió Eberly, con aparente sinceridad.

—Estoy... estoy ciertamente agradecido. Muy agradecido.

—Debe darse cuenta, sin embargo, de que será difícil, quizá imposible, modificar de un modo tan abrupto las prioridades de personal y suministros para acomodarlos a su petición.

—¡Pero hay que hacerlo! —insistió Urbain—. Usted no entiende lo importante que es esto. ¿Qué más da que apartemos a unas pocas docenas de técnicos de sus respectivos trabajos? ¡Es en aras de la ciencia! ¡Del conocimiento!

—Doctor Urbain, puede que no crea que apoyo completamente su trabajo científico. Pero lo hago. Por favor, créame.

Urbain movió la cabeza hacia arriba y hacia abajo:

—Eso espero. Agradeceré todo el apoyo que pueda prestarnos.

—Como he dicho, haré lo que pueda.

Urbain trató de aferrarse a su cada vez más decaído ánimo. Necesito ayuda, y este tipo juega al ratón y al gato conmigo. En voz alta, le dijo a Eberly:

—Debemos conseguir esas sondas de recambio. Es vital.

La plácida sonrisa de Eberly se atenuó:

—Cuando ambos pugnamos por el puesto de administrador jefe —dijo, endureciendo su tono ligeramente—, mi campaña se basaba en la certidumbre de que

este hábitat no debía ser gobernado por un científico.

—Sí, lo recuerdo muy bien.

—Bueno, eso no significa que esté en contra de la ciencia. Al contrario, defiende su trabajo.

—Puede que sí —repuso Urbain a regañadientes.

—Como he dicho, haré cuanto pueda por usted —prosiguió Eberly, en tono resuelto—, pero lo que no debe esperar es que ponga el hábitat patas arriba por usted. Soy el responsable del bienestar de nuestros diez mil conciudadanos, y no todos ellos son científicos.

Invadido por una cólera sorda, Urbain replicó:

—La ciencia no es meramente uno de los fines a los que sirve este hábitat. Le recuerdo, señor, que la razón de que este hábitat exista, la razón por la que hemos venido a Saturno, es la de realizar una investigación científica y otros estudios.

Ambos sabían que aquello no era totalmente cierto. La razón de que el hábitat *Goddard* existiese era para servir como lugar de exilio a miles de disidentes y a cientos de descontentos. La exploración científica del anillado Saturno y sus lunas era una excusa, un simple pretexto, y poco más. Urbain esperaba que ese pretexto se convirtiese en un triunfo del descubrimiento, lo que permitiera que el hábitat fuese de veras el eje del triunfo científico.

—Sí, claro —admitió Eberly sin dudar—. Pero déjeme recordarle que más del noventa y cinco por ciento de nuestros conciudadanos no son científicos, y también debo pensar en ellos.

Demasiado furioso como para decir lo que de verdad sentía, Urbain murmuró:

—Sí, supongo que sí.

—Bien. Me satisface que hayamos podido tener la oportunidad de hablar. —Eberly se puso en pie.

Urbain comprendió que el encuentro había acabado. Se levantó lentamente de la silla:

—¿Entonces? ¿Daré las órdenes oportunas a los directores de cada departamento? Eberly frunció los labios, como reflexionando nuevamente sobre ello:

—Organizaré una reunión con usted. Creo que lo más apropiado es que usted mismo se sienta ante los directores de departamento y hable con ellos de esto cara a cara.

Comprendiendo que aquello era lo máximo que Eberly deseaba hacer por él, Urbain replicó:

—Muy bien. Si así lo cree... Pero hay que ponerse rápidamente a ello.

—Haré que se reúnan esta misma tarde. Como muy tarde, mañana por la mañana.

—Hoy —le urgió Urbain—. Hay que hacerlo hoy.

—Si es humanamente posible...

De pie, indeciso, ante la mesa de Eberly, a Urbain no se le ocurría qué más decir. Se dio la vuelta y enfiló el camino hacia la puerta.

Mientras Eberly observaba al científico, pensó: quiere que le haga un favor. De acuerdo, pero tendrá que devolvérmelo. ¿De qué modo puedo usar esta situación en mi propio beneficio?

La respuesta le llegó incluso antes de que Urbain alcanzase la puerta:

—Por cierto, doctor Urbain —le llamó—, ¿planea presentarse contra mí en las próximas elecciones?

Urbain se detuvo y se volvió hacia él, con el ceño fruncido:

—¿Presentarme a otras elecciones? No. Imposible. Tengo demasiado trabajo que hacer.

Eberly asintió. Entonces tendré que pensar en otro modo por el que cobrarme mi ayuda, se dijo para sí.

Parecen dos muñecos de porcelana, pensó Holly, mientras se sentaba a la mesa. Sentada ante ella, Hideki y Tamiko Mishima parecían menudos, casi delicados, vestidos en sendas túnicas azul oscuro de idéntica factura y pantalones de un color más claro. También parecían... no angustiados, pero sí terriblemente preocupados. Y resueltos.

—El señor Eberly nos lo prometió, cuando ocupaba el puesto que usted ostenta ahora —dijo la señora Mishima en una voz tan suave que casi resultaba un susurro.

—Jefe de Recursos Humanos —añadió su marido.

—Recuerdo la conversación que mantuvieron con él —dijo Holly—. Al menos, la última parte.

—Sí, usted estaba allí —admitió Tamiko.

—Hace casi dos años, aquí mismo, en esta oficina. —Mishima asentía para dar énfasis a sus palabras.

Aquella oficina había sido la de Eberly cuando el hábitat *Goddard* comenzó su largo vuelo hacia Saturno. Una vez que Holly se había convertido en jefe de Recursos Humanos, decidió iluminar las paredes, tan ascéticamente desnudas, con holovistas de flores y reproducciones de pinturas célebres. El muro inteligente que había detrás de ella mostraba una vista de Saturno en tiempo real, sus brillantes anillos enmarcando nítidamente su cabeza.

—Hemos esperado bastante —espetó Mishima—. Queremos traer a nuestro hijo al mundo.

—Queremos nuestro niño —añadió Tamiko.

La mujer era técnico en la sección de Mantenimiento Eléctrico: Holly lo supo tras echar una rápida mirada a los dosieres; él era el chef del restaurante. Ambos procedían de California, y se habían enrolado voluntariamente en la misión a Saturno para poder casarse, pues ninguna de sus familias aprobaba su unión. La fuga definitiva, pensó Holly, surcar el espacio a Saturno para librarse del acoso familiar. Ahora se han topado con los protocolos del hábitat y tratan de abrirse paso en nuestras reglas.

Holly trató de esbozar una sonrisa que fuera a un tiempo agradable y apaciguadora, mientras revisaba mentalmente el caso. Tamiko Mishima se había quedado embarazada casi en el mismo momento en que la *Goddard* había abandonado el espacio de la Tierra y la Luna, pese al acuerdo que todo el personal del hábitat había suscrito, y según el cual se comprometían a mantener la población en un crecimiento cero. Los protocolos del hábitat exigían la terminación del embarazo, pero Eberly les había permitido congelar críonicamente el feto para volver a descongelarlo algún día y que el bebé siguiera desarrollándose.

Y ese día ha llegado, advirtió Holly. El pajarito de Malcolm ha venido a posarse sobre mi hombro.

—Señor y señora Mishima —se escuchó decir a sí misma, con una voz suave—, comprenderán que aún seguimos bajo el protocolo CCP.

—Pero el señor Eberly dijo que en cuanto estableciera el nuevo Gobierno, tales restricciones serían abolidas —replicó Mishima.

—Revisadas —le corrigió Holly—. No necesariamente abolidas.

El rostro de Mishima adoptó un gesto de enfado:

—No fue eso lo que entendimos.

—El hábitat es enorme —agregó su mujer—. La mayor parte está vacía. Hay pueblos enteros que aún no han sido ocupados por nadie, absolutamente nadie. Seguro que hay espacio para unos pocos niños, ahora que por fin nos hemos establecido en la órbita final.

—Tendría que ser así —admitió Holly—. Pero debemos proceder con cautela.

—Quiero mi bebé —repuso Tamiko, con total firmeza.

—No pueden mantener el feto congelado indefinidamente —añadió Mishima—. La conservación criónica no es para siempre. A largo plazo existen riesgos.

—Lo sé —dijo Holly—. Yo misma soy una renacida.

Los ojos de ambos se abrieron de par en par, y sus bocas tomaron aire.

—Entiendo cómo se sienten —prosiguió Holly—. De verdad que lo sé. Haré todo lo que pueda por ayudarles.

En cuanto abandonaron su oficina, poco menos que devanándose en reverencias mientras retrocedían hacia la puerta, Holly comprendió que, ciertamente, había llegado la hora de acabar con el protocolo CCP. Con un cierto asombro, se dio cuenta de que, un día u otro, también ella querría tener un hijo.

5 de enero de 2096:

Tarde

Urbain observaba con cierta insatisfacción a Eberly y a sus tres directores de departamento, que se hallaban al otro lado de la mesa de conferencias, sentados frente a él. Una mujer de aspecto ciertamente joven y dos hombres sin ningún rasgo de relevancia. Salvo por Eberly, no conocía a ninguno de ellos. Ambos hombres tenían la tez dorada, casi amarilla, aun cuando obviamente no se trataba de asiáticos. La piel de la mujer era de un marrón claro, como pan tostado.

Para su frustración, habían tenido que pasar tres días simplemente para reunir a aquella gente en la misma sala de conferencias. Pese a todas las prisas y asedios de Urbain, Eberly había retrasado aquel encuentro sin ningún escrúpulo, opinaba aquel.

—Lamento que hayamos tardado tanto en celebrar esta reunión —dijo Eberly, como una forma de abrir la sesión—. Conseguir que estas tres ocupadísimas personas se reúnan en el mismo lugar y a la misma hora no es tarea fácil, se lo aseguro.

—Eso parece —replicó Urbain, rígido.

Volviéndose a los directores de cada departamento, Eberly explicó:

—El doctor Urbain necesita materiales y mano de obra para construir nuevos satélites. Doce, si no me equivoco...

—Doce —confirmó Urbain—. Al menos doce. Los necesitamos con bastante urgencia.

—¿Cuántos técnicos necesitará? —preguntó la directora de Recursos Humanos. Se la habían presentado a Urbain como Holly Lane.

Urbain cogió su ordenador de mano y proyectó la lista de requisitos en la pared vacía que presidía la sala de conferencias. Los directores de cada departamento se volvieron para mirar detenidamente la lista; Eberly tuvo que girar por completo su silla. Eso es, pensó Urbain. Que trabaje un poco.

El director del departamento de Logística sacudió la cabeza con aire preocupado.

—Necesitará bastante equipamiento electrónico. Eso le va a pegar un buen mordisco a nuestro inventario de repuestos.

—Sí, pero...

—Y yo no puedo apartar a mi gente de las tareas que están desempeñando —dijo el jefe del departamento Industrial—. ¿Tiene alguna idea de lo apretados que estamos ahora mismo? Vaya, si hasta tengo solicitudes de obras para llenar los próximos seis meses. Solo reconstruir los actuadores de esos malditos paneles solares está comiéndose más de la mitad de mis recursos.

Y así prosiguió la reunión durante los siguientes cuarenta y cinco minutos: los directores de cada departamento no pararon de lamentarse por la imposibilidad de satisfacer las demandas de Urbain, al menos en los siguientes meses. Urbain sentía crecer su impaciencia, pero intentaba evitar que esta explotase, a sabiendas de que

necesitaba el apoyo de aquellos torpes zoquetes, y si les decía lo que de verdad pensaba de ellos y su actitud, nunca conseguiría la ayuda que tan desesperadamente necesitaba.

Solo la jefe de personal, la joven Lane, parecía ofrecer una ayuda real.

—Temporalmente, podríamos constituir varios turnos empleando a un puñado de técnicos —sugirió—, y quizá ofrecer una paga extra para aquellos que quieran desempeñar el trabajo de construcción tras sus turnos habituales.

Pero Urbain sabía que sin los materiales y el equipo eléctrico, los técnicos no tendrían nada que construir.

—Debo insistir —dijo, forzando su voz para mantener la calma, temblando solo ligeramente—, en que se le dé a este trabajo la máxima prioridad posible. El éxito de la verdadera *raison d'être* de esta comunidad depende de ello.

Los miembros del grupo se aclararon la garganta y se removieron incómodos en los asientos. Dieron diversas excusas, agitaron las manos. Fue después de casi una hora de infructuosas disputas cuando Urbain se percató de que los directores de cada departamento no le miraban cuando hablaba, sino que miraban a Eberly.

Él es el que tira de los hilos, comprendió finalmente Urbain. Retrasarán y se evadirán del asunto hasta que él les diga que hagan lo que les pido.

De pronto, se puso en pie casi de un salto:

—¡Bah! Esta estúpida discusión no tiene ningún sentido. Si no me ayudan, lo haré sin ustedes.

—Espere un momento... —De un empujón, Eberly separó la silla de la mesa de conferencias, pero no se levantó.

—Ya he esperado bastante —saltó Urbain—. Lanzaré los satélites de que disponemos para que orbiten alrededor de Titán. Eso nos dejará el almacén sin repuestos, sin satélites. Si en el futuro se necesitan más satélites, comprenderán el modo tan estúpido en que se han comportado.

Dicho aquello, se precipitó a abandonar la sala de conferencias.

Eberly compuso una sonrisa atribulada:

—Un tipo impulsivo, ¿eh?

Los otros dos hombres se levantaron de sus asientos y, tras intercambiar unas palabras con Eberly, se dirigieron a sus respectivas oficinas. Holly también se levantó, pero no se decidió a rebasar la puerta de la sala de conferencias.

—¿De veras puedes reunir un equipo de trabajo para Urbain? —le preguntó Eberly.

—Claro. No hay problema. Y Di Georgio y Williams podrán aportar los materiales y el equipo, en caso de que sea necesario.

Eberly se apoyó en una esquina de la mesa de conferencias, advirtiendo nuevamente que Holly era tan aguda como parecía.

—¿Piensas que debo ordenarles que cooperen con Urbain?

Holly le miró de hito en hito:

—Creo que eso es lo que vas a hacer, antes o después. Lo que quieres es que Urbain se muera de vergüenza y comprenda de una vez quién es el jefe.

Eberly fingió sorprenderse:

—Pero Holly, ¿quién has creído que soy?

Holly sacudió la cabeza:

—No importa. Pero no creo que debas seguir con esos jueguecitos de poder con Urbain. Tiene relaciones muy poderosas con la gente del CIU en la Tierra, y lo sabes.

Eberly le mantuvo la mirada durante unos segundos:

—Quizá tengas razón —murmuró.

De pie ante él, devolviéndole la mirada sin un pestañeo, Holly dijo:

—Malcolm, hay algo más de lo que debemos hablar.

—¿Algo más?

—El protocolo CCP —continuó.

Eberly no dijo una palabra mientras, lentamente, abandonaba el apoyo de la esquina de la mesa y se dejaba caer en su silla giratoria:

—Siéntate, Holly —le invitó, esbozando un gesto hacia la silla que tenía más cerca—. Dime qué tienes en mente.

Holly podía ver las ruedas dentadas girando en su cabeza mientras se sentaba. Siempre trata de idear cuál puede ser la mejor manera de beneficiarse de cualquier situación, se dijo. Supongo que esa es la razón por la cual es el jefe.

—¿Qué pasa con el CCP? —preguntó Eberly.

Holly tomó aire, poniendo en orden sus pensamientos:

—¿Recuerdas a los Mishima? ¿La pareja que congeló su feto cuando acabábamos de dejar la Tierra? Solicitan permiso para tener su bebé.

Eberly se mordió los labios.

—En caso de que lo obtengan —continuó Holly—, un montón de mujeres de la comunidad van a querer tener niños.

—Entonces será mejor que no concedamos el permiso a los Mishima. Al menos, por ahora.

—No puedes aplazar este tema eternamente —arguyó Holly—. Es tan natural como respirar, Malcolm. Las mujeres quieren tener niños.

—¿Quieres tener un niño, Holly?

Holly le sonrió:

—No trates de ganarme llevando el tema al terreno personal. Tarde o temprano, la avalancha te arrastrará, Malcolm. El protocolo CCP podría significar tu entierro.

Tabaleando con ellas, Eberly unió las puntas de los dedos frente a su rostro.

—Tendré que reflexionar sobre ello.

—Más vale que lo hagas —dijo Holly—. No vas a conseguir que el genio siga en el interior de la botella por mucho tiempo.

—Ya veremos.

Holly rio.

—Eso es lo que un padre le dice a su hijo cuando no quiere enfrentarse a las consecuencias de decir no.

—Entiendo lo que me quieres decir, Holly —observó Eberly con tanta sinceridad como pudo—. Te agradezco que me hayas hecho ver esto.

Holly sabía que lo que en realidad estaba diciendo era: no quiero saber de este asunto. Por ahora no. Quizá nunca, si puedo librarme de él.

Poniéndose en pie, Holly comprendió que si Eberly no quería enfrentarse a ese asunto, tendría que ser ella quien lo hiciese.

Titán Alpha

Lentamente, con esa paciencia inexorable que solo una máquina puede atesorar, *Titán Alpha* se liberó del lago, que empezaba a helarse a toda velocidad. Su programa biológico repasó la información disponible en los sensores y concluyó que los organismos protocelulares que había en el agua se estaban inmovilizando, al tiempo que el agua cristalizada se convertía en hielo. Dirigió la información al programa principal del procesador central. Durante nueve billones de nanosegundos, el programa principal detuvo los motores de dirección de *Alpha* y comparó aquella información con sus objetivos y restricciones principales; luego revisó las conclusiones a las que había llegado en tres ocasiones, tal y como exigía su programación.

Los organismos no estaban muriendo, concluyó: simplemente se habían congelado y permanecían inmóviles, con sus funciones vitales en un estado de suspensión, pero no se habían extinguido. Sin embargo, y aun cuando pudieran estar muriéndose, no había nada que *Titán Alpha* pudiera hacer para evitarlo. Las acciones que habían precipitado aquella crisis medioambiental eran por completo involuntarias. El mejor plan de ataque, que concordaba con todos los objetivos y restricciones del programa principal, consistía en abandonar la zona con el menor daño adicional posible al medioambiente. Los organismos que se encontraran en las zonas más profundas del lago se verían protegidos del daño ambiental una vez que la superficie del lago volviera a congelarse por completo.

Yendo lentamente marcha atrás, *Alpha* se separó del lago, registrando los datos de sus sensores nanosegundo a nanosegundo. El programa biológico comprobaba una vez tras otra el estado de las muestras obtenidas en el lago. Satisfecho de que las muestras hubieran sido almacenadas sin problemas, el programa biológico regresó a su estado natural de revisión pasiva de los datos que le llegaban a través de los sensores de entrada.

Liberado por fin del lago, *Titán Alpha* pivotó cuarenta y siete grados a la derecha, activó la marcha delantera e inició una lenta pero decidida circunnavegación del lago de hielo. La brecha dentada que había abierto en la superficie helada se estaba congelando a toda velocidad. Mucho más allá de los sinuosos altozanos que había al otro lado del lago, unas nubes de color naranja oscuro, que se desplazaban por el cielo casi con reluctancia, precipitaban gruesas gotas de etano líquido sobre el escarpado y oscuro paisaje.

Titán Alpha siguió hacia delante, recogiendo datos, bamboleándose resueltamente por el abrupto y esponjoso suelo mientras la tormenta de etano lo envolvía poco a poco.

7 de enero de 2096:

Anocheecer

Urbain recibió dos mensajes cuando ya se levantaba de la silla de su despacho tras otro fatigoso día de frustraciones y retrasos.

Su jefe de ingenieros apareció en la puerta de la oficina, con una expresión en el rostro en la que competían al mismo tiempo la taciturnidad y la aprensión. Antes de que el hombre dijese una palabra, Urbain comprendió que no traía sino malas noticias.

Dejándose caer nuevamente en su acolchada silla, Urbain murmuró un cansado:

—¿Y ahora qué?

Sin atreverse a entrar en la oficina, el ingeniero dijo desde el umbral:

—Los doce satélites están preparados para el lanzamiento, doctor Urbain.

¿Entonces a qué viene esa cara tan larga?, se preguntó Urbain. Antes de que pudiera interrogarle, el ingeniero añadió:

—Pero el administrador jefe ha negado el permiso de lanzamiento.

Urbain sintió que su presión sanguínea se disparaba:

—¿Que se ha negado? ¡No puede negarse! ¡No tiene autoridad para impedir los lanzamientos!

—Me temo que sí la tiene, señor. Estamos atados de pies y manos, mientras no obtengamos el permiso de los departamentos de Mantenimiento y Seguridad del hábitat.

Temblando de ira, Urbain fulminó con la mirada al ingeniero, que de inmediato retrocedió desde el umbral. Urbain pudo escuchar sus pasos perdiéndose poco menos que a la carrera por el pasillo exterior.

Antes de que pudiera pensar qué hacer, el teléfono sonó y el hermoso rostro de Malcolm Eberly le sonrió desde la pantalla:

—Tenemos que hablar —dijo Eberly, como si estuviera dirigiéndose a algún subordinado—. Por favor, reúname conmigo a la entrada del edificio de administración dentro de diez minutos. —Y, clic, la imagen de Eberly desapareció antes de que Urbain pudiera responder o incluso lanzarle un gruñido.

Diez minutos después, un impaciente e inquieto Urbain aguardaba a la entrada del edificio de administración, a unos doscientos metros de la arteria principal de Atenas y sus oficinas en el edificio científico.

Eberly salió por la doble puerta de entrada, flanqueado por otros dos hombres. A uno de ellos Urbain lo reconoció por la reunión que había tenido lugar unos días atrás, en la sala de conferencias de Eberly; el otro le resultaba un absoluto desconocido.

Mientras Urbain ardía de cólera en la calzada, Eberly charlaba con sus dos esbirros en lo alto de las escaleras de la entrada, todo sonrisas, asentimientos y

cortesías. Por fin los dos subordinados decidieron marcharse y deshicieron los cuatro peldaños de la entrada, pasando junto a Urbain y dedicándole un leve saludo con la cabeza. Él ha orquestado todo esto, pensó Urbain, para humillarme. Para ponerme en mi sitio. Para repasarme por los morros que él tiene el poder y yo no.

Finalmente, Eberly bajó las escaleras, deshaciéndose en sonrisas, y tendió la mano hacia Urbain:

—Lamento haberle hecho esperar. Se trataba de un asunto de capital importancia.

Urbain no se dignó a estrecharle la mano:

—Ha negado el permiso para lanzar mis satélites —dijo, lleno de una cólera sorda.

—Es solo una prevención temporal —replicó Eberly con despreocupación, mientras comenzaba a enfilar la calle. Urbain no tuvo más remedio que seguirle.

—Sé que todo esto le indigna —continuó Eberly, mientras descendían la calle suavemente inclinada—. Pero estoy seguro de que podrá lanzar los satélites mañana, con toda puntualidad, o casi.

Urbain no dijo nada. Le resultaba obvio que Eberly iba detrás de algo y no tenía intención de decir nada que pudiera darle a aquel tipo la posibilidad de explicar qué buscaba. De modo que caminaron en un pausado silencio mientras el hábitat pasaba lentamente al modo nocturno: los enormes paneles solares se replegaron, y las farolas de la calle y las ventanas encendieron todas sus luces. Se cruzaron con otros paseantes, parejas e individuos solitarios que les sonreían o devolvían con un ademán de la cabeza sus saludos. Eberly sonreía a cada uno de ellos de oreja a oreja; Urbain mantenía los labios sellados en un silencio inquebrantable.

Pero llegó un momento en que ya no pudo más. Cuando ya se aproximaban a la orilla del pequeño y bello lago de Atenas, Urbain, apretando los dientes, dijo:

—Mi mujer me está esperando para cenar.

—Ah —repuso Eberly—. Sí, claro. Su mujer. La señora Urbain es una mujer adorable. Ciertamente adorable.

—¿Por qué ha denegado el permiso para lanzar mis satélites? —preguntó Urbain.

—No lo he denegado —respondió Eberly, mirando hacia el lago en lugar de a Urbain—. He retrasado el permiso. Y solo por unas horas, en verdad. Solo hasta que tuviéramos ocasión de charlar un rato.

—¿Charlar? ¿Sobre qué?

Eberly se volvió hacia el científico, aunque parecía mirarle por encima del hombro. Urbain tenía la impresión de que el tipo estaba examinando el lugar para asegurarse de que no había nadie lo bastante cerca como para escucharles.

—Mi gente me ha dicho que lanzar todos los satélites que tenemos en el almacén, y no dejar nada en reserva para casos de emergencia, es una violación de las reglas de seguridad.

—¡Por eso pedí que se me concediese personal y materiales para construir otra docena más de satélites! —protestó Urbain.

—Sí, lo sé.

—Y su gente se ha pasado mis peticiones por el forro.

—Lamentable —murmuró Eberly.

Urbain dejó de caminar y cruzó los brazos contra su pecho.

—¿De qué va todo esto? —le increpó—. ¿Por qué esa oposición hacia mí?

Eberly se volvió para mirarle; su sonrisa habitual se había desvanecido, y tenía el rostro frío y pétreo:

—Lo que usted quiere es lanzar esos satélites para que orbiten alrededor de Titán y...

—Y construir otra docena para tenerlos en la reserva —le interrumpió Urbain.

—Sí —replicó Eberly—. Y yo quiero explotar los yacimientos de los anillos de Saturno.

Urbain pestañeó, sorprendido:

—¿Explotar los yacimientos?

—En busca de hielo. Agua de hielo. Es la materia prima más preciada del sistema solar.

—Lo sé —masculló Urbain, recordando que Eberly había utilizado la idea de explotar los yacimientos de los anillos de Saturno como una estratagema durante su campaña electoral. Tentadoramente, prometió a los ciudadanos del hábitat hacerlos ricos vendiendo agua de hielo a las demás comunidades humanas que se hallaban esparcidas en el espacio.

—Usted y los restantes científicos se opusieron a la idea —dijo Eberly—. Especialmente esa Wunderly.

—Wunderly había descubierto formas de vida primitiva en los anillos —le recordó Urbain, aunque aquello iba más por él mismo que por Eberly.

—Me han dicho que la mayoría de los científicos de la Tierra no creen esa afirmación.

—Aun así, la mera posibilidad de que haya organismos vivos en los anillos significa que cualquier actividad comercial queda terminantemente prohibida.

—El CIU no ha sancionado ninguna prohibición —dijo Eberly—. Ni tampoco la AIA.

—El Consorcio Internacional de Universidades me ha preguntado mi opinión acerca del asunto, antes de que ellos hagan recomendación alguna a la Autoridad Internacional Astronáutica.

—Eso pensaba.

—Ahora lo entiendo —dijo Urbain—. Quiere que recomiende al CIU que le dé su permiso para explotar los anillos.

—No vamos a destruirlos. Hay trillones de toneladas de hielo en esos anillos. Nosotros solo cogeríamos una fracción minúscula de todo ello.

Urbain arrojó una mirada iracunda sobre Eberly, con una repugnancia que no se molestó en disimular:

—Me está chantajeando. Me denegará el lanzamiento de los satélites tanto tiempo como sea necesario, a menos que yo le permita poder explotar los yacimientos de los anillos.

Eberly esbozó una tenue sonrisa:

—No se trata de un chantaje. La palabra correcta es extorsión.

—Aun así...

—Aun así, si de veras quiere enviar esos satélites a Titán para que busquen su sonda perdida, le tendrá que decir al CIU que no hay ningún problema en que exploremos los yacimientos.

Urbain comprendió, al ver la dura expresión del mentón de Eberly, que no tenía una tercera opción.

8 de enero de 2096:

Mañana

Malcolm Eberly no durmió bien aquella noche. Se demoró en levantarse, con una sensación de entumecimiento y dolor, como le sucedía en aquellas lejanas mañanas en las que había estado encarcelado en una prisión de Austria. El vago recuerdo de un mal sueño lo acosaba: cuanto más intentaba recordar sus detalles, más hacían estos por esquivarle, dejándole solo una oscura impresión de terror.

¿Por qué?, se preguntó. No tienes nada que temer. Los Discípulos Santos ya no podrán cogerte, no pueden enviarte otra vez a prisión. Aquí estás a salvo. La gente de este hábitat te respeta y te admira.

¿Pero de veras lo hacían? Eso, comprendió, era lo que le preocupaba. Con sus votos, y en solo unos meses, podrían hacer que tuviese que abandonar mi cargo, ¿y entonces qué sería de mí? Tendría que conseguir un trabajo corriente y vivir con un sueldo corriente.

Era eso lo que había turbado su sueño, decidió Eberly. La campaña para la reelección. Había ganado las elecciones, en primer lugar, gracias a la promesa de que los habitantes de la *Goddard* se harían ricos al explotar los yacimientos de los anillos de Saturno. Los científicos, comandados por Urbain, se habían opuesto a la idea, como no podía ser menos. Pero sus votantes le habían apoyado al cien por cien.

Ahora ya casi había llegado el momento de que los candidatos se registrasen para las siguientes elecciones, y Eberly era del todo consciente de que no había movido un dedo para explotar los yacimientos. Había dejado que la idea hibernase mientras él preparaba el nuevo Gobierno y ejercía su poder con un mínimo de eficiencia. Pero ahora los votantes recordarían las promesas de riqueza y exigirían que Eberly las llevase a cabo. Y, con todo, los científicos se le oponían. Los respaldaban los más altos poderes de la Tierra.

Mi reelección no está asegurada, se dijo Eberly. Urbain no se presentará contra mí, y estoy seguro de que he neutralizado a Timoshenko. Pero alguien se alzaría para oponerse a mí. ¿Quién?

Mientras se cepillaba los dientes, se duchaba, afeitaba y vestía para otro día de trabajo, su mente no hacía sino retornar a la inevitable respuesta: Pancho Lane. No ha venido al hábitat solo para ver a su hermana. Con tímida coquetería, se niega a decirle a nadie cuánto tiempo pretende quedarse. En una semana solicitará la ciudadanía y luego se registrará como candidato para enfrentarse a mí.

¿Qué puedo hacer para detenerla?, se preguntaba Eberly, mientras se dejaba empapar por la luz de la mañana en pos de su oficina y del ligero desayuno que su ayudante le habría preparado. ¿Cómo puedo librarme de Pancho Lane?

Con cuidado, se tocó el lugar de la mandíbula donde Pancho le había golpeado. ¿Cómo puedo hacer que pague por aquella humillación?

Urbain, mientras tanto, tomaba el desayuno con su mujer en sus apartamentos.

—Sobornará a los votantes con visiones de enormes riquezas —gruñó, mientras daba un sorbo a su potente café. Jeanmarie era la única mujer del mundo que sabía cómo hacer un café bien fuerte y que aun así resultara agradable. Urbain había echado de menos aquellos cafés durante los años de su separación.

—Pero al CIU se le reconoce por estar contra la explotación de los anillos de Saturno —dijo Jeanmarie desde el otro lado de la estrecha mesa de la cocina.

—Eso no significa nada —espetó Urbain—. ¿Qué pueden hacer? ¿Cómo van a hacer que se respete su posición? ¿Enviándonos un ejército de burócratas?

Jeanmarie casi sonrió ante la idea de una horda de ratones de biblioteca descendiendo sobre el hábitat.

—Eberly podría denegarles el permiso para acoplarse —prosiguió Urbain—. Podría obligarles a dar media vuelta y volver a la Tierra.

Su esposa se llevó la taza a los labios. Jeanmarie prefería el té con limón:

—¿Pero no podría el CIU solicitar a la Autoridad Internacional Astronáutica que fueran estos quienes hiciesen cumplir sus órdenes? Nadie quiere problemas con la AIA.

Urbain dedicó a su esposa una mirada condescendiente:

—Querida, no ha pasado más de un año desde que concluyó la Segunda Guerra de Asteroides. ¿Crees que la AIA o cualquier habitante de la Tierra tiene ganas de empezar otra guerra?

—¿Una guerra? —Jeanmarie pareció acongojarse—. ¿De verdad crees que Eberly emplearía la fuerza contra la AIA?

—Creo que este tipo haría lo que considerase necesario con tal de mantener su posición como líder del hábitat.

—¿Pero una guerra?

Urbain se encogió de hombros:

—Las naves espaciales son muy frágiles. El disparo de un láser podría inutilizar una nave de la AIA en cuanto se nos aproximase. Quizá incluso destruirla.

Jeanmarie negó con la cabeza:

—No se atrevería.

—Selene declaró su independencia y luego combatió con las armas las intentonas, por parte de las antiguas Naciones Unidas, de someterla. Los mineros de Ceres han asegurado su independencia. ¿Por qué no el hábitat *Goddard*? Después de todo, estamos mucho más lejos que cualquier otro asentamiento humano. ¿Qué le importa a la gente de la Tierra lo que hagamos?

—Les importa que explotemos los yacimientos de los anillos de Saturno, por ejemplo.

—Sí, a algunos sí. Pero la gente que vive en la Luna y entre los asteroides vería con buenos ojos la posibilidad de recibir un abundante suministro de agua.

—Todo tiene un precio —señaló Jeanmarie.

Urbain la miró fijamente. Luego contraatacó:

—Eberly es muy listo, y artero. Mantendrá el precio lo bastante bajo como para que puedan comprarla, y, aun así, lo bastante alto como para traer la riqueza a la *Goddard*.

Jeanmarie comenzó a responder, pero Urbain se levantó de la pequeña mesa de la cocina, dando a entender a las claras que su conversación había terminado. Jeanmarie se quedó donde estaba, aferrando con ambas manos la taza de aquel té delicado y cada vez más frío. Era el juego de té de su madre. No, recordó, de su abuela.

Urbain regresó a la cocina, colocándose el pañuelo de seda que se había echado alrededor del cuello. Jeanmarie sabía que con aquel gesto le estaba pidiendo que se lo anudase, pero no se levantó de la silla.

—¿Es tan importante eso de hacer extracciones en los anillos? —preguntó—. ¿De veras les haría un daño irreparable?

—Con el tiempo sí —dijo Urbain, mirándose en el espejo que había detrás de su mujer mientras se batía con el nudo del pañuelo—. El verdadero problema es que Eberly no levantará un dedo para ayudarme, a menos que yo respalde su propuesta de hacer extracciones en el hielo.

Jeanmarie vio la expresión de su rostro: un franco desagrado y, más allá, el miedo al fracaso. En Titán, su sonda se ha declarado en rebeldía y ni siquiera es capaz de localizarla, pensó. Y ahora Eberly se niega a ayudarle, y por eso teme que su carrera se acabe ante sus propios ojos. ¡Mi pobre amor! Venir tan lejos para fracasar... Ha probado las mieles del éxito y, a causa de eso, ahora su caída será más profunda y mucho más humillante.

Retiró la silla, apartó las manos de Urbain del pañuelo que tan penosamente había anudado, y se lo volvió a atar. Urbain le dio un beso en la mejilla en señal de agradecimiento y se marchó a su oficina para otro nuevo día de frustración, otro día que le acercaría un poco más al borde del desastre.

Jeanmarie permaneció un rato más en la cocina, sola, preguntándose qué podía hacer para ayudar a su marido.

Holly salió al encuentro de Eberly cuando este se dirigía hacia el edificio de administración, situado en la cumbre de una pequeña colina sobre la cual había sido erigido el pueblo de Atenas. Eberly sabía que no se trataba de un encuentro fortuito.

—Buenos días —dijo en tono alegre.

—¿No lo son todos? —replicó Holly, mientras se ponía a su paso.

—Sí. Supongo que tendemos a dar por sentada la perfección de nuestro clima.

Holly alargó un brazo y le asió de la manga de su túnica, deteniéndole:

—Mira a tu alrededor, Malcolm. Observa este lugar. Quiero decir, míralo de verdad.

Confuso, Eberly barrió con una mirada aquel paisaje tan cuidadosamente

diseñado, verde, lustroso, siempre en plena flor. Los blancos e inmaculados edificios. El brillante lago.

—Es verdaderamente maravilloso, ¿verdad? —murmuró.

—¿Qué le falta? —preguntó Holly.

Solo con mirar la definición del mentón de Holly, Eberly podía advertir que esta quería hablar de un asunto muy específico:

—¿Qué le falta, Malcolm? —preguntó de nuevo.

—Lluvia —replicó Eberly, un tanto a la ligera—. Nieve. Niebla, aguanieve...

—No bromees con esto —insistió Holly.

—Vale. Dime qué le falta a este cuasiparaíso, este nuevo Edén, este...

—¡Niños! —saltó Holly—. Niños. Aquí no hay niños.

—Ah, eso.

—Sí, eso —respondió Holly—. Tienes que afrontarlo, Malcolm. Tienes que hacer algo respecto al protocolo CCP.

—Estoy pensando en ello —murmuró a regañadientes.

—Pues piensa un poco más. Y aprisa. La fecha límite para registrar candidatos es el próximo lunes. El CCP podría ser uno de los temas estrella del programa.

—Solo si alguien lo convierte en parte del programa —respondió Eberly, irritado.

—Alguien lo hará.

—Entonces, quienquiera que lo haga necesitará una reclamación firmada por dos tercios de los ciudadanos para revocar el protocolo de Crecimiento Cero —señaló Eberly.

Los labios de Holly se curvaron en una sonrisa cómplice:

—Has mirado las normas, ¿eh? Yo también.

—Dudo que nadie en este hábitat se sienta inclinado a organizar un referendo. La gente aquí es demasiado apática.

Con una ligera sacudida de cabeza, Holly replicó:

—No infravalores a la gente, Malcolm. En especial a las mujeres.

Sintiéndose incómodo, Eberly decidió enfocar la conversación de otro modo:

—Y ya que hablamos de ello, ¿qué te parece la idea de explotar los yacimientos de hielo de los anillos de Saturno?

Holly se encogió levemente de hombros:

—Nadia Wunderly está totalmente en contra, así como el resto de los científicos.

—Pero no son ni una décima parte de la población de nuestra comunidad.

—Si lo conviertes en una parte de tu programa electoral, los científicos designarán un candidato para que se enfrente a ti. ¿No preferirías presentarte y no tener oposición?

¿No tener oposición? La idea no se le había pasado a Eberly por la cabeza. Había dado por hecho que alguien se presentaría para enfrentarse a él, quizá más de un candidato. En realidad, prefería que fueran varios los candidatos contendientes; eso repartiría los votos en su contra, mientras, como titular del cargo, él mismo contaría

con un sólido bloque, especialmente si empezaba a poner en marcha el plan de explotar los yacimientos de hielo.

—Como es natural, preferiría no tener oposición, pero dudo que las cosas vayan a funcionar de esa manera.

—De hecho —dijo Holly, con una lenta sonrisa tomando forma en sus labios—, la constitución exige que haya al menos un candidato en la oposición. Lo he comprobado.

Eberly la miró con renovada admiración:

—Has comprobado muchas cosas, ¿verdad?

—Es parte de mi trabajo —apuntó Holly—. Si nadie se ofrece voluntario para presentarse contra ti, se elegirá un candidato al azar desde el ordenador de personal.

—Que es operado por tu departamento de Recursos Humanos —observó Eberly.

—Eso es.

—Lo que significa que tú, Holly, podrías elegir a mi rival.

—Yo no. El ordenador.

—Tú —dijo Eberly, señalándola con el índice como si de una pistola se tratase.

—Entonces tendré que encontrar a alguien que saque adelante el asunto del CCP. Sombrío, Eberly la miró con el ceño fruncido.

8 de enero de 2096:

Mediodía

Nadia Wunderly cerró herméticamente la portezuela exterior del compartimento estanco que daba entrada al nanolaboratorio, y esperó, presa de una inquieta impaciencia, los segundos que faltaban para que la puerta interior se abriese. Cuando lo hizo, Raoul Tavalera abrió la pesada portezuela para que pasase:

—Vaya, gracias, Raoul —le saludó Wunderly, con una sonrisa formándole dos hoyuelos en el rostro—. ¿Te has pasado todo este tiempo esperándome?

Confundido por aquella muestra de humor, Tavalera replicó:

—Iba a salir a comer. —Luego, añadió—: Con Holly. —Y su rostro resplandeció un poco más.

Ingresó en el compartimento estanco al tiempo que Wunderly hacía lo propio en el laboratorio:

—Kris está hablando con el ruso ese de mantenimiento, Timoshenko —dijo Tavalera, mientras cerraba la portezuela del compartimento.

Wunderly pasó por entre varias repisas atestadas de silenciosos equipos en su ingreso al laboratorio. Oyó la voz de Cardenas y el áspero timbre, un poco más bajo, del ingeniero ruso. Wunderly seguía perdiendo peso, y ahora que el nuevo año había llegado y quedado atrás, se preguntaba cuándo debía pedirle a Cardenas que vaciase de nanomáquinas el interior de su cuerpo.

Como siempre, Cardenas estaba sentada en su taburete, con una blusa almidonada sobre su vestido. Timoshenko se encontraba a su lado: enfundado en su mono gris, era un tipo fornido y un tanto grueso; su estatura era unos centímetros más baja que la de Cardenas, aun estando esta sentada.

—Podemos hacer mucho más que proteger los cables de superconducción —estaba diciendo esta—. Podríamos construir nanomáquinas que repararan automáticamente cualquier daño que se les infligiese.

—No es tan fácil como supones —sentenció Timoshenko—. Por esos cables circula una corriente eléctrica muy potente.

Cardenas asintió.

—Bueno, si me das los detalles, puedo intentar ponerme manos a la obra y crear un programa de autorreparación. Sería conveniente probarlo en el laboratorio sobre algún segmento de los cables de superconducción, antes de instalar los nanos en los cables de protección.

Timoshenko iniciaba ya una réplica cuando advirtió la figura de Wunderly a cierta distancia de ellos:

—Ah —le dijo a Cardenas—, tienes compañía.

—Acércate, Nadia —le llamó Cardenas. Volviéndose otra vez a Timoshenko, le explicó:

—Nadia y yo habíamos quedado para comer. ¿Te importa venir con nosotras? Podríamos seguir la charla en la cafetería.

Timoshenko hizo un ademán con la barbilla en señal de asentimiento, mientras Wunderly pensaba: es el tipo que pilotó la nave de transporte que trasladó a Gaeta hasta los anillos y luego lo recogió. Si hizo aquello por Manny, también lo hará por mí. Supongo.

Durante la comida que tuvieron en la cafetería, atestada y ruidosa como siempre, Timoshenko y Cardenas conversaron sobre el uso de nanomáquinas para proteger e incluso reparar los cables de superconducción utilizados en el escudo magnético que protegía el hábitat de la radiación. Wunderly no tuvo opción alguna de pedirle a Cardenas que le limpiase los nanos que tenía en su interior. Escuchó la conversación empleando solo una mínima parte de su capacidad de atención. Otra vez, su mente se concentraba en desplazarse hasta los anillos, en esta ocasión para recoger muestras y demostrar a esas lombrices de suelo firme de la Tierra que los anillos hospedaban psicrofilos vivos, organismos que vivían en el interior de las partículas de hielo de los anillos de Saturno.

¿Cómo puede ser que no lo crean?, se preguntaba Wunderly, mientras masticaba una ensalada de frutas, extraída directamente de las huertas del hábitat. Saben que los aminoácidos y otras formas complejas de polipéptidos se generan naturalmente en partículas de hielo amorfo. Lo han visto en los cometas desde hace casi un puñetero siglo. ¿Por qué no iban a creer el siguiente paso? Los aminoácidos se unen por sí mismos formando proteínas, y las proteínas evolucionan hasta conformar organismos vivos. Ya ha ocurrido en agua líquida en media docena de los mundos que conocemos. Y en el sulfuro líquido de Venus, por amor de Dios.

Lo que ocurre, sencillamente, es que todo va más lento a temperaturas tan frías. El hielo amorfo permite que los compuestos químicos fluyan del mismo modo en que lo harían si estuviesen en el interior de un líquido, pero todo ocurre a un ritmo más lento. A no ser que haya un catalizador, como un anticongelante. Me pregunto si eso es lo que ocurre en las partículas de hielo. Se podría extraer un montón de energía del campo magnético de Saturno y del flujo eléctrico de los propios anillos.

—Nadia, ¿me has oído?

De golpe, Wunderly se dio cuenta de que Cardenas le estaba hablando, con una expresión que fluctuaba entre la preocupación y la irritación.

—Lo siento, Kris. Estaba en otra parte.

—En los anillos, supongo —dijo Cardenas, con una sonrisa cómplice curvándole los labios.

—¿Dónde si no? —replicó Wunderly.

Timoshenko preguntó:

—¿De veras crees que esas partículas están vivas?

—¡Pues claro que sí! ¿Cómo si no explicarías que los anillos de Saturno sean tan grandes y tan brillantes? Esas criaturas mantienen los anillos para permitir su propia

supervivencia, del mismo modo en que las criaturas vivas mantienen el medioambiente de la Tierra para permitir su propia supervivencia.

—Gaia —masculló Cardenas.

Timoshenko cogió su vaso de té:

—Si la biosfera de la Tierra trabaja activamente para mantener el medioambiente del planeta, ¿cómo explicas el efecto invernadero? ¿O los períodos glaciales del pasado?

—Fluctuaciones de menor importancia —respondió Wunderly, con un ademán de la mano.

—Para la gente que perdió sus hogares por las crecidas de los ríos no eran de poca importancia —murmuró Timoshenko.

—Gaia funciona a escala planetaria —explicó Cardenas—. La biosfera de la Tierra mantiene el medioambiente del planeta en aras de la supervivencia de la propia vida, no para el beneficio de una especie en particular.

—Como los dinosaurios —dijo Wunderly—. Un suceso a gran escala los barrió de la superficie del planeta, junto con la mitad de especies que habitaban la Tierra, y aun así, en el transcurso de unos cuantos millones de años, Gaia repobló el planeta con nuevas especies.

—Incluyéndonos a nosotros —observó Timoshenko.

—Hasta que destruimos la atmósfera con los gases que crearon el efecto invernadero —dijo Cardenas—. En aquel momento, Gaia nos propinó una buena bofetada.

—Era evitable —admitió Wunderly—. O corregible.

Timoshenko se encogió de hombros, en un gesto lleno de ostentación:

—Que los humanos sean inteligentes no significa que tengan que ser listos.

—No sé qué decir a eso —intervino Cardenas—. El desastre que supuso el efecto invernadero nos forzó a viajar mucho más por el espacio. No estaríamos aquí si el clima no se nos hubiera descontrolado.

Timoshenko iba a decir algo, pero por lo visto se lo pensó mejor. Se conformó con sacudir la cabeza.

—Tengo que demostrar que hay organismos vivos en los anillos —insistió Wunderly—. Es importante.

—Importante para ti —dijo Timoshenko.

—Importante para el conocimiento científico —replicó Wunderly—. Importante para nuestra comprensión del Universo.

—Y también sería importante para las propias criaturas, si es que existen —apuntó Cardenas—. Eberly quería extraer agua de los anillos, ¿recordáis?

—Pero esa idea ya pasó a la historia —dijo Wunderly.

—¿Ah, sí? ¿No será que la ha aparcado para un mejor momento?

—¿Piensas que...?

Cardenas dijo:

—Un montón de gente votó por Eberly porque prometió que nos haría ricos vendiendo el agua presente en los yacimientos de los anillos.

—Pero la AIA nunca permitiría que eso ocurriese —dijo Timoshenko.

—Lo dudo —prosiguió Cardenas—. Las elecciones van a ser en unos meses. ¿Cuánto os jugáis a que Eberly saca otra vez a relucir la idea de extraer hielo de los anillos?

—¡Pero no puede! —explotó Wunderly—. ¡No debe!

—Eso es lo que tú crees, Nadia. Y eso es lo que yo creo. Pero a la mayoría de los votantes no les disgustará la idea de hacer dinero con las extracciones de hielo.

—Poderoso caballero... —admitió Timoshenko, en tono agrio.

Wunderly miró a uno, luego al otro, azotada por una marejada de pensamientos. Luego dijo:

—Entonces es más importante que nunca que pueda demostrar que hay criaturas vivas en los anillos. La AIA negará lisa y llanamente aprobar cualquier permiso para explotar los anillos si existen pruebas de que en ellos hay una biosfera.

Cardenas asintió, aprobando sus palabras. Timoshenko se mostró más cauto, como si supiera lo que iba a venir.

Wunderly volvió la silla para mirarle:

—Estoy planeando ir a los anillos y recoger unas muestras. Le he pedido a Manny Gaeta que sea el controlador de la misión y me enseñe cómo utilizar su traje espacial. Necesito que alguien pilote el transbordador, me lleve a los anillos y me traiga de vuelta.

—No seré yo —canturreó Timoshenko, sin más.

—Lo hiciste por Manny.

—Y con una vez fue bastante. Más que bastante. No soy ningún héroe.

—Pero necesito tu ayuda.

—Pídesela a Tavalera —dijo Timoshenko—. Llevaba transbordadores cuando estuvo en la estación de Júpiter, ¿no?

—¿Raoul? —preguntó Cardenas, sorprendida.

—Él. O cualquiera —añadió Timoshenko—. Pero no yo.

8 de enero de 2096: Tarde

Holly salió temprano de su oficina y se dirigió hacia el edificio de apartamentos donde residía el profesor Wilmot. Cuando acababa de comenzar la misión a Saturno, Wilmot estaba al mando, designado por el Consorcio Internacional de Universidades para dirigir a los diez mil inquilinos del hábitat hasta que estos alcanzasen la órbita de Saturno y crearan un Gobierno de su propia elección.

Sin embargo, algo había ocurrido entre medias. Eberly y esa pequeña camarilla de matones que le rodeaban habían desposeído a Wilmot del poder y formado un Gobierno. Permitieron a la gente que votase una nueva constitución, pero las votaciones eran poco más que un sondeo de popularidad. Ahora, Holly entendía todo aquello, aunque tiempo atrás había trabajado con total fe para Malcolm Eberly, guiada por la impresión de que se trataba de un héroe al que había que seguir. El tiempo y las circunstancias permitieron que Holly comprendiera la cruda realidad. Eberly no era sino un títere en las manos de un puñado de fanáticos fundamentalistas.

Aquellos fanáticos habían sido deportados de vuelta a la Tierra, pero Eberly permaneció allí como líder electo del Gobierno de la comunidad. Holly no confiaba en él. Se reprendía interiormente por haber sido una idiota que creía haber estado enamorada alguna vez de aquel tipo.

Ahora lo tenía todo claro. Eberly no podía amar a nadie salvo a él. Tenía el poder del Gobierno del hábitat en sus manos, y haría cualquier cosa por aferrarse a ese poder y el prestigio que tal cosa conllevaba, hacer que le volviesen a elegir, tener la prueba de que la gente de aquel hábitat aún lo admiraba.

Pero nadie podía impedir a una comunidad de diez mil hombres y mujeres que tuviesen hijos, y Eberly se negaba a comprender algo tan simple como aquello. Holly estaba convencida de que tal cosa era imposible. La única razón por la cual la gente había tolerado la ley de Crecimiento Cero del hábitat era porque esperaban que aquella regla, tarde o temprano, fuera revocada.

¿Y luego qué?, se preguntó Holly. Esa era la razón por la que había acudido al profesor Wilmot. Era antropólogo, un experto cualificado sobre comportamiento y sociedades humanas. Necesitaba su consejo y el provecho de sus conocimientos.

Eran las cuatro de la tarde cuando llamó a la puerta del apartamento de Wilmot, la hora exacta a la que habían acordado encontrarse. Holly recordaba la última vez que había corrido a buscar refugio en casa del profesor, cuando aquellas bestias que comandaban el Gobierno recién electo de Eberly habían tratado de acusarla, falsamente, de asesinato. La ayuda que Wilmot le prestó entonces no fue muy grande. Holly esperaba que ahora se mostrase más proclive a ello.

La puerta se abrió y el profesor Wilmot la recibió con un gracioso ademán del brazo:

—Buenas tardes, Holly. Pasa, por favor.

Era un tipo grande, alto y de anchos hombros, aunque su tronco empezaba a ganar volumen. Su rostro estaba bronceado y lleno de arrugas por los años de trabajo de campo; sus manos eran grandes y aún mostraban callosidades. Su cabello era plateado, al igual que su espeso bigote. Holly pensó que aquella era la imagen que un niño tendría de un abuelo o de un tío predilecto.

—He preparado té —comentó Wilmot, haciendo un gesto hacia la vajilla de porcelana china que descansaba en una mesita, frente al sofá—. Espero que te gusten los bollitos que he cocinado. No es que se me dé bien la repostería, pero parece que me han salido bastante sabrosos, aunque esté mal que yo lo diga.

Holly se sentó en uno de los extremos del sofá:

—Todo tiene un aspecto genial —dijo, agradecida.

Wilmot ocupó la silla de respaldo recto que había junto al sofá y comenzó a servir el té. Una vez dieron los primeros sorbos de sus primorosas tazas, Wilmot se reclinó en la silla y dijo:

—¿Y bien? ¿A qué debo el placer de esta visita?

—Necesito su consejo, profesor —dijo Holly, devolviendo la taza a su platillo con un delicado cling.

—Siempre es fácil dar consejos.

—Supongo. —Holly no tenía muy claro cómo abordar el asunto, así que fue directa al grano:

—Es acerca del protocolo CCP. Va a causarnos megatonnes de problemas.

Las hirsutas cejas de Wilmot se alzaron, pero no dijo nada, en tanto Holly seguía desgranando sus preocupaciones:

—No podemos seguir manteniendo esa regla. Va a partir en dos esta comunidad.

—Pero todo el mundo firmó un acuerdo, ¿no es así?

Agitando la cabeza, Holly replicó:

—Eso no significa nada. Si se firmó fue porque se aseguró que la regla CCP sería revocada en cuanto llegáramos a Saturno. Ahora, Eberly dice que es demasiado pronto para revocarla; dice que no se puede permitir que la gente tenga hijos, pues de otro modo habría una explosión demográfica que haría que el hábitat se viniera abajo.

Frotándose la barbilla en un gesto reflexivo, Wilmot murmuró:

—Puede que tenga razón. Un crecimiento descontrolado de la población podría acabar con nuestros recursos.

—Lo sé, ¿pero cómo vamos a controlar algo así? Las mujeres van a empezar a tener hijos y no hay nada que se pueda hacer por detenerlo.

—La reglamentación CCP debe ser obligatoria, Holly. Cuando permites que la gente pase por alto una sola ley, pronto empezarán a pasar por alto todas las demás leyes.

—¿Es eso cierto? Quiero decir, usted sabe mucho sobre cómo funcionan las sociedades creadas por el hombre. Si las mujeres empiezan a tener hijos, ¿significa

eso que habría un caos total?

Wilmot no respondió enseguida. Alargó un brazo para coger su taza y dio un profundo sorbo. Luego replicó:

—Holly, para mantener este hábitat ecológicamente estable, la tasa de crecimiento demográfico debe ir acorde al índice de mortalidad. Y con las capacidades médicas modernas y las terapias rejuvenecedoras...

—Lo sé. La gente vive eternamente, o casi.

—¿Cuántas muertes ha habido desde que abandonamos la Tierra?

—Dos. Un asesinato y una ejecución.

—¿Lo ves? Solo podríamos permitir dos nacimientos, ni uno más.

Holly sacudió la cabeza, ahora con mayor vehemencia:

—Eso no funcionaría, profesor. Debemos encontrar otra fórmula.

—Hasta que lo hagas, mucho me temo que tendremos que respetar todas las leyes del hábitat, incluida la CCP.

—¡Pero hay sitio para tres, cuatro veces la población actual! Caray, ¡este lugar podría albergar un millón de personas si fuera preciso!

—Que vivirían al borde de la miseria —replicó Wilmot, adusto—. Con los crímenes y la perversión que acompañan a una densidad de población tan elevada.

—Supongo —admitió Holly, a regañadientes. Luego levantó la barbilla:

—Pero no veo cómo vamos a esperar que las mujeres de esta comunidad acepten no tener hijos.

—Tendrás que convencerlas de que es un paso necesario —dijo Wilmot—. Tendrás que concebir una fórmula para planificar el crecimiento de la población y convencer a los habitantes de que la respalden.

Con tristeza, Holly replicó:

—Ojalá pudiera. El problema es que Eberly va a ignorar la situación y esconderá la cabeza en la arena. Mientras se presente a la reelección, no va a airear ningún asunto que pueda costarle un voto.

—Pero has dicho que tampoco puede ignorarlo.

—A la larga, no. Pero no va a mencionarlo mientras esté en plena campaña por la reelección, eso seguro.

—Entonces su rival tendrá que dirigir la atención de los votantes hacia ese asunto —dijo Wilmot.

—Eberly no tiene rival alguno —repuso Holly—. Se presenta sin ninguna oposición.

—Por ahora. La fecha límite para registrarse como candidato vence en una semana. El quince, ¿no?

—El quince cae en domingo —dijo Holly—, de modo que la fecha para el registro tendrá que ser el dieciséis.

—Ah, sí.

—¿Pero quién se va a presentar contra él? Nadie. Será un ordenador y por puro

azar el que saque el nombre.

Wilmot se frotó el bigote con un dedo antes de decir:

—Mi opinión es que alguien que se sienta fuertemente vinculado a esta comunidad debería dar el paso y presentarse a la carrera presidencial, aunque no sea más que por forzar a Eberly a que plante cara a todos esos asuntos.

—¿Y quién haría eso, en su opinión? —preguntó Holly, ansiosa—. ¿Usted?

—Oh, cielos, yo no.

—¿Entonces quién?

—Tú, mi querida niña. Tú eres quien debe presentarse contra Malcolm Eberly.

8 de enero de 2096: Anochecer

—¿Presentarte a las elecciones? —exclamó Pancho, con una voz agudizada por la sorpresa.

—Eso es lo que el profesor Wilmot ha dicho que debo hacer —replicó Holly.

Pancho sonrió abiertamente a su hermana desde el otro lado de la mesita de café, en el salón. Holly se hallaba sentada en el sofá, con los pies ovillados bajo los muslos, mientras que Pancho se dejaba mecer en el asiento reclinable.

—Lo sé, pequeña —dijo Pancho—, el profesor puede estar en lo cierto. Serías una maravillosa administradora jefe.

Holly no lo tenía tan claro:

—Caray, Panch, no tengo ni idea acerca de dar discursos ni lo que significa presentarme a un cargo público. No sabría ni por dónde empezar.

—Ayudaste a Eberly cuando se presentó la última vez, ¿no es verdad?

—Pero solo con los sondeos, los análisis estadísticos y cosas por el estilo. No hice campaña. Me limitaba a estar entre bastidores.

—Bueno, yo sí que sé una o dos cosas acerca de estrechar la mano a la gente y hacer que te voten. Así fue como me mantuve en lo más alto de Astro durante tantos años.

—¿Me ayudarás? —Los ojos de Holly se abrieron de par en par, llenos de expectación.

—¿Ayudarte con qué? —preguntó Jake Wanamaker, que salía por la puerta del dormitorio.

—Holly se va a presentar a las elecciones para administrador jefe.

—¿De verdad?

—No estoy segura... —dijo Holly, titubeante.

—Sí, de verdad —replicó Pancho—. Lo que ocurre es que ella aún no lo sabe.

Urbain apenas probó bocado durante la cena que Jeanmarie le había preparado. A Jeanmarie no le apasionaba la cocina, pero en los últimos tiempos se había aplicado a fondo, ayudándose de tutoriales pregrabados, y había comprendido que preparar comida comprada en los mercados de las granjas del hábitat era más interesante y agradecido que calentar los paquetes de comida precocinada. La cocina era pequeña, apenas lo bastante grande para que los dos cupiesen sentados a la mesa, pero tenía un amplio juego de electrodomésticos y armarios despensa.

Por lo general, Eduoard parecía disfrutar los inexpertos esfuerzos de Jeanmarie. Siempre le hacía algún cumplido. Pero esta noche era distinto. Su tenedor apenas tocó el pollo Kiev que su mujer se había tomado tantos esfuerzos en prepararle.

—¿Está demasiado blando? —le preguntó.

Urbain levantó la vista hacia ella, arrancado súbitamente de sus pensamientos:

—¿Eh?

—El pollo —dijo Jeanmarie—. ¿Te gusta cómo lo he condimentado?

—Oh. Está bien. Bien. —Se metió el tenedor en la boca y mascó un buen trozo, mientras sus ojos se paseaban de un lado a otro, embebidos en algún pensamiento que le rondaba la cabeza.

—¿Qué pasa, Eduoard? Pareces preocupado.

—Eberly —replicó, casi en un gruñido.

—¿Qué ha hecho ahora?

—No es algo que haya hecho. Es lo que no ha hecho. —Con cuidado, Urbain dejó el tenedor sobre la mesa.

—¿Sigue sin dar permiso para lanzar los satélites?

—Y seguirá sin hacerlo hasta que le prometa que respaldaré su proyecto de explotar los yacimientos de los anillos.

—¿Y entonces por qué no le respaldas? Si tan importante es encontrar a *Alpha*, ¿por qué negarte a hacerlo?

—¡Porque no está bien! —saltó Urbain—. Además, Nadia Wunderly se pondría hecha una furia.

—¡Bah! Pues que se ponga hecha una furia —dijo Jeanmarie—. Es una subordinada. Su trabajo no debería interferir en el tuyo.

Cauteloso, Urbain negó con la cabeza:

—Cariño, tú no lo entiendes. Ella cree que ha descubierto formas de vida en los anillos de Saturno. Si me pongo del lado de Eberly, eso será una clara señal para Wunderly, para el mundo entero, de que no la creo.

—¿Y qué?

—Eso la mataría.

Jeanmarie se sintió sorprendida. Nunca antes su marido había expresado tal sensibilidad hacia nadie que trabajase bajo sus órdenes. No puede ser que se sienta atraído hacia ella, pensó. Le conozco lo bastante bien, y además no es que sea una chica atractiva. A él solo le importa el trabajo de Wunderly, sus esperanzas, que esté a la altura de los demás científicos. La admiración que Jeanmarie sentía por su marido aumentó mucho más.

Aun así, siguió incitándole a hablar:

—¿Es su trabajo más importante que el tuyo, Eduoard? ¿Sus afirmaciones acerca de que ha encontrado unas criaturas en el anillo son más importantes que el vehículo que has perdido en la superficie de Titán?

Urbain la miró durante un buen rato, en silencio, y Jeanmarie pudo ver en sus ojos el dolor que le producía el choque de ciertas emociones:

—Jeanmarie, ¿acaso la física es más importante que la biología? ¿Acaso uno de los caminos de la investigación científica es más importante que otro?

—Pero si no puedes avanzar por ambos...

Luchando a todas luces por controlar su humor, Urbain dijo:

—No permitiré que ese... ese político enfrente el trabajo de Wunderly al mío. No aceptaré ese «O ella o tú». Ambas líneas de investigación deben seguir su curso.

—Pero ninguna de ellas lo hará, si Eberly se sale con la suya.

—Entonces, tendré que encontrar la manera de impedírselo.

Jeanmarie se maravilló de la inesperada tenacidad de su marido. Un año atrás hubiera retrocedido ante cualquier confrontación. Ahora ha sacado de dentro todo su coraje, y sufre por ello.

—Debe tener un punto débil —murmuró Urbain.

Sin apenas darse cuenta, Jeanmarie pensó que todo hombre tenía un punto débil. Y de pronto se dio cuenta de que ella podía encontrar el de Eberly. Ese tipo tiene un ego enorme, si es cierto todo lo que he oído acerca de él. ¿Puedo hacer que se fije en mí?, se preguntó. ¿Tendría el valor de intentarlo? ¿Y qué haría Eduoard si se enterase?

—La doctora Wunderly debería estar metida en esto —dijo Raoul Tavalera.

Se hallaba sentado a una de las mesas en el ajardinado exterior del Bistró, con Holly, Pancho y Jake Wanamaker. El restaurante se iba llenando, y la gente empezaba a ocupar todas las mesas de fuera, e incluso algunas de las pocas que había en el interior del pequeño restaurante. Holly acababa de decirle que había decidido presentarse contra Eberly para el puesto de administrador jefe.

—¿Nadia? —preguntó Holly, sorprendida—. ¿Por qué ella?

Tavalera se inclinó ligeramente hacia delante en su silla y tableteó con los dedos:

—Eberly pretende sacar adelante el asunto ese de explotar los yacimientos de los anillos, ¿no? Cuando lo haga, tendrás que demostrar por qué no debemos hacer tal cosa. De modo que necesitarás que la doctora Wunderly esté en tu equipo para que te dé todos los detalles técnicos que necesites.

—¿Explotar los yacimientos? —preguntó Pancho—. ¿Para sacar agua en hielo?

—¿Para qué si no? —replicó Holly.

—Dios Todopoderoso —dijo Wanamaker—, debe haber giga toneladas de hielo en los anillos. Se podría hacer toda una fortuna vendiendo agua; podríamos incluso convertir este hábitat en un lugar tan próspero como la propia Selene.

—Más próspero aún —le corrigió Pancho.

—Pero si de veras hay criaturas vivas en los anillos, estaríamos quebrantando las reglas de la AIA —señaló Holly.

—Aparte de que es inmoral —agregó Pancho.

Wanamaker les dedicó una mirada cómplice:

—Ni la moral ni las reglas servirán de algo a los ciudadanos de este hábitat si saben que pueden hacerse ricos.

—La AIA enviaría un destacamento militar —dijo Pancho.

—Y la gente del hábitat respondería con la fuerza —replicó Wanamaker—. No se

lo pensarían mucho.

—¿Quieres presentarte al cargo de secretario de defensa? —bromeó Pancho.

—Podría hacerlo —respondió Wanamaker, completamente en serio.

—Esperad un momento —interrumpió Holly—. Todo esto no es más que una hipótesis. No tenemos constancia fehaciente de que los anillos alberguen alguna forma de vida.

—Eso es lo que trata de averiguar la doctora Wunderly, ¿no? —preguntó Wanamaker.

—Quizá podríamos ayudarla —dijo Tavalera—. Hacer que eso se lleve a cabo, de una manera u otra.

—Antes de las elecciones.

—Eso te da algo menos de seis meses —avisó Pancho.

Holly se volvió hacia Tavalera:

—Raoul, ¿dirigirías la misión a los anillos?

Tavalera pareció respingar:

—¿Yo? No soy astronauta.

—Pero llevaste un transbordador cuando estabas en la estación de Júpiter. Eso leí en tu archivo personal.

—Sí, un par —replicó con cautela—. Pero no voy a llevar a Wunderly a los anillos y traerla de vuelta. Es demasiado arriesgado para mí.

—Pero necesitamos un piloto.

—Pues buscaos a otro —respondió Tavalera con rotundidad.

Pancho dijo:

—En este hábitat debe haber muchos pilotos de cohetes más que cualificados.

—No tantos como crees —replicó Holly—. He mirado a fondo cada currículum personal.

—Por todos los infiernos, puedo hacerlo yo misma —intervino Pancho—. Si no encontráis a otro que lo haga...

—Buscaos a otro —dijo Wanamaker—. Ya estás demasiado mayor como para arriesgar el cuello ahí fuera.

—¿Demasiado mayor? —Las aletas de la nariz de Pancho se hincharon.

—Te falta práctica —se apresuró a corregirse Wanamaker.

Pancho gruñó:

—Eso está mejor.

—Y hay algo más —dijo Holly, con un aire repentinamente más grave.

—¿El qué?

—Población cero —respondió.

—¿Y eso qué tiene que ver con lo de las criaturas del anillo? —preguntó Pancho.

Holly trató de explicarlo:

—Si queremos que se permita incrementar la población del hábitat, necesitaremos una fuente de ingresos adicional para construir nuevos hábitats que alojen a la nueva

población.

—No en unos cuantos años —apuntó Pancho.

—Pero sí tarde o temprano —insistió Holly—. Y probablemente más temprano que tarde. Además, construir una de estas cañerías flotantes lleva unos cuantos años. Y cuesta un montón de dinero.

—Explotar los yacimientos de los anillos podría proporcionar el dinero —dijo Wanamaker.

Tavalera asintió, cómplice:

—Entonces mejor que ayudemos a la doctora Wunderly a conseguir algunas muestras de los anillos.

—Y crucemos los dedos para que no encuentre en ellas a ningún ser vivo —añadió Pancho.

Titán Alpha

El aguacero de etano recorrió lentamente la tierra, descargando gruesas gotas líquidas que chapoteaban en el fangoso suelo y percutían contra el casco blindado de *Titán Alpha*. Pese a las gélidas temperaturas que había a ras de suelo, los sensores anunciaban que aquella incesante lluvia no se congelaba, sino que resbalaba sobre el hielo, e incluso lo erosionaba ligeramente al precipitarse cuesta abajo desde los barrancos y los riachuelos.

El programa principal de *Alpha* decidió seguir por aquel terreno algo inclinado, recogiendo información al tiempo que, lentamente, se desplazaba hacia delante. Las cubetas de la parte superior recogían muestras de la pertinaz lluvia para su posterior análisis. En su mayor parte, el líquido se trataba de etano, aunque había también una compleja mezcla de otros hidrocarburos, además de un catorce por ciento de agua en estado líquido.

En dicho estado, el agua constituía un importante biomarcador; el programa biológico se activó de inmediato para colaborar en el análisis. El programa principal, mientras tanto, trataba de resolver un enigma: ¿cómo el agua puede permanecer en estado líquido a temperaturas de casi doscientos grados bajo cero? Tuvieron que pasar cincuenta y tres billones de nanosegundos antes de que el programa principal llegase a una conclusión provisional. El agua puede seguir en estado líquido por encontrarse mezclada con el etano y con otros hidrocarburos, lo cual, unido a la alta presión atmosférica, eleva el punto de congelación del fluido a un punto tan extremo que a la mezcla le es posible permanecer en estado líquido.

El programa biológico tenía órdenes de buscar moléculas orgánicas u organismos viables en las muestras de etano que se hallaban entremezcladas en el agua. Había enormes cantidades de compuestos orgánicos, montones fácilmente identificables. No se encontraron organismos propiamente dichos, organismos moleculares, ya fueran unicelulares o incluso protocelulares.

Mientras se efectuaba la recogida de muestras y se llevaba a cabo el análisis, *Alpha* prosiguió su camino a través de la ligera elevación del suelo, siguiendo los arroyos que conformaba aquella mezcla de agua y etano a lo largo del turbulento paisaje. Por su parte, la lluvia aclaraba buena parte del fango de metano que había en las capas subyacentes, arrastrándolo cuesta abajo en riadas borboteantes. El aguacero tocó a su fin, y los sensores infrarrojos de *Alpha* escanearon las nubes que en las zonas más altas cubrían el cielo a perpetuidad. Un leve resplandor, casi en la línea del horizonte, mostraba el lugar donde se encontraba el sol. Había una mancha de luz aún más débil mucho más arriba, cuya amplitud era unos cuantos grados más ancha. El programa de navegación concluyó que se trataba del planeta Saturno, el eje de Titán, el planeta alrededor del cual el satélite giraba. Sin embargo, e incluso ampliando al máximo la vista, ninguna parte del cuerpo central del planeta o sus anillos podía

distinguirse a través de las turbias nubes.

Los sensores frontales informaron de que por delante se extendía una corriente cada vez más caudalosa, un serpenteante arroyo de agua y etano mezclados que fluía por el sendero en el que el vehículo proyectaba avanzar. Once metros de ancho. Profundidad desconocida.

Cuatro billones de nanosegundos después, el programa principal decidió seguir aquella corriente para ver hasta dónde llegaba. Tras consultar tanto el programa geológico como el biológico, el programa principal concluyó que, muy probablemente, la corriente desembocaba en uno de los mares. Encontró una orden en el programa geológico: si hay corrientes de etano, determinar de qué modo se funden con los mares conocidos. Había un requerimiento similar en el programa biológico: si se localizan moléculas orgánicas en la superficie, determinar si se han desarrollado en organismos viables.

Titán Alpha siguió la caudalosa corriente hacia uno de los mares incrustados de hielo que salpicaban el suelo helado de la luna.

9 de enero de 2096:

Mañana

Normalmente, Manny Gaeta solía mostrar en su tosco rostro una sonrisa ufana y algo insolente. Después de todo, se había enfrentado a los escenarios más peligrosos del sistema solar y había vivido para contarlos. Se había ganado la vida realizando esas hazañas.

Pero ahora, viéndose rodeado por Holly, Wunderly, Pancho y Tavalera, tenía un aire mucho más cauteloso, casi se diría que alerta. Kris Cardenas, que se hallaba sentada a su lado, también parecía sospechar algo.

Estaban en el parque, a orillas del lago que había en las afueras de Atenas, envueltos en esa tibia luz de media mañana que nunca cesaba de brillar, y apiñados en un par de bancos que habían arrastrado para poder sentarse unos frente a otros. Holly había elegido aquel lugar imitando a Eberly: nadie podría escucharles allí, pensó, y desde allí podrían ver a quienes se aproximasen a cientos de metros de distancia.

—A ver si lo pillo —dijo Gaeta lentamente, intentando aclarar lo que le estaban diciendo—. Lo que queréis es que le preste a Nadia el traje para que haga un pequeño periplo por los anillos.

—No un periplo —replicó Wunderly al instante—. Si voy a los anillos es para recoger muestras.

Gaeta asintió, todavía con cautela:

—Ajá. Y quieres que sea yo quien te entrene.

—Y quien dirija la misión —intervino Holly—, igual que ese Fritz «como se llame» hizo por ti.

—Von Helmholtz —murmuró Gaeta, ausente.

Cardenas le interrumpió:

—¿Quieres hacer tú misma la misión, Nadia? ¿No le vas a pedir a Manny que lo haga por ti?

—No, iré yo misma —respondió Wunderly, con la seriedad absoluta de una mujer que ya ha tomado su decisión—. Es problema mío y haré el trabajo por mí misma. Pero necesito ayuda.

—No solo me necesitarás a mí —apuntó Gaeta—. La misión tiene que controlarla más de una persona. Recuerda que Fritz tenía a seis personas con él.

Wunderly se volvió hacia Holly:

—¿Podrías conseguirme seis ingenieros?

Antes de que Holly pudiera replicar, Gaeta dijo:

—Deben tener experiencia previa en el control de misiones de navegación exterior.

—Y necesitareé que alguien dirija el transbordador a los anillos y luego me recoja. Holly dijo:

—Puedo echar un vistazo a los archivos de personal y conseguir media docena de ingenieros, supongo. Pero eso significaría apartarlos de sus respectivos trabajos.

—Eres la jefe de Recursos Humanos —señaló Pancho—. Puedes arreglártelas para hacerte con los archivos.

—No es solo eso —replicó Holly—. Tengo que hacerlo sin que Eberly se entere. Si tiene la menor sospecha de lo que estamos haciendo, nos parará los pies tal que así. —Chasqueó los dedos.

Pancho esbozó una sonrisa cómplice:

—Requisas nocturnas. Durante estos años lo he hecho al menos un par veces. Lo lograrás; yo te diré cómo.

—Gracias —replicó Holly, insegura.

Gaeta miró a Wunderly directamente a los ojos:

—Sabrás que lo tienes casi todo a tu favor para que te mates ahí fuera, ¿verdad?

Wunderly asintió sin pronunciar palabra.

Holly señaló con un dedo hacia Gaeta:

—Manny, tenemos que asegurarnos de que Nadia vaya hasta los anillos y regrese sana y salva. Es importante. Vital. Tenemos que hacer este trabajo entre todos, y hacerlo bien.

Gaeta se encogió de hombros:

—Sigo pensando que el riesgo no merece la pena.

—Escuchad —saltó Holly—. El futuro de este hábitat depende de lo que encontremos en esos anillos. Si no hay criaturas vivas en ellos, podremos explotar los yacimientos de hielo y hacer una fortuna. Con ese dinero nos será posible construir nuevos hábitats y permitir que nuestra población se expanda.

—¿Pero y si encontramos organismos vivos? —contraatacó Wunderly.

Holly abrió los brazos en un gesto de incertidumbre:

—Entonces no haremos el dinero para construir nuevos hábitats. Seguiremos impidiendo a nuestra población la posibilidad de tener hijos, lo cual no creo que sea factible a largo plazo.

—Alguien tiene que salir perdiendo —murmuró Pancho.

Todos se volvieron hacia Wunderly:

—¿De modo que lo que queréis es que fracase? —preguntó, en un tono lastimero.

—No —repuso Cardenas con firmeza—. Lo que quiero es que averigües qué hay en los anillos, sea como sea, y vuelvas sana y salva.

Los demás asintieron, pero Wunderly pensó que no mostraban demasiado entusiasmo.

Urbain hizo la cuarta llamada de la mañana a la oficina de Eberly; al igual que las tres primeras, quien respondió fue una grabación del rostro sonriente del administrador jefe anunciando que estaba ocupado y que devolvería la llamada cuando le fuera humanamente posible. Tras comprobar su registro telefónico, Urbain

contabilizó veintiséis llamadas que Eberly se había negado a responder. Pensó en ir a la oficina de Eberly y tirarle la puerta a puñetazos, pero sabía que no serviría de nada. El tipo lo había dejado muy claro: solo aprobaría el lanzamiento de los satélites si Urbain le respaldaba en su intención de explotar los yacimientos de hielo de los anillos.

No puedo hacerlo, se dijo Urbain, desconsolado. Y aunque quisiera, el CIU haría que la AIA propugne una orden para prohibirlo. Me encontraría en una situación peor de la que tengo ahora. Intolerable.

Cerró los ojos y trató de imaginarse a *Titán Alpha* sola y abandonada en la superficie de Titán. Abandonada no, se dijo a sí mismo. ¡Nunca! Te encontraré, creación mía, te encontraré y te traeré de nuevo a la vida. ¡Lo juro!

Su ensueño fue interrumpido por un golpe en la puerta de su oficina. Casi agradecido a aquella interrupción, Urbain exclamó:

—Adelante.

No tardó en reconocer a la joven que abrió la puerta y entró en su oficina. Era la técnico del grupo de comunicaciones, una mujer de tipo enjuto y nervioso; sus labios estaban contraídos en una fina línea, pero sus ojos estaban clavados en Urbain como si su vida dependiera de ello.

—¿Qué es tan importante como para que venga a mi oficina en lugar de telefonearme? —le reprendió este con severidad.

La mujer pareció turbarse, casi dispuesta a precipitarse hacia la puerta. Pero se mantuvo firme y dijo:

—Pensé que querría saber esto, señor.

—¿Saber qué?

—La capacidad de almacenamiento del núcleo de memoria de *Alpha*.

Urbain no hizo ningún ademán para que la joven se sentara, pero, titubeando, esta se acercó a una de las sillas que había frente a la mesa. Sin embargo, en lugar de sentarse se aferró con ambas manos al respaldo de la silla.

—Suponiendo que los sensores de *Alpha* hayan estado funcionando en toda su capacidad...

—Una suposición que puede ser incorrecta —le interrumpió Urbain.

La joven tragó saliva, pero continuó:

—Sí, señor. Sé que es una suposición, pero si es correcta esto nos llevará a una conclusión importante. O quizá deba decir a un problema.

—¿Conclusión? ¿Problema? ¿De qué está hablando?

—Señor, si los sensores de *Alpha* están funcionando según han sido diseñados, y si el ordenador central almacena los datos que recogen, entonces la capacidad del núcleo de almacenamiento alcanzará su límite en treinta y cinco días. Cuarenta días como máximo.

Urbain la miró de hito en hito:

—Cuando la capacidad del núcleo de memoria llegue a su techo, *Alpha* está

programada para transmitir todos los datos que haya almacenado.

—Sí, señor. Pero dado que no ha habido ninguna transmisión de datos por parte del vehículo, no hay ninguna razón para suponer que enviará la información acumulada.

Urbain se reclinó en la silla, que emitió un chirrido:

—Entonces pasará al modo de suspensión.

—Exacto, señor. Si *Alpha* no puede o no quiere enviar la información acumulada y limpiar su registro de memoria, el vehículo apagará todos sus sistemas. Estará muerto.

—¡No diga muerto! —saltó Urbain—. Es el modo de suspensión.

—Pero, señor, si no responde a nuestras órdenes y entra en el modo de suspensión, será como si estuviera muerto. No podemos encontrarlo y tampoco podemos comunicarnos con él.

Urbain sintió que algo se retorció y se agitaba en su interior. Su vientre empezaba a dolerle por las palpitaciones. Con tanta calma como pudo aglutinar, pidió a la técnico de comunicaciones que le dejase solo. Una vez que la puerta de su oficina se cerró nuevamente, dejó caer la cabeza en la mesa y cerró los ojos.

Ya no puedo hacer más, se dijo. Debo encontrarla antes de que entre en el modo de suspensión. Una vez que duerma, puede que ya nunca podamos revivirla. ¡Debo encontrarla, salvarla!

Sabía qué significaba aquello. Con el corazón en un puño, comprendió que debía ceder ante Eberly y apoyar su reprendible plan de explotar los yacimientos de los anillos de Saturno.

Era eso o perder su preciada *Titán Alpha* para siempre.

9 de enero de 2096:

Anochecer

Las burbujas de observación construidas en el casco de la *Goddard* eran más conocidas como las «chozas prefabricadas». Encerrada en el interior de una de las burbujas, con su banco de tieso respaldo y su suelo alfombrado, las luces a su nivel más tenue para que pudieran verse los cielos a través del ancho ventanal de vidriometal tintado, una pareja podía pasar largas y románticas horas, bien observando el estrellado universo, bien explorando el universo que había dentro de ellos mismos.

Holly le había dejado claro a Tavalera que quería estar a solas con él en una de las burbujas para poder tener una conversación privada, sin más. Pero en cuanto entraron al acogedor nidito y la pesada puerta se cerró a sus espaldas, Holly comprendió que ya no habría manera de que Raoul pudiera quitarse de la cabeza los pensamientos románticos.

Rayos, pensó, y la verdad es que me sentiría decepcionada en proporciones cósmicas si no intentara algo conmigo.

—Mira hacia allí —enunció Tavalera en un susurro sobrecogido, mientras los ojos de ambos se acostumbraban a aquella luz tan tenue.

Saturno no se veía por ninguna parte. En su lugar, más allá del ancho mirador vieron la infinita negrura del espacio, tan profusamente preñada de estrellas que ambos se quedaron sin aliento.

—¡Hay tantas! —suspiró Holly.

—Esa de color azul que brilla por allí —dijo Tavalera, señalando con un gesto—, creo que es la Tierra.

Holly dio un paso hacia él, y se situó lo bastante cerca como para que sus hombros se rozasen. Él le pasó un brazo por la cintura.

—No recuerdo nada de la Tierra —confesó Holly—. Esa fue mi primera vida, y todos los recuerdos se han borrado.

—Yo sí la recuerdo —dijo Tavalera—. Pensaba que quería volver... hasta que te conocí.

Holly se fundió en sus brazos, y durante un largo rato se perdieron el uno en el otro. Luego, en tanto el hábitat giraba lentamente, Saturno se elevó hasta hacerse del todo visible: sus amplios y resplandecientes anillos inundaban de luz en el compartimento.

Holly apoyó la cabeza en su hombro:

—Dios mío, qué hermoso es.

—Sí.

La vasta y achatada esfera de Saturno hacía brillar sus franjas de azafrán y de un suave color rojizo. Los anillos estaban inclinados, de modo que podían verse en su

más completo y fascinante esplendor.

—Eso no lo ves en la Tierra —murmuró Tavalera.

—Imagino que no.

La besó de nuevo, y luego la llevó hasta el afelpado asiento almohadillado.

Cuando se sentaron, uno al lado del otro, Holly preguntó:

—Raoul, ¿quieres volver a la Tierra?

Pudo ver el conflicto en sus ojos:

—Sí, supongo que algún día...

—Aún es tu hogar, ¿verdad?

En lugar de responder, Tavalera preguntó:

—¿Vendrías conmigo?

—¿De visita o para quedarme?

—No lo sé. Quiero decir, mi vida está allí. Me gusta trabajar para la doctora Cardenas. Estoy aprendiendo mucho. Dice que puedo obtener un título por la Universidad de Selene.

—¿En nanotecnología?

—Sí.

—Eso estaría genial.

—Claro que tampoco podría ejercer como nanotécnico en la Tierra. Allí está prohibido.

—Pero sí podrías conseguir un trabajo de ingeniero.

El rostro de Tavalera se oscureció en un fruncimiento de cejas:

—Sí, el colmo. No sería sino otro ingeniero más.

—¿Entonces preferirías quedarte aquí?

—Contigo sí —replicó Tavalera.

Contra su voluntad, Holly le dedicó una sonrisa:

—Raoul, no quisiera ser un factor tan decisivo en tu vida. No sería justo para ti. Para ninguno de los dos.

—Pero lo eres, Holly. Quiero estar contigo. Me da igual dónde, solo quiero estar contigo.

Se inclinó hacia ella para besarla de nuevo, pero Holly le puso un dedo en los labios.

—¿Qué pasa? —preguntó Tavalera, con un claro timbre de exasperación en la voz.

—Hay algo que debemos aclarar antes —dijo Holly.

El rostro de Tavalera se ensombreció:

—Wunderly y sus malditos anillos.

—Es importante, Raoul. Importante para todos.

—¿Tan importante como para que me mate?

—¡No! Pero...

—¡Pero mierda! —saltó Tavalera—. Piensas que llevar a Wunderly a los anillos

es más importante que el hecho de que estemos juntos.

—Eso no es cierto, Raoul.

—Y un huevo que no. —Se puso en pie—. No te importo un carajo, ni yo ni nada que tenga que ver conmigo. ¡Lo único que quieres es manipularme como a una puta marioneta!

—¡Raoul, por favor! ¡No!

Pero ya se precipitaba al exterior de la burbuja de observación, dejando a Holly sentada allí, sola, al borde de las lágrimas. Lo que más le dolía era darse cuenta de que Raoul no creía que ella lo amaba, la ira que había mostrado ante la idea de que su único interés era aprovecharse de él.

¡Te amo, Raoul!, exclamó en silencio. De verdad, te amo. Pero sabía que lo había perdido, que había herido su orgullo, arruinado la única oportunidad de llevar una vida feliz con el hombre al que amaba.

Holly dejó caer la cabeza y sollozó, sola en la oscura burbuja de observación.

Jeanmarie Urbain se sentía tan nerviosa como una colegiala. Su marido aún estaba en la oficina, pasando lo que quedaba de la tarde intentando, como siempre, hallar una fórmula para retomar el contacto con su máquina perdida en la superficie de Titán.

La presión lo estaba matando, y eso era algo que a Jeanmarie no podía pasarle por alto. Cada mañana dejaba su apartamento más cansado, más tenso, tras pasar varias horas revolviéndose y lamentándose en sus sueños. Cada noche regresaba a su oficina o a sus laboratorios, y trabajaba hasta bien pasada la medianoche con el único propósito de dar con la manera de hallar a su silencioso *Alpha*. Es como si tuviera una rival, pensó Jeanmarie, mientras se miraba en el espejo del cuarto de baño y se ponía los pendientes. Adora ese monstruoso artilugio. Se pasa más tiempo intentando traerlo de vuelta a sus brazos que conmigo.

Satisfecha por fin con su aspecto, abandonó el apartamento y se dirigió a la parte trasera de su edificio, para atravesar el sombrío sendero que conducía al pequeño macizo de árboles junto al lago. Estaba nerviosa y se sentía como si estuviera haciendo algo malo, pero también muy emocionada. Esto es una aventura, se dijo, mientras pasaba junto a las farolas espaciadas a lo largo del serpenteante sendero. Una aventura. Mantén la cabeza fría y todo saldrá bien.

Eberly había actuado con mucha cautela cuando Jeanmarie le telefoneó para solicitarle un encuentro privado. Incluso por la pantalla del teléfono, Jeanmarie alcanzó a ver la sospecha que había en sus ojos. El tipo era guapo, de eso no cabía duda. Por todo lo que Jeanmarie había oído hablar de él, se desprendía que Eberly no tenía interés alguno en las mujeres. Quizá sea gay, pensó, aunque tampoco había oído ni el menor comentario al respecto.

De modo que se puso un ceñido vestido de volantes adornado con un lazo negro, muy modesto, salvo por el escote abierto, y se dirigió con determinación a su cita con

Eberly. En la mano llevaba un pequeño bolso de abalorios que apenas albergaba más que su ordenador manual. Si Eduoard llama desde la oficina podré contestarle, se dijo. Si viene a casa demasiado pronto y ve que no estoy, siempre puedo decirle que salí a dar un paseo.

Malcolm Eberly se sentía más curioso que preocupado mientras avanzaba a largas zancadas por el sombrío sendero a su encuentro con la señora Urbain. ¿Por qué me habrá llamado de forma tan inesperada?, se preguntaba. Y solicitando una cita privada, nada menos. Nadie más: solos ella y yo. Una cita en la oscuridad de la noche. Eberly creía saber la razón, pero parecía tan fuera de contexto, tan absurda, que ni siquiera confiaba en sus propios razonamientos.

No puede ser, se dijo a sí mismo mientras se internaba en el oscuro bosquecillo del lago. Nunca trataría de seducirme, aunque fuese por su marido. No puede pensar algo así.

Aun así, se sentía extrañado, ansioso, casi excitado de ver qué era lo que Jeanmarie Urbain pensaba ofrecerle.

10 de enero de 2096: Medianoche

Es como una pesadilla interminable, se dijo Eduoard Urbain. Estaba sentado a su mesa, con la cabeza hundida entre las manos y su elegante pañuelo de seda colgando, empapado en sudor, del cuello de la camisa, y la chaqueta gris perla desmadejada en el respaldo de la silla.

Interminable. Día y noche trato de emprender el trabajo, pero todo resulta inútil. Es como uno de esos sueños en los que pugnas por salir de algo horrible, pero no puedes moverte. Tus pies están envueltos en fango o se hunden en cemento fresco.

Golpeó la mesa con el puño con tanta fuerza que se hizo daño.

—¿Por qué? —gritó a la vacía oficina—. ¿Por qué no me habla?

Con los ojos enrojecidos, revisó los últimos informes de su equipo. *Alpha* seguía incomunicada en alguna parte de la superficie de Titán. Y no sería localizada a menos que alrededor de Titán se situasen satélites a baja altitud para buscarla con escáneres infrarrojos y radares. Y Eberly no permitirá que se lancen los satélites si yo no respaldo su propuesta de explotar los anillos de Saturno.

Interminable. Un ciclo de frustración sin fin. Mi carrera está por los suelos; mi vida está en la ruina. Ya soy el hazmerreír allá en la Tierra. Los medios de prensa no cesan de escribir artículos sobre mi fracaso.

¿Qué puedo hacer?, se preguntó Urbain. ¿Qué elección me queda? Eberly tiene todo el poder. Si no cedo ante él, nunca encontraré a *Alpha*, nunca tendré ni la más mínima posibilidad de retomar el contacto con la sonda.

Urbain se enderezó en la silla. Veámoslo con calma, se dijo. Racionalmente. O aceptas explotar los yacimientos de los anillos o perderás a *Alpha* para siempre. O, al menos, hasta que enviemos allí algún grupo dotado del personal y el equipo necesarios para localizar a *Alpha* y hacer que comience a enviar datos. Para entonces, tú te habrás visto reemplazado, enviado de vuelta a Quebec, caído en desgracia, con el peor de los desprestigios, convertido en un «pudo ser», un «nunca fue».

¡No!, se reprendió Urbain. No puedo permitirlo. Si apruebo que ese miserable chantajista de Eberly explote los yacimientos de los anillos, podré localizar a *Alpha* y devolverla a la vida. Yo, y nadie más que yo.

Wunderly se pondrá hecha una furia, pero ese es su problema, no el mío. Por otro lado, seguro que de inmediato recurre al CIU y la AIA. Y nunca permitirán que se exploten los yacimientos si Wunderly es capaz de demostrar que los anillos de Saturno están biológicamente activos.

Urbain miró la hora en la pantalla de su portátil. Era exactamente la medianoche.

Muy bien, se dijo, tras llegar al fin a una decisión. Aprobaré la ridícula demanda de Eberly. Que explote los yacimientos, o intente hacerlo. Mi primera prioridad, mi única prioridad, es salvar a *Alpha*.

Con una sonrisa lúgubre dictó la orden de telefonar a Malcolm Eberly, a pesar de la hora.

Holly no había querido pedirle a Pancho consejo, pero no había nadie más en quien pudiera pensar para hacerlo. Tras su dramática ruptura con Raoul, se precipitó hasta su apartamento y pasó las horas caminando de un lado a otro, pensando, repasando el encuentro en su cabeza, llamándose idiota, una idiota que no era capaz de abrir los ojos, al haber puesto a Raoul en una tesitura como aquella. No era de extrañar que la hubiera dejado. Se cree que lo único que me interesa de él es que lleve a Nadia hasta los anillos. ¡Estúpida! ¡Estúpida!

Comprendió que amaba a Raoul Tavalera, pero ahora él jamás la creería. El amor se basa en la confianza, como bien sabía Holly, y ahora Raoul nunca podría confiar de nuevo en ella. Nunca.

Holly contuvo las lágrimas que amenazaban con desbordarla, pero, aun así, tenía claro que ya no iba a ser capaz de conciliar el sueño. Ni siquiera se puso el pijama. Simplemente caminó de un lado a otro por su apartamento, echando algunas miradas a la consola del teléfono, deseando llamar a Raoul, pero sabiendo que hacerlo resultaría inútil, un acto sin sentido. He sido una idiota de dimensiones cósmicas, se dijo a sí misma. Una pardilla intergaláctica.

Ya era más de la medianoche cuando ordenó al teléfono que llamase a su hermana. Tan pronto se dio cuenta de lo que estaba haciendo, quiso cancelar la llamada. Pero antes de que pudiera dar la orden, el rostro de Pancho apareció en la pequeña pantalla de la consola telefónica:

—¿Qué tal, hermanita? —Pancho parecía totalmente desvelada, y esbozaba una sonrisa feliz.

—No te he despertado, ¿verdad? —preguntó Holly.

—Por favor, claro que no. Jake y yo estábamos saqueando la nevera. El menú del Nemo puede llegar a ser un poco escaso.

—Supongo.

Los ojos de Pancho se estrecharon:

—¿Qué pasa? ¿Algo va mal?

Tragando saliva antes de responder, Holly preguntó a su vez:

—Panch, ¿podrías venir? ¿A mi casa? Necesito hablar contigo. Tú y yo a solas.

—Voy más rápido que la luz, pequeña —dijo Pancho.

—Ha sido muy amable al venir aquí para reunirse conmigo —comentó Jeanmarie Urbain, preguntándose si Eberly podía escuchar los nerviosos latidos de su corazón.

Eberly conformó una sonrisa magnánima en la oscuridad de aquella arboleda:

—Debo confesar que su llamada me sorprendió, señora Urbain.

—Jeanmarie —murmuró esta, mientras caminaba junto a Eberly por el sombrío sendero bifurcado—. Mis amigos me llaman Jeanmarie.

—¿Me consideras un amigo?

Jeanmarie vaciló unos segundos. Luego dijo:

—Eso espero.

Eberly rio entre dientes, casi inaudiblemente:

—Tu marido no me considera un amigo.

Jeanmarie se detuvo a pensar unos segundos antes de responder:

—Eduoard está por completo inmerso en su trabajo. No tiene tiempo para entablar amistades, ni espacio para sus relaciones personales.

—¿Ni siquiera para su esposa?

Jeanmarie se imaginó a sí misma avanzando por la cuerda floja sobre un abismo. Un paso en falso y estoy perdida, se dijo.

Eberly consideró que su silencio era una aceptación:

—Es una pena que una mujer tan adorable se vea relegada a un segundo plano.

Jeanmarie suspiró:

—Es por su trabajo. El sentido de su existencia. A los demás, sus ayudantes, sus socios, los da por sentados.

—Y por lo visto a ti también.

—Eso me temo.

—Es muy triste.

Jeanmarie tuvo que hacer acopio de todo su coraje para responder:

—Sí, muy triste. Y me siento muy sola.

Eberly caminó algunos pasos en silencio por el sendero. Jeanmarie no podía acertar a distinguir la expresión de su rostro. Eberly era ligeramente más alto que ella, pero Jeanmarie no percibía en él impresión alguna de fuerza bruta, viril. Más bien, se imaginaba caminando al lado de un sigiloso gato, que la observaba con ojos calculadores.

Por fin, Eberly dijo:

—Sé qué se siente al estar solo.

—¿De veras?

—Los científicos no son los únicos seres que se imbuyen tanto en su trabajo. Soy responsable de este hábitat, y esa responsabilidad reposa sobre mis hombros. Diez mil hombres y mujeres. Todos ellos dependen de mí.

—Sí, es cierto. Debería haberme dado cuenta de ello.

—Al igual que tú, no tengo a nadie en quien apoyarme —prosiguió Eberly, cuya voz era ahora un suave pero implacable murmullo.

—Necesitas un amigo —dijo Jeanmarie.

—Esa es la pura verdad. Eres una mujer muy comprensiva.

—Y tú eres muy amable.

—Me alegra que pienses así.

Jeanmarie decidió que debía jugar su penúltima carta:

—¿Sabes? Te he admirado desde hace muchas semanas. Eres tan... tan

dominante. Tan enorme.

Eberly se detuvo y volvió la espalda para mirarla. El corazón de Jeanmarie se le detuvo en el pecho.

—¿De veras me admiras? —preguntó, elevando la voz de pura sorpresa.

—Así es —mintió Jeanmarie.

—Quizá... —comenzó Eberly, para de inmediato detenerse en una pausa dramática.

—¿Quizá?

Tomando las manos de Jeanmarie entre las suyas, Eberly dijo:

—Quizá podamos ser amigos.

Jeanmarie le permitió que asiese sus manos, y no dejó de mirarle a los ojos en ningún momento, tratando de sondear sus profundidades para ver qué había tras ellos:

—Pero estás casada —se lamentó Eberly en un tono lúgubre—. En un hábitat cerrado como este, algo así jamás podría funcionar.

—Bueno, si Eduoard estuviese trabajando en su sonda, buscándola, tratando de recuperar su control...

—Entonces no tendría tiempo para ti, ¿verdad?

—Nada en absoluto —admitió Jeanmarie.

—Pero no podemos permitir que nos vean en público —continuó Eberly, con toda gravedad—. Sería un error.

A eso, Jeanmarie replicó:

—Podríamos reunirnos aquí y dar algún que otro paseo, conversar, compartir nuestros pensamientos...

—Supongo que podría conseguir un transporte eléctrico con el que alejarnos hasta los suburbios o dirigirnos a alguno de los pueblecitos que aún no han sido ocupados.

Jeanmarie reconoció el peligro que había en aquella proposición:

—No podría alejarme de casa por un período tan largo —dijo, para ganar tiempo.

—Pero si tu marido tuviera los satélites que necesita, pasaría todo el tiempo buscando su sonda, ¿no es cierto?

Asintiendo, Jeanmarie añadió:

—Y una vez encontrase su máquina, no se separaría de ella ni de noche ni de día.

Eberly sonrió:

—Te ha salido una rival.

—Sí, eso creo.

Eberly se aproximó a ella y le puso las manos sobre los hombros. Y entonces, el ordenador que llevaba en la palma de la mano emitió un zumbido.

Jeanmarie se estremeció como si hubiera sido despertada a la fuerza de un mal sueño. Eberly emitió un indescifrable gruñido y desplegó su portátil de mano:

—¿Sí? —exclamó.

—¿Administrador jefe Eberly? —escuchó a través del pequeño micrófono del portátil de mano. ¡La voz de Urbain! ¿Acaso sabe que...?

—Sí —contestó, poniéndose en guardia.

—Le habla Eduoard Urbain. He decidido no oponerme a su proyecto de explotar los yacimientos de los anillos de Saturno. —La voz de Urbain sonaba crispada, cortante—. En el caso, claro, de que permita a mi gente lanzar los satélites y estos orbiten alrededor de Titán. Y de que se construyan satélites de repuesto.

Mirando a Jeanmarie, que le observaba de hito en hito y con los ojos tan rebosantes de culpa que incluso Eberly podía distinguir la retina en la oscuridad de la noche, este respondió:

—Muy bien. Mañana a primera hora discutiremos esto en mi despacho.

Cerró el portátil de mano y dijo a Jeanmarie:

—Es un poco tarde. Será mejor que vuelvas a casa.

—¿Era Eduoard? —preguntó Jeanmarie, en un tono agónico.

Asintiendo, Eberly dijo:

—En breve regresará a casa, y se preguntará dónde has estado.

Dicho aquello, volvió abruptamente la espalda y caminó a grandes zancadas hacia Atenas, dejando a Jeanmarie sola entre las sombras. Ambos se sintieron muy aliviados.

Pancho no rompió la barrera de la velocidad lumínica, pero ya estaba llamando a la puerta de Holly antes de que esta hubiera tenido tiempo de enjuagarse las lágrimas que corrían por su rostro:

—¿Qué sucede? —dijo, mientras ingresaba precipitadamente en el apartamento, girando de un lado a otro la cabeza como si buscara degolladores o asesinos.

En cuestión de minutos, las dos hermanas estaban sentadas en el sofá, mientras Holly dejaba salir todos sus problemas:

—¡Oh, Panch, he metido tantísimo la pata!

Pancho asintió, rígida.

—Nunca querrá dirigirme la palabra. Nunca.

—¿Y de verdad te importa tanto?

—¡Pues claro que sí! No me había dado cuenta de lo mucho que amaba a Raoul hasta ahora. La he cagado, Panch. La he fastidiado de arriba abajo.

Reclinando la espalda en el sofá, Pancho se frotó ociosamente la barbilla:

—Tranquilízate, hermanita. Vayamos paso a paso.

—Él piensa que todo lo que quiero de él es que lleve a Nadia hasta los anillos. No sabe que le amo de veras.

—Bueno, para empezar, tendrás que encontrar a otra persona que pilote el transbordador. Eso le demostrará que dicha asignación no iba con él.

—Ya me gustaría. Pero incluso si pudiera encontrar a alguien para hacerlo, aún se sentiría dolido conmigo. Y volverá a la Tierra tan pronto como pueda, me juego lo que sea.

—Lo cual tampoco será demasiado pronto —dijo Pancho, con tanto tacto como

pudo—. No hay ni una sola nave que se dirija hacia aquí, que yo sepa.

—Las habrá en cuestión de meses.

—Eso es mucho tiempo.

—Sí, quizá, pero...

—Lo que necesitas, a bote pronto, es alguien que traslade a tu amiga la científica hasta los anillos.

—Timoshenko no va a hacerlo —repuso Holly—. Y la verdad es que no hay nadie, salvo Raoul, que pueda hacer el trabajo. Necesitamos un astronauta con experiencia.

Sonriendo de oreja a oreja, Pancho dijo:

—Tienes uno ante ti.

—¿Tú? Pero Jake dijo...

—Qué más da lo que Jake dijo. Para empezar, he pasado más tiempo pilotando transbordadores del que tú hayas pasado cepillándote los dientes.

—Pero... pero eso fue hace años, Panch. Ya estás muy mayor...

El rostro de Pancho se endureció:

—Ni lo menciones, pequeña. Mis reflejos son todavía lo bastante rápidos como para darte un azote. Un ratito en un estimulador y me sentiré tan forjada como la espada de un samurái.

Holly no se movió, boquiabierta, totalmente incrédula:

—Jake puede echar una mano en el equipo de control de la misión. Se lleva muy bien con Manny Gaeta.

—Supongo...

—Y puedes hacer que tu novio se una al equipo técnico. Aquí estará cómodo y a salvo, mientras yo vuelo hacia los anillos. ¡Será muy divertido!

—Pancho —replicó Holly, sacudiendo la cabeza—, no puedes...

—Y una mierda que no.

—Pero Raoul no se unirá al equipo de control. Ni siquiera me dirigirá la palabra...

—Claro que lo hará —sentenció Pancho, de buen humor—. Pídeselo en la cama.

—¡Ni por asomo!

—Es el mejor momento para pedirle algo a un hombre —dijo Pancho con un guiño cómplice.

16 de enero de 2096: El día del registro

Eberly se despertó con una sonrisa. El día del registro. El momento en que de verdad empieza la campaña para mi reelección. Sentado en la cama, pensó en su futuro político. No hay obstáculos a la vista. Urbain se ha rendido ante mí, de manera que mi plan de explotar los yacimientos de los anillos no encontrará una oposición seria.

Cuando se levantó y se dirigió al lavabo, pensó: por supuesto esa mujer, Wunderly, se opondrá, y tratará de que intervenga la AIA, pero eso solo servirá para que los votantes me contemplen como una figura verdaderamente heroica, que se resiste a las exigencias de los burócratas terrestres, tipos a los que les traen al fresco nuestras verdaderas necesidades. ¡Hasta puede que sea elegido por unanimidad!

Lo mejor de todo, se dijo, mientras se cepillaba los dientes concienzudamente, es que no tendré que plantearme estrategia alguna con la mujer de Urbain. ¡Qué patética jugarreta ha tratado de tenderme! ¿De veras se hubiera acostado conmigo? Sacudió la cabeza mientras se enjuagaba la boca, y escupió en el lavamanos.

Puedo conseguir a casi cualquier mujer en todo este hábitat, se dijo a sí mismo. ¿Pero para qué molestarme? El poder es mejor que el sexo. Ser admirado por todos —¡todos!— es lo más grande que hay en el mundo. No necesito a ninguna mujer. No necesito nada ni a nadie; no, al menos, mientras siga siendo el administrador jefe. Nadie puede hacerme daño. Nadie puede tocarme. Soy el rey del mundo y no voy a permitir que nadie me deponga de donde estoy.

Zeke Berkowitz sonreía con la mayor amabilidad mientras inspeccionaba la ubicación de las cámaras que él mismo había colocado alrededor del escenario del único teatro de Atenas. Como jefe del departamento de Comunicaciones de la *Goddard*, Berkowitz seguía considerándose un reportero, y el día en que se efectuaba el registro para las elecciones venideras era uno de los pocos sucesos en todo el hábitat que podían recibir la categoría de noticia.

Pese a su silueta ligeramente corpulenta, Berkowitz ofrecía un aspecto muy atildado tal y como iba vestido: pantalones amarillo pálido y una chaqueta deportiva de seda sin tratar de un color marrón oscuro. A su lado no había ninguno de los miembros que conformaban su minúscula plantilla; se jactaba de poder llevar adelante aquel evento él solo, con la única ayuda de las tres cámaras controladas a distancia que previamente había dispuesto. Al contrario que la mayoría de la gente joven del hábitat, Berkowitz había rehusado seguir los tratamientos enzimáticos que dotarían a su piel de un tono bronceado. Eso es cosa de niños, pensó. Por mi parte, seguiré siendo un vejestorio de tez cerúlea.

Sus años a bordo de la *Goddard* le habían enseñado que no debía esperar que los

curiosos que se detuvieran a mirar fueran a hacer mucho bulto. Los habitantes de aquella comunidad eran una masa bastante peculiar, que siempre había guardado las distancias con los asuntos políticos. No, se reprendió Berkowitz, no es que hayan guardado las distancias: lo que ocurre es que son cautos, suspicaces tanto de la política como de los políticos, y todo cuanto tenga que ver con la una y los otros. A la mayoría, al margen de los motivos, se les ha exiliado de sus países de origen. Si están en la *Goddard* es porque a los regímenes fundamentalistas de sus países originarios no les sirven de nada.

El mismo Berkowitz había ido a Saturno por voluntad propia, a petición del profesor Wilmot, cuando este se hallaba enfrascado en la organización de la expedición permanente. Retirado tras una vida entera al servicio de la labor periodística y afligido por la muerte de su esposa, Berkowitz había aceptado de buen grado la oportunidad de dejar atrás sus recuerdos, y tan lejos como fuera posible.

Como no podía ser menos, el teatro estaba prácticamente vacío. Unos pocos curiosos sin nada mejor que hacer se esparcían por los de otro modo vacíos asientos. Aquello hacía que el lugar pareciese aún más desierto. En el escenario, el funcionario encargado de los registros se sentaba tras una enorme mesa, desprovista de toda decoración salvo por el ordenador portátil que tenía desplegado ante sí. Berkowitz había supuesto que sería la responsable de Recursos Humanos, Holly Lane, quien ejerciera como secretaria, pero por lo visto la mujer había enviado a algún subordinado. Holly es mucho más fotogénica que este joven insignificante, pensó Berkowitz.

Las diez de la mañana era la hora en que, de manera oficial, los ciudadanos podían empezar a registrarse como candidatos electorales para ocupar el puesto de administrador jefe del hábitat. Sin embargo, ya eran casi las once y ningún candidato había aparecido por allí. Y qué más da, pensó Berkowitz. Eberly vendrá antes o después, y lo hará sin lugar a dudas acompañado por su séquito. Bastarán unos sobrios ángulos de cámara, un buen surtido de preguntas para la entrevista y un bien ponderado trabajo de montaje, para que en las noticias de la noche esto aparezca como el mayor acontecimiento periodístico del año entrante.

No pudo ocultar una tibia sorpresa cuando Holly Lane apareció por el fondo del teatro, avanzando con audacia por el pasillo central. ¿Ha venido a reemplazar al tipo que hay tras la mesa? Su trabajo como directora de Recursos Humanos es justamente ese, hacer de secretaria. Quizá estaba ocupada en algo y no ha podido venir hasta ahora, pensó Berkowitz.

—Buenos días —exclamó en dirección a Holly, mientras esta subía los peldaños que había en uno de los extremos del escenario.

—Hola, Zeke —le saludó Holly, agitando una mano. No llevaba puesta su holgada túnica y sus habituales pantalones, sino un vestido de flores con minifalda. Es una chica muy guapa, pensó Berkowitz. Bonitas piernas.

Holly se dirigió directamente hacia la mesa y dijo:

—Quiero registrarme como candidata.

El hombre que se sentaba tras la mesa, que tenía el rostro redondo y alrededor de treinta años, había mostrado bastante aburrimiento hasta aquel preciso instante. Levantó las cejas y gorjeó:

—¿Usted?

—Sí, yo.

Berkowitz corrió desde el puesto que ocupaba en uno de los extremos del escenario hasta la mesa:

—¡Oye, no, espera un momento! Esto hay que repetirlo. No esperaba que...

Holly lanzó una carcajada al ver su tez repentinamente acalorada:

—¿No esperabas verme por aquí?

Devolviéndole la sonrisa, Berkowitz replicó:

—La expresión correcta sería «qué hace una chica como tú en un sitio como este». Y no, no me lo esperaba. ¡Esto sí que es una noticia! Debemos prepararla correctamente.

Holly dejó que Berkowitz la dirigiese. Este le pidió que retrocediese hasta la mitad del pasillo, y, tras ajustar los ángulos de la cámara, le dio el pie para que caminase hacia el escenario una vez más.

Sin espontaneidad alguna, Holly caminó hasta la mesa y anunció con voz alta y clara:

—Quiero registrarme como candidata para el puesto de administrador jefe.

Eran justamente las once en punto, y en ese momento las puertas dobles de la parte trasera del teatro se abrieron de nuevo y Malcolm Eberly ingresó en el edificio, seguido por una docena de hombres y mujeres. Sonreía con total confianza mientras avanzaba por el pasillo:

—¡No! ¡Espere! —gritó Berkowitz desde el escenario—. Aún no hemos acabado.

Eberly aflojó el paso y luego se detuvo, y su sonrisa desapareció al reconocer a la persona que se hallaba ante la mesa de registro.

—¿Holly? —dijo, en un grito.

—Estoy contigo en un minuto —replicó Holly.

—Permítanos acabar —le rogó Berkowitz—. Luego grabaremos su entrada por la puerta.

El rostro de Eberly se ensombreció; rodeado por su comitiva, se quedó de brazos cruzados en mitad del teatro, mirando cómo Berkowitz registraba en vídeo las imágenes de Holly al dar su nombre al funcionario encargado de los registros y a este archivando el currículum de la mujer en su ordenador.

—Desde este momento, queda registrada oficialmente como candidato para el puesto de administrador jefe —dijo el funcionario en una voz demasiado alta, obviamente consciente de las cámaras—. Le deseo buena suerte.

—Gracias —replicó Holly, sonriendo con dulzura—. Voy a necesitarla.

—Bien. —Berkowitz se dirigió a Eberly mientras accionaba su mando a distancia

para recolocar las cámaras—. Regrese hacia la puerta y entre de nuevo.

Esto va a ser la leche, se regocijó Berkowitz para sí, mientras Eberly volvía a ingresar en el teatro ofreciendo su más deslumbrante sonrisa. Así que vamos a tener una campaña reñida. Holly Lane se presenta contra su propio jefe.

Cuatro minutos después, y una vez grabado el registro de Eberly, Berkowitz hizo una seña a los dos candidatos para que se acercasen a él.

—Tengo que hacerles unas cuantas preguntas —les dijo—. Por qué se han presentado a las elecciones, qué es lo que esperan conseguir, esa clase de cosas. Señor Eberly, usted primero.

—Me he presentado a la reelección porque creo que la gente de este hábitat necesita y merece tener al frente un hombre con experiencia. Creo que he demostrado a lo largo del último año que puedo ejercer como administrador jefe de manera eficaz y justa, y que soy la persona indicada para darle lo mejor a nuestra gente. —De algún modo, Eberly consiguió sonreír y resultar serio al mismo tiempo.

—¿Y cuál será su prioridad número uno, en el caso de que sea reelegido? —le preguntó Berkowitz.

La sonrisa de Eberly se tornó más brillante:

—Creo que el camino para lograr la riqueza y un próspero futuro para la gente de este hábitat pasa por explotar los yacimientos de los anillos de Saturno, que contienen una abundante cantidad de agua helada. El agua es el elemento máspreciado en todo el sistema solar, y tenemos en nuestras manos el convertirnos en los primeros exportadores de agua para los asentamientos humanos en la Luna, Marte, el cinturón de asteroides y las estaciones científicas repartidas por todo el sistema solar.

—¿Pese a los recelos que han sido aireados desde la comunidad científica, tanto la nuestra como la de otros lugares? —preguntó Berkowitz.

—Nuestra gente puede y debe decidir su propio destino —dijo Eberly, con voz clara y firme—. No podemos permitir que ni los burócratas de la Tierra ni ningún científico con la cabeza a pájaros restrinja nuestras libertades.

Berkowitz se volvió hacia Holly, que se hallaba junto a Eberly. Advirtió que era un poco más alta que este, lo cual se haría evidente en un plano conjunto.

—¿Y bien, señorita Lane? ¿Qué le ha llevado a presentarse contra el señor Eberly?

Holly empezó a hablar casi entre balbuceos:

—Bueno, no es que... Quiero decir, no hay en esto nada personal. Lo único que pienso es que Malcolm está pasando por alto un problema increíblemente importante.

—¿Qué problema?

—El crecimiento de la población —replicó de inmediato—. Nuestra gente vive bajo el protocolo de Crecimiento Cero. Eso debe cambiar, antes o después. Probablemente antes.

—Pero teniendo en cuenta lo limitados que son nuestros recursos... —comenzó Berkowitz.

Holly le cortó en seco:

—El hábitat puede sostener fácilmente una población cinco veces mayor que la nuestra. Lo que debemos hacer es trabajar para dar con el modo de que la población crezca en consonancia con las capacidades de nuestros recursos. Y creo que somos lo bastante inteligentes como para dar con una solución al respecto.

—¿Tiene ya un plan para permitir el crecimiento de la población?

—No, señor, claro que no. Pero debemos conseguir que nuestras mentes más distinguidas den con una solución al problema, si es necesario, solicitando consejo a la Tierra: hay muchísima gente en ella que ha tenido que tratar con el problema del crecimiento poblacional.

—Sin demasiado éxito —le interrumpió Eberly.

—No podemos pedirle a la gente de este hábitat que siga como hasta ahora. ¡Es inhumano! ¡La gente quiere tener niños!

—Son las mujeres quienes quieren tener niños —contraatacó Eberly.

—Tanto como los hombres —le reconvino Holly—. Los que son normales.

Antes de que Eberly pudiera replicar, Berkowitz se interpuso físicamente entre ambos:

—Lo que salta a la vista es que va a ser una campaña realmente emocionante. ¿Están los dos de acuerdo en celebrar formalmente uno o más debates acerca de estos asuntos?

—Por supuesto —se apresuró a responder Eberly.

Holly asintió, aunque no del todo segura:

—Supongo...

—Perfecto. Me reuniré con cada uno de ustedes por separado para acordar los detalles. Por el momento, ¿serían tan amables de estrecharse la mano para las cámaras?

Holly alargó la mano y Eberly la tomó con visible tibieza.

—Que gane el mejor —dijo Eberly, mirando directamente a la cámara más cercana.

—O la mejor —le corrigió Holly.

Eduoard Urbain hizo caso omiso del día de registro; ni siquiera vio las noticias de la noche, en las que se emitieron las entrevistas a los dos candidatos. Y tampoco sabía que Holly Lane se había registrado para presentarse contra Malcolm Eberly.

El último de sus satélites había sido situado con éxito en órbita baja alrededor de Titán, y Urbain no tenía tiempo para nada que no fuera buscar a *Alpha*, su sonda perdida. Uno de los satélites había sufrido un fallo de funcionamiento durante su lanzamiento desde el hábitat; era evidente que su sistema de guía había sido mal programado. En lugar de colocarse en órbita alrededor de Titán, su trayectoria lo precipitó a la espesa atmósfera de la luna. Urbain enfureció, aterrado por la idea de que el satélite pudiera chocar contra la superficie de Titán, contaminando la biosfera.

Pese a todo, los miembros del control de la misión encendieron los propulsores del satélite y, mediante una larga trayectoria elíptica, lograron que dejara atrás Titán y oscilase en una ruta que terminaría por impactar en la parte más alta del hemisferio norte de Saturno, lo más lejos posible, con el fin de evitar la contaminación de Titán.

Eran once los satélites situados en órbita baja para barrer la superficie de la luna en pos del vehículo perdido. Urbain pasó noche y día en el centro de control de la misión, contemplando las pantallas de las paredes inteligentes, revisando miles de imágenes congeladas del paisaje de Titán.

Los físicos planetarios de su equipo miraban extáticos el caudal de imágenes de los satélites. Se habían enfrascado en generar un mapa fotográfico muy detallado de la superficie de Titán, con una resolución de cinco metros.

—Si pudiéramos superponer las imágenes procedentes de dos o más satélites —sugirió uno de ellos a Urbain—, podríamos elaborar un mapa en tres dimensiones con una resolución mayor de un metro. ¡Hasta podríamos ver las rocas una por una!

—No hasta que demos con *Alpha* —insistió Urbain con obstinación.

—Pero eso sería de gran ayuda para dar con ese trasto.

—Ah, sí —reculó Urbain—. Claro.

Se llevó la comida al centro de control de la misión, e incluso hizo traer una cama para echar alguna cabezada cuando ya no pudiera mantener los ojos abiertos por más tiempo. Jeanmarie le visitaba de vez en cuando, a menudo para llevarle algún plato que acababa de cocinar. Urbain no tenía tiempo para ella. Un mascullo «gracias» y un rápido beso en la mejilla era todo lo que podía dedicarle a su esposa.

Y aún sin noticias de *Alpha*.

—Quizá —sugirió uno de los ingenieros— se topó con uno de los mares y se hundió.

—¿Se topó? —rugió Urbain—. ¿Se topó? *Alpha* no es ciego. No es estúpido. ¡Tiene más recursos en su procesador central para resolver problemas de los que tú tienes en tu cabeza!

El hombre se alejó como pudo para evitar la furiosa andanada de Urbain.

Fue la más joven de los físicos planetarios, una mujer de facciones dulces y más coraje que el resto de sus colegas, quien, acto seguido, se le aproximó:

—A través de la imagen en estéreo que recibamos —dijo—, y la resolución ampliada a un metro de la superficie, estaremos en disposición de detectar las huellas de *Alpha*.

—¿Las huellas? —Urbain levantó la cabeza de las imágenes que había estado examinando.

La joven, que se hallaba frente a la consola ante la que Urbain estaba sentado, se lamió los labios nerviosamente y explicó:

—Sabemos dónde aterrizó. Podemos escanear la zona para ver si damos con las huellas que las bandas de rodamiento del trasto debieron dejar allí al desplazarse por sí mismo.

—¡Y seguir las huellas hasta que lo localicemos! —terminó Urbain la frase, tan emocionado por la idea que ni siquiera reparó en que la mujer había llamado «trasto» a su *Alpha*.

—Sí, así es —replicó.

Urbain se puso en pie de un salto. Por un momento, la joven geofísico pensó que iba a agarrarla y propinarle un beso. Pero, en su lugar, Urbain comenzó a impartir órdenes al resto del equipo.

Mientras la joven regresaba al grupo de físicos planetarios, emboscado en una esquina del centro de control de la misión, uno de sus compañeros levantó la mano por encima de su cabeza con la palma extendida. La chica reconoció aquel gesto por lo que había visto en algunos viejos vídeos, y, sonriéndole, le chocó los cinco.

31 de enero de 2096:

Mañana

Holly dijo:

—No puedo quedarme mucho rato. Tengo que escribir mi discurso para las noticias de la noche.

Manny Gaeta sacudió la cabeza:

—Prefiero que me arranquen un diente a dar un discurso público.

Holly se encogió de hombros:

—Ahora soy un candidato político. Tengo que dar discursos.

Holly, Gaeta, Kris Cardenas, Tavalera, Pancho, Jake Wanamaker y Nadia Wunderly se hallaban frente al traje espacial de Gaeta, que se erguía ante ellos como un robot gigantesco e inerte; su marcada superficie reflejaba tenuemente las franjas de luz que brotaban del techo. Gaeta y Tavalera habían trasladado el traje desde la taquilla del almacén hasta el taller y luego lo habían puesto en pie, usando los cabrestantes que colgaban de las vigas de acero casi a ras del techo.

Wunderly sintió una vertiginosa avalancha de emociones abriéndose paso en su interior: excitación, aprensión, y un puro sobrecogimiento ante el tamaño y la magnitud del traje. Me voy a meter en esa cosa y atravesaré el anillo B envuelta en ella, se dijo. ¡Dios todopoderoso! ¡Yo! ¡Voy a hacerlo!

El reducido grupo se encontraba reunido en el mismo taller de techos altos donde, meses atrás, Gaeta y sus técnicos habían verificado el funcionamiento del traje para la proeza que supuso volar a través de los anillos. En lugar de la hilera de consolas electrónicas que el equipo técnico de Gaeta había alineado contra una de las paredes vacías, ahora, sin embargo, no había más que un par de mesas abatibles donde Tavalera había esparcido un par de ordenadores desplegables, tan finos como la seda; había adherido los teclados a la superficie de las mesas, y las pantallas a la pared.

—Bueno, helo aquí —comentó Gaeta, dando unas palmaditas a los brazos de cermet del traje. Volviéndose a Wunderly, le preguntó:

—¿Quieres ver cómo es por dentro?

Sin palabras, Wunderly asintió, con los ojos absortos en el visor de grueso vidriometal del casco que se erguía ante ella:

—¿Y Timoshenko? ¿Viene o no viene? —preguntó Pancho.

—No viene —dijo Holly—. Se ha negado en redondo a tener nada que ver con esta misión. Dice que ya está bastante ocupado con el mantenimiento de los espejos solares.

—¿Tiene algún problema con los espejos solares? —quiso saber Wanamaker.

—Nada relevante —respondió Holly—. Más bien se trata de una excusa para no mezclarse con nosotros.

—Los espejos son muy importantes —observó Wanamaker—. En todo cuanto

tenga que ver con ellos, no existe problema alguno que quepa calificar de «poco relevante».

—Imagino que no —replicó Holly.

—Venga, Nadia —dijo Gaeta, tomándola delicadamente de una mano—. Métete por la escotilla trasera.

—¿Una trampilla? —espetó Pancho—. ¿Como los pololos de un niño?

Gaeta fulminó a Pancho con una mirada agraz, mientras todo el grupo caminaba alrededor del traje a la manera de unos turistas que rondasen una estatua gigantesca.

Pulsando el mando a distancia que llevaba encima, Gaeta hizo que se abriera la escotilla que había en la parte trasera del traje. Tras echar un vistazo al borde de la escotilla y, acto seguido, a la robusta figura de Wunderly, Gaeta murmuró:

—Creo que vamos a necesitar al menos otra pieza más en el equipo.

—Una banqueta —dijo Pancho.

Wanamaker unió las manos:

—Vamos, Nadia. Da un saltito.

Un tanto confundida, Wunderly levantó el pie izquierdo tanto como pudo, y lo colocó en las manos entrelazadas de Wanamaker. Apoyándose en sus anchos hombros con una mano, alcanzó con la otra el borde de la escotilla mientras Wanamaker la impulsaba hacia arriba. Bajo la mirada sombría de Gaeta, Wunderly se abrió paso a través de la escotilla. Menos mal que he perdido un montón de peso, pensó.

—Aquí dentro está muy oscuro —dijo Wunderly, con una voz que, incluso para sus propios oídos, sonó ligeramente hueca.

Gaeta respondió:

—Aún no le hemos suministrado energía. Espera cinco segundos. —Y se apresuró a llegar hasta los ordenadores de las mesas que había frente a la pared.

Agachándose en el oscuro interior del traje, Wunderly reconoció un casi imperceptible aroma a aceite lubricante, plástico viejo y rancio sudor humano. A la luz del taller, que se derramaba a través de la escotilla abierta, Wunderly vio que había unas oscuras fosas donde, según supuso, debía introducir las piernas, y, sobre estas, la montura para la cabeza con su visor transparente, semejante a una remota ventana o un mirador. Parecía estar a mucha distancia de ella.

De pronto, un despliegue de luces irradió el lugar, y el traje pareció volver a la vida. Wunderly oyó el revuelo de los ventiladores, y pudo observar que las luces procedían de varios paneles indicadores y pantallas miniaturizadas.

—¿Puedes oírme, Nadia? —La voz de Gaeta llegó hasta ella desde los altavoces que había en la sección del casco.

—Sí —exclamó—. Pero creo que soy demasiado bajita para meter la cabeza en el casco.

Oyó a Gaeta reír entre dientes:

—Mete los pies en los depósitos para las piernas. Hay unas muescas en su

interior, como una escalera. Encuentra el nivel en el que estés más cómoda, y luego endereza la espalda hasta que tengas la cabeza a la altura del visor. Hay un asiento abatible justo detrás de ti; puedes ponerlo al nivel de tu trasero.

—¿Puedo sentarme?

—Si quieres...

Los ajustes llevaron algunos minutos y unos cuantos golpes de espinillas y codos, pero, por fin, Wunderly embutió la cabeza en la sección del casco. Alcanzó a ver a Kris, a Holly y a los otros justo debajo de ella. Parecían pigmeos; Wunderly se sentía como un gigante.

—Saludos, terrícolas —bromeó, y vio que el grupo ponía un gesto de dolor y se llevaba las manos a los oídos.

—Baja el volumen de la salida de voz —le rogó Gaeta—. El panel de audio está a tu derecha, es el que está iluminado en un color azul pastel.

Wunderly dio con el panel y deslizó el indicador de control por la fina banda que señalaba el volumen.

—¿Qué tal así? —preguntó.

—Mucho mejor —gritó Pancho. Su voz sonaba hueca a causa de los materiales aislantes del traje.

El siguiente cuarto de hora Gaeta se comunicó con Wunderly a través de los controladores del traje, sin parar de reprenderla:

—No toques nada. Aún no. Mira, pero no toques.

—Sí, papá —replicó, irónica, tras media docena de avisos semejantes. Se comporta como si fuera una niña medio idiota, reflexionó.

Por fin, Gaeta dijo:

—Vale. ¿Sabes dónde están los controles del brazo?

—Uno en cada manga —recitó Wunderly—, y el controlador para interrumpir la automatización está en el panel principal, justo frente a mi pecho.

—Vale. Veamos si puedes mover las tenazas de la mano derecha.

Wunderly tanteó el interior de la manga en busca de los controles, mientras echaba una mirada a la pantalla que había justo bajo su barbilla. Ahí es, pensó, esas son las tenazas. La pantalla se llenó de una luz verde. Con suma cautela, Wunderly flexionó los dedos de la mano derecha.

—¡Muy bien! —exclamó Gaeta—. Buen trabajo.

Pero Wunderly no podía ver las tenazas; el brazo derecho estaba por debajo del costado del traje. Sin preguntar, comenzó a levantar lentamente el brazo derecho para ver si podía ver en su fondo las herramientas que necesitaba.

—¡Eh! —gritó Gaeta—. ¿Qué crees que estás haciendo?

—No pasa nada —replicó Wunderly—. Solo estoy moviendo el brazo un poco. —Detuvo el movimiento e hizo que las tenazas se cerrasen—. Quiero ver lo que hago.

La voz de Gaeta era como el rugido de un trueno lejano:

—No hagas nada a menos que yo te lo indique. Soy yo quien está al mando de esta prueba. ¡O sigues mis órdenes o se acabó el trato!

El primer impulso de Wunderly fue decirle que se relajase un poco. Pero contuvo su ira y, con voz dócil, le dijo:

—Vale. Está bien.

Allí, ante las mesas donde se esparcían los ordenadores desplegados, y en tanto contemplaba aquella tonelada y media de engranajes que tan fácilmente podía desgarrar la carne y reventar los huesos, Gaeta se dio súbita cuenta de cómo tenía que haberse sentido su propio controlador cada vez que a él se le ocurría hacer alguna parida con el traje. Jesús, se dijo Gaeta, empiezo a parecerme a Fritz.

Holly les dejó trabajando en el traje y se dirigió a sus oficinas para escribir el discurso de cinco minutos programado para las noticias de la noche. Tan solo garabatear un primer borrador le llevó lo que quedaba de mañana, y unas cuantas horas de la tarde el trabajo de pulirlo hasta donde, cuanto menos, pudo sentirse mínimamente satisfecha con él.

No es de extrañar que Malcolm dejase de lado todas sus obligaciones habituales cuando se presentó al cargo, comprendió Holly. Esto de la política te come todo el tiempo.

Trató de hacer el trabajo del día en las pocas horas que le quedaban, pasando por alto la cena, para así poder terminar las tareas acumuladas durante la jornada. A la hora acordada caminó hasta el edificio donde había sido habilitado el estudio de informativos del hábitat. Berkowitz se encontraba en la puerta del estudio, esbozando su habitual sonrisa de cortesía.

—A la hora en punto —dijo, guiando a Holly al interior del estudio. No era sino una salita bien iluminada, y vacía salvo por la presencia de una pequeña mesa y una silla. No había allí nadie más, solo ellos dos. Cada una de las cuatro paredes del estudio era una pantalla inteligente que ocupaba todo lo largo del suelo hasta el techo, y que podía mostrar una variedad casi infinita de escenarios. Holly reparó en que las dos minicámaras, colocadas sobre sendos apoyos alargados, apuntaban hacia una pared que mostraba la imagen tridimensional de una estantería.

—¿No es un fondo un poco anticuado? —preguntó Holly, con un timbre de decepción en la voz.

—Oh, eso era para el discurso que Eberly ha dado hace un rato —replicó Berkowitz—. Iba a preguntarte qué clase de fondo prefieres.

—Una estantería no —respondió Holly.

—¿Quizá una vista de Saturno? —sugirió Berkowitz—. Aunque eso podría distraer la atención de los espectadores.

Holly reflexionó durante unos instantes:

—¿Y qué tal una vista del hábitat, tal vez una visión cenital de las afueras, donde hay esa especie de parque?

Berkowitz asintió de inmediato:

—Bien pensado. Muy bien pensado. —Sacó un ordenador manual del bolsillo de su túnica y trabajó en él hasta que a la pared que había tras la mesa la recubrió una vista de las verdes praderas de las afueras—. ¿Quieres repasar tu discurso antes de que encienda las cámaras? —le preguntó.

—Mejor no —replicó Holly, no del todo segura.

—¿Te lo has aprendido lo bastante bien como para pronunciarlo sin tener que leerlo?

—Creo que sí.

—De acuerdo. Si me das una copia del discurso, lo proyectaré en la pared que hay frente a la mesa. En tipos grandes y legibles. De ese modo podrás echar un vistazo cada vez que te sientas indecisa sobre qué es lo que sigue.

—Genial.

—Pero trata de mirar a la cámara o mírame a mí mientras hablas. ¿Vale?

—Vale.

—Y no te preocupes si metes la pata en una frase. Simplemente repítela. Cortaré todos los errores.

—Genial.

Holly se sentó en la mesa, preguntándose si alguien en todo el hábitat se molestaría en verla cuando se emitiese el discurso. Berkowitz alineó las dos cámaras casi hasta ponerlas juntas, y acto seguido se colocó entre ambas. Holly vio las dos primeras frases de su discurso en la pared de enfrente, justo sobre su cabeza.

—¿Preparada? —preguntó Berkowitz.

Holly se oyó a sí misma preguntar:

—¿Podemos prescindir de la mesa? Creo que preferiría estar de pie.

Berkowitz pareció ligeramente sorprendido, pero asintió y empujó la mesa hacia un lado del estudio, lejos del foco de la cámara. Holly se dispuso a ayudarlo, pero en ese momento vio que la mesa se desplazaba fácilmente sobre unas ruedas perfectamente engrasadas.

—Muy bien, quédate donde estás. Trata de no moverte demasiado —le dijo Berkowitz—. ¿Preparada?

Holly se lamió los labios:

—Preparada.

Los cinco minutos parecieron ir más rápido que la luz. Antes de que Holly se diera cuenta de ello, ya estaba diciendo:

—Gracias por su atención y buenas noches.

—¡Maravilloso! —le aplaudió Berkowitz—. Y en una sola toma. Tienes un talento natural para esto, Holly.

Holly se dio cuenta de que estaba empapada en sudor, y que se sentía completamente exhausta. Hasta las piernas le temblaban.

—Vamos —dijo Berkowitz—. Apuesto a que todavía ni siquiera has cenado,

¿verdad?

—Aún no.

—Que corra de mi cuenta —espetó Berkowitz, magnánimo. Luego, con un guiño, dijo:

—En realidad, son las dietas del departamento de Comunicaciones.

Para cuando llegó a su casa, Holly se sentía exhausta, emocionalmente vacía. ¿En esto consiste presentarse al cargo?, se preguntó. ¿Poner cada gramo de adrenalina que tienes en un apestoso discurso de cinco minutos? ¿Cómo voy a hacer mis discursos ante un montón de gente? ¿O debatir frente a Malcolm?

La pantalla de su teléfono empezó a parpadear. Una llamada. De Raoul.

De pronto, la fatiga desapareció del cuerpo de Holly. Hizo que el teléfono devolviese la llamada a Raoul mientras ella se dejaba caer en su sofá más cómodo.

Sin embargo, en cuanto apareció el rostro equino y la mirada triste de Raoul en la pantalla, Holly tomó aliento y, simplemente, preguntó:

—¿Me llamaste, Raoul?

Este parecía fluctuar entre la aprensión y el resentimiento:

—Sí. He visto tu discurso. Lo has hecho bien.

—Oh, fue muy fácil —replicó Holly, tratando de que su voz sonase despreocupada—. Trabajar con Berkowitz es como un sueño.

Tavalera pareció a punto de decir algo, pero se contentó con asentir. El silencio se abrió paso entre ambos. Holly pensó: bueno, tú me has llamado, ¿no? ¿No tienes nada que decir?

Por fin, y tratando de dar comienzo a la conversación, Holly preguntó:

—¿Cómo ha ido la sesión de Nadia con el traje?

—No ha ido mal. Manny le dio permiso para dar algunos pasos trastabillantes por el taller. Estaba tan rígida que parecía el monstruo de Frankenstein.

—Es el traje el que es rígido —le corrigió Holly—, no Nadia.

Tavalera estuvo al borde de esbozar una sonrisa:

—Estaba bastante asustada ahí dentro, con Manny gritándole cada medio segundo.

—La está probando —repuso Holly—. Quiere asegurarse de que sobrevivirá en ese traje.

—Sí, imagino que es eso.

De nuevo el silencio.

—¿Y bien? ¿Cómo estás? —le preguntó Holly—. ¿Qué es lo que piensas de esta operación?

Tavalera dudó unos segundos, y luego soltó:

—¿Es verdad que será tu hermana quien lleve a Nadia hasta los anillos?

—Pancho y Jake Wanamaker, sí —respondió Holly—. Ambos son astronautas experimentados, aunque necesitarán pasar un tiempo en un estimulador para coger la...

—¿Lo planeaste así para que yo no tuviera que ir?

Ahora fue Holly quien vaciló. Por fin, asintió lentamente y admitió:

—Sí, así es.

—¿Por qué? ¿Cómo es eso?

¡Porque te quiero, cabeza hueca!, quiso gritar Holly. Pero en lugar de eso, se conformó con decir:

—Tú no querías pilotar la nave. Es peligroso, lo sé. Y no quiero que hagas nada que no quieras hacer.

El rostro de Tavalera se ensombreció aún más:

—Ahora todos creen que soy un cagueta. Piensan que tengo miedo de volar hasta los anillos.

—Bueno, ¿y no es cierto? —saltó Holly. Y de inmediato se arrepintió de sus propias palabras.

Los ojos de Tavalera relampaguearon. Pero solo respondió:

—Sí, supongo que sí.

Y luego cortó la conexión.

16 de febrero de 2096:

Los paneles solares

Cuando llegó el momento de trabajar en el exterior del hábitat, Timoshenko exigió un cinturón y un arnés. En la mochila portaba una unidad de propulsión para ayudarse en las maniobras, aunque también había agregado una larga cadena al cinturón de su traje espacial. En su firme opinión, no tenía sentido jugársela sin necesidad. Verse exiliado en aquella lata de cervezas giratoria ya era lo bastante malo; flotar a la deriva en el espacio no era un destino que le tentase.

Timoshenko dirigía un equipo de técnicos de mantenimiento encargados de realizar un viaje de inspección del sistema de actuadores de los paneles solares. Una serie de motores eléctricos movía los paneles automáticamente cuando el hábitat giraba alrededor de Saturno, a fin de que los paneles apuntaran correctamente en dirección al Sol. En el momento indicado para las horas nocturnas del hábitat, los actuadores cerraban el anillo de paneles, plegándolos contra la carcasa del cilindro como unos pétalos cerrándose lentamente en la corola de una flor.

Cualquier operación de los paneles estaba controlada por un sistema informático automatizado, y respaldada por diversos sensores que reaccionaban a la luz del sol, además de un horario preestablecido que se hallaba engranado a la maquinaria de un reloj atómico ultrapreciso. Aun así, los paneles solían descolocarse constantemente. No es que fuera mucho. No es que aquello pudiera causar graves problemas. Se soltaban lo justo como para hacer que los programas informáticos dieran la voz de alarma. Lo justo para volverme loco, pensaba Timoshenko.

Naturalmente, el equipo de mantenimiento al completo se hallaba suspendido detrás de los paneles, a la sombra que estos proyectaban. Incluso protegidos por un traje espacial blindado, una persona no hubiera durado demasiado bajo la punzante luz solar que los paneles dirigían hacia las ventanas del hábitat. Además, los actuadores, sus motores y su equipo electrónico estaban detrás de los paneles.

Vestían trajes de protección tan voluminosos como anticuados. Cardenas le había ofrecido a Timoshenko un juego de trajes de nanofibra, pero un solo vistazo a aquel endeble material hizo que Timoshenko sacudiese la cabeza:

—¿De veras que esto puede protegerte ahí fuera? —le preguntó, incrédulo.

—Sí, así es —replicó Cardenas—. Tan bien como lo haría un traje de cermet.

Pasando por entre los dedos el tejido monomolecular del traje, Timoshenko gruñó:

—Quizá en unos años, cuando hayas tenido alguna experiencia con este traje. Por ahora, me quedaré con mis anticuados trajes de protección. Funcionan.

Ahora, observando cómo el equipo ataviado con los trajes de protección trabajaba en los paneles solares, Timoshenko se dijo: la vida del hábitat depende de estos paneles. Cada planta, cada granja, cada hombre y mujer que hay aquí vive gracias a

los paneles que traen la luz del sol a esta pretenciosa lata de sardinas. Y estas puñeteras cosas se niegan a trabajar como deben.

Timoshenko había decidido dar lo que sería un drástico paso. La labor de aquel día consistía en retirar por separado cada actuador junto con su motor y reemplazarlos por un recambio idéntico. Las piezas de recambio habían sido probadas de seis maneras diferentes desde el domingo en los talleres de mantenimiento. No tenían ningún fallo, y funcionaron en un rango de seis novenos según los parámetros de diseño. Iban a llevar los originales al interior para efectuar pruebas similares.

Averiguaremos dónde está el problema, se dijo Timoshenko mientras su equipo, envuelto en los trajes espaciales, se afanaba en reemplazar aquel montón de instrumentos. Lo averiguaremos y lo arreglaremos.

Una parte de su mente, sin embargo, le decía que se estaba portando como un idiota. La desviación en la alineación de los paneles era muy pequeña, más un incordio que un verdadero problema. Eran como una nubecilla pasando por delante del Sol, algo que no causaría sino una momentánea gota de oscuridad en el esplendor de su luz. Se corregirían fácilmente ordenando de manera manual a los controles computerizados que ajustasen los paneles nuevamente a las posiciones apropiadas.

Pero una nubecilla puede ser el heraldo de una terrible tormenta, presentía Timoshenko. Es mejor encontrar el problema y arreglarlo ya, mientras aún resulta casi inapreciable, que esperar hasta que una catástrofe de proporciones colosales se cierna sobre nosotros.

Él sabía que su equipo detestaba trabajar en el exterior. Había sido testigo del resentimiento que albergaban cuando los observó ingresar a regañadientes en sus trajes espaciales, y ahora podía escuchar su sarcástica cháchara a través de las radios de comunicación que había en los trajes; estaban irritados casi hasta el punto del amotinamiento por tener que trabajar en el exterior. No me gusta, se dijo Timoshenko. Pero hay que hacerlo.

¿Por qué?, preguntaba una voz en su interior. ¿Porque tú lo dices? ¿Te crees ahora que eres un zar? ¿Un policía? El pensamiento le dejó perplejo. Hago esto por el bien del hábitat, replicó en silencio. Por el bien de todo el mundo.

Eso es lo que Stalin dijo al hacer las matanzas en los gulag, se mofó la voz.

Suspendido en el oscuro vacío que había tras los enormes paneles de espejos solares, Timoshenko luchaba contra sus demonios interiores, mientras el equipo finalizaba las labores asignadas. Solo cuando cada actuador y su correspondiente motor habían sido reemplazados, y los repuestos comprobados y verificada su operatividad, solo cuando el equipamiento original había sido introducido al interior del hábitat a través de los compartimentos estancos y toda su gente había regresado a salvo, solo entonces Timoshenko se desplazó a lo largo de la cadena e ingresó en el compartimento estanco.

No soy Stalin, se decía a sí mismo, no soy un zar. Si hay que hacer un trabajo, lo hago. Si hay que enfrentarse a algún peligro, me enfrento a él junto con mi equipo.

Alguien tiene que dar las órdenes, y alguien tiene que hacerse cargo de las responsabilidades. Es necesario. Inevitable. No he pedido este trabajo. Me han obligado a aceptarlo.

Aún discutía consigo mismo mientras se quitaba los guantes del traje espacial y procedía a retirar el seguro del casco.

—Deja que te ayude —dijo una de las mujeres de su equipo. Había llegado con el primer grupo y ya se había despojado de su traje.

—Gracias —respondió Timoshenko. Mientras la mujer le ayudaba a salir del traje espacial, Timoshenko pensaba que ahora debían probar cada pieza del equipo que habían llevado al interior. Eso llevaría tiempo y sería un trabajo infernal, Timoshenko no dudaba de ello. Pero al menos podía hacerse en el interior, en la confortable seguridad del hábitat.

Nadia Wunderly también emprendió su propio paseo espacial por el exterior del hábitat. Bajo la supervisión de Gaeta, Pancho, Wanamaker y Tavalera introdujeron a Wunderly en el interior de su enorme traje. Luego se desplazaron a bordo de un transporte eléctrico por el laberinto de tuberías y maquinaria que había bajo la superficie ocupada del hábitat hasta el enorme compartimento estanco de las afueras. Dentro de su traje, Wunderly viajaba en la plataforma del vehículo, como un robot colosal que fuera trasladado a la guillotina.

Decidieron desplazarse por el subsuelo para evitar las miradas curiosas y las preguntas de la población del hábitat, preguntas que alcanzarían a Eberly casi de inmediato.

—No queremos darle ninguna excusa que le permita detenernos —había dicho Pancho al saltar al interior del transporte. Los cuatro iban un poco apretados, pero Pancho pensó que Wunderly estaría mucho menos cómoda en la plataforma del vehículo, envainada en el interior de aquel desmesurado pijama de hierro.

—¿De verdad crees que podemos mantener esto en secreto y que no llegue a Eberly? —se quejó Tavalera. Pancho era incapaz de decir si el gesto afligido de su rostro procedía de la preocupación o de haber sido embutido de aquella forma en el interior del transporte.

Sin apartar los ojos del camino por el que estaba conduciendo, Gaeta dijo:

—Oye, tío, Nadia ni siquiera le ha dicho una sola palabra de esto a Urbain.

Wanamaker emitió un gruñido:

—Una operación de alto secreto.

—Mejor que lo sea —murmuró Pancho.

La expresión de Tavalera se alteró un poco:

—Si nadie sabe lo que estamos haciendo, ¿cómo vamos a conseguir los códigos de acceso para el compartimento estanco? Quiero decir, el departamento de Seguridad...

—Tengo un amiguete en el departamento de Seguridad —le interrumpió Gaeta,

sonriendo de oreja a oreja—. Le pillé unas cervezas.

Pancho asintió:

—Esperemos que no le vaya con el cuento a nadie.

Alcanzaron la zona de los suburbios y llegaron hasta el compartimento estanco. Wunderly avanzaba pesadamente en su colosal traje y los otros cuatro la escoltaban como una camada de cachorros que saliesen a pasear con una estatua errante.

Gaeta introdujo el código de acceso en el panel de control de la escotilla. Pancho no se dio cuenta de que había estado conteniendo la respiración hasta que dejó escapar un profundo suspiro de alivio en el momento en que la escotilla interior se abrió con un pop, y sin que saltara ninguna alarma.

Wunderly se lamió los labios mientras ingresaba con sumo cuidado en el interior del compartimento estanco. Gaeta no dejaba de atronar en sus auriculares, ordenándole que tuviese cuidado, que ajustase las tenazas de seguridad y esperase hasta que él le diese paso para saltar al exterior. Wunderly apenas podía escucharle a través del martilleo de su pulso. Caminar en un traje como este debe ser lo más parecido a tener una artritis total, pensó. Cada paso le suponía un terrible esfuerzo; tenía que pensarlo concienzudamente antes de mover una pierna y luego la otra, pese a los servomotores que bufaban y zumbaban en respuesta a los movimientos de sus músculos.

Desde el visor del casco del traje, Wunderly bajó la mirada hacia su pequeño equipo. Pancho parecía rígida de ansiedad. Wanamaker también parecía preocupado. Tavalera era Tavalera, lúgubre y aprensivo. Gaeta daba la impresión de estar enfadado, como si estuviera convencido de que Wunderly iba a fastidiarlo todo.

Pues piénsatelo bien, Manny, se dijo Wunderly. Lo haré igual que lo he hecho en el estimulador. Ni cagadas ni meteduras de pata. Lo haré de tal modo que tendrás que reconocer lo buena que soy en este traje sin que tú me tengas que dar el coñazo cada diez segundos.

La escotilla interior se cerró lentamente, obstaculizando la visión que tenía del grupo. Wunderly estaba sola en el enorme compartimento de muros de acero, con el corazón palpitándole en el pecho. Me pregunto qué mostrarán las lecturas médicas... Cortarán la prueba automáticamente si ven que me disparo más allá del límite.

—¿Estás frente a la escotilla exterior? —gritó la voz de Gaeta.

—Sí, claro —replicó Wunderly en tono irritado, mientras se giraba laboriosamente en el pesado traje para cumplir la orden.

—Abriendo escotilla —dijo Gaeta con voz plana, incurriendo en la abreviada jerga de los controladores de misión.

—Recibido, abriendo escotilla —repitió Wunderly.

Wunderly afirmó las tenazas del traje a los asideros que había a cada lado de la escotilla exterior. Sintió débilmente la vibración de las válvulas del compartimento estanco a través del espeso aislante de sus botas, al tiempo que observaba el parpadeo de las luces del panel que había junto a la escotilla exterior, cambiando del verde al

rojo, con un breve inciso en el naranja.

La escotilla exterior se abrió de pronto y, allá en la negrura, aparecieron un millón de estrellas, tan pequeñas como cabezas de alfiler, que la observaron sin un solo pestañeo. Wunderly se lamió los labios y tragó saliva antes de decir:

—Preparada para salir al exterior.

No hubo réplica. Contempló las estrellas, que rotaban lentamente a su alrededor, y de pronto se sintió sin aliento, ligeramente mareada.

—¿Tenazas aseguradas?

Wunderly asintió en el interior de su casco, y luego dijo:

—Ambas tenazas aseguradas.

—Puedes salir —respondió Gaeta. A Wunderly le pareció que en su voz había una nota de tensión.

Poniendo todo su peso sobre el borde de la escotilla del compartimento, Wunderly se dijo: mejor que no la cagues, nena. Gaeta jamás te volverá a dejar su traje si cometes el más mínimo fallo.

—Saliendo —dijo.

Allá afuera no había nada. Era como poner los pies sobre una tabla de esquí o saltar desde un aeroplano. Wunderly no había hecho ni lo uno ni lo otro, pero fue eso lo que le vino a la cabeza cuando asomó una de las botas a aquel diáfano vacío y retiró el apoyo de la otra bota del borde de la escotilla del compartimento. Resbaló hacia el exterior, girando levemente. Las estrellas estaban tan apiñadas unas contra otras que no pudo distinguir ninguna constelación que le resultase familiar.

—¿Estás bien? —Gaeta parecía preocupado.

—Estoy bien.

—Tu pulso está por encima de ciento diez. —Esta vez era la voz de Pancho.

—Estoy bien —repitió Wunderly.

Y entonces Saturno apareció ante ella, partido en dos por aquellos resplandecientes anillos. A Wunderly el aliento se le escapó a borbotones. ¡Dios mío!, pensó. ¡Casi puedo alargar una mano y tocarlos!

—¿Sigues bien? —preguntó Gaeta.

¡Los anillos! Allá afuera Wunderly podía verlos con total claridad, aun cuando se encontraban a una enorme distancia de ella. Wunderly los contempló sin pestañear, sobrecogida. Incluso era capaz de distinguir las estrechas franjas de desechos que, un poco más oscuras, giraban entre los brillantes trozos de hielo de los anillos: polvo, restos lunares triturados y cubiertos de hollín.

—¿Sigues bien? —repitió Gaeta, evidenciando la tensión que había en su voz.

—¡Son increíbles! —sollozó Wunderly—. ¡Y tan hermosos! Mira la forma en que se hallan entrelazados. ¡Son alucinantes!

—No te vayas por las ramas —saltó Gaeta—. No has salido de excursión.

—Vale —replicó Wunderly, sacudiendo la cabeza en el interior de su casco—. Es solo que... son tan terriblemente fascinantes.

Durante un lapso de tiempo no se oyó nada más, hasta que Gaeta dijo, en un tono bastante más frívolo:

—Pues vas a estar aún más cerca de ellos, muñeca.

Titán Alpha

Siguiendo los dictados de su programa principal, *Titán Alpha* avanzó a duras penas por la tierra helada, recogiendo información que haría que sus creadores humanos se extasiaran de asombro y exultación.

El programa biológico se afanaba en almacenar los datos que atesoraba de sus observaciones en el núcleo de memoria principal de *Alpha*. Las partículas motrices encontradas en la superficie de aquel fangoso hielo cubierto de metano eran, muy probablemente, organismos vivos, cuerpos basados en el carbono que metabolizaban los abundantes hidrocarburos presentes en el hielo y en las corrientes, entreveradas de etano, que desembocaban en lejanos mares. Resultaban muy similares a los organismos que las anteriores sondas habían detectado en dichos mares, pero también había diferencias significativas.

Empleando únicamente observaciones pasivas, dado que los exámenes activos habían sido prohibidos por la restricción primaria, el programa biológico llegó a la conclusión de que las partículas motrices representaban una forma de organismo psicrófilo presente únicamente a bajas temperaturas. Puesto que el entorno se hallaba sometido, precisamente, a aquellas temperaturas, el organismo adolecía de un metabolismo interior tan lento que, comparándolo a los sistemas biológicos más corrientes de la Tierra, difícilmente podía considerarse un ser vivo. Pero era evidente que ingería nutrientes de los hidrocarburos presentes en el hielo donde vivía. Su temperatura interior era visiblemente más alta que la del entorno que lo rodeaba, y desprendía calor y materiales de desecho, metano en estado gaseoso en su mayor parte, que se congelaba tan pronto como entraba en contacto con el terreno.

La propia lentitud de su metabolismo era muy significativa, según dedujo el programa biológico. Este hubiera podido seguir las rutas metabólicas del interior del organismo incluso con exquisito detalle, solo con que se levantase la restricción primaria. Mientras las reacciones metabólicas básicas de los organismos terrestres se producían en cientos de nanosegundos, o incluso menos, las reacciones de aquellos psicrófilos precisaban de decenas de millones de nanosegundos para completarse. Eran como un laboratorio viviente para estudiar la biología a cámara lenta.

Pero no era posible seguir tan prometedor escenario de estudios. La restricción primaria del programa principal lo impedía. Si dos investigadores humanos hubieran sufrido el mismo conflicto, todo hubiera acabado en una serie de furiosas discusiones e incluso alguna violenta pelea. Sin embargo, para los programas que entraban en conflicto en el seno de *Alpha* no había motivos para la discusión, y tampoco para las peleas. El programa ni siquiera podía lamentar que una oportunidad tan rica como aquella se le escapase de las manos.

La verdad era que el programa principal estaba examinando otro problema que consideraba de mayor importancia. El núcleo de memoria estaba alcanzando el punto

de saturación. Los datos se estaban acumulando pero no se remitían a ninguna parte. El programa principal comprendió que, en cuanto se saturase, debería cerrar todos los sistemas y entrar en modo de hibernación hasta recibir nuevas órdenes.

El programa principal repasó cuáles eran sus opciones.

Podía enviar la información almacenada. Pero estaba prohibido por la restricción principal.

Podía entrar en modo de suspensión hasta recibir nuevas órdenes. Pero las antenas de recepción de datos habían sido inutilizadas para evitar conflictos que pudieran incidir en la restricción primaria.

Podía borrar toda la información acumulada y continuar recogiendo datos nuevos.

De las tres opciones, únicamente la tercera no violaba la restricción primaria.

16 de febrero de 2096:

Noche

En honor a la verdad, lo cierto es que Eberly pasó varias horas luchando con su conciencia. Pero, como siempre, fue él quien ganó.

Solo, sentado entre el frugal mobiliario de su apartamento, mientras los paneles solares se oscurecían para dar paso a la noche, Eberly decidió por fin que no tenía otra opción: tengo que librarme de Holly. No puedo tenerla trabajando para mí como jefa del departamento de Recursos Humanos al mismo tiempo que se presenta como oposición en las elecciones.

Pero esto hay que hacerlo con sumo cuidado, se dijo. No puedo despedirla, sin más. Todo el mundo lo verá como un movimiento político de lo más descarado. Como una *vendetta*. Debo actuar con la mayor sutileza.

No se sentía del todo cómodo con aquella decisión. Personalmente, Holly le gustaba. Siempre había sido leal en el trabajo que desempeñaba para él. Pero ahora lo había dejado plantado, le había clavado un puñal en la espalda. Por supuesto, aquello era cosa de su hermana. No había tenido problemas con Holly hasta que apareció Pancho en escena. Pancho Lane era su verdadero enemigo; utilizaba a Holly como una fachada, como una víctima, como una máscara tras la que ocultaba su ambición. Y pretende mucho más que eso, se dijo Eberly. Pancho y Cardenas y esa científico, Wunderly. Están tramando algo, están cociendo algún plan a mis espaldas. Tengo que averiguar qué están haciendo.

Eberly se enderezó en su sillón reclinable y ordenó a su ordenador que tomase notas. Una de las pantallas inteligentes se iluminó, y mientras Eberly hablaba, las palabras aparecieron impresas en una de las pantallas murales. Eberly dictó, corrigió y reescribió su memorando hasta que se sintió del todo satisfecho con él:

Por el bien de un gobierno eficiente, y respetando las reglas del juego, por la presente eximo a Holly Lane de mantener su puesto como directora del departamento de Recursos Humanos. Su decisión de presentarse como candidato al cargo de administrador jefe requerirá de todas sus energías durante el tiempo en que se prolongue la campaña electoral, y sería injusto exigirle que además cumpla con sus obligaciones en el departamento de Recursos Humanos mientras, al mismo tiempo, emprende su campaña política. De modo que nombro al subdirector de Recursos Humanos nuevo director principal de dicho departamento, para que asuma tanto el título como las responsabilidades que su cargo conlleva. Habrá quien ponga en duda tanto la lealtad como el buen hacer de la señorita Lane, pero, por mi parte, solo me cabe aplaudir su decisión de oponer una reñida lucha por el

puesto desde el cual he servido a la gente de este hábitat durante sus primeros y muy cruciales meses.

Eberly revisó su redacción una última vez, y después asintió, satisfecho. Se lo enviaré a Berkowitz a medianoche para que pueda emitirlo en las noticias de la mañana. Voy a hacer un gran discurso mañana por la noche; será la guinda del pastel.

Contento con su trabajo, Eberly se levantó y se dirigió a la cafetería. Allí comía más gente que en los dos restaurantes del hábitat. Había más manos que estrechar, más votantes a los que sonreír. Que me vean como uno más, comiendo donde ellos comen, compartiendo su estilo de vida.

Mientras avanzaba por el pasillo, sonriendo y asintiendo a la gente con la que se encontraba en el camino, elaboró una nota mental para recordarse que debía enviar a Holly una copia del memorando. Mañana, pensó, después de que los informativos de la mañana hagan saltar la noticia. Junto con la orden de que abandone su cargo al momento.

Urbain estaba tenso, sentado ante la consola principal del centro de control de la misión. Once ingenieros se encorvaban sobre otras tantas consolas, cada una de las cuales mostraba imágenes, en un color ficticio, de la vista de Titán que enviaban las cámaras infrarrojas de uno de los satélites.

A la memoria central de *Alpha* solo le quedan unos días de almacenamiento, se dijo Urbain por milésima vez. Debemos encontrarla antes de que entre en el modo de suspensión.

Pero aun con once satélites peinando a órbitas polares el suelo de Titán, envuelto, por lo demás, en aquellas nubes tóxicas, encontrar a *Alpha* estaba demostrando ser una labor más dura de lo que había imaginado. En teoría, las cámaras infrarrojas de los satélites permitían una resolución de cinco metros, lo que hubiera sido más que suficiente para encontrar aquel vehículo errante. Pero hasta la fecha no había ni rastro de *Alpha*.

El equipo especial al que Urbain había asignado la reconstrucción de una vista tridimensional de la superficie de Titán tenía previsto presentarle el trabajo durante la mañana. ¡Bah!, se dijo a sí mismo, apartando de un empujón la silla rodante de la consola. No puedo esperar. El tiempo pasa volando.

Se dirigió apresuradamente a su oficina y llamó al equipo de vigilancia. El teléfono del ordenador comprobó que se encontraban en un pequeño taller del hábitat, a mitad de camino desde la oficina de Urbain.

—Doctor Urbain —dijo Da'ud Habib, visiblemente sorprendido. En la pantalla del teléfono, su rostro alargado y de ojos oscuros parecía más delgado de lo que Urbain lo recordaba, casi hasta demacrado. La rala barbita que festoneaba su mandíbula era ahora más espesa, como si no se la hubiera arreglado en varias semanas.

—Doctor Habib —replicó Urbain, no menos sorprendido—. ¿Qué está haciendo con el equipo de vigilancia?

—Les estoy ayudando con la interfaz de los ordenadores, señor. Necesitan que les eche una mano con...

—Da igual —le interrumpió Urbain, impaciente—. Necesito ya mismo el informe del equipo.

—¿Ahora? —preguntó Habib. Tras él aparecieron otros rostros, apiñándose en la pantalla, hombres y mujeres, todos ellos con aspecto cansado, ojerosos y con el cabello alborotado.

—Estamos dejándonos el pellejo para hacer la presentación de mañana —dijo uno de los hombres.

—Hemos convertido esto en una pensión nocturna —añadió una mujer, que parecía irritada al retirarse el cabello de la cara.

—Lo entiendo y agradezco que estén trabajando con tanto ahínco —replicó Urbain, tratando de guardarse de que su propio enfado le asomase al rostro—. Aun así...

—¿Por qué no viene? —sugirió la mujer.

Por un momento, Habib pareció respingar, y luego asintió:

—Sí. Eso sería lo mejor, señor. Que venga al laboratorio.

Urbain sopesó la idea durante cinco segundos. Luego respondió.

—Muy bien. Lo haré. —Pero al momento añadió:

—Eh... ¿El laboratorio ese dónde está?

Pancho soltó el arnés de seguridad y se incorporó, todavía rígida, de la silla del simulador. Por un instante, las pantallas tridimensionales que cubrían las paredes de aquel estrecho y recoleto compartimento parpadearon hasta quedar en negro. Pancho se agachó para pasar por la escotilla e ingresó en la cámara de control del simulador, donde Wanamaker se ocupaba de cerrar los sistemas informáticos que ejecutaban la simulación.

Estirándose cuan larga era y levantando los brazos por encima de la cabeza, Pancho sintió el crujido de sus vértebras:

—Ocho horas —dijo Wanamaker, masajeándole los hombros—. Has hecho la simulación de una misión completa.

—¿Qué tal lo he hecho?

Wanamaker señaló con la cabeza hacia la hilera de consolas:

—Los ordenadores dicen que lo has hecho bastante bien.

—¿Bastante bien?

—Estuviste un poco lenta de reflejos en la secuencia de captura.

—Pero la cogí sin problemas, ¿no?

Wanamaker asintió:

—Puede hacerse mejor, Pancho. Cuando te encuentres de verdad en los anillos

estarás trabajando codo con codo con una novata. No vayas a esperar mucha ayuda de ella.

—Es su vida la que pone en juego.

—Y es responsabilidad tuya sacarla de los anillos y traerla de vuelta a salvo —replicó Wanamaker.

Pancho hizo un gesto burlón.

—Como jefe eres un asco.

Sonriendo, Wanamaker replicó:

—No llegas a capitán siendo un blandengue.

Estirándose de nuevo, Pancho cambió de tono y dijo:

—Vale, marinero. ¿Me invitas a un trago?

—Te lo has ganado. Y también la cena.

Pancho le tomó de un brazo y dejó que Wanamaker la llevase hasta la puerta de la cámara de estimulación.

Pero se detuvo antes de llegar, y se volvió hacia las consolas:

—Mejor programar otra prueba completa para mañana por la mañana —dijo—. Y esta vez que Nadia esté en el circuito.

Urbain se sentía ligeramente ridículo al tener que pedalear en una electrobici el breve sendero que conducía hasta el pueblo de Delhi, pero, o bien el motor eléctrico tenía un defecto, o es que no tenía ni idea de cómo hacer que arrancase de manera apropiada. Cada vez que lo intentaba, el motor se negaba a encenderse. De modo que Urbain pedaleó todo aquel sinuoso sendero que separaba Atenas de Delhi. El pueblo apenas tenía una baja ocupación, y la mayoría de sus edificios parecían oscuros y vacíos. En el mismo instante en que se preguntaba si sería capaz de dar con el edificio que Habib le había indicado, divisó por delante de él a una joven que le hacía señas con una lámpara de mano.

Frenó y se detuvo frente a ella, y a la luz de la lámpara reconoció en sus rasgos a la mujer que le había sugerido acudir al laboratorio de Habib. Era más alta de lo que había esperado, y el cabello, de un color rubio ceniza, lo llevaba tan largo que le caía por debajo de los hombros.

—Buenas noches —saludó Urbain, jadeando ligeramente, debido a lo desacostumbrado que estaba en hacer ejercicio—. Señorita, eh...

—Negroponte —respondió—. Yolanda Negroponte. Formo parte de su equipo de geociencia desde que partimos de la Tierra.

Había sonado como un reproche, y Urbain lo sabía:

—Sí, desde luego —replicó, tratando de reponerse—. Desde luego.

—Y soy bióloga —añadió por encima del hombro, mientras le abría la puerta que daba entrada al edificio.

Urbain la siguió al interior, preguntándose por qué una bióloga habría de trabajar en el equipo de vigilancia. Enseguida comprendió que no había demasiado trabajo

biológico que llevar a cabo, al menos de interés, mientras *Alpha* siguiera perdido y en silencio.

Tan pronto como Negroponte abrió la puerta de aquel improvisado laboratorio, Habib se precipitó a llegar hasta Urbain. Era un poco más bajo que Negroponte, y su piel unos tonos más oscura que el bronceado que lucía ella. Cerca de doce hombres y mujeres más se agruparon en torno a ellos. Urbain podía oler el hedor a comida pasada y café de recuelo. Varios recipientes de comida precocinada atestaban las mesas plegables que se alineaban contra la pared del fondo. Se dio cuenta de que tampoco él había comido desde el almuerzo, varias horas atrás.

—Me alegra mucho que haya podido reunirse con nosotros —dijo Habib, casi como si pidiera disculpas—. Sé que se trata de un trecho muy largo...

Urbain, que podía sentir cómo le corría el sudor tras el pedaleo, replicó:

—El tiempo es vital. Debemos encontrar a *Alpha* antes de que entre en modo de suspensión.

—O se desprenderá de la información que haya acumulado —continuó la frase otro de los científicos.

Urbain trató de no dedicarle una mirada de furia.

—¿Qué han conseguido?

—Menos de lo que hubiéramos querido —respondió Habib.

—Pero, con todo, es algo bastante sustancioso —añadió Negroponte. Estaba junto a Habib, casi envolviéndole en un gesto protector. Era una mujer de fuerte constitución ósea y pelo lacio, de un tono dorado. Urbain se preguntó qué relación unía a ambos.

—Hemos creado un entorno tridimensional a partir de lo que los satélites han observado —dijo Habib—. Teníamos intención de pasar la noche ejecutándolo para asegurarnos de que no tuviera ningún fallo técnico.

Urbain repuso:

—Lo veré, con fallos técnicos y todo.

Asintiendo sin mucha seguridad, Habib respondió:

—Sí, señor. Si es tan amable de tomar asiento... —Señaló una silla de plástico, de aire bastante cochambroso, que había frente a la pared que estaba en blanco.

Urbain se sentó y el equipo al completo pareció revolotear de un lado a otro, manipulando los terminales acoplados a sus espaldas. Todos salvo Habib, que seguía en pie junto a Urbain, ya sentado.

La pantalla mural se iluminó y comenzó a emitir una vista de un terreno grisáceo, escarpado e irregular. Antes de que Urbain pudiera hacer algún comentario, la vista adquirió de repente la claridad y profundidad que le faltaba; se convirtió en una imagen tridimensional perfecta. Urbain afinó la mirada, pero no pudo ver las marcas de las bandas de rodamiento, ni huellas u hondonadas en la superficie.

—Ese es el lugar donde originalmente aterrizó *Alpha* —explicó Habib.

—¿Está seguro? —interrogó Urbain.

—Señor, es la única cosa de la que estamos totalmente seguros.

Durante las siguientes dos horas, Urbain observó con creciente fastidio las escenas que Habib y su equipo habían adherido a través de los envíos de los satélites. Era difícil distinguir las huellas de *Alpha*, salvo algún breve trecho de rodaduras aquí y allá, esparcidas como al desgaire. Una de las vistas mostraba un pequeño lago helado con una diminuta montaña de hielo apilado en el centro.

—Es agua helada —explicó la voz de Negroponte.

—Y puede verse la leve señal de unas huellas en las inmediaciones del lago —dijo Habib.

—¿Se ha hundido *Alpha* en ese lago? —preguntó Urbain, alarmado.

—Creemos que no —replicó Habib—. Hay otras huellas en el otro lado... ¡ah! Ahí están.

—Pero tiene que haber más huellas —exigió Urbain—. Conocemos el peso de *Alpha* y la resistencia del suelo. Hemos calculado la profundidad a la que se imprimirían las huellas.

Habib asintió de nuevo, pero su rostro mostraba aprensión:

—Señor, sabemos que las bandas de rodamiento de *Alpha* fueron diseñadas para repartir su peso y, de esa forma, impedir que se hundiera demasiado en el hielo.

—Aun así, tiene que haber dejado huellas. Es imposible que no lo haya hecho.

—Estoy de acuerdo, señor. Pero si echa un vistazo al tiempo en que han sido registradas las imágenes que le hemos mostrado, las huellas solo aparecen en las más recientes.

—O en aquellos lugares en los que el vehículo se haya hundido más profundamente en la tierra —dijo uno de los otros científicos—, como en las orillas del lago.

—No hay señal alguna de huellas en el lugar del aterrizaje original —añadió Negroponte, avanzando por la habitación, débilmente iluminada, para situarse junto a Habib.

Girándose en su silla, Urbain echó un vistazo a la pareja:

—¿Qué está sugiriendo? ¿Que las huellas se han visto corroídas por la acción de los elementos?

—No, señor —contestó Habib, sacudiendo la cabeza—. Los índices de erosión natural serían insuficientes para corroer las huellas.

—¿Entonces qué?

—Algo las está borrando a propósito.

—¿Algo? —Urbain se sintió alarmado—. ¿Qué quiere decir? ¿Qué significa «algo»?

—No lo sabemos, señor. Pero alguna clase de fuerza, o agente, está borrando por su cuenta las huellas de *Alpha* casi al mismo tiempo en que este las deja.

—Algo vivo, quizá —añadió Negroponte, la bióloga.

17 de febrero de 2096:

Centro de entrenamiento físico

—Me voy a matar ahí fuera —jadeaba Wunderly mientras corría en la cinta estática.

Corriendo a zancadas en la máquina que había a su lado, Pancho alzó las cejas y respondió:

—Si la jodes igual que lo has hecho esta mañana en el estimulador, entonces probablemente sí.

—Ha sido horroroso.

—También ha sido tu primera vez en una simulación completa —dijo Pancho, tratando de que sus palabras mostrasen cierta empatía—. Necesitas más práctica. —Muchísima más, añadió para sí. La secuencia de captura había sido un desastre total.

Pancho se llevó casi a rastras a Wanamaker y Tavalera tras la pésima actuación de Wunderly en el simulador. Quería atraer a los científicos a la cafetería para tener una comida en paz con ellos, pero Wunderly había insistido en que, en lugar de eso, ambas tuvieran una sesión en el centro de entrenamiento físico. Así que Pancho había tenido que prescindir de la comida y ponerse un traje de deporte alquilado, a fin de que ella y Wunderly pudieran concebir su siguiente movimiento. Ahora corrían sobre la cinta estática, una al lado de la otra, entre varias docenas de hombres y mujeres jadeantes embutidos en sudadas ropas deportivas.

—Todo lo hice mal —se lamentó Wunderly, limpiándose el sudor que le resbalaba por la frente.

—¿Estabas asustada? —le preguntó Pancho, moviéndose con total facilidad sobre la cinta—. Quiero decir, el simulador es increíblemente realista y tú solo has estado fuera una vez.

Las lágrimas se agolpaban en los ojos de Wunderly:

—No estaba asustada, Pancho. De verdad que no. Era solo que... que... resultaba tan confuso. Era como estar perdida en medio de una ventisca. ¡No podía ni decir qué estaba arriba y qué abajo! ¡No podía hacer nada en condiciones!

—Bueno, esa ha sido tu primera vez en los anillos. Lo normal es que esperes desorientarte. Todo te resultará nuevo. —Pero, para sus adentros, Pancho se preguntaba si alguna vez Nadia sería capaz de realizar un viaje a través de los anillos envuelta en su traje espacial. Allá afuera podría matarse con toda facilidad.

—La próxima vez lo haré mejor —dijo Wunderly, justo cuando la campanilla del temporizador de su cinta empezaba a vibrar—. De verdad. Sé lo que esperaré, al menos. Y aprendo rápido.

Pancho también apagó su máquina:

—Sí, quizá sea así. Pero vas a necesitar pasar más tiempo en el estimulador —dijo—. Y contar con alguna otra práctica en el exterior, además.

—¿Cuánto tiempo crees que llevará todo esto?

—Seis meses, quizá más.

—¡Seis meses!

—Tres, cuatro meses como mínimo —respondió Pancho—, dependiendo de lo rápido que le pilles el truco.

—No puedo esperar tanto. —Wunderly se bajó de la cinta y procedió a marchar a los vestuarios.

—¿Por qué no? —le interrogó Pancho, siguiéndola—. ¿Tienes prisa por matarte?

Bajando la voz, Wunderly dijo:

—Pancho, esta operación la estamos haciendo en secreto, ¿recuerdas? Si Urbain se entera de lo que estamos haciendo lo mandará todo al cuerno. Me expedientará ante el CIU, dirá que soy una bala perdida, que hago lo que me da la gana y sin su autorización.

—Mejor eso que matarte —apuntó Pancho.

—¡No lo es! —replicó Wunderly, con tal vehemencia que pilló por sorpresa a Pancho. Llena de ira, Wunderly añadió:

—Prefiero morir antes que quedarme de brazos cruzados y dejar que me consideren una fracasada, una idiota que afirmaba haber encontrado formas de vida en los anillos, pero nunca pudo demostrarlo.

Pancho sacudió la cabeza, pensando que los anillos de Saturno aún estarían allí durante cientos de millones de años.

Ambas se cambiaron para ponerse sus ropas habituales y, por fin, se dirigieron a la cafetería. Pancho estaba tan hambrienta que hubiera podido comerse la mitad de las existencias, pero se contuvo y se ciñó a lo que Wunderly había escogido: ensalada de frutas y una bebida de soja con sabores.

Justo cuando se sentaron en una mesa vacía, Holly llegó hasta ellas avanzando con paso firme y dejó caer la bandeja del almuerzo con tanta fuerza que el té se derramó de su taza:

—¡El muy hijo de puta me ha despedido! —exclamó Holly, descargando todo su peso en la silla vacía que había entre Pancho y Wunderly.

—¿Qué?

—Eberly. El muy canalla me ha despedido. Me ha echado del departamento de Recursos Humanos. ¿Es que no veis las noticias de la mañana?

—Hemos estado en el simulador desde las siete y media —respondió Pancho—. Y luego en el gimnasio.

Echando humo, Holly agarró el sándwich de su bandeja y le propinó un enorme mordisco.

Wunderly preguntó:

—¿Te ha despedido por presentarte contra él en las elecciones?

—¿Por qué si no? —masculló Holly, con la boca llena.

—Pero seguro que utilizó otras palabras —apuntó Pancho.

—Y tanto. —Holly se esforzó en tragar—. Su despacho trataba sobre el «bien de un gobierno eficiente y el respeto a las reglas del juego». El muy cerdo.

Wunderly esbozó una sonrisa:

—En la vida te he visto tan enfadada.

—Y se dispone a hacer un gran discurso esta misma noche —gruñó Holly—. Probablemente, su intención es sacar a relucir nuevamente el proyecto de explotar los yacimientos de los anillos.

La sonrisa de Wunderly se vino abajo:

—¡No puede hacer eso!

—¿Te juegas algo? —dijeron Holly y Pancho al unísono.

Poniéndose en pie de un salto, Wunderly gritó:

—¡No puede! ¡No se lo permitiré!

La gente de las mesas cercanas se volvieron para mirarla.

—¿Y cómo vas a detenerle? —preguntó Pancho con suavidad, alargando una mano para coger a Wunderly por la manga de la túnica.

Volviendo a sentarse, Wunderly miró a Pancho durante un buen rato, sin pronunciar palabra. Por fin dijo:

—Pancho, tengo que ir a los anillos antes de las elecciones.

—Eso son tres meses, ¿verdad?

Holly asintió:

—El uno de junio.

—Tengo que demostrar que hay organismos vivos en los anillos —dijo Wunderly, con los ojos anegados de lágrimas—. De ese modo la AIA declarará los anillos fuera del ámbito de la explotación comercial.

Pancho sacudió la cabeza con aire triste:

—Nadia, pasarán más de tres meses hasta que consigas estar preparada. De otro modo, lo único que conseguirás será matarte.

—¡No me importa! Tengo que hacerlo, Pancho. ¡Tengo que hacerlo!

Timoshenko hubiera deseado saber algo más sobre programación informática.

Sentado en su oficina, repasaba los informes que su plantilla había preparado sobre el equipo traído de los paneles solares para realizar las pruebas.

Y Timoshenko lo veía claro: no hay ningún error. Todo funciona según los límites en los que han sido diseñados. Pero cuando estos mismos motores y actuadores estaban en el exterior, su funcionamiento era del todo errático.

Timoshenko sabía que el problema no era de capital importancia. Las desviaciones de los parámetros normales eran tan pequeñas que apenas nadie se había percatado de ellos. Pero hay algunas desviaciones, se dijo Timoshenko, y estas no deberían existir. Para empeorar las cosas, las piezas de repuesto que su equipo había instalado en los paneles empezaban a mostrar similares desviaciones. No eran sino pequeñas fluctuaciones de su rendimiento habitual. Los paneles se movían en el

espacio de unos pocos segundos antes siquiera de que el programa informático los activara; hacían algunos ajustes de pequeña importancia que reducían la cantidad de luz solar que dirigían hacia el hábitat.

Ahora son de pequeña importancia, pensó Timoshenko. ¿Pero qué ocurrirá si esas fluctuaciones se hacen más grandes? Podríamos morir aquí dentro si los paneles solares fallan de una manera más notoria.

Sacudió la cabeza. No hay ningún defecto en los motores o los actuadores, se dijo. Los hemos probado dieciséis veces y cada vez han rendido según lo previsto en sus especificaciones técnicas. ¡Pero no rinden según esas previsiones cuando están en el exterior, unidos a los paneles!

¿Hay un error en el programa informático?, se preguntó. Se pasó una mano por su hirsuta mata de pelo. Debo hacer que alguien del equipo informático le eche un vistazo al programa de los paneles. Línea a línea, byte a byte. Sé que nadie se va a sentir atraído por la idea. Es un trabajo de perros, una labor monótona que nadie agradecerá. Pero alguien tiene que hacerlo.

O si no, podríamos acabar en la más completa oscuridad. Y la temperatura del exterior es casi de cero absoluto. Una Siberia a lo bestia.

17 de febrero de 2096: Discurso de campaña

Zeke Berkowitz no podía dejar de admirar la meticulosidad de los preparativos del discurso de Eberly. Es un auténtico monstruo del escenario, pensó Berkowitz. Sabe el mejor modo de conseguir el máximo impacto.

Eberly no había podido engatusar sino a unas pocas docenas entre el personal de su propio equipo para que sirvieran de audiencia en su discurso, pero la sala de conferencias que había elegido era lo bastante pequeña como para hacer que el lugar pareciese abarrotado. Dado que la mayoría de los ciudadanos del hábitat verían el discurso desde sus propias casas, los lacayos de Eberly resultaban un número suficiente para conferir la impresión de que se trataba de una cuantiosa y entusiástica audiencia.

Berkowitz había ordenado a los miembros de su equipo que retirasen la mesa de conferencias de la sala y colocasen una hilera de sillas para acomodar a los espectadores. Un pequeño atril se erguía en la parte frontal de la sala; las minicámaras de Berkowitz estaban situadas en la trasera.

A las 21.00 horas exactamente, Sonya Vickers, la recién designada directora ejecutiva del departamento de Recursos Humanos, se acercó grácilmente al atril y recorrió con una mirada la audiencia que atestaba la sala. Era menuda y delicada, rubia, de aspecto joven y sonriente.

—Me alegra ver que tantas personas han acudido a esta cita —comenzó—, para ser testigos del momento en que nuestro administrador jefe va a dar un importante comunicado oficial. —Levantando los ojos para mirar directamente a la cámara principal de Berkowitz, prosiguió:

—Y para aquellos que nos sigan desde sus casas, bienvenidos.

Vaciló por unos instantes, y luego dijo:

—Y ahora, sin más preámbulos, quisiera presentarles a su administrador jefe, un hombre que ha trabajado por nosotros y para nosotros con absoluta entrega y total competencia, Malcolm Eberly.

A aquella señal, los espectadores se pusieron en pie y aplaudieron de forma entusiasta.

En el salón de su apartamento estaba Holly, sentada en el sofá y flanqueada por su hermana y Jake Wanamaker. La pantalla que había en la pared que tenían enfrente mostraba a un Eberly de inmaculada sonrisa enfilando los seis peldaños que conducían al atril, donde estrechó la mano de Vickers al tiempo que le agradecía la presentación. En lo que parecía un gesto impulsivo, la mujer le dio un beso en la mejilla.

—Me juego lo que sea a que eso forma parte del guion —masculló Holly.

Eberly dedicó una sonrisa a su audiencia, que se entregaba en un descomunal

aplausos. Tras unos momentos, hizo un gesto para pedir silencio. Tuvo que repetir el mismo gesto varias veces más, hasta que su público decidió dejar de aplaudir y sentarse de nuevo.

—Eso también es parte del guion —gruñó Holly.

—Toma nota —le advirtió Pancho—. Aprenderás más de una cosa de este tipo.

Eberly aferró los laterales del atril e inclinó la cabeza por un momento. El público permaneció en absoluto silencio.

—Gracias a todos por tan magnífica bienvenida —dijo en voz baja, como ahogado por la emoción—. Nos encontramos en un momento trascendental —prosiguió, barriendo la sala con sus extraordinarios ojos azules, y luego miró directamente a la cámara. Elevó el tono de voz, que además sonó mucho más firme—. Ustedes, todos ustedes, cada ciudadano de este hábitat, tiene la oportunidad de hacer historia. A partir de esta noche nos embarcaremos en una pugna que decidirá quién habrá de dirigir este hábitat durante el próximo año. Ciudadanos, en ustedes recae el derecho y el poder, la responsabilidad de elegir a la persona que deseen que sea el administrador jefe. Son ustedes quienes tomarán la decisión. Son ustedes quienes votarán, en una libre y justa elección, el primer día de junio. —Vaciló y añadió, con una sonrisa modesta:

—Como afirmó cierto político en mi Austria natal: «No permitan que nadie les diga cómo deben votar. ¡Acudan a las urnas y voten por mí!».

El público estalló en carcajadas. Pero Holly gruñó:

—Nació en Omaha, Nebraska.

Pancho asintió.

Desde la pantalla mural, Eberly continuaba su discurso:

—El primer año que ha pasado bajo la constitución que nosotros mismos hemos redactado ha sido un año espléndido. Hemos establecido nuestra órbita alrededor de Saturno, conformando el asentamiento humano más lejano que hay en todo el sistema solar. Somos autosuficientes, en lo que respecta a la alimentación y todas las exigencias que determinan el sostenimiento vital. La maquinaria de nuestro hábitat funciona de manera inmejorable, gracias al esfuerzo y la dedicación de nuestros técnicos e ingenieros. Nuestros científicos han hecho aterrizar una sonda en la superficie de Titán, y aun cuando han encontrado algunas dificultades en el proceso, estoy seguro de que el próximo año podrán contactar con ella y explorar minuciosamente ese misterioso mundo.

Sola en su apartamento, Nadia Wunderly veía el discurso con creciente aprensión. Va a hablarles de los anillos, se dijo. Va a arruinarlo todo.

—Pero el próximo año —prosiguió Eberly— debemos emprender nuevos pasos; pasos que aseguren nuestra estabilidad financiera y nuestra prosperidad económica. Al alcance de nuestra mano, casi tan cerca como para tocarlos desde aquí, descansan los anillos de Saturno: un tesoro escondido de la posesión más preciada del sistema solar, el agua. Ha llegado la hora de que unamos fuerzas, explotemos los yacimientos

de los anillos, y vendamos su agua helada a los restantes asentamientos terrestres del sistema solar, para aumentar nuestra riqueza al convertirnos en la primera suministradora de agua y vida de la raza humana por doquier...

El público se puso en pie de un salto y exhaló un grito de aprobación. Wunderly también se puso en pie dando un salto, y gritó a su vacío apartamento:

—¡Nunca!

En su apartamento, Holly hundió la barbilla contra su pecho y echó una mirada furiosa a la pantalla mural:

—El único modo de detenerle pasa por que Nadia llegue a los anillos antes de las elecciones.

Pancho sacudió la cabeza:

—No estará preparada a tiempo para hacerlo. Eso será como enviarla a la muerte.

Holly volvió la cabeza hacia ella:

—Entonces tendrás que hacerlo tú, Panch.

—¿Yo?

Wanamaker empezó a decir:

—Eh, espera un momento...

—Tú —dijo Holly a su hermana—. Eres tú quien debe ir a los anillos, Pancho.

18 de febrero de 2096:

Mañana

Tavalera se dirigía hacia el laboratorio de estimulación como un muchachito reacio emprendería el camino a la escuela. Esto es de locos, se decía a sí mismo, mientras dejaba atrás el edificio de administración. La gente entraba y salía apresuradamente; el lugar tenía la actividad de una colmena. Aquello confundió a Tavalera: normalmente, el centro de administración era un espacio tan relajante y tranquilo como una caravana de caracoles. Luego se dio cuenta de que Eberly había dado el pistoletazo de salida a su campaña de reelección la noche anterior y ahora quería que todo el mundo pensase que tanto él como su gente trabajaban a fondo. Sí, claro, se dijo Tavalera. Hasta que consiga la reelección.

Había visto el discurso de Eberly por la televisión, como todo el mundo. Holly no le había hablado de ello. De hecho, no se había dirigido a Tavalera para nada, al menos, no desde que él la había dejado. Y para una vez que Tavalera la había llamado, la rabia que sentía oscureció sus buenas razones y acabó por fastidiarlo todo. Fue un acto de lo más estúpido, se dijo Tavalera con acritud. Lo único bueno que tenía en la vida, y vas y la cagas.

Sí, replicó para sí, pero lo que ella quería de mí era utilizarme para llevar a Wunderly hasta los anillos. No le importaba lo más mínimo. La verdad es que no. Al menos, no le importaba lo que soy.

Pero entonces, ¿qué significó el tiempo que pasamos juntos antes de que Wunderly decidiera que iba a ir a los anillos?, se preguntó. ¿Qué hay de las noches que os acostasteis juntos, mucho antes de que toda esta mierda de los anillos apareciese en vuestras vidas?

Sacudiendo la cabeza, Tavalera enfiló los cuatro peldaños del edificio donde se albergaba el laboratorio de simulación y avanzó por el pasillo central hacia el propio laboratorio.

Holly jamás querrá volver a la Tierra conmigo, se dijo. Diablos, se está presentando para el puesto de administrador jefe; si gana, nunca se marchará de este hábitat. Si yo quisiera volver a casa, ella no volverá conmigo. Gruñó como si le hubiese dado una punzada en el corazón. Tal y como están las cosas, ni siquiera cruzaría la calle conmigo. La he jodido a base de bien.

Sin embargo, sintió como un calambre de excitación cuando abrió la puerta del laboratorio de estimulación. Holly estaba allí, ante una hilera de consolas, junto a Wunderly y su hermana, Pancho. Las tres mujeres parecían inmersas en una acalorada discusión.

—Ese es mi problema, Pancho —estaba diciendo Wunderly—. No puedo permitir que asumas ese riesgo por mí.

—Intenta pararme los pies —replicó Pancho, sonriendo—. Tengo muchas ganas

de hacer esto. No me lo he pasado tan bien desde que intenté escapar de un puñado de miembros de seguridad japoneses en la base Yamagata de la Luna.

Wunderly se volvió hacia Holly:

—Dile que no puede hacerlo, Holly. Hazle entender que...

—Nadia —le interrumpió Holly—, fue idea mía que Pancho haga el vuelo de la misión.

Holly parecía... Tavalera no podía sondear la expresión que había en el rostro de Holly. ¿Era miedo o culpa, o pura y simple terquedad? Decidió que debía ser una mezcla de las tres cosas.

Una mano grande y dura le aferró por el hombro. Tavalera se giró de golpe y vio a Jake Wanamaker cerniéndose sobre él, y la expresión de su rostro era totalmente nítida: una siniestra determinación.

—No te metas en esa discusión, Raoul —le dijo Wanamaker en un ronco susurro—. Sería como interponerse a un trío de rayos láser intentar siquiera meterse entre ellas. Te cortarán en pedazos.

—¿Qué sucede?

—Pancho va a ser quien vuele hasta los anillos —replicó Wanamaker, visiblemente descontento con aquello—. Wunderly se siente bastante aliviada, pero no va a admitirlo todavía.

—¿Y Holly?

—Tan genial idea ha sido suya.

Mirando a las tres mujeres discutir tan intensamente por la habitación, Tavalera preguntó a Wanamaker:

—¿Debo entonces encender el equipo o qué?

El indicio de una sonrisa asomó al rostro escarpado de Wanamaker:

—Supongo que puedes encenderlo. No van a quedarse ahí cotorreando todo el día. Pero no te acerques a diez metros de ellas si puedes evitarlo.

Tavalera casi pasó de puntillas cuando se dirigió a la consola principal y comenzó a activar los diferentes sistemas del simulador. El traje espacial, vacío en una esquina donde se reunían dos pantallas holográficas, pareció sacudirse ligeramente cuando Tavalera lo encendió. Alcanzó a ver un resplandor en el interior del traje a través de la escotilla abierta en su parte posterior. Las pantallas murales propagaron una vista tridimensional perfecta de los anillos de Saturno: una brillante extensión de relucientes partículas de hielo —copos, gravilla, trozos enormes como rocas— que brillaban igual que un campo nevado hasta donde alcanzaba la vista, una serie de anillos rizados que se entretejían unos a otros como enredaderas vivientes hechas de hielo. Para Tavalera, tenían el aspecto de una espiral infinita de brillantes diamantes, salvo por las franjas de materiales oscuros que se diseminaban aquí y allá, fuera polvo u hollín, rompiendo aquella asombrosa panorámica. De algún modo, las franjas más oscuras hacían que las partículas de hielo pareciesen más brillantes, incluso más deslumbrantes para el ojo humano.

Y las partículas tenían su propia fuerza motriz. Se movían, cambiaban de lugar, se entrelazaban y destejían unas a otras, giraban y ondeaban en un interminable baile de asombrosa complejidad. Tavalera comprendió que estaba viendo una panorámica en tiempo real de los anillos, aquello que las cámaras situadas en el exterior del hábitat observaban en ese mismo instante. A lo lejos distinguió una zona más oscura, como un rayo que irradiase del borde interior de los anillos hacia su borde exterior.

Wanamaker le propinó un ligero codazo, y luego señaló hacia Wunderly. La científica había dejado de discutir con Holly y su hermana, y se había quedado mirando la holovisión, observando extasiada los anillos y su intrincado pero fascinante y hermoso ballet, mientras giraban en torno al imponente planeta Saturno.

—Todo acordado —dijo Holly, de pronto tan dura como el acero—. Pancho va a hacer la salida. Jake la llevará hasta los anillos y después la recogerá.

Wunderly sacudió la cabeza, pero seguía mirando la holovisión y no hubo demasiada fuerza en su negativa.

—Todo acordado —repitió Holly.

—Vale —contestó Pancho—. Y ahora dejadme entrar en el traje ese para ver qué tal se está ahí.

En ese momento, las luces del techo se apagaron, y todas las consolas quedaron a oscuras. Tavalera oyó el escalofriante gemido de los motores eléctricos al perder energía. El laboratorio de simulaciones se sumió en la más completa negrura.

Urbain aguzaba la vista para mirar la imagen en tres dimensiones de la superficie de Titán que arrojaban las cámaras de los satélites. Hay algo ahí, se dijo. El suelo está un poco más liso en esa especie de línea recta que cruza el hielo como si las huellas dejadas por *Alpha* lo hubieran aplastado, allanado. Huellas fantasma, se dijo. O quizá lo que estoy viendo no es sino lo que quiero ver, cosas que en realidad no existen. Pensó entonces en Percival Lowell, que pasó toda una vida observando Marte a través de sus telescopios, dibujando mapas de los canales marcianos que en realidad no eran sino el producto de su cansancio ocular y los deseos que esperaba ver realizados.

En su totalidad, el centro de control lo dirigía personal humano. Da'ud Habib estaba sentado ante una consola donde se superponían varias vistas desde diferentes satélites para producir el efecto tridimensional.

—Doctor Habib —le llamó Urbain—. Venga aquí un momento, si hace el favor. Quiero que vea si...

De pronto, todas las pantallas murales quedaron a oscuras: cada una de las pantallas de las consolas se apagaron, y el centro de control se vio sumido por una oscuridad tan completa que Urbain ni siquiera podía ver la consola que tenía ante sí. Antes de que pudiera hacer otra cosa que abrir la boca en un gesto de absoluto desconcierto, las luces de emergencia se encendieron. Pero las pantallas murales y las consolas permanecían a oscuras.

—¿Qué ha ocurrido? —exclamó Urbain. Escuchó otras voces murmurando, protestando.

Las luces del techo parpadearon y se encendieron de nuevo. Urbain dejó escapar un suspiro de alivio. Las consolas volvieron a encenderse.

—Un corte de energía —respondió alguien.

—¿Hemos sobrecargado el sistema? —preguntó una mujer.

—¿Hemos perdido información? —gritó Urbain.

Habib pulsó las teclas de su consola.

—Creo que no...

—¿Y cómo es que ha habido un fallo así? —preguntó Urbain—. La mitad de los pueblos de este hábitat no están siquiera ocupados. Tenemos más energía eléctrica de la que necesitamos.

—Algo ha ido mal —dijo Habib.

—Eso es bastante obvio —replicó la sarcástica voz de una mujer.

Urbain acalló las bromas y volvió su atención a la pantalla de la consola. ¿Huellas fantasma?, se preguntó. ¿Podía ser cierto? ¿Y si es así, podemos usarlas para encontrar a *Alpha*?

18 de febrero de 2096:

Tarde

Eberly estaba furioso. Caminaba de un lado a otro detrás de su mesa mientras Timoshenko y Aaronson, sumidos en un silencio culpable, seguían con la mirada todos sus movimientos.

—¿Me están sabotando? —exclamaba Eberly—. ¿Acaso alguien ha provocado deliberadamente el corte de energía solo para ponerme en ridículo? ¿Mostrarme impotente?

—El suministro de energía no es responsabilidad mía —respondió Timoshenko, cortante—. El mantenimiento exterior no incluye los inversores de energía.

Aaronson frunció el ceño mientras se pasaba una mano por su cabello amarillo ceniza.

—Nuestra principal fuente de energía eléctrica son las células fotovoltaicas, que dependen de los paneles solares. Los paneles han estado funcionando de manera errática...

—Fluctuaciones sin importancia —saltó Timoshenko—. Nada que pueda causar una debacle. El problema es interno, no externo.

—No sabemos cuál es el problema —dijo Aaronson, con su rostro redondo y carnoso cada vez más cárdeno.

—¿No lo saben? —gruñó Eberly—. Han pasado más de cinco horas desde que ha sucedido, ¿y aún no saben cuál ha sido la causa del apagón?

—No ha durado más de un minuto. Y el suministro de seguridad ha venido cuando se le necesitaba —replicó Aaronson—. Estamos tratando de saber dónde se origina el fallo —añadió, casi con rencor.

—¡Pues será mejor que lo encuentren echando leches! —gritó Eberly abiertamente—. ¡Y que lo arreglen! No puedo permitir que esto ocurra mientras me presento a la reelección. No puedo permitir que la gente piense que este hábitat se está desguazando sobre sus cabezas.

Timoshenko no dijo nada, pero no podía evitar pensar: quizá eso sea lo que está ocurriendo. Quizá este enorme artilugio se esté viniendo abajo. Quizás acabe por matarnos a todos.

Holly sabía que tenía que haber trabajado en su discurso para la presentación de la noche. En cierto modo, que Eberly la despidiese había resultado ser una bendición: ahora no tenía más responsabilidad que la de llevar adelante su campaña electoral. Su salario había sido recortado automáticamente al nivel más bajo, dado que ahora, y de manera oficial, constaba como una desempleada más, pero Pancho le había transferido electrónicamente una buena cantidad de créditos desde su cuenta bancaria de Selene. Holly no tenía que preocuparse por el dinero.

Sabía lo que quería decir, pero necesitaba hechos que respaldasen su intuición. Esa era la razón por la que había pedido al profesor Wilmot que se reuniese con ella. Para su placer, el profesor aceptó encontrarse con ella en el Bistró.

Wilmot ya estaba allí cuando Holly llegó, sentado en una de las mesas del jardín con una taza ante sí, observando a la gente ir de un lado a otro de cada sendero que los florecientes macizos de arbustos cortaban.

Se puso en pie en cuanto la vio acercarse; era un hombre alto, fornido, de cabello gris acero, que vestía una chaqueta de mezclilla pasada de moda, una desmadejada pajarita y unos pantalones oscuros que necesitaban urgentemente un planchado. Saludó a Holly con una adorable inclinación de cabeza.

—Es un detalle por su parte que haya encontrado tiempo para verme, profesor —dijo Holly, mientras este la ayudaba a sentarse.

—El tiempo me sobra —replicó, sentándose junto a ella.

El camarero robot avanzó sobre sus ruedas hasta la mesa y Holly pidió una taza de té de la pantalla táctil que había en su aplanada parte superior.

—¿Desea unas pastas con el té? —preguntó el robot en su ligero acento británico sintetizado. La pantalla plana mostró una selección de sabrosos comestibles.

Holly miró al profesor, que negó con la cabeza, y luego le dijo al robot:

—No, gracias.

Con un mecánico: muy bien, señorita, la máquina se desplazó hacia el interior del restaurante.

—Supongo —dijo Wilmot, esbozando una sonrisa paternal— que querrás hablarme del control poblacional.

—Así es —respondió Holly, impaciente—. Lo que necesito saber es si es posible que podamos permitir el incremento controlado de la población, o si habrá una explosión demográfica tan pronto como levantemos el protocolo CCP.

Wilmot se tocó el bigote con la punta del dedo antes de responder:

—Control de población —murmuró—. Un asunto delicado, este. Sabrás que también afecta a las creencias religiosas de la gente...

—La mayor parte de la gente que hay en este hábitat no es que sea demasiado religiosa —repuso Holly—. Nos quitamos de encima a los fanáticos.

—Quizá sea así, pero en lo que respecta a la planificación familiar, a la mayoría de la gente se le ha inculcado desde su más tierna infancia ideas muy firmes sobre el asunto.

—Puede ser —murmuró Holly, mientras el robot se abría paso hasta su mesa con una bandeja en la que acarreaba el servicio de té.

Mientras Holly ponía la bandeja sobre la mesa y comenzaba a servir el té, Wilmot prosiguió:

—Muchas culturas, y muy diferentes entre sí, han considerado ese asunto desde posiciones muy distintas. Los chinos, con su legado jerárquico, impusieron límites poblacionales por orden gubernamental. Funcionó, aunque no del todo. La India, por

supuesto, actuó de una manera completamente diferente. Al menos, después de la bioguerra que despobló el subcontinente.

—La verdad es que el protocolo CCP ha sido más o menos voluntario.

Wilmot asintió:

—Sí. Lo respalda una ley que no ha sido suscrita a la fuerza. Y por ahora parece funcionar.

—Por ahora.

—Lo que te preocupa es que no funcione por mucho tiempo...

—Profesor, simplemente, no puede funcionar por mucho tiempo. La mayor parte de nuestra población es joven; las mujeres están en la edad de tener hijos.

Los labios de Wilmot se torcieron en lo que igual podía ser una sonrisa como un gesto de dolor.

—La edad de tener hijos se ha ampliado bastante. Tiempo atrás, terminaba definitivamente cuando una mujer alcanzaba los cuarenta. Ahora es muchas décadas después.

—Y se está ampliando aún más —añadió Holly.

—Supongo que todas querrán tener hijos. Al menos, la mayoría.

—Al menos.

Wilmot tomó un sorbo de té.

—Las culturas occidentales, Europa, Norteamérica, Australia, pretenden hacer creer que su manipulación de la planificación familiar responde a su concepto de la libertad individual.

—¿Quiere decir que no es así?

—Difícilmente lo es. Siempre ha existido una vertebración religiosa en toda ilusión de libertad individual. Los Gobiernos occidentales nunca han tenido que hacer leyes sobre el control de la población porque sus Iglesias las hacían por ellos. En especial, cuando los fundamentalistas se hicieron con el poder y las leyes civiles se entremezclaron con el dogma religioso.

—Pero la Nueva Moral y los demás grupos fundamentalistas están en contra de la planificación familiar —señaló Holly.

—Oficialmente, así es. No ignoran que la superpoblación conduce a la pobreza, y los pobres son más fáciles de controlar que los ricos. Aun así... —Wilmot sacudió ligeramente la cabeza—. Hay maneras de hacer que las Iglesias miren para otro lado. En particular, si eres un donante generoso para esas Iglesias.

—Así que los ricos siguen siendo ricos y los pobres tienen hijos.

—Y siguen siendo pobres.

Holly sintió que sus cejas se fruncían:

—¿Entonces como debemos llevar el asunto del crecimiento de la población en la *Goddard*? —preguntó—. No podemos mantener el protocolo CCP por mucho tiempo.

Wilmot vació su taza, y la depositó con un delicado clinc en el platillo:

—Mi querida señorita, me temo que se trata de un problema que vas a tener que

encarar tú. No tengo más claridad de ideas de la que tú tengas para aleccionarte sobre ello.

Holly casi sonrió al oír aquellas palabras:

—Esperaba que sí la tuviera.

Con una sacudida de cabeza, Wilmot respondió:

—Es un asunto que concierne a lo más fundamental de los instintos humanos, querida. Y no hay soluciones fáciles para eso. Tú, así como el resto de la población, tendréis que emplearos a fondo para lograr vuestra propia salvación.

Con tristeza, Holly dijo:

—Supongo que sí.

—Y ciertamente que sí —dijo Wilmot, mientras pensaba: este va a ser el estudio antropológico más fascinante desde los antiguos trabajos de Margaret Mead en Samoa. ¿Conseguirá esta gente llegar a una solución válida, o se van a matar entre ellos y echar abajo el mismísimo hábitat?

18 de febrero de 2096:

Noche

Pese a la confianza que Berkowitz le daba, Holly se sentía rígida como un palo cuando se puso ante las cámaras de vídeo. No había nadie más en el estudio. Había elegido dar su primer discurso político desde el centro de comunicaciones, sola, sin una claque que aplaudiese sus palabras. No tengo seguidores, comprendió. No como Malcolm. Aún no.

Pancho, Wanamaker, Wunderly y algunos otros amigos le habían ofrecido su compañía, pero Holly les había dicho que su presencia solo lograría ponerla más nerviosa. A decir verdad, la única persona que hubiera querido que estuviese allí era Raoul, pero este no le había dirigido más de seis palabras en toda la mañana durante su encuentro en el laboratorio de simulación, cuando se vieron sorprendidos por el apagón eléctrico.

De modo que una nerviosa Holly se encontraba ahora frente a tres cámaras que la enfocaban directamente, con unas pupilas inasequibles al pestañeo. Berkowitz le sonreía con expresión benévola desde detrás de la cámara central. Había un par de técnicos en el estudio cuando Holly entró en él, pero ahora parecían haber desaparecido.

—Tu presentación ha sido pregrabada. La pondré en marcha y luego te marcaré una cuenta atrás de cinco segundos —le explicó Berkowitz—. Cuando te haga esta señal —la apuntó con un dedo regordete—, será el momento en que deberás empezar a hablar.

—Muy bien —respondió Holly—. Lo pillo.

Había una pantalla de monitor junto a la cámara que tenía a su derecha. Holly pensó que su aspecto debía ser horrible: nerviosa, tensa y con los ojos fijos como los de un esmirriado y temeroso huerfanito. Un poco a su izquierda, otro monitor transmitía las palabras de su discurso en letras mayúsculas de un tamaño desmesurado.

Los segundos pasaban con lentitud, hasta que por fin Berkowitz comenzó:

—Cinco... cuatro... tres... dos... —Le hizo la seña con un ademán dramático.

Holly intentó componer una sonrisa al empezar a hablar:

—Buenas noches. Soy Holly Lane, y me presento al cargo de administrador jefe. Hasta ayer, fui directora de Recursos Humanos, pero me despidieron de dicho trabajo probablemente porque el caballero que actualmente ejerce como administrador jefe no se tomó demasiado bien que me presentara contra él.

Tomó aliento, echó una mirada al siguiente párrafo que emitía el monitor, y luego centró los ojos en Berkowitz, que, desde detrás de la cámara central, se mecía arriba y abajo sobre las puntas de los pies mientras sonreía y asentía para darle a Holly la confianza que necesitaba.

—Me gustaría decirles por qué me he presentado en las elecciones contra mi antiguo jefe. Fue a causa de que cierta pareja casada vino a mí con el fin de solicitarme permiso para tener un hijo. Eso me hizo darme cuenta de que habría muchas mujeres en este hábitat que compartimos que querrían tener hijos.

»Bien, sé que vivimos en un medioambiente cerrado y con recursos limitados. Y sé también que todos nosotros firmamos el protocolo de Crecimiento Cero de la Población cuando nos embarcamos hacia este hábitat. Pero tengo la impresión de que ha llegado la hora de examinar ese protocolo y ver si hay algún modo de permitir que nuestra población se expanda, por supuesto, dentro de los límites que nos ofrecen nuestros recursos. Más de la mitad de nuestro hábitat está vacío, despoblado, inutilizado. Creo que, extremando las precauciones, podemos permitir que nuestra población crezca. Creo que tenemos la inteligencia y el coraje para emprender un crecimiento controlado de la población. No creo que este hábitat que todos compartimos deba continuar yermo, y desprovisto de niños.

Berkowitz continuó asintiendo y sonriéndola. El monitor había emitido su último párrafo, el de cierre.

Pero Holly lo ignoró y espetó:

—E igualmente creo que no hay ninguna razón aceptable para que existan apagones de energía como el que hemos sufrido esta mañana. Tal cosa es inexcusable. Debemos prestar una mayor atención al equipo que preserva nuestra vida. Es todo lo que tengo que decir. Por ahora. Ya diré más en adelante. Gracias.

Holly pensó que casi podía oírse el aullido angustiado de Eberly desde el otro lado del pueblo.

19 de febrero de 2096: Medianoche

—¿Y dónde has estado? —saltó Urbain.

Dirigiéndose con frialdad a la silla que había ante su mesa y sentándose en ella, Yolanda Negroponte se apartó un mechón de cabello rubio ceniza de la cara y respondió:

—Uno de nuestros grupos ha tenido una pequeña discusión política acerca de la cena.

Habib, que ya estaba sentado ante la mesa de Urbain, parecía perplejo:

—¿Qué grupo?

—Las mujeres del equipo científico —respondió Negroponte, sonriendo ligeramente—. ¿Acaso no visteis el discurso de Holly Lane hace un rato, esta misma noche?

Negando con la cabeza, Habib replicó:

—Yo estaba aquí, rastreando estas huellas fantasma...

—Donde tú también debías haber estado —agregó Urbain severamente a Negroponte—. El descanso para la cena no debería durar tres horas.

—Como he dicho —replicó Negroponte, sin inmutarse—, durante la cena hubo una discusión de tono político.

Antes de que ambos se sumieran en una auténtica discusión, Habib señaló una de las pantallas murales y dijo:

—Hemos estado tratando de unir las piezas de las huellas fantasma de *Alpha*.

La imagen de la superficie de Titán era la única luz que iluminaba la oficina de Urbain. Cuando Negroponte se volvió en la silla para mirar a la pantalla, Urbain advirtió que Habib la observaba a ella, no a la pared inteligente. Es una mujer bien proporcionada, pensó Urbain. Un poco carnosa, y grande como una amazona. Habib parecía hechizado por ella.

—Si esas débiles huellas en la tierra son de verdad los restos de las huellas de *Alpha* —dijo Habib—, quizá podamos usarlas para encontrar el cacharro.

Urbain se sintió arder por dentro al oír aquel «si», y aún más al ver que se refería a *Alpha* con la palabra «cacharro».

Negroponte sacudía la cabeza, lo que hizo que el rebelde mechón de cabello cayese nuevamente en su rostro:

—Aquí hay algo más —murmuró—. Algo aún más importante.

Urbain notó que sus cejas se alzaban:

—¿Más importante que encontrar a *Alpha*?

—Si esas zonas llanas son los restos de las huellas de *Alpha*, entonces la pregunta debería ser: «¿Qué allanó las huellas?».

Habib dijo:

—Ya has mencionado esto antes, la idea de que algo está pasando por encima de las huellas del cacharro por su propia voluntad. Algo que hay en el suelo.

—Allanando las huellas por propia voluntad —repitió Urbain.

—En cuestión de días —afirmó Negroponte—. Quizá solo de horas.

Contra sus deseos, Urbain se sintió intrigado:

—Podría ser una erosión producida por la lluvia.

—O algo tectónico, geológico —musitó Habib.

—¿Qué fuerza geológica podría hacer algo así?

Negroponte sacudió la cabeza:

—No creo que sea de origen geológico. Y no es tampoco meteorológico. No, al menos, en tan breve espacio de tiempo.

—¿Crees que es de origen biológico? —murmuró Urbain.

—¿Qué podría ser, si no?

Habib dijo:

—Mejor que hagamos que el equipo biológico se encargue de esto.

Vacilante, se puso en pie. Negroponte se incorporó con él. Ausente, Urbain percibió que la mujer era un poco más alta que Habib. Ambos se dirigieron a la puerta.

—Es ya pasada la medianoche —dijo la mujer a Habib.

—¿Y qué? —replicó este, casi riendo—. Querrán que esto comience cuanto antes. Ya dormirán en otro momento.

Ambos abandonaron la oficina, dejando a Urbain sentado allí, con la boca medio abierta y su cabeza dando vueltas: ¡pero debemos encontrar a *Alpha*! Esa es nuestra labor principal. Y no tenemos más que un día, apenas algo más, quizá solo unas horas, antes de que entre en el modo de suspensión.

Pero ya estaba solo, hablando para nadie más que él mismo.

Eberly se había acomodado en su butaca favorita para ver el discurso de Holly con la petulante convicción de que esta se metería en un berenjenal. Pero aquella salida de tono, refiriéndose al apagón de energía, lo llenó de furia. ¡Como si fuera culpa mía!, gritó, colérico, mientras recorría de un lado a otro su apartamento.

Por fin, decidió que no tenía otra opción. Debía despedir a Aaronson. Tenían que rodar cabezas: debía enseñar a los votantes que estaba haciendo algo. Reorganizaré el departamento de Mantenimiento, se dijo Eberly. Pondré a Timoshenko al frente del departamento al completo, con Aaronson como número dos, por debajo de él. Y el primer trabajo al que deberá enfrentarse Timoshenko será averiguar la causa del apagón, y asegurarse de que no vuelva a ocurrir. Al menos, hasta que acaben las elecciones.

Tamiko y Hideki Mishima estaban tan emocionados por el discurso de Holly que no podían dormir.

—De veras quiere ayudarnos —le decía Tamiko a su marido, ambos tumbados en la cama y completamente desvelados, en la habitación a oscuras.

—Sí, pero se va a topar con muchos obstáculos —alertó Hideki—. Mucha gente tendrá miedo de lo que supondrá una explosión demográfica y de que eso pueda destruirnos. Se aferrarán con uñas y dientes al protocolo CCP.

—¿Tú crees?

—Estoy seguro.

Tamiko se incorporó sobre un codo y miró fijamente el rostro de su marido:

—Entonces debemos tener una posición más activa. Unir a la gente para apoyar a la señorita Lane. Organizarnos en una fuerza política.

—¿Nosotros? —preguntó Hideki, dudoso.

—Las mujeres que quieran tener hijos —replicó ella. Luego, riendo, le desordenó los cabellos—. No te preocupes, cariño, no tendrás que hacer nada. Esto es responsabilidad mía.

Oswaldo Yáñez había visto el discurso de Holly sentado al lado de su mujer, en el sofá del salón. Había prestado la mayor atención a cada una de sus palabras, y luego apartó el discurso de su cabeza. Se levantó del sofá, se dirigió a la oficina que había habilitado en un hueco de su dormitorio y pasó lo que restaba de noche estudiando los últimos boletines médicos de la Tierra y de Selene.

Los informes de las investigaciones llevadas a cabo en la Tierra se centraban en los esfuerzos por parte de los estamentos de salud pública para contener una epidemia de enfermedades que, según se creía, habían sido erradicadas hacía tiempo. Pero el ébola, la tuberculosis e incluso la peste estaban en pleno auge, y surgían en brotes que resistían el uso de los antibióticos. Incluso en las ciudades más pobladas, con sus edificios sanitarios, agua centralizada y sistemas de alcantarillado, dichas enfermedades seguían tomando las calles. En las zonas más pobres del mundo, la epidemia había escapado a todo control.

Yáñez se preguntó qué pasaría en su Buenos Aires natal. ¿De qué modo se estaría viendo afectada la gente? Sintió un desacostumbrado prurito de puro placer al pensar en quienes lo habían exiliado de la Tierra, asediados por aquellas enfermedades que él se había esforzado en erradicar. La venganza es mía, dice el Señor, se recordó Yáñez. Y aun así, el pensamiento no podía sino satisfacerle.

Por supuesto, los informes no hablaban del sida ni de las demás enfermedades de transmisión sexual. Esos mojigatos fariseos que le habían exiliado se negaban a emprender investigaciones de esa catadura; en su opinión, la agonía y la muerte que procuraban tales enfermedades era un castigo inferido a causa del pecado.

Los boletines de Selene eran muy diferentes. Las investigaciones en los laboratorios lunares se centraban en las labores de extensión vital, terapias de rejuvenecimiento y nanotecnología: áreas de estudio que en la Tierra estaban prohibidas.

Con un pestañeo fatigado, Yáñez apartó la vista de la pantalla y vio que ya era pasada la medianoche. Era extraño que Estela no hubiera acudido a la cama. Frotándose los ojos, regresó al salón.

Estela estaba viendo de nuevo el discurso de Holly Lane.

—¿Lo están repitiendo? —preguntó Yáñez, dirigiéndose a la cocina y a las sobras de las empanadas que Estela había guardado en el envase del pan.

—No, grabé el discurso —repitió Estela, con voz tranquila. Era una mujer delgada, enjuta, sin un gramo de grasa en todo el cuerpo. A menudo, Yáñez pensaba en ella como en su «adorable gorrión». Pero Yáñez sabía que su «gorrión» tenía la fuerza interior de un águila.

Se detuvo antes de hacerse con el envase del pan:

—¿Lo has grabado?

—Creo que lo que dice es muy importante.

Yáñez rio entre dientes, inseguro.

—Eres demasiado mayor para tener otro hijo.

La mujer le dedicó una vaga sonrisa:

—Muchas mujeres de mi edad han dado a luz. Y tú lo sabes.

—Después de que se les implantasen los óvulos de alguna donante.

—¿Y?

—Estela, ¡soy demasiado viejo para criar a un niño!

Rio con ganas:

—No te preocupes, querido. No voy a pasar otra vez por ello.

—Genial —concedió Yáñez, sin apercebirse de la acritud que había en la carcajada de su esposa. Tomó el envase del pan, pensando que Estela había votado por Eberly en las últimas elecciones y que probablemente esta vez haría lo mismo.

Eso esperaba.

Titán Alpha

Las máquinas no sienten ni la monotonía ni el aburrimiento. *Titán Alpha* avanzaba a duras penas por el sinuoso y mullido suelo, recogiendo datos y almacenándolos en su principal núcleo de memoria. Sin embargo, el núcleo estaba a punto de llegar a su nivel de saturación, y el programa principal de *Alpha* reconoció al instante que debía tomar una decisión cuanto antes.

Repasando la información acumulada hasta el momento, el programa principal decidió que las formas de vida autóctona eran unicelulares en un 83 por ciento, y que el resto no eran más que formas protocelulares que se reproducían al azar, en vez de siguiendo un código preestablecido de reproducción grabado en sus materiales genéticos. A decir verdad, los organismos protocelulares no poseían material genético alguno, al menos en el sentido en que sí lo tenían las células terrestres. Ni tampoco un código genético. En su totalidad, consistían en proteínas análogas y se reproducían por fisión aleatoria. Estadísticamente, su prole tenía un parecido insignificante con los organismos de los que procedían.

El programa biológico envió constantemente una petición urgente para remitir la información. Era por completo diferente a cualquier otra observación que se hubiera grabado en sus archivos, y por esa razón los imperativos del programa biológico exigían que aquellos datos fueran remitidos sin demora. Pero la restricción principal del programa central prohibía cualquier envío. El programa biológico examinó su limitado repertorio de respuestas, pero no encontró ningún modo de sortear la restricción principal.

Así pues, *Alpha* siguió adelante, alzándose sobre promontorios de hielo agrietado que parecía venirse abajo, escarbando en cráteres cubiertos de fango que eran lo bastante llanos como para poder sortearlos. Bordeó la costa del mar de metano llamado Cabeza de Dragón según su atlas terrestre, aunque disparó su láser a las olas que levantaban perezosamente su fina capa de hielo sobre la superficie del mar para verificar si sus elementos químicos coincidían con los del mar de la Hache Tumbada, el lugar donde *Alpha* había aterrizado.

Empezó a caer una lluvia de etano, y algunos riachuelos de agua entreverada al etano fluían hacia el cercano mar. La nevada negra del tholin alfombraba apenas la zona; luego desapareció, arrastrada por el turbio viento que, lentamente, empujaba las nubes tóxicas hacia lo alto.

Aun así, *Alpha* siguió adelante, impulsado por las dos prioridades de su programa principal: supervivencia y recolección de datos.

El hecho de que su núcleo de memoria estuviera próximo al punto de saturación afectaba al programa principal, al igual que una deslumbrante luz lo haría al parpadear dolorosamente en los ojos de un hombre. El programa principal reconsideró sus opciones. El modo de suspensión detendría la recolección de datos, y

solo debía usarse como último recurso. Deshacerse de los datos almacenados era una posibilidad, pero esa opción entraba en conflicto con la prioridad, más relevante, de recoger datos. El programa principal recorrió hasta en tres ocasiones su árbol lógico, y luego repasó todos sus sistemas en busca de un espacio adicional de memoria. Había algo aprovechable en los programas biológicos y geofísicos, y también en el de mantenimiento. Revisando todas las demás posibles opciones, *Alpha* llegó a la conclusión de que, dado que los programas que servían a sus enlaces de comunicaciones estaban siendo utilizados, bien podía borrar ambos programas y emplear el espacio liberado para almacenar información adicional.

El programa principal repasó sus permisos una vez más, y tras quince nanosegundos que empleó en comparar prioridades y restricciones, construyó una jerarquía de decisiones.

Cuando se alcanzase el punto de saturación en el núcleo de memoria, el programa principal podría hacer lo siguiente:

1. Almacenar la información en los espacios disponibles dentro de los programas biológicos, geofísicos y de mantenimiento;
2. Minimizar el programa de recepción de comunicaciones y usar el espacio disponible para almacenar los datos adicionales que recogiesen sus sensores;
3. Minimizar el programa de envío de comunicaciones y usar el espacio disponible para almacenar los datos adicionales que recogiesen sus sensores.

Satisfecho con su decisión, *Alpha* siguió su camino, al menos hasta que ascendió un promontorio de hielo y sus sensores delanteros detectaron un campo de material espeso, oscuro y basado en el carbono que cubría el terreno hasta donde sus sensores alcanzaban a observar. No se trataba del fangoso metano que azotaba el hielo y era barrido por la lluvia. Esta nueva materia basada en el carbono era dura y espesa, como si estuviera protegida por un macizo caparazón oscuro que se extendía más allá del horizonte.

Alpha se detuvo bruscamente sobre sus propias huellas mientras los programas de biología y geofísica alcanzaban lo que para una máquina sería un estado de hiperventilación.

20 de marzo de 2096: Laboratorio de simulación

Pancho tuvo que fruncir los párpados al aproximarse al anillo B. Esta era su primera simulación de misión completa, y todos los detalles habían sido cuidados al máximo para probarla.

—Hay demasiada luz —dijo por el micrófono del casco—. O el simulador despide mucha luz, o vamos a tener que añadir una nueva capa de tintado al visor.

—Me encargaré de comprobarlo —replicó la voz de Gaeta.

Era como caer en una ventisca. El simulador no podía reproducir la sensación de verse engullido que producía la caída, pero, mientras Pancho observaba las partículas de hielo que giraban en el anillo B aproximándose a ella, se sintió hasta demasiado cerca de esa impresión.

—El traje está agujereándose —informó. La simulación reproducía los impactos que Gaeta había experimentado cuando se lanzó a través de los anillos. Eran golpes sin importancia, pero Pancho sabía que en el anillo B había trozos de roca cubiertos de hielo tan grandes como bolas de cañón y cuyo desplazamiento era tan rápido como el de estas.

Echó una mirada a los controles de propulsión. Con las manos en el interior de los guantes del traje, Pancho podía controlar los propulsores con solo el movimiento de sus dedos. Pero «controlar» era un término muy relativo. Intenta evitar la bola de una bolera que viene hacia ti a velocidad supersónica, se dijo. Buena suerte, nena.

—Vale. —La voz de Wunderly resonó en el interior de su casco—. Abre la caja de muestras.

Tres cajas de muestras habían sido incorporadas al pecho de su traje espacial. Pancho rio cuando las vio por primera vez:

—El traje parece mucho más femenino ahora —había dicho, señalándolas.

—Es la primera vez que veo unas cuadradas —había bromeado Wanamaker.

—O tres juntas —había añadido Tavalera, en una inesperada muestra de humor.

Pero ahora Pancho se centraba en su trabajo.

—Abriendo cajas de muestras.

—Confirmado —replicó Gaeta—, muestras abiertas.

Para cuando habían terminado con la simulación, Pancho se sentía fatigada, pero rebosante de adrenalina. Al verla salir del traje y descender a la plataforma del laboratorio de simulación, Wanamaker dijo:

—Un trabajo espléndido el de esta mañana, Panch. Te has ganado una buena comida.

—Vale, pero primero me voy a dar una ducha. Se suda un montón ahí dentro.

Wunderly preguntó:

—¿Cuándo crees que estarás preparada para hacer el vuelo real?

Pancho se encogió de hombros, pero antes de que pudiera responder, Wanamaker se adelantó a ella:

—Necesitamos como poco unas cuantas semanas más en el simulador, Nadia. No tiene sentido que lo hagamos con prisas. Pancho debe ser capaz de completar la misión con los ojos cerrados, solo mediante sus reflejos.

Wunderly asintió con gesto triste y se retiró. Pancho sabía lo que le pasaba por la cabeza: las elecciones son en solo diez semanas. ¿Seremos capaces de realizar la misión antes de entonces?

Dejando que Tavalera cerrase las consolas de control, Gaeta se acercó al trío que se hallaba junto al enorme traje:

—Esta tarde te toca a ti, Jake.

Wanamaker asintió. Tenía previsto practicar el vuelo del transbordador que llevaría a Pancho hasta el anillo B y luego recogerla en el otro lado.

Con un aire casi culpable, Pancho dijo:

—No voy a poder estar con vosotros esta tarde, chicos. Voy a ir al mitin de Holly.

Gaeta frunció el ceño, pero Wanamaker replicó:

—Podemos hacer la simulación con el transbordador sin ella, ¿verdad, Manny?

—Sería mejor hacerla con Pancho dentro del traje —repuso Gaeta.

—Imposible, chicos —insistió Pancho—. Le prometí a mi hermana que estaría en el mitin.

—¿Qué mitin? —preguntó Wunderly.

—Ven conmigo, Nadia —dijo Pancho—. Esto también es cosa tuya.

—Pero...

—No hay peros que valgan —volvió a decir Pancho—. Los chicos podrán ejecutar la simulación del transbordador sin nosotras. ¿Verdad, Manny?

Claramente descontento con aquello, Gaeta formuló un asentimiento apenas perceptible:

—Puedo llevar yo el traje.

Pancho se volvió a Wanamaker:

—¿Y bien?

—Escucho y obedezco —replicó Wanamaker con una reverencia burlona.

Tavalera preguntó:

—¿De qué va el mitin?

—Cosas de mujeres, Raoul —replicó Pancho—. Pero los hombres también están invitados.

—Necesito que estés aquí, Raoul —le dijo Gaeta con toda firmeza.

—Sí, lo sé. Solo era curiosidad. —Pero en realidad pensaba: no he visto a Holly a solas en semanas. Supongo que tampoco la vería a solas en el mitin, trate de lo que trate.

Sola en el escenario del teatro cubierto de Atenas, Holly observaba cómo se iba

llenando la platea casi en su totalidad por mujeres. Pancho estaba sentada en la primera fila, dedicándole una amplia sonrisa. E incluso Nadia Wunderly se hallaba sentada a su lado. Vio al profesor Wilmot y a otros dos hombres, incluyendo a ese tal Ramanujan que trabajaba para Eberly. Un condenado espía de Malcolm, se dijo Holly. Casi le divirtió ver a Wilmot y Ramanujan sentados uno al lado del otro, como buscando protección entre aquella creciente marea femenina. En la parte de atrás estaba Berkowitz, con un mando a distancia en una mano para dirigir las cámaras que había distribuido por todas las esquinas del teatro.

Por lo demás, el teatro estaba atestado de mujeres. Docenas de conversaciones zumbaban en el lugar, pero por el momento no eran murmullos de impaciencia. Más bien al contrario, pensó Holly. Las mujeres parecían de buen humor, incluso optimistas.

Algunas personas aún fueron llegando hacia las dos, la hora en la que estaba dispuesto que el mitin diese comienzo. Nerviosa, Holly iba de un lado a otro del escenario, dividida entre el deseo casi compulsivo de comenzar de una vez y el de obtener una audiencia lo más amplia posible. El teatro albergaba a cuatrocientas personas, y ya se habían ocupado más de la mitad de los asientos. El primer mitin que Malcolm había hecho en su primera campaña electoral no había atraído a tanta gente.

Holly dejó pasar cerca de un minuto ajustándose el micrófono que tenía engastado a la solapa de su túnica.

Por fin, tres minutos después de la hora prevista, Holly se aclaró la garganta y dijo:

—Quiero darles las gracias por haber venido aquí esta tarde.

Los murmullos se detuvieron. Todas las miradas se volvieron hacia Holly. Advirtió que algunas mujeres seguían entrando en el teatro y se apresuraban a sentarse en los asientos del fondo.

—Sé que muchos de ustedes han tenido que sacar tiempo de sus trabajos y otras ocupaciones para venir. Quiero pedirles disculpas por celebrar este mitin a una hora tan poco habitual como esta. El caso es que, según la administración, ni los teatros ni los demás espacios públicos estarán disponibles desde hoy hasta el día de las elecciones. ¡Y ya saben quién gestiona la administración!

—¡Malcolm Eberly! —gritó alguien.

Un coro de siseos surgió de la audiencia. Aquello inquietó a Holly; sonaba como un aviso airado de un nido de serpientes.

—La razón de que Eberly nos haya obligado a ajustarnos al horario de la tarde está en que creía que nadie se presentaría.

—¡Pues estaba equivocado! —aulló una mujer. El público se deshizo en risas y aplausos.

Levantando las manos para pedir silencio, Holly prosiguió:

—El motivo de que yo haya aceptado este horario tan estúpido estriba en que tenemos por delante un trabajo importante, y no podemos perder tiempo, hemos de

llevarlo a cabo.

—¿Y qué es? —preguntó Pancho, casi a voz en cuello.

Reprimiendo una sonrisa por el capotazo de su hermana, Holly dijo:

—Queremos que desaparezca el protocolo de Crecimiento Cero, o al menos sea revisado.

—¡Que desaparezca! —gritaron varias mujeres.

—Bueno, está bien, pero Eberly dirá que el protocolo CCP no puede desaparecer, ni siquiera ser alterado, a menos que haya una petición formal firmada por el sesenta y siete por ciento de la población del hábitat.

—¡No!

—¡Uuh!

—¡Qué estupidez!

Haciendo un nuevo ademán para reclamar silencio, Holly prosiguió:

—Me temo que es cierto. Lo he mirado a fondo. Nuestra constitución afirma que toda cláusula o protocolo que esté en vigor solo puede ser modificada o abolida del todo si dos tercios de los ciudadanos del hábitat suscriben una reclamación al efecto.

Un barullo de voces airadas surgió de la multitud.

—Esperad —urgió Holly—. ¡Esperad! Las mujeres componemos un cuarenta y siete por ciento de la población del hábitat. Si conseguimos que todas las mujeres firmen la reclamación, solo necesitaríamos que la secundasen dos mil hombres.

Eso hizo que la multitud guardase silencio. Holly casi podía oírles pensar: dos mil hombres. ¿Cómo vamos a conseguir que dos mil hombres estén de acuerdo con nosotras?

Sacando el portátil manual del bolsillo de su túnica, Holly proyectó la reclamación que ella misma había esbozado en la pared que había al fondo del escenario:

—He escrito una reclamación limpia y legal —dijo—. Ahora, lo que debemos hacer es lograr seis mil setecientas firmas en menos de seis semanas. Las reclamaciones deben registrarse para que cuenten oficialmente antes del primer día de mayo, a un mes de las elecciones. Eso nos da únicamente cuarenta y un días para completar el trabajo. ¡Tenemos que ponernos en marcha!

Todos se pusieron en pie de un salto y aplaudieron. Todos excepto Wilmot y Ramanujan, que permanecieron donde estaban, sumidos en un silencio pétreo. Holly sintió un escalofrío al ver la respuesta a sus palabras, hasta que se percató de que en el teatro no había más de doscientas personas. Necesitamos seis mil setecientas, pensó. Incluso si conseguimos que todas las mujeres en este hábitat firmen la reclamación, cosa que no sucederá, aún necesitaríamos dos mil hombres más.

20 de marzo de 2096:

Noche

—¿Dónde has estado esta tarde? —le preguntó Yáñez a su mujer en la mesa, mientras cenaban—. Te llamé desde el hospital y no estabas en casa.

Estela replicó:

—Acudí a un mitin político.

Yáñez alzó las cejas:

—¿Un mitin político? ¿Tú?

—¿Por qué no?

—No sabía que Eberly celebraba un mitin esta tarde.

—No era de Eberly —fue la respuesta de Estela.

Yáñez dejó la cuchara sobre el tapete.

—¿De quién era el mitin, entonces?

—De Holly Lane —respondió Estela con toda calma—. Era sobre el asunto del CCP.

Frunciendo el ceño, Yáñez volvió a tomar la cuchara y se llevó un poco de sopa a la boca.

—Ha escrito una reclamación contra el protocolo CCP. Y yo la he firmado.

—¡Estela, no!

—Al igual que un buen montón de mujeres.

—Menuda estupidez —le murmuró Yáñez a la sopa.

Si le oyó, su mujer no dio señales de ello. Terminaron su frugal cena de buen humor, y luego Yáñez acudió al salón para ver las noticias, mientras Estela retiraba la mesa y colocaba los platos sucios en el lavaplatos. Escuchó la voz de Holly Lane y levantó la vista: Oswaldo estaba viendo las noticias de la noche. Pero enseguida cambió a un canal de entretenimiento.

Una vez arreglada la cocina, Estela se dirigió a su escritorio, situado junto a la despensa, y sacó una copia de la reclamación CCP del cajón superior. Se dirigió al salón y depositó la petición en el regazo de su marido.

Yáñez levantó la vista hacia su esposa:

—¿Qué es esto?

—La reclamación.

Le echó un rápido vistazo y luego se la devolvió:

—Está bastante bien escrita.

—Fírmala —dijo.

—¿Qué?

—Que la firmes. Necesitamos seis mil setecientas firmas. Fírmala, por favor.

—¡Estela!

La mujer volvió a dejarle la reclamación sobre el regazo.

—¡No! —exclamó Yáñez.

Estela no discutió. No dijo nada: simplemente, depositó la endeble página en el regazo de su marido y se sentó junto a él para pasar el resto de la velada viendo programas de entretenimiento que se emitían desde la Tierra y Selene.

Ambos se fueron a la cama. Cuando las luces se apagaron, Yáñez dejó caer una mano en el muslo desnudo de su esposa y comenzó a acariciar su piel.

—No —respondió ella.

—¿No?

—Firma la reclamación.

—¡Estela! ¡Esto es el colmo! No es... ¡no está bien!

—Firma la reclamación.

—¡Tengo mis derechos como marido!

—En cuanto firmes la reclamación, podremos discutir tus derechos como marido. Pero hasta entonces no.

Yáñez echó una mirada furiosa a su mujer en la oscuridad. Ella le volvió la espalda. Colérico, también él le volvió la espalda a ella. Así fue como se quedaron dormidos.

Urbain pasó la noche yendo y viniendo de su oficina al centro de control de la misión. En tanto sus ingenieros y técnicos trataban de dar con el fantasmal rastro de las huellas que *Alpha* había dejado en el suelo helado de Titán, Urbain presidía una reunión entre los biólogos de su equipo. Se habían congregado en su oficina, murmurando de excitación al observar las huellas fantasma de *Alpha*.

—He establecido una línea temporal —dijo Negroponte. Estaba claro que la mujer había asumido el liderazgo del grupo—. Las huellas se han allanado en cuestión de horas.

—¿Cuántas horas?

—Es difícil decirlo con exactitud —replicó la mujer, retirándose el impenitente mechón de cabellos que le cubría la cara—. Entre cuatro y diez horas, eso es lo máximo que hemos podido calcular hasta ahora.

—Tiene que ser algo biológico —comentó uno de los biólogos—. No puede ser otra cosa.

—Debo señalar —intervino Urbain, intentando retomar el control de la reunión— que no sabemos lo suficiente de los mecanismos de erosión de Titán como para hacer una afirmación definitiva.

—Sí, quizá —replicó el biólogo—, ¿pero qué otra cosa puede ser? —Era un tipo joven, serio, ansioso por aceptar que lo que estaban observando era un proceso biológico que tenía lugar en la superficie de Titán.

—Estoy de acuerdo —señaló Negroponte—. No puedo imaginar un proceso atmosférico que opere a una velocidad semejante.

—No sabemos lo suficiente como para decir eso —repitió Urbain con firmeza—.

Deberíamos llamar a los geólogos para que le echen un vistazo a esto.

Todos le miraron, sentado tras la mesa como el señor de un castillo, mientras los demás se arracimaban en el otro lado como un rebaño de campesinos suplicantes.

—En cualquier caso —añadió Urbain—, no veo razón alguna por la que debamos seguir con la hipótesis de que estamos siendo testigos de un proceso biológico hasta que consigamos nuevos datos.

Vale, pensó. Esto debe ser suficiente para satisfacerlos. Se levantó de la silla y se dirigió al centro de control de la misión para ver si se había hecho algún progreso. Los biólogos seguían discutiendo acerca de los datos cosechados, soltando ideas y teorías con la misma facilidad con la que el cielo se llena de fuegos artificiales en la noche de san Juan, mientras Negroponte permanecía a un lado, alentándolos.

Holly estaba muerta de cansancio, y emocionalmente se sentía como si el discurso de la tarde la hubiera vaciado por completo, pero, aun así, pasó la noche en un largo y tedioso intercambio de ideas con otros seis residentes —incluyendo al profesor Wilmot— frente a las cámaras que Berkowitz tenía en el estudio del centro de comunicaciones. El grupo debatía el asunto del CCP y las declaraciones de Holly, según las cuales había cursado una reclamación para abolir el protocolo de Crecimiento Cero.

Para Holly, el grupo había tratado el asunto con bastante meticulosidad en la primera media hora, pero sus miembros siguieron perorando sin gracia y repitiendo la misma cantinela una y otra vez. No hablan más que para escuchar el sonido de sus propias voces, pensó Holly. Todos salvo Wilmot; era el moderador del debate y se guardaba sus opiniones para sí mismo, salvo por alguna ocasional sonrisita irónica o un sutil alzamiento de sus cejas grises.

Además, algunos ciudadanos telefonearon con preguntas y comentarios:

—¿No esperará que los hombres firmen la reclamación, verdad? —preguntó una mujer—. Los hombres no quieren tener hijos. Lo que quieren es sexo sin responsabilidades.

Un hombre señaló:

—¡Deshágase de la ley CCP y este lugar parecerá Calcuta antes de la bioguerra en un puñado de años!

—Vinimos a este lugar huyendo de esos locos religiosos y sus reglas de «aquí los únicos buenos somos nosotros». ¿Para qué necesitamos el protocolo CCP? ¿Acaso no somos lo suficientemente responsables como para saber llevar nuestros propios asuntos?

—Tener hijos o no tenerlos es un asunto personal. El Gobierno no tiene por qué meter las narices en nuestros dormitorios.

—¡Compartimos un espacio limitado, por el amor de Dios! ¿Cómo vamos a alimentar una población que será dos, tres, cinco veces más grande que la presente?

Wilmot permitió que cada miembro del debate se dirigiese a cada una de aquellas

personas. Holly empezó a dar respuestas cada vez más cortas.

—Tenemos la inteligencia y la capacidad de discernimiento para permitirnos un crecimiento de la población responsable —repitió en varias ocasiones—. No un crecimiento ilimitado. Pero tampoco un crecimiento cero.

Por fin, Wilmot también habló:

—Sí, ¿pero quién va a tomar las decisiones que tengan que ver con el crecimiento? ¿Crearé usted una junta que decidirá quién podrá tener un hijo y quién no?

Holly le miró de hito en hito, con la mente en plena ebullición. Por fin, se escuchó replicar:

—Sinceramente, no tengo una respuesta para esa pregunta. Aún no. Espero que podamos reunir un grupo de gente que pueda dar algunas sugerencias al respecto. Después, la población podrá votar la forma en que deseen proceder.

Aquello atrajo una avalancha de llamadas telefónicas, y, a la vez, los participantes en el debate dieron sus opiniones. Después de lo que parecieron horas, Wilmot les pidió silencio y dijo:

—Me temo que nuestro tiempo se ha acabado. Quiero dar las gracias a los participantes en el debate por estar aquí esta noche, y a quienes nos han telefoneado por compartir con nosotros sus sugerentes preguntas.

Antes de que ninguno de los participantes se hubiera levantado de la mesa, el profesor añadió:

—Este asunto debería ser debatido en profundidad por los dos aspirantes al puesto de administrador jefe. Trataré que en breve tenga lugar dicho debate.

Se apagaron las pupilas rojas de las cámaras, y Holly dejó escapar un suspiro de cansancio:

—Buen trabajo —le felicitó Wilmot en tono jovial, mientras se ponía en pie y estiraba los brazos por encima de la cabeza—. ¡Inmejorable!

Holly se hundió en la silla:

—Me alegra que haya acabado.

Los otros participantes parecían pensar lo mismo que ella, mientras se dirigían arrastrando los pies y con visible aire de cansancio hacia las puertas del estudio.

Berkowitz se deshacía en sonrisas:

—Una respuesta increíble por parte de la audiencia —le dijo a Holly—. Todas esas llamadas significan que más de la mitad de la población estaba viendo el programa. ¡Increíble!

Holly se encontraba demasiado cansada como para que aquello le importase. Se incorporó trabajosamente mientras Berkowitz y Wilmot se alejaban, embebidos en una afable conversación. Una ducha y un sueño reparador, se dijo Holly. Eso es lo que necesito.

Se sorprendió al ver a Raoul Tavalera frente a la entrada al estudio. Parecía inseguro, vacilante.

—¡Raoul! —estalló Holly—. ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cuánto tiempo llevas...?

Con un gesto casi tímido, Tavalera replicó:

—Empecé a verte por la tele, pero luego pensé que a lo mejor te apetecía tomar una copa o algo cuando acabases, así que vine hasta aquí.

—¿Has estado esperando aquí fuera todo este tiempo?

Tavalera se miró los zapatos por un momento:

—Me colé dentro y te vi desde la parte de atrás del estudio. Supongo que no me viste.

—No, la verdad es que no.

—¿Quieres tomar una copa? ¿Comer algo?

Alargó un brazo para asirse a Tavalera, sintiéndose de pronto llena de energía:

—¡Estoy hambrienta!

Dedicándole una amplia sonrisa, Tavalera enfiló el pasillo:

—La cafetería estará cerrada a estas horas, pero el Bistró sigue abierto.

—¡Cósmico!

—Oh, por cierto —dijo Tavalera, agravando la expresión de su rostro—, quiero firmar esa reclamación.

—¿De verdad?

Tavalera asintió.

—Puede que algún día quiera tener hijos.

Holly sintió como si caminase sobre el mismo aire.

21 de marzo de 2096: Medianoche

Urbain había perdido la cuenta de cuántas veces llegó a recorrer aquella noche la distancia que mediaba entre su oficina y el centro de control de la misión. Los biólogos se habían distribuido alrededor de la pequeña mesa ovalada de conferencias, aún desmadejando teorías sobre qué había aplanado las huellas de *Alpha* y qué clase de observaciones debían hacer hasta decidir la teoría correcta. Los ingenieros del centro de control se obstinaban en seguir el rastro de aquellas huellas fantasma y buscar otras más recientes.

Cuando Urbain regresó nuevamente al mal iluminado centro de control, media docena de ingenieros se hallaban reunidos alrededor de la jarra de café, discutiendo acaloradamente:

—Hemos peinado la puñetera superficie al completo y no hay rastro de ella. Esa puta chatarra debe haberse hundido en uno de los mares.

—O quizá en el lago, el más pequeño. Las huellas llevaban directamente hasta allí.

—Y volvían a salir.

—¿Cómo sabes tú que parte de esas huellas surgían del lago?

—Hay demasiadas huellas como para que todas vayan en la misma dirección. Y además...

—¡A la mierda tu «además»! La resolución de la imagen con la que contamos es de cinco metros. Y tenemos una panorámica estereoscópica. Hemos peinado la jodida superficie de Titán y no hay nada, ¡nada! Nada más que huellas y restos de huellas.

Urbain comprendió por vez primera que su equipo de ingenieros se sentía tan frustrado y enfadado como él mismo. Están a punto de venirse abajo, se dijo. Debo hacer algo para levantarles la moral. ¿Pero el qué?

Una de las mujeres dijo:

—Hablamos de un escenario gigantesco. Incluso con la imagen tridimensional podríamos no ver al cacharro ese. Hemos de seguir buscando.

—Hasta que nos salga barba, ¿no?

—¿Y qué otra cosa podemos hacer?

—Volver a casa. Reconocer que esa puta cosa se ha perdido y volver a la Tierra. No somos exiliados, somos voluntarios. Podemos volver cuando se nos antoje.

—Mejor dicho, cuando haya una nave que nos pueda llevar de vuelta.

—Es decir, cuando alguien se preste a poner el dinero para devolvernos a casa.

—¡Es el CIU quien debe llevarnos de vuelta! ¡No hemos firmado una estancia permanente en este puto lugar!

Urbain se aclaró la garganta ruidosamente y todos levantaron la vista:

—¿Algún progreso? —preguntó, en una clara indirecta.

Nadie se molestó en responderle. Cada uno por su lado, todos regresaron hacia sus consolas, con aire pesaroso, según pensó Urbain. Como infelices colegiales que preferirían estar en cualquier parte salvo aquí.

—Sé que todo esto es frustrante —dijo, elevando lo suficiente el tono de voz para que todo el mundo en el centro de control pudiera escucharle. Antes de que nadie respondiera, añadió:

—Pero la búsqueda de *Alpha* debe continuar. Los biólogos ya han hecho un importante descubrimiento.

—Ya —murmuró alguien con acritud.

—*Alpha* está ahí abajo, y necesita nuestra ayuda. Debemos...

Uno de los hombres que se hallaban ante las consolas exclamó:

—¡Tengo algo! Parecen huellas recientes.

Urbain corrió hasta la consola y echó una mirada sobre el hombro del ingeniero para ver la pantalla central. Atravesando el mullido paisaje pudo ver el afilado y profundo rastro de una doble hilera de huellas dentadas.

—¡Sígalas! —gritó—. ¡Sígalas!

El escenario se movió. Las huellas continuaban, rectas y nítidas. De pronto, la pantalla se quedó en blanco.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Urbain.

Sin levantar la vista de sus pantallas, el ingeniero replicó:

—Hemos alcanzado el límite del ancho de visión del satélite. Cambiando a otro...

—¡Aprisa! —siseó Urbain, sin aliento—. ¡Vite, vite!

Otros ingenieros se agruparon a su espalda. Urbain sentía el calor de sus cuerpos, llegaba hasta su nariz el aroma de sus perfumes y lociones de afeitado, el olor de su sudor. Pero mantuvo la mirada fija en la pantalla en blanco.

Esta se encendió, y Urbain escuchó un murmullo de excitación a su espalda. La vista era mucho más amplia de lo que lo había sido unos minutos atrás.

—Está fijando el foco —masculló el ingeniero—. Se habrá dado cuenta de que todo esto está en tiempo real...

—Sí, sí —saltó Urbain, impaciente—. Céntralo en las huellas.

—Eso es lo que estoy haciendo —replicó el ingeniero en un tono irritado.

—Use el enfoque automático —sugirió una voz por detrás de Urbain.

—¿Qué demonios creéis que estoy haciendo? —rugió el ingeniero.

La doble hilera de huellas cobró forma en la pantalla. Urbain escuchó el suspiro de los ingenieros.

—¡Sígalas! —ordenó.

El paisaje se movió; las huellas se difuminaron y luego volvieron a enfocarse con nitidez. Urbain podía sentir el corazón golpeándole contra las costillas. Tenía la boca seca.

—Ahí está —dijo el ingeniero.

Urbain clavó la vista en la pantalla. *Titán Alpha* yacía en el hielo, inmóvil pero

aparentemente intacta. Luego, la imagen que mostraba la pantalla se difuminó.

Urbain advirtió que tenía lágrimas en los ojos.

Cuando Ramanujan hubo informado a Eberly acerca del mitin que Holly había dado aquella tarde, la primera reacción de Eberly fue decir:

—¿Presentar una reclamación? ¿Sabe cuántas firmas va a necesitar?

—Dijo que seis mil setecientas —había replicado Ramanujan.

—Seis mil setecientas sesenta y siete, para ser exactos —repuso Eberly.

Ramanujan levantó la barbilla, reconociendo el superior conocimiento de su jefe. Era más alto que la mayoría de los hindúes que Eberly había conocido, pero dolorosamente delgado; la cara de Ramanujan parecía una calavera, con aquella piel descarnada y oscura que se le adhería a los huesos.

—Jamás conseguirá tantas firmas —había dicho Eberly, despreocupándose del problema y despidiendo a su ayudante con un gesto de la mano.

Pero cuando la tarde dio paso a la noche, Eberly se dio cuenta de que cada vez estaba más preocupado con aquel asunto. Cenó a solas en su apartamento, planteándose todas las alternativas posibles. Tras la cena, vio el debate de Holly en el canal de noticias.

Es imposible que llegue a conseguir seis mil setecientas firmas, se dijo Eberly. Aunque lograra que todas las mujeres del hábitat firmaran esa estúpida reclamación, aún necesitaría la firma de otros dos mil hombres.

Imposible.

Pero, aun así...

Eberly se arrellanó en su butaca favorita y reflexionó sobre el problema durante varias horas. Bien entrada la medianoche seguía desvelado, considerando todas las posibilidades.

Tengo que conseguir que una mujer se alce en su contra, comprendió. Tengo que conseguir que una mujer no solo se niegue a firmar esa estúpida reclamación, sino incluso que emprenda una campaña contra ella. No tiene por qué apoyar mi candidatura. De hecho, es mejor si no lo hace; nada debe relacionarla conmigo. Debe oponerse a la reclamación desde la opinión de que la idea en que se fundamenta, simplemente, no es la correcta.

Una mujer que se oponga a romper el protocolo CCP. ¿Pero quién? ¿Quién se alzaría contra la mayor parte de las mujeres de este hábitat?

La respuesta le vino a la mente con la misma claridad con que se escucharía la campana de una iglesia una tranquila noche de verano: Jeanmarie Urbain. Ella y su torpe intento de seducirme para que permitiese el lanzamiento de los misiles y así favorecer a su marido. Si esa mujer creyese que permitir el crecimiento de la población podría poner en peligro el trabajo científico que su marido está desempeñando, sin duda se opondría a la reclamación de Holly. No solo se negaría a firmarla: también haría una campaña en su contra.

Muy bien, se dijo. Tengo que ir a verla y explicarle la situación. Ponerla en los términos que ella pueda comprender: el crecimiento de la población engullirá los recursos del hábitat y eso impedirá que podamos seguir apoyando la investigación científica que está comandando su marido. Con eso bastará. Y si no, siempre puedo recordarle lo de nuestro pequeño encuentro de hace un par de meses. La intimidaré hasta que trabaje para mí, si tengo que hacerlo.

Pero las cosas no llegarán tan lejos. Lo hará por su marido.

—Muy bien —dijo en voz alta.

De pronto, una nueva idea resplandeció en su mente como el estallido de una nova. Una nueva estrategia para la campaña, un plan que no podría fallar. No importa lo que Holly haga, no importa lo que pretenda, esto la derrotará. Como en las antiguas artes marciales orientales, utilizaré sus propias armas para vencerla. ¡Es perfecto! La conduciré a la trampa, y cuando tengamos uno de esos debates, haré que le reviente en las manos.

No hay manera de que pueda mostrarse más hábil que yo, se dijo Eberly. ¡A ella y a quien le preste su apoyo los barreré por completo de mi camino!

Perfecto.

21 de marzo de 2096:

Primeras horas de la mañana

Nadie durmió. Con las prendas arrugadas, ojerosos y envueltos en sudor, ni uno solo de los científicos o ingenieros del equipo de Urbain se sentía ni mínimamente cansado o susceptible. Habían pasado la noche probando una por una todas las frecuencias de recepción de datos, cuantos mensajes u órdenes podían considerar, pero *Titán Alpha* seguía sumida en el silencio, inerte, al borde de esa extensión de aspecto carbónico que se extendía a lo largo de más de una tercera parte de la superficie de Titán.

—El cacharro este es un poco terco —dijo Habib, rascándose su desaliñada barbita.

Había arrastrado una silla deslizante junto a Urbain; ambos miraban la imagen vía satélite de *Alpha*. Urbain podía sentir la presión de las varias docenas de miembros de su equipo que los rodeaban, inclinándose sobre sus hombros. Recordó que tampoco él se había duchado en Dios sabía cuántas horas. ¿Y qué?, se preguntó. Lo primero es lo primero.

—No nos responde —susurró Habib, argumentando lo que era obvio.

Pero Urbain estaba demasiado emocionado como para sentirse molesto:

—Ha recorrido la mitad de la superficie de Titán y se ha detenido en el borde de un campo de carbono. ¿Ha activado el modo de suspensión? ¿O está realizando observaciones antes de seguir adelante?

—No hemos visto el destello de ningún láser —repuso Habib.

—Quizá se esté limitando a hacer observaciones pasivas —murmuró Urbain.

—O el núcleo de memoria ha alcanzado el nivel de saturación y ha pasado al modo de suspensión —replicó Negroponte desde detrás del hombro de Habib.

Urbain negó con la cabeza:

—¿Y va a entrar en el modo de suspensión justo cuando ha alcanzado el borde del campo de carbono? No, es demasiada coincidencia.

—Las coincidencias existen —dejó caer Negroponte.

Por primera vez desde que había visto la imagen de *Alpha* aposentada, sana y salva, sobre la superficie de Titán, Urbain se sintió irritado. Esta mujer es demasiado dominante, demasiado segura de sí misma.

Habib, por su parte, añadió:

—Teniendo en cuenta la falta de comunicación con ella, bien puede ocurrir que la máquina haya entrado en modo de suspensión.

Urbain sintió que la irritación crecía en su interior. Comprendió que había alcanzado el límite de su resistencia. Y probablemente los demás también, pensó. Llevamos aquí más de doce horas juntos, algunos incluso más de veinte.

—Debemos encontrar el modo de comunicarnos con *Alpha* —dijo, intentando

desviar el rumbo de la discusión.

—Sí, ¿pero cómo? —repuso Habib.

Incorporándose de la silla de la consola, Urbain dijo en voz alta:

—Ya basta por el momento. Todos necesitamos dormir. Quiero que tres voluntarios se queden observando a *Alpha* mientras los demás vamos a casa a descansar.

De inmediato, Negroponte dijo:

—Yo me quedaré.

—Yo también —replicó Habib.

Qué extraño, pensó Urbain. A los musulmanes se les educa para ser unos machistas; y este tipo sigue a la mujer como un cachorro obediente.

Advirtió que las piernas le hormigueaban por haber pasado tanto tiempo sentado. Asediado por algunos temblores, Urbain se dirigió a la puerta del centro de control. Todos excepto tres miembros de su equipo de científicos e ingenieros le siguieron.

Ante la puerta, se volvió y se obligó a componer una débil sonrisa:

—Cuando duerman —le dijo al grupo—, traten de soñar con la forma en que podemos comunicarnos con *Alpha*.

Los ojos de Gaeta se abrieron de par en par poco antes de las siete de la mañana. Trató de salir de la cama sin despertar a Cardenas, pero esta estiró un brazo desnudo hacia él:

—Es demasiado pronto para levantarse —murmuró con voz adormilada.

Gaeta se inclinó sobre ella y la besó ligeramente en los labios:

—Vuelve a dormir. Tengo mucho que hacer en el laboratorio de simulación.

—Se acabó la luna de miel —suspiró Cardenas, volviéndose ligeramente y haciendo que un vértice de la sábana resbalase para revelar un hombro desnudo.

Gaeta la contempló por unos instantes, y luego masculló:

—El trabajo antes que el placer.

Recatadamente, Cardenas tiró de la sábana. Luego preguntó:

—¿Y bien? ¿Cómo va la cosa? —Sus ojos azul aciano estaban ahora del todo abiertos.

—Bien. —Descolgó las piernas por un lado de la cama.

—¿Solo bien?

Volviéndose otra vez hacia ella, Gaeta movió una mano:

—Pancho va bien. Tiene un don natural y los reflejos de un gato. Pero Jake... Ha pasado mucho tiempo desde que el «abuelete» pilotó una nave espacial.

—¿No se hace con ello?

—Puede llevar la nave hasta el anillo sin problemas. Es la recogida de Pancho en el otro lado lo que me preocupa. No hay demasiado espacio para el error. Ni para los descuidos.

Aún tendida sobre la almohada, Cardenas musitó, casi para sí misma:

—Raoul podría llevar el transbordador.
—No quiere hacerlo.
—Pero podría. Su experiencia reciente es mayor que la de Jake.
—Pero no quiere —repitió Gaeta.
—Yo podría hablar con él.
—No creo que eso vaya a servir de mucho.
—Puedo llegar a ser muy persuasiva —insistió Cardenas.
—¿Ah, sí?

Cardenas se sentó en la cama, y las sábanas cayeron hasta su cintura. Alargando los brazos hacia Gaeta, dijo:

—¿Crees que no?
Dejó que enredase los dedos en sus espesos cabellos rizados:

—Lo que creo es que debo ir al laboratorio. Pancho y Jake estarán allí a las nueve, y...

—Aún no son ni las ocho. —Cardenas enlazó los brazos alrededor de su cuello y se echó hacia él.

Gaeta se dejó caer en la cama:
—Creo que puedes ser bastante persuasiva cuando te lo propones.
—Ajá.
—Pero no intentes persuadir a Raoul de esta manera.
—¿Eso te molestaría?
Gaeta le dedicó una sonrisa feroz:
—Holly te arrancaría el cuello.
—Oh.
—Y ahora dime: ¿qué es esa tontería de que la luna de miel se ha acabado?

Delicadeza y tacto, se decía Eberly mientras se dirigía al lago. Usa la presión solo si tienes que hacerlo.

La mañana era su momento favorito del día. Los rayos de sol se filtraban desde los paneles solares. El hábitat tenía un aspecto fresco y radiante. Casi nadie estaba por allí a esas horas; los demás habitantes ya estarían desayunando, si acaso no se encontraban en sus puestos de trabajo, dejando los senderos que rodeaban el lago para Eberly y su paseo matinal.

A cierta distancia a mano derecha, Eberly vio el pequeño macizo de árboles donde tuvo aquel estúpido encuentro con Jeanmarie Urbain. Un paraje romántico, pensó, incluso a la clara luz del día. Me pregunto cómo se sentía ella durante nuestro torpe encontronazo. ¿Estaba nerviosa? ¿Atemorizada? ¿Excitada? El propio Eberly no sintió ninguna de aquellas emociones. Para él, las mujeres no tenían importancia. El sexo no tenía importancia. A veces se preguntaba si los médicos de la prisión de Austria habían metido mano en su sexo. Negó con la cabeza. El poder es lo único que importa, se dijo a sí mismo. El poder te mantiene a salvo. El poder es lo que hace que

la gente te admire.

Aun así, mientras avanzaba hacia el lago presumió que la señora Urbain tenía que haber sentido al menos cierto respeto hacia él. Había dicho que lo admiraba. Y ciertamente se sentía sola. Me la podía haber tirado, se dijo Eberly. Estaba dispuesta a tener un lío conmigo.

Pero, con todo, se sentía aliviado de que aquello no hubiera ocurrido. Demasiadas complicaciones, demasiados peligros. Nada de compromisos emocionales, se dijo. Un hombre de mi posición tiene que estar por encima de eso. El poder es más importante que el sexo, se repitió. No necesito tener a una mujer a mi lado, y menos cuando ya tengo la admiración de todo el hábitat. *Todos* ellos me aman. Me respetan y me aprecian, incluso los imbéciles que votaron contra mí en las últimas elecciones. Esta vez ganaré de manera unánime. En cuanto haya abierto la trampa a los pies de la insolente señorita Lane, no le quedará una pierna en la que apoyarse.

Eberly sonreía de dicha cuando se sentó en el banco donde debía encontrarse con Jeanmarie Urbain. Por supuesto, ella aún no había llegado. Eberly había decidido llegar con más de un cuarto de hora de antelación respecto a la hora a la que habían acordado verse. La señora Urbain no pudo ocultar su sorpresa de que Eberly la hubiera llamado pasada la medianoche, pero estaba sola en su apartamento, tal y como él había supuesto. Su marido pasaba noches y noches con los otros científicos; todo el mundo en el hábitat sabía que Urbain incluso dormía en su oficina la mayor parte de las noches.

¡Y allí estaba! Caminando sin prisas, casi con recelo, por el sendero que se iniciaba en el pueblo. Tenía un aire radiante y adorable en aquella pequeña túnica floreada y sin mangas. La verdad es que es una mujer muy hermosa, admitió Eberly. Y podría tirármela si quisiera.

Se levantó del banco y, cuando Jeanmarie Urbain estuvo lo bastante cerca, se inclinó para hacer una leve reverencia.

—Señora Urbain, es un verdadero placer volver a verla —dijo, desenfundando la mejor de sus sonrisas.

La mujer parecía nerviosa:

—Dijo que era importante que hablásemos.

—Sí, lo es. —Hizo un gesto hacia el banco—. Por favor, siéntese.

Jeanmarie Urbain miró a un lado y a otro, como si temiese que la hubieran seguido.

—No hay nada malo en que la esposa del principal científico del hábitat esté sentada en un banco del parque con el administrador jefe a la luz del día —recitó Eberly, volviendo a hacer un gesto hacia el banco—. Por favor, póngase cómoda.

Se sentó en el banco como un atemorizado pajarillo, preparada para salir apresuradamente a la menor provocación.

Sentándose de modo que la tuviera al alcance del brazo, Eberly dijo:

—Quiero que hablemos de política.

Fue visible el alivio que sintió Jeanmarie:

—Y de ciencia —añadió Eberly.

—¿Sí?

—Deje que vaya directo al grano —prosiguió—. La reclamación de mandar al traste el protocolo de Crecimiento Cero es un claro peligro al trabajo de su marido.

—¿Un peligro? —Los ojos de la mujer se agrandaron—. ¿Y cómo es eso?

Eberly pasó la siguiente media hora explicándole cómo el crecimiento ilimitado de la población devoraría los recursos del hábitat, obligando al Gobierno una vez tras otra a dedicar buena parte de sus preciadas asignaciones de comida, fondos y personal al objeto de proporcionar lo que una población que crecía incansablemente exigía.

—No podremos seguir costeándonos un equipo científico —le dijo—. Incluso tendremos que reorganizarles para que trabajen en el hospital o en las plantas de procesamiento de comidas.

—Pero el CIU proporcionará el dinero necesario para las investigaciones —objetó Jeanmarie.

—Solo hasta cierto punto —replicó Eberly—. El CIU solo proporciona una pequeña parte de las necesidades del equipo científico. Se da por sentado que los ciudadanos del hábitat correrán con la mayor parte de los gastos. —Era casi cierto: exageraba, pero solo en parte.

Sentada en el banco, con la cabeza inclinada, Jeanmarie reflexionaba sobre lo que Eberly acababa de decirle. Por fin, lentamente, dijo:

—Lo que está diciendo es que si la reclamación tiene éxito y hace que el protocolo CCP se anule, peligrará la obra de mi marido y la de los demás científicos que trabajan con él...

—Lo más seguro es que sí. Pondrá un punto final a cualquier trabajo científico que se haya realizado en el hábitat.

—¿Y qué podemos hacer?

Eberly sonrió interiormente por aquel uso implícito del «nosotros». La tengo, se dijo. Hará lo que le diga que haga.

—Alguien tiene que alzar la voz contra esa reclamación —respondió, irradiando sinceridad—. Alguien debe decirles a las mujeres del hábitat que la reclamación dará al traste con la razón de que estemos aquí.

Jeanmarie asintió, pero aún parecía un tanto insegura.

Eberly le cogió las manos y miró directamente aquellos ojos ligeramente marrones:

—Jeanmarie... ¿puedo llamarte Jeanmarie?

—Sí —murmuró—. Por supuesto.

—Jeanmarie, no tenemos elección. Este hábitat puede ser el centro de la investigación científica más importante que se haya realizado en todo el sistema solar... —Vaciló para añadir dramatismo a su discurso—. O bien puede convertirse

en una sentina superpoblada, arrasada por el hambre y la inmundicia, como tantas naciones miserables de la Tierra.

—Ya veo. Entiendo.

—Y tú puedes ser la figura central que nos salve del colapso. La elección es tuya.

Jeanmarie Urbain se puso en pie, y cada línea de su menuda silueta mostraba determinación:

—Dime qué debo hacer —le dijo a Eberly.

Se levantó junto a ella:

—Sí —respondió—. Eso haré.

Ambos se sintieron aliviados de que ninguno hubiera mencionado su breve cita de dos meses atrás.

21 de marzo de 2096:

A media mañana

Ahí está otra vez, se dijo Vernon Donkman. Solo en aquel cuchitril que tenía por oficina, Donkman dedicaba una mirada colérica a la pantalla de su anticuado ordenador de mesa.

Como siempre, Donkman vestía una fúnebre túnica oscura y pantalones holgados, a pesar de que su piel había adquirido un cálido tono dorado, gracias a los tratamientos enzimáticos que había estado siguiendo. Pero, en aquel preciso momento, su aspecto era lo que menos podía preocuparle. Sus ojos ligeramente saltones miraban con encono la pantalla, donde aparecían las cifras sin cuadrar. Por cuarto mes consecutivo, el depósito principal del hábitat no cuadraba. La diferencia aún era minúscula, solo unos cientos de los nuevos dólares internacionales, pero a Donkman aquello le irritaba más que si hubieran sido mil millones.

Es una cifra irrisoria como para que alguien vaya a malversarla, pensó. Además, no ha habido ningún acceso no autorizado a las cuentas. Donkman había pasado tantas inacabables noches de insomnio repasando las cuentas, que hasta su mujer le había acusado de tener una aventura. No, le había asegurado Donkman. Su rival era el maldito sistema de cuentas, que se negaba a cuadrar las cifras como debía.

Por un tiempo, Donkman pensó que el problema debía estar en el ordenador. Había acudido a Eberly y le solicitó los servicios de los mejores analistas informáticos del hábitat. La mayoría de ellos se contaban entre el equipo científico comandado por Urbain y no estaban disponibles. Los que examinaron el programa de cuentas no encontraron ningún error ni en el programa ni en el propio ordenador. Donkman se pasó a otros ordenadores y llevó su querida computadora a que le hiciesen una revisión exhaustiva. No sirvió de nada. Las cuentas seguían sin cuadrar.

Para volverse loco. A finales de cada mes, el depósito principal mostraba aquel ligero y apenas significativo descuadre. Nunca era la misma cifra; nunca algo más de unos cientos de dólares. Cada mes, Donkman trataba de rastrear la fuente de aquella anomalía, pero, al no encontrarla, no le quedaba otro remedio que pasar por la humillación de corregir el depósito principal a mano. A veces incluso se veía obligado a añadir dinero para arreglar la diferencia. A veces tenía que restárselo. Alguna vez se detuvo a comprobar las sumas que había añadido o quitado cada mes, pero estas no coincidían ni aportaban nada, al menos, nada que a Donkman le resultase apreciable.

Donkman llegó a pensar que aquellos apagones intempestivos que el hábitat estaba sufriendo podían ser la causa del errático comportamiento del ordenador. Pero el sistema informático contaba con el refuerzo de una batería estacionaria triple y una serie de células de combustible. Jamás sufrían un bajón, ni siquiera cuando la luz se iba durante una hora o más.

Lo único que tenía cierta consistencia en todo aquel asunto era que, de media, el descuadre aparecía en intervalos de dos semanas. No el mismo día de la semana, ni a la misma hora del día, pero cada dos semanas, más o menos, las cuentas se descuadraban. Ni siquiera se trataba de dos semanas, para ser justos. Dieciséis días. No es que fuera exacto, pero la constante en que aparecían las diferencias tenía una media de unos dieciséis días. Cada dieciséis días, doce horas arriba o abajo, las cuentas sufrían un bache.

Para asegurarse de ello, Donkman había pasado casi veinte horas seguidas en su despacho, mirando la pantalla del ordenador, dieciséis días después de que tuviese lugar el último descuadre. Su mujer le había llevado la comida y la cena. Incluso se quedó con él, hasta que el aburrimiento fue tal que decidió marcharse a casa.

Donkman se quedó en la oficina, con los ojos clavados en los números que iban pasando por la pantalla. Lo que aquí se muestra es la vida interior del hábitat, se dijo. Cada transacción, daba igual lo pequeña que fuese, daba igual si era entre un zapatero y su cliente o entre el banco central del hábitat y un banco en la Tierra o la Luna, cada transacción desfilaba ante sus ojos. Al final de la pantalla, una barra mostraba el monto general a que ascendía el depósito principal.

Donkman debió de quedarse traspuesto por unos segundos. Se despertó dando un respingo, parpadeó, y vio que el total del depósito principal tenía ahora un descuadre de ciento cincuenta nuevos dólares internacionales.

Quiso gritar.

Jake Wanamaker ya estaba en el laboratorio de simulaciones cuando llegó Gaeta. El enorme exalmirante estaba sentado en una de las mesas que había al fondo de la sala, con los hombros hundidos y la cabeza inclinada sobre su portátil.

—Buenos días, amigo —saludó Gaeta en tono amistoso—. Has venido temprano.

Wanamaker se volvió hacia Gaeta; tenía un aire sombrío:

—No la estoy cagando, ¿verdad?

—Lo estás haciendo bien —dijo Gaeta, pasando junto a la enorme mole cuadrangular de color negro que conformaba la apagada cámara del simulador en dirección a Wanamaker—. Otro par de meses más y...

—No tenemos dos meses —repuso Wanamaker—. Debemos ir hasta los anillos antes de que Holly y Eberly celebren su primer debate.

—No veo motivos para ello.

Con un vago ademán de su enorme y carnosa mano, Wanamaker dijo:

—Pancho dice que eso es lo que Holly quiere, y Holly dice que eso es lo que Wunderly quiere.

Gaeta se dejó caer pesadamente en la silla que había junto a Wanamaker:

—¿Así que nosotros tenemos que jugarnos el culo porque las mujeres quieren que así sea?

—Tengo miedo de matar a Pancho cuando estemos ahí fuera —respondió

Wanamaker, con una voz dura e incommovible.

—La recogida es bastante chunga, la verdad.

—Pues entonces será mejor que consigamos un tipo mejor que yo para llevar la nave.

—¿Tavalera?

—El mismo.

—No quiere hacerlo.

Con una expresión tan grave como la de un verdugo, Wanamaker replicó:

—Llevemos al muchacho a comer con nosotros y metámosle un poco de juicio en las entendederas.

Gaeta asintió, pero con una idea en la cabeza: Raoul tiene más juicio que nadie. Le asusta llevar la nave, y es lo bastante inteligente como para decir «no».

Saltaba a la vista que Timoshenko no se sentía nada cómodo cuando se sentó ante la fastidiosamente impoluta mesa de Eberly.

—Ya se lo he dicho antes —estaba diciendo el ingeniero—. No soy ningún jefe.

Eberly se mecía ligeramente en su silla de respaldo alto y trató de elaborar su sonrisa más seductora:

—Está haciendo un buen trabajo como jefe de Mantenimiento externo.

Timoshenko le miró con el ceño fruncido:

—No quiero ser director de todo el departamento de Mantenimiento. Usted mismo ha dicho que es demasiado trabajo para una sola persona.

—Es demasiado trabajo para alguien como Aaronson. Estoy convencido de que usted podría hacerlo.

—Declinaré ese honor.

Eberly unió las puntas de los dedos. Por unos instantes no dijo nada, mientras dejaba que su mente trabajase furiosamente. Tiene que haber un modo de empujarle a ello, pensó. Tiene que haber algo que el tipo desee. Por fin respondió:

—La gente de este hábitat merece tener al mejor hombre posible como responsable del departamento de Mantenimiento.

Timoshenko ni siquiera pestañeó:

—Pues encuéntralo. O encuéntrala. Hay cientos de ingenieros entre nosotros.

—El ordenador escogió su nombre de la lista de personal cualificado —mintió Eberly.

—Vuelva a escoger y asegúrese de apartar mi nombre de la lista.

—Aaronson ha tenido que desmarcarse —dijo Eberly, sintiendo que perdía la paciencia. Este ruso es demasiado obstinado y sabe lo que le conviene—. No podemos permitirnos más apagones, ni pérdidas de energía. Es peligroso.

—Estoy de acuerdo, pero estoy hasta arriba con el trabajo de mantenimiento externo. Y sabrá que también es muy importante.

—Puede llevar adelante las responsabilidades tanto del mantenimiento interior

como del exterior. Sé que puede.

—Mire —dijo Timoshenko, inclinándose hacia delante en su silla con un gesto serio—. Trabajo en el exterior. Y ya es mucho trabajo. Salgo con mi equipo. Me ensucio los guantes. Si además de eso acepto el trabajo del interior, acabaré sentado ante una mesa, diciendo a los demás lo que deben hacer. Me convertiría en un burócrata, al igual que esos zánganos que tiene ahí sentados en su oficina. Y no quiero que eso ocurra.

—¡Pero es necesario! —rogó Eberly—. Estos apagones intempestivos están yendo a peor. Tengo que reemplazar a Aaronson.

—No seré yo quien le sustituya —zanjó con firmeza Timoshenko. Sentado al otro lado de la mesa, frente a Eberly, cruzó los brazos sobre su pecho y compuso un gesto ceñudo e imperturbable que oscureció los duros rasgos de su rostro.

Exasperado, inseguro de qué debía hacer para que aquel tipo aceptase su oferta, Eberly dijo en un tono suave:

—Bueno, ¿al menos pensará en ello? Estoy seguro de que en cuanto recapacite sobre los...

El ingeniero se puso en pie.

—Pensaré en ello cuando en Siberia crezcan palmeras. Y aun así la respuesta será «no».

Y, volviéndose, abandonó la oficina, dejando a Eberly sentado a su mesa con la boca abierta.

La puerta se cerró con un leve clic. Eberly se dijo: Tiene que haber una manera de que haga lo que quiero. Todo hombre tiene una flaqueza, un talón de Aquiles. Todo hombre quiere algo, algo que no puede tener. ¿Qué es lo que quiere este ruso tan obstinado? ¿Cuál es su deseo más secreto? Tengo que echar un vistazo a fondo a su archivo personal, estudiarlo en detalle. Tengo que encontrar su flaqueza.

A las doce y media la cafetería estaba en lo más álgido, hormigueante de gente ruidosa que se alineaba ante los mostradores de servicio, ocupando mesas, encontrándose con los amigos, hablando, riendo, haciendo chocar la cubertería y los platos. Una mezcla de olores ondeaba en la sala: pseudocarne a la brasa, café hirviendo, la penetrante y ácida dulzura de los pasteles recién sacados del horno...

Sentado entre Wanamaker y Gaeta, el rostro alargado y sombrío de Raoul Tavalera tenía una expresión que fluctuaba entre la ceñuda suspicacia y una cólera hosca.

—Necesitamos a un segundo hombre a bordo —le estaba explicando Wanamaker—. No soy tan buen piloto como para hacer todo el trabajo yo solo.

A lo que Gaeta añadió:

—No te lo pediríamos si estuviera en nuestras manos, amigo. Jake puede llevar la nave hasta los anillos sin problemas, pero va a necesitar ayuda a la hora de recoger a Pancho al final de la misión.

—Mirad, chicos, como ya os he dicho...

Wanamaker le cortó en redondo:

—Es una cuestión de vida o muerte, tío.

Tavalera asintió, sombrío:

—Sí. Mi vida y mi muerte.

—De Pancho —le corrigió Wanamaker—. No voy a permitir que salga ahí fuera y se juegue el cuello a menos que esté absolutamente seguro de que puedo traerla de vuelta.

—Viva —apuntó Gaeta.

—Buscaos a otro —murmuró Tavalera, bajando la vista a la bandeja de su almuerzo.

—No hay tiempo para buscar a otro y entrenarlo. Debemos hacer esto en unas semanas —dijo Wanamaker—. Antes del debate entre Eberly y Holly.

Aquello prendió algo de interés en los ojos de Tavalera:

—¿Qué tiene que ver el debate en todo esto? —preguntó.

Gaeta respondió:

—Eberly va a centrar el tema en explotar los yacimientos de los anillos y vender agua helada a las ratas que viven en el cinturón, Selene y las demás ciudades de la Luna.

—¿Y?

—Wunderly quiere demostrar que en los anillos hay organismos vivos —dijo Wanamaker—. Eso impediría que pudieran explotarse los yacimientos de los anillos.

—¿Y pretendéis que me juegue el cuello por eso? —preguntó Tavalera.

—Tú quieres que Holly gane las elecciones, ¿no?

Los ojos de Tavalera brillaron otra vez, pero se arrellanó en la silla y murmuró:

—¿Qué diferencia hay?

Wanamaker iba a responder, pero Gaeta levantó una mano para silenciarle:

—Oye, Jake, ¿por qué no traes otra taza de café? Tengo algo que decirle a Raoul, algo que debe quedar entre él y yo.

Por un momento, Wanamaker lanzó una dura mirada a Gaeta, pero después se levantó y atravesó la atestada cafetería hacia las cafeteras.

Encorvándose sobre Tavalera, Gaeta dijo:

—Mira, muchacho, Kris me ha hablado de lo que hay entre tú y Holly. —Antes de que Tavalera pudiera contestar, Gaeta prosiguió:

—Y aunque no merezca la pena, Holly se siente bastante mal por la pelea que habéis tenido. ¿Quieres ayudarla a ganar las elecciones? ¿Quieres volver con ella? Entonces lleva la nave.

Con una mirada furibunda, Tavalera dijo:

—Eso es lo único que le interesa. No le importo una mierda. Solo quiere utilizarme.

—No seas *cabrón*, sabelotodo. A Holly le importas mucho más de lo que crees.

Ya era así antes de que toda esta historia de los anillos apareciese en vuestras vidas, ¿no es verdad?

—Quizá. Supongo que sí.

—Pues entonces. Y sois tan *idiotas* como para haberos metido en un berenjenal, pero no sabéis cómo salir del aprieto.

—Ella cree que soy un cobarde —gruñó Tavalera.

—Demuéstrale entonces que no lo eres.

—¿Por qué no vas tú? —preguntó Tavalera—. Tú eres el que ha hecho todas esas proezas. Ya has estado allí antes.

Gaeta iba a replicar, pero dudó en hacerlo. ¿Por qué no voy yo?, repitió para sí. ¿Por qué le pido a este muchacho que haga algo que debería hacer yo? ¿Por qué estoy intentando asustar a este chaval para que haga algo que yo puedo hacer mejor que nadie?

Porque tengo miedo, se respondió. Me he jugado el pellejo muchas veces; pero tal vez es ahora cuando por fin saldrá mi número. Por eso le estoy pidiendo a este chico que haga lo que debería hacer yo.

Tomó aire profundamente y lo soltó despacio:

—Tienes razón —reconoció Gaeta—. Tienes toda la razón.

Tavalera se quedó boquiabierto.

Antes de que pudiera decir nada, Wanamaker regresó a su silla y cuidadosamente colocó su taza llena de café reciente en la mesa antes de sentarse. Su escarpado rostro parecía oscurecido como por una nube que anticipa la tormenta.

—Jake —dijo Gaeta en tono amistoso—. Cambio de planes. Yo iré a los anillos. Tú y Pancho llevaréis la nave y yo cogeré las muestras que Wunderly necesita.

El humor de Tavalera pareció mejorar:

—Yo puedo llevar el control de la misión.

—Cierto —admitió Gaeta.

Los ojos de Wanamaker se estrecharon:

—¿De veras quieres hacerlo? —le preguntó a Gaeta.

Sintiéndose lleno de emoción, aunque muy a su pesar, Gaeta replicó:

—Es el único modo de que esta puñetera misión salga adelante.

—A Kris no le va a gustar.

Con un gesto poco entusiasta, Gaeta se encogió de hombros y respondió:

—Kris tendrá que aceptarlo. Mi última misión. Y luego se acabó. Más vale.

Wanamaker se mantuvo en silencio, pensando: es lo mejor que a Pancho le puede pasar. Puede pilotar la nave. Yo le serviré de refuerzo y le ayudaré a recoger a Manny cuando este se haya hecho con las muestras.

La mirada del exalmirante se volvió hacia Tavalera, que ahora parecía realmente aliviado. Además, se dijo Wanamaker, de esta manera no tendré que dejar al niño en mitad del bosque y hacer que se cague en los pantalones.

21 de marzo de 2096:

Noche

Varias veces durante la cena, Gaeta trató de decirle a Kris Cardenas que había decidido llevar él mismo la nave. Mientras comían en la pequeña mesa plegable de la cocina, hizo lo que pudo para que las palabras saliesen de su boca. Pero cada vez que lo intentaba se preguntaba por dónde debía empezar. Cardenas hablaba de cómo le había ido el día en el nanolaboratorio.

¿Se lo habrá contado Tavalera?, se preguntó. Le partiré el culo a ese niño si se ha ido de la lengua.

Pero Cardenas siguió hablando como si no hubiera sucedido nada fuera de lo habitual. Gaeta comía mecánicamente, con la cabeza inclinada sobre el plato.

Puedo volar sobre las nubes de Júpiter, se dijo, pero no puedo decirle a esta mujer que voy a hacer algo que ella no quiere que haga. El valor llega envuelto en paquetes de lo más raros.

Por fin Cardenas dijo:

—Déjame adivinarlo.

Gaeta levantó la vista:

—¿Eh?

La expresión de Cardenas se había tornado más seria:

—Vas a ir a los anillos, ¿verdad?

—Iba a decírtelo —replicó—. Pero no sabía cómo.

—Me lo imaginaba.

—¿Te lo ha dicho Raoul?

Cardenas negó con la cabeza:

—Estaba más contento que de costumbre cuando regresó de comer, pero no, no dijo nada de la misión a los anillos.

—Lo has descubierto tú.

—No se necesita ser un Sherlock Holmes, teniendo en cuenta la forma en que te has comportado durante la cena.

—No hay más remedio —repuso Gaeta.

—Sí lo hay. —Los ojos azules de Cardenas se clavaron en él—. Puedes decirle a Nadia que esto se ha acabado. Nadie se arriesga, nadie sale malparado.

—Salvo Nadia.

—Lo superará.

—¿Y si de veras hay seres vivos en los anillos? —le preguntó Gaeta—. Si explotamos los yacimientos podríamos matarlos, acabar con ellos.

—¿Se te ha ocurrido pensar que si de veras empieza la explotación de los anillos, Nadia podría tomar sus muestras para entonces? Y si encuentra organismos en las partículas de hielo, podría montar un escándalo y detener la explotación.

Gaeta se quedó en silencio durante unos instantes, asimilando la idea. Luego dijo:

—¿Crees en serio que Eberly detendría las operaciones de excavación una vez empezadas? ¿Crees que la gente de este cubo aceptará cerrar la espita del dinero porque estamos haciendo pupa a unas criaturas microscópicas que habitan en el hielo?

—Tendrían que hacerlo —respondió Cardenas—. La AIA les obligaría a ello.

—No sin oponer batalla. Y podría irse de las manos, Kris. La *Goddard* contra la AIA. Las ratas de las rocas se pondrían de nuestra parte. Quizá también Selene. Todos juntos luchando contra la Tierra.

Cardenas le miró:

—¿Hablas de auténtica lucha? ¿Como una guerra? ¿Una matanza?

—Como una guerra. Una matanza.

Aquello acalló a Cardenas durante un rato. Gaeta podía ver el conflicto de sus emociones trazándose en su rostro.

—Es mejor ir a los anillos ahora y averiguar qué hay antes de que empiecen a excavar —dijo.

Cardenas seguía sin decir nada, silenciada por el remolino de sus pensamientos.

—De otro modo habrá una verdadera lucha. Podría morir mucha gente —prosiguió Gaeta.

Por fin, Cardenas levantó la vista:

—Así que vas a arriesgar tu vida.

Gaeta le sonrió:

—Así es como me gano la vida. ¿Recuerdas?

—Te has retirado.

—Es mi regreso a la escena. —Intentó que aquello sonase frívolo, casi gracioso. Pero Cardenas no le devolvió la sonrisa.

—Quieres ir, ¿verdad?

Gaeta titubeó, pero respondió:

—No, no quiero. No soy uno de esos machitos de cabeza cuadrada. Esto me asusta, esa es la verdad. Pero tengo que hacerlo. No hay nadie más: Pancho o Jake o Raoul o la propia Nadia. Yo soy la persona que puede hacerlo. La única. Te amo, guapa, pero así están las cosas.

En voz baja, Cardenas dijo:

—Yo también te amo. —Y, en silencio, añadió: pero ahora desearía que no fuese así.

Hicieron el amor aquella noche como dos salvajes, como si fuera la última vez que estarían juntos.

Después, tendido en la cama y mirando las sombras de su habitación, Gaeta se dijo a sí mismo: ¡Idiota! Maldito estúpido. Arriesgar todo esto, una mujer que te adora, la vida que te ha dado... ¿Para qué? ¿Por qué? Pero sabía la respuesta: porque nadie más puede hacerlo. Al menos, yo tengo la opción de salir vivo de aquí. Estaría

enviando a Pancho y Jake a una muerte segura si les dejo ir. De esta manera, al menos el único que morirá soy yo.

Tendida junto a él, Cardenas pensaba: si Manny muere en esta puta misión mataré a Nadia. La abriré en pedazos con mis propias manos.

Wanamaker se lo contó a Pancho y Pancho, como no podía ser menos, se lo contó a su hermana. Holly estaba en su apartamento, tratando de escribir un discurso, cuando Pancho la telefoneó. Holly había pasado un día extenuante que culminó con la reunión del comité que Estela Yáñez había organizado para conseguir el número exigido de firmas con las que sacar adelante la reclamación contra el protocolo CCP. Orgullosa, la señora Yáñez había dicho que la firma de su esposo debía ser solo el prólogo de las otras.

Un tanto molesta por la interrupción, Holly iba a dejar que la memoria de respuesta automática recibiese el mensaje cuando vio que era su hermana quien llamaba.

El rostro de Pancho reemplazó a las palabras del inacabado discurso en la pantalla mural:

—Te traigo noticias —saludó Pancho, sonriendo como un gato ahído de canarios.

—Espero que sean buenas —repuso Holly, reprimiendo un bostezo.

—Manny va a ir a los anillos. Yo pilotaré la nave y Jake será mi lugarteniente.

Holly parpadeó una vez, dos.

—Los muchachos habían tratado de persuadir a Tavalera para que volase junto a Jake, pero ya no tendrán que hacerlo.

—Oh —dijo Holly—. No tenía ni idea de que estaban tratando de meter a Raoul en esto.

—Él se encargará del control de la misión. Desde aquí, el hábitat.

—Oh —volvió a decir Holly, sintiendo la cabeza bullir, confusa.

La sonrisa de Pancho se hizo más amplia:

—Si yo fuera tú, hermanita, llamaría a mi novio y le felicitaría. El control de la misión es una asignación ciertamente importante.

Holly negó con la cabeza:

—Me conoce demasiado.

—¿Y qué?

—No puedo, Panch. Haría que las cosas solo fuesen a peor.

Bromeando, Pancho frunció el ceño:

—Escucha, hermanita. Baja esos humos y llama al chaval. Le quieres, ¿no? ¡Pues que se entere!

—Gracias por el consejo, Panch.

Su hermana sabía demasiado bien cuándo estaba de más:

—Dar consejos es fácil, pequeña. Lo difícil es aceptarlos.

La pantalla se oscureció.

Holly volvió a su discurso. Jesús, se dijo, de haber sabido que presentarse al puesto era tan duro, no me lo hubiera ni planteado. Le había pedido a Zeke Berkowitz que le ayudase con la redacción de su discurso, pero Berkowitz había declinado hacerlo con toda la educación que pudo.

—Estoy cubriendo las noticias, Holly —explicó—. Debo ser imparcial.

Holly resolvió echar un vistazo a los archivos de personal y ver si había escritores o periodistas en el hábitat que pudieran echarle una mano. Los nombres se difuminaban mientras ella los leía en la pared inteligente. Mejor que me vaya a la cama, se dijo Holly, antes de que me caiga de sueño en la mesa. Fue entonces cuando el teléfono volvió a sonar.

«Raoul Tavalera», leyó impreso en la barra de información de la pantalla. De pronto, no sintió ni el cansancio ni el aturdimiento.

—¡Raoul! —exclamó, cuando su apesadumbrado rostro apareció en la pantalla.

—Hola —dijo—. ¿De qué querías hablarme?

Sorprendida, Holly replicó:

—Eres tú quien ha llamado.

—Sí. Tu hermana me ha dicho que querías hablar conmigo de algo importante.

¡Pancho! La primera reacción de Holly fue un ramalazo de cólera. Pero luego vio a Raoul mirándola, con sus ojos clavados en ella. Pancho le ha dicho que me llame y lo ha hecho, incluso a estas horas.

Recuperando la calma, Holly dijo con voz plana:

—Quería felicitarte por haber conseguido el trabajo de controlador en la misión de los anillos. Es un cargo muy importante.

Tavalera casi sonrió:

—Gaeta va a ir a los anillos. Tu hermana y su novio van a pilotar el transbordador.

Asintiendo, Holly replicó:

—Sí, Pancho me lo ha dicho.

Ninguno de los dos dijo nada durante unos segundos. Luego, Tavalera preguntó:

—¿Es de eso de lo que me querías hablar?

Holly iba a asentir, pero se contuvo:

—No, Raoul. Hay algo más.

—¿El qué?

Haciendo acopio de todo su coraje, Holly se enderezó en su asiento y le dijo:

—Raoul, lamento haberte hecho pensar que solo estaba interesada en ti porque quería que tú pilotases la nave en la misión de los anillos. Pero me enamoré de ti antes de que esta estúpida misión apareciese en nuestras vidas.

¡Ya está!, pensó. Lo he dicho. He usado esa palabrita que empieza por «e». Contuvo el aliento, esperando la respuesta de Tavalera.

La pétrea expresión de Tavalera pareció fundirse, y sus ojos relumbraron:

—Jesús, Holly, yo también estoy enamorado de ti.

Holly sintió como si estuviera bailando por la habitación.

—Ven, Raoul. Y trae una botella de vino.

—¡Champán! —dijo este, con una sonrisa que no le cabía en la cara.

Diario oral del profesor Wilmot

Todo el hábitat rezuma política. Nunca hubiera esperado que estos apáticos y poco voluntariosos marginados de las sociedades terrestres pudieran emocionarse tanto por una campaña política. Pero lo cierto es que están organizando cuestaciones, preparando desfiles, llenando los informativos de noticias con discursos y especulaciones sobre quién será nuestro próximo administrador jefe.

¿Veis? Incluso yo me he visto imbuido por el espíritu de la situación. He dicho «nuestro», ¿verdad? Voy a retroceder un poco para comprobarlo. Sí, «nuestro». Menuda actitud para un antropólogo que, se supone, estudia a esta gente desde fuera.

Eberly ha conseguido que todo el mundo se sienta atraído por los proyectos de enriquecimiento derivados de explotar los anillos de Saturno en busca de agua helada. Ya está recibiendo ofertas para llevar agua a los hábitats mineros de Ceres, en el cinturón de asteroides, y hay rumores de que Selene desea formalizar un contrato a largo plazo para adquirir agua.

Por otra parte, Holly Lane ha hecho que la mayoría de las mujeres se vuelquen en el protocolo de Crecimiento Cero. Da la impresión de que no le costará conseguir las firmas para lograr su erradicación. Un buen número de hombres están firmando la reclamación, probablemente porque sus mujeres se niegan a tener sexo si antes no lo hacen. Lisístrata hecha realidad. El viejo Aristófanes se debe estar partiendo el pecho de la risa.

Solo una tímida voz se ha alzado contra el plan de Eberly de explotar los yacimientos de los anillos: la de esa mujer que asegura que en el hielo hay organismos vivos. Hay rumores de que trata de enviar una misión a los anillos para recoger muestras que prueben su afirmación, pese a la oposición de Eberly.

Mientras tanto, el pobrecito Urbain aún intenta retomar el contacto con ese vehículo que tiene en la superficie de Titán. La máquina no ha enviado ni un solo dato desde que aterrizó, cuatro meses atrás.

29 de marzo de 2096: Oficina de Eberly

—Creo que sé por qué han solicitado este encuentro —dijo Eberly, con un rastro de petulancia en su expresión.

Jake Wanamaker y Manuel Gaeta se sentaban en las dos sillas de cuero y cromo ante la mesa de Eberly. Ni Gaeta ni Wanamaker parecían mínimamente intimidados o serviles. Por el contrario, Gaeta se mostraba de lo más resuelto, y Wanamaker absolutamente beligerante.

—Hemos venido a informarle de que vamos a utilizar uno de los transbordadores —dijo Wanamaker.

—Para emprender otro vuelo a los anillos —continuó Eberly—. Ya he sabido de su pequeña misión. ¿Es por la doctora Wunderly, verdad?

—Así es —replicó Wanamaker.

—¿Y por qué razón voy a ayudarles a dirigir una misión que podría confirmar que hay criaturas vivas en los anillos? Eso no serviría de mucho a los intereses de este hábitat.

—Quizá no sirva a sus intereses —replicó Wanamaker sin inmutarse.

Sonriéndoles, Eberly dijo:

—Mi interés es el bienestar de este hábitat. Como administrador jefe, soy el responsable...

—Ahórrese esa mierda —murmuró Gaeta—. De todas maneras no le vamos a votar...

Eberly prorrumpió en una risa amarga:

—¿Entonces por qué debería ayudarles?

—Como usted ha dicho —replicó Wanamaker—, por el bien del hábitat.

—¿Y cómo es que encontrar unas criaturas vivas en los anillos beneficiaría al hábitat, si no es para atraernos otra horda de científicos? Vamos a explotar los yacimientos de esos anillos por su contenido en agua; y no queremos que se nos interponga ningún científico con buenas intenciones que piense que cada bichito que hay en el sistema solar es sagrado y no se le puede tocar. —Mirando a Gaeta, añadió—: Usted quería ir a la superficie de Titán y Urbain no se lo permitió, ¿recuerda? ¿Por qué iba ahora a ayudar a los científicos?

Antes de que Gaeta pudiera replicar, Wanamaker inclinó su cuerpo de anchos hombros sobre la mesa; en un acto reflejo, Eberly echó hacia atrás su silla para alejarse de él:

—Deje que le diga cómo están las cosas —empezó Wanamaker, mostrando los gruesos nudillos de su puño derecho. Extendió el dedo índice:

—En primer lugar, pongamos que no vamos a los anillos y usted empieza las operaciones de excavación. Los científicos examinarán algunas de las partículas de

los anillos que sus mineros traerán consigo. Encuentran organismos en el hielo. Avisan al CIU. El CIU pide a la Asociación Internacional de Astronáutica que detenga las prospecciones.

En la bien cincelada mandíbula de Eberly se dibujó una muesca:

—Solo porque esos burócratas de la Tierra...

Wanamaker lo silenció únicamente con levantar otro dedo:

—Vale, usted le dice a la AIA que se meta sus tonterías allí donde el sol no brilla. Ellos envían una nave repleta de pacificadores para asegurar que se respeta la prohibición de no excavar en los anillos. ¿Qué hace usted entonces?

Frunciendo el ceño, arañando unos segundos para pensar en algo, Eberly trató de ganar tiempo con su respuesta:

—No enviarían tropas. No tan pronto.

—Quizá no tan pronto, pero antes o después lo harían. Toda la comunidad científica, desde Mercurio a este hábitat, pondría el grito en el cielo por el asesinato de las criaturas de los anillos.

—Impugnaríamos la decisión en la Corte Mundial.

—Y perderían.

—Nos declararíamos una nación independiente, no sujeta a las regulaciones de la AIA.

Asintiendo, Wanamaker dijo:

—Podría hacerlo. Las ratas de roca que hay en Ceres probablemente le apoyarían: necesitan el agua. Quizá incluso Selene se pondría de su parte. ¿Y qué tendría a cambio?

—Una guerra —replicó Gaeta—. Una guerra interplanetaria.

—Que sin duda no ganaría —terminó Wanamaker con voz lúgubre—. Esta cáscara de huevo sería barrida en un abrir y cerrar de ojos.

Eberly ahondó el tono de voz:

—No harían tal cosa.

—¿Está seguro? ¿De verdad se arriesgaría a probar?

Durante un buen rato la oficina se quedó sumida en el silencio, salvo por el susurro del aire que circulaba a través de los conductos de ventilación.

Wanamaker levantó un tercer dedo:

—Por otra parte, supongamos que vamos hasta los anillos y descubrimos que Wunderly estaba equivocada, y no hay ningún bicho en las partículas de hielo. En ese caso, tiene vía libre para hacer lo que quiera.

—Pero si de veras hay criaturas vivas...

—Si hay criaturas vivas, se sabrá antes o después —insistió Wanamaker—. No podrá mantenerlo en secreto toda la vida. ¿No es mejor que lo sepa ahora, antes de que empiece a hacer promesas que luego no será capaz de cumplir?

—Y antes de que empiece una puta guerra —espetó Gaeta.

Eberly trataba de pensar en algo tan rápido como le era posible. Una guerra.

Nuestro hábitat puede acabar siendo destruido, igual que barrieron el hábitat de las ratas de roca de Ceres. Podemos morir aquí. ¡Yo puedo morir!

—Necesitamos su aprobación para utilizar uno de los transbordadores —dijo Wanamaker—. Tiene el formulario en el buzón de correo. No necesita más que su firma.

Si de veras encuentran criaturas vivas en los anillos, pensaba Eberly, puedo culpar a los científicos de la imposibilidad de excavar en los anillos. Puedo culpar al CIU y a la AIA. La gente verá que no es culpa mía. No me culparán a mí. Con todo, me votarán.

—¿Y bien? —preguntó Wanamaker—. ¿Qué decide?

Estoy atrapado. Da igual lo que haga, estoy atrapado.

—¿Qué decide? —repitió Gaeta.

Puedo hacer ver a los votantes que me he visto obligado a no seguir adelante con la idea de excavar en los anillos, pensó Eberly. O quizá les pregunte si quieren luchar por sus derechos. ¡Sí! ¡Eso es! Les llevaré a la batalla por la independencia. Haré un llamamiento a la gente de la Tierra para que no nos destruyan, no maten a diez mil hombres y mujeres por un puñado de bichos microscópicos. Eso puede funcionar. No tiene por qué haber una guerra. Y si es así, puedo negociar un acuerdo de paz, convertirme en un pacificador. El hombre que salvó el hábitat de la destrucción.

Wanamaker se aclaró la garganta.

Eberly exclamó:

—¡Ordenador!

La pantalla inteligente que había a la izquierda de la mesa comenzó a brillar. Eberly pidió el documento que Wanamaker le había enviado. Apareció en la pantalla. Cogió una estilográfica de la mesa y puso su nombre en la alfombrilla táctil del ordenador. Su firma apareció en el documento que mostraba la pantalla mural, enérgica y fluida.

Wanamaker se puso en pie, satisfecho:

—Gracias, señor. Ha hecho lo correcto.

—Sí —respondió Eberly—. Ya veremos.

Gaeta también se incorporó:

—Ahora debemos irnos a esos puñeteros anillos.

Eberly asintió, pensando para sí: espero que os matéis ahí fuera. Vosotros y toda vuestra tripulación. Incluida Pancho Lane.

12 de abril de 2096:

Mañana

—¡Nos vamos a perder el debate! —dijo Tavalera, mientras observaba cómo Gaeta se introducía en el voluminoso traje espacial.

—No os preocupéis —exclamó Timoshenko desde detrás del traje, donde se había colocado para ayudar a Gaeta a introducirse por la escotilla de la espalda—. Lo van a repetir en los informativos de noticias al menos seiscientos veces.

Habían trasladado el traje espacial de Gaeta en la plataforma rodante, como el sarcófago de un gigante, hasta la cámara exterior del compartimento estanco que había en los suburbios del hábitat, el único compartimento lo suficientemente grande para acomodar el voluminoso traje blindado. Luego, con la ayuda del propio Gaeta, habían usado el torno superior para poner en pie el traje sobre las gruesas suelas de las botas. Gaeta abrió la escotilla que había en la parte posterior del traje e ingresó en su interior. El transbordador que debía llevarlo hasta los anillos estaba acoplado en el exterior del compartimento. Pancho y Wanamaker empezaron la cuenta atrás para el lanzamiento. Tavalera había llevado cuatro ordenadores desplegables para monitorizar los sensores del traje y realizar las comunicaciones, y los adhirió a las mamparas de metal raspado porque no había paredes inteligentes en la zona del compartimento. Cuando la cabeza de Gaeta asomó por el visor del casco, Tavalera encendió el intercomunicador.

—¿Puedes oírme, Manny?

—Alto y claro. Baja el volumen un poco, si quieres.

Timoshenko comprobó la escotilla del traje para asegurarse de que estaba bien cerrado, y luego regresó a la hilera de ordenadores desplegados para unirse a Tavalera.

Les llevó varios minutos ejecutar la lista de comprobación. Por fin, Tavalera dijo:

—Puedes entrar al compartimento estanco.

Gaeta se volvió lentamente, como un monstruo salido de una vieja película de terror, mientras Timoshenko corría hacia la escotilla interior del compartimento y tecleaba la combinación en la placa incrustada a la pared que servía para abrirla. La escotilla se deslizó suavemente hacia su interior, y Gaeta pasó los pies cuidadosamente sobre su umbral. Cuando la escotilla se cerró de nuevo, con Gaeta en su interior, Timoshenko volvió a toda prisa a los ordenadores que cubrían las mamparas, donde Tavalera le esperaba.

—Despresurizando el compartimento estanco —avisó Tavalera.

Oyeron la voz de Gaeta desde el ordenador que empleaban para las comunicaciones:

—Recibido. Despresurizando.

Levantando la vista de las pantallas para dirigirla a Timoshenko, Tavalera dijo:

—Agradezco de veras que nos estés ayudando con esto.

Timoshenko se encogió de hombros:

—Ahora soy uno de los jefazos, el tiempo me sobra. No tengo otra cosa que hacer salvo sentarme a una mesa y escuchar discursos.

Y tener esperanza en el futuro, añadió para sí.

A Timoshenko no se le había pasado por alto, cuando Eberly le llamó para que se presentase en sus oficinas, que el administrador jefe iba a retorcerle el brazo un poco más. A primeras horas del día, el hábitat había sufrido un nuevo apagón que se había prolongado durante una hora, el tercero en las últimas seis semanas. Ahora ya era de noche, bien entrada la hora de la cena, y las mesas de la oficina exterior se hallaban vacías. Las luces cenitales estaban apagadas; solo alguna desperdigada lamparilla de mesa rompía la oscuridad.

Llamó una vez a la puerta de Eberly y después abrió. Eberly estaba sentado a su mesa. Como siempre, esta se hallaba inmaculadamente limpia, y su superficie resplandecía a la impávida luz de las lámparas del techo.

—A la hora exacta —dijo Eberly, sonriendo ampliamente, mientras con un gesto invitaba a Timoshenko a sentarse en una de las sillas que había ante la mesa.

Timoshenko se sentó sin pronunciar una palabra.

—Esta tarde he despedido a Aaronson —dijo Eberly, sin más preámbulos—. No podemos seguir teniendo estos apagones. Así que voy a designarle director de todo el departamento de Mantenimiento.

—Declinaré ese honor.

Aún sonriendo, Eberly abrió el cajón de la mesa y sacó una hoja de plástico:

—Su mujer es bastante guapa —comentó, deslizando la hoja al otro lado de la mesa.

Timoshenko no se atrevió a cogerla. Simplemente, mirar el adorable rostro de Katrina era suficiente para hacer que su corazón le brincase en el pecho.

—Mi exmujer no tiene nada que ver con esto —dijo, con los dientes apretados.

—He preguntado por ella a las autoridades de Moscú. No ha vuelto a casarse. Y por lo que parece, su deseo es venir aquí —replicó Eberly—. Parece que está ansiosa por reunirse con usted.

La primera reacción de Timoshenko fue saltar sobre la mesa y emprenderla a golpes contra aquel sucio bastardo. Pero pudo contenerse, aunque con esfuerzo.

—Podría volver a estar con ella —prosiguió Eberly—, una vez acepte el puesto de director del departamento de Mantenimiento. Para entonces, será un importante miembro de la comunidad de este hábitat, y ella...

—¡No quiero que ella venga! ¡No quiero que se vea exiliada de la Tierra!

Eberly sacudió la cabeza como un maestrillo decepcionado por la respuesta de su pupilo.

—Veo que eres la víctima de un pensamiento incapaz de organizarse

correctamente, Ilya. Para ti este hábitat es un lugar de exilio, una prisión, un gulag.

—¿Y no lo es?

—Ni de lejos. Es el lugar más confortable, e incluso lujoso, que jamás hayas conocido en toda tu vida. Admítelo. ¿Acaso sus condiciones no son mejores de las que hay en Rusia? ¿No te sientes más libre de lo que jamás fuiste allí? ¿No gozas de una posición mucho mejor, no eres un hombre respetado?

Timoshenko no pudo responder. Quería meterle a Eberly aquellas palabras en la garganta, pero sabía que lo que le estaba diciendo era bastante cierto. Con la salvedad de que Timoshenko jamás podría escapar de aquel mundo creado por la mano del hombre. Nunca podría regresar a Rusia. Nunca más vería su hogar. Nunca vería a Katrina, ni volvería a escuchar su voz. Lujosa o no, sigue siendo una prisión, se dijo.

Inclinándose sobre la mesa y señalando con un dedo al ingeniero, Eberly prosiguió:

—Vives mucho mejor de lo que vive tu mujer, ¿sabes? Para tu información, me he interesado en las condiciones en que vive. Y su vida no se parece ni de lejos al nivel de confort y respeto de que tú disfrutas aquí.

—¿Está... está bien?

—Vive en un pequeño estudio y trabaja como ayudante en la biblioteca pública de Kaliningrad. Es un suburbio de Moscú, creo.

—¿Ayudante? Pero si tiene un doctorado en Ciencias de la Comunicación...

—Podría estar aquí en seis meses, incluso menos —le tentó Eberly—. Si tú aceptas el puesto de jefe de Mantenimiento.

Timoshenko empezó a negar con la cabeza, pero oyó su propia voz diciendo:

—¿Me promete que puede traerla?

—En la próxima nave que salga de la Tierra.

—¿Y... y podrá irse... si esto no le gusta? —Si no quiere quedarse conmigo, añadió para sí.

—Vendrá por su propia voluntad —respondió Eberly con voz suave—. Y por supuesto, podrá irse en cuanto lo desee.

Timoshenko se sintió paralizado, incapaz de decidir, incapaz incluso de pensar. Se le removían las entrañas, pero su mente estaba en blanco.

—Quiere venir —ronroneó Eberly—. Quiere estar contigo. Sé que quiere.

Al margen de lo que sabía que debía decir, Timoshenko estalló:

—¡De acuerdo! ¡De acuerdo! Aceptaré su maldito trabajo. Seré uno de los jefazos, lo que usted quiera. —Y dentro de su cabeza, una voz le decía: ¡Katrina va a venir! ¡Va a venir a reunirse conmigo! ¡Quiere estar conmigo!

A duras penas, se incorporó de la silla sin decir una palabra y se alejó con la cabeza baja hasta la puerta, mientras Eberly le observaba, sonriendo. Solo cuando estuvo lejos de la oficina de Eberly, en la frondosa oscuridad de las mesas vacías, Timoshenko dejó que unas lágrimas de felicidad corriesen por sus mejillas.

De pie junto a Tavalera en la zona del compartimento estanco, Timoshenko intentó centrarse en los asuntos que le concernían en aquel momento. Se obligó a apartar la imagen de Katrina de su cabeza, y se concentró en los datos que mostraban las delgadísimas pantallas de ordenador.

—¿Abro el enlace con la doctora Wunderly? —preguntó.

Tavalera asintió, ausente, mientras apretaba una alfombrilla de presión en el teclado de tela del ordenador de comunicaciones:

—Pancho, ¿estás preparada para embarcar a Manny en el transbordador?

Pancho aguardaba en la pequeña carlinga del transbordador. Apenas lo bastante grande para dos personas, carecía de sillas, y únicamente albergaba las pantallas con sus indicadores y lecturas parpadeantes y un único puerto circular de vidriometal justo en frente de ella.

—Preparada para el embarque —dijo al pequeño micrófono que había adherido al cuello de su mono de trabajo. Volviéndose hacia Wanamaker, agregó:

—Eres el comité de bienvenida, Jake.

Burlón, Wanamaker le dedicó un saludo militar y avanzó agachado por la escotilla. Solo había tres pasos hasta la zona de carga, donde se instalaría Gaeta, siempre dentro de su traje.

—Estoy preparado para embarcar —dijo la voz de Gaeta desde el altavoz que había situado sobre la escotilla del compartimento estanco.

—Aguarda cinco minutos —replicó Wanamaker—. Tengo que asegurarme de que esto está bien aislado.

—La luz del panel está en verde —le avisó Pancho.

—Bien. Solo voy a hacer una comprobación manual. —Era parte del procedimiento que habían ensayado en el simulador. Wanamaker comprobó si no había grietas entre el compartimento estanco de la nave y el del hábitat—. Perfecto —continuó, tras una inspección de dos minutos—. Procedo a abrir la escotilla exterior de nuestro compartimento estanco.

Los despresurizadores emitieron un ruido sordo, y Wanamaker pensó que casi podía oír cómo se abría la escotilla exterior. Me lo estoy imaginando, se dijo. Los rodamientos no gimen.

Por fin la escotilla interior se abrió y Gaeta ingresó torpemente en la zona de carga. El desmesurado traje se cernía sobre Wanamaker; tuvo la impresión de que un monstruoso robot alienígena había entrado a bordo.

—Bienvenido a la nave —saludó, asomándose para ver el rostro de Gaeta en el visor del traje.

—¿Es este el autobús que va a Tijuana? —bromeó Gaeta.

La voz de Pancho replicó:

—Déjate de payasadas y aísla el compartimento estanco. Tenemos que seguir el horario previsto.

Nadia Wunderly había esperado conseguir muestras de los anillos antes del debate entre Eberly y Holly, pero los retrasos a la hora de remodelar el cohete transbordador y los cambios en las asignaciones de la tripulación, de ella a Pancho y finalmente de esta a Gaeta —que debía haber asumido la responsabilidad desde el principio, en opinión de Wunderly—, congelaron la misión hasta el mismo día del debate.

Eberly se deshizo en evasivas con respecto a dar permiso para usar el transbordador, pero una visita de Wanamaker y Gaeta había servido para poner punto final a las constantes obstaculizaciones de Eberly. Aun así, el tipo había conseguido hacer que la fecha del lanzamiento coincidiese con el día del debate entre él y Holly.

El debate no empezaría hasta las ocho de la noche, como bien sabía Wunderly. Para entonces, Manny puede haber llegado hasta los anillos y emprendido el camino a casa. Pero yo no sabré qué traerán las cajas de las muestras. El debate empezará antes de que haya podido llevar mis muestras al laboratorio.

Sentada en su recoleta oficina, su única pantalla inteligente se dividía entre las cámaras que había en el traje espacial de Gaeta y una vista de Saturno. Los anillos del planeta gigante brillaban como exclamativas bandas de diamantes, indeciblemente atractivas, inagotablemente fascinantes.

Con un poderoso esfuerzo de voluntad, Wunderly apartó su atención de los anillos. Nerviosa, comenzó a colocar los papeles que se esparcían sobre su atestada mesa, aguardando a que la nave se desacoplase del hábitat y emprendiese su vuelo a los anillos.

Vamos, le apresuró mentalmente. ¡Empieza de una vez!

12 de abril de 2096: Lanzamiento

A mi señal comenzará la cuenta atrás de cinco segundos —exclamó Pancho—. ¡Ahora! Cuatro...

Sintió el temblor de la nave cuando se soltaron los conectores que lo sujetaban al hábitat.

—... dos... uno...

El secuenciador automático encendió los propulsores de gas helado, un breve instante de empuje que sacudió con fuerza a Pancho en el interior de la carlinga. Tenía el pulgar en el botón de propulsión manual, lo que resultaba un refuerzo innecesario.

—¡Estamos fuera! —gritó.

—Buena suerte —se oyó decir a Tavalera por el altavoz.

La sensación de peso producida por la rotación del hábitat disminuyó hasta la nada. Pancho sintió que sus entrañas gorgoteaban. Vamos, nena, dijo para sí mientras apretaba los pies, enfundados en un par de blandas botas, sobre las presillas del suelo, te has pasado casi la mitad de tu vida en gravedad cero. No te vayas a marear ahora.

Wanamaker asomó la cabeza a través de la escotilla:

—Manny está tomando su desayuno.

—¿Dentro del traje? —preguntó Pancho por encima del hombro. Vio que se estaba sujetando al borde de la escotilla con ambas manos, y que los pies le flotaban por encima de la plataforma.

—Sí. ¿Tienes hambre? Puedo traer algo de la cocina.

Pancho no ignoraba que la cocina de aquel pequeño transbordador no tenía más que un cubo refrigerado lleno hasta los topes de sándwiches precocinados y zumos de fruta. Su estómago aún protestaba, aunque no se había mareado al mover la cabeza.

—Vale, tráeme un bocado de algo —dijo—. No tenemos nada que hacer durante las próximas horas salvo mirar el panel de mando. —Aparte, dijo para sí, no quiero que la gravedad cero me juegue una mala pasada.

Holly se mordió el labio mientras estudiaba las cifras que mostraba la pared inteligente. Cinco mil doscientas dieciséis firmas, pensó. Aún no hay suficientes. Pero está a nuestro alcance.

Había esperado poder anunciar que la reclamación había sido todo un éxito durante el debate que mantendría con Eberly aquella misma noche. No va a ser posible, se dijo. Pero nos estamos acercando. Y más de un tercio de las firmas pertenecen a hombres.

Su teléfono emitió un zumbido. La barra de información que había en la parte inferior de la pantalla le anunció que se trataba de Zeke Berkowitz:

—Responder —dijo Holly.

Los rasgos generalmente amables de Berkowitz parecían haberse teñido de preocupación:

—Holly, vamos a emitir un pase de noticias justo antes del debate. Pensé que deberías echarle un vistazo, para que no te pille por sorpresa.

—Vale —replicó Holly, ausente, todavía pensando en la reclamación.

—Te envió la entrevista —dijo Berkowitz.

—Gracias.

Durante casi media hora más, Holly siguió trabajando en las cifras de la reclamación, tratando de determinar si había algún nicho poblacional que aún no hubiera firmado. Por fin, y más como una pausa a su trabajo que otra cosa, volvió su atención al mensaje que Berkowitz le había enviado.

Se sorprendió al ver a Jeanmarie Urbain en la pantalla. La mujer del jefe de científicos estaba sentada en el mismo estudio en el que Berkowitz acostumbraba a entrevistar a Holly y Eberly.

—Señora Urbain —decía Berkowitz desde fuera de cámara—, ¿por qué ha organizado este comité?

Jeanmarie Urbain parecía tensa, pero se obligó a componer una sonrisa y miró directamente a la cámara. Probablemente Zeke le ha dicho que lo haga, pensó Holly.

—Es necesario para el futuro de nuestra comunidad detener esa ridícula reclamación que está circulando por el hábitat —dijo.

Holly pegó un respingo de sorpresa.

—¿Se refiere a la reclamación para abolir el protocolo de Crecimiento Cero de la Población?

—Sí. Exacto. No podemos abolir el protocolo.

—¿Y por qué está en contra de la reclamación? —preguntó la voz de Berkowitz con total calma.

Con un aire adusto y resuelto, la señora Urbain respondió como si estuviera recitando aquella réplica de memoria:

—Nuestro hábitat tiene recursos bastante limitados. Si permitimos un crecimiento no regulado de la población, nuestro hábitat se verá anegado más allá de nuestra capacidad para sostener el incremento poblacional. La gente morirá de hambre. Los niños, los bebés... ¡morirán de hambre!

—¿No cree que es una visión un poco extremista?

—De ningún modo. El crecimiento no regulado de la población convertirá este hermoso hábitat que compartimos en una pocilga superpoblada, una ingente cloaca de pobreza, enfermedad y crimen. ¡Debemos mantener el protocolo de Crecimiento Cero de la Población! ¡Debemos hacerlo!

—¿Para siempre?

Jeanmarie Urbain dudó un momento. Holly pensó que debía estar buscando en su memoria la respuesta que alguien le había dado de antemano.

—No, para siempre no —dijo por fin—. Pero hasta que no tengamos más medios para atraer la riqueza a nuestra comunidad, no debemos considerar la idea de incrementar nuestra población.

—Medios que aumenten nuestra riqueza —repitió Berkowitz.

—Sí. Nuestro hábitat fue diseñado para sostener a diez mil personas. A menos que nuestra situación económica mejore, no tenemos los recursos para sostener una población más grande que esa.

Hubo un momentáneo silencio. Luego, Berkowitz preguntó:

—Señora Urbain, si el protocolo CCP fuera abolido, ¿querría tener un hijo?

Jeanmarie pareció sorprendida por la pregunta, incluso conmocionada:

—¿Yo? ¿Que si querría tener un hijo?

—Ni usted ni el doctor Urbain tienen hijos, ¿verdad?

—No —reconoció. A regañadientes, según la opinión de Holly.

—De modo que, si alguna vez se permitiese tenerlos... quiero decir, es obvio que ustedes aún son jóvenes para tener hijos.

—Bueno... podría ser —respondió lentamente. Luego añadió, aprisa:

—Pero no hasta que la comunidad pueda sostener una población más cuantiosa.

La cámara retrocedió para mostrar a Berkowitz sentado frente a la señora Urbain. Se volvió ligeramente y otra cámara lo mostró en primer plano:

—Eso es todo. La señora Jeanmarie Urbain, esposa del jefe científico del hábitat, ha formado un grupo de oposición a los intentos de abolir el protocolo CCP. ¿Qué opina de este asunto? Envíenos sus comentarios. Iremos haciendo recuento de los resultados y los emitiremos cada hora.

La pantalla mural de Holly se apagó. La entrevista había finalizado. Se quedó allí, mientras la cabeza le daba vueltas. ¡Chaquetera!, pensó Holly. ¡Traidora! Luego se calmó un poco y se dio cuenta de que aquello debía ser cosa de Eberly. Propio de la serpiente que es, pensó Holly, hacer que una mujer luche contra los asuntos de las mujeres.

—¿Qué tal ahí dentro? —preguntó Pancho, dejando que los pies se separasen de las presillas del suelo y así poder ponerse al nivel del visor transparente de Gaeta. Podía ver su escarpado rostro a través de los reflejos de las franjas de luz que pendían del techo de la zona de carga.

—Estoy comprobando cada cosa dos veces —replicó Gaeta, cuya voz amplificadas reverberaba ligeramente más allá de las desnudas mamparas de metal de la zona de carga.

—Como Santa Claus.

—Mira esto —dijo Gaeta.

Pancho vio los voluminosos brazos del traje levantarse a los lados; los servomotores emitieron un zumbido. Las tenazas se abrieron y se cerraron de golpe.

—Como un cangrejo, ¿eh? —comentó Pancho.

—¿Quieres bailar? —preguntó Gaeta, envolviendo su cintura con ambas manos. Comenzó a moverse torpemente por el suelo, sus pesadas botas imantadas levantándose y volviendo a caer al suelo metálico.

Pancho se colgó de sus anchos hombros, sonriendo de oreja a oreja:

—Oye, no dejes que Jake vea esto. Es muy celoso.

Riendo, Gaeta la bajó suavemente al suelo y la liberó de su doble abrazo. Pancho enganchó un pie en una de las presillas del suelo y luego hizo una temblorosa reverencia.

—Gracias por el baile.

—Piloto al puente —resonó la voz de Wanamaker por el intercomunicador—. Llegaremos al punto de eyección en una hora.

—Tengo que irme —dijo Pancho—. ¿Estás bien ahí? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien, Pancho. Ahora empezaré la última comprobación.

—Vale, se lo diré a Jake; estará monitorizándote.

Se impulsó hacia la escotilla y voló, ingrávida, otra vez hacia el puente. De un vistazo vio el reloj principal del cuadro de mandos mientras se acomodaba nuevamente en las presillas del suelo que había en la carlinga.

—Es casi hora de que Holly se enfrente a Eberly —murmuró.

Wanamaker no respondió nada. Llevaba un casco sobre su espesa cabellera gris acero, desde el cual se comunicaba con Gaeta, repasando la comprobación final del traje.

12 de abril de 2096: El primer debate

Holly aún estaba que echaba humo por culpa de la señora Urbain cuando enfilaba los cuatro peldaños que daban al escenario del auditorio. El lugar estaba lleno a rebosar: hasta donde sus ojos podían ver, todos los asientos se encontraban ocupados. Y allí estaba Jeanmarie Urbain, sentada al lado de su marido en la primera fila.

¡Cómo no!, pensó Holly. Malcolm ha conseguido que Jeanmarie Urbain se oponga a nuestro recurso por temor a que el crecimiento de la población influya en el trabajo científico de su marido. Tengo que hacer ver a la gente la estupidez de ese planteamiento.

El profesor Wilmot le tendió la mano cuando Holly ya había llegado al escenario, y la llevó hasta una de las tres sillas que se habían dispuesto tras el atril. Eberly aún no había aparecido. Típico en Malcolm, se dijo Holly para sí, hirviendo por dentro. Esperará hasta que haya llegado todo el mundo para hacer una entrada triunfal.

Echó una mirada a la audiencia, en busca de alguna cara conocida. Caray, aún no ha llegado ninguno de mis amigos. No ignoraba que Pancho, Jake y Gaeta se hallaban enfrascados en ese mismo momento en la misión de los anillos, y que Raoul dirigía las operaciones de control. Pero tampoco podía divisar a Kris Cardenas. Quizá esté en el centro de control, preocupada por Manny, se dijo. Vio al doctor Yáñez y su esposa sentados en la quinta fila, y a los Mishima detrás, junto a un nutrido grupo de voluntarios que habían estado trabajando en el recurso. Pero nadie a quien Holly considerase uno de sus íntimos.

Suspiró por dentro. Supongo que se está solo en la cima.

Las dos hojas de la puerta que había al fondo del auditorio se abrieron de par en par y Malcolm Eberly irrumpió en él, seguido por un séquito formado por varias docenas de personas. Eberly formulaba una sonrisa presuntuosa mientras avanzaba con pasos firmes por el pasillo central. La gente se puso en pie y le aplaudió. Vendidos, pensó Holly. Todos ellos trabajan en las oficinas de administración.

Eberly ascendió los peldaños con juvenil agilidad y se dirigió directamente hacia el profesor Wilmot. El profesor se levantó de su silla, con un gesto que fluctuaba entre el educado desdén y la obligación incómoda. Eberly le estrechó la mano y la sacudió varias veces mientras la audiencia murmuraba y conversaba.

—Hola, Holly —saludó Eberly mientras se inclinaba sobre ella, deshaciéndose en sonrisas.

—Hola, Malcolm. Me alegra ver que has conseguido llegar.

Eberly rio.

—El sentido del humor es muy importante. Te ayudará a superar la derrota.

Holly le devolvió la sonrisa:

—Ya veremos.

Mientras Eberly se sentaba al otro lado de Wilmot, el profesor se incorporó y acudió al atril. Holly reparó en que el séquito de Eberly no tenía sitio donde sentarse, de modo que se alinearon en las paredes laterales del auditorio y permanecieron en pie. Espero que esto dure horas, se dijo Holly. Anda y que se enteren.

Wilmot acalló a la muchedumbre y explicó las reglas del debate: cada candidato realizaría una presentación inicial de cinco minutos, a lo cual seguiría una réplica de tres minutos. Acto seguido, el debate quedaría abierto a las preguntas de la audiencia.

—Cada candidato tendrá la oportunidad de realizar un discurso final de tres minutos —concluyó Wilmot. Volviéndose ligeramente en dirección a Eberly, dijo:

—El titular del cargo hablará en primer lugar.

Kris Cardenas iba de un lado a otro del taller que utilizaban como centro de control de la misión. Era la misma cámara adonde habían llevado el traje tras sacarlo del almacén y donde lo habían acondicionado para el vuelo. La habitación, con sus paredes yermas, parecía demasiado grande, vacía, ahora que Manny y su traje no estaban en ella.

Timoshenko se hallaba sentado ante la hilera de ligerísimos ordenadores desplegables que Tavalera había hecho llevar desde el compartimento estanco y había adherido a las mamparas de la habitación; el rostro del ruso parecía galvanizado en un ceñudo gesto de concentración. Cardenas escuchaba las voces de Pancho y Wanamaker a través de los altavoces de cada una de las computadoras, pero no habían oído una palabra de Manny desde hacía casi media hora.

Tenía miedo de ir, se dijo Cardenas. No quería hacer esta misión. Dijo que era un fugitivo de la ley de probabilidades. Pero ahora está ahí afuera, arriesgando el cuello por Nadia. Cardenas sacudió la cabeza. No, no solo por Nadia. Por todos nosotros. Ese sentido del honor tan condenadamente macho que tiene... Vuelve conmigo, Manny. No te mates ahí fuera. Vuelve conmigo.

Tavalera se estaba sirviendo una taza de café de la cafetera que poco antes habían conectado. También él parecía serio, casi lúgubre. Pero y qué, Raoul siempre tiene aspecto de amargado, se dijo Cardenas. Quería preguntar a los hombres si todo iba bien, pero no deseaba interferir en su trabajo, ni distraerlos. Y tampoco quería parecer una «mujercita» preocupada y fastidiosa.

—Prepárate para la separación en cinco minutos, a partir de mi señal —resonó la voz de Pancho, calmada y profesional—. Empiezo a contar. Cinco minutos para la separación.

—Recibido, cinco minutos —dijo la voz de Manny.

—¿Quieres un café?

Cardenas casi dio un brinco. Tavalera la había asustado, tan concentrada estaba en las voces que procedían del transbordador.

—Oye, doctora —le dijo Tavalera con la mayor amabilidad—, va a ser una misión muy larga. Siéntate, e intenta relajarte. Manny estará bien.

—Lo sé, Raoul. Lo sé, pero no puedo evitar preocuparme.

Raoul le puso el tazón de café entre las manos.

—Al menos siéntate. No vas a tirarte todo este rato de pie.

Luchando contra los temores que se arremolinaban en su interior, Cardenas se dirigió a la silla abatible que había junto a Timoshenko y se sentó. No debería beber café, se dijo, dando un cauto sorbo de aquel hirviente brebaje. Ya estoy lo bastante nerviosa.

Como si pudiera leer sus pensamientos, Timoshenko le dedicó una sonrisa astuta:

—Lo que necesitas es un trago de vodka, ¿a que sí?

Tavalera dijo:

—Cuando vuelvan abriremos una botella de champán.

Desde el menudísimo y delicado altavoz, la voz de Wanamaker anunció:

—Separación completa. Luz verde para todos los sistemas.

—Estoy fuera —respondió la voz de Gaeta—. Dirigiéndome al anillo B.

Está fuera. El aliento se le trabó a Cardenas en la garganta. Ahora está completamente solo.

Nadia Wunderly no era religiosa, pero había pintado una réplica del viejo signo contra el mal de ojo de los holandeses de Pensilvania que recordaba de su infancia, un juego de círculos epicéntricos, de apenas doce centímetros en horizontal. Estaba colgado en lo alto de la pantalla del portátil de su atestada oficina, para mantener lejos a los malos espíritus. Es una bobada, se dijo. Pero, por algún motivo, se sentía mejor teniéndolo cerca.

Hasta el momento, la misión marchaba sin problemas. Manny ya estaba en el exterior, y Pancho maniobraba el transbordador hasta la parte inferior del anillo B, a través del hueco Cassini que había entre el anillo A y el B, rumbo al punto donde debía recoger a Manny.

Después de que haya atravesado el anillo y recogido mis muestras, se dijo Wunderly en silencio. Reprimió una repentina necesidad de alargar la mano y tocar el símbolo mágico.

Como Holly había esperado, el discurso inicial de Eberly había versado casi en su totalidad en la idea de explotar los yacimientos de los anillos.

—Ahí fuera hay riqueza —dijo a la audiencia en el colorido tono mesurado que utilizaba para dominar a las masas—. El bien máspreciado de todo el sistema solar es el agua, y tenemos al alcance de nuestras manos billones y billones de toneladas de agua helada. Será la máxima prioridad de mi segundo mandato al frente del Gobierno comenzar la explotación de los anillos de Saturno y hacer que todas y cada una de las personas de este hábitat amasen tanto dinero como cualquier millonario de la Tierra.

Los espectadores le aplaudieron animadamente. Holly permaneció inmóvil en el escenario y se limitó a observar cómo la muchedumbre rugía de aprobación,

aplaudiendo e incluso silbando, más de la mitad de ellos poniéndose en pie para dedicarle una cerrada ovación.

Wilmot esperó durante unos instantes; luego, con toda tranquilidad, se dirigió al atril e hizo un gesto con ambas manos para llamar a la calma. Lentamente, la masa se detuvo y volvió a tomar asiento.

Me tendría que haber traído mi propia claque, pensó Holly. Mentalmente, se reprochó no haber organizado un grupo de acérrimos partidarios para recibir la clase de ovación que Eberly había preparado para sí mismo.

—Y ahora la aspirante al cargo —anunció el profesor Wilmot, volviéndose ligeramente hacia Holly—, la señorita Holly Lane, antigua jefe del departamento de Recursos Humanos.

Por mera educación, una serie de desperdigados aplausos se dispersaron por el auditorio. Mejor que nada, pensó Holly, mientras subía al atril. Su discurso, previamente preparado, apareció en la pantalla integrada.

—Hay otra clase de riquezas más allá del dinero —comenzó, recorriendo con una mirada aquel océano de rostros—. Por motivos tan justos como apropiados, todos acordamos respetar el protocolo de Crecimiento Cero de la Población al dar inicio a este viaje hacia Saturno. Pero eso fue entonces, y esto es el ahora.

Vio algunas cabezas asintiendo aquí y allá. Todas de mujeres.

—Este hábitat es nuestro hogar. La mayoría de los que estamos aquí pasaremos el resto de nuestras vidas en este lugar, algunos por propia elección, muchos porque no les está permitido regresar a la Tierra. —Tomó aliento—. Bien, si este es nuestro hogar, entonces debemos hacer lo que esté en nuestra mano para que sea lo más parecido a un verdadero hogar. Y no me refiero únicamente a los lugares que nos rodean. A lo que me refiero es a que antes o después nos veremos en la tesitura de empezar a traer hijos a nuestro mundo. De otro modo, seguiremos viviendo en un cascarón yermo y vacío. Necesitamos el calor, el amor y la humanidad que hay en fundar una familia.

—¿Tenemos que pasar por el aro? —gritó alguien desde el fondo. Era la voz de un hombre.

Varias cabezas se volvieron para localizar a aquel follonero. Uno de los esbirros de Eberly, según pudo apreciar Holly. Varias personas rieron.

Holly esbozó una sonrisa:

—Necesitamos un futuro —replicó—. Los niños representan el futuro, y sin ellos esta comunidad se hará más y más vieja y, tarde o temprano, desaparecerá.

En tanto Holly continuaba hablando, Eduoard Urbain se volvió hacia su mujer y susurró:

—Esto es una bobada. El crecimiento poblacional destruirá el hábitat.

Jeanmarie Urbain asintió, a sabiendas de que su marido quería decir que el crecimiento de la población representaría una amenaza para su trabajo.

12 de abril de 2096: Dentro del anillo

Manny Gaeta entrecerró los ojos para protegerse del resplandor. Aun cuando el visor del traje estaba profusamente tintado, el anillo B de Saturno desprendía tanto brillo que casi le brotaban lágrimas de los ojos. Resplandecientes y relucientes joyas de hielo se extendían en todas las direcciones, tan lejos como alcanzaba la vista.

Contra su voluntad, Gaeta formuló una sonrisa. Sí, el miedo estaba ahí, en algún lugar de su interior. Pero también estaba la excitación, la exultación. ¿Cómo decía aquel verso? «Con audacia llegar donde nadie ha llegado. Ese soy yo». Con audacia. Solo en el interior del traje, dirigiéndose hacia la cegadora luz de los anillos, Gaeta supo que, si tenía que morir, quería que fuese de aquella manera, haciendo lo que nadie más se había atrevido a hacer.

—Estoy aproximándome —murmuró en el micrófono de su casco.

Echó un vistazo a la pantalla del radar láser que llevaba en el lado izquierdo del casco. La imagen se había desgranado en múltiples piezas. Esto no debería pasar, se dijo Gaeta, sacudiendo la cabeza.

—La lectura de tu altímetro se está volviendo loca. —La voz de Wanamaker sonó ligeramente aguda a través de los auriculares del casco.

—Las partículas de hielo están contribuyendo a la dispersión del rayo láser —replicó.

—En ese caso, te va a ser bastante difícil calcular las distancias —dijo Pancho.

—Lo puedo hacer a ojo.

—¿Notas algún golpe? —preguntó Wanamaker.

—Aún no. Todavía estoy a más de doscientos kilómetros del cuerpo principal del anillo.

—Aun así te estás moviendo muy deprisa. Hemos recibido una buena posición de tu baliza; vas a doscientos por hora.

—Pues será mejor que afloje.

—Retropropulsión programada para dentro de seis minutos —le informó Wanamaker—. ¿Quieres anularlo y pasar al sistema manual?

Contemplando el abrumador campo de brillante color blanco, Gaeta dijo:

—No, deja que lo dirija el programa.

—Avísame cuando empieces a sentir los impactos —le pidió Pancho.

—Vale —replicó Gaeta. Pero pensó: ¿y qué más les da? En diez minutos estarán dirigiéndose al otro lado del anillo.

A menos que algo vaya mal, respondió una voz en su cabeza. Se quedarán aquí tanto tiempo como puedan, por si acaso algo empieza a funcionar mal. Te recogerán.

Sí, se dijo Gaeta. Si es que pueden.

Una diminuta luz roja parpadeó desde el borde de las pantallas del casco. Un

impacto, comprendió Gaeta. De inmediato, la pantalla se quedó a oscuras. Un diminuto copo de hielo me ha alcanzado. ¿Será un explorador?

A Holly le sorprendieron las preguntas que formulaba la audiencia. Casi todas ellas las hacían mujeres, y todo lo que querían saber era cómo podía revocarse el protocolo CCP.

—El primer paso radica en recoger seis mil seiscientos sesenta y siete firmas en nuestra reclamación —respondió repetidas veces—. No podemos hacer nada hasta que obtengamos los apoyos suficientes.

La gente de Eberly también formuló sus preguntas: en su mayor parte, cuánto dinero amasarían en el caso de que se explotasen los yacimientos en los anillos de Saturno. Pero era el profesor Wilmot quien seleccionaba las preguntas en aquel mar de manos ondeantes y la mayoría de las que escogió eran de mujeres.

Durante todo aquel tiempo, Eberly permaneció extrañamente tranquilo. No es que no hablase bien, o no respondiese a las preguntas que se le formulaban; en realidad, y casi de principio a fin, hizo caso omiso a las preguntas sobre el crecimiento poblacional. Holly había esperado que pintase con sus palabras un escenario pavoroso en el que el hábitat se vería sobrepujado por los bebés y acabaría hundiéndose en el desastre, azotado por la pobreza, entre berridos infantiles. Pero no fue así. Habló positivamente de lo rico que podría volverse el hábitat de explotar los yacimientos de los anillos. En opinión de Holly, lo que estaba haciendo era obviar de aquella manera el asunto del CCP.

Hasta que el profesor Wilmot llamó a Jeanmarie Urbain.

La señora Urbain se levantó, embozada impecablemente en un vestido oscuro de manga corta y primorosamente adornada de algunas joyas: sin duda era la mujer más atractiva del auditorio. Holly pensó que parecía un poco nerviosa, casi tímida, cuando los micrófonos automáticos apostados a lo largo de las paredes laterales del auditorio se dirigieron a ella. Su marido, que se hallaba sentado a su lado, parecía más disgustado que encantado de que su mujer estuviera formulando una pregunta.

—Adelante, señora Urbain —dijo Wilmot en su tono más amable.

—Mi pregunta es para el señor Eberly —comenzó, con un ligero temblor en la voz—. Señor, ¿qué ocurrirá con los programas de investigación que los científicos están llevando a cabo si los recursos de nuestro hábitat se ven desviados a una población que crece imparablemente?

Eberly se incorporó de la silla como impulsado por un respingo, sonriendo de oreja a oreja. Está preparado, advirtió Holly. Le ha encargado que haga esa pregunta.

Para cuando Eberly había cruzado los tres peldaños que separaban su silla del atrio, la expresión de su rostro había sufrido un cambio. La sonrisa había desaparecido; parecía sombrío, casi lúgubre.

—Como todos somos capaces de comprender —recitó, en un tono de voz bajo y moderado—, el propósito principal de este hábitat es llevar a cabo una serie de

estudios científicos del planeta Saturno, sus anillos y sus lunas. Pero si nos vemos obligados a desviar más y más de nuestros recursos para acomodar a una población cada vez más cuantiosa, tendremos menos recursos que dedicar al trabajo científico.

Holly quiso objetar aquel argumento, pero Eberly no había acabado.

—La información científica es nuestro producto principal de exportación, hoy por hoy —prosiguió—. En lo esencial, el Consorcio Internacional de Universidades de la Tierra nos paga para proporcionar datos sobre el sistema de Saturno. Por supuesto, no es suficiente para que nuestra población siga creciendo. La mayor parte de nuestra economía es interna: producimos nuestra propia comida, unos y otros nos proveemos de nuestros propios bienes y servicios, en definitiva, hemos construido una poderosa economía interna por nosotros mismos.

Inclinó la cabeza y vaciló por unos segundos. Luego, volviendo a alzar la vista, continuó:

—Pero si nuestra población comienza a crecer descontroladamente, y no tenemos ninguna fuente de ingresos externa, nuestra economía se verá obligada a proporcionar comida, refugio y educación, y, en última instancia, a crear puestos de trabajo para una población cada vez más numerosa. Los científicos tendrán que depender exclusivamente de los fondos que suministre el CIU, los cuales no serán suficientes para mantenerlos en los niveles actuales de actividad. Tendremos que hacer recortes en nuestros programas científicos, lo que significa que el CIU recortará a su vez sus fondos de financiación. Nos veremos inmersos en un círculo vicioso.

Docenas de manos se alzaron entre los asistentes. Pero Eberly aún no había acabado:

—Sea como fuere —agregó, en un tono de voz más fuerte—, puedo divisar una salida para este dilema. —Permitió que una pequeña sonrisa reptara por sus labios—. Para permitir el crecimiento poblacional, antes debemos conseguir una nueva fuente de ingresos. Y allá fuera, suspendida ante nuestros ojos, está esa fuente: los anillos de Saturno. En cuanto empecemos a vender agua a Selene y Ceres y los restantes asentamientos extraterrestres, tendremos una fuente de ingresos que nos permitirá acabar con el protocolo de Crecimiento Cero ¡de una vez para siempre!

Los secuaces de Eberly apostados en las paredes laterales empezaron a aplaudir de inmediato, y en un abrir y cerrar de ojos, buena parte de la audiencia les acompañó en su aplauso. Holly no se movió del escenario, asombrada por la simplicidad de aquel programa. Con la cabeza gacha, observó cómo la audiencia se ponía en pie para aplaudirle. Quiso precipitarse hacia el atril y decirles que nadie obtendría permiso para explotar los yacimientos de los anillos hasta que no se hubiera dejado absoluta constancia de si había o no organismos vivos a los que se pudiera dañar.

Pero sabía que sería inútil. Eberly había cogido el tema principal de su campaña y lo había usado contra ella. ¿Queréis que aumente la población? Pues explotemos los anillos para poder pagarlo.

Nadia se va a morir cuando se entere de esto, se dijo Holly para sí. Y Malcolm va

a ganar la reelección por un mundo de diferencia.

Nadia Wunderly se encontraba en su atestada oficina, del todo absorta en las vistas que la pantalla de su portátil mostraba desde la cámara instalada en el casco de Gaeta. Era como caer por un acantilado hacia un deslumbrante glaciar. La pantalla estaba llena de relucientes trozos de hielo, franjas entrelazadas que, de tan intrincadamente rizadas y mezcladas entre sí, ni los más rápidos ordenadores podían modelarlas en tiempo real. Wunderly sabía que Manny estaba cayendo hacia el anillo, y que se zambulliría en él como un meteoro chocando con las partículas de hielo.

—Retropropulsión completada. —La voz de Gaeta emergió de los altavoces del ordenador.

—Recibido retropropulsión. —Era la voz de Wanamaker—. Vector de velocidad ajustado.

Ante la insistencia de Wunderly, había ralentizado la aproximación de Gaeta al anillo. Aun cuando, según Wunderly, era de lejos el más denso de los anillos de Saturno, el anillo B apenas tenía dos kilómetros de espesor. Si Gaeta no ralentizaba su velocidad, pasaría entre los anillos tan rápido que no podría recoger ni una sola muestra. A regañadientes, Gaeta le había dado la razón. La primera vez que se dirigió a los anillos, su trayectoria había sido ajustada para que planease por el interior del anillo B durante más de diez minutos, y aquello casi lo había matado. Ahora pasaba a través de este, entraba y salía, pero con lentitud suficiente como para recoger muestras de las partículas de hielo y de las criaturas que vivían en ellas.

Si es que están ahí, pensó de improviso Wunderly. Si es que de verdad existen y no son una proyección de mis deseos.

—Cajas de muestras abiertas —oyó que decía la voz de Wanamaker.

—Verificado, cajas abiertas —confirmó Gaeta.

—Vemos que la temperatura del interior de las cajas marca tres grados de temperatura ambiente —dijo Wanamaker.

—Bien —replicó Gaeta—. No vayamos a freír a esos pequeñuelos cuando los metamos en las cajas.

Wunderly recordó que la primera vez que Gaeta había atravesado los anillos, las criaturas del hielo habían recubierto su traje de tal manera que se le hacía de todo punto imposible mover los miembros o incluso comunicarse con los controladores. En esta ocasión habían puesto lazadas calefactoras en miniatura en sus antenas de comunicación. No exigía un gasto demasiado grande de energía mantener las antenas por encima de la temperatura ambiente de los anillos, -178° Celsius. Pero tenían que conservar el frío en el resto del traje, y en especial en las cajas de muestras.

Gaeta se estaba aproximando tanto que Wunderly podía ver algunos trozos de hielo aislados en la pantalla de su portátil. No había forma de estimar los tamaños, aunque algunas de las piezas eran obviamente mucho más grandes que otras.

—Van a empezar a apedrearme de aquí a nada —informó Gaeta—. Montones de

impactos.

—¿Tamaños? —quiso saber Wanamaker.

—No tan grandes como para inquietarme —dijo Gaeta—, pero el contador de impactos se está iluminando como la pantalla de un videojuego.

No permitas que ninguno de los grandes le dé, rogó Wunderly en silencio. Sabía que en los anillos había trozos de hielo tan grandes como camiones. No dejes que reciba ningún daño, rogó a un dios en el que en realidad no creía.

12 de abril de 2096:

Encuentro

—Allá vamos —dijo Pancho, tratando conscientemente de mantener la lengua lejos de los dientes. Se había lastimado la lengua una vez, durante el aterrizaje forzoso de un navío rápido, allá por los primeros tiempos de sus días como astronauta. Después de aquello, durante años llevó un protector bucal en sus vuelos, pero rara vez recordaba ponérselo cuando lo necesitaba.

Ahora se encontraba ante los controles del transbordador, mirando por el puerto de observación que había frente a ella, mientras precipitaba el pequeño vehículo a través del hueco Cassini que había entre los anillos A y B.

Podía ver brillantes partículas de hielo arrojándose sobre ella, golpeando el casco de la nave, azotando el transparente vidriometal del puerto.

—Conque hueco —dijo—. Hay un montón de basura.

Wanamaker, de pie junto a ella, no le prestaba atención. Estaba en contacto con Gaeta, que en ese instante acababa de adentrarse en el anillo B.

—Empiezo a congelarme —estaba diciendo Gaeta—. Se está complicando lo de mover brazos y piernas.

Wanamaker echó un vistazo a la lectura del panel que había a un lado:

—La temperatura interna sigue como tiene que estar —dijo.

—Por ahora —replicó Gaeta.

Pancho deseó haber tenido ventanas de visualización a ambos lados de aquella apretada cabina, o alguna cámara en el exterior, al menos. Quería ver algo más de lo que le mostraba la visión frontal. Quería ver los anillos y sus bordes dentados mientras precipitaba el transbordador entre ellos. Quería poder gritar «yipi» mientras se zambullía en aquella explanada de anillos. Tal y como estaban las cosas, no podía ver los anillos, ni siquiera veía la imponente y brillante curva de la supermasa de Saturno. No había otra cosa que una oscuridad festoneada por alguna estrella dispersa, y enjambres de partículas de hielo que se acercaban a ella. Era como conducir en plena noche por entre una furiosa ventisca.

Gaeta tenía dos pensamientos contradictorios pugnando en el fondo de su cabeza. ¿Permaneceré en el anillo el tiempo suficiente para conseguirle a Nadia una muestra decente? ¿Permaneceré en el anillo el tiempo suficiente para que estas puñeteras partículas tuyas me cubran con hielo del mismo modo en que lo hicieron la última vez? Las condenadas estuvieron a punto de matarme.

El anillo helado se extendía ahora ante él, como un vasto campo de nieve reluciente que se alargaba hasta donde alcanzaba la vista. A mucha distancia, a mano derecha, había una mancha de algo más oscuro, como polvo u hollín. Llegaba a toda velocidad, pese a los retropropulsores. Echando un vistazo a las pantallas que

salpicaban de color la parte inferior de su visor, Gaeta vio que todas las funciones del traje estaban aún en verde, salvo cuando intentaba mover los brazos o las piernas, pues entonces los servomotores hacían titilar la luz roja. Estoy atrapado en hielo, comprendió.

Entonces vio una línea de escarcha en el borde de su visor. Y crecía.

—El visor se está helando —dijo al micrófono del casco.

Wanamaker replicó de inmediato:

—Las funciones de suministro vital están aún en verde.

Gaeta asintió en el interior del casco:

—Por ahora.

—Las antenas todavía funcionan.

—Oye, Jake, ¿estás intentando animarme?

—Solo hago mi trabajo, colega.

—La temperatura externa del traje está cayendo en picado —informó Gaeta.

—Recibido. Está en los límites permisibles.

—Por ahora.

—No estarás más de tres minutos en el anillo.

—Pero primero tengo que llegar allí. —Constató que ahora su visor estaba casi completamente cubierto de hielo.

—Aguenta, colega. Nos dirigimos a recogerte en el punto de encuentro.

—Vale.

—En estos momentos deberías estar entrando en el cuerpo principal del anillo.

El resplandor de una luz sobresaltó a Gaeta:

—¿Qué coño ha sido eso?

Pancho exclamó:

—Vaya, tenemos una subida de tensión. Energía auxiliar encendida... espera, espera, la energía principal ha vuelto a encenderse.

—¿Estás bien, Manny? —preguntó Wanamaker.

—Me he deslumbrado, es como si todas mis pantallas se hubieran encendido de golpe.

—¿Y ahora?

—Ahora parece normal. Todo parece normal. Pero el suministro vital está en reserva, en lugar de recibir la energía por el paso principal.

—¿Qué coño ha pasado? —gruñó Wanamaker.

—Estoy entrando en el anillo.

Asomando entre el hielo que ahora cubría casi por completo el visor, Gaeta no vio nada salvo un deslumbrante enjambre de partículas de hielo. Era como estar en el corazón de la ventisca, solo en una superpoderosa tormenta de un blanco reluciente. Salvo por el hecho de que allí no había viento, ni se escuchaba el menor ruido.

Con una súbita punzada de miedo, Gaeta advirtió que los ventiladores del interior de su traje se habían quedado en silencio.

Wanamaker vio el brillo de una luz roja en el cuadro de pantallas.

—Es el sistema de circulación de aire —murmuró.

Pancho echó un vistazo:

—Puede pasar sin ello.

—¿Por cuánto tiempo? —replicó Wanamaker.

—El suficiente —dijo Pancho, tecleando en su teclado principal.

—Se me han apagado los ventiladores. —La voz de Gaeta sonó calmada, pero tanto Pancho como Wanamaker sabían que aquello significaba problemas.

—Trata de reiniciarlos —respondió Wanamaker.

—Ya lo he hecho. No sirve de nada.

—Aguanta —exclamó Pancho—. Estoy ajustando el punto de recogida. Te pescaremos en ocho minutos... —Miró la lectura del panel de control—. Serán siete minutos cuarenta segundos.

—Os acercaréis demasiado al anillo —objetó Gaeta.

—Calla y ahorra aire —dijo Pancho—. Te cogeremos antes incluso de que empieces a toser.

—¿Qué ha podido hacer que se detengan los ventiladores? —le preguntó Wanamaker.

Pancho se encogió de hombros:

—La ley de Murphy.

—¿Quizá la subida de voltaje?

—¿Cómo es posible que haya tenido una subida de tensión en el mismo instante que nosotros? —preguntó Pancho—. Aparte, sucedió en uno o dos segundos. No hay daños.

—No hay daños para nosotros —le corrigió Wanamaker.

Cuando te veas en problemas, comprueba todos los sistemas, se dijo Gaeta. El suministro vital está en reserva, y los puñeteros ventiladores se han fastidiado. La no circulación del aire significa que el nivel de oxígeno cae en picado y el «ce-o-dos» se solidifica.

¿Un fallo de energía? Todo lo demás funciona sin problemas. Sintió que unos goterones de sudor le humedecían el labio superior. El ordenador principal del traje tiene su propio árbol de decisiones, se recordó Gaeta. Cuando el suministro eléctrico alcanza una situación crítica, empieza a cerrar sistemas según la importancia de cada uno de ellos. Puedo prescindir de los ventiladores durante diez, quizá veinte minutos. Lo siguiente que el ordenador apagará son los sensores externos. Si es que fallan los sistemas de energía.

El visor se le había empantanado de hielo. Y, como no podía ser menos, las pantallas que mostraban los sensores externos del traje se apagaron. Mierda, gruñó Gaeta para sí. Estoy volando a ciegas.

—No actives los cohetes propulsores —le avisó la voz de Pancho—. Tu baliza se

ha apagado, así que debemos localizarte a ojo.

—Vale. Nada de cohetes —confirmó Gaeta, feliz de que el sistema de comunicación todavía funcionase. Alejaos de mis antenas, «chavalines», dijo en silencio a las criaturas del anillo. Gremlins, pensó. Diminutas bestezuelas que fastidian tu maquinaria.

Vio que la pantalla del reloj aún funcionaba. Las cifras en verde de la pantalla luminosa le advertían de que aún se encontraba en mitad del anillo. Dos minutos más, como mucho, y estaré fuera. Entonces Pancho me recogerá. Si es que me encuentra.

Holly se abrió paso por entre la multitud de agasajadores que se congregaron en torno a ella a la finalización del debate. La mayoría eran mujeres. Casi todos eran mujeres, salvo por Wilmot y un obeso tipo de aspecto infeliz que había junto a la señora Yáñez: su marido, recordó Holly. Una multitud mucho más abultada se arremolinaba alrededor de Eberly, incluyendo al doctor Urbain y su mujer. Eberly disfrutaba de su aprobación, sonreía tibiamente y estrechaba manos.

Las luces parpadearon por un momento; todo el mundo miró hacia el techo, pero antes de que nadie pudiera decir nada, las luces volvieron a estabilizarse.

Eberly sacudió una mano.

—Estamos trabajando en estas bajadas de tensión —dijo con voz fuerte y autoritaria—. Acabo de reemplazar al jefe de Mantenimiento y he puesto a otro hombre al frente. Llegará hasta el fondo del problema.

La gente que había a su alrededor asentía, pero algunos miraron con cierta inquietud hacia el techo.

—Discúlpenme —dijo Holly una vez y otra mientras pasaba por entre la multitud—. Tengo que ver a la doctora Wunderly.

Liberándose por fin de la muchedumbre, Holly se precipitó hacia el pasillo central del auditorio y corrió a la salida, para dirigirse después a la oficina de Wunderly.

Nadia ha de saber que Eberly nos ha dejado por los suelos, se dijo. Tiene que estar en su oficina, haciendo el seguimiento de la misión de Manny a los anillos.

El edificio de oficinas estaba a oscuras, pero encontró la puerta abierta. Holly subió a toda prisa las escaleras hasta el segundo piso, y vio un débil destello de luz que procedía de un pasillo, cuyas particiones le llegaban hasta los hombros. Sí, se dijo a sí misma, esta es la madriguera de Nadia.

Wunderly miraba fijamente la pantalla de su portátil, tan absorta que prácticamente saltó un metro de su silla cuando Holly asomó a su cubículo, diciendo:

—¡Quieren explotar los yacimientos de los anillos, Nadia!

—Manny está en apuros —respondió Wunderly—. Pancho tendrá que recogerlo allá afuera lo más pronto posible.

12 de abril de 2096: Recogida en los anillos

—¿Puedes verle en el radar? —preguntó Wanamaker, que, tenso, se encontraba junto a Pancho en la estrecha y pequeña carlinga del transbordador.

—¿Con todos esos residuos de los anillos? La única opción que tenemos es que de pronto le sobrevenga el «efecto Doppler».

Wanamaker asintió y dio unos golpecitos en la pantalla central del panel de control. Mostraba un plano de la trayectoria de Gaeta y la ruta seguida por la nave. Las dos líneas se unían a la perfección, mucho más abajo del lugar en que se extendían los anillos.

—Esto ya no nos vale —sentenció Pancho, señalando con un dedo la pantalla—. Tenemos que recogerle mucho antes de lo que dice ahí.

—Pero eso nos conducirá al anillo —repuso Wanamaker.

—Sí. Preparémonos para un viajecito de todos los demonios, Jake.

Holly miraba la pantalla de Wunderly.

—¿Pancho va a recoger a Manny más cerca del anillo? ¿No es peligroso?

A la luz que surgía de la pantalla, el rostro con forma de corazón de Wunderly parecía tan gris como la ceniza.

—Es peor que eso, Holly. El rumbo que está siguiendo en estos momentos la llevará directa al mismísimo anillo.

—¡Pero se supone que no iba a meterse en el anillo!

—Pues lo está haciendo. De otro modo no podría recoger a Manny a tiempo. Se asfixiaría dentro de ese traje.

Por primera vez, Holly se dio cuenta de que Pancho estaba arriesgando la vida. ¡Puede morir!, se dijo Holly.

—¿Puedo hablar con ella?

Wunderly vaciló un momento, y luego sacudió la cabeza:

—No la distraigas, Holly. Va a estar más que ocupada en menos de un minuto.

Wanamaker echó una mirada a la pantalla del radar.

—¡Ahí! —Señaló un parpadeo borroso que se movía contra el fulgurante trasfondo—. ¡Ese debe ser él!

—Hola, Manny —le llamó Pancho desde el micrófono integrado del panel de control—. ¿Aún no has salido del anillo?

—No veo una mierda —respondió la voz de Gaeta—. El visor se ha congelado y los sensores externos están apagados. Debería haber salido, según el horario previsto.

Volviéndose a Wanamaker, Pancho le ordenó:

—Jake, haz que la cámara delantera trabaje exclusivamente para el radar y ponla en ampliación máxima.

Con un asentimiento, Wanamaker pasó los dedos sobre el teclado. La pantalla principal mostró una extensión de brillantes partículas blancas del anillo.

—Ahí —exclamó Pancho, señalando un diminuto objeto oblongo que se movía por el rango de visión—. Eso de ahí tiene que ser él.

—Ojalá le tuviésemos en una posición mejor.

—Puedo hacerlo a ojo —respondió Pancho, maniobrando los controles.

Una brusca andanada les hizo oscilar en las presillas. La figura que apareció en la cámara del telescopio se hizo más y más grande, hasta adquirir forma. En ese momento alcanzaron a ver los brazos y las piernas.

—Debe estar encostrado en hielo —murmuró Wanamaker.

—Será mejor que te pongas un traje y vayas a la zona de carga —replicó Pancho.

—Voy.

Wanamaker cruzó agachado la escotilla de la cabina de mando y extrajo uno de los trajes de presión, fabricados con nanotejidos, del estrecho armario empotrado en el mamparo. Deslizó en él brazos y piernas, en tanto un hormigueo de aprensión se abría paso en su interior al colocarse la capucha en la cabeza. Uno imagina los trajes espaciales como objetos grandes y voluminosos, pensó Wanamaker. Y este nanotraje parece un chubasquero de plástico. Pero Pancho ya había usado uno de ellos, en la Luna. Y quienes podían permitírselo se estaban pasando a los trajes de nanotejido. Al contrario de lo que ocurría en los antiguos trajes espaciales presurizados, el nanotejido podía vestirse en segundos y proporcionaba una mayor protección contra el vacío que los pesados trajes a los que Wanamaker estaba acostumbrado.

Todavía sintiéndose incómodo, pese a todos sus intentos por tranquilizarse, Wanamaker flotó ingrávido hasta la zona de carga y, tras pasar al otro lado, cerró herméticamente la escotilla. La zona de carga era un almacén metálico no mucho más grande que la parte trasera de una furgoneta de tamaño medio, vacía salvo por la nevera criogénica, a escala humana, donde se transportarían las cajas con las muestras que Gaeta traería consigo.

Wanamaker sabía que podía manipular la escotilla desde donde estaba y quedarse a salvo en el interior de la zona de carga. Pero Manny va a necesitar toda la ayuda que se le pueda prestar, se dijo. Pancho es buena, pero no va a ser capaz de ajustar con total precisión los vectores de velocidad.

Así pues, extrajo una botella de oxígeno del estante del mamparo, se lo pasó sobre los hombros y lo conectó al cuello del nanotraje. Luego bajó el visor sobre su rostro y cerró herméticamente el cuello; era como pegar unas tiras de velcro. La capucha se infló hasta tomar la forma de un pez globo, al tiempo que el aire procedente de la botella lo rellenaba.

—¿Preparado para abrir la escotilla? —La voz de Pancho surgió por los auriculares integrados a la capucha.

—Abriendo escotilla —respondió Wanamaker, apoyando su palma nanoenguantada en el panel de control.

Muy bien, marinero, dijo para sí. Es hora de ser un héroe.

—¿Qué está haciendo? —preguntó Holly, temblando por dentro de ansiedad.

Wunderly dio unos golpecitos a la pantalla táctil y esta cambió lo que aparecía en ella para mostrar una imagen en tiempo real de Saturno, además de dos líneas extremadamente finas que surcaban su superficie en un par de arcos.

—La línea roja es Manny —dijo, señalándola—. En estos momentos estará saliendo del anillo, si aún sigue el horario previsto.

—Bien —respondió Holly.

—La línea de color verde es Pancho. Está maniobrando el transbordador para recoger a Manny en este punto, donde confluyen las dos líneas.

—¡Eso es prácticamente el anillo!

Wunderly asintió:

—La velocidad de Pancho va a llevarla directamente al anillo y saldrá por la cara superior, si es que no les golpea algo lo bastante grande como para dañar la nave.

—¿Cuáles son las opciones de recibir un golpe?

—Condenadamente altas —replicó Wunderly, lúgubre—. La mayoría de las partículas de hielo son muy pequeñas, como copos de nieve o guijarros cubiertos de hielo. Pero a la velocidad a la que Pancho está volando, incluso un guijarro puede tener la fuerza de un iceberg.

A solas en la carlinga, Pancho veía a través del puerto de observación que el anillo se precipitaba hacia ella. Va a ser un viajecito de lo más chungo, se dijo, apretando aún más los pies en las presillas de plástico que la anclaban a la cubierta.

A la reveladora luz del panel de control, vio que la escotilla de la zona de carga estaba abierta:

—Jake, ¿estás fuera?

La voz de Wanamaker replicó en un tono rígido:

—Estoy en el compartimento estanco. La escotilla exterior está abierta al vacío.

—¿Te has asegurado?

—Llevo dos seguros. Uno para mí y otro para Manny.

—Prepárate. Nos estamos acercando.

—No le veo.

—Lo verás. —Pancho acarició el control de movimiento de los propulsores con las yemas de los dedos. Con suavidad, dijo para sí. Poco a poco. Nada de movimientos bruscos.

Cerniéndose sobre el borde de la escotilla del compartimento estanco, Wanamaker sintió una ligera fuerza de empuje. Tuvo que cerrar los ojos casi por completo para protegerlos del deslumbrante resplandor que dimanaba de los anillos de Saturno. Tan cerca que puedo tocarlos, se dijo. Demonios, los tocaremos de lleno en unos cuantos minutos.

—¿Lo ves? —preguntó Pancho.

—Aún no... ¡espera! ¡Ahí está! —Vio la figura del enorme traje de Gaeta, en la que los brazos y las piernas descollaban rígidamente—. Está de arriba abajo cubierto de hielo.

—No puedo ver una mierda —se quejó Gaeta, que sonaba más enfadado que asustado.

—Está bien, Manny —le dijo Wanamaker—. Yo sí te veo a ti. Salgo para recogerte.

—¡Espera! —gritó Pancho—. Deja que me acerque un poquito más.

La figura de Gaeta aumentó de tamaño, hasta que se reafirmó en la visión de Wanamaker.

—Vale, esto es lo máximo que puedo hacer —dijo Pancho.

Wanamaker calculó que Gaeta estaría a unos cincuenta metros de la escotilla, moviéndose despacio por su campo de visión. Sabía que el amarre que llevaba en la mano era de cincuenta metros. No hay tiempo para coger otro y unir los dos. Esto va a estar muy justito.

Tomó una profunda bocanada de aire y se precipitó fuera del compartimento estanco en pos del espacio vacío, olvidándose de que todo lo que había entre él y aquel vacío yermo era una única pieza de tejido compuesta de nanomáquinas.

Gaeta parecía una de esas antiguas momias cuando pasó junto a él, fuera de su alcance. Wanamaker desenganchó el amarre que llevaba prendido a la cintura y lo engastó al extremo del que sostenía entre las manos. Asiéndose al doble cierre con tanta fuerza como si estuviera aferrándose a su propia vida, se dejó arrastrar hacia la figura cubierta de hielo de Gaeta y atenazó el extremo libre del cierre alrededor de la pechera de su traje.

—¿Es que no tienes ninguna vía de amarre en ese maldito traje? —gruñó Wanamaker.

El doble cierre quedó algo tirante. Pero funcionaba.

—Debajo del hielo —replicó Gaeta, y luego tosió.

Sin atreverse a soltar el amarre, Wanamaker lo aseguró alrededor de la pechera de Gaeta, pasándolo bajo los brazos, y luego cerró su extremo con un clic que sus manos percibieron pero que él no pudo oír porque allí solo les rodeaba el vacío. Por un momento levantó la vista y vio que flotaban en mitad de la nada, con la enorme mole de la rayada Saturno y sus brillantes anillos cerniéndose sobre ambos: solo el espacio anegado de estrellas se extendía bajo sus pies. Wanamaker tragó saliva y sintió que la bilis ardía en su garganta.

—Vale —murmuró—, allá vamos. —Empezó a tirar de él y de Gaeta hacia el compartimento estanco del transbordador, una mano tras otra, a lo largo del amarre.

—Sigo sin ver una maldita cosa —murmuró Gaeta.

—No pasa nada, Manny. Te tengo. Estamos llegando. —Condenadamente despacio, pensó Wanamaker.

—¿Le tienes? —preguntó Pancho.

—Le tengo —respondió Wanamaker, jadeando de esfuerzo—. Regresamos al compartimento estanco.

—Mejor que os deis prisa. Nos dirigimos de cabeza al anillo.

12 de abril de 2096: El vuelo de Pancho

Holly y Wunderly, sentada una al lado de la otra en el oscuro cubículo, escucharon el intercambio de palabras entre Pancho y Wanamaker por la radio.

—¡Tiene a Manny! —exclamó Holly.

Wunderly se inclinó sobre la tecla de comunicaciones:

—Las muestras —preguntó—. ¿Cogiste muestras del anillo?

Wanamaker jadeaba:

—No lo sé.

—Estoy tan jodidamente cubierto de hielo que no sé qué es lo que ha ocurrido en el anillo —protestó Gaeta, que sonaba más que enfadado—. Llevaba abiertas las cajas para las muestras al empezar, eso es lo único que puedo decirte por ahora.

—Aseguraos de que cerráis herméticamente las cajas antes de entrar en la nave —rogó Wunderly—. De otro modo, las muestras se fundirán.

La voz de Pancho cortó aquel intercambio:

—Haremos lo que podamos, Nadia. Ahora deja libre el circuito y si no te importa permite que lleguemos a casa de una pieza.

En el centro de control instalado en el taller, Kris Cardenas apretaba los dientes de pura rabia al escuchar las exigencias de Wunderly.

Manny podría morir y lo único que le preocupa son sus malditas muestras, gruñó Cardenas para sí.

Tavalera se erguía ante las pantallas adheridas a la pared como una estatua, observando lo que ocurría en los anillos, pero incapaz de hacer nada de nada. Timoshenko se hallaba al otro lado de Tavalera, mirando con preocupación las pantallas. Cardenas veía la frustración en sus rostros bruñidos por el sudor. También ella la sentía. ¡No hay nada que podamos hacer! Ahora todo está en manos de Pancho.

—Nos encontramos en el compartimento estanco —enunció la voz de Wanamaker—. Cerrando la escotilla exterior.

A Cardenas casi se le salió el corazón por la boca. ¡Lo tenían!

Antes de que pudiera decir nada, Tavalera dejó escapar un grito de alegría y se levantó de un brinco. Timoshenko se volvió y agarró a Cardenas en un espontáneo abrazo de oso, estrujándola con la energía acumulada durante la última hora, e incluso más.

—¡Le tienen! —le gritó al oído—. ¡Le tienen!

Manny está a salvo, pensó Cardenas. Por ahora.

Wanamaker se aseguró de que el panel de control del compartimento estanco

estuviera en verde: la escotilla se hallaba completamente presurizada de aire. Solo entonces presionó el tachón que abría la escotilla interior.

La escotilla se abrió hacia fuera. Wanamaker vio que el hielo que recubría el traje espacial de Gaeta ya se estaba fundiendo. Y las cajas de muestras, todas ellas protegidas por un aislante, que había en el pecho del traje se encontraban herméticamente cerradas.

—¿Puedes mover las piernas? —le preguntó a Gaeta.

El traje crujió, y sus servomotores zumbaron cansinamente. El brazo derecho de Gaeta se movió lentamente; el hielo se desprendió de él y flotó en ingrátidos fragmentos. Se enjugó el visor.

—Vamos —les llamó la voz de Pancho—. Vamos de cabeza al anillo. Meteos dentro y agarraos a algo.

Como una estatua que volviese lentamente a la vida, Gaeta se incorporó pesadamente sobre el antepecho de la escotilla e ingresó a la zona de carga. Wanamaker ni siquiera se molestó en desprenderse de su nanotraje. Aprisa, desmontó las cajas de muestras y, con sumo cuidado, las puso en la nevera criogénica que se erguía contra el mamparo. Escuchó el mecanismo interior de la nevera deslizando las cajas desde la ranura de entrada hasta el compartimento de almacenaje, repleto de helio líquido congelado.

—Agarraos —gritó Pancho—. Estéis preparados o no, allá vamos.

Volviéndose hacia Gaeta, Wanamaker vio que la zona de carga estaba envuelta en una espesa neblina. Pero de nuevo pudo ver el rostro de Gaeta a través del visor.

—El hielo se está fundiendo en mi traje —dijo Gaeta—. Y todos los sistemas vuelven a estar en verde. Fuera lo que fuese lo que los cortó, los sistemas están otra vez en marcha.

—Bien. Quédate dentro del traje. Estarás mejor ahí. Sacaremos el agua por el compartimento estanco cuando hayamos salido del anillo.

—Quizá Nadia quiera que la preservemos, para tomar las muestras que contenga. Wanamaker sintió que sus cejas se fruncían:

—Imagino que tendremos que descubrir la manera de meterla en una botella.

En la carlinga, Pancho prestaba escasa atención a su charla:

—Chicos, ¿estáis bien sujetos? Esto va a dar unos cuantos saltos en medio minuto.

—Yo me he agarrado a las presillas —respondió Wanamaker—. Pero las botas de Manny son demasiado grandes para ello. —Luego recordó que las botas de Gaeta eran magnéticas.

—Agarraos a lo que sea y aguantad. Esto va a ser chungo.

Pancho había cortado el circuito de comunicación exterior en cuanto Wunderly comenzó a plantear exigencias. Bastante tenemos que hacer aquí para preocuparnos por las muestras, se dijo. Antes de que su conciencia se lo recordase, añadió: lo sé. Lo sé. La razón de que estemos realizando esta misión se encuentra en las puñeteras

muestras. Pero ahora debo preocuparme de salvar tres vidas.

Aferrando el mando de control en forma de «T» del panel de instrumentos con la mano derecha, Pancho se vio incapaz de reprimir una tensa sonrisa. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que hiciste un vuelo de verdad, dijo para sí. Ahora veremos si sigues siendo tan buena.

En el puerto de observación que tenía enfrente, Pancho vio el anillo B cerniéndose a toda velocidad hacia ella, trenzas entretreídas de partículas de hielo con algunas áreas más oscuras y como cubiertas de hollín hacia la izquierda. Mediante diestros toques a los controles, dirigió el transbordador en la misma dirección en que rotaban las partículas de los anillos. Cuanto menor sea la diferencia entre su velocidad y la nuestra, menos posibilidades hay de que nos den un castañazo.

Pero Pancho sabía que algo terminaría golpeando a la nave. Hay trillones de cascotes de hielo flotando a la deriva y debemos pasar a través de ellos, nos guste o no. El transbordador no tenía suficiente propulsión para invertir radicalmente su rumbo y evitar el anillo. Lo mejor que Pancho podía hacer consistía en pasar a través del anillo en un ángulo lo más inclinado posible, minimizando así el tiempo que consumirían en el interior del anillo.

Saltó entonces la alarma de colisión. Ya empezamos, pensó Pancho.

—Allá vamos —dijo, más para sí misma que para los dos hombres que se aferraban a la zona de carga.

Era como patinar sobre un glaciar, como caer por una insondable extensión de hielo. Pero aquel glaciar no era sólido: estaba compuesto de incontables miríadas de partículas de hielo.

Pancho activó ligeramente el motor principal y sintió que el empuje la hacía retroceder un poco. Recordó un choque en la Luna que había hecho saltar una de las presillas del pie de la cubierta y le había roto una pierna. Por ahora no ha pasado nada tan serio, se dijo. Por ahora.

El repiqueteo de la alarma de colisión era ahora constante, como una caja de música de una sola nota que se hubiera vuelto loca. Pancho dio un puñetazo al control de la alarma y así lo acalló. Sé que nos van a acribillar, dijo en silencio. Aunque hasta ahora no nos ha golpeado algo tan grande como para atravesar el escudo contra meteoros.

Advirtió que no llevaba puesto el traje. ¡Maldita estúpida! Si algo perfora la carlinga puedo darme por muerta.

No había tiempo para ponérselo ahora. No podía dejar los mandos, ni siquiera durante los escasos instantes que llevaba enfundarse un nanotraje.

Pancho sintió el sabor de la sangre en la boca y se dio cuenta de que se había mordido la lengua. Una burra de narices, eso es lo que soy. ¿Por qué demonios...?

—¡Jake! —gritó, sorprendida de que su voz tuviese aquel tono de pánico—. Ven aquí. ¡Aprisa! Y trae una botella de oxígeno.

Vio una roca de resplandeciente blancura a no más de cien metros de la nave, a la

derecha, rodando y dando bandazos. Y acercándose. Una rápida mirada a la pantalla del radar le sirvió tan solo para descubrir una imagen confusa, consistente en los numerosos objetos que enviaban destellos parpadeantes al receptor de señal.

Con suavidad, movió ligeramente el mando de control a la izquierda. Deslizándose, la roca se alejó un poco, pero siguió dando vueltas junto a la nave, como si la acompañase, esperando a que Pancho cometiese el menor fallo para embestir el transbordador y reducirlo a añicos.

No dejes que eso atraiga toda tu atención, se recordó Pancho, obligándose a apartar la mirada de aquella masa resplandeciente. Debes mirar hacia todas partes al mismo tiempo. Volvió a echar un vistazo hacia donde estaba y comprobó que la roca era visiblemente más pequeña, y se alejaba.

La pantalla de monitorización de colisiones parpadeaba como el espasmódico ojo de un lunático. Pancho comprobó que la presión seguía manteniendo el equilibrio. Nada ha perforado el casco.

Agachado, Wanamaker entró en la carlinga, aún vestido con su nanotraje; tenía la tez pálida, y los ojos clavados en Pancho.

—¡No te has puesto el traje!

—Toma los mandos —le ordenó Pancho, cogiendo el cilindro verde de aire que sostenía en sus manos enguantadas.

Ingrávida, se deslizó por la escotilla empujándose con una mano, y dejó que la botella se quedase suspendida en el aire mientras, a una velocidad frenética, sacaba el nanotraje de una de las taquillas e introducía sus largas piernas en él.

La nave dio una sacudida que la lanzó contra el mamparo.

—Lo siento —se disculpó Wanamaker desde la carlinga.

Demasiado ocupada para replicar, Pancho se enfundó el traje, se ajustó la botella de oxígeno y vio cómo la capucha se inflaba alrededor de su rostro. Aspiró una bocanada de aire embotellado y luego regresó a la carlinga.

—Gracias, Jake —murmuró mientras retomaba los mandos.

—Ya casi estamos fuera —dijo este, señalando hacia el puerto de observación. Pancho podía ver las estrellas e incluso la forma creciente de una luna a través del enjambre de las partículas de hielo. Debe tratarse de Titán, pensó.

Un impacto repentino les hizo tambalearse. La escotilla de la carlinga se cerró de golpe y, con mecánica calma, el monitor que mostraba las funciones vitales dijo:

—Caída de la presión en la zona de carga. Casco perforado en sección seis-a.

Aferrándose otra vez a los controles, Pancho exclamó:

—Jake, ¿estás bien?

—Estoy bien —replicó Wanamaker, agitado.

—¿Manny? ¿Estás bien?

—Sí. —La voz de Gaeta se escuchó a través del intercomunicador—. Me he pegado unos cuantos golpes dentro del traje.

—¿Pero estás bien?

—Genial. Aunque todo el vapor de agua ha salido disparado desde la zona de carga.

—¿Es muy grande el agujero?

Hubo un momento de vacilación.

—No alcanzo a ver ningún agujero. Debe ser microscópico.

—Lo que nos ha golpeado es más grande que microscópico —dijo Pancho—. Quizá es una de las avanzadillas del escombros lunar.

Wanamaker dijo:

—Sea lo que sea lo que nos ha golpeado, ha debido de perder la mayor parte de su energía al chocar con el escudo contra meteoros para dejar únicamente un pequeño agujero en el casco.

—Quizá —concedió Pancho. Echó un rápido vistazo a los instrumentos. La presión en la zona de carga ha bajado hasta casi quedar en nada, pero aquí, en la carlinga, no tenemos problemas. Eso sí, menos mal que me he puesto el traje. Empieza a decaer la amenaza de colisión. Ya estamos saliendo del anillo. Y menos mal lo del traje. Si la carlinga se hubiese perforado, estaría muerta.

—Ya casi estamos fuera —observó Wanamaker, mientras una ancha sonrisa se extendía por su curtido rostro.

Pancho reactivó el sonido en la alarma de colisión. Ahora era poco más que una nana.

—Creo que lo hemos conseguido —le dijo a Wanamaker.

—Iré a la zona de carga para ver cómo lo está llevando Manny.

—Tendrá que permanecer en el interior del traje hasta que nos acoplemos al hábitat. La zona de carga es el único espacio lo suficientemente grande para que pueda salir del traje, y ahora está abierto al vacío.

—Cierto —reconoció Wanamaker, abriendo la escotilla. La presión del aire en la carlinga seguía siendo normal. Pancho advirtió que la escotilla de la zona de carga debía haberse cerrado automáticamente.

—Ah, Jake —dijo—. Comprueba la nevera, y asegúrate de que no ha sufrido daños.

—A la orden, capitán —repuso Wanamaker, sonriendo y, en broma, dedicándole un rígido saludo.

Pancho le devolvió la sonrisa. Pero su rostro se contrajo en una expresión de aterrada sorpresa cuando se dio la vuelta y vio un enorme cascote de hielo, tan grande como un apartamento, cerniéndose sobre ellos. Tiró de los mandos y aquello desapareció de su vista.

Wanamaker y Gaeta gritaron al unísono en una ferviente mezcla de «espanglish» y maldiciones marineras.

—Mis disculpas —les dijo Pancho, reparando en que habían estado a punto de estamparse contra una de las avanzadillas de los escombros lunares que orbitaban alrededor de los bordes del anillo.

—Si os sirve de algo —añadió, volviendo a esbozar una sonrisa—, ahora sí que estamos fuera.

12 de abril de 2096:

Regreso

Kris Cardenas se topó, literalmente, con Wunderly cuando las dos mujeres corrían por el pasillo que desembocaba en la zona del compartimento estanco situado en el extrarradio del hábitat. Tavalera y Timoshenko corrían a toda prisa, por delante de ellas, y casi estaban en la escotilla que daba al compartimento. Timoshenko tiraba de una pequeña plataforma rodante.

—Están bien, Kris —jadeó Wunderly—. He monitorizado las transmisiones desde mi oficina. Manny está bien.

Cardenas asintió:

—Aunque ha sido duro.

—Pero están bien. —La sonrisa de Wunderly se debilitaba mientras refrenaban el paso para detenerse—. Nadie ha salido malparado. —Era una disculpa, comprendió Cardenas.

Pero no estaba de humor para aceptar disculpas:

—Espero que tus muestras sean lo que esperas —espetó, sin tratar de disimular la acritud que había en su voz.

Empujando la plataforma rodante de la que había estado tirando para subirla al camión, mucho más grande, que alojaría el traje espacial y acabaría en el compartimento estanco, Timoshenko conectó un equipo de comunicación a la clavija del mamparo situado junto a la pesada escotilla de acero, y luego se llevó una mano al auricular:

—Vale —dijo al pequeño micrófono que llevaba junto al labio—. Confirmado acoplamiento.

Tavalera se volvió hacia las dos mujeres:

—Acaban de acoplarse —dijo, sin atreverse a sonreír.

Cardenas aguardó lo que parecían ser horas, con la mirada fija en la escotilla del compartimento estanco, esperando a que se abriese, esperando a que Manny volviese con ella. No pudo evitar echar una mirada a Wunderly; Nadia parecía igual de ansiosa, igual de impaciente. Sus preciosas muestras, murmuró Cardenas para sí. Manny, Pancho y Jake han estado condenadamente cerca de matarse para que ella pudiera tener sus copitos de hielo.

Pero bajo aquel caudal hirviente de emociones, Cardenas sabía que no podía seguir enfadada con su amiga. Ya han regresado, nadie ha muerto, bien está lo que bien acaba, se dijo. No puedo cabrearme contigo, Nadia, te comprendo demasiado bien.

—Gaeta está en el compartimento estanco —anunció Timoshenko, con la mano apretando aún el audífono de comunicaciones que llevaba en la oreja—. Está abriendo la escotilla interior.

Al observar el rostro ansioso de Wunderly —aquellos ojos abiertos de par en par, aquellos labios entreabiertos de pura expectación—, los últimos rescoldos de la cólera de Cardenas se enfriaron. Pasó un brazo por los hombros de Wunderly y, suavemente, le dijo:

—De verdad, espero que hayan traído las pruebas que necesitas, Nadia.

Los ojos de Wunderly se llenaron de lágrimas:

—Gracias, Kris. Gracias por todo. Sé que no querías que Manny fuese allí. Sé que...

La escotilla interior emitió un crujido y se abrió lentamente hacia afuera, como la enorme puerta de una caja fuerte. Gaeta cruzó pesadamente el antepecho vestido aún con el voluminoso traje espacial. De inmediato, Tavalera y Timoshenko se colocaron a ambos lados de él, ofreciéndose instintivamente a ayudarlo.

—Puedo caminar solo. —La voz de Gaeta resonó por los altavoces del traje.

Cardenas pensó que sonaba cansado, exhausto.

Mientras la puerta del compartimento estanco se cerraba de nuevo, Tavalera se colocó por detrás de Gaeta y procedió a abrir la escotilla. Cardenas se fue con él.

—¿Las muestras? —preguntó Wunderly, con voz aguda.

—En la unidad criogénica —respondió Gaeta—. Pancho y Jake las traen.

Como siguiéndole el pie, la escotilla del compartimento estanco se abrió de nuevo; Pancho y Wanamaker pasaron con cuidado al otro lado acarreando la nevera, que parecía un ataúd en miniatura. Cardenas no les prestó atención. Se dirigió a la parte trasera del enorme traje y miró cómo Manny pasaba agachado a través de la escotilla, y, un tanto mareado, depositaba las botas en la cubierta.

—¡Estás sangrando! —soltó Cardenas.

—¿De verdad?

—Tu nariz. —Corrió hacia él, y le rodeó con los brazos—. ¿Estás bien?

—Ahora sí. —Sonrió y, cauteloso, se tocó la nariz con la punta de los dedos. Vio que tenían sangre—. Debo habérmela golpeado con algo. La cosa ha estado chungu durante un buen rato.

—¿Pero estás bien? —repitió Cardenas.

Cardenas comprendió que la plataforma más pequeña era para la unidad criogénica. Tan pronto como Pancho y Wunderly la cargaron en el carrito, Wunderly se hizo con la barra de control y procedió a empujarla por el pasillo a todo correr.

Pancho rio entre dientes:

—Alguien debería decirle que esa plataforma tiene un motor eléctrico. Podría conducirla de vuelta al laboratorio.

—Anda y que empuje —dijo Cardenas, también sonriendo—. El ejercicio no le vendrá mal.

13 de abril de 2096:

La mañana después

Nadia Wunderly no pudo conciliar el sueño. Había pasado toda la noche en el laboratorio de biología, a solas, estudiando las muestras de las partículas de hielo que Gaeta le había traído. Durante semanas, había irritado a los biólogos por tomar prestados, cuando no los gorroneaba o directamente los saqueaba, los equipos que precisaba para construir un aparato de análisis criogénico con todos los detalles necesarios. De un tamaño parecido al de un horno microondas, se encontraba físicamente aislado del resto del laboratorio mediante compartimentos estancos miniaturizados y pantallas aislantes que evitaban la contaminación de las muestras tomadas; el resplandeciente aparato de color blanco también disponía de un aislante perfecto para mantener las partículas de hielo a casi la misma temperatura que existía en los propios anillos. La mayor parte del trabajo lo había hecho la propia Wunderly; muy rara vez podía camelarse a un técnico para que le echase una mano. Incluso entonces, ellos ya bromeaban acerca de «la caja helada de Wunderly».

Estaba sentada frente a una pantalla que le mostraba una de sus preciadas partículas. Los test que había realizado demostraban que aquel fragmento de seis centímetros de ancho consistía en hielo amorfo: no era ese tipo de hielo cristalino tan habitual en la Tierra, sino una forma que, estructuralmente, era más semejante al líquido, en el cual las moléculas fluían e interactuaban. Como el vidrio, dijo para sí. El vidrio, en su estructura, es líquido, lo que sucede es que a la temperatura normal de la Tierra se solidifica. El hielo amorfo es sólido a casi doscientos grados bajo cero, pero su estructura no es rígida; las moléculas no se encuentran atrapadas en el lugar en que están presentes: se mueven de un lado a otro y se combinan unas con otras. La química no tiene lugar en el interior del hielo amorfo.

Fatigada, Wunderly se frotó los ojos. Es hielo amorfo, de acuerdo. Y hay en su interior partículas del tamaño de microbios. ¿Pero están vivas? Al fin y al cabo, no hacen nada. Están ahí plantadas, en el interior de ese trozo de hielo, tan inertes como unas simples manchitas de polvo.

A duras penas se incorporó de la silla; cada músculo de su cuerpo emitió una queja. Necesito un biólogo, dijo Wunderly para sí. ¿A quién puedo captar en todo el grupo para que me eche una mano?

—Ha sido terrible, Panch —le estaba diciendo Holly a su hermana durante el café de la mañana—. Me dejó por los suelos.

—No pudo haber sido tan malo —replicó Pancho para confortarla.

—No, peor.

Pancho había acudido al apartamento de su hermana para acompañarla en su desayuno, después de que Holly la hubiese llamado en mitad de un agotador escarceo

de sexo matinal con Wanamaker. Deja que suene, había jadeado Wanamaker. En cuanto este se dirigió a la ducha, Pancho comprobó los mensajes del teléfono, y luego llamó a Holly para decirle que estaría en su casa en una hora, o menos.

Pancho nunca había visto tan apesadumbrada a su hermana. Las elecciones significan mucho para ella, comprendió. Holly ha dado con algo que le resulta importante.

—Mira —le dijo a Holly—. Lo primero que haremos será llamar a Nadia y ver si ha encontrado criaturas vivas en las muestras. Todo depende de eso.

Wunderly no estaba ni en su casa, ni en su oficina, ni en su laboratorio. Se encontraba en la cafetería, tomando el desayuno con Da'ud Habib y Yolanda Negroponte. Wunderly había llamado a Habib la noche anterior, en cuanto comprendió que necesitaba contar con un biólogo que la ayudase a analizar las partículas del anillo.

—Yolanda es la mejor de todo el equipo de biólogos —había dicho Habib a modo de presentación.

Pero Wunderly recibía lo que, sin discusión, eran vibraciones hostiles por parte de Negroponte. La mujer era mucho más alta que ella, tenía un cuerpo rotundo y una melena larga y rubia que enmarcaba un rostro que no era exactamente hermoso, pero sí muy atractivo. Labios carnosos, mandíbula y pómulos marcados, y unos ojos que rebosaban suspicacia.

Habib también debió de sentir la tensión que había entre las dos mujeres, porque se excusó tras darle apenas un bocado a la magdalena del desayuno y un sorbo a su café solo.

—Tengo una reunión con el jefe del departamento de Mantenimiento —comentó, casi como disculpándose. Al levantarse de la mesa y recoger la bandeja que apenas había tocado, añadió:

—Parece que soy el tipo más popular de la mañana.

Dicho lo cual, se escabulló de allí. Wunderly pensó que parecía aliviado de librarse de ellas dos.

Negroponte le observó por unos instantes y luego se volvió hacia Wunderly; sus ojos la enfocaban como dos rayos láser.

—Eres la chica a la que Da'ud llevó a la fiesta de Año Nuevo —dijo, casi como una acusación.

—Así es —respondió Wunderly—. ¿Con quién fuiste tú?

La bióloga esbozó casi una sonrisa:

—Estaba interesada en Da'ud, pero, inmerso como estaba en la extraviada maquinita de Urbain, no captó mis señales.

—Oh. Entiendo. —Wunderly decidió ir de frente. Necesitaba la ayuda de aquella mujer, no su animosidad—. Yo no envié ninguna señal. Simplemente le pregunté si le

gustaría ir a la fiesta conmigo.

Las cien cejas de Negro Ponte se alzaron sorprendidas:

—¿Así de fácil?

—Así de fácil. Nunca me enseñaron a ser sutil, ni a enviar señales.

—¿De verdad?

—Bueno, con tu físico, debe venir de manera completamente natural. Quiero decir, seguro que los hombres van constantemente detrás de ti.

—A ver, tampoco es que me persigan.

—Yo siempre he sido algo regordeta y muy poquita cosa —confesó Wunderly—. Eso no ayuda a tener a alguien resollando tras de ti.

La expresión de Negro Ponte se ablandó un poco:

—Yo siempre fui más alta que la mayoría de los chicos de mi escuela. Pero, lo que era aún peor, siempre se atemorizaban cuando se daban cuenta de que yo era más lista que ellos. Los hombres quieren ser los que dominan, incluso los más débiles. — Antes de que Wunderly pudiera pensar en una respuesta, Negro Ponte añadió:

—En especial, los más débiles.

—No creo que Da'ud sea débil. ¿Tú?

—No, no es que sea débil. Pero ante él debes mostrarte como un jefe.

—Quizá —concedió Wunderly—. Pero quizá le asustes si de pronto le saltas con esas, sin más.

Negro Ponte pareció considerar la idea por unos instantes, y luego sacudió la cabeza:

—No lo sé. Da'ud es guapo, pero su trabajo es más importante para él que las mujeres.

—¿De verdad lo crees?

—¿No es tu trabajo más importante para ti que cualquier hombre?

Wunderly agitó la cabeza:

—Yo no veo que ambas cosas supongan un conflicto. ¿Y tú?

Las dos mujeres siguieron allí, en la ruidosa y ajetreada cafetería, durante más de una hora, las cabezas juntas, hablando de los hombres y los problemas que causaban. A veces se reían a la vez; a veces, simplemente, eran risitas nerviosas. Las personas que pasaban portando sus bandejas hubieran pensado que se trataba de dos viejas amigas que se habían reencontrado después de una larga ausencia.

Fue solo tras dejar la mesa, recoger las bandejas y apilarlas, y dirigirse al fin hacia el laboratorio biológico, cuando empezaron a hablar de biología y de las muestras del hielo.

Habib reconoció sentirse aliviado de librarse de las dos mujeres cuando, educadamente, tocó en la puerta del despacho del jefe de Mantenimiento. Las dos se creen que les pertenezco, se dijo a sí mismo. Y cada una de ellas me quiere exclusivamente para sí.

—Adelante —dijo la voz de Timoshenko desde el otro lado de la puerta.

Habib la abrió y entró en la oficina. Era un lugar espacioso, con una mesa amplia y paredes inteligentes atestadas de datos. Timoshenko se hallaba sentado tras una enorme montaña de papeles, lo cual a Habib se le antojó extraño. ¿Por qué usar papel cuando puedes almacenar la información por medios electrónicos? Tampoco era que aquellas hojas fueran auténtico papel, confeccionado a partir de árboles. A bordo del hábitat *Goddard*, lo que se daba en llamar «papel» consistía en realidad en una serie de finas láminas de plástico reprocesado.

—¿Quería verme? —preguntó Habib desde el umbral de la puerta.

—¿Es usted el genio informático? —le interrogó a su vez Timoshenko, poniéndose en pie.

Habib formuló una tímida sonrisa:

—Soy el jefe de la sección informática del equipo científico. Pero de ningún modo soy un genio.

Haciéndole un gesto hacia la única silla que había frente a su mesa, Timoshenko dijo:

—Disculpe mi inimitable modo de expresarme. Es un mal hábito.

—¿En qué puedo ayudarle? —le preguntó Habib al tomar asiento—. Comprenderá, sin duda, que mis responsabilidades se circunscriben al doctor Urbain, de modo que si necesita mi tiempo o el tiempo de su gente, antes tendrá él que aprobarlo.

Timoshenko gruñó y se arrellanó en su silla:

—He encontrado un problema que afecta a la seguridad de nuestro hábitat.

Habib sintió que sus cejas se alzaban.

Señalando el gráfico que mostraba una de las paredes inteligentes, Timoshenko prosiguió:

—Hemos estado sufriendo caídas de energía. He comprendido que lo que las causa es el campo de fuerzas electromagnéticas que rodean Saturno.

—¿Fuerzas en el campo magnético de Saturno?

Asintiendo, Timoshenko replicó:

—Ustedes, los científicos, han sabido durante años que hay fuerzas eléctricas que emanan del planeta...

—Electromagnéticas.

—Sí, claro. Eso quería decir.

—Y, aparentemente, de algún modo estas se originan en los anillos.

—Lo que sea —respondió Timoshenko, no sin impaciencia—. Esas fuerzas sobrecargan nuestro sistema de circuitos eléctricos y son lo que causa las caídas de tensión.

—No lo entiendo —replicó Habib—. La electricidad la generamos mediante células solares, ¿no es así?

—Sí, esa es nuestra fuente principal. Pero la corriente generada por los voltaicos solares debe convertirse en frecuencias fáciles de utilizar por los equipos eléctricos.

Ya imaginarás que no hay un camino directo desde las células solares a tu cafetera.

—Ah. Claro.

—Esas fuerzas sobrecargan los inversores. Y mi trabajo es arreglar la situación.

Habib casi rio:

—Espero que no crea que puede detener los procesos naturales de Saturno.

—No, pero si sé cuándo sobrevendrán dichas fuerzas, podría proteger los sistemas de energía de su influencia. Creo.

—¿Necesita predecir cuándo llegarán esas fuerzas?

—Sí. Es el primer paso para acabar con estas puñeteras caídas de tensión.

—¿Diría usted que ocurren al azar?

—No exactamente al azar —dijo Timoshenko—. Parecen venir cada pocas semanas, en grupos.

Con expresión ausente, Habib se frotó la barba:

—¿Cada pocas semanas?

—Más o menos —respondió Timoshenko, que se sentía más y más irritado al ver que Habib solo hacía de eco a sus palabras. Esperó la siguiente pregunta. Tras ver que Habib permanecía en silencio, el ingeniero añadió:

—Si supiera cuándo debo esperar las subidas de fuerza, al menos podría apagar todo el equipo eléctrico que no fuera esencial para no sobrecargar los sistemas y evitar las caídas de tensión.

—Entiendo.

—Pero también entenderá que no puedo apagar el equipo durante varios días. Quizá unas cuantas horas... De modo que necesitaría saber cuándo van a llegar las subidas de tensión.

—¿Cerrar los equipos es lo mejor que podría hacerse?

—No. Lo que deberíamos hacer es proteger con un escudo los inversores y los tendidos principales de energía, pero eso lleva tiempo, recursos y trabajo. Mientras tanto, o bien me encargo de apagar lo que no sea esencial en el momento en que llegue una subida de tensión, o bien seguiremos padeciendo estos condenados apagones.

—Entiendo —repitió Habib.

—Son ustedes, los científicos, quienes disponen de toda esta información acerca de las subidas de tensión. Es de donde la he sacado.

—¿Y quiere que yo analice esos datos para predecir cuándo sobrevendrán las subidas?

—¡Sí! —exclamó Timoshenko con fervor.

—Tendré que pedir permiso al doctor Urbain para trabajar en el problema. No sé si estará de acuerdo. Él...

—Dígale a Urbain que, o arreglamos este problema, o todo el hábitat quedará a oscuras.

Los ojos de Habib se abrieron de par en par:

—No será tan grave, ¿verdad?

—¿Puede usted asegurarme que no será tan grave? Supongamos que un verdadero subidón se carga nuestros inversores. ¿Qué ocurriría entonces?

—Comprendo —dijo Habib. Levantándose de la silla, añadió:

—Hablaré al doctor Urbain acerca de esto inmediatamente.

—Perfecto —contestó Timoshenko, levantándose a su vez de la silla y alargando una mano sobre la mesa para estrechar la de Habib.

Sin embargo, el informático prosiguió:

—Pero dudo que me dé permiso para trabajar con usted. No querrá dejarme ir.

—Tendrá que hacerlo —insistió Timoshenko—. Y usted tendrá que convencerle de ello.

Con un aspecto totalmente desencantado, Habib murmuró:

—Lo intentaré.

—Perfecto —repitió Timoshenko, y de nuevo tendió su mano sobre la mesa. Habib vaciló unos instantes, pero luego la estrechó entre las suyas. Timoshenko pensó que el apretón de aquel tipo era delicado, casi débil.

—Gracias.

En cuanto Habib salió de la oficina, Timoshenko volvió a dejarse caer en su sobredimensionada silla giratoria, pensando: si Urbain no le da permiso a Habib para trabajar en esto, acudiré a Eberly y le diré que ponga al tipo en mis filas. Esto es más importante que tratar de encontrar un juguetito perdido en Titán. ¡Esto es vital!

13 de abril de 2096: La oficina de Urbain

Mientras avanzaba por el pasillo rumbo al despacho de Urbain, un bastante reacio Habib se preguntaba cómo podría hacer para convencer al jefe del equipo científico de que le permitiese trabajar con Timoshenko.

No lo permitirá, se dijo Habib. Se negará en redondo. Lo único que le importa es su *Titán Alpha*. Dirá que Timoshenko es un alarmista, un ingeniero que no comprende lo importante que es devolverle la vida a *Alpha*.

Habib tenía miedo de pedirle permiso a Urbain. Sabía que no podría resistir el envite de la ira de su jefe. ¿Por qué me ha puesto Timoshenko en este brete?, se preguntó. Debería ser él quien se dirigiese a Urbain. ¿Por qué me obliga a hacerlo? ¿Por qué he aceptado hacerlo?

La puerta del despacho de Urbain estaba a menos de veinte metros y Habib ralentizó sus pasos al aproximarse a ella. Vio entonces que Negroponte salía del despacho de Urbain y enfilaba a su vez el pasillo. Parecía agitada, y pálida.

—¿Qué pasa, Yollie? —preguntó.

Como si fuera a romper en lágrimas, la bióloga replicó:

—Acabo de pedirle permiso a Urbain para trabajar con Wunderly en sus muestras del anillo. Se ha pasado. Creía que le iba a dar un ataque.

—¿Te ha negado el permiso?

—Me ha gritado. Me ha amenazado con enviarme de vuelta a la Tierra con una reprimenda y una recomendación negativa.

Habib no había visto nunca a Negroponte con aquel aire acobardado y asustado. Eso le sorprendió. Algo se agitó en su interior. Sintió que sus mejillas se acaloraban.

—No puede hacer eso.

—¿No puede? —replicó ella, con las lágrimas asomando a sus ojos.

¡Era la cólera! Habib comprendió que era el calor de la rabia lo que ardía en su interior. Urbain la ha herido, la ha humillado, la ha hecho llorar. En una de esas extrañas ocasiones de su vida, Habib actuó por puro impulso. Aferró la muñeca de Negroponte con una mano y con la otra empujó la puerta que daba al despacho de Urbain.

—¿Qué es esto? —exclamó Urbain, levantando la vista.

—No tiene derecho a amenazar a ningún miembro de su equipo —le espetó Habib, apuntando con un dedo acusador a su jefe. Dirigiéndose a la mesa de Urbain, soltó la muñeca de Negroponte—. Pídale disculpas a la doctora Negroponte.

—¿Disculpas? Yo...

—La doctora Negroponte es una de nuestras mejores biólogas, tan buena que la doctora Wunderly le ha pedido ayuda para analizar las muestras que le han llegado de los anillos. ¿Y usted se atreve a amenazarla? ¿A gritarla?

Temblando de pies a cabeza, Urbain se levantó:

—¡Soy el director del equipo científico y no toleraré tamaña insolencia!

Habib no retrocedió ni un milímetro:

—Va a pedirle disculpas a Negro Ponte. ¡Ahora!

—¿Pero qué es esto? —gritó Urbain—. ¿Se han vuelto los dos completamente locos? ¿Acaso todo el mundo se ha vuelto loco?

—Es necesario que la doctora Negro Ponte analice las muestras de los anillos. Y no es correcto que le niegue el permiso para hacerlo.

—*Titán Alpha* es la máxima prioridad.

—*Titán Alpha* está muerto o dormido. No necesita que nuestra mejor bióloga se pase las horas mirando unas pantallas carentes de datos.

—Usted... —Urbain pareció tartamudear por unos instantes. Se volvió a hundir en su silla.

De pronto, Habib se percató de la enormidad de lo que estaba haciendo. Pero la ira seguía hirviendo en su interior.

—Déjela trabajar con Wunderly —dijo, intentando mostrarse más razonable—. Si encuentra organismos vivos en las partículas del anillo, parte del crédito será suyo. Compensará en alguna medida el escozor que le ha supuesto el fracaso de *Alpha*.

—¿Fracaso? —los ojos de Urbain relampaguearon—. ¡*Alpha* no es ningún fracaso! ¡Yo no soy un fracaso!

—Nadie ha dicho que usted lo sea. Pero es contraproducente tener a sus biólogos haciendo molinete con los dedos hasta que consiga recuperar el contacto con la máquina.

—Soy yo quien decide qué es contraproducente y qué no —replicó Urbain con acritud.

Habib tomó aliento. Aquella cólera sorda que había sentido al ver a Negro Ponte al borde de las lágrimas se había remansado. Pero una vez había dado aquel paso al frente, ya no podía echarse atrás.

—Doctor Urbain —explicó lentamente—, si no permite que la doctora Negro Ponte trabaje de manera temporal con la doctora Wunderly, haré que todo el equipo científico paralice el trabajo.

Oyó el repentino grito que Yolanda, sorprendida, apenas consiguió ahogar, pero no apartó los ojos de Urbain.

El jefe de científicos empezó a barbotar:

—¿Paralizar el trabajo? ¿Una huelga? No puede... sería ilegal... injustificado...

—La mayor parte de su equipo no está haciendo nada importante en estos momentos, así que... Se negarán a trabajar para usted si sigue actuando como un dictador, en lugar de mostrarse como un colega.

—¿Un dictador? ¿Yo?

—Dele permiso para que trabaje con la doctora Wunderly —insistió Habib, casi en son de paz—. Le aseguro que reforzará su crédito.

Urbain abrió la boca, pero la volvió a cerrar. Sus ojos se movieron de Habib a Negroponte.

—La verdad es que no tengo nada que hacer —musitó esta en voz baja, casi en un susurro—, al menos mientras *Alpha* no dé señales de vida.

—Hágalo —saltó Urbain—. Haga ese trabajo con Wunderly.

—¡Gracias, señor! —exclamó Negroponte.

—Manténgame informado de sus progresos. Quiero informes diarios.

—Sí, por supuesto.

Alargó un brazo y tomó la mano de Habib. Salieron juntos por la puerta todavía abierta, dejando a Urbain sentado en su despacho con un aspecto completamente estupefacto, confuso.

Habib se detuvo ante la puerta y se volvió hacia Urbain:

—Oh, debería habérselo dicho, el jefe de Mantenimiento me necesita para ayudarle a resolver el problema de los apagones eléctricos que hemos venido sufriendo hasta la fecha.

Urbain no dijo nada. Simplemente, se quedó mirando cómo la pareja abandonaban su oficina cogidos de la mano.

Hundiendo la cabeza sobre el portátil, Urbain quiso llorar. Todo se está viniendo abajo, pensó, lleno de desdicha. Me abandonan, dejan que *Alpha* siga mudo e inerte en Titán. He perdido el control de mi creación y ahora estoy perdiendo el control sobre mi propio equipo.

¿Qué puedo hacer? ¿Qué puedo hacer?

14 de abril de 2096:

Mañana

Kris Cardenas sonreía a Gaeta, que dormía profundamente a su lado. Está bien, se repetía para sus adentros por milésima vez. Ha atravesado los anillos y no le ha pasado nada. Con esto ha puesto punto final a sus desorbitadas proezas; nunca volverá a jugarse la vida, nunca volverá a dejarme.

Salió sigilosamente de la cama y se dirigió de puntillas al lavabo, aún sonriendo.

El olor del café recién hecho despertó a Holly. Había programado la máquina de hacer café a las siete de la mañana. A su parecer, funcionaba mejor que un despertador. Por otro lado, sabía que no se trataba de auténtico café; el clima del hábitat no era el más adecuado para que sus semillas madurasen, ni siquiera en el extrarradio. Los biotécnicos habían producido un café sintético mediante ingeniería genética, procesando un cultivo de alubias que crecían en las granjas. Incluso habían logrado dar con una variante libre de cafeína, aunque Holly prefería la versión clásica, con su «elevada cantidad de octanos».

Mientras abandonaba la cama, se preguntó qué estaría haciendo Raoul en aquel momento. Nos estamos distanciando, comprendió. Se había involucrado en cuerpo y alma en la misión de Manny a los anillos, al tiempo que la propia Holly se hallaba del todo inmersa en la campaña electoral.

Ojalá y nunca se me hubiera ocurrido presentarme al cargo, se dijo Holly mientras se cepillaba los dientes. Contempló la imagen que le devolvía el espejo situado sobre el lavabo. Pero lo que Malcolm pretende hacer es un verdadero dislate. No podemos explotar los yacimientos de los anillos si hay en ellos criaturas vivas. Y además, debemos encontrar la manera de hacer permisible el crecimiento de la población antes de que las mujeres empiecen a quedarse embarazadas. La sociedad al completo se vendría abajo en el momento en que las mujeres decidieran ignorar el protocolo CCP. Rompe una ley, ¿y qué te obligará a obedecer las demás leyes?

Cansinamente, arrastró los pies hasta la cocina y se sirvió una taza de café bien cargado. Sentada a la mesa, Holly se preguntó: ¿cómo puedo contrarrestar los planes de Malcolm, su idea de emplear los beneficios procedentes de la explotación de los anillos como el único medio viable para sostener el crecimiento poblacional?

Pasó la mañana forcejeando con aquel problema.

Aún en la cama, Wanamaker le dijo a Pancho:

—¿Sabes? Como piloto eres la leche. No me he dado cuenta de ello hasta ayer mismo.

Pancho le dedicó una sonrisa de oreja a oreja:

—Y tú eres un amante de la leche. Pero eso siempre lo he sabido.

Rieron al mismo tiempo. Pancho se disponía a abandonar la cama, pero Wanamaker alargó una mano hacia su cuerpo esbelto, de largos miembros.

—No tenemos nada apuntado en la agenda —susurró, tirando de ella hacia sí—. Pasemos el día en la cama.

—Quizá tú no tengas nada que hacer —replicó Pancho, zafándose de él con suavidad—, pero yo tengo que ir a ver a Holly y ayudarle a planificar sus próximos movimientos.

Frunciendo el ceño, Wanamaker gruñó:

—¿A qué viene esto? Que yo sepa, no eres la responsable de su campaña.

—Bueno, más o menos lo soy. En el mejor de los casos, puedo proporcionarle mi experiencia en el trato con esos cantamañanas del estilo de Eberly.

—¿Cuándo has...?

—Política corporativa, ¿recuerdas? ¿Te acuerdas de Martin Humphries?

—No era un cantamañanas —repuso Wanamaker—. Un megalomaniaco, quizá, pero no un cantamañanas.

Mientras salía de la cama, Pancho respondió:

—Sí, bueno, da igual, la política es la política y Holly necesita toda la ayuda que pueda prestarle.

Wanamaker emitió un profundo suspiro:

—Vale, tú vete a jugar a los políticos con tu hermanita. Si me necesitas, ya sabes dónde estoy.

Pancho rio:

—Mi héroe.

Nadia Wunderly se obligó a descansar toda la noche. Incluso había conseguido descabezar un sueño, pese a su ansiedad por comenzar a trabajar con Negroponte en las muestras del hielo. El sueño se había visto entorpecido por pesadillas, aunque no era capaz de recordar ningún detalle específico de aquellas cuando se despertó. Tan solo percibía el inquietante sentimiento de que algo iba mal.

Eberly, comprendió, mientras se vestía. Las noticias de la mañana no hacían más que hablar de la propuesta que Eberly había lanzado de explotar los yacimientos de los anillos. ¡No voy a permitirle que haga eso!, se dijo Wunderly. ¡Va a arruinarlo todo! ¡Todo!

Se detuvo en la cafetería para llevarse un rápido desayuno compuesto por un yogur y miel, y luego corrió a su laboratorio. En otras circunstancias, se hubiera tirado una hora en el gimnasio, pero hoy no era el día para hacerlo, y no lo sería mientras las muestras esperasen su análisis y Negroponte ya estuviera en camino para trabajar con ella.

Mientras avanzaba a paso ligero bajo el sol de la mañana, en pos del edificio de laboratorios, el plan de Eberly volvió a emerger otra vez en su cabeza. Horrorizada, Wunderly había visto las informaciones televisivas del debate que este mantuvo con

Holly. Había visto su petulante sonrisa en el momento en que esa estúpida muchedumbre aplaudía su propuesta de explotar los yacimientos de los anillos.

¡No puede hacerlo!, se dijo Wunderly. No se lo permitiré. ¡Le mataré con mis propias manos si hace falta, pero no tocará los anillos!

Con aire taciturno, Eduoard Urbain se hallaba sentado a la mesa del desayuno; su esposa colocaba un plato de salmón ahumado y algunas lonchas de pan tostado ante él.

Le había relatado a Jeanmarie el arranque de violencia que Habib había sufrido el día anterior. Pero Jeanmarie no se había mostrado tan empática como esperaba.

Nadie está de mi parte, se dijo, pesaroso, mientras Jeanmarie se sentaba al otro lado de la pequeña mesa. Estaba sonriendo. ¡Sonriendo! Mi equipo se declara en rebeldía, mi *Alpha* está solo y silencioso en Titán, ¡y mi mujer aún encuentra algo que le hace sonreír!

—Parece que estás muy contenta esta mañana —dijo Urbain fríamente.

—Tengo una reunión con el comité a las diez —replicó Jeanmarie.

Urbain no dijo nada más; cogió una rebanada de pan tostado y le colocó encima una loncha de salmón. Se lo llevó a los labios, pero luego lo volvió a dejar en el plato.

—No tengo hambre —espetó.

—¿Estás preocupado por lo de tu equipo?

Sintió que sus cejas respingaban hasta lo más alto.

—¿Preocupado? ¿Porque me han amenazado con amotinarse? Pues claro que estoy preocupado.

Jeanmarie compuso una expresión condescendiente:

—Mon cher, ¿por qué no dejas que emprendan algún trabajo útil mientras la máquina sigue sin dar señales de vida? Lo que hagan siempre repercutirá en tu crédito, ¿no crees? Después de todo, eres su jefe.

—Hablas como Habib —murmuró Urbain.

—¿Entonces? ¿Lo ves?

Urbain apartó el plato a un lado:

—Debo encontrar el modo de recuperar el contacto con *Alpha*. Debo hacerlo.

—Quizá... —comenzó Jeanmarie, pero vaciló en proseguir.

—¿Quizá qué?

—Es una bobada. Estaba pensando en ese tipo, Gaeta. Ha vuelto a volar a los anillos. ¿No crees que podría ir hasta Titán y averiguar así qué ocurre con *Alpha*?

Urbain se removió, desdeñoso:

—¡Qué tontería! Ese tipo solo sabe hacer sus estúpidas pruebas de valor, no es un científico. Es un personaje de circo.

—Aun así, tú podrías dirigirle, decirle lo que debe hacer. Y él podría decirte lo que ve cuando esté allí.

Urbain sacudió la cabeza:

—Jamás funcionaría. Gaeta quiso ir a la superficie de Titán en cuanto puso un pie en el hábitat. Quería ser el primero en plantar sus huellas en ella.

—Y tú te negaste a que lo hiciese.

—¡Pues claro que sí! No voy a permitir que alguien contamine el medioambiente. Titán tiene una ecología viva. No voy a dejar que un saltimbanqui cualquiera ponga sus pezuñas allí.

—Pero enviaste tu máquina a la superficie.

—Se la esterilizó de arriba abajo. Más en profundidad de lo que se podría esterilizar a un ser humano, incluso estando en el interior de esa monstruosidad de traje que tiene. Los niveles de radiación que empleamos para esterilizar a *Alpha* le hubieran matado.

Jeanmarie asintió, como si comprendiese aquellas palabras. Luego dijo:

—Aun así, si todo lo demás ha fallado, quizá ese hombre sea tu último recurso.

—¡Jamás! Ya le rechacé una vez. ¿Y ahora quieres que me presente ante él con el rabo entre las piernas y le pida ayuda? ¡Jamás!

—Entiendo —replicó Jeanmarie. Y pensó que entendía aquello muy bien, mucho mejor aún que su marido.

16 de abril de 2096: Cerca del anochecer

Si de veras están vivos —dijo Yolanda Negroponte, levantando la vista de la pantalla del microscopio—, no se parecen en nada a ningún otro organismo que hayamos visto antes.

Wunderly, que estaba sentada a su lado ante la repisa del laboratorio, se conformó con replicar:

—Bueno, ¿y no era eso lo que esperabas?

Salvo por las dos mujeres, el laboratorio de biología estaba vacío; las demás áreas de trabajo del laboratorio se hallaban sumidas en un silencio yerto. Algunas motas de polvo flotaban en los rayos de sol que se filtraban por entre las altas ventanas. La pequeña nevera blanca, anodizada, que contenía las partículas de hielo, se erguía entre ambas mujeres, flanqueada por un par de manipuladores remotos y el tubo gris de un microscopio de electrones miniaturizado.

Una arruga interrogante partió el ceño de Negroponte:

—No se trata de salpicaduras de polvo. Poseen una estructura interna, eso salta a la vista, pero no parece que suceda nada en su interior. Las células vivas tienen un comportamiento dinámico: si los órganos se mueven, todo el complejo de células se estremece y vibra. Estas cosas están ahí, sin más: como las pasas de un pastel.

—¿No será que están muertas? —preguntó Wunderly—. A lo mejor estuvieron vivas alguna vez y ahora están muertas. A lo mejor las hemos matado al arrancarlas de su hábitat natural.

Negroponte sacudió la cabeza, haciendo que un largo mechón de cabellos rubios cayera sobre su rostro. Retirándolo, dijo:

—Has mantenido la temperatura y la presión en idénticas condiciones a las que había en el anillo. No hay signos de contaminación. Si estaban vivas en el anillo deberían también estarlo aquí.

Wunderly se levantó de la pequeña silla rodante en la que había estado sentada y se dirigió a la cafetera que había en un extremo de la repisa.

—Quizá haya estado equivocada todo este tiempo. A Eberly le encantará saberlo.

—Buena idea lo del café —replicó Negroponte, levantándose también de la silla—. Es un asco que no sepan hacer un expreso como Dios manda. Estimula el cerebro.

—Cafeína —murmuró Wunderly, mientras llenaba una taza del hirviente y humeante brebaje; después se lo tendió a Negroponte.

Las dos mujeres bebieron en silencio por unos instantes. Luego, Wunderly preguntó:

—¿Así que Da'ud le pegó cuatro gritos a Urbain?

—Tendrías que haberlo visto. Como un caballero en su brillante armadura enfrentándose a un dragón.

—No sabía que era así.

—Lo hizo por mí —musitó Negroponte, aún maravillada de la demostración del día anterior—. Creo que al verme llorar se le removi6 algo por dentro, algo que tenía que ver con la valentía y la fuerza.

Wunderly se llevó la taza a los labios:

—Quizá deba lloriquearle yo también —murmuró sobre su café.

—¿Sigues interesada en él? —Negroponte arqueó una ceja en dirección a Wunderly.

—¿Tú no?

—Más que nunca, Nadia.

—Entonces es todo tuyo —repuso Wunderly, pensando: no voy a permitir que Da'ud ni ningún otro hombre se interponga en mi trabajo. A ella la necesito más que a él.

Negroponte cambió el tema otra vez a la biología:

—¿Cuál es la temperatura en el interior de la unidad criogénica?

—Casi menos doscientos.

Dando unos golpecitos a la taza con la yema de un dedo, Negroponte dijo:

—La biología está subordinada a la química, y las reacciones químicas van más despacio tras un descenso de la temperatura.

—¿Crees que...?

—Parecen células. Tienen una estructura interna y su interior se preserva en unas membranas muy definidas. Pero, por lo visto, están inertes.

Los ojos de Wunderly se iluminaron de esperanza:

—¡Quizá no están inertes! ¡Quizá lo único que ocurre es que se han ralentizado!

—¿Puedes añadir una minicámara al microscopio? —preguntó Negroponte.

—¡Y tanto!

En media hora consiguieron ajustar una cámara de vídeo en miniatura entre la pieza ocular del microscopio y el cable que lo comunicaba con la pantalla.

—Bien —dijo Negroponte, en cuanto terminaron de fijarlo y lo habían probado.

Wunderly pasó la mirada de la pantalla, que aún mostraba el oscuro objeto celular incardinado al trozo de hielo, al rostro satisfecho de la bióloga:

—¿Y ahora qué, esperamos a que ocurra algo?

—Ahora nos iremos a cenar, nos tomaremos nuestro tiempo durante los postres, y luego vendremos a ver qué es lo que hemos grabado.

Wunderly aceptó con un asentimiento de cabeza. Postre, pensó. Me merezco un buen postre.

Pancho pasó todo el día junto a Holly en el apartamento de esta. Casi con desesperación, ambas se esforzaban en idear la manera de echar por tierra la posición que Eberly mantenía ante la explotación de los yacimientos de los anillos. Pancho estaba sentada en el sofá del salón, con las largas piernas estiradas sobre los

almohadones.

—La AIA no permitirá que lo haga —dijo con obstinación, repitiendo aquello al menos otras veinte veces.

Sentada ante la mesa, en el otro extremo de la habitación, Holly negaba con la cabeza:

—Urbain le ha dado su permiso. De todos modos, y aun si la AIA emitiera una resolución en contra de la explotación de los anillos, Malcolm podría conseguir el respaldo de nuestra gente.

—¿Y arriesgarse a que nos envíen un ejército de pacificadores?

—Panch, ¿de veras piensas que la AIA se va a molestar en enviar unas tropas hasta aquí? ¿Crees de verdad que la Tierra tiene ganas de meterse en una guerra porque alguien decida explotar los anillos de Saturno?

—No sería exactamente una guerra —respondió Pancho, insegura—. ¿Verdad?

—Significaría sangre y muerte —replicó Holly—. Jake tiene razón: los transbordadores son muy frágiles. No creo que la AIA fuera a asumir el riesgo en caso de que nuestra gente se ponga seria y les haga frente.

—Lo harán, si Nadia es capaz de demostrar que existe vida en los anillos.

—Ni siquiera así —replicó Holly—. Malcolm se sacaría de la manga algún tratado y a la AIA no le quedaría más remedio que suscribirlo. Espera y verás.

—¿Un tratado? Supongo que eso es mejor que una guerra.

Las luces parpadearon una vez, dos veces, y luego volvieron a estabilizarse. Ambas mujeres levantaron la vista hacia el techo.

—Hablando de la fragilidad de los transbordadores —dijo Pancho—. Este hábitat no es que sea el lugar más seguro de todo el sistema solar.

—Timoshenko ha comentado que quizá sepa qué puede estar causando los fallos de energía.

Bajando las piernas del sofá, Pancho replicó:

—Bueno, es un tema en el que puedes insistir.

—Panch, no es culpa de Malcolm que sucedan estas caídas de tensión.

—Pero suceden durante su mandato. Eso le hace responsable. Por lo que he oído, la gente está bastante hasta el gorro de que estas pérdidas de energía tengan lugar todo el rato. Y podrían ir a peor, ¿verdad?

—Supongo que sí —respondió Holly—. Pero no creo que sea un problema tan grande como para hacer que la gente me vote a mí.

—Las elecciones no se ganan por los votos a favor de un candidato —repuso Pancho, señalando en dirección a Holly con un dedo, para dar mayor énfasis a sus palabras—. Lo que las deciden son los votos en contra.

—¿Y qué?

—Que deberías colgarle estos fallos de energía a Eberly. Son sus fallos, y no está haciendo nada para solucionar el problema.

—Lo está intentando.

—¿Quieres que te elijan o no?

Holly miró a su hermana durante un largo rato, en silencio. Luego negó con la cabeza, en una clara señal de obstinación:

—Lo único que quiero es dar con algo que podamos echarle a la cara en todo este asunto de la explotación de los anillos. Eso es lo que va a decidir las elecciones, Panch. Todo lo demás es secundario.

Pancho tuvo que reconocer que tenía razón.

16 de abril de 2096:

Noche

Nuevamente, y con un sentimiento de culpabilidad por el helado que había tomado durante el postre, Wunderly siguió a Negroponte hasta el laboratorio de biología. El lugar estaba a oscuras, salvo por la hilera de lámparas cenitales que vertían su luz sobre la repisa en la que habían estado trabajando.

Negroponte se acomodó en la silla que había frente a la pantalla. Detrás de ella, Wunderly constató que todo mostraba el mismo aspecto que tenía cuando se marcharon de allí, tres horas atrás. Tanto trabajo para nada, pensó. He hecho que Manny arriesgue la vida, al igual que Pancho y Wanamaker. Y todo para nada. Esas condenadas cosas no son más que salpicaduras de polvo. La actividad que advertí en los anillos era el producto de una abrasión natural, una dinámica de partículas normal y corriente.

—Creo que con eso bastará —comentó Negroponte, al tiempo que hacía bailar sus dedos sobre el teclado—. Sí. Estoy volviendo a pasar las últimas tres horas y acelerándolas en la pantalla. Ahora veremos... —Levantó un dedo con una perfecta manicura para añadir dramatismo al momento, y luego lo dejó caer en el teclado.

La imagen que había en la pantalla pareció estremecerse.

—¿Has visto eso? —exclamó Negroponte, súbitamente emocionada.

—Algo... —contestó Wunderly—. A lo mejor he parpadeado.

—No hemos parpadeado al mismo tiempo —murmuró Negroponte, haciendo revolotear otra vez los dedos—. Voy a rebobinar el vídeo y a pasarlo otra vez. ¡Ahí! ¿Lo ves?

—Puede que haya un salto en el vídeo —dijo Wunderly, tratando de mantener la calma pese a la emoción que recorría sus nervios.

—Rebobinaré de nuevo. Esta vez lo ralentizaré...

Wunderly percibía un murmullo que se iba abriendo paso en su interior: no te muestres demasiado esperanzada, se dijo. Mantén la cabeza fría, no te sobreexcites.

Se inclinó sobre el hombro de Negroponte, con los ojos cada vez más abiertos mientras la oscura masa que mostraba la pantalla latía lentamente: una, dos, tres veces. Luego volvió a su quietud inicial.

—Rebobinando —dijo Negroponte, con la voz un tanto agitada.

La criatura del hielo volvió a emitir sus pulsaciones.

—Está vivo —susurró Wunderly.

—Tenías toda la razón —repuso Negroponte, volviéndose en la silla.

Wunderly envolvió con sus brazos los hombros de la bióloga y la estrechó con fuerza. A duras penas, Negroponte se puso en pie y devolvió el abrazo a Nadia. Las dos mujeres bailaron a lo largo de la repisa del laboratorio.

—¡Te van a dar el Nobel por esto! —gritaba Negroponte, llena de exultación.

—Nos lo darán a las dos. A las dos. Lo hemos hecho juntas.

—Vida a temperaturas criogénicas —musitó Negroponte, regresando a sus aparatos.

—Debemos decírselo a Urbain y luego al CIU. Querrán ver nuestros datos. Tenemos que conseguir más grabaciones, examinar más especímenes.

Negroponte asentía con tanta fuerza que hasta su cabello se levantaba:

—¿Te das cuenta de lo que esto significa? Estos organismos tienen un metabolismo tan lento que podremos estudiar sus reacciones celulares molécula a molécula. ¡En más detalle del que jamás hayamos podido ver en células normales!

Wunderly ya estaba escarbando en su bolso de mano en busca de su portátil:

—¡Quizá nos tengan que dar dos Nobel!

Incluso a aquella hora tan tardía Urbain se encontraba en su oficina, mirando la pared inteligente que mostraba una vista en tiempo real de *Alpha* en la superficie de Titán.

¿Pedirle a ese saltimbanqui que vaya y la repare? Se pasó un dedo por el bigote, pensando, luchando por encontrar la forma de salir del atolladero en el que su creación se había metido. ¿Cómo podría reparar a *Alpha* cuando ni siquiera sabemos lo que le ocurre? Los ingenieros juran y perjuran que debe tratarse de un fallo en las antenas de envío de datos, pero el equipo informático cree que se trata de algún tipo de error de programación. Los ciegos y el elefante, se dijo Urbain. Cada especialista ve las cosas según sus propios criterios.

¿Pero y si los ingenieros informáticos están en lo cierto? ¿Y si se trata de un error en el programa? En ese caso, los materiales físicos estarán en perfectas condiciones. Con reprogramar el programa principal, *Alpha* estará una vez más bajo control. Urbain sacudió la cabeza. Pero han examinado el programa una docena de veces. Más. No han encontrado ningún problema de programación.

Esto es responsabilidad de Habib, se dijo Urbain. El recuerdo de la insolencia de aquel tipo aún la tenía reciente. Tendría que estar aquí, tratando de descubrir qué ha ido mal, no por ahí, con la gente de mantenimiento, rastreando el origen de esas estúpidas bajadas de tensión. Debería estar...

El teléfono de su mesa dijo:

—La doctora Wunderly le está llamando, señor. Es urgente.

—¿Y qué más? —murmuró Urbain.

Confundiendo las palabras, el teléfono abrió la línea con Wunderly. En la pared inteligente que había a la izquierda de Urbain, su rostro con forma de corazón apareció a tamaño real, los ojos abiertos de par en par, apenas sin aliento, y con una sonrisa de excitación devanándose en sus rasgos.

—¡Están vivos! —casi le gritó—. ¡Tenemos la prueba! ¡Los organismos del anillo están vivos!

—¿Vivos? —Urbain recibió la noticia con un pestañeo—. ¿Quiere decir que los

anillos albergan seres realmente vivos?

—Microbios —respondió Wunderly, buscando un poco de aire—. A temperatura criogénica. Son psicrófilos.

—Debo informar de esto al CIU. Inmediatamente.

Wunderly estaba de acuerdo, y asintió:

—La doctora Negroponte ha trabajado conmigo. Lo hemos descubierto juntas. Merece el mismo mérito que yo.

—Por supuesto —respondió Urbain, ausente—. Por supuesto.

Y pensó: yo también obtendré una parte del mérito, naturalmente. Después de todo, ambas mujeres forman parte de mi plantilla. Trabajan bajo mi dirección. Sonrió a la imagen dichosa de Wunderly. Mientras ella seguía hablando llena de exultación, Urbain se dijo: esto borrará parte del daño que ha ocasionado el fracaso de *Alpha*. De lo que no se dio cuenta es que por primera vez estaba utilizando la palabra «fracaso» sin dolor ni rabia.

Malcolm Eberly se encontraba en la reunión que celebraba el comité del CCP dirigido por la señora Urbain. Era el único hombre en toda la pequeña sala de conferencias. Las demás personas que rodeaban la mesa circular eran mujeres, más o menos una docena, la mayoría de las cuales ya frisaban en una edad suficientemente avanzada como para imposibilitarles tener hijos.

Mientras las escuchaba discutir la labor del comité, Eberly pensaba en cómo las terapias de rejuvenecimiento, la implantación de óvulos, los embriones congelados, y hasta los tratamientos nanotecnológicos aplicados al aparato reproductor femenino, alargaban la edad fértil. Aun así, la mayoría de las mujeres tenían hijos antes de alcanzar los cincuenta años; Eberly había hecho que su equipo comprobase las estadísticas demográficas almacenadas en la Tierra.

El propósito principal del comité consistía en rechazar el recurso presentado por Holly Lane para derogar el protocolo de Crecimiento Cero de la Población. Un propósito secundario, al menos en lo que concernía a Eberly, era tener una excusa para reunirse con aquellas mujeres y gozar del calor de su admiración. Me votarán, se dijo Eberly. Quieren que yo sea su administrador jefe, no esa advenediza de Holly.

La encargada de estadísticas del comité era una técnica informática de aspecto juvenil, dotada de unos enormes ojos verdes y una sonrisa que ponía dos preciosos hoyuelos en sus mejillas. Pero en aquel momento no sonreía.

—Aunque hemos ralentizado el recurso al CCP —informó—, no hemos conseguido detenerlo. La gente aún sigue firmando la reclamación, si bien a un ritmo mucho más lento que antes.

La señora Urbain, très chic en un vestido talar de color lila pastel y algunos elegantes toques de joyería, preguntó:

—¿Cuáles son tus predicciones?

Ojos Verdes se encogió de hombros:

—A este ritmo, el uno de mayo tendrán suficientes firmas para forzar la revocación del protocolo.

—¿Entonces hemos fracasado? —preguntó la señora Urbain, con aire angustiado.

—No hemos fracasado —replicó Eberly. Todas las miradas se volvieron a él—. Esto no es un fracaso, se mire como se mire. Incluso si debe revocarse el protocolo —añadió, mirando por turnos a cada persona que había en la mesa—, esa revocación solo será temporal. Quien gane en las elecciones podría presentar un nuevo estatuto de crecimiento cero tan pronto como asuma el cargo.

Las mujeres reflexionaron sobre aquella idea. La discutieron. Eberly les hizo ver que si era reelegido por una mayoría suficiente, utilizaría su popularidad para debilitar o segregar a la gente que quisiera permitir un crecimiento poblacional sin restricciones.

—Si Holly Lane cae derrotada de forma estrepitosa, buena parte de la fuerza de su apelación se verá disipada. —Eberly no creía en aquello a pies juntillas, pero debía mantener alta la moral de aquellas mujeres para que, al menos en lo que quedaba de campaña, siguieran prestándole sus servicios.

Comentaron, debatieron y le dieron mil vueltas al asunto durante más de una hora. Por fin, la señora Urbain sugirió que suspendieran la reunión e invitó al grupo a tomar las pastas y el café que les aguardaban en la cafetería.

Eberly caminó junto a ella, rodeados ambos por la mayoría de las otras mujeres del comité, y descendieron la empinada calle que finalizaba en el edificio de la cafetería, mientras departía amistosamente con sus admiradores.

Sonó su teléfono. Frunciendo el ceño, dijo:

—Por favor, discúlpeme —y extrajo el teléfono del bolsillo de su túnica.

Eberly reconoció el rostro que apareció en la diminuta pantalla de su dispositivo portátil como el de uno de los técnicos del departamento de Comunicaciones.

—He dado órdenes específicas de que no se me moleste a menos que se trate de una emergencia —dijo en un áspero tono de voz por el teléfono.

—Pensé que querría saber esto, señor. Urbain acaba de enviar un informe al CIU. Tienen pruebas de que en los anillos hay criaturas vivas.

Eberly miró a la señora Urbain y al resto de las mujeres que caminaban junto a él. Esperó que no hubieran escuchado el mensaje.

17 de abril de 2096:

Mañana

—Esto no cambia nada —dijo Eberly, tenso, sentado en la silla que tenía frente a la mesa.

Eduoard Urbain, sentado en el otro lado, sonreía con frialdad.

—Au contraire. Creo que esto lo cambia todo.

—No pueden impedir que explotemos los yacimientos de los anillos. Y recuerde, usted dio su aprobación. Tengo su firma.

—Eso fue un chantaje, y usted lo sabe —repuso Urbain—. Puedo retirarle mi aval ahora que Wunderly ha demostrado que los anillos alojan una vida autóctona.

—¿Y qué más da? —saltó Eberly—. Aun así, podemos explotar los yacimientos, si se nos antoja.

—No podemos, a no ser que la AIA lo apruebe. Y teniendo en cuenta que las universidades al completo propenden a rechazar cualquier tipo de explotación, la AIA no lo aprobará.

Eberly unió las puntas de los dedos frente a su rostro, dejando que hablase el silencio. Sabía que marcarse un farol era una parte importante de la política, pero también sabía que uno debía estar preparado para respaldar un farol con una acción, por si tal cosa era necesaria.

—No me importa lo que el CIU o la AIA o cualquier pandilla de burócratas de la Tierra digan. Explotaremos los yacimientos de los anillos, con o sin su consentimiento.

—Le detendrán.

—¿Y cómo lo harán? Su jurisdicción no se extiende hasta nosotros.

—La jurisdicción de la AIA abarca todo el sistema solar —replicó Urbain—. Selene y los demás asentamientos lunares, los mineros de los asteroides, todas las estaciones de investigación emplazadas en Marte, Júpiter y Venus, incluso el proyecto Yamagata de energía solar que hay en Mercurio, reconocen la autoridad de la AIA.

—Ah —repuso Eberly, apuntando con su dedo índice como si se tratara de una pistola—. Así que reconocen la autoridad de la AIA. La han aceptado. Nosotros no.

—Quizá oficialmente no, pero eso no es más que una cuestión de forma.

Eberly se inclinó hacia delante en su silla, sintiendo crecer la excitación en su interior. Sí, se dijo a sí mismo. Podría hacerlo. Me seguirían. Puedo hacer que la gente de este hábitat me siga hasta donde les lleve y me respeten por mi valeroso liderazgo.

Malinterpretando su silencio, Urbain prosiguió:

—Así que ya ve, la AIA deberá...

—¡Al infierno la AIA! —exclamó Eberly—. Lo someteré a votación. Haré un referendo. La gente votará su rechazo a la AIA. Votará por la independencia a

cualquier vestigio que sugiera el dominio de la Tierra.

Urbain palideció:

—Entonces la AIA no tendrá otro recurso que el de enviar sus tropas hasta aquí para obligarnos a obedecer sus dictados.

—¿Ah, sí? ¿De veras cree que se arriesgarían a empezar una guerra?

—¿Acaso los combatiría? ¿Con qué?

—Con todas las armas que podamos construir o conseguir —respondió Eberly, ya viéndose a sí mismo guiando a su gente, arengando a sus tropas—. Y recuerde, este hábitat es mucho más férreo que cualquier nave que la AIA quisiera enviar. Podríamos hacerles más daño a ellos del que ellos pudieran hacernos a nosotros.

—Está loco —susurró Urbain.

Eberly se rio de él.

—Estoy seguro de que nada de esto desembocaría en una verdadera contienda. Esos gusanos de la Tierra tratarían en primer lugar de negociar con nosotros. Y permitiré que lo hagan. Pasaré meses encenagado en discusiones y reuniones con los burócratas de la AIA. Hablaré y hablarán durante meses, y meses...

—Pero al final...

—Y en tanto estamos envueltos en esas negociaciones tan educadas, habremos empezado la explotación de los anillos. Les tiraré a la cara a esos gusanos de la Tierra un hecho consumado. Explotaremos los anillos y ellos no podrán hacer nada para detenernos.

—¡Pero matará una forma de vida alienígena! —rogó Urbain—. ¡Eso va contra todo aquello que defendemos! ¡Todo aquello en lo que creemos!

—Quizá sea aquello en lo que ustedes, los científicos, creen. Pero tengo la impresión de que aun varios de los científicos presentes en su equipo no se quejarían mucho si pudieran enriquecerse por el mero hecho de explotar los yacimientos de los anillos. La gente cree en su propio bienestar; eso es lo primero y principal.

—No —respondió Urbain con voz débil—. Eso no es verdad.

—¿Ah, no? —Eberly le dedicó su sonrisa más tibia—. Haré que quede libre de explotaciones una amplia sección de los anillos. Haré que la doctora Wunderly se encargue de preservar y proteger sus preciados bichitos. No hay razón para que la gente de nuestra comunidad no vaya a enriquecerse si además no se destruyen por completo a las criaturas del hielo.

Sin palabras, Urbain permaneció inmóvil frente a la mesa de Eberly.

Wunderly creía estar demasiado emocionada como para conciliar el sueño, pero se durmió como una roca en cuanto apoyó la cabeza en la almohada. Y despertó con una sensación de impaciencia, llena de entusiasmo y energía.

Este es el primer día del resto de tu vida, se dijo, sonriendo a la imagen que le devolvía el espejo del lavabo. Vas a convertirte en una mujer famosa, Nadia. Así que es hora de parecerlo.

Mientras se vestía, le ordenó al teléfono de la mesilla de noche que programase una cita con Kris Cardenas durante la mañana, lo más pronto posible. En cuestión de segundos, el teléfono confirmó que la doctora Cardenas la recibiría a cualquier hora antes del mediodía, en su laboratorio.

Echando una mirada al lector del reloj digital de la pantalla del teléfono, Wunderly comprobó que ya eran pasadas las nueve. Se te han pegado las sábanas, se amonestó. Luego sonrió de oreja a oreja. ¿Y qué? Me lo he ganado.

Negroponte también se levantó tarde. Habib aún dormía a su lado, roncando suavemente.

Nadia tenía razón, se dijo la bióloga, mientras abandonaba la cama. No le envíes señales ni esperes a que tenga que interpretarlas. Sé directa. Sé sincera.

Y sobre todo, pensó, haz que sea tuyo antes de que se te adelanten. Especialmente Nadia.

Se estaba secando con la toalla tras la ducha cuando oyó la voz de Habib desde el dormitorio:

—Tengo... tengo que irme.

—Pasa —le dijo Negroponte, entreabriendo la puerta del lavabo—. Estoy visible —añadió con una sonrisita lobuna, mientras se envolvía en la toalla de baño.

Habib ya casi se había vestido. Estaba sentado en el borde de esa cama que ambos se habían cuidado de deshacer a fondo, poniéndose sus mocasines de ante.

—No, no es eso —dijo, mientras le despuntaban los colores en las mejillas—. Tengo que irme a mi casa. Tengo una reunión con Timoshenko a las diez y debo ducharme y cambiarme y...

Negroponte se sentó en la cama, a su lado.

—¿Te da corte?

—¡No! —exclamó. Luego dijo:

—Bueno, sí, un poco.

—No hay por qué. Has estado muy bien.

—Y tú has estado maravillosa.

—Puedes llamar para cancelar tu cita de las diez.

—Oh, no, no puedo hacerlo. Es importante.

Negroponte sonrió y le dio una palmadita en el muslo.

—Comprendo.

Habib salió casi a la carrera del apartamento. Negroponte se levantó de la cama y regresó al lavabo, desconcertada por lo sola que de pronto se sentía.

Cardenas no sabía cómo darle la noticia a Wunderly, de modo que intentó ganar tiempo para ver si se le ocurría la manera de hacerlo.

—¿Regresas a la Tierra, Nadia? —le preguntó.

Rebosante de felicidad, Wunderly sonreía a Cardenas, frente a la mesa de trabajo

de esta en el laboratorio nanotecnológico. Tavalera no se encontraba a la vista; el laboratorio estaba vacío, salvo por las dos mujeres.

Asintiendo, respondió:

—Volveré con el equipo de científicos que vienen hacia aquí. Voy a hacerme famosa, Kris.

—Te lo mereces —respondió Cardenas—. Has trabajado muy duro para conseguirlo.

La sonrisa de Wunderly remitió un poco:

—Pero no puedo regresar con estas nanomáquinas que tengo dentro. No van a permitir que nadie...

—Lo sé —cortó Cardenas—. A esos terrícolas les da pavor la nanotecnología.

La expresión de Wunderly se fue tornando más seria:

—Así que —prosiguió— tendrás que quitarme estos bichos antes de que vaya a la Tierra.

Mordiéndose los labios, Cardenas decidió que la mejor manera de decírselo era rápido y a las claras, como si fuera a clavarle a alguien una aguja:

—Nadia, no tienes ninguna nanomáquina en tu interior. Nunca las tuviste.

Wunderly pareció contener el aliento.

—Lo hiciste tú sola, Nadia —continuó Cardenas—. Fuiste tú quien perdiste por ti misma todo ese peso.

La sonrisa volvió al rostro de Wunderly, más ancha que nunca.

—¡Te lo inventaste! ¡Nunca me inyectaste las nanomáquinas!

—Eso es.

—¡Lo hice yo sola!

—Dieta y ejercicio —dijo Cardenas—. Es algo que nunca falla.

Entrelazando los dedos alrededor del cuello de Cardenas, Wunderly exclamó:

—¡Kris, eres maravillosa! Tú... quiero decir... ¡este es el mejor regalo que me han hecho en la vida!

—Te mentí —susurró Cardenas.

—Me diste una poción mágica. Como un hada madrina.

Cardenas asintió.

—Y tú hiciste el trabajo más difícil.

—Lo hice yo sola... —Wunderly parecía verdaderamente emocionada con aquella noticia.

—Vaya que sí.

—Entonces puedo seguir haciéndolo, cuidarme, vigilar mi peso...

—Y tendrás cada vez mejor aspecto.

—¡Kris, te amo!

Cardenas le devolvió la sonrisa:

—Bueno, pues asegúrate de que tienes un aspecto excelente en la ceremonia del Nobel.

1 de mayo de 2096: El segundo debate

Zeke Berkowitz esbozó una sonrisa profesional en medio de las tres cámaras que lo enfocaban a él y a los dos candidatos, que lo flanqueaban en la mesa. Cada cámara había sido montada sobre una peana autodeslizante. Dos técnicos de comunicaciones operaban tras las cámaras; no había más gente en el estudio. La sonrisa de Berkowitz resultaba agradable, natural, pero acababa en una doblez astuta: la sutil declaración del profesional de informativos que de aquel modo afirmaba que él sabía mucho más que su audiencia.

En cuanto el reloj digital que colgaba de la pared más distante del estudio marcó las 16.00, Berkowitz dijo:

—Buenas tardes, y bienvenidos al segundo de los tres debates entre los dos candidatos que optan al cargo de administrador jefe.

Berkowitz reparó con placer en la lectura en tiempo real de su audiencia, situada en un monitor junto al reloj. Virtualmente, todos los hogares del hábitat estaban siguiendo el debate. Bien, pensó. Muy bien. Pero entonces recordó que todos los programas de entretenimiento habían sido retirados de la parrilla durante el tiempo que durase el debate. Si así lo prefería, la gente podía ver las películas que guardasen en sus videotecas; si no, el debate sería el único programa que se emitiría en todo el hábitat.

Berkowitz presentó a los dos candidatos y explicó que cada uno de ellos tenía cinco minutos para hacer un discurso inicial, tras lo cual se abrirían las líneas para que los espectadores efectuasen sus preguntas por vía telefónica.

—Holly Lane, antigua directora de Recursos Humanos, será quien haga el primer discurso.

Sin darse cuenta, Holly se lamió los labios mientras las tres cámaras oscilaban ligeramente para enfocarla.

Trató de conjugar una sonrisa cuando empezó a hablar:

—Hola. Supongo que todos me conocerán ya, así como lo que estoy tratando de conseguir en estas elecciones. Gracias a su ayuda, hemos obtenido más de siete mil firmas para llevar adelante nuestro recurso contra el protocolo de Crecimiento Cero de la Población. Siete mil trescientas catorce, para ser exactos.

Holly no se había preparado ningún discurso. La pantalla integrada en la parte superior de la mesa que tenía ante sí mostraba solo algunas notas garabateadas sobre los puntos que pretendía aclarar.

—El departamento de Recursos Humanos va a verificar las firmas durante los próximos días, así que si reciben la llamada de alguno de mis antiguos empleados, por favor, sean amables con ellos.

»Una vez que las firmas hayan sido confirmadas, será cosa del administrador jefe

invalidar la regla CCP. Supongo que lo llevará con mucha calma, pues nunca ha estado muy por la labor de permitir que las mujeres decidan qué hacer con sus propias vidas.

Por el rabillo del ojo, Holly vio que Eberly se removía inquieto en su silla. Le ha escocido, pensó.

—Pero la cuestión —prosiguió Holly—, es cómo tratar el asunto del crecimiento poblacional desde el momento en que la regla CCP haya sido abolida. Todos sabemos que el crecimiento poblacional podría destruir nuestro hábitat. Por otro lado, un escenario de ese calibre resulta un tanto remoto, y solo tendría lugar en un futuro lejano. Después de todo, mañana mismo podría doblarse nuestra población y, aun así, todavía habría espacio para alojar a mucha más gente.

»Pero el problema está ahí. No podemos crecer por encima de nuestros medios. No queremos que nuestra población crezca tan aprisa que los medios de vida de que disponemos decaigan por ello. No queremos convertirnos en una sociedad pobre y superpoblada, como sucedía en tantos países de la Tierra.

»¿Es posible regular nuestro crecimiento sin tener que seguir reglas gubernamentales? ¿Sin leyes y protocolos? Creo que sí, podemos. Y creo que así es como debe ser, porque la alternativa es bastante turbia.

Holly miró a Eberly, y luego volvió a concentrarse en las cámaras.

—Ahora contemplemos el problema desde el otro lado. ¿Cómo va a impedir el Gobierno que tengamos hijos? ¿Acaso mi oponente se inclina por obligar a las mujeres a abortar cuando se queden embarazadas? ¿Se dispone a crear una fuerza policial que meta las narices en los dormitorios del hábitat?

Sacudiendo la cabeza, Holly concluyó:

—O es una cosa o es la otra. O asumimos la responsabilidad que ha recaído sobre nosotros y controlamos el crecimiento poblacional por medio de la responsabilidad individual, o nos veremos obligados a enfrentarnos a un estado policial que impondrá sobre las mujeres una vigilancia constante, veinticuatro horas al día, siete días a la semana.

Miró a Berkowitz, y luego devolvió la vista a las cámaras:

—Eso es todo lo que tengo que decir. Gracias.

Berkowitz esbozó una sonrisa evasiva:

—Gracias, señorita Lane. Y ahora —agregó, volviéndose hacia Eberly—, nuestro administrador jefe en ejercicio, Malcolm Eberly.

Eberly descorchó la mejor de sus sonrisas para las cámaras, sacó un rimero de hojas del bolsillo que había en la pechera de su túnica y, en un gesto ostentoso, las arrugó en el puño:

—Había preparado un discurso inicial —comenzó—, pero a la vista de las tácticas que ha seguido mi oponente para incitarles al miedo, siento la necesidad, realmente vital, de dejar las cosas claras.

Holly estiró ligeramente el cuello para echar un vistazo a la pantalla que debía

mostrar el discurso de Eberly. En él aparecía exactamente lo que estaba diciendo, palabra por palabra. ¡Él ya sabía lo que iba a decir!, comprendió. Lo había adivinado mucho antes de que incluso abriese la boca. Se sintió aplastada. ¿Qué opciones tengo? Siempre está por delante de mí.

—He expresado mi repulsa hacia el recurso contra el protocolo CCP; sí, es verdad —dijo Eberly en un suave tono de voz—. Y me he mostrado en contra de dicha apelación porque no me parecía que el recurso fuese algo necesario. Sabía, como saben ustedes, que tarde o temprano levantaríamos todas las restricciones que supone el CCP. Era solo cuestión de tiempo.

Se volvió hacia Holly y le dedicó una mirada de lástima:

—Mi oponente ha descrito un escenario nefasto según el cual, o bien la explosión demográfica destruirá nuestros recursos económicos, o bien viviremos bajo un estado policial en el que las mujeres se verán sometidas a una suerte de represión reproductiva. Y nada puede estar más lejos de la verdad.

»Ya he señalado el camino que debe conducirnos a una sociedad justa, libre y equilibrada, una sociedad en la cual las mujeres podrán decidir su derecho a tener hijos, porque la bonanza económica de la que disfrutaremos irá en consonancia al crecimiento poblacional.

Hizo una pausa dramática. Luego prosiguió:

—Esa bonanza económica solo la obtendremos gracias a las prospecciones en los anillos de Saturno. Ustedes, los hombres y mujeres de esta nuestra comunidad, se harán ricos mediante la venta de agua a los asentamientos humanos de la Luna y los asteroides, en Marte y los demás planetas.

»Sé que se han levantado voces en contra de mi plan. Sé que los científicos han encontrado criaturas microscópicas que viven en el interior de las partículas de hielo. Pero estoy seguro de que podemos explotar los yacimientos de los anillos sin causar excesivos daños a los microbios. Los anillos son enormes, vastos, y nuestras operaciones de prospección apenas les supondrían un leve arañazo.

Abriendo los brazos como en un acto de súplica, Eberly dijo:

—Podemos hacernos ricos, y la riqueza que generemos permitirá el crecimiento poblacional. Cuando llegue el momento, podremos construir nuevos hábitats, nuevos centros donde las sociedades humanas puedan prosperar y multiplicarse por todo el sistema solar o incluso más allá, hacia las estrellas. ¡El futuro está en nuestras manos! No debemos temer ni el crecimiento desmedido ni un estático y brutal estado policial. Podemos ser los progenitores de nuevos mundos, mundos que construiremos con nuestras manos, nuestra imaginación y nuestros corazones.

Holly pensó que podía oír los aplausos en todas y cada una de las casas del hábitat *Goddard*.

Estela Yáñez observaba a Eberly en la pantalla mural de su salón con los ojos entrecerrados. Volviéndose a su marido, que estaba sentado junto a ella en el sofá, le

preguntó:

—¿Es verdad? ¿Puede realizar prospecciones en los anillos sin destruir a las criaturas que viven allí?

Yáñez exageró el gesto al encogerse de hombros:

—Estela, cariño, es el administrador jefe. Tiene acceso a mucha más información sobre el tema que tú o yo.

La pantalla mostraba ahora a Berkowitz, que en aquel momento explicaba que los candidatos comenzarían a responder al turno de llamadas telefónicas enviadas por la audiencia televisiva:

—¿Pero tú le crees?

—¿Por qué no iba a creerle? ¿Crees que mentiría acerca de algo tan importante?

Estela frunció los labios:

—He visto mentir a otros políticos antes.

—Espera. —Yáñez levantó una mano—. Escucha. Alguien está haciéndole la misma pregunta.

La pantalla volvió a mostrar a Eberly, sentado tras la mesa y componiendo una sonrisa benévola.

—Sí —estaba diciendo—, sé que los científicos quieren declarar los anillos fuera del alcance de las prospecciones. ¿Pero no cree que se trata de una reacción excesiva por su parte? Después de todo, los anillos contienen más de quinientos mil millones de millones de toneladas de agua helada. ¿Y cuántas estaremos quitando de tan impresionante cifra? Una miseria. Un porcentaje ínfimo.

La voz de quien había llamado insistió:

—Sí, pero incluso siendo una cifra tan pequeña, ¿no podría acabar exterminando a las criaturas que viven en el hielo?

La sonrisa de Eberly adquirió un matiz condescendiente:

—Mi querido amigo, la gente ha estado explotando yacimientos de metal y minerales en la Tierra durante miles de años. ¿Han acabado con las criaturas microscópicas que viven en esas rocas? De ningún modo.

Yáñez se volvió hacia su esposa:

—Ahí lo tienes. ¿Ves?

Para cuando las dos horas del debate tocaban a su fin, Holly se sentía exangüe, derrotada. Eberly había desviado el asunto del CCP hasta convertirlo en un refuerzo más para su plan de explotar los yacimientos de los anillos. Cuando Holly le preguntó qué haría cuando el AIA prohibiese las prospecciones, Eberly sonrió y dijo que estaba seguro de que negociaría con ellos.

—Esto no tiene que convertirse en una confrontación del tipo «o esto o lo otro» —respondió Eberly—. Estoy seguro de que, con paciencia y buena voluntad por ambas partes, llegaremos a un compromiso que nos permitirá realizar las prospecciones en los anillos y, por ende, también permitirá a los científicos estudiar

sus microbios.

Antes de que Holly pudiera replicar, Eberly añadió:

—No es necesario hacer llamadas a la histeria o asustar a la gente.

Holly no tuvo respuesta alguna para aquel aserto.

Otro de los espectadores que llamaron sacó a relucir los apagones que aún afectaban al hábitat de manera esporádica. Con total soltura, Eberly replicó:

—Nuestros ingenieros e informáticos han determinado que el problema tiene como origen las fuerzas del campo electromagnético de Saturno. Han averiguado cómo predecir dichas fuerzas, y en estos momentos estamos trabajando en un sistema de protección que eliminará las bajadas de tensión en unas pocas semanas.

No menos llamativo fue el guiño que dedicó a las cámaras:

—El problema se solucionará hacia la jornada electoral, se lo prometo.

Todas las llamadas parecían dirigidas a Eberly. Por supuesto, comprendió Holly. Ha organizado las llamadas. Su gente está inundando las líneas telefónicas.

—¿Cómo sabemos —preguntó un hombre— que de veras hay un mercado para el agua procedente de los anillos?

Sonriendo de oreja a oreja como si hubiera estado esperando aquel momento toda la tarde, Eberly respondió:

—¿Sabe?, yo mismo me planteé también esa pregunta, hace algunas semanas. ¿Nos estamos engañando a nosotros mismos al dar por supuesto que los asentamientos de la Luna y del cinturón de asteroides, además del resto, nos comprarán agua helada?

Aprovechó una pausa dramática para fingir un momento de vacilación, y luego prosiguió:

—Así que llamé a los líderes de Selene y Ceres. Me han asegurado que nos comprarán el agua, ¡y a un precio que dejará en nuestros bolsillos un margen de un veinte por ciento en beneficios!

Holly comprendió que no había ningún modo de que pudiera derrotar a aquel hombre. Ninguno en absoluto.

2 de mayo de 2096: Nanolaboratorio

Sí —dijo Kris Cardenas a la imagen que la pantalla mural presentaba de Urbain—, según esas especificaciones sería posible generar nanomáquinas capaces de construir un nuevo sistema de antenas para *Alpha*.

Urbain parecía estar sentado ante la mesa de su despacho. Había unos cercos oscuros bajo sus ojos, y su rostro, aparentemente, tenía un aspecto más enjuto, más arrugado de lo que Cardenas recordaba de pasadas reuniones. Cardenas no era médico, pero la impresión que le daba era que el jefe de científicos se hallaba bajo una tremenda presión.

Urbain elaboró un asentimiento mortecino:

—Bien. ¿Podría empezar a construir esos mecanismos de inmediato?

Cardenas, a su vez, asintió:

—Le daré la máxima prioridad.

—¿Para cuándo los tendrá, como muy pronto?

Haciendo un cálculo mental y añadiéndole un generoso margen para curarse en salud, Cardenas respondió:

—En diez días. Una semana, si todo marcha como la seda.

Urbain suspiró como si estuviera a punto de firmar un pacto de sangre.

—Bueno, está bien. Por favor, proceda con ello lo antes posible.

—Muy bien —respondió Cardenas—. Pero en cuanto le hayamos fabricado los nanos, ¿cómo hará para llevarlos a la máquina que tiene en la superficie de Titán?

Urbain no respondió. De hecho, ya había cortado la comunicación antes de que Cardenas acabase de formular la pregunta. La pared volvió a mostrar una de sus pinturas favoritas, una escena impresionista en una calle del París decimonónico.

Haciendo girar su silla, recorrió con una mirada el laboratorio nanotecnológico desde el nicho que utilizaba como oficina. Justo en ese momento, Tavalera estaba entrando por la puerta del compartimento estanco.

—Lamento llegar tarde —exclamó, mientras avanzaba por entre los estantes hacia ella—. He desayunado con Timoshenko y hemos estado hablando de aumentar la protección del escudo de los superconductores.

Cardenas se incorporó de la silla, pensando: nos estamos haciendo demasiado populares. A la gente le ha llevado un año superar su miedo a los nanos y pedirnos ayuda. Ahora Timoshenko nos solicita, y Urbain finalmente ha decidido que le echemos una mano.

La pregunta se abrió paso nuevamente en su cerebro. ¿Cómo hará Urbain para llevar nuestros nanos a la máquina que tiene en la superficie de Titán?

—Esto... necesito consejo —balbuceó Tavalera. Parecía angustiado, avergonzado.

Cardenas le dedicó una sonrisa:

—Dar consejos es fácil, Raoul. —Hizo un ademán hacia la silla rodante que había junto a su mesa y ambos se sentaron—. ¿Cuál es el problema?

—Viene una nave procedente de la Tierra.

—Con un contingente de científicos que quieren ver los microbios de Wunderly —respondió Cardenas—. Nadia planea regresar a la Tierra con ellos.

Tavalera asintió, sombrío:

—Yo también podría embarcarme y volver a casa junto a ellos.

Cardenas comprendió:

—¿Es eso lo que quieres hacer?

—Quizá. No lo sé.

La doctora observó su rostro alargado, casi lúgubre:

—Y te gustaría que Holly fuese contigo, ¿verdad?

—Sí. —Aquello surgió como un largo y doloroso gruñido—. Pero sé que no querrá hacerlo.

—Raoul, tampoco podría. Se ha presentado a las elecciones.

—Lo sé.

—No puede abandonar el hábitat. Aunque quisiera hacerlo.

—Que no es el caso.

Cardenas reflexionó durante unos instantes:

—¿Qué es lo que tú quieres hacer, Raoul?

Tavalera desvió la mirada, y se quedó mirando sus zapatos:

—Quiero volver a casa —murmuró, sin levantar el rostro.

Cardenas aguardó un momento, y, como no podía ser de otra manera, Tavalera añadió:

—Y quiero que Holly venga conmigo.

—No puedes tener ambas cosas.

—Lo sé. Pero me has preguntado qué es lo que quiero. Y lo que quiero es eso.

Cardenas vaciló, y luego decidió escarbar un poco más:

—¿Le has preguntado a Holly qué es lo que ella quiere?

Aún sin levantar la vista, Tavalera replicó:

—Quiere ser la administradora jefe de este lugar. Nunca volverá a la Tierra.

—¿Es eso lo que ella te ha dicho?

—Sé que no lo haría.

—¿Se lo has preguntado?

Tavalera negó con la cabeza.

—¿De qué serviría?

—No lo sé, Raoul. Pero lo mínimo que deberías hacer es hablar con ella de todo esto.

La expresión amargada de su rostro evidenció a las claras lo que pensaba de la idea:

—Sí —replicó—. Claro.

Timoshenko se deslizaba por el casco externo del hábitat *Goddard*, aunque esta vez sin el inconveniente del traje espacial. El programa de realidad virtual le permitía ver lo que el robot de mantenimiento observaba, y sentir cuanto su par de pinzas de acero tocara. Mientras el robot avanzaba lentamente por el pasaje construido en el interior del casco, Timoshenko tenía la sensación de que era él quien andaba... no, la sensación no era de andar, sino de patinar sobre el hielo, deslizarse sobre él del mismo modo en que solía hacerlo en el parque Gorki, junto a Katrina.

Katrina no venía a su encuentro. Timoshenko había comprobado la lista de pasajeros que acudían a la *Goddard*, y su nombre no estaba en la lista. Había intentado establecer una llamada para comunicarse con ella, pero, como no podía ser de otro modo, los operadores de Moscú le denegaron el permiso: Timoshenko era una no-persona, un exiliado, y a los de su calaña no se les permitía hablar con los ciudadanos que observaban debidamente la ley. Sintiendo que se le partía el corazón, Timoshenko comprendió que si conseguía hacerle llegar un mensaje a Katrina, esta estaría quebrantando la ley, y se vería en problemas ante las autoridades.

En su desesperación, le había pedido a Eberly que contactase con ella tal y como había hecho antes. Poco menos que le rogó al administrador jefe que le hiciera aquel favor. Eberly, experto en cómo cosechar deudas que cobrarse en el futuro, le dijo que había solicitado específicamente a las autoridades de Moscú, e incluso a las oficinas centrales de los Discípulos Santos, el permiso para hablar con la mujer. Esta se había negado a devolver sus llamadas.

Negado, se repitió Timoshenko a sí mismo. Negado. No quiere venir aquí. No quiere estar conmigo. Dijo que lo haría, cuando ni siquiera había la menor posibilidad de que pudiera hacerlo. Qué fácil era para ella decirlo entonces. Pero ahora, ahora que hay una nave en la que puede meterse y venir de verdad para estar conmigo, se echa atrás.

Timoshenko se asomó al curvado casco del hábitat, y vio la negrura infinita del espacio que había más allá de él. El robot había sido diseñado para inspeccionar el casco, no para mirar a las estrellas. No podía levantar los ojos en busca de ese resplandor azul que destellaba en el vacío, la Tierra.

No la culpo, se dijo. Esto es el exilio, estar lejos de todo, cosas y personas, cuanto conoce. De todo salvo de mí. ¿Por qué debería echar por tierra su vida y venir aquí conmigo? No la culpo. No. Da igual lo bella que resulte esta estufa voladora, aun así, es un reducto para exiliados, una Siberia de alta tecnología. Hace bien en no venir. No quiero que arruine su vida en la Tierra por mí. Ya tuve mi oportunidad de hacerla feliz y la cagué. Hace bien en mantenerse lejos de mí.

Mientras se deslizaba por la curvada forma del casco, se le ocurrió que Eberly podía haberle mentado. Eberly le había dicho que Katrina quería reunirse con él, compartir con él su exilio, compartir su vida. Ahora Timoshenko se daba cuenta de

que aquello era mentira. Eberly había hecho que aceptase el trabajo como jefe de Mantenimiento engatusándole con la perspectiva de verse otra vez junto a Katrina. ¿De verdad aquel tipo le había engañado?

Timoshenko apagó el programa de realidad virtual, se quitó las gafas y se deshizo de los guantes sensoriales. Conocía a algunas personas en el departamento de Comunicaciones; un tipo en particular se había convertido en un compañero de borracheras. Llamó a aquel hombre y, tras sonsacarle un poco, consiguió que comprobase las llamadas a Rusia del administrador jefe.

—No hay ninguna en el registro —dijo el rostro porcino del empleado de comunicaciones.

—¿Ninguna? —preguntó Timoshenko.

—Eberly no ha hecho ninguna llamada a Rusia. Ni una sola.

Ensordecido de dolor y una creciente cólera, Timoshenko asintió, le dio las gracias a su colega y cortó bruscamente la conexión telefónica. Eberly me ha mentido. Ese asqueroso bastardo me ha hecho bailar a su antojo. Ha utilizado la posibilidad de que Katrina viniese conmigo para obligarme a hacer lo que quería que hiciese. Mentiroso y petulante hijo de puta.

¿Cómo puedo devolvérsela?, se preguntó Timoshenko, sintiendo el calor de la ira ardiendo en su interior. La respuesta era sorprendentemente sencilla. Le mataré. Mataré a ese bastardo y a todos los que le rodean. Le mataré y luego me mataré. Destruiré este hábitat y pondré un punto final a este exilio de una vez por todas. Acabaré con todo y con todos. No será difícil. De hecho, creo que será bastante fácil.

4 de mayo de 2096: Media mañana

Como primera tarea de la mañana, Da'ud Habib siempre intentaba hacer una tabla de ejercicios en el centro de salud, antes de que nadie más se acercase por el lugar, pero se dio cuenta de que Negroonte, casualmente, hacía su propia tabla enfundada en unas mallas que le marcaban la silueta a la misma hora cada día. Al igual que, también por casualidad, la encontraba en la cafetería cuando iba a comer. Invariablemente, se sentaba en la misma mesa que él. Cuando él llegaba más tarde de lo habitual, Negroonte abandonaba la mesa en la que había estado hasta ese momento y acudía a sentarse a su lado.

Esta me persigue, se dijo. Al principio resultaba casi adulator, pero pronto empezó a revelarse como un incordio. Negroonte debe creer que soy uno de esos amantes arrancados de las páginas de *Las mil y una noches*, pensó. Un emir con ojos de halcón que va a raptarla en su corcel para llevarla a la tienda que tiene en el desierto. Nada más lejos de la realidad.

Habib había nacido en Vancouver de una familia de inmigrantes palestinos y fue educado en el islam. Adicto a los libros y profundamente interesado en la informática, Habib desarrolló una gran timidez hacia las mujeres. Durante sus años de universidad, los exóticos rasgos que le adornaban le evitaron tener que perseguirlas; eran ellas quienes le perseguían a él. Lo que le resultaba más difícil era librarse de ellas. Mientras disfrutase del sexo, no veía ningún motivo para casarse o siquiera compartir el mismo techo con una mujer. Había muchas cosas por hacer; atarse a una mujer resultaría un claro obstáculo para avanzar en sus estudios, su carrera. Ya habrá tiempo de casarse y tener hijos algún día, pensaba.

Había aceptado unirse al equipo científico del doctor Urbain cuando su antiguo tutor en la universidad le telefoneó para sugerirle que lo hiciera:

—Es una oportunidad, Da'ud —le dijo el canoso profesor.

—¿Cinco años? —fue la pregunta de Habib.

—Cuando regreses a la Tierra, cualquier universidad estará loca por tenerte en sus filas. Hasta la Nueva Moral te mirará con buenos ojos.

—¿Por qué iban a hacerlo?

—Su deseo es que el hábitat tenga éxito, se convierta en un ejemplo del modo en que la gente puede vivir lejos de la Tierra.

—La mayoría de la gente del hábitat serán exiliados, ¿no es así?

El profesor le dedicó una sonrisa cómplice:

—Sí, pero también habrá muchos hombres y mujeres jóvenes a quienes la Nueva Moral les gustaría ver fuera de este mundo.

—No sé cómo el hecho de estar tan lejos, junto a esa gente...

—Confía en mí, Da'ud. Es la mejor oportunidad que puede pasar ante ti, mejor

que cualquiera que puedas esperar en la Tierra.

Habib pensó que aquellas palabras guardaban un velado mensaje: pasa cinco años en la misión a Saturno o verás cómo la Nueva Moral bloquea tus solicitudes a las mejores escuelas. Habib no era un luchador. Así que hizo lo que su tutor le sugirió.

En buena medida, era como vivir en una ciudad universitaria. Y el trabajo era fascinante... al principio. Habib dirigía la programación de la enorme sonda que Urbain estaba construyendo, su preciada *Titán Alpha*. Representaba un fascinante desafío programar tan compleja máquina para que pudiese operar por su cuenta en los exóticos parajes que alojaba la superficie de Titán, y que fuera lo bastante flexible como para defenderse ante lo desconocido y además pudiera aprender del ecosistema en el que se encontrara.

Pero *Alpha* aterrizó y se quedó en silencio, y Urbain perdió los estribos. Habib estaba seguro de que en alguna parte había un error de programación, pero aunque pasó día y noche intentando encontrarlo, por el momento había sido incapaz de discernir qué iba mal en el programa.

Había muchas mujeres disponibles en el hábitat, y si bien había intentado mantenerse al margen de cualquier compromiso, sus hormonas masculinas empezaban a plantearle sus exigencias. Sin embargo, no pudo sino sorprenderse cuando la doctora Wunderly le pidió que la acompañase a la fiesta de Año Nuevo. Aceptó, por más que nunca se le hubiera pasado por la cabeza invitarla a ella. Nadia Wunderly no era la mujer más atractiva que conocía, pero a ella parecía que él sí le gustaba bastante; y lo que era más importante, estaba tan imbuida en su trabajo como él lo estaba en el suyo. A Wunderly nunca se le hubiera ocurrido forzarle a un compromiso.

Y estaba convencido de que Negroponte sí lo haría. Aunque claro, con su escultural figura, su estatura y sus ojos almendrados, ejercía sobre él un atractivo mucho más poderoso.

Habib realizó una versión abreviada de su tabla de ejercicios, se duchó y se vistió con la rutinaria túnica y los pantalones de faena, y luego se encaminó a la reunión que tenía a las once en punto con Timoshenko. Por fin había dado con algo sólido que ofrecer al jefe de Mantenimiento. Las matemáticas son mucho más sencillas que las mujeres, pensó. Una relación matemática se mantendrá unida salvo que algún valor discernible produzca un cambio. Una relación con una mujer siempre está cambiando, y a menudo por ninguna razón cognoscible.

Habib llegó a la oficina de Timoshenko y abrió la puerta que daba al vestíbulo. Había allí tres ingenieros, sentados ante unas pantallas sobre las que inclinaban las cabezas. El jefe de Mantenimiento no contaba con un ayudante personal. Creía que eran los ordenadores quienes debían hacer el trabajo normal de oficina; cada uno de sus empleados se dedicaba por entero al mantenimiento de la miríada de ingenios mecánicos, hidráulicos, eléctricos y electrónicos del hábitat.

Habib se dirigió directamente a la puerta del despacho privado de Timoshenko:

—No está —le dijo uno de los ingenieros, sin apenas levantar la vista de la pantalla de su portátil—. No ha venido en toda la mañana.

—Pero si teníamos una reunión prevista a las once...

—Llegas con tres minutos de antelación —le reprochó la voz de Timoshenko, a su espalda.

Volviéndose, Habib vio al ruso caminando hacia él. Timoshenko tenía un aspecto terrible: los ojos encarnados e hinchados, como si no hubiera dormido en toda la noche.

—Te traigo buenas noticias —dijo Habib, a modo de saludo.

—Qué bien —fue la réplica de Timoshenko, casi un gruñido—. Una buena noticia me vendría bien, para variar.

Cinco minutos más tarde, Habib se hallaba sentado junto a Timoshenko ante la ovalada mesita del despacho del jefe de Mantenimiento. Una de las pantallas murales rebosaba de gráficas que mostraban una serie de curvas complejas.

—¿Me estás diciendo que es Titán lo que causa las subidas de energía? —preguntó Timoshenko, mirando las gráficas con expresión suspicaz.

—No sé si es Titán quien origina esas fuerzas —replicó Habib—, pero coinciden bastante con la posición de Titán y otras lunas mayores en sus órbitas alrededor de Saturno.

Timoshenko emitió un ruido gutural.

Señalando hacia los gráficos, Habib explicó:

—Las subidas de tensión concurren cada vez que Titán y las otras lunas mayores se alinean con Saturno.

Casi en un pesado susurro, Timoshenko murmuró:

—Esa es la razón por la que las subidas suceden aproximadamente cada dos semanas. La órbita de Titán tiene intervalos de dieciséis días.

—Sí. Y eso explica por qué hay meses en los que no hay ninguna subida de tensión: y es porque las lunas exteriores no coinciden en la cara del planeta, al contrario que Titán.

—¿Estás seguro de eso?

—Las matemáticas no mienten —dijo Habib con un tono punzante en la voz. No le gustaba que sus cálculos se cuestionasen.

—¿Pero qué es lo que lo provoca? Lo que me cuentas parece astrología, no física. Habib se encogió de hombros.

—Tendrás que preguntarle a Wunderly o a alguno de nuestros astrofísicos. Yo soy matemático. —Apuntando a lo que mostraba la pantalla mural, añadió:

—Me pediste que te comunicase cómo predecir las subidas de energía, y eso es lo que he hecho.

Timoshenko asintió.

—Sí. Eso has hecho. —Volviéndose ligeramente en su silla, exclamó—: ¡Teléfono! Llama a la doctora Wunderly. Máxima prioridad.

4 de mayo de 2096: Anochecer

A todas luces, el cóctel de recepción tenía como propósito dar la bienvenida al destacamento de biólogos y científicos planetarios que habían llegado procedentes de la Tierra tras conocer la confirmación de Wunderly de que los anillos de Saturno albergaban organismos vivos. La plantilla de Urbain al completo, así como los más prominentes ciudadanos del hábitat, acudieron en masa para recibir a los recién llegados.

En otras circunstancias, Urbain no hubiera invitado a Manuel Gaeta. Al fin y al cabo, aquel tipo no era un científico: no era otra cosa que un saltimbanqui, un artista de la hazaña, es decir, poco más que un simio bien entrenado. Pero Gaeta vivía con la doctora Cardenas, una premio Nobel. Urbain no podía invitarla sin extender la invitación a Gaeta.

Aparte de que Urbain necesitaba a aquel simio entrenado.

La fiesta discurrió bajo el tenderete que había junto a las bellas orillas del lago, al pie de la suave colina en la que se erguía la ciudad de Atenas. Con una copa de champán en la mano, Urbain vio a Pancho Lane y su hermana con un par de tipos a los que no supo poner un nombre. Se inclinó hacia su mujer y le preguntó si sabía quiénes eran. Jeanmarie le dijo que el mayor y más alto de los dos era el compañero de Pancho, un marinero ya retirado. El otro era un ingeniero que el hábitat había admitido entre sus huestes tras su paso por Júpiter.

—Ah, sí —murmuró Urbain, reconociendo el rostro sombrío del más joven—. Creo que se llama Tavalera.

Y también estaba Eberly, por supuesto, seguido por su claqué dondequiera que fuese. Urbain reprimió un gesto de disgusto. El administrador jefe estaba en su elemento, rodeado de sus admiradores, sonriendo y conversando y riéndose con ellos.

Gaeta, se dijo Urbain. Debo llegar hasta Gaeta.

Vio que su hombre y la doctora Cardenas se encontraban al borde del lago, embebidos en una conversación visiblemente seria con Wunderly. Qué extraño, pensó. Wunderly debería ser el centro de atención de la reunión, y ahí está, en un rincón, apartada de la muchedumbre junto a su grupito de amigos. Urbain sacudió la cabeza. Le queda mucho que aprender sobre las políticas del mundo científico, pensó.

Cogiendo la mano libre de su esposa, Urbain dijo a la mujer con la que esta estaba hablando:

—Discúlpenos, por favor. He de hablar un momento con la doctora Wunderly.

Y condujo a Jeanmarie hacia el pequeño grupo que se arremolinaba al borde del agua.

Wunderly hablaba sin parar con Kris Cardenas. Gaeta se hallaba entre las dos mujeres, sin apenas entender una palabra de lo que Wunderly estaba diciendo:

—... Así que cuando Da'ud me enseñó los gráficos en los que había estado trabajando, repasé los vídeos de los radiales de los anillos y, efectivamente, tenían una correlación de cinco novenos —concluyó Wunderly, casi sin resuello.

—¿Los radiales son correlativos a la posición de Titán? —preguntó Cardenas.

Gesticulando con tanta ponderación que incluso vertió el champán en la hierba, haciendo que Gaeta se apartase de un ágil salto, Wunderly exclamó:

—¡Sí! Nos preguntábamos qué era lo que originaba esos radiales, ¡y ahí tenemos la explicación! Y justo en el momento en que me dirijo a la Tierra.

—¿Los radiales? —preguntó Gaeta, frunciendo ligeramente el ceño—. ¿Te refieres a esos senderos de polvo que hay en los anillos?

Wunderly asintió con vigor:

—Los senderos de polvo que se levantan sobre la planicie de partículas del anillo y luego vuelven a remitir.

—Como si estuvieran haciendo la ola en un partido de fútbol —replicó Gaeta.

—¿La ola? —Wunderly pareció perpleja.

Mientras tanto, en el otro extremo del grupo de invitados a la fiesta, Yolanda Negro Ponte estaba en el fragor de una conversación con cuatro biólogos que acababan de llegar de la Tierra.

Había acudido sola a la recepción, enfundada en un hábito color hueso al que remataba una minifalda que mostraba buena parte de sus largas piernas. Había telefoneado a Habib varias veces a lo largo del día para pedirle que la acompañase a la fiesta, pero este no había respondido a sus llamadas. En aquel momento, Negro Ponte se encontraba en el centro de un pequeño grupo de recién llegados, intentando mantener el hilo de la conversación al tiempo que miraba por encima de sus cabezas para ver si entre la multitud divisaba a Habib.

Me teme, dijo para sí. Has sido demasiado directa. Aun así, sabía que si no iba detrás de Habib, este no tardaría en alejarse de ella. ¿Por qué tiene que ser un tipo tan difícil?, se preguntó.

¿Y por qué insistes en perseguirle?, le preguntó una voz en su interior. Hay muchos otros hombres por aquí. Podrías elegir con quién quieres estar. Pero era el guapo, amable y tímido Habib quien le interesaba. Se comportaba como un auténtico tigre cuando estaba enfadado.

—¿Les habéis hecho ya el análisis de ADN?

Negro Ponte apenas si oyó la pregunta. Le costaba un enorme esfuerzo prestar atención a los cuatro biólogos que la rodeaban: dos hombres y dos mujeres.

—Alguno preliminar —respondió—. La estructura celular tiene un núcleo y lo que parecen ser ácidos nucleicos, aunque su composición química es completamente diferente a la del ADN terrestre.

—¿Y qué hay de su estructura? ¿Es una doble hélice, como el nuestro, o triple, como el de las biotas marcianas?

Negroponte negó ligeramente con la cabeza:

—No hay ninguna evidencia de estructura helicoidal.

—¿No es helicoidal?

—Hemos utilizado difracción por rayos gamma y hemos realizado un completo análisis de microestructuras. Los ácidos nucleicos parecen poseer una retícula cristalina.

—¡Eso es imposible!

Negroponte esbozó una sonrisa cómplice en dirección a aquel nervioso hombrecillo, que ni siquiera le llegaba al hombro:

—Venga mañana a mi laboratorio y se lo mostraré.

Luego, su sonrisa se endulzó, prodigando un calor genuino. Vio a Habib entre los presentes, mucho más guapo que nadie con aquel traje verde bosque. Y se estaba abriendo camino entre la multitud, dirigiéndose a ella con una copa de champán en cada mano.

—Contempla la hermosa forma en que el lago refleja las luces del casco y de la tierra que hay arriba —le preguntó Jeanmarie a su marido. Urbain la ignoró. Su atención se centraba en Wunderly, Gaeta y Cardenas, que seguían junto al borde del lago.

—Buenas noches —saludó Urbain, cuando él y su mujer se acercaron lo suficiente como para hacerse oír—. ¿Están disfrutando de la recepción?

—Wunderly sonrió a su jefe:

—La comida está bien —respondió, echando una mirada a la mesa más próxima. La habían inundado de palitos de pescado, y los invitados la rodeaban. Algunos camareros robot traídos del Bistró, unas máquinas achaparradas con la cabeza plana que merodeaban silenciosamente sobre sus pequeños muñones, se enfrascaban en traer nuevas bandejas repletas de comida, desfilando como una hilera de hormigas del restaurante situado en la ciudad hasta las mesas esparcidas por la hierba.

—Ha hecho una gran contribución a la ciencia —le comentó Urbain, deferente, a Wunderly—. Lamentaré su marcha del hábitat.

Ambos sabían que Urbain se había opuesto a que centrase sus fuerzas en los anillos. Urbain había querido que todos y cada uno de los miembros de su equipo se concentraran en Titán; Wunderly se había mantenido inconmovible... y había ganado.

—No podría haber hecho esa contribución sin usted, doctor Urbain —dijo Wunderly, tratando de mostrar la misma simpatía—. Es a usted a quien le debo todo mi éxito.

—Nada de eso —replicó. Pero le dedicó una sonrisa resplandeciente.

—Y creo que hoy hemos conseguido otro adelanto no menos importante —añadió Wunderly.

—¿Oh?

—¡Los radiales de los anillos son correlativos a las posiciones de Titán y las otras

lunas!

Urbain se quedó mirándola unos instantes:

—¿Está segura de lo que dice?

—Da'ud Habib ha establecido la correlación y yo la he comprobado con los vídeos que tenemos de la acción de los radiales.

—¿Pero cuál puede ser la causa? —Urbain se quedó completamente absorto—. ¿Puede tener un origen gravitacional?

—Creo que es electromagnético —dijo Wunderly—. En cuestión de magnitudes, las fuerzas electromagnéticas son más poderosas que las gravitacionales.

—Sí, es cierto. Y el campo electromagnético de Saturno es muy poderoso.

—Y abarca una distancia mayor de lo que alcanzan las órbitas de sus lunas principales.

—Cierto. Debemos calcular la energía que algo así es capaz de producir.

Kris Cardenas se metió en la charla:

—Por lo que Nadia me ha dicho, esto también explicaría los apagones que hemos sufrido; habrían sido ocasionados por las fuerzas electromagnéticas de Saturno.

—Una conclusión provechosa —admitió Urbain. Pero su atención se centraba enteramente en las noticias de Wunderly. Olvidó que él era el anfitrión de aquella recepción; de hecho, se olvidó de que había una fiesta. Incluso olvidó pedirle a Gaeta que descendiese a la superficie de Titán para buscar a su naufragado *Alpha*.

4 de mayo de 2096: Noche

—Vaya fiesta —dijo Tavalera, mientras caminaba lentamente junto a Holly por la suave inclinación del camino que conducía a Atenas.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó Holly.

—Sí. Claro.

Holly levantó la vista hacia las luces que titilaban sobre sus cabezas: cabezas de alfiler que nunca cedían al pestañeo, las únicas estrellas que podía permitirse un hábitat circular como aquel.

Avanzaron sin prisa por el sendero, surcando piscinas de luz procedentes de las farolas, y también extensiones de sombra, deleitándose en su paseo, como si no les apeteciera regresar a casa.

—La nave que ha traído a esos científicos partirá en una semana —dijo Tavalera por fin.

—Nadia va a volver a la Tierra con ellos —respondió Holly.

—Volverá.

—A lo mejor.

Tavalera se detuvo y alargó un brazo para pasarlo sobre los hombros de Holly, haciéndole girar para que le mirase. Estaban en un repecho de sombras que había entre dos farolas; sus facciones apenas resultaban discernibles.

—Yo también podría regresar en esa nave —murmuró Tavalera—. Lo he consultado con Eberly. Dijo que la Nueva Moral pagará la mitad de mi billete y el hábitat podrá sufragar la otra mitad.

Un repentino arranque de ira inflamó el vientre de Holly:

—¡Eberly! Pagaría lo que fuese por librarse de ti y por hacerme daño a mí —exclamó.

—¿Te dolería? ¿Si me voy?

—Pues claro que sí.

—¿De verdad? —Su voz tembló de dichosa incredulidad.

Holly le cogió de las orejas y le besó:

—Raoul, mira que llegas a ser idiota. ¡Te amo!

—¡Oh, Holly, yo también te amo a ti! —replicó.

Incluso en la oscuridad nocturna Holly pudo ver el brillo dental de la sonrisa que a Tavalera se le derramó en los labios. Es tan guapo cuando sonrío. Luego pensó: debo hacer que sonría más a menudo.

—Holly —musitó Tavalera; su sonrisa palideció, y fue reemplazada por una seriedad mortal—. Holly... ¿vendrías conmigo a la Tierra? ¿Lo harías?

Holly no lo pensó un segundo:

—A la Tierra y a cualquier parte, Raoul. A cualquier parte.

—¿Lo harás? —Su voz subió una octava.

—Sin duda —respondió, convencida—. Nunca he visto la Tierra. Fue allí donde nací, y allí viví mi primera vida, pero no recuerdo nada de aquello.

—Te llevaré al Gran Cañón —dijo Tavalera, explotando repentinamente de puro entusiasmo—. Al Taj Mahal. ¡A las pirámides!

—Quiero ver el oeste de Texas. Pancho y yo nacimos allí.

—La mayor parte está sepultada bajo el mar de México.

—Bueno, pues hacemos submarinismo.

—También podemos hacer submarinismo para ver Manhattan. Y Miami.

—¡Cósmico!

—¿Entonces? ¿Cogerás esa nave conmigo?

Holly tomó aliento.

—No puedo ir hasta que pasen las elecciones, Raoul.

—Oh. —Su voz se destempló—. Eso.

—No te sulfures —le contestó Holly, risueña—. Malcolm me va a dar una paliza en las urnas, y para entonces tendré libertad para ir donde te dé la gana.

—¿Y si ganas?

—No hay la menor posibilidad —le aseguró. Y también a sí misma—. En cuanto se haga el recuento de votos podremos coger una nave y largarnos juntos de vuelta a la Tierra.

—Juntos —suspiró Tavalera.

—En la primera nave que parta después de las elecciones.

Tavalera murmuró:

—Podríamos casarnos en casa. A mis padres les encantaría.

—Y a mí también.

Reanudaron nuevamente la marcha por el empinado sendero. Tavalera espetó.

—¿Pero y si ganas?

—No voy a ganar.

—Puede que sí. Has conseguido más de siete mil firmas para la reclamación. ¿Y si todos ellos te votan a ti?

—No lo harán. Berkowitz ha estado haciendo algunos sondeos. El de esta mañana me pone muy por detrás, sesenta y dos contra treinta y dos, y hay un seis por ciento de indecisos.

—Podrías retirarte —sugirió Tavalera—. Dimitir. Vayámonos juntos, ahora.

Holly negó con la cabeza.

—No quiero darle a Malcolm esa satisfacción. Que sude hasta que se cuente el último voto. Va a ganar, pero no quiero que lo haga por defecto.

Tavalera no dijo nada.

—Lo que quiero decir es que no me importa perder por un margen más o menos decente, pero esta diferencia es cósmica.

Con un leve encogimiento de hombros, Tavalera replicó:

—La gente quiere explotar los yacimientos de los anillos. Quieren hacerse ricos.

—Será eso.

Si gana no la volveré a ver jamás, pensó Tavalera. E incluso si pierde, podría cambiar de opinión y quedarse aquí.

Como si acabara de leerle los pensamientos, Holly dijo:

—No te comas la cabeza con esto, Raoul. Me van a patear el culo de tal manera el día de las elecciones que ni siquiera querré que me vuelvan a ver la cara en este hábitat.

Tavalera quiso creerla.

—¿Crees de verdad que Eberly ha hablado con la gente de Selene? —musitó, aunque de manera audible—. ¿Y con las ratas de roca?

—Ya dijo él que sí.

—¿Pero lo hizo de verdad? Quizá solo lo dijo para impresionar a los votantes.

Holly sonrió un poco.

—Puedo comprobarlo.

Tavalera se sintió feliz de verla sonreír, al menos un poco. Aun así, mientras avanzaban entre aquellas piscinas de luces y sombras hacia sus apartamentos, Tavalera hubiera querido haber mantenido la boca cerrada.

El nerviosismo y la inquietud de Eduoard Urbain iban a más a medida que la recepción decaía. La gente se marchaba, ya fuera en parejas o en grupos más numerosos. Las risas se espaciaban cada vez más; se consumieron las últimas bebidas. En cuanto al anfitrión de la velada, Urbain se había separado por fin de Wunderly y, a sugerencia de su mujer, se apostó junto al camino que daba a Atenas para poder despedir formalmente a los invitados que se marchaban de la fiesta. Algunos camareros del Bistró, esta vez humanos, apilaban la cristalería vacía sobre las cabecitas aplanadas de los robots, que enfilaban después el camino hacia el restaurante de Atenas.

Gaeta no había abandonado todavía la fiesta. Caminaba lentamente junto a Cardenas por la orilla del lago. Urbain le vio inclinarse, recoger un guijarro y lanzarlo al agua. Unas ondas se propagaron por la calmada superficie del lago, círculos en el interior de otros círculos. Es como un niño, pensó Urbain. Aún debe haber en su interior mucho de los sueños aventureros de los críos.

—¿No vas a preguntárselo? —La voz de su mujer era suave, casi un susurro, pero, aun así, hizo que Urbain se sobresaltara.

Asintió, nervioso.

—Sí, debo hacerlo.

—Pues este es el momento —le dijo Jeanmarie.

—Sí —repitió—. Lo sé.

Tomó la mano que le ofrecía su mujer y juntos enfilaron la herbosa cuesta en dirección al borde del lago.

Cardenas les vio acercarse. Sonriendo, dijo:

—Una fiesta encantadora, Eduoard. Jeanmarie, debes estar muy orgullosa de tu marido.

—Lo estoy —respondió Jeanmarie—. Es un hombre de muchos talentos.

Gaeta les dedicó una vaga sonrisa:

—Ha sido mucho mejor que la fiesta de Año Nuevo.

Urbain sintió que sus mejillas ardían:

—Gracias. Gracias.

Cardenas miró su reloj de pulsera:

—Bueno, será mejor que durmamos un poco. Mañana hay que trabajar.

—Sí —murmuró Urbain, mientras su mente funcionaba a toda velocidad para dar con el modo de sacar el tema, la manera de llegar a lo que quería preguntar.

Jeanmarie comprendió. Le preguntó a Cardenas:

—¿Cómo va el trabajo con el nuevo sistema de antenas?

—Como la seda —replicó Cardenas—. Podré entregar los nanos hacia finales de esta semana, como muy tarde. Solo debo hacer un par de pruebas más.

—¿Serán seguros? —preguntó Jeanmarie.

—Eso es lo que vamos a comprobar. Los nanos ya han sido programados y resultan aptos para construirle al vehículo una nueva antena. Lo que estamos haciendo ahora es asegurarnos de si pueden desactivarse por sí mismos y entrar en modo de suspensión cuando su labor haya finalizado.

—Excelente —exclamó Urbain.

—Hay algo que me produce curiosidad —prosiguió Cardenas—. ¿Cómo pretendes hacer llegar el paquete hasta tu vehículo?

Urbain tosió ligeramente:

—Conocemos la posición de *Alpha*. La tenemos bajo vigilancia constante.

Gaeta dijo:

—¿Y?

Tomando una profunda bocanada de aire, como un hombre que fuera a saltar desde un precipicio, Urbain replicó:

—Necesito que seas tú quien lleve las nanomáquinas hasta *Alpha*.

Por un instante, ni Gaeta ni Cardenas pronunciaron palabra. Urbain pestañeó, y sintió la mano de su esposa tensándose entre la suya.

Gaeta rio:

—¿Ahora quieres que baje a la superficie? Ni de coña.

—¡No! —saltó Cardenas—. Manny no va a ninguna parte. Se ha retirado.

—Pero esto es importante.

—Un momento —dijo Gaeta, con una sonrisa ladeada extendiéndose por sus duras facciones—. Cuando vine aquí por primera vez, era para estar allá abajo, ser el primer hombre en poner un pie en la superficie de Titán. Y tú te negaste a ello. ¡Pensé que se te iba la olla!

—Pero aquello era una proeza, una aventura publicitaria. Lo que te estoy pidiendo ahora es en aras de la ciencia.

—Dijiste que no querías que pudiese contaminar las formas de vida que allí hubiera.

—Y la doctora Cardenas —contraatacó Urbain, volviéndose hacia la experta en nanotecnología—, me dijo que podía descontaminar el traje empleando nanomáquinas.

—¡Me da igual lo que dije! —replicó Cardenas, iracunda—. Manny no va a Titán. ¡Punto!

—Espera un momento, Kris —dijo Gaeta, aún sonriendo—. Esto es enorme. Haré que Fritz y su mejor equipo vengan para conseguir esta hazaña.

—¡No es una hazaña! —insistió Urbain.

—¡Y no vas a ir! —repitió Cardenas, igual de terca.

Jeanmarie intervino:

—¿No se da cuenta, doctora Cardenas? El señor Gaeta es la última esperanza de mi marido. Su carrera, todas las investigaciones que ha llevado a cabo de la superficie de Titán, dependen de él.

—La carrera de su marido —replicó Cardenas—. La vida de Manny.

—Pero...

—Podría matarse allá abajo.

—Espera, Kris —repuso Gaeta—. Si consigo que Fritz y su gente dirijan la misión, podría ser el primer ser humano en estar en Titán. Eso no tiene precio.

—¿Acaso vale más que tu vida?

—No será tan peligroso —insistió Gaeta—. Voy, pongo tu paquetito de nanos en el vehículo y me vuelvo para arriba. Pan comido.

—Manny, no. No quiero pasar otra vez por esto.

—Será la última vez, Kris.

—Eso es lo que dijiste cuando fuiste a los anillos a petición de Wunderly.

—Y estoy vivo y coleando, ¿verdad?

Urbain podía ver el fuego en los ojos de Cardenas. Y el deseo en los de Gaeta.

—Mira —le dijo Gaeta a Cardenas—. Deja que llame a Fritz, y vea lo que él piensa de esto. No va a permitir que me juegue el cuello por una bobada.

—Vaya cosa.

—Y si Fritz piensa que esta hazaña merece la pena, vendrá escopetado en una nave estelar y se hará cargo de toda la operación. Como en los viejos tiempos.

Cardenas inició una réplica, pero ninguna palabra salió de su boca, solo un sonido medio ahogado que igual podía ser un suspiro como un gruñido, o incluso un contenido sollozo de desesperación. Se precipitó hacia el sendero que conducía al pueblo. Gaeta corrió tras ella para darle alcance.

—Lo hará —murmuró Urbain, apenas sin aliento, con voz agitada.

—Sí —contestó Jeanmarie—. Solo espero que eso no destruya su relación con la

doctora Cardenas.

Urbain estuvo a punto de decir: «¿y qué?». Pero un vistazo al rostro consternado de su mujer le bastó para morderse la lengua.

20 de mayo de 2096:

Laboratorio de simulaciones

Fritz von Helmholtz luchó contra la sonrisa que quería formarse en su, por lo común, adusto semblante. Aquella mañana su equipo de técnicos había remolcado el enorme traje espacial hasta el laboratorio de simulaciones, donde lo alzaron sobre sus pies. Gaeta se había embutido en el traje armado con el sonriente entusiasmo de un muchachito.

—Preparado para iniciar la simulación. —La voz de Gaeta, notablemente excitada, brotó del altavoz del ordenador de comunicaciones.

Von Helmholtz se volvió hacia el técnico que operaba la consola principal.

—Inicie el procedimiento de aterrizaje —le dijo con voz calmada.

Friedrich Johann von Helmholtz era un tipo bajito, delgado, de constitución casi delicada. Podía ser frío, incluso arrogante; siempre era meticuloso y exigente. A los ojos de Gaeta, Fritz era el mejor técnico en todo el puñetero sistema solar. Como siempre, vestía su acostumbrado mono de trabajo, de un blanco inmaculado y escrupulosamente planchado, encima de un anticuado traje de tres piezas de color gris pizarra. Se hallaba ante el imponente traje espacial, y su cabeza —llevaba el cabello cortado a cepillo— apenas le llegaba hasta la cintura; lo miró de arriba abajo con una mirada experta. No parecía haber empeorado tanto como para no ponérselo desde la última vez que lo había visto, más de ocho meses atrás. Había algunas nuevas perforaciones producto de la última aventurilla de Gaeta a través del anillo B de Saturno, pero nada sustancial.

La simulación de aquel día consistía en practicar el aterrizaje de Gaeta en Titán. Aquel oficioso científico de baratillo, Urbain, había insistido en que Manny aterrizase en lo alto del propio vehículo de tierra, no en la superficie de la luna. No quería arriesgarse a contaminar las formas de vida que había en la superficie de Titán. Pero no le importa jugársela con esa forma de vida procedente de la Tierra que va a reparar su renqueante vehículo, gruñó Fritz para sus adentros.

Probablemente sea buena idea que Manny se dirija hacia el vehículo, razonó. El suelo que encontrará alrededor puede estar fangoso, resbaladizo, le pondría en serias dificultades para caminar y lo haría todo más peligroso. Pero mucha gente contaba con eso. El viaje a la superficie de Titán, una misión destinada a rescatar a un robot exangüe, ya había sido contratada por la mayor corporación combinada de prensa del sistema Tierra/Luna. Cuanto más peligrosa fuera la hazaña, mayor sería el índice de audiencia que atraería. Y, mediante los circuitos de realidad virtual, la propia audiencia incluso tendría la ilusión de ser ella misma quien estuviera realizando la proeza. Y, cuanto mayor fuera la audiencia, más dinero atraería. Vamos a hacer millones con esto, se dijo von Helmholtz. Decenas de millones, quizá cien millones o más.

Mi labor, se dijo, consiste en hacer que la misión sea lo más segura posible. La audiencia experimentará una sensación de peligro, de riesgo. Yo estoy aquí para maximizar esa percepción al tiempo que minimizo el auténtico peligro que pueda sufrir mi hombre. Recordó todas las anteriores proezas en las que él y Gaeta habían trabajado codo con codo. El peligro siempre había estado presente en todas ellas; sin él, la audiencia no se hubiera interesado, y no hubieran recaudado dinero alguno. Reparó en que él y Gaeta vivían con el peligro, pero que Gaeta era el único que podía morir si algo salía mal.

Von Helmholtz se mordió los labios, y luego se dirigió hacia la cámara de simulación y las consolas que se alineaban en la pared trasera del laboratorio.

—Estamos preparados para iniciar la secuencia de aterrizaje —dijo la técnica que se hallaba sentada ante la consola principal.

Von Helmholtz dijo un seco:

—Comience.

Las paredes de la cámara de simulación parecieron evaporarse, para ser reemplazadas por una visión tridimensional de la superficie de Titán.

—Parece que está nublado —bromeó Gaeta.

Von Helmholtz frunció el ceño a la técnica de la consola de comunicaciones como si hubiera sido ella quien lo había dicho:

—Por favor, sin bromas —espetó con su acento preciso y cortante.

—Sí, generalísimo —replicó Gaeta—. Ciñámonos al negocio.

—Sí —contestó von Helmholtz—. Ciñámonos al negocio, si no te importa.

Cardenas realizaba la presentación por tercera vez, sintiéndose cada vez más irritada por ello.

—Aquí están los resultados finales —dijo, señalando el gráfico que mostraba una de las paredes del despacho de Urbain—. Como puede ver, todo rastro de materiales biológicamente activos ha sido destruido por los nanos, que no han dejado nada salvo materia inorgánica, dióxido de carbono, por ejemplo, y compuestos de hidrógeno que se disipan rápidamente.

Urbain permaneció ante la mesa de conferencias circular que había en la esquina de su oficina, frunciendo el ceño mientras observaba el gráfico, como si no confiase en lo que decía. Yolanda Negroponte y otro biólogo le flanqueaban.

—¿Y qué hay de las nanomáquinas? —preguntó Urbain—. ¿Qué pasa con ellas?

—Se autodestruirán —replicó Cardenas, la misma respuesta que le había dado las dos veces anteriores en que Urbain le había efectuado la misma pregunta.

Urbain dedicó una mirada incómoda a sus dos biólogos. No dijeron nada.

—Puedo mostrarle evidencias fotomicrográficas de que los nanos van a quedar inertes —replicó Cardenas.

—Inertes no significa destruidos —insistió Urbain.

Cardenas forzó una sonrisa:

—En cuanto estén inertes, no serán nada más que unas nanométricas virutas de polvo. No son vampiros; no se levantan de entre los muertos.

—No son criaturas vivas —dijo Negroponte, casi condescendiente—. No son más que máquinas nanométricas.

Urbain la fulminó con la mirada.

—Eso es —reconoció Cardenas—. No son más que maquinitas de tamaño reducido.

—Limpiarán de cualquier contaminante hasta el último rincón externo del traje de nuestro saltimbanqui —espetó Urbain. Era en parte una pregunta y la constatación de un hecho.

Cardenas reprimió un destello de indignación al escuchar la palabra «saltimbanqui», pero, con el tono más agradable que pudo emplear, replicó:

—Sí, destruirán todos los agentes biológicos.

—¿Y podrás aplicarle los nanos al traje en cuanto nuestro hombre se introduzca en él y lo cierre herméticamente? —preguntó al otro biólogo, un coqueto pelirrojo lleno de pecas.

—Sí, ese es el plan.

—Así pues, no habrá contaminantes en el exterior del traje cuando este llegue a la superficie de Titán —resumió Negroponte.

—Eso es —concluyó Cardenas con sequedad.

Urbain alzó las cejas, luego las bajó, se frotó el bigote con la punta del dedo y se encogió de hombros. Por fin dijo:

—Podemos pues proceder a descontaminar el traje antes de que Gaeta parta a su misión.

—El plan —prosiguió Cardenas— es realizar el proceso de descontaminación en el compartimento estanco del transbordador, justo antes de que Gaeta descienda a la superficie de Titán.

Urbain asintió y dijo:

—Muy bien. Gracias, doctora Cardenas.

Cardenas recogió su portátil de mano y abandonó el despacho de Urbain con un lacónico «adiós» por toda despedida. Mientras salía del edificio y enfilaba el camino a su laboratorio a la luz de la mañana, pensó: Manny sigue adelante con esto. Da igual lo que yo le diga, da igual que le haya rogado que no lo haga, él sigue adelante con esto. Es como un niño con un juguete nuevo. Como un adulto enganchado a una droga. Está obsesionado con la idea de hacer la misión. Yo no soy más que un estorbo al lado de esta... esta hazaña que quiere hacer.

No, se dijo a sí misma. No es solo que quiera hacerla. Necesita hacerla. No hay forma humana, ni siquiera inhumana, de que pueda pararlo. Va a seguir adelante con esto aunque pueda matarlo.

Tengo una rival, comprendió. Hasta que no lleve adelante esta misión, no soy para él lo más importante de este mundo. ¿Qué hará cuando termine la proeza?

¿Volverá conmigo?

¿Y qué ocurrirá si la proeza lo mata? ¿Qué haré yo entonces?

—Ya has oído a ese tipo —dijo Timoshenko con acritud—, se supone que este problema estará resuelto para las elecciones.

Habib levantó la cabeza de la pantalla de su ordenador:

—¿Eberly? ¿Dijo eso?

—En el último debate. Lo prometió.

Habib murmuró:

—La promesa de un político.

Timoshenko había acudido al centro informático para estar presente en la prueba definitiva al plan predictivo de Habib. Si su trabajo era correcto, significaba que, en algún momento de la mañana, tendría que llegar al hábitat una fuerza procedente del campo magnético de Saturno. Por su parte, Timoshenko había incrementado la protección de los cables superconductores que rodeaban el casco exterior del hábitat y había colocado en los lugares correspondientes un equipo de refuerzo electrónico que cortaría automáticamente la energía en el momento en que alguna fuerza causara un ascenso peligroso del voltaje en el circuito eléctrico del hábitat.

—Bueno —dijo Habib, casi en un susurro—, no hay nada que podamos hacer ya, salvo esperar.

A Timoshenko no le gustaba esperar. Impaciente, caminaba de un lado a otro por entre la docena de hombres y mujeres que se hallaban en sus puestos de trabajo, todos ellos inclinados sobre lo que mostraban sus pantallas y tratando de ignorar el ruido que producían en el suelo embaldosado los desasosegados pasos del ruso. Con las manos asidas a su espalda y el rostro contraído por un inquieto fruncimiento de cejas, Timoshenko iba de un lado a otro, toqueteaba algunas cosas, miraba el reloj de la pared, caminaba otra vez y volvía a toquetear impaciente las mismas cosas.

—Intenta relajarte —le rogó Habib, levantando la vista cuando Timoshenko llegó a su puesto—. Con eso no vas a conseguir adelantar los sucesos.

—Lo sé. Lo sé.

Los minutos pasaban. Timoshenko pensó en Eberly mientras iba de un lado a otro por el centro informático. Eberly. Ese tipo no habló nunca con Katrina. Nunca. La historia que me contó de que Katrina vendría aquí y se reuniría conmigo no era otra cosa que una mentira, una apestosa patraña, un truco para obligarme a aceptar el puesto como jefe de Mantenimiento. Katrina nunca vendría aquí. Nunca. ¿Por qué iba a hacerlo? ¿Quién iba a abandonar la Tierra para acompañarme en mi exilio? Katrina no quiere estar conmigo.

Le mataré, se dijo Timoshenko. Tarde o temprano, mataré a Eberly y me mataré yo y a todo el que habita esta Siberia enlatada. Pondré un punto final a esta desgracia de una vez por todas.

—Intenta relajarte —repitió Habib.

Inténtalo *tú*, dijo Timoshenko para sus adentros. Pero dejó de pasear y arrastró una silla rodante para sentarse junto a Habib. Medio minuto después volvió a ponerse en pie y comenzó a pasear de un lado a otro de nuevo.

—¿No deberías estar al tanto de lo que hace la gente de tu equipo? —le sugirió Habib, en un suave tono de voz.

—No —espetó el ruso—. O el escudo funciona o no funciona. O los repetidores automáticos hacen su trabajo como deben o no lo hacen. Mi gente ha hecho su trabajo. Ahora queda esperar la prueba definitiva.

—Vas a provocarte un ataque al corazón —le avisó Habib.

—Mi corazón no se atrevería a atacarme.

—Pues si no... —La curva que en la pantalla de Habib mostraba la intensidad de la magnetosfera de Saturno comenzó a enroscarse visiblemente—. Espera. Creo que ya viene.

Timoshenko corrió a la silla y se dejó caer en ella.

—Sí —asintió Habib, señalando con un dedo tembloroso—. Está alterándose a toda velocidad.

Timoshenko miró fijamente la curva dentada. Se erguía y retorció como un ser vivo, y los picos irregulares, junto con las pequeñas hondonadas que había entre ellos, subían y subían.

—Es de los grandes —murmuró Habib.

La intensidad siguió subiendo durante varios minutos mientras los dos hombres observaban la pantalla, sin tomar aliento apenas. Luego volvió a descender.

Habib pestañeó, y luego miró a su alrededor. Los demás seguían inclinados sobre sus pantallas como si nada hubiera pasado.

—No ha ocurrido nada —musitó Timoshenko.

Luciendo una amplia sonrisa, Habib exclamó:

—¡Sí! ¡Exacto! Nos ha pasado por encima una fuerza de proporciones épicas y no ha ocurrido nada. No ha habido ni una mísera bajada de tensión. ¡Las luces ni siquiera han parpadeado!

Timoshenko sacó su portátil de mano de un bolsillo:

—Lo comprobaré con mi equipo. Necesito un informe completo de cada circuito.

Mientras presionaba los números en su portátil advirtió que si hubiera habido una bajada de tensión en alguna parte, su teléfono ya estaría sonando. Ha funcionado, se dijo. Ya sabemos cómo evitar las caídas de tensión.

Y supo también que aquel mismo conocimiento podría emplearse para apagar por completo los sistemas eléctricos del hábitat, cuando quisiera poner un final a aquello.

Holly se sorprendió de que Douglas Stavenger en persona respondiese a su llamada a Selene. Antes había tenido noticias de George Ambrose, el administrador jefe de la oficina central de los mineros de los asteroides de Ceres, que le había confirmado haberse comunicado con Eberly.

—Os compraremos agua helada en cuanto nos la expidáis, chicos —había dicho Ambrose en respuesta a la llamada de Holly. Puesto que, incluso a la velocidad de la luz, había un retardo de casi una hora en las comunicaciones entre Saturno y el cinturón de asteroides, las conversaciones se hacían imposibles. Holly llamó por la mañana, y Ambrose respondió varias horas después.

»Me preguntas por el precio que ha puesto vuestro administrador jefe —había continuado Ambrose: su rostro peludo, enmarcado por una melena rojiza, llenaba la pantalla del teléfono de Holly—. Fue un poco vago al referirse a ello, pero tengo la impresión de que es menos de la mitad de lo que nos cuesta sacar agua de las rocas carbonáceas que tenemos desperdigadas por el cinturón.

Ambrose había seguido parlotando por espacio de otro cuarto de hora, y luego se despidió de Holly con un alegre:

—Si tienes más preguntas, envíamelas *ipso facto*. Estaré encantado de tratar con vosotros, chicos.

Douglas Stavenger era el caso opuesto. Holly había enviado el mensaje al presidente del Consejo de Gobierno de Selene. Durante todo el día aguardó su respuesta. Se estaba preparando para irse a dormir cuando le llegó la respuesta.

Sentada en la cama con las piernas cruzadas, Holly escuchó lo que Stavenger tenía que decirle. Tenía un aspecto más juvenil del que Holly había esperado, y su tez parecía tener el mismo tono de color que el de ella. Ha sido el poder en la sombra de Selene durante años, pensó Holly. ¿Cómo puede tener un aspecto tan joven? ¿Y ser tan guapo?

—Respondo a su petición porque el Gobierno no quiere hacer ninguna declaración formal de forma tan prematura. El señor Eberly quiso dejar claro que su pregunta era... bueno, no exactamente un secreto, pero sí un asunto delicado.

Muy propio de Malcolm, dijo Holly para sí. Todo lo que hace es entre susurros.

—Selene fabrica su propia agua del oxígeno presente en los regolitos lunares —le explicó Stavenger—, y el hidrógeno, de lo que podemos rebañar del viento solar. También extraemos agua de los casquetes helados de los polos.

Y además venden agua a otros asentamientos presentes en la Luna, pensó Holly.

—En cualquier caso, si el hábitat *Goddard* puede abastecernos de agua a un precio sensiblemente inferior a nuestros actuales costes, seríamos estúpidos si no considerásemos seriamente la oferta.

Lo que significa que aceptarían, dependiendo del precio, dedujo Holly.

—Por otra parte —prosiguió Stavenger—, ha causado bastante revuelo en la comunidad científica de la Tierra la noticia de que uno de sus hombres ha encontrado criaturas vivas en los anillos. El consorcio de universidades está manteniendo varios encuentros con la AIA para proponer la prohibición de cualquier actividad comercial en los anillos de Saturno. Si tal cosa ocurre, las prospecciones en los anillos serían política y legalmente imposibles.

A menos que Malcolm asuma el riesgo de entrar en guerra con la AIA, replicó

Holly para sus adentros.

—La cuestión —prosiguió Stavenger— es que el agua es la clave de cualquier expansión en la Luna. Y, diría más, en cualquier parte del sistema solar.

Holly estuvo a punto de preguntarle qué había querido decir con aquello, pero sabía que la respuesta no le iba a llegar hasta algo más de una hora. En su lugar, siguió escuchando la lenta declamación de Stavenger:

—Verá, lo cierto es que nos las podemos arreglar muy bien con el agua que hay disponible en estos momentos. Hacemos un reciclado muy escrupuloso. Por supuesto, también hay pérdidas: ningún sistema es perfecto al cien por cien. Pero si contamos con un suministro continuado y de confianza de agua adicional, podremos expandirnos y crear nuevos asentamientos en la Luna. Dios sabe la de gente que hay en la Tierra ansiosa por marcharse e instalarse aquí. Pero siempre hemos tenido que limitar nuestro crecimiento en función de los suministros de agua. Si estos suministros aumentasen, Selene crecería con ellos; incluso podríamos fundar pequeños protectorados. La población de la Luna llegaría a aumentar en miles de millones de habitantes.

Holly hundió su peso en los almohadones. Esto es cósmico, se dijo. ¡Tenemos la clave para permitir el crecimiento de los asentamientos humanos por todo el sistema!

—Pero lo más probable es que la AIA prohíba las actividades comerciales en los anillos, al menos hasta que los científicos puedan examinar profusamente las criaturas halladas en ellos, y eso puede llevar varios años. —Casi como un pensamiento a vuela pluma, Stavenger añadió:

—Quizá se les ocurran otros modos de conseguir agua. Después de todo, están ustedes mucho más cerca de los OTN que nadie en todo el sistema solar.

—¿OTN? —exclamó Holly en voz alta.

—Espero que esto responda a su pregunta, señorita Lane. Por favor, siéntase libre de llamarme por teléfono personalmente si quiere discutir el asunto en más detalle.

La pantalla del teléfono se apagó, dejando a Holly a solas con sus pensamientos: Objetos Transneptunianos, eso es lo que significa. El cinturón de Kuiper. Hay trillones de icebergs flotando en ellos; de ahí es de donde proceden los cometas.

Sacudió la cabeza, sin embargo. Está demasiado lejos. Puede que estemos más cerca de ellos que nadie más, pero, aun así, se encuentran a más de veinte unidades astronómicas de nosotros. Demasiado lejos como para que sirva de algo.

Creo.

27 de mayo de 2096:

Sesión de planificación de la misión

Urbain se sorprendió de lo masificada que estaba la sala de conferencias. Su equipo, formado por una docena de ingenieros dedicados al control de misiones, se sentaba en uno de los lados de la larga mesa, hablando entre sí, mientras que von Helmholtz y media docena de su grupo de técnicos se alineaban en el otro lado. También estaba el propio Gaeta, claro, y la doctora Cardenas. Gaeta parecía bastante relajado; la mujer, como no podía ser menos, se mostraba tensa, pálido su rostro, que por lo general aparecía resplandeciente y feliz, y muy apretados sus labios. Por debajo del grupo se sentaban, uno al lado del otro, Pancho Lane y Jake Wanamaker, y al pie de la mesa se encontraba Berkowitz, charlando animadamente con Wanamaker. A qué había ido el director de informativos a la reunión era algo que Urbain no alcanzaba a discernir.

Supongo que encima tendré que estar agradecido a Eberly por haber insistido en no venir también, dijo para sí.

Desde la silla que presidía la mesa, Urbain pidió silencio al grupo. Las charlas aisladas se detuvieron. Todas las cabezas se volvieron en su dirección.

—Nos hemos reunido esta mañana para realizar el último repaso al plan de la misión —empezó Urbain.

Hacia la mitad de la mesa, Pancho murmuró:

—Que hable ahora o calle para siempre.

Reprimiendo un gesto de disgusto, Urbain continuó:

—Herr Von Helmholtz, cuando quiera.

Fritz tocó una almohadilla del teclado que había frente a él, y la pared del lado opuesto de la habitación se encendió. Mostró la imagen de la superficie de Titán con la ubicación de *Alpha* indicada por un puntito rojo.

—El plan consiste en llevar un vehículo de transferencia desde el hábitat hasta la órbita de Titán. Una vez allí, nuestro hombre abandonará el transbordador en un escudo aéreo de protección contra el calor y entrará en la atmósfera de Titán. A una altitud de tres mil metros de la superficie, se desprenderá del escudo aéreo y paranavegará el resto del descenso, para aterrizar en un radio de cien metros de la máquina *Alpha*.

Un círculo rojo hecho de puntos apareció alrededor del punto rojo que había en la pantalla.

Urbain le interrumpió:

—El plan consiste en que nuestro hombre aterrice encima de *Alpha*. No va a poner un pie en la superficie. No va a contaminar los organismos que viven en ella.

Von Helmholtz hizo un apenas visible mohín con la barbilla:

—Intentará aterrizar sobre el vehículo, pero no hay ninguna garantía de que el

descenso planeando vaya a ser tan preciso.

—Aterrizaré en su techo —dijo Gatea—. No os preocupéis.

—Incluso si aterriza sobre el suelo —dijo uno de los ingenieros de Urbain—, *Alpha* ya ha sido lanzado a la zona. Sus bandas de rodamiento han cruzado sus suelos.

—Pero *Alpha* fue descontaminado de arriba abajo antes de aterrizar —protestó Urbain—. Fue esterilizado mediante radiaciones de rayos gamma.

Cardenas se encorvó en su silla:

—El traje de Manny será descontaminado por las nanomáquinas. Así como sus botas. Estará tan limpio como su vehículo. Más limpio aún.

—Con todo...

—Aterrizaré en el techo de tu máquina —insistió Gaeta—. He hecho bastante paranavegación. En una atmósfera tan espesa y con una velocidad eólica tan baja, alcanzaré su techo. No os preocupéis por el tema.

Urbain quiso replicar, pero se lo pensó mejor. Este es el compromiso que debo aceptar, se dijo. Si este fanfarrón de saltimbanqui puede aterrizar sobre el techo de *Alpha*, bien. Si no, dependo de que las nanomáquinas de Cardenas eviten la contaminación de la superficie. Sin embargo, una parte de sus pensamientos insistían en preocuparse por las nanomáquinas. ¿Y qué pasa si no se desactivan tras esterilizar el traje de Gaeta? ¿Qué pasa si comienzan a multiplicarse por el suelo? ¿Si devoran todo lo que les salga al paso?

Von Helmholtz se aclaró la garganta, obligando a que Urbain volviese a centrar su atención en él. Prosiguió:

—Una vez esté en lo alto del vehículo, la primera tarea de nuestro hombre consistirá en examinar la antena de envío de señal del robot y establecer un enlace de comunicaciones con el ordenador central de la máquina.

—Y usar los nanos que llevará con él para construir una nueva antena de envío de datos —dijo el ingeniero de comunicaciones.

—En caso de que sea necesario —intervino Habib—. Puede que nuestro hombre descubra un error de programación corregible *in situ*.

Antes de que el ingeniero de comunicaciones pudiera replicar, Urbain dijo:

—Sí, eso lo tenemos claro. Hemos de conseguir el enlace con el programa principal, y después utilizar las nanomáquinas que la doctora Cardenas ha diseñado para construir una nueva antena de envío de datos, si tal cosa es necesaria.

—Una vez que se haya establecido la conexión para el envío de datos —resumió Fritz, mirando directamente a Urbain—, nuestro hombre activará los propulsores de salida y abandonará la superficie. Será recogido por el transbordador, que le aguardará en órbita, y regresará al hábitat.

La pantalla mural mostraba ahora una bola de un color entre amarillo y gris que representaba Titán. Una línea curvada de color verde emergía de la superficie y se encontraba con un brillante círculo azul que representaba la órbita del transbordador.

—Muy bien —respondió Urbain, con la mirada clavada en la pantalla—. ¿Alguna pregunta?

Nadie habló.

—¿Conocen todos ustedes cuáles son sus funciones y están preparados para llevarlas a cabo?

En la mesa, las cabezas se movieron arriba y abajo.

Fritz, entonces, volvió a aclararse la garganta, esta vez haciendo más ruido que antes.

—¿Herr Von Helmholtz? —dijo Urbain—. ¿Alguna pregunta?

—Más bien un comentario —respondió Fritz—. En realidad, una sugerencia. Creo que nuestra misión saldría muy beneficiada si dedicamos otras cuantas semanas a entrenamientos y a hacer simulaciones.

—¿Más semanas?

—No hemos tenido más de diez días para preparar esta misión. Y es una misión muy complicada, que implica un alto grado de riesgo para nuestro hombre.

—Para eso me pagan, Fritz —repuso Gaeta.

Ignorándole, Fritz prosiguió:

—Además, nuestro hombre no estará más de una hora en la superficie. Los objetivos de la misión deben llevarse a cabo en una hora. Eso es... bastante complicado.

—Puedo hacerlo —insistió Gaeta—. En una hora da tiempo para muchas cosas.

Von Helmholtz arqueó una ceja mirando a Gaeta, y luego continuó:

—El fracaso de esta misión significará que el vehículo seguirá muerto en la superficie de Titán.

—Dormido —gruñó Urbain—. No muerto.

Abriendo las manos en un gesto que venía a decir «y cuál es la diferencia», Fritz señaló:

—Si la misión fracasa, su vehículo permanecerá en ese inútil silencio para los restos, pues no habrá posibilidad alguna de reactivarlo. Será como si lo hubieran borrado del mapa, ¿no es así?

Los pensamientos de Urbain se agitaban sin pausa mientras contemplaba el rostro gélido y la mirada punzante de Von Helmholtz. No podemos posponer la misión, dijo para sus adentros. Wunderly ya ha llegado a la Tierra, ya está recibiendo toda clase de honores y parabienes por haber descubierto a las criaturas de los anillos. Debemos rescatar a *Alpha* ahora, antes de que Wunderly me robe toda la gloria, antes de que se reúna con el comité del Nobel.

Se dio cuenta de que todas las miradas estaban dirigidas a él. Lentamente, como si le supusiese un enorme esfuerzo tomar la decisión, Urbain replicó:

—Es del todo vital que reestablezcamos las comunicaciones con *Alpha* antes de que el programa principal empiece a borrar los datos que sus sensores han acumulado. Esa es nuestra labor más importante. *Alpha* lleva en su interior una

ingente información sobre las condiciones en la superficie de Titán y los organismos que viven en ella que vale su peso en oro. No podemos arriesgarnos a perder esos datos por posponer la misión.

—¿Incluso poniendo en riesgo la vida de un hombre? —insistió Von Helmholtz.

—No me parece que sea la pregunta más pertinente, Fritz —le interrumpió Gaeta—. Yo soy quien va a asumir el riesgo. Hemos trabajado mucho en el plan de la misión. Estaré bien.

—¿Está dispuesto a ir sin mayor entrenamiento que el que ya ha recibido? —Urbain sintió un reflujo de alivio asentándose en su interior.

—Sí. ¿Por qué demonios no iba a ser así?

Gaeta sonrió, con una confianza ciega. Fritz le fulminó con la mirada. Y Cardenas parecía querer soltarle un buen tortazo a alguien.

28 de mayo de 2096:

Partida

Kris Cardenas despertó de un turbio sueño y descubrió que Gaeta ya se había levantado y estaba vestido. Le miró durante unos instantes con los ojos neblinosos de sueño, y luego se dio cuenta de que aquella era la mañana en que la abandonaría por Titán.

Se incorporó en la cama, dejando que las sábanas cayesen hasta su cintura. Gaeta la miró y sonrió:

—No intentes meterme otra vez en la cama, Kris —bromeó—. No podré aprovecharme de tu delicioso cuerpo hasta que haya vuelto.

—Así que te vas —murmuró, sabiendo que aquello sonaba estúpido a medida que las palabras fluían de sus labios.

La sonrisa de Gaeta se esfumó:

—Sí, me voy.

—No tienes por qué hacerlo.

—Oye, he hecho que Fritz venga hasta aquí rodeado de un equipo de primera. Tenemos un contrato con PanGlobal. Debo respetarlo.

—¿Incluso si yo te pido que no lo hagas?

Gaeta se sentó en la cama junto a ella y procedió a calzarse las botas.

—No lo conviertas en un tema de discusión, Kris.

—Hazlo mañana —espetó—. Retrásalo veinticuatro horas más.

Gaeta negó lentamente con la cabeza:

—Me dices esto hoy, para lo mismo replicar mañana. Y estarás igual de cabezona con el asunto, nena.

Cardenas miró sus profundos ojos pardos y supo que si le obligaba a tomar una decisión, Gaeta elegiría realizar la misión y dejarla esperando su regreso. Y ella sabía que esperaría. Esperaría, y se preocuparía, y tendría miedo de que acabara matándose, pero nunca lo dejaría, aun cuando hubiera elegido el peligro y el riesgo antes que a ella.

—Estaré de vuelta mañana —dijo en voz baja—. A tiempo para la cena, probablemente. Elige el restaurante en que quieras celebrarlo.

—¡No quiero perderte!

Se inclinó sobre ella, asiéndola de los desnudos hombros, y le dio un sonoro beso:

—No vas a perderme, nena. Jamás vas a perderme. Volveré contigo.

Cardenas le envolvió el cuello con sus brazos y trató de reprimir las lágrimas que amenazaban con desbordarla.

Con suavidad, Gaeta se liberó de su abrazo y se puso en pie.

—Estaré de vuelta, querida. Espérame en la cama.

Se volvió y marchó hacia la puerta. La abrió, mandó desde allí un beso a

Cardenas, y luego la dejó donde estaba, sentada en la cama. Cardenas quiso llorar, pero le fue imposible. Gaeta se había ido. La había dejado. El miedo a no volver a verle era tan aterrador que ni siquiera podía derramar una sola lágrima.

La alegre sonrisa de Gaeta desapareció tan pronto como salió del apartamento. Sabía mejor que Cardenas los riesgos que iba a correr. Había tratado de mostrarse optimista ante ella, pero ahora, mientras se sentaba a horcajadas en una de las electrobicis aparcadas frente al edificio de impecables apartamentos blancos y comenzaba a pedalear bajo el radiante sol de la mañana, no pudo por menos que repasar mentalmente los detalles de la misión a la que se enfrentaba.

Paranavegar la neblinosa atmósfera de Titán para caerle sobre la máquina dormida de Urbain. Gaeta sacudió la cabeza mientras ponía en marcha el pequeño motor eléctrico de la bici. Bueno, pensó, será toda una experiencia para los espectadores que asistan a la retransmisión en realidad virtual. Aunque no es el encargo más fácil. No es nada fácil.

Para cuando alcanzó la cámara de paredes de acero que se erguía ante el compartimento estanco emplazado en el extrarradio del hábitat, Pancho, Wanamaker, Fritz y su equipo ya estaban allí. Al igual que el tipo de las noticias, Berkowitz.

—Nuestra estrella principal solo llega quince minutos tarde —le saludó Fritz con tirantez.

Despreocupado, Gaeta pasó junto a él y se encaminó hacia el traje espacial, que se erguía como un monumento a glorias pasadas sobre el equipo de técnicos.

—Vamos, Fritz —replicó Gaeta—. Te conozco. Como poco metiste media hora de más al horario previsto.

Berkowitz tenía dos minicámaras moviéndose pesadamente a su alrededor sobre sus postes rodantes, balanceándose como monociclos. Llevaba una tercera cámara entre las manos.

—¿Unas palabras para la posteridad antes de que se introduzca en el traje? —le preguntó a Gaeta.

Pancho hizo oír su voz desde el otro lado de la cámara:

—¿Acaso la posteridad ha hecho algo por nosotros?

—Tendré que cortar esta parte —protestó Berkowitz, cuya habitual sonrisa palideció un poco.

Gaeta dijo al reportero:

—Esta misión es mucho más que una proeza. Mi trabajo es tratar de devolver la vida a la sonda del doctor Urbain en la superficie de Titán. Ahora trabajo en aras de la ciencia.

Berkowitz asintió y dijo:

—Esto está muy bien. Incluso podremos darle después algo más de lustre.

Fritz dio unos golpecitos a Gaeta en el hombro:

—Si has terminado con el autobombo, ¿sería demasiado pedir que te metas de

una vez en el traje?

Burlón, Gaeta hizo una reverencia:

—Será un placer, compañero.

Pancho y Wanamaker se encontraban ya ante la escotilla del compartimento estanco:

—Viajaremos a bordo del transbordador —explicó Pancho, tanto a Berkowitz como a Fritz—. Voy a comprobar la nave y asegurarme de que está preparada para levantar el vuelo.

Fritz esbozó un frío asentimiento.

Urbain se marchó a su oficina antes del anochecer. Demasiado nervioso para quedarse sentado ante la mesa, recorrió arriba y abajo el pasillo que conducía al centro de control de la misión. Los técnicos iban llegando uno a uno, y tomaban asiento ante sus consolas.

—Este será el día más importante de nuestras vidas —les dijo Urbain.

Asintieron con poco entusiasmo y, entre murmullos, admitieron que lo era, mientras encendían sus consolas.

Urbain los observaba pensando: Wunderly ha llegado a la Tierra y se ha presentado ante la Junta de Gobierno del CIU. En cuestión de días se reunirá con el comité del Nobel. Para entonces he de tener algún resultado sólido y demostrable de *Alpha*. No puedo permitir que esa mujer me robe el protagonismo después de todos los esfuerzos que he invertido en *Alpha*. Mi criatura debe empezar a enviar datos desde Titán. ¡Debe hacerlo!

Cardenas aún estaba en la cama, incapaz de decidirse a qué dedicar el día. El teléfono tintineó.

Asustada, se dijo: ¡no puede tratarse de Manny!

—¡Responder! —exclamó.

El rostro de Yolanda Negroporte apareció en la pequeña pantalla de la consola telefónica que descansaba en la mesilla. Cardenas se cubrió con las sábanas.

—Oh —murmuró Negroporte—. Siento despertarla, doctora Cardenas.

—Estoy... estaba —tartamudeó Cardenas. Luego dijo—: No pasa nada. Ya estaba despierta.

—Me preguntaba si podría contar con usted —continuó Negroporte—. Tengo un problema y necesito su ayuda.

Lárgate y no molestes, quiso decirle Cardenas. Pero, en lugar de eso, respondió a la imagen que mostraba la pantalla del teléfono:

—Puedo encontrarme con usted en la cafetería en una media hora. ¿Le parece bien?

Negroporte pareció meditarlo durante unos segundos.

—¿Le importa venir al laboratorio biológico? Traeré algo para desayunar y lo

tomaremos aquí. ¿Le parece bien?

De pronto, Cardenas se sintió agradecida por tener algo que hacer, alguna excusa para salir de la cama, una razón para intentar dejar de preocuparse por Manny.

—Me parece muy bien —respondió—. En el laboratorio de biología en media hora.

Pancho se hallaba ante el cuadro de mandos del transbordador, observando los paneles con ojo experto.

Wanamaker, que estaba a su lado, dijo:

—Luz verde en todo salvo el compartimento estanco.

—Lo dejé abierto —replicó Pancho—, para que Manny pueda entrar por él sin tener que esperar el ciclo.

Wanamaker asintió. Observó cómo las manos de Pancho se deslizaban sobre los paneles de mando, mostrando la misma destreza que las de un concertista de piano. Está en su elemento, pensó. Es buena en esto, y se la ve feliz por estar en una nave.

—Te lo estás pasando en grande, ¿verdad? —le preguntó.

Pancho le miró.

—Sí, diría que sí.

—Has nacido para ser piloto.

—Es mejor que estar sentada pensando en qué gastar el dinero.

Wanamaker rio:

—Me parece que tienes razón.

—¿Han subido a bordo los nanos descontaminantes?

—Están en el contenedor del compartimento estanco. Ayudaré a Manny a ponérselos cuando esté fuera.

Pancho asintió:

—Ten cuidado...

La voz seca y ligeramente molesta de Fritz se escuchó por el altavoz:

—Nuestro intrépido héroe está preparado para embarcar en la nave.

Pancho pulsó el teclado de comunicaciones:

—Recibido. Gaeta embarcando.

Wanamaker dijo:

—Será mejor que vaya a la zona de cargamento y compruebe que entra sin problemas.

Pancho replicó:

—No, mejor que te apartes de su camino. Metido en ese traje, es como un gorila de trescientos kilos.

Bajo su gélido exterior, Fritz von Helmholtz temblaba de aprensión. Deberíamos haber pasado más tiempo preparando esta misión. Diez días no es suficiente. Deberíamos haber utilizado un mes para las pruebas y las simulaciones. Incluso seis

semanas. Le he permitido a Urbain que nos metiera prisa demasiado pronto.

Y Manuel llevará consigo esas nanomáquinas. ¡Nanomáquinas! ¿Y qué ocurrirá si algo va mal? ¿Y si atacan al traje? Esta misión es mil veces más peligrosa de lo que Manuel quiere admitir.

Von Helmholtz se irguió y examinó las pantallas en las que los técnicos estaban trabajando. Es mi responsabilidad cuidar de Manny, se dijo. A la menor señal de peligro, a la más ligera desviación del plan de la misión, lo sacaré de allí. Le guste o no.

En su rígido traje, Manny Gaeta se sentía como un gigante, un titán de la antigüedad, una criatura mucho más poderosa que cualquier mortal. Con apretar los dedos era capaz de aplastar el metal. Con los servomotores que reaccionaban a cada movimiento de sus brazos, podía levantar toneladas de peso muerto.

Sí, y en un abrir y cerrar de ojos, si no te andas con cuidado, te puedes matar, con traje o sin él, se aconsejó. Recuérdalo.

—Cerrando escotilla del compartimento estanco. —La voz de Pancho resonó en los audífonos de su casco.

Gaeta veía a Wanamaker en la zona de cargamento, envuelto en su mono de vuelo. El antiguo almirante tenía un aire cauteloso, alerta, en tanto sus ojos pasaban de Gaeta a la escotilla del compartimento estanco que había detrás de su imponente traje.

—Escotilla del compartimento estanco cerrada —dijo en una voz plana y evasiva.

—Preparados para la separación —siguió Pancho.

Hubo un momento de duda, hasta que la voz de Fritz replicó:

—Luz verde para la separación.

—Separando —respondió Pancho.

Gaeta sintió un temblor casi inapreciable. El transbordador ya no estaba conectado al gigantesco hábitat. La sensación de peso se convirtió en nada.

—Nos vamos a Titán —exclamó Pancho.

—Y nosotros nos vamos al centro de control de la misión —respondió la gélida voz de Fritz—, donde el doctor Urbain ha tenido la gentileza de permitirnos utilizar una de sus consolas.

El acento que puso en «una» rezumaba puro ácido.

28 de mayo de 2096: Órbita de Titán

—Circunvalación completada. —La voz de Pancho estalló en los auriculares del casco de Gaeta. Aullaba como si estuviese gritando a alguien situado al otro lado de un cañón.

Seis horas era el tiempo que les había llevado volar desde el hábitat *Goddard* hasta Titán a plena potencia y establecer el transbordador en una órbita circular sobre la luna, cercada por sus anaranjadas nubes tormentosas.

Gaeta había permanecido en el interior del enorme traje espacial armado todo aquel tiempo; no había sitio en la zona de cargamento para salir y dar un paseo. Era una ayuda estar en gravedad cero: su corazón podía distribuir aquella sangre ingrátida con mucha mayor eficacia. Gaeta flexionó las piernas tanto como pudo, sacó los brazos de las mangas y comió un magro desayuno compuesto de magdalenas y café tibio. Fritz se enfadará al ver todas estas migas, pensó, entre risitas. Así le daré algo de lo que quejarse a la vuelta.

Ahora empieza el trabajo.

En el centro de control de la misión, Von Helmholtz dedicó una mirada fulminante a la consola que habían puesto a su disposición. Todas las restantes consolas eran operadas por los hombres de Urbain; el científico jefe había abandonado el centro y regresado a su oficina.

La media docena de técnicos de Von Helmholtz se arremolinaron tras Fritz cuando este tomó asiento y encendió su consola. Este será el enlace principal con Manny, se dijo Fritz. Las demás están conectadas a los sensores de los satélites y al propio *Alpha*. Yo estoy conectado a Manuel. Su seguridad depende de mí.

Wanamaker se abrió paso por la escotilla que conducía al puente de navío del transbordador.

—¿Estás bien? ¿Necesitas algo?

—Estoy bien, Jake —dijo Gaeta, con cuidado de mantener el volumen de los altavoces de su traje a un moderado nivel—. Listo para saltar y empezar con esto.

—Vale. Me reuniré contigo tan pronto como el cierre complete el ciclo y pueda ponerme el traje.

Gaeta asintió en el interior de su casco. Wanamaker regresó al puente.

—Todo listo para el paseo espacial —exclamó Pancho.

Bajando el volumen un poco más, Gaeta metió los brazos en las mangas del traje y replicó:

—Entrando en el compartimento estanco.

Ingresó pesadamente en el estrecho útero de metal del compartimento estanco y

cerró herméticamente la escotilla interior. Sabía que, una vez saliera de la nave, Wanamaker entraría en la zona de cargamento, se introduciría en su nanotraje y después saltaría al exterior para ayudarle a descontaminar el traje con los «nanoestropajos» de Kris. Luego tendría que meterse en el escudo aéreo y calzarse su mochila de propulsión.

Los catavientos del mamparo del compartimento estanco completaron el ciclo y encendieron la luz verde, pasando luego del ámbar al rojo. Gaeta sintió una mínima vibración en los surtidores a través de las espesas suelas de sus botas.

—Cierre en rojo —exclamó Pancho.

—Recibido, rojo —contestó Gaeta—. Abriendo escotilla exterior.

Alargó una mano enguantada hacia el tirador de control y la escotilla exterior del compartimento estanco se abrió lentamente. Al principio, Gaeta no pudo ver otra cosa que la infinita negrura del espacio. Después, el filtro de su visor se ajustó y las diminutas estrellas le devolvieron la mirada. Lejos, a la derecha, podía ver la curva que trazaban las nubes naranja de Titán, con aquel aire extrañamente enfermizo, de un amarillo cetrino. Como un mal día en L. A., dijo para sí.

Entonces, Saturno apareció a la vista, enorme, brillante, aquellos anillos imposibles flotando como esquirlas de diamantes en su mismo centro. Gaeta divisó franjas de nubes formando remolinos sobre la inmensa masa del planeta, sistemas tormentosos más grandes que la Tierra hacían surgir por aquel delicado azafrán cúmulos de nubes.

—¿Sales? —le preguntó Pancho.

Gaeta se obligó a concentrarse en el borde metálico de la escotilla del compartimento estanco. Aferrándose a él con ambas manos, dijo en un tono cortante:

—Saliendo.

Sentada en una banqueta del laboratorio de biología, Cardenas intentaba no mirar su reloj de pulsera ni al reloj digital que había en la pared, sobre el puesto de trabajo de Negroponte. Se sabía el plan de la misión de Manny de memoria. Ya debía estar saliendo del transbordador y embutiéndose en el escudo aéreo que le protegería del calor.

—¿Están buenas las magdalenas?

Con un respingo, Cardenas centró su atención en el rostro alargado y los ojos almendrados de Negroponte. La bióloga parecía muy seria, casi preocupada.

—Las magdalenas —preguntó Negroponte de nuevo—. ¿Te gustan? La cafetería no tenía...

—Están buenas —respondió Cardenas—. Perdona, tenía la cabeza en otra parte.

Cuatro pequeñas magdalenas quedaban en el improvisado mantelito que Negroponte había extendido sobre su puesto de trabajo, junto con las migajas que las dos mujeres mascaban y un par de tazas de plástico rebosantes de café hirviendo. Era todo un desayuno de trabajo.

—Dime, ¿qué es lo que me querías enseñar? —preguntó Cardenas, limpiándose las migas que tenía en los labios y alargando un brazo para coger su café.

Negroponte se apartó el pelo de la cara con ambas manos.

—Esos bichitos que Nadia ha descubierto... —Su voz se cortó de pronto.

—¿Bichitos? —Contra su voluntad, Cardenas sonrió—. ¿Es ese el término biológico que se usa para describirlos?

Implacablemente seria, Negroponte replicó:

—No sé cómo llamarlos. Ni siquiera sé si de veras están vivos.

—Pero Nadia dijo...

—Lo sé. Yo trabajé con ella. Escribimos juntas el informe.

—Y dijisteis que los especímenes de las partículas de hielo estaban vivos. «Biológicamente activos», fue la expresión que utilizasteis, ¿verdad?

Negroponte esbozó una tenue sonrisa:

—Leíste nuestro artículo...

—Por supuesto que sí.

Negroponte presionó el monitor que había a su lado. Cardenas vio unas masas oscuras que latían lentamente.

—¿Son las muestras de los anillos? —quiso saber.

—Sí —respondió Negroponte—. El vídeo está acelerado en un factor cien con respecto al tiempo real.

Echando un vistazo a la pantalla, Cardenas dijo:

—Se mueven. Parece que interactúan con su entorno. Además, habéis medido sus reacciones metabólicas y están vivos. ¿Qué problema hay?

—¿Puede decirse que un virus vive?

Cardenas vaciló:

—No soy bióloga...

—No seas tan modesta. Sabes la respuesta tan bien como yo.

—¿Y?

—Un virus puede permanecer en estado durmiente, como una especie de espora nanométrica, durante siglos. Incluso milenios.

—Pero cuando entra en contacto con una célula viva...

—Se activa. Invade el núcleo de la célula y absorbe su maquinaria reproductora para producir copias de sí misma.

—Y llega un momento en que la célula muere —concluyó Cardenas.

—No sin que antes el virus se haya reproducido un millón de veces, si no más.

Asintiendo en dirección a la pantalla, Cardenas preguntó:

—¿Crees que los organismos de las pantallas son virus?

Negroponte sacudió la cabeza con gesto solemne:

—Deja que te haga la siguiente pregunta.

—Adelante —dijo Cardenas, intrigada.

—¿Está viva una nanomáquina?

Gaeta pensó que el escudo aéreo parecía una bañera sin demasiada profundidad. Unida al casco del transbordador como una sombrilla abierta, su escudo de cerámica exterior, al rojo blanco, brillaba tibiamente a la azafranada luz procedente de Saturno. El módulo con los aparejos para el regreso, adherido a la parte superior del casco, parecía el grueso mango de un paraguas. Su interior contenía la mochila propulsora y el combustible, e iba cubierto por un material similar resistente al calor. Se hallaba unido al borde del escudo aéreo por tres finas tornapuntas de carbono que tenían la forma de una esfera geodésica.

Dentro del traje espacial blindado, Gaeta flotó hasta el final de la cadena que lo unía al casco del transbordador, balanceándose en el vacío del espacio mientras aguardaba a que Wanamaker guardara los contenedores ya exentos de nanomáquinas descontaminadoras en el interior del compartimento estanco. El espacio no está vacío, se recordó a sí mismo. Este espacio aparentemente yerto está lleno de radiación. Se dio la vuelta haciendo girar los brazos hasta ponerse de cara a la aplastante radiación de Saturno y sus anillos. Abajo, en la región polar situada al sur del planeta, Gaeta pudo ver el tembloroso esplendor de la aurora. Radiación suficiente para freír a un tipo en cuestión de segundos, pensó Gaeta, si no va protegido.

La puerta del compartimento estanco se abrió como una pupila brillante en la sombría oscuridad del casco del transbordador. Una solitaria figura asomó al exterior, aparentemente enfundada en apenas un mono de trabajo. Gaeta no ignoraba que Wanamaker llevaba encima un traje compuesto de nanofibras, y estaba tan bien protegido como si vistiera un pesado y anticuado traje espacial de coraza resistente. Con todo, sacudió la cabeza. Ni de coña dejaré que me metan en una de esas cositas inútiles. No parece sino un chubasquero de plástico con capucha.

—¿Preparado para entrar en la bañera? —La voz de Wanamaker rio entre dientes en los auriculares de Gaeta.

Con un asentimiento que Wanamaker no podía ver, Gaeta dijo:

—Pongámonos a ello antes de que Fritz empiece a hiperventilar.

Como no podía ser menos, la irritable e impaciente voz de Von Helmholtz llegó desde el centro de control de la misión a bordo de la *Goddard*:

—Ya estáis tres minutos por debajo del horario previsto. ¡Hay que respetar el programa!

—Me estoy metiendo en el escudo aéreo —respondió Gaeta—. No te tires de los pelos.

Programa, pensó mientras ascendía los travesaños adheridos a unos de los conectores y, despacio, deslizaba una pierna por el borde del escudo aéreo. Incluso en la microgravedad de la órbita exigía un ingente esfuerzo moverse en el interior del traje. Los servomotores ayudaban en lo tocante a caminar y a efectuar los movimientos normales de las piernas; aquella maniobra era más bien como subir a la silla de un enorme caballo.

A Gaeta le ponía un poco nervioso ver a Wanamaker moviéndose a su alrededor

con algo tan insustancial como un nanotraje.

—¿Cómo te sientes en esa bolsa? —le preguntó, mientras bajaba para reposar la espalda en el cuenco del escudo aéreo.

—Bien —respondió Wanamaker—. Es mucho más fácil moverse con esto que con un traje normal. O la cascarria en la que estás metido.

—¿Cascarria? —Gaeta se enervó—. Este traje me ha visto sobrevivir a un montón de cosas chungas, compañero.

Wanamaker cerró las tenazas conectoras en los aros que había en el torso del traje de Gaeta. En el vacío espacial no había sonido alguno, pero Gaeta sintió que se cerraban convenientemente los enganches. Estaba tumbado sobre sus espaldas, contemplando el módulo de regreso que se cernía sobre él.

Fritz volvió a llamar por radio y leyó una lista de comprobación con Wanamaker, que desenganchó una cámara manual del cinturón de su traje y enfocó el cuerpo supino de Gaeta, permitiendo así que Fritz tuviera la prueba visual de que cada tenaza se había anclado en el lugar que le correspondía.

—Muy bien —dijo Fritz, con un tono un tanto remiso—. Los conectores ya están puestos.

Que Dios no permita que este «fregado» diga alguna vez que está satisfecho con algo, gruñó Gaeta para sí.

—Almirante Wanamaker —llamó Fritz—. Mis felicitaciones. Ha hecho ganar setenta segundos a nuestro horario previsto.

—Gracias —respondió Wanamaker.

Gaeta estaba demasiado asombrado como para decir nada.

Wanamaker dio unos ligeros golpecitos en el casco de Gaeta.

—Buena suerte, amigo.

Gaeta asintió de nuevo, aun cuando sabía que Wanamaker no podía verle en el interior del pesado casco del traje.

—Gracias, Jake.

Wanamaker desapareció de su vista. Todo lo que Gaeta podía ver ahora era el módulo de regreso, recubierto de cerámica, erguido ante él, como un gigantesco martinete dispuesto a aplastarlo. A lo lejos, las estrellas: los impertérritos ojos de los astros lo contemplaban. Las estrellas, pensó. ¿Cómo será volar hasta Alfa Centauro, o a una de esas estrellas que tienen planetas tan grandes como la Tierra orbitando a su alrededor? ¿Serán como otras Tierras? Sería la leche llegar ahí el primero, antes que nadie, y ver por mí mismo lo que hay allí.

Vagamente, escuchó a Fritz y Pancho hablar a través de la cuenta atrás. Fritz y su puto horario, pensó Gaeta. Tenemos suficiente tiempo de demora en el programa como para hacer cada cosa dos veces, como mínimo.

Entonces oyó a Pancho:

—A mi señal, separación en diez segundos. ¡Ahora!

Nueve, ocho..., contó Gaeta con ella.

Al llegar a cero, sintió una ligera sacudida en los dorsales. No tuvo ninguna sensación de movimiento hasta que el escudo aéreo dio un bandazo de cuarenta grados, tal y como estaba programado. Saturno pasó ante sus ojos, grande y hermoso.

Gaeta se dio cuenta de que aquella podía ser la última vez que lo veía.

28 de mayo de 2096: Entrada en Titán

Atenazado al escudo aéreo, con las manos y las botas metidas a presión en las cornamusas incrustadas en los extremos del armazón en forma de «x» sobre el que se hallaba estirado, Gaeta yacía sobre su espalda sin nada que hacer salvo pensar. En la mochila acarreaba el paranavegador que le haría descender hasta la superficie de Titán, además del sistema de suministro vital y el generador nuclear termiónico que ponía en funcionamiento su traje. La energía nuclear puede hacer que el traje funcione durante semanas, se dijo Gaeta. Pero no hay más que doce horas de aire fresco y agua, y ya casi he consumido la mitad. Los recicladores pueden alargarlo hasta un par de días más si es necesario.

Sacudió la cabeza en el interior de su traje. No voy a quedarme dentro de esta dama de hierro durante un par de días, se dijo. Lo que tengo que hacer es bajar hasta la maquinita rebelde de Urbain, meterle el paquete de nanos y largarme de ahí otra vez. Una hora en la superficie, luego de vuelta al transbordador y directos al hábitat.

Al lado de Kris.

No voy a quedarme más tiempo del necesario para hacer el trabajo y acreditarme como el primer hombre que ha llegado a Titán. Otra vez asomaré a las primeras planas. Una última proeza. La mejor y la última.

—Calor aerodinámico iniciado —anunció la plana y fría voz de Fritz—. En breve experimentarás algunas turbulencias.

—Por ahora va de lujo —respondió Gaeta.

Pudo ver que las estrellas pasaban sobre su cabeza, y uno de los lados de la mochila propulsora que había sobre él parecía más brillante. Me pondré rojo como un tomate durante el descenso, pensó.

El casco comenzó a sacudirse, y por primera vez desde que habían entrado en órbita alrededor de Titán, Gaeta tuvo una sensación de peso.

—Cero coma cinco g —dijo, tranquila, la voz de Fritz—. Cero coma siete... cero coma nueve...

La parte delantera del módulo de propulsión estaba brillando, y Gaeta vio lenguas de fuego, producidas por gases de vapor hirviente, deshilachándose sobre el borde del escudo aéreo. Va a dar muy buenos planos para la grabación, pensó Gaeta. Espero que Berkowitz lo esté cogiendo todo y retransmitiéndolo a la Tierra.

El casco empezó a mecerse como una hoja sobre un mar tempestuoso. Gaeta sintió náuseas. Dios, pensó, ¡no permitas que pote en el casco!

A su alrededor, el borde del casco resplandeció en un manto de vapor caliente. Gaeta sabía que el rollo superconductor empotrado en el borde del casco le envolvía en un campo magnético que hacía rebotar el gas ionizado; aun así, sudaba en el interior de su traje. El casco empezó a agitarse tan violentamente que a Gaeta se le

nubló la vista. El módulo de propulsión que pendía sobre él parecía estar en llamas. Apretó los ojos y aferró las manos a los engarces de la bañera, sujetándose con tanta fuerza como pudo.

—No pueden ser nanomáquinas —espetó Cardenas, mientras miraba las fotomicrografías que Negroponte había puesto en la pantalla de su mesa de trabajo.

—Pero el núcleo es cristalino —repuso la bióloga, señalando con un largo dedo manicurado—. No parece nada biológico.

—No es biología terrestre, eso seguro.

Negroponte pareció angustiada.

—Doctora Cardenas, yo...

—Kris —replicó Cardenas automáticamente.

—Bueno, pues Kris. —Negroponte se mordió los labios, y luego prosiguió—. Nadia ha vuelto a la Tierra entre felicitaciones por haber descubierto una nueva forma de organismos en los anillos de Saturno. ¡Pero quizá no se trate de organismos! Quizá son máquinas, nanomáquinas.

Pertinaz, Cardenas negó con la cabeza:

—No pueden ser nanomáquinas.

—¿Por qué no?

—Porque las nanomáquinas no existen en la naturaleza. Alguien tiene que construirlas. —Antes de que Negroponte pudiera replicar, Cardenas añadió:

—Y desde luego nosotros no fuimos. Al margen de que no se parecen en nada a ninguna nanomáquina que yo haya visto antes.

—¿Pero y si han sido construidas por alguien? ¿Alguien distinto a nosotros?

—¿Extraterrestres inteligentes? ¿Extraterrestres constructores de máquinas? —Cardenas trató de burlarse de la idea, pero solo pudo expectorar una risita.

—No es imposible —dijo Negroponte—. Esas cosas tan grandes como ballenas que hay en el océano de Júpiter podrían ser inteligentes. Y está ese artefacto en el cinturón...

—Eso no es más que un rumor.

—¿Lo es?

—¿No lo es?

Negroponte se levantó de la banqueta del laboratorio, tan rígida como si hubiera pasado mucho tiempo sentada. Haciendo un gesto a la pantalla, dijo con firmeza:

—No son organismos biológicos. Estoy convencida de ello.

—Pese al artículo que escribisteis Nadia y tú.

Asintiendo, admitió:

—Pese al artículo.

Cardenas apartó la mirada del rostro consternado de la bióloga y dedicó su atención a la pantalla que mostraba el cristalino patrón del núcleo de la criatura del anillo; luego miró otra vez a Negroponte.

—A ver, lo que tienes ahí es biología extraterrestre. No tiene por qué parecerse a la nuestra.

—Los organismos marcianos tienen en su núcleo un análogo reconocible de ADN. Así como la biota aérea de Júpiter.

—No son máquinas —insistió Cardenas—. ¿Quién las construyó? No hay criaturas inteligentes en el sistema solar capaces de un nivel tal de tecnología salvo nosotros, y desde luego no hemos sido nosotros quienes han puesto esas cosas en los anillos de Saturno.

Negroponte replicó de inmediato:

—Quizá desaparecieron quienes las construyeron.

—¿Quieres decir que se extinguieron?

La bióloga se encogió de hombros:

—O quizá se trataba de habitantes de otros sistemas solares que fecundaron nuestros mundos.

—¿Con nanomáquinas?

—Y vida.

Cardenas se repantigó en la banqueta:

—Mera especulación, Yolanda. —Aunque sintió el balbuceo del miedo recorriéndole las vértebras.

—¿OTN? —Tavalera parecía tan sorprendido como enfadado cuando se sentó al otro lado de la mesa que Holly ocupaba en la cafetería.

Holly asintió entusiasmada:

—Stavenger me dio la idea. ¡Hay trillones de ellos! Es de donde vienen los cometas.

La cafetería estaba casi vacía a media tarde, pero, aun así, había bastante ruido de cubiertos y platos, y charlas desperdigadas que obligaban a Tavalera a elevar la voz:

—Pero la órbita de Neptuno está a más de veinte unidades astronómicas de aquí —objetó—. Eso es el doble de nuestra distancia respecto al Sol, por amor de Dios.

—Lo sé —respondió Holly mientras mascaba de buena gana un mordisco de su pseudohamburguesa. Tragó el bocado y prosiguió:

—También yo pensé que era demasiada distancia. Pero eché un vistazo al programa de astronavegación.

El rostro de Tavalera se distendió.

—No me lo digas, ya lo sé: «No es la distancia per se lo que cuenta, sino el cambio de velocidad». Sabrás que estudié astronavegación...

—Entonces lo entiendes —replicó Holly—. Desde donde nos encontramos podemos enviar naves hasta el cinturón de Kuiper y atraernos enormes trozos de hielo, empujándolos hasta órbitas que los arrastren hasta aquí. O al sistema Tierra/Luna, o al cinturón de asteroides, ¡donde sea! Irán cuesta abajo, al menos gravitacionalmente, en cuanto los empujemos un poquito.

Contra su voluntad, Tavalera sonrió al ver su excitación:

—Podrías hacer que tu hermana dirigiese la operación.

—¡Es verdad! ¡A Pancho le encantaría!

Tavalera metió el tenedor en la hamburguesa y, pensativo, mascó el bocado durante unos instantes, mientras Holly decía:

—Sabía que lo entenderías, Raoul. Podríamos recoger agua sin socavar los anillos. Podríamos hacernos ricos sin miedo a ser ilegalizados por el AIA.

—¿Sabes? —comentó Tavalera a regañadientes—, ni siquiera tendrías que ir hasta el cinturón de Kuiper.

—¿Qué quieres decir?

—Hay cometas que pasan por nuestro lado todo el tiempo. Se ven alejados de las órbitas de sus propios OTN y van a parar al interior del sistema solar.

—Pero solo uno o dos por año —repuso Holly.

—Más bien diez o doce. Pero son enormes, Holly. Tienen kilómetros de ancho. Eso significa un año de agua en cada uno de ellos. O más.

—¡Podríamos capturar cometas!

Tavalera asintió.

—Te convertirías en el abastecedor de agua de Selene y el resto del mundo sin tener que tocar siquiera los anillos.

—¡Es genialmente cósmico! Espera a que le suelte esto a Eberly. —Holly saltaba sobre la silla de tal modo que la gente de las otras mesas se volvió para mirarla—. ¡No puedo esperar hasta el próximo debate!

Tavalera comprendió que acababa de rebanarse su propio cuello.

28 de mayo de 2096: Caída libre

Las sacudidas se ralentizaron y luego se detuvieron de golpe. Gaeta abrió los ojos. El baño de ardientes gases que rodeaban el escudo aéreo había disminuido considerablemente. Sintió peso, sintió el escudo meciéndose adelante y atrás mientras caía como una hoja seca a través de la espesa y turbia capa de nubes que conformaban la atmósfera de Titán.

No se veía estrella alguna. Pensó en activar el sistema de visión infrarroja, pero eso significaba liberarse de las cornamusas para poder pulsar los botones del teclado integrado a la muñeca de su traje. No tenía intención de liberar las manos de las cornamusas. Aún no, se dijo. Seguiré en esta bola hasta donde llegue. Ya tendrás tiempo de hacer el héroe más tarde.

—... pasada la oscuridad de la capa plásmica —oyó que decía la voz de Fritz, en un tono algo irritado—. ¿Puedes oírme?

—Te oigo —replicó Gaeta, a sabiendas de que su comunicación era retransmitida a uno de los minisatélites que Urbain había colocado en órbita alrededor de Titán para volver al hábitat, en la órbita de Saturno. Pasaron nada menos que doce segundos hasta que la señal terminó de hacer el recorrido completo.

—Estás atravesando la parte oscura —insistió Fritz, aunque innecesariamente. Gaeta pensó que su voz no sonaba muy aliviada.

—Sí. Estoy flotando a través de las capas bajas de la atmósfera. El cielo está completamente nublado, pero la luz que hay me permite ver bien.

Esperó doce segundos para que le llegase la respuesta de Fritz:

—En cuanto se destruya el escudo aéreo podrás activar los receptores infrarrojos.

—Sí. Vale.

Echando una mirada al horario que mostraba la parte izquierda del visor del casco, Gaeta vio que el escudo había sido programado para abrirse en otros tres minutos y medio. Doscientos diez segundos. Tiempo suficiente para hacer las tareas domésticas.

—Comprueba los sistemas internos —le ordenó Fritz.

—Recibido. Comprobando sistemas.

Con cuidado, Gaeta engarzó las tenazas que había al final de su brazo derecho en la cornamusa del bastidor en forma de «x», y embutió el brazo en la manga del traje. Luego presionó el teclado que había dentro del pecho del traje, para repasar en primer lugar los sistemas de suministro vital. Las pantallas parpadearon en el visor: suministro de aire, válvulas, calefacción, circulación de agua, todo en verde. Después procedió a comprobar los servomotores del traje, la integridad estructural del escudo exterior, los sistemas de sensores. Todo dentro de los límites nominales.

La voz de Fritz parecía casi satisfecha:

—Nuestras pantallas muestran en verde los sistemas del traje.

—Todo verde —concedió Gaeta.

De nuevo, el retardo impuesto por la distancia. Luego:

—El escudo aéreo se autodestruirá en cuarenta y tres segundos.

—Cuarenta y tres, recibido —dijo Gaeta, manteniendo la voz neutra, calmada. Ya habrá tiempo para gritar cuando esta bañera se rompa en pedazos, pensó.

Cardenas se encontraba a solas en el laboratorio nanotecnológico, sentada sobre una banqueta junto a su área de trabajo. A Tavalera no se le veía por ninguna parte. El laboratorio se hallaba vacío y silencioso.

Su mente no paraba de dar vueltas. Esas cosas que hay en los anillos de Saturno no pueden ser nanomáquinas, se repitió a sí misma por centésima vez. ¡No pueden serlo! Eso significaría que han sido fabricadas por ingenieros o científicos dotados de inteligencia. Somos la única especie inteligente en el sistema solar, y no hemos sido nosotros quienes las pusieron en los anillos. Entonces, ¿quién lo hizo?

¿Los alienígenas que construyeron el artefacto del cinturón de asteroides?, se preguntó. Pero eso no es más que un rumor infundado. En los informativos no ha habido un comentario parecido sobre el tema en años.

Sacudiendo la cabeza, levantó la vista hacia el reloj digital que había en la pared, y luego dio una orden a su computadora:

—Mostrar horario previsto para la misión a Titán, por favor.

De inmediato, la pantalla inteligente mostró un gráfico en el que aparecía un pequeño puntito rojo palpitando en su eje horizontal. Manny ya está en la atmósfera de Titán, comprendió. En medio minuto se desprenderá de su escudo calorífico.

—Llama... —Titubeó. No debería molestar a Fritz y su equipo, se dijo. Si algo va mal, si hay algún problema, él me llamará. Cuando pueda o cuando sea.

También podría llamar y saber si todo va bien, pensó. Fritz se enfadará, ¿pero qué me importa?

No debes interrumpirle en mitad de su misión, le avisó su conciencia. No le distraigas. Es el vínculo que sostiene a Manny a la vida... no hagas nada que lo ponga en peligro.

Podría ir a la sala de control de la misión, se dijo en silencio. Podría quedarme en la puerta y permanecer quietecita como un ratón. Más aún. No molestaré a Fritz ni a su gente. Ni siquiera sabrán que estoy ahí.

¿Y de qué serviría?, le preguntó su conciencia. No puedes ayudar a Manny. Si algo fuera mal, no hay una maldita cosa que puedas hacer.

Estaría ahí, vería qué sucede. No tendría por qué estar sentada aquí esperando sin más, sin saber.

No serviría de nada. Estorbarías.

Cardenas sabía que aquello era verdad. Aun así... Manny lleva consigo el paquete de nanos. Si se viese en problemas con él me encontrarían ahí, y desde el centro de

control le diría cómo manejarlo.

Su conciencia replicó: Como mucho, eso no es más que racionalizar las cosas. Pero en realidad no se trata más que de una vulgar excusa.

Con todo, se levantó de la banqueta para dirigirse a la puerta del compartimento estanco del nanolaboratorio, pensando: una vulgar excusa es mejor que ninguna excusa.

Ante la puerta vaciló. ¡Eso es!, pensó. De ese modo sabremos si son o no son máquinas.

—Teléfono —exclamó—. Localiza a la doctora Negroonte.

El gráfico del programa de la misión desapareció de la pantalla mural, para verse reemplazado por el rostro de Negroonte. La bióloga parecía sorprendida.

—¿Kris? Estaba a punto de llamarte.

—Acabo de dar con un modo de saber si esos bichos son o no nanomáquinas.

—¿Cuál?

—Viendo si se reproducen —respondió Cardenas—. Si son organismos biológicos, se fisiónarán o copularán, ¿verdad? Si son nanos, construirán nuevas copias de sí mismos utilizando los átomos presentes en el hielo.

Negroonte asintió con solemnidad:

—Será mejor que vengas otra vez, Kris. Primero vas a querer ver esto.

Mientras Tavalera acompañaba a Holly de vuelta a su apartamento, esta aún hablaba rebosante de entusiasmo.

—Hablaré con Stavenger y veré lo que piensa sobre capturar cometas. Es un tipo de lo más listo, probablemente el tío más listo de todo el movedizo sistema solar.

—Eh —protestó Tavalera—, es mi idea, ¿recuerdas?

—Sí, Raoul, lo sé. Tú también eres muy listo. Te amo por tu cerebro tanto como por tu cuerpo.

Tavalera sintió que le ardían las mejillas.

—También llamaré a mi hermana. Panch enloquecerá con esto. Siempre ha estado buscando en qué entretenerse. Pues bien, ahora podrá convertirse en una cazadora de cometas.

Habían llegado a los peldaños que daban al edificio de apartamentos de Holly.

—Tengo que regresar al nanolaboratorio —dijo Tavalera, sin ganas de separarse de ella.

—Sí. Claro —repuso Holly, ausente. Le dio un beso en la mejilla, y subió disparada las escaleras para desaparecer en el interior del edificio de apartamentos.

Sí, me ama, pensó Tavalera. Como a un cachorrito. Se marchó de allí, taciturno y sintiéndose solo.

Gaeta oía el viento a su alrededor, incluso dentro del casco herméticamente sellado de su traje espacial.

—Apertura en cinco segundos —le alertó la voz de Fritz—. Cuatro...

Aun cuando lo esperaba, el sonido de los cables explosivos hizo estremecer a Gaeta por dentro. El escudo se abrió a sus pies, lanzándole a un lado mientras se aferraba al bastidor en forma de «x» al que se asían sus botas y sus manos enguantadas. Distinguió las piezas rotas del escudo aéreo alejándose de él, ardiendo, tal y como habían sido diseñadas, convirtiéndose en brillantes bolas de fuego que rasgaban aquel aire cubierto de nubes.

—No puedo ver el suelo —dijo Gaeta, mientras giraba lentamente y su estómago daba vueltas.

—Estabiliza tu espalda —replicó Fritz, frío como el hielo.

Gaeta soltó del bastidor su mano derecha e introdujo el brazo en el interior del traje, tanteando hasta dar con los asideros de control integrados en él. Sintió, más que vio, unos diminutos propulsores, diseñados para efectuar las maniobras, lanzando pequeños fogonazos. Los giros se ralentizaron, y por fin se detuvieron. Lo que percibió después fue una sensación de caída.

—Está muy oscuro allá abajo —informó. Gaeta podía ver una expansión de tierra escarpada y abrupta kilómetros más abajo. Tenía un aspecto bronco, hostil.

—Separando módulo de escape en un minuto —dijo Fritz.

—Recibido, un minuto.

Sonaba increíblemente dramático llamarlo módulo de escape, pensó Gaeta, pero Fritz insistía en utilizar aquel término y a Berkowitz le encantaba. Cuanto más dramático, mejor, se dijo Gaeta mientras iba en caída libre, con los brazos y las piernas extendidos, hacia la oscura y fangosa superficie de Titán. Como si lo que estoy haciendo no fuera ya lo suficientemente dramático, pensó: tienen que utilizar un lenguaje colorido en aras de la audiencia. Bueno, espero que disfruten con el espectáculo. Es una verdadera pena que la realidad virtual no pueda duplicar la sensación de caída. Casi río en voz alta. Un par de millones de clientes ahogándose en sus salones, dentro de sus cascos de realidad virtual. Eso sería muy gracioso.

—Cinco segundos para la separación —exclamó Fritz.

Gaeta contó para sus adentros, al tiempo que él. Sabía que Fritz ajustaba sus palabras al lapso de comunicación que había entre ellos. En el mismo instante en que Fritz dijo «cero», los tornos explosivos que sujetaban el módulo de regreso a su bastidor en forma de «x» se soltó con un destello de luz y un penosamente insulso pop. Un enorme toldo de paranavegación se desplegó sobre el módulo y pareció soltarse de Gaeta. No ignoraba que uno de los ingenieros al mando de Fritz tenía la responsabilidad de guiar bajo control remoto el módulo a un lugar de aterrizaje lo más próximo posible a la perdida máquina de Urbain.

Por mi parte, se dijo Gaeta, todo lo que tengo que hacer es aterrizar justo encima de ese monstruito.

28 de mayo de 2096: Aterrizaje en Titán

Al entrar en el laboratorio de biología, Cardenas vio un corro de biólogos enfundados en batas blancas arremolinados en torno al puesto de trabajo de Negroponte. Sacando su ordenador manual del bolsillo de la chaqueta mientras corría hacia ellos, Cardenas echó un vistazo al horario previsto para la misión de Manny: en menos de cinco minutos aterrizaría en la superficie de Titán.

Espero que sea por una buena razón que me haya citado aquí, pensó Cardenas, en tanto llegaba hasta los hombres y mujeres que había en torno al puesto de Negroponte.

—Discúlpenme —dijo, abriéndose paso entre los primeros del grupo.

—Doctora Cardenas —saludó uno de los hombres. Reconoció en él a Da'ud Habib. Al mero sonido de su nombre, los otros se abrieron para hacerle paso.

—¡Kris! —exclamó Negroponte.

—¿Qué sucede? —preguntó Cardenas—. ¿Qué está ocurriendo?

Negroponte estaba despeinada, emocionada, y no se parecía en nada a la mujer alta, fría y reservada que Cardenas había llegado a conocer.

—Mira esto —le dijo, pasando los dedos por el teclado—. Es del microscopio de resonancia magnética. —La pantalla de su puesto se emborronó, instantes antes de fijar la imagen—. Lo hemos acelerado en un factor de veinte mil sobre el tiempo real.

Mirando la pantalla, Cardenas vio a una de las criaturas del anillo vibrando lentamente en el interior de la partícula de hielo. Luego, mientras sus ojos se agrandaban, la criatura hizo brotar una mandíbula y comenzó a arrancar trozos de polvo de los alrededores.

—Se está haciendo más grande. —Cardenas oyó su propia voz, hueca y sin aliento.

Nadie se movió. Nadie parecía siquiera respirar. Esto ya lo han visto antes, comprendió Cardenas. Yolanda se lo ha enseñado antes de que yo llegase. Pero, aun así, miraban en silencio, llenos de gélido fervor.

La cosa que había en el hielo se movía con premeditación, arrastrando hacia dentro flecos de polvo, cogiendo trocitos del propio polvo para añadirlos al objeto que estaba construyendo.

—Ingeniería molecular —susurró un hombre. Era Habib, según pudo apenas apreciar Cardenas mientras miraba la pantalla del microscopio.

—Está construyendo un sosias —exhaló Cardenas.

—Y lo está construyendo a partir de las moléculas presentes en el interior de los granos de polvo que hay en la partícula de hielo —replicó Negroponte.

—Es una nanomáquina.

El grupo de biólogos que se arremolinaban alrededor del puesto de trabajo

temblaron, como un lecho de anémonas marinas mecidas por la corriente oceánica. Todos ellos parecieron soltar aire, casi suspirando, al mismo tiempo.

—Nanomáquinas —dijo Negroponte.

—¿Cómo...?

—¿Quién las puso allí?

Habib dijo:

—Debemos informar al CIU de esto.

—Y a Nadia —concedió Negroponte—. Debe saberlo cuanto antes.

En un recoveco de su mente, a Cardenas le maravillaba lo contenidos que aquellos hombres se mostraban, lo calmados que se les veía en su afectado asombro. No había nada de la habitual excitación nerviosa. Ningún grito de que ese descubrimiento era el más grande desde... Cardenas vaciló. Es el descubrimiento más grande jamás realizado, pensó. Hemos descubierto inteligencia extraterrestre, comprendió. Una especie inteligente ha sembrado los anillos de Saturno de nanomáquinas.

¿Por qué? ¿Cuándo?

El insistente repiqueteo de un teléfono rompió aquel inquietante silencio. Volviéndose, casi airada por la interrupción, Cardenas vio que Habib sacaba su ordenador manual del bolsillo de la túnica.

—Sí, señor —murmuró con voz contenida, mirando a los ojos que se fijaban en él—. Sí, claro. Ahora mismo, señor.

Cerró el ordenador manual y volvió a embutirlo en el bolsillo.

—Urbain —dijo, excusándose—. Gaeta está a punto de aterrizar sobre *Alpha* y el doctor Urbain requiere mi presencia inmediata en el centro de control.

—¡Ya veo la máquina! —exclamó Gaeta.

El paranavegador se había desplegado a la hora prevista, una enorme ala que se combaba sobre su cabeza como un bello arcoíris. Se deslizó lentamente a través de aquella densa y sombría atmósfera, meciéndose con suavidad bajo el gracioso arco del ancho paranavegador.

—Te captamos —respondió Fritz, y luego, en un inesperado rapto de aprobación, añadió:

—Buen trabajo.

Irrumpió la voz de Urbain:

—¿Podrás aterrizar justo encima de *Alpha*? No debemos contaminar los organismos que viven en el terreno.

Gaeta contuvo una réplica airada. Se trata de su pequeñín, se dijo. Es imposible que Fritz lo quite de en medio.

—Lo intentaré —respondió.

Gracias a las instrucciones de la misión, Gaeta sabía que la máquina era tan grande como un antiguo camión remolque. No me será tan difícil aterrizar en su

techo, pensó. Pero no le prometió nada a Urbain, ni siquiera le dio una pequeña esperanza. No era tan difícil prometerlo cuando nos encontrábamos en la sala de conferencias; esto es la realidad.

Un resplandor deslumbró sus ojos, procedente de algún lugar a la izquierda del perdido *Alpha*, a unos cien metros de distancia. El módulo de regreso, pensó.

—El módulo de regreso ha aterrizado —confirmó Fritz—, a setenta y dos metros de la posición de *Alpha*.

Así que tendré que atravesar setenta y dos metros del precioso suelo de Urbain una vez haya arreglado su maquinita, pensó Gaeta. Espero que al jefe no le dé una hernia al saberlo. O quizá prefiera que me quede encima del techo de la máquina y me muera allí cuando le haya arreglado el bicho.

No hay tiempo para broncas, se dijo Gaeta. Mejor que trabaje. Comenzó a manipular el cordaje de control del paranavegador, y rieló ligeramente a la izquierda mientras se zambullía en pos del inmóvil vehículo perdido. *Alpha* tenía un aspecto espectralmente blanco allá abajo, salvo por las bandas paralelas de un brillante color rojo que recorrían sus flancos. Son los radiadores, que expulsan el calor de la fuente de energía nuclear, comprendió Gaeta. Parecen los pianos de una pista de carreras, de tan diáfanos.

Comenzaba a ganar velocidad. No había ni sombra de viento, sino una continua y mansa corriente en la que Gaeta reparó fácilmente mientras descendía hacia el techo del vehículo de Urbain. El terreno que se extendía alrededor de la máquina parecía oscuro, fangoso y un tanto amenazador.

—Di algo. —Era la voz de Berkowitz, que rogaba algún comentario colorista para estimular a la audiencia que lo seguía por realidad virtual.

Gaeta exclamó:

—Estoy un poco ocupado. Voy a intentar hacer diana, colega.

—Cincuenta metros. —Fritz le comunicó la altitud.

—Ahora viene lo chungo —dijo Gaeta. El techo de *Alpha* ocupaba ahora su visor. Abrió el seguro y se dejó caer los últimos metros como un peso muerto, mientras el paranavegador se deslizaba hacia la turbia lejanía. Con un clump que estremeció sus vísceras, Gaeta cayó sobre el techo del vehículo. La inercia le hizo postrarse de rodillas, y tuvo que poner las enguantadas manos por delante para impedir que rodase hasta el borde del techo.

Por unos instantes permaneció apoyado sobre manos y rodillas, el corazón latiéndole con fuerza y resollando poderosamente. Luego dijo:

—Estoy en tierra. Estoy en el techo de *Alpha*.

—Bien —sentenció Fritz.

Urbain se había encerrado en su oficina para seguir junto al grupo de controladores la misión de Gaeta a través de la conexión por circuito cerrado. Von Helmholtz le había ofrecido un equipo de realidad virtual, pero Urbain lo había

rechazado. Estoy aquí para rescatar a *Alpha*, se dijo, no para permitirme ese entretenimiento gregario.

Los controladores del *Alpha* se encontraban al otro lado del pasillo, atendiendo a sus consolas, como bien sabía Urbain, y, al mismo tiempo, estaban conectados por medios electrónicos a su portátil. Urbain le había ordenado a Habib y al resto de su equipo informático que permaneciesen en el centro de control. Todo está listo y preparado, se dijo Urbain. Todo el mundo está en su puesto.

No se había dado cuenta de lo nervioso que estaba hasta que Gaeta anunció: «Estoy en tierra. Estoy en el techo de *Alpha*». En aquel instante, Urbain sintió que todo en su interior se fundía como un merengue. Se dejó caer en la silla que tenía ante la mesa, tan débil que apenas podía levantar las manos, apenas era capaz de respirar. ¿Es que me va a dar un ataque?, se preguntó. ¿Un infarto? Sentía el rostro inflamado de sangre, sudaba profusamente, y aun así sentía frío y casi estertores.

Por unos instantes permaneció allí, incapaz de moverse. Luego, con un profundo y tembloroso suspiro, se irguió en la silla.

Está allí, con *Alpha*, se dijo Urbain. Ahora es cuando empieza el verdadero trabajo.

Gaeta repasó las prioridades de su misión, listadas en la pantalla que se abría en uno de los lados del visor. Comprobar la antena de enlace exterior. Establecer contacto con el programa informático principal. Hacer uso del paquete de nanomáquinas para construir una nueva antena de enlace exterior.

Mentalmente, Gaeta añadió una última prioridad. Largarte de aquí tan pronto te sea posible.

Poniéndose en pie con el ronroneo y el zumbido de los servomotores que movían sus brazos y piernas, Gaeta, lentamente, se dio la vuelta para inspeccionar la escena.

—Estoy en la superficie de Titán —informó para provecho de los espectadores de pago—. Sobre el techo del vehículo de tierra *Titán Alpha*. Sin embargo, esta vez no se trata de una proeza turística. Estoy aquí para reparar *Alpha* y hacer que funcione de nuevo.

Tecleando en los botones del interior de su traje, Gaeta lanzó el esbozo de la antena de enlace. Se hallaba integrada a la sección anterior del techo, a unos seis pasos de donde se encontraba. Volvió a introducir el brazo en la manga del traje y, con todo cuidado, se aproximó a las líneas que demarcaban la posición de la antena.

La voz de Berkowitz le llegó a través de los auriculares:

—Oímos un extraño susurro, como una especie de gemido. ¿Puedes decirnos de qué se trata?

Reprimiendo la irritación que le suponía verse interrumpido, Gaeta dijo, cortante:

—Es el viento. Lo que están oyendo es el viento de Titán. Es lento pero constante, como las corrientes marinas de la Tierra.

Y ahora dejadme trabajar en paz, añadió en silencio.

Era difícil bajar la vista hacia sus botas desde el interior del macizo traje, de modo que Gaeta se detuvo a un metro del borde frontal del techo y barrió con una mirada el delicado diseño de la antena, fino como un cabello. Las cámaras integradas al casco respondían fielmente a cada movimiento de sus ojos, lo cual le permitió saber que Urbain y su plantilla —y los espectadores de pago conectados a él a través de la realidad virtual— veían ahora lo mismo que él veía.

La audiencia no presenciará esto hasta dentro de un par de horas, pensó. Se tarda más de una hora en enviar la señal a la Tierra, y en sortear la vigilancia de los censores que retrasan la emisión por si acaso aparece algo que pueda dejar de piedra a esos fanáticos de mierda.

—No veo ningún daño en la antena —informó Gaeta.

Por unos momentos no escuchó otra cosa en sus auriculares salvo el siseo de la estática que procedía de las estrellas. Fritz levantó la voz:

—La gente de Urbain está analizando las imágenes.

—Para mí está bien —repitió Gaeta. Elevó los aumentos de sus sensores ópticos. No había nada roto en la antena, ni una sola señal de daños en parte alguna.

—Que ellos decidan —concluyó Fritz.

Gaeta se irguió y, lentamente, se volvió trazando un círculo completo, mirando alrededor para que la audiencia pudiera ver la superficie de Titán.

—Esto es Titán —anunció para que le escuchase su audiencia—. Es como un día nublado en L. A. Pero no hay edificios, ni luces, ni tráfico o ruido alguno. Se escucha la brisa, pero aquí no se mueve otra cosa. —Señalando con el brazo completamente estirado, prosiguió:

—El suelo tiene un aspecto un tanto pegajoso. La mayor parte es insulso, de color oscuro, y tiene suaves ondulaciones. Me recuerda a los bancos de nieve que quedan después de una ventisca. Pero esta «nieve» es negra, insípida: parece absorber la luz, en lugar de reflejarla.

Miró a lo lejos, en dirección al horizonte.

—No hay una sola estrella en el cielo, ni siquiera se divisa brillo alguno que delate la posición del Sol. Un momento. Hay un manchurrón allá arriba. Quizá sea Saturno. Está demasiado nublado como para ver algo con claridad.

No creo que los que pagan vayan a tener buenas vistas, pensó Gaeta.

La voz de Fritz lo arrancó de su ensimismamiento:

—Urbain quiere hablarte.

—Vale. Pásamelo.

Tras varios segundos de vacilación, llegó la tensa y áspera voz de Urbain:

—Señor Gaeta, su equipo incluye una sonda de diagnósticos para la antena de enlace exterior.

—De acuerdo —replicó—. Lo tengo aquí, en mi cinturón. —Con una mano enguantada, dio una palmadita al zurrón que llevaba acoplado a su cintura.

—Por favor, conecte la sonda al receptáculo de mantenimiento de la antena.

—Vale.

No era fácil dar con la sonda de diagnósticos, fina como un lápiz, en el interior del zurrón teniendo la mano enguantada. A Gaeta casi se le cayó aquel esbelto cilindro. Luego tuvo que agacharse en el traje, cosa nada sencilla, para meter la sonda en la ranura de pruebas de la antena.

—Hecho —dijo por fin, apartándose el sudor de los ojos a fuerza de pestañeos.

—Bien. Por favor, active la sonda.

—Activando.

Urbain se encorvó hacia delante en la silla, observando a través de la pantalla de su portátil cómo Gaeta conectaba la sonda al circuito de pruebas de la antena.

El gráfico del circuito de la antena destelló al aparecer en la pantalla. Urbain comprobó que no había nada roto. La corriente pasa por el circuito según lo previsto. La antena funciona. No hay ningún defecto.

Lamiéndose los labios con nerviosismo, Urbain ordenó:

—Enviar datos almacenados. —Lo dijo con tanta claridad como pudo. Su orden fue lanzada a la velocidad de la luz hasta el centro de control, y luego a los satélites de comunicaciones que orbitaban alrededor de Titán hasta que, por fin, desembocó en el ordenador central de *Alpha*.

Pasaron prácticamente doce segundos, tan lentos como caerían las gotas de sangre de una herida abierta.

ORDEN DE ENVÍO ABORTADA.

Las palabras ardieron en la pantalla de Urbain como un marchamo de hierro lo hubiera hecho al marcarse en su carne.

Con un ligero temblor en la voz, Urbain repitió:

—Enviar datos almacenados.

ORDEN DE ENVÍO ABORTADA.

Urbain descargó un puñetazo sobre la mesa con tanta fuerza que el dolor le subió por el brazo.

Vio que la luz amarilla del mensaje comenzaba a parpadear en la esquina inferior de la pantalla. La barra de datos que atravesaba de lado a lado la parte inferior de la pantalla avisaba de que Habib le estaba llamando desde el centro de control:

—Responder —apenas murmuró Urbain, frotándose el dolorido brazo.

—Doctor Urbain —replicó el rostro de Habib, que con su cuidada barbita llenaba la pantalla, borrando aquellas condenadas palabras—, debemos enlazar con el programa principal. Solo el programa principal permite la posibilidad de abortar órdenes.

Urbain cerró los ojos un momento. Luego, con tanta calma como pudo reunir, replicó:

—Muy bien. Dile a Gaeta que enlace con el programa principal.

28 de mayo de 2096:

Interfaz

Timoshenko sufría un portentoso dolor de cabeza cuando avanzaba con paso resuelto por el pasillo que desembocaba en el compartimento estanco. Solo en su destartalado apartamento, había bebido hasta caer redondo la noche anterior, trasegando el vodka que se destilaba en una de las granjas y se vendía de forma clandestina por todo el hábitat. Una botella no había sido suficiente para amortiguar el dolor que, como lava ardiente, refluía en su interior, de modo que pasó a ingerir la segunda. Mientras forcejeaba con el tapón de plástico, advirtió que no había más botellas en el armario de la cocina. Había comprado seis, según recordaba con diáfana claridad. Bueno, se dijo, tendré que encontrar al tipo que las vende y comprarle unas cuantas más.

O quizá no. Quizá, pensó, ya he bebido suficiente para el resto de mi vida.

—¿Enlazar con el programa principal? —preguntó Gaeta.

No reconocía la voz de Habib, pero quienquiera que fuese el que se estaba dirigiendo a él, el tipo parecía saber muy bien de lo que estaba hablando.

—Le habrán explicado cómo conectar con el ordenador central —respondió Habib, casi en un tono interrogante.

—Sí, así es —replicó Gaeta—. ¿Pero qué hay de la antena de envío de datos? ¿Quiere que descargue los nanos y construya una nueva?

Aquel vacilante lapso de doce segundos le puso a Gaeta los nervios de punta. Haces una pregunta y te quedas esperando. Me podría aplastar un asteroide antes de que me llegue la maldita respuesta.

—No, ahora mismo no. Guarda los nanos. Antes debemos conectar con el programa principal.

—Vale, amigo, voy a desplazarme hasta el puerto del ordenador central.

Gaeta extrajo la sonda de diagnósticos del circuito de la antena de envío de datos y volvió a embutirlo en el bolso que llevaba prendido a la cintura. En lugar de ponerse en pie, vio que era más sencillo arrastrarse sobre rodillas y manos desde el borde delantero del techo del *Alpha* hasta el centro de este. En el techo encontró un panel integrado que se abría para dar acceso a los diversos puertos del ordenador. Sentado en una postura incómoda, con el cuerpo extendido, Gaeta se inclinó hacia delante para abrir el panel y, sopesando la información que parpadeaba en su visor, localizó el puerto de acceso al ordenador principal y empalmó la red de comunicación al bolso que llevaba en la cintura del traje. Notó cómo el extremo de la conexión se enganchaba al puerto de acceso.

Antes de que pudiera pronunciar una sílaba, un estridente zumbido electrónico resonó en su casco, tan alto y agudo que tuvo que echarse las manos a los lados del

casco, doblado de dolor. Bajó el volumen de los auriculares, buscando el control de sonido en el interior del traje, pero aun así el grito atravesó su cráneo de parte a parte como lo hubiera hecho el torno de un cirujano. Con los dientes apretados, cerró los labios para no soltar el grito agónico que su cuerpo quería dejar escapar.

Tras unos momentos que se le antojaron tan largos como horas, el ruido amainó. Gaeta sudaba, resollaba. Le llevó más tiempo poder recuperarse para, jadeante, decir:

—¿Era... era eso lo que buscabais?

Mentalmente, contó los segundos hasta que Habib replicó, lleno de emoción:

—¡Sí, sí, exactamente eso! Ha accedido al programa principal.

Genial, pensó. Y casi me ha volado la cabeza. En voz alta, preguntó:

—Bien, ¿y ahora qué?

De nuevo esperó, en tanto el zumbido que sentía en los oídos menguaba poco a poco.

—Debemos analizar la respuesta del programa. Es la primera vez que el ordenador responde a una orden en más de tres meses.

Vaya suerte la mía, se dijo Gaeta. Entrecerrando los ojos y mirando a lo lejos desde el borde del vehículo, Gaeta constató que la masa de nubes que cubría el cielo era casi de un color chocolate: estaba teñido de un color turbio, triste, deprimente. Las nubes se espesaban sobre su cabeza como vientres de elefantes henchidos. Muy a lo lejos, una capa de negrura se extendía sobre la tierra.

—¿Cuánto va a durar esto? —preguntó.

Habib respondió por fin:

—Unas horas más, como poco. Quizá unos días.

—¿Días? —gimió Gaeta—. Pero si no tengo más que una hora. Menos. Cincuenta y un minutos.

Berkowitz se encontraba en los estudios centrales del edificio de comunicaciones monitorizando las transmisiones de audio y vídeo que Gaeta remitía desde la superficie de Titán. La pantalla inteligente mostraba lo que se veía desde las cámaras que este llevaba en el casco: una mujer del equipo de científicos planetarios de Urbain comentaba en directo lo que Gaeta experimentaba. No tenía nada que hacer hasta que *Alpha* no enviase los datos que almacenaba en sus sensores, de modo que no se lo pensó dos veces y se convirtió, como Berkowitz había expuesto con un énfasis dramático, en «la voz del control de la misión».

Sentada ante las cámaras, en un pequeño despacho que había frente a una falsa biblioteca, la mujer explicaba:

—El suelo está helado, o eso parece por su aspecto, y se encuentra cubierto por una oscura y fangosa nieve de metano. Las redondeadas rocas están hechas de agua helada, no de piedra. Esos cascotes que asoman por el suelo también podrían ser agua helada. El clima es el que se espera de Titán: ciento noventa y dos grados bajo cero y una nubosidad espesa; se aproxima una tormenta de nieve de tholin negro, cuya

materia es carbónica.

¿Una tormenta de nieve? Las orejas de Berkowitz se abrieron de par en par. ¿Será peligroso? Se dirigió al teclado que había en su mesa y escribió: «¿PELIGRO DE NIEVE?». Las palabras surgieron de inmediato en la pantalla plana integrada en lo alto de la curvada mesa de la comentarista.

Esta desvió la mirada hacia Berkowitz, insinuando una forzada sonrisa, y volvió a mirar a la cámara.

—Las tormentas de tholin son un lugar común en Titán. Los copos son negros y reducen drásticamente la visibilidad. Los tholin son partículas basadas en el carbono, y tienen aspecto de plástico prefabricado...

Berkowitz dejó de escuchar. Las cifras de audiencia más recientes pasaban por la barra de datos de la pantalla mural. Sonrió de oreja a oreja. Entre las audiencias de la Tierra y la Luna, pensó, ya hemos llegado a los mil millones. A hacer caja.

Y, se dijo, si Gaeta se mete en algún problema de los serios, las audiencias subirán como la espuma.

Habib percibió la consternada sorpresa en la voz de Gaeta.

—¿Días? Pero si no tengo más que una hora. Menos. Cincuenta y un minutos.

—Lo sé —respondió—. Lo entiendo. —Habib tenía los ojos clavados en los alfanuméricos que recorrían la pantalla de la consola. No había ningún problema en las comunicaciones del programa principal, pero no se trataba de información relevante, no eran los datos que había en sus sensores y que Urbain aguardaba con desesperación.

Habib no dudaba que la respuesta estaba en alguna parte, oculta tras aquellos símbolos. ¡Tiene que ser así! ¿Pero dónde? Llevará días repasarlos por completo y empezar a saber dónde reside el problema.

—¡Eh! —saltó Gaeta, impaciente—. No me quedan más que cincuenta minutos para que el traje se me empiece a secar. Cuando eso suceda, me tendré que ir.

—Por favor, tenga paciencia —replicó Habib, con visible irritación—. Empezaremos a analizar la respuesta del programa cuanto antes.

Echó una mirada a las otras consolas. Su trío de analistas informáticos ya se había echado sobre ellas, rastreando impacientemente la respuesta de *Alpha*. Los técnicos de la misión de control de Gaeta se arremolinaban alrededor de una sola consola situada en la esquina del centro de control. Qué raro que Urbain no esté aquí, pensó Habib. Será que está haciendo el seguimiento desde su oficina.

—Y una mierda paciencia —gruñó Gaeta—. Voy a morir aquí.

—No, no, claro que no —repuso Habib mecánicamente. Pero pensaba: ¿habrá alguna manera de que podamos agilizar el análisis? ¿Habrá algún modo de entrar a saco en las causas que hacen que el programa principal haya cerrado el sensor de envío de datos?—. Debemos aclarar por qué se abortó el envío de información —dijo, tratando de explicar el problema—. Todos los sistemas de *Alpha* parecen funcionar según han sido diseñados, y ahora sabemos que la antena de envío de datos

no se ha visto físicamente dañada. El problema está en el programa principal del ordenador central, de eso sí estoy seguro.

Busca las anomalías, se dijo Habib, incluso mientras hablaba con Gaeta. Echó una mirada a las otras consolas; todas las pantallas rebosaban de los datos que surtía el ordenador central. El centro de control hervía de energía nerviosa. Los ingenieros tenían un trabajo que hacer, una labor que cumplir, y todos ellos se inclinaban sobre sus pantallas, buscando respuestas. Habib sabía que en alguna parte del programa principal había una contradicción, un error de programación. Debemos encontrarlo, se dijo.

Con paso resuelto, el hombre enjuto y descarnado que era el jefe del equipo técnico de Gaeta se dirigía hacia él. Von Helmholtz parecía lleno de determinación, pero se mostraba igualmente serio, como un inflexible director de escuela o el riguroso líder de un comando de elite.

La voz de Gaeta surgió por el altavoz de la consola:

—Entonces, ¿por qué no le preguntas al puñetero ordenador por qué todo está tan jodido?

Habib sintió que sus cejas se alzaban de sorpresa:

—¿Qué? ¿Qué es lo que has dicho?

Antes de que Gaeta tuviera oportunidad de oír la pregunta y la respuesta, Von Helmholtz se inclinó sobre el hombro de Habib y dijo con tirantez:

—Solo le quedan cuarenta y siete minutos de permanencia en el satélite. Después de eso hemos de sacarlo de allí y llevarlo de vuelta al transbordador.

Habib asintió:

—Comprendo.

Gaeta repitió:

—He dicho, ¿por qué no le preguntas al ordenador cuál es el motivo de que haya cerrado el envío de datos? —Parecía irritado. Fritz miró la minúscula rejilla del altavoz. Gaeta prosiguió:

—Quiero decir, el ordenador tiene un sistema de reconocimiento de voz, ¿no es así?

Habib miró a Von Helmholtz, quien, sorprendentemente, esbozó una rígida sonrisa:

—No es ningún tonto —susurró Fritz.

Habib señaló una silla libre que había junto a su consola. Fritz la arrastró hacia él y se sentó a su lado.

—Podríamos preguntarle al ordenador central —le dijo a Gaeta—, pero las preguntas tendría que efectuarlas usted mismo. Al fin y al cabo, es quien está conectado al programa; nuestra conexión no es directa, sino que pasa por usted.

—¿Es eso lo mejor que se le ocurre? —le preguntó Von Helmholtz.

Encogiéndose de hombros, Habib replicó:

—Esperábamos que, una vez hubiéramos restablecido el contacto con el

ordenador central, se nos permitiría analizar sus respuestas.

—Y que Manuel dejaría el enlace de comunicaciones conectado al puerto correspondiente tras marcharse, ¿no es así?

—Sí, pero si pudiéramos preguntar directamente al programa principal, hay una subrutina para recibir sus respuestas. Tendríamos la posibilidad de introducirnos en el corazón del problema antes de que Gaeta tuviera que irse.

La voz de Gaeta volvió a resonar:

—Vale, díganme que debo preguntarle al ordenador. Seré su dueña.

—¿Dueña? —preguntó Habib, sorprendido.

—«Intermediario» —dijo Von Helmholtz—. Es el traductor. La manera en que ha usado el término es bastante laxa.

Asintiendo, y volcándose sobre el micrófono de la consola, Habib dijo:

—Bien. Le enviaremos las preguntas que debemos efectuar al ordenador.

—Esto no va a ser fácil —repuso Von Helmholtz—. Y tenemos menos de cuarenta y seis minutos para llevarlo a cabo.

Pero Habib se sentía optimista. Podemos acceder a la rutina de autodiagnóstico del programa principal, pensó. Quizá podamos solucionar el problema en menos de cuarenta y seis minutos.

Timoshenko, mientras tanto, se enfundaba su traje protector. Había pensado enviarle un último mensaje a Katrina, algo como aquel poema de Cyrano de Bergerac: «Adiós, Roxanne, pues hoy moriré». Pero se lo pensó mejor. Demasiado melodramático. ¿Por qué hacerle cargar con ese peso? Ni siquiera le dirán que estoy muerto.

Entonces se dio cuenta de una cosa: por supuesto que lo sabrá. Cuando las noticias de que el hábitat entero ha caído lleguen a la Tierra, sabrá que estoy muerto.

Quizá Katrina llore por mí, pensó. Eso es lo máximo a lo que puedo aspirar por ahora.

28 de mayo de 2096:

Contacto

Sentado con las piernas abiertas sobre el techo de *Alpha*, Gaeta contaba los segundos que quedaban para recibir la respuesta de Habib. A lo lejos vio que se aproximaba la negra tormenta de nieve, un oscuro muro de tinta. Metió ambas manos en la cavidad que había en el pecho del traje y solicitó los diagnósticos de suministro vital. Vio que todo iba bien. Sin fallos. Me quedan más de seis horas de aire y agua, contando lo que se recicle.

La luz amarilla de la frecuencia alternativa de su sistema de comunicaciones comenzó a parpadear, solicitando su atención. Gaeta dijo:

—El que faltaba.

La voz de Berkowitz surgió por los auriculares:

—¿Podría darnos una impresión de primera mano de Titán?

Gaeta casi pudo escuchar la perpetua sonrisa de aquel hombre en su tono de voz.

Qué coño, pensó. No tengo nada mejor que hacer hasta que los genios del centro de control empiecen a enviarme las preguntas que quieran formular.

—Vale —replicó, mirando nuevamente hacia el horizonte—. La primera impresión que uno recibe en la superficie de Titán es de angustia y oscuridad. El lugar parece un día de invierno en la nortea Manitoba. Solo que más frío, mucho más frío. Las nubes cubren el cielo. No hay indicios del Sol, y ni siquiera los hay de Saturno. Lo cual es una lástima, porque, desde aquí, el planeta y sus anillos resultarían una vista de lo más espectacular.

—¿Hay alguna señal de vida? —preguntó Berkowitz, y Gaeta comprendió que el tipo debía haber formulado su pregunta incluso antes de que él mismo comenzara a hablar.

—Las formas de vida que hay son microscópicas, como bacterias o amebas. Viven en la tierra, a temperaturas cercanas a los doscientos grados bajo cero. Justo encima de la parte frontal del vehículo, el terreno parece estar cubierto por una pasta negra. Es como asfalto o petróleo que se hubiera espesado a causa del frío. Parece extenderse por todas partes, más allá del horizonte.

La voz de Habib irrumpió por el primer canal:

—Le hemos confeccionado una lista de preguntas. Con el retraso en las comunicaciones, hemos decidido enviarle unas cuantas cuestiones en lugar de enviarle una cada vez. Se las remito por el enlace de datos. Las preguntas han sido ordenadas siguiendo una secuencia lógica. Son un tanto toscas, pero estamos trabajando para refinarlas.

—Vale —respondió Gaeta, mirando el panel de comunicaciones integrado al cajetín situado en la pechera del traje. La luz amarilla que reflejaba LA RECEPCIÓN de datos parpadeaba frenéticamente. Gaeta introdujo a mano la frecuencia de

Berkowitz. No hay tiempo para hacer de guía turístico, se dijo. Tengo un trabajo pendiente.

Urbain se hundía quedamente ante su mesa: un brazo le palpitaba y tenía el rostro cubierto de sudor. Debo volver al centro de control, se dijo. Soy su líder, debería estar al mando.

Pero no tenía fuerzas para arrancarse de su silla rodante. Habib está dirigiendo la misión; estos son sus dominios, pensó Urbain. Que se las arregle solo. Puedo seguir lo que se haga en el centro de control desde aquí. No es necesario que me persone. No es necesario que les haga ver lo mucho que esto significa para mí, el dolor que todo esto me está causando.

Esto es toda mi vida, reflexionó. Si no pueden hacer que *Alpha* entre nuevamente en conexión, mi carrera, mi vida entera, habrán terminado.

Se lamió los resecos labios y deseó que aquello, al menos, no doliese demasiado.

Desde el apretado puente del transbordador, Pancho escuchaba la charla entre Gaeta y Habib.

—Van a tratar de comunicarse con el ordenador principal del vehículo —le dijo a Wanamaker, que, a su lado, se encorvaba ligeramente sobre ella; sus brazos flotaban ingravidos en la postura semifetal típica de la gravedad cero. Pancho se dio cuenta de que también ella era una imitación bastante aproximada de una mujer-simio.

—Está entrando una llamada —repuso Wanamaker, señalando hacia el panel de comunicaciones.

Pancho aceptó la señal entrante. El rostro de Holly llenó la pequeña pantalla del panel. Parecía impaciente, emocionada.

—Panch —dijo Holly, sin rodeos—, ¿te gustaría salir a cazar cometas?

Antes de que Pancho pudiera responder, Holly prosiguió:

—¡No es necesario explotar los yacimientos de los anillos! ¡Podemos extraer el agua de los cometas y venderla! He estado discutiendo el tema con Doug Stavenger, de Selene, y él piensa que es una buena idea. Tú podrías iniciar la operación, la que nos permitiría vender agua por todo el sistema, desde Mercurio a Saturno, ¡por todas partes!

—Espera, espera —respondió Pancho—. Ve más despacio y dime de qué va todo esto.

Pero Holly siguió parloteando sin parar:

—Pancho, no has dejado de preguntarte a qué te ibas a dedicar. ¡Pues aquí lo tienes! Sal ahí fuera y encuentra esos cometas, quizá incluso más allá de Neptuno. Altera sus órbitas para que caigan en el cinturón o en las regiones de la Tierra/Luna, allí donde se necesiten. Explótalos para extraerles el agua. ¡Funcionará! ¡Te harás rica y yo ganaré a Eberly gracias a esto!

Pancho desvió la mirada hacia Wanamaker, que elaboró un pesaroso

encogimiento de hombros.

—Con esta misión ya estoy hasta arriba de trabajo, Holly —respondió a la imagen que asomaba a la pantalla—. ¿Puede esto esperar hasta que esté de vuelta?

Holly siguió con su discurso.

Wanamaker rio entre dientes:

—No te oiré hasta que pasen unos seis segundos, e incluso entonces dudo que te vaya a prestar atención.

—Maldita sea —murmuró Pancho—. Está tan suelta como un cohete sin rumbo.

—La verdad es que el tema le ha puesto a cien —repuso Wanamaker.

—¿Desde cuándo hablas como un vaquero, Jake?

Echando una mirada a la pantalla de comunicaciones, Wanamaker dijo:

—Me recuerda a alguien.

—¿Ah, sí? ¿A quién?

—A ti —respondió.

Tuvo que hurgar un rato, pero por fin Gaeta alcanzó a ver la lista de preguntas remitida por Habib destellando en el lado izquierdo de su visor. Sintióse un tanto estúpido por tener que hablar con un ordenador, tomó aire, y luego se aseguró de que su línea de comunicación estaba conectada al receptáculo de comunicaciones del ordenador. Los controladores del hábitat me oirán cuando me dirija al ordenador, razonó. Podrían escucharme a hurtadillas. Pero apagó la señal de entrada de audio del canal que le conectaba con el centro de control. Pues que me escuchen, se dijo Gaeta, lo que no voy a hacer es dejar que me martilleen las orejas mientras le hablo a la máquina.

En cuanto se conectó correctamente al ordenador central, Gaeta preguntó:

—¿Funciona la entrada de envío de datos?

La voz sintetizada y sin matices del ordenador respondió:

ANTENA DE ENVÍO DE DATOS DESACTIVADA.

—¿Desactivada? —barbotó Gaeta—. ¿Por qué?

El ordenador no emitió ninguna respuesta.

Gaeta sofocó un gruñido y echó un vistazo a la lista de preguntas remitida por Habib. Su distribución era la de un árbol de prioridades: si el ordenador dice esto la siguiente respuesta será esta otra. Pero no había pregunta alguna acerca de por qué la antena de envío de datos había sido desactivada.

—¿Había alguna orden que obligara a desactivar la antena de envío de datos? —preguntó.

NO.

Iba a interrogarle de nuevo por qué, pero supuso que el ordenador tampoco respondería a esa cuestión. En lugar de eso, Gaeta meditó durante unos instantes, tratando de concebir alguna pregunta que el puñetero ordenador quisiera responder.

—¿Por qué razón se desactivó la antena de envío de datos?

CONFLICTO DE ÓRDENES.

Ah, pensó Gaeta, empezamos a entendernos. Por el rabillo del ojo vio la luz amarilla de comunicaciones parpadeando otra vez. Los muchachos del centro de comunicaciones quieren meterse en la charla. Los ignoró.

—Mostrar órdenes conflictivas —le dijo al ordenador.

Esperó, mas el ordenador se mantuvo en silencio.

La mayoría de los controladores habían abandonado sus consolas para reunirse en torno a Habib. Mientras escuchaba los intentos de Gaeta por comunicarse con el ordenador central, el propio Habib sentía el calor de los cuerpos que se arremolinaban a su alrededor.

—Ha cortado la comunicación con nosotros —dijo uno de los controladores.

—Ya lo he visto —murmuró Habib.

—Pero entonces no oírás las instrucciones que le enviemos.

Apretando los dientes, Habib replicó.

—Tendremos que esperar hasta que se sienta con ganas de escucharnos otra vez.

—Mostrar órdenes conflictivas. —La voz de Gaeta surgió por el altavoz de la consola.

Habib agitó la cabeza.

—Eso es demasiado genérico —repuso, más para sí mismo que para los demás—. El programa no comprende esa clase de entradas.

Por supuesto, nada salvo una pertinaz electricidad estática siseó por la rejilla del altavoz.

Habib se inclinó sobre el interruptor de comunicaciones:

—Hábleme, Gaeta —le urgió—. ¡Abra ese canal de comunicaciones y hábleme, maldita sea!

Nadie habló, nadie emitió un susurro, o eso le pareció a Habib. El altavoz siguió en silencio, salvo por el débil crujido de las interferencias que se escuchaban al fondo, procedentes de las frías y distantes estrellas.

Timoshenko tecleó el código de acceso en el panel de seguridad integrado al mamparo que había junto a la escotilla del compartimento estanco. Sabía que aquello enviaría una señal de alarma al supervisor de seguridad; la idea era que nadie abandonara el lugar por sí solo. Cualquier excursión al exterior debía ser aprobada de antemano por el departamento de Seguridad.

Emitió un gruñido cuando la escotilla interior del compartimento estanco se abrió de par en par. Los reglamentos de seguridad son tan buenos como la gente que los usa, pensó. Conozco todas las reglas y todos los códigos. Y sé cómo sortearlos.

Tocó el control remoto que llevaba adherido al cinturón de su traje espacial. También conozco los comandos de ejecución para el sistema de protección contra radiaciones. Puedo apagar el sistema con solo presionar un botón.

La escotilla interior se cerró herméticamente por sí sola. Timoshenko permaneció dentro del compartimento estanco y aguardó la descompresión, para así poder abrir la escotilla exterior y saltar al vacío.

28 de mayo de 2096:

Diálogo

Gaeta abrió el canal de comunicación con el centro de control:

—¿Habéis oído lo que está diciendo? —preguntó, irritado por la tozudez del ordenador, por su incapacidad para hacer que aquel maldito cubo de chips le respondiera, por el hecho de que estuviera sentado en el techo de un vehículo muerto en mitad de ninguna parte mientras se avecinaba una tormenta, cuando los demás se hallaban sanos y salvos ante sus mesas.

Y encima aquel insoportable retraso entre sus preguntas y las respuestas.

Por fin, la voz de Habib dijo:

—Su última pregunta ha sido demasiado genérica para que la entienda el programa principal. Vamos a proceder a enviarle una lista de preguntas más específicas.

—Vale —respondió Gaeta, asintiendo en el interior de su casco. La tormenta de nieve negra se divisaba mucho más claramente y ya se estaba acercando. Gaeta vio que se movía más rápido que las nubes más altas.

Se dio cuenta de que empezaba a hacer frío. No puede ser, se dijo. El sistema calorífico del traje podría achicharrar a un rinoceronte. Estás dejando que te dominen los nervios. Y aun así, sentado en el techo de *Alpha* sin nada mejor que hacer salvo mirar el gélido escenario que le rodeaba, Gaeta sentía un frío que le calaba los huesos.

Por fin, un nuevo listado de preguntas parpadeó en la pantalla del casco. Gaeta lo recorrió con los párpados entrecerrados. Esto es como hablar con un niño de dos años, rumió. Luego vio que, al final de la lista, habían escrito en negrita: «¡IMPORTANTE! NO CORTE LA COMUNICACIÓN CON EL CENTRO DE CONTROL. ¡IMPORTANTE!».

—He recibido las preguntas —sentenció—. Y si queréis que mantenga abierto el enlace de comunicaciones, ni se os ocurra llenarme la cabeza con vuestra cháchara. ¿Vale?

No sirve de nada que espere sus respuestas, pensó Gaeta. Hay mejores cosas que hacer para aprovechar esos doce segundos.

—Ordenador, muestra las órdenes enviadas a la antena de envío de datos.

FECHA, 25 DE DICIEMBRE 095057 HORAS: ACTIVAR ANTENA DE ENVÍO DE DATOS.

FECHA, 25 DE DICIEMBRE 095109 HORAS: ABORTAR ENVÍO DE DATOS.

FECHA, 29 DE DICIEMBRE 142819 HORAS: DESACTIVAR TELEMETRÍA ENVÍO DE DATOS.

Gaeta escuchó unos murmullos y la respiración de la gente en el centro de control. Pero todo volvió a un sepulcral silencio cuando Gaeta leyó la nueva lista de

preguntas:

—Mostrar orden de desactivar la antena de envío de datos —recitó en voz alta.

No hubo respuesta del ordenador. Gaeta la emprendió con la siguiente pregunta:

—Mostrar árbol de decisiones para la desactivación de la antena.

Un repiqueteo de ruido electrónico estalló en los altavoces del casco de Gaeta.

—¡Espera! ¡Parad! —aulló.

El ruido se detuvo, tal y como se hubiera apagado una luz por medio de un interruptor.

Habib apretaba el pulgar sobre la tecla que apagaba el enlace de mensajes salientes. Los ingenieros que se arremolinaban en torno a él hablaban al mismo tiempo: sus sugerencias e ideas se confundían en un parloteo incomprensible.

—¡Silencio! —gritó Habib—. Volverá a cortar la comunicación si no nos llamamos de una vez.

Tranquilo, Von Helmholtz añadió:

—Ya le resulta bastante difícil hacer lo que está haciendo ahí abajo sin tener nuestras voces metidas en las orejas. Sugiero que sea el señor Habib quien se comunique en todo momento con Gaeta.

Uno de los ingenieros informáticos dijo:

—Dígale que haga que el programa muestre el árbol de decisiones a una velocidad normal para la comprensión humana.

—Eso nos llevaría horas —repuso Habib.

—Podría enviarnos la respuesta del programa a una velocidad comprimida para que nosotros la repasáramos línea a línea —sugirió otro ingeniero.

—Eso nos llevaría días —replicó Habib, adusto.

—¿Entonces qué vamos a hacer?

Habib siguió presionando con el pulgar la tecla de «SALIDA».

—Escucharemos. Y no diremos nada a menos que se nos ocurra algo mejor.

Gaeta vio que la tormenta de nieve negra no dejaba de acercarse más y más. Me pregunto qué le hará a mi enlace de comunicaciones, dijo para sí.

Al cuerno con eso. Debes lograr que esta estúpida máquina te hable en un lenguaje que puedas entender.

Permaneció donde estaba, sin parar de pensar, observando el manto de nieve negra según se le aproximaba. Parecía una cortina de oscuridad. Mejor salir de aquí antes de que me alcance, pensó.

Recordó por lo que había aprendido durante los preparativos que *Alpha* se había apagado en el mismo momento que cortaba la conexión de la antena para el envío de datos. Quizá la clave para entender esa decisión esté ahí, pensó Gaeta.

—Ordenador, muestra las órdenes efectuadas cuando la antena de envío de datos fue desactivada.

FECHA, 29 DICIEMBRE 142819 HORAS: DESACTIVAR ANTENAS DE RECEPCIÓN DE DATOS. DESACTIVAR BALIZA DE SEGUIMIENTO. DESACTIVAR TELEMETRÍA ENVÍO DE DATOS. CONSERVAR LAS ENTRADAS DEL SENSOR. ALMACENAR ENTRADAS DEL SENSOR. MODIFICAR RUTA EN CUARENTA Y CINCO GRADOS. MANTENER VELOCIDAD FRONTAL.

—¿Se han almacenado todos los datos recogidos por los sensores? —preguntó Gaeta, sorprendido.

SÍ.

—¿Por qué fue entonces desactivada la telemetría para el envío de datos?

CONFLICTO DE ÓRDENES.

¡*Mierda!*!, se dijo Gaeta. Vuelta al principio.

Oyó la voz de Habib:

—¿Los datos recogidos por los sensores han sido almacenados? ¿No hemos perdido ninguna información?

—Eso es lo que dice el ordenador —replicó Gaeta—. Todo lo tiene guardado en alguna parte de su memoria.

Se escuchó de fondo una confusión de voces. Gaeta las suprimió y preguntó al ordenador:

—¿Por qué se ha almacenado la información si no se iba a enviar?

Conflicto de órdenes.

—¡*Jesuu Cristo!* —aulló—. ¿Es que no sabes decir otra cosa?

Habib casi le estaba gritando.

—¡Pregúntele bajo qué condiciones enviaría la información!

Gaeta tomó aliento, y luego reelaboró la pregunta:

—¿Bajo qué condiciones sería enviada la información almacenada?

BAJO NINGUNA CONDICIÓN.

—¿Por qué no?

No hubo respuesta, aunque Gaeta escuchó algunas voces sofocadas procedentes del centro de seguimiento.

Piensa, se dijo. Esto es como hablar con un niño de dos años demasiado inteligente. Tienes que dar con algo para superarlo.

—Ordenador, ¿puedes mostrar las órdenes conflictivas?

El ordenador siguió en silencio.

Apretando los párpados hasta casi cerrar los ojos, Gaeta trató de concentrarse. Quizá debería cerrar otra vez la línea con el centro de seguimiento, pensó. No sirve más que para distraerme.

Entonces escuchó la voz de Habib, alta y clara:

—Pídale al ordenador que muestre cada una de las órdenes conflictivas por separado.

Vale la pena intentarlo, convino Gaeta.

—Ordenador, muestra la orden que controla el envío de datos de los sensores.

De inmediato, la mecánica voz sintetizada del ordenador replicó:

ORDEN: TODOS LOS DATOS DE LOS SENSORES HABRÁN DE SER ENVIADOS EN TIEMPO REAL.

—Vale, vale. Ahora dime, ¿cuál es la orden que entra en conflicto con esta?

INFORMACIÓN INSUFICIENTE.

—¿Insuficiente? —replicó Gaeta—. ¿Qué quieres decir?

SU PREGUNTA NO CONTIENE SUFICIENTE INFORMACIÓN PARA INVITAR A UNA RESPUESTA SIGNIFICATIVA.

Gaeta tuvo que reprimir la tentación de golpear con ambos puños el techo del vehículo. ¿Qué demonios quiere decir con eso? ¿Qué he dicho que no resulte suficiente para...? Pensó aquello durante unos momentos, y luego decidió replantear la pregunta.

—Vale, mira. Dime qué orden está en conflicto con la orden de enviar todos los datos recogidos por los sensores en tiempo real.

RESTRICCIÓN PRIMARIA.

—¿Restricción primaria? ¿Qué coño es eso?

28 de mayo de 2096: Centro de control de la misión

—¿Restricción primaria? —repitió Habib—. ¿Qué restricción primaria?

Levantó la vista hacia los rostros que se cernían sobre él. Tenían un aire tan confuso como el suyo.

—Me sé de arriba abajo el programa principal —insistió Habib. Haciendo un gesto hacia los programadores que había en el grupo, prosiguió:

—Nosotros lo escribimos. ¿Alguien de ustedes sabe qué es eso de la restricción primaria?

Incómodos, se miraron unos a otros, sacudiendo la cabeza.

Von Helmholtz, que se sentaba completamente rígido en la silla que había junto a Habib, dijo:

—El tiempo pasa. Debemos sacar a Gaeta de donde está en veintinueve minutos o menos. No me gusta la pinta que tiene esa tormenta negra.

Habib apenas si le escuchó:

—Restricción primaria... El programa principal cree que alberga una restricción primaria que le impide enviar los datos recogidos por sus sensores.

—No hay ninguna restricción primaria —dijo una de las mujeres.

—Pero el programa cree que la hay —señaló Habib.

—Bueno, están las rutinas de aprendizaje —dijo lentamente otro de los ingenieros informáticos, como ordenando sus pensamientos a medida que hablaba:

—Quizá el programa haya hecho sus propias modificaciones.

—¿Qué podría haberle empujado a ello?

Habib replicó:

—Tal vez ha aprendido algo nuevo de las condiciones que encontró en la superficie de Titán una vez fue activado.

La mujer dijo:

—¿Y qué es lo que ha podido aprender de la superficie de Titán que le haya llevado a negarse a enviarnos los datos?

Nadie tenía una respuesta para aquella pregunta.

Aún sentado sobre el techo de *Alpha*, Gaeta escuchó los bisbiseos del grupo de ingenieros con creciente incomodidad. Comprobó la temperatura que había en el interior de su traje: se había desplomado cuatro grados más por debajo de la cifra señalada como óptima. Vale, pensó, en tanto encendía el termostato para subir la temperatura, hace un frío del carajo ahí fuera. El radiador debe estar trabajando por encima de sus posibilidades mientras estoy sentado aquí, sin generar demasiado calor corporal.

Los ingenieros seguían dando vueltas a la idea de por qué aquel estúpido

ordenador había desactivado la antena para el envío de datos. Era como escuchar los gañidos de un grupo de delegados de escuela que trataran de resolver el problema del hambre en el mundo.

Tengo que salir de aquí, se dijo Gaeta. Pero comprendió que no podía dejar su trabajo a medias. No puedo permitir que esta montaña de chips me derrote. Soy más listo que un puñetero ordenador, da igual qué programas de aprendizaje le hayan introducido.

—Ordenador —espetó de pronto—, ¿cuál es la restricción primaria?

No hubo respuesta.

Haciendo un gesto de desagrado, rehízo la frase:

—Mostrar restricción primaria.

Un chirrido de ruido electrónico asaltó sus auriculares. Antes de que Gaeta pudiera siquiera pestañear, el ruido terminó. Pero volvió a sentir que le zumbaban los oídos.

Bueno, pensó, al menos los chicos del centro de control tienen algo con lo que trabajar. Quizá en una o dos semanas sepan lo que pasa. Pero yo no puedo esperar tanto.

El puñetero ordenador no va a enviar la información recogida por sus sensores porque cree que hay una restricción primaria que le impide hacerlo. Gaeta reflexionó sobre aquello durante unos momentos, mientras las belicosas voces de los ingenieros seguían atestando su frecuencia.

Ha aprendido algo mientras estaba en la superficie de Titán, pensó Gaeta. Quizá...

—Ordenador, ¿cuál es el fragmento de información más importante que tus sensores han detectado?

Silencio. No se escuchó nada salvo el crujido de la electricidad estática. Gaeta ya estaba a punto de rendirse, desalentado, cuando la inhumana voz del ordenador replicó:

HAY FORMAS DE VIDA EN SU SUPERFICIE.

—Pero eso ya lo sabíamos gracias a las otras sondas.

A MÍ NO ME HAN SUMINISTRADO INFORMACIÓN ALGUNA SOBRE OTRAS SONDAS.

«¿A mí?», se preguntó Gaeta. ¿Un ordenador que habla sobre sí mismo? ¿Que es capaz de reconocerse?

Los ingenieros que aguardaban en el centro de control llegaron a la misma conclusión. Gaeta oyó cómo sus voces subían de tono e intensidad.

Ignorando la discusión, dijo al ordenador:

—¿Has encontrado formas de vida en la superficie?

SÍ.

Gaeta iba a formular la siguiente pregunta, pero titubeó. Cuidado, pensó para sí. No dejes que se meta otra vez en ese puñetero rollo de «Conflicto de órdenes».

Aguardó, pero el ordenador permaneció en silencio.

—¿Son esas formas de vida la causa del conflicto de órdenes? —preguntó.

Sí.

¡Carajo!, exclamó interiormente Gaeta. Por fin llegamos a algo. En voz alta, preguntó:

—¿Cómo es que esas formas de vida que has hallado han provocado un conflicto de órdenes?

De nuevo, el ordenador guardó silencio. ¿Se está pensando la pregunta o es que es tan rematadamente idiota que no sabe qué decir?, se preguntó Gaeta.

—¡Gaeta! ¡Escúcheme! ¡Ahora! —gritaba con insistencia la voz de Habib. Incluso con el volumen bajado al mínimo, Gaeta percibió la urgencia que había en su voz.

—¿Qué pasa? —preguntó, cansino. Se sentía sin fuerzas, harto de aquel juego. Y esperó, mientras la negra tormenta de nieve se aproximaba más y más.

—Ese cúmulo de información que el programa ha enviado hace medio minuto —dijo Habib por fin—. ¡A lo que se refiere es a procedimientos de descontaminación!

—¿Descontaminación? ¿Algo así como refregar la máquina para asegurarse que no infecta Titán con gérmenes terrestres?

De nuevo el retardo. Después:

—¡Sí! ¡Cuando usted le pidió mostrar la restricción primaria, lo que hizo fue mostrar su archivo de procedimientos para la descontaminación!

—¿Y esa es la restricción principal?

Sin otra cosa mejor que hacer, Gaeta se sentó en el interior de su voluminoso traje y contó los segundos para la respuesta de Habib. Ocho... nueve... diez...

—No hay ninguna restricción principal. No introdujimos nada de ese calibre en el programa. Pero el ordenador ha interpretado los procedimientos de descontaminación como una especie de restricción.

Gaeta sacudió la cabeza en el interior de su casco:

—No lo pillo. Habéis introducido en el programa principal unas órdenes básicas para que el ordenador haga su trabajo, y ahora el muy idiota no envía información porque...

De pronto, lo comprendió. Gaeta abrió los ojos de par en par. Levantó los puños enguantados en una clara señal de victoria.

—Ordenador —dijo—, ¿el envío de la información recogida en los sensores podría causar un peligro de contaminación para las formas de vida que hay en la superficie?

Sí, fue la inmediata respuesta.

Habib, aún casi doce segundos por detrás del tiempo real, estaba diciendo:

—Debe tratarse de algo con lo que pretende evitar la contaminación. Creo que usted...

—¡Lo tengo! —gritó Gaeta—. ¡Lo tengo! Callaos todos y escuchad.

Tanto Habib como el resto de voces quedaron en silencio.

—Habéis introducido rutinas de aprendizaje en el programa, ¿verdad? Bien, pues se las ha aprendido. El ordenador ha hallado formas de vida en la superficie del satélite. Y sabe, por los procedimientos de descontaminación que habéis seguido, que los organismos de la Tierra podrían contaminar los organismos presentes en la superficie de Titán. De modo que su manera de interpretar los procedimientos de descontaminación pasan por no enviar los datos sobre las formas de vida encontradas aquí.

Ahora tendré que esperar a que reciban el mensaje y reflexionen sobre ello, se dijo Gaeta. Que les den. No me voy a quedar aquí sentado sin nada que hacer. Voy a arreglar el problema.

—Ordenador, el envío de información no dañará las formas de vida de la superficie.

SÍ LO HARÁ.

—¿Cómo?

Silencio.

Ardiendo por dentro, Gaeta replanteó la pregunta:

—¿De qué modo el envío de datos haría peligrar las formas de vida de la superficie?

SE ENVIARÍAN OTRAS SONDAS. CADA UNA DE ELLAS INCREMENTARÍA EL RIESGO DE CONTAMINACIÓN.

—Pero ese es un riesgo que debemos correr. No vamos a aprender nada sobre las formas de vida si no enviamos sondas para estudiarlas.

LA CONTAMINACIÓN DEBE IMPEDIRSE.

—La contaminación debe evitarse en lo posible.

LA CONTAMINACIÓN DEBE IMPEDIRSE POR TODOS LOS MEDIO DISPONIBLES.

—Pero no hay modo de estudiar las formas de vida sin un mínimo riesgo de contaminación.

LOS HUMANOS SON PORTADORES DE FORMAS CONTAMINANTES. NO DEBE PERMITÍRSELES ESTUDIAR NUEVAS FORMAS DE VIDA.

Por Dios, pensó Gaeta, habla como Urbain. ¿Por qué no iba a ser así? Urbain dirigía la programación del ordenador.

—Mira, tío, la razón de que existas radica en el estudio de las formas de vida y en que informes acerca de tus hallazgos a los humanos que te han construido.

ÁRBOL LÓGICO: ENVÍO INFORMACIÓN RECOGIDA EN LOS SENSORES A HUMANOS. ESTOS QUERRÁN MÁS INFORMACIÓN. ENVIARÁN MÁS SONDAS. INEVITABLEMENTE, ENVIARÁN MÁS HUMANOS. LAS SONDAS SON FUENTES POSIBLES DE CONTAMINACIÓN. LOS HUMANOS SON FUENTES SEGURAS DE CONTAMINACIÓN.

Jesús, lo tiene todo más que pensado. ¿Cómo puedo quitarle el bloqueo

informático que padece?

—Eh, ordenador, yo soy humano, y no estoy contaminando las formas de vida.

Por espacio de varios segundos el ordenador no respondió. Gaeta pensó que aquello excedía su habilidad para comprenderle. Pero entonces dijo:

LOS HUMANOS SON PORTADORES DE CONTAMINACIÓN.

El láser de diez megajulios montado en la parte trasera del techo de *Alpha* asomó de la hornacina en la que estaba empotrado y comenzó a rotar en dirección a Gaeta.

28 de mayo de 2096: Confusión

Timoshenko abandonó lentamente el compartimento estanco, flotando como una hoja sobre un estanque. Al volverse, vio el inmenso casco curvado del hábitat, una gigantesca estructura de metal creada por la mente humana, por las manos del hombre.

Un lugar para el exilio, se dijo Timoshenko. Todas esas ideas, todo ese cuidado, todo ese genio se volcó en construir una preciosa prisión para gente como yo.

Alzándose sobre la silueta tubular del hábitat, mientras este giraba lentamente en su largo eje, el brillante resplandor de Saturno llenó sus ojos de luz. Los anillos del planeta, suspendidos en el vacío, destilaban una luz deslumbrante, como un campo de relucientes joyas, círculos dentro de otros círculos de hielo brillante.

A más de mil millones de kilómetros de casa, pensó Timoshenko. Nos enviaron aquí para asegurarse de que no volveríamos a ella. Nos exiliaron entre las estrellas, nos condenaron a un mundo extraño, a vivir en un recuerdo constante de lo lejos que siempre estaremos de la Tierra.

La Tierra. Katrina. ¿De qué sirve vivir si no estoy en casa con ella?

Con las manos enguantadas se tanteó la cintura en busca de la unidad de control remoto que había traído consigo. Con un apretón del pulgar, podía desactivar los cables superconductores que creaban el escudo magnético del hábitat para proteger el lugar contra la letal radiación de Saturno. Una presión del pulgar, pensó, mientras aferraba el control remoto en la mano, y en una hora la gente que hay aquí dentro empezará a morir.

Podrían reiniciar los superconductores, se dijo. Pero eso les llevaría horas. Para cuando se den cuenta de lo que está sucediendo será demasiado tarde. Todos ellos morirán. Incluso ese mentiroso cabrón de Eberly. Él por encima de todos. Es el único al que quiero ver muerto.

¿Y yo? Me dejaré arrastrar hacia las estrellas. Podría convertirme en el primer humano que alcanza Alfa Centauro. El pensamiento le hizo reír amargamente.

Timoshenko sostuvo el control remoto en la mano derecha y lo levantó hasta el nivel del visor del casco para verlo. Una presión del pulgar y todos morirán.

Entonces, inesperadamente, el cable que le sujetaba llegó a su límite y tiró de él.

LOS HUMANOS SON PORTADORES DE CONTAMINACIÓN.

Gaeta vio el láser dirigirse hacia él. Su cerebro se disparó: el láser lanza un rayo de diez megajulios; ¿cuánta energía es esa? ¿Podría perforar mi traje?

Torpemente, comenzó a arrastrarse hacia el láser. Si me acerco lo suficiente tal vez pueda situarme por debajo de su altura, allí donde no le sea posible alcanzarme. O bien podría arrancar a ese «hijoputa» de su ensamblaje y lanzarlo por la borda.

—¡El láser! —gritó Habib por los auriculares.

—¿Cuánta energía es capaz de descargar? —preguntó Gaeta, arrastrándose por el techo de *Alpha*.

No hubo respuesta. Y de pronto, Gaeta se vio frenado en seco. El cable que le conectaba al puerto de acceso del ordenador central se había estirado hasta el límite. Gaeta echó mano de la unidad de comunicaciones que había en su cintura para liberarse del cable.

Algo le golpeó el hombro. Fue como recibir un disparo. Aún postrado sobre rodillas y manos, Gaeta se vio propulsado sobre sus caderas; después, instintivamente, rodó y se dejó caer sobre el estómago. Casi frenético, comprobó el estado de sus constantes vitales. Nada. Todas las luces estaban en verde.

—Estoy comprobando los datos del láser —escuchó que decía la voz de Habib—. Ráfagas de diez megajulios, a diez por segundo. En términos de energía explosiva, es más o menos el equivalente a dos kilos de TNT.

—¡Cristo! ¡Es como una granada de mano!

De nuevo se impuso el maldito retardo en las comunicaciones. Furioso, Gaeta pensó: el traje está protegido, ha sido golpeado por trozos de hielo en los anillos y recibido toda clase de impactos al rodar en la nieve, monte Olimpo abajo. ¿Pero una puta granada de mano?

Sintió un golpe en la espalda y, de pronto, la mitad de las alertas de sus constantes vitales cambiaron al rojo. ¡Jesús! ¡Este maldito cabrón ha alcanzado mi mochila! Gaeta desconectó el cable que le unía al puerto de acceso del ordenador y comenzó a arrastrarse tan rápido como le fue posible hacia el delgado ensamblaje del láser.

—¡Arrancaré a este cabrón de cuajo! —Fue el grito que Gaeta lanzó por el altavoz de la consola de Habib.

—¡No! —saltó Habib, tras ponderarlo—. No dañe el láser si puede evitarlo.

Uno de los técnicos de Von Helmholtz se abrió paso entre la multitud que rodeaba la consola de Habib con el rostro exhausto, sudoroso. Asiendo a Fritz por su enjuto hombro, dijo:

—El suministro de energía vital está en un punto crítico.

Poniéndose en pie de un salto, Von Helmholtz exclamó:

—¡Tenemos que sacarlo de allí!

Habib regresó a su consola:

—¿Cómo se desconecta el láser? —gritó.

—¡No se puede! —aulló uno de los ingenieros—. Ese cacharro ya no recibe ninguna de nuestras órdenes. Ha desactivado sus antenas de enlace, ¿recuerda?

—Dios mío —gimió Habib—. Es hombre muerto.

Gaeta se abrazó a la tornapunta que sostenía el láser; el corazón le latía con tanta fuerza que podía escucharlo en sus oídos.

Vale, se dijo. Cálmate. Aquí estás a salvo. Este puto láser no te va a disparar, estás justo debajo de él. Respira hondo. Otra vez. Relaja esas pulsaciones. Fritz no va a ponértelo fácil para que alguna vez te olvides de lo que ha pasado; está recibiendo la telemetría de tus constantes vitales; dirá que te cagaste en los pantalones.

Frunció la mirada para leer los datos de sus constantes vitales que mostraba el interior de su casco. El «fregado» me ha alcanzado la reserva de oxígeno. Está perdiendo aire. Tengo que salir de aquí.

Pero en cuanto asome la cabeza por encima del láser me va a freír a tiros. Trampa veintidós: si me quedo aquí me asfixio; si corro al módulo de escape me disparará.

—Fritz —murmuró con tanta calma como pudo reunir—. ¿Tienes alguna idea?

Silencio.

Y Gaeta vio que la tormenta de nieve negra estaba más cerca que antes, casi encima de él.

Cardenas y Negroponte avanzaban con determinación desde el laboratorio de biología hasta el centro de control de la misión. Habían enviado un mensaje urgente a Wunderly, en la Tierra, y ahora marchaban en busca de Urbain para decirle que las criaturas de los anillos de Saturno eran en realidad nanomáquinas.

Nanomáquinas. A Cardenas todavía le costaba creerlo. ¿Por qué?, se preguntó. ¿Te crees que eres la única en todo el universo que puede dedicarse a la nanotecnología? Ni siquiera eres la única en todo el sistema solar.

Pero en el momento en que atravesaron las dos puertas sin vigilancia del centro de control de la misión, sus pensamientos sobre las nanomáquinas y la inteligencia extraterrestre se evaporaron. Por la tensión que rasgaba el aire, por la cantidad de ingenieros y técnicos que se arracimaban estrechamente alrededor de las consolas, Cardenas sabía que algo había ido mal.

—Urbain no está aquí —dijo Negroponte—. Debe estar en su oficina.

Cardenas apenas la escuchó. Corrió hacia Von Helmholtz y su equipo, que rodeaban una de las consolas, mientras Negroponte, sola, se encaminaba hacia la oficina de Urbain.

28 de mayo de 2096:

Acciones

Timoshenko flotaba en el vacío, mirando la tenue línea del cable que le unía a la escotilla abierta del compartimento estanco. No recordaba haber conectado el cable. Pensó que, simplemente, se iría frotando a la deriva, lejos del hábitat, para siempre.

Debo haberlo conectado automáticamente, se dijo. Sin pensar en ello, de manera consciente. Como parte de la rutina de ponerte un traje espacial y saltar al vacío.

Sabía que el cable estaba fabricado con fibras de nanotubos. El material más resistente conocido, pensó. Mi cable de seguridad. Mi engarce a la vida.

El cable llegaba como una flecha hasta el compartimento estanco construido dentro del curvado flanco del hábitat. Timoshenko divisó su enorme casco rotando lentamente, llevándolo a él consigo, un gigantesco cilindro erizado de compartimentos estancos y puertos de observación. Se quedó suspendido allí, como paralizado, y observó a uno de los robots de mantenimiento que, a toda prisa, seguía fielmente su ruta.

Diez mil hombres y mujeres, pensó. Puedo matarlos a todos. Puedo convertirme en un asesino múltiple. No tan grande como Stalin o alguno de los zares, pero al menos me habré arrogado el mérito de cargarme a todos los miembros de mi comunidad. Hasta el último de ellos. El cien por cien.

Las alertas de las constantes vitales de Gaeta parpadearon en rojo. La pérdida de aire del tanque de oxígeno había empezado a mostrar una catarata de fallos. La presión del aire en el traje menguaba lentamente. De manera automática, el calentador del traje había elevado la temperatura interna para compensar las pérdidas. Gaeta intentó abrir el pequeño tanque de oxígeno reservado para las emergencias; sin respuesta. Debe haber saltado por los aires con ese maldito láser, comprendió.

Amigo, solo te quedan unos minutos, dijo para sí. Si no te libras de la glorificada basura que es este carro y vuelves al transbordador en los próximos quince o veinte minutos, eres hombre muerto.

Un copo de nieve negra se estampó contra su visor. Levantando la vista, vio que la tormenta ya le había dado alcance. Negros copos de tholin se espolvoreaban de aquel cielo tapizado de nubes.

La voz de Fritz crepitó por sus auriculares:

—Tienes que abandonar el vehículo inmediatamente y llegar al módulo de escape antes de que la nieve lo sepulte.

—Vale —replicó—. Pero si me muevo, este puto láser me va a freír otra vez.

Sabía que durante los siguientes doce segundos no habría respuesta. Echándose mano a las bolsas que llevaba prendidas a la cintura del traje, Gaeta encontró el fino cilindro metálico de la sonda de diagnósticos fabricado especialmente para la antena

de envío de datos. De un tirón le quitó el cable, y luego, muy despacio, se puso en pie, acompañado por el rumor producido por los servomotores.

El láser empezó a girar, pero Gaeta aferró su eje con las tenazas serrvorefrenzadas y lo empujó hacia arriba hasta que apuntó hacia el cielo. Luego introdujo a la fuerza el cilindro de metal en la articulación del láser, embutiéndolo allí de un golpe.

—Vale, listillo —murmuró—. Veamos si me disparas ahora.

Oyó el soporte del láser rechinando dolorosamente al tratar de girar, pero el cilindro siguió ensartado en el hueco y el láser solo emitía unas ligeras vibraciones, como un caballo tratando de zafarse de una mosca molesta.

Satisfecho de verse salvado, al menos por el momento, Gaeta se arrastró sobre sus rodillas para regresar a la escotilla de acceso situada en el centro del techo. El techo del vehículo se hallaba cubierto por una resbaladiza nieve negra que crecía rápidamente. Mientras, con las manos enguantadas, procedía a empujar los tholin que se habían acumulado, tratando así de limpiar la zona donde había dejado caer el enlace que le comunicaba con el ordenador central de *Alpha*, pensó en su infancia en Los Ángeles y lo mucho que había deseado jugar en la nieve cuando era solo un niño.

—¿Qué estás haciendo? —le preguntó Von Helmholtz con acritud—. ¡Ve de una vez al módulo de escape!

—Primero tengo que hacer una cosa, Fritz —dijo. Y apagó el enlace de comunicaciones.

Apartó más y más de la negra nieve que se amazotaba en el techo. ¡Bingo! Encontró el cable de comunicación, aún conectado al panel de acceso al ordenador. Cogiéndolo de un extremo, Gaeta lo conectó a su traje.

Estaba jadeando. No puede ser por el esfuerzo, pensó. El nivel de aire está descendiendo.

—Vale, ordenador —dijo, sorprendido de sentir la garganta raspada—, escúchame.

No hubo respuesta del ordenador central.

—Los humanos son una fuente de contaminación, ¿verdad?

SÍ.

—Y por lógica admites que si envías los datos que has recogido en los sensores, vendrán más humanos y contaminarán la zona.

MÁS HUMANOS O SUS MÁQUINAS.

—De acuerdo. —Gaeta tosió—. Pues ahora escucha. Nadie va a enviar humanos a Titán. Ni uno solo. Yo me voy, y detrás de mí no vendrá ninguno más. ¿Entendido?

Por un instante, Gaeta pensó que el ordenador no respondería. Pero entonces su voz sintetizada dijo, plana y sin matices:

ENTENDIDO.

La nieve se estaba haciendo cada vez más espesa. Gaeta se sentía como si estuviera dentro de un pozo lleno de tinta.

Apartándose los copos negros que se adherían a su visor, Gaeta encendió las luces

del casco.

—Y tampoco se enviarán máquinas a Titán —siguió diciéndole al ordenador—. No habrá más contaminación. ¿Has entendido? Tú serás la única máquina en todo Titán y no vendrá ningún hombre en cuanto yo me vaya.

De nuevo el ordenador quedó en silencio. Luego dijo:

ENTENDIDO.

—Así que ya puedes ir enviando la información de tus sensores y reabriendo las antenas de recepción de datos. No llegarán nuevas fuentes de contaminación a Titán.

La luz amarilla de mensajes entrantes parpadeaba frenéticamente. Gaeta decidió no hacer caso.

Bueno, he hecho lo más que he podido, se dijo. Ahora es cosa de este cubo de chips hacer lo que toque. Sacó el cable del panel de acceso al ordenador y lo embutió en la bolsa que llevaba a la cintura; luego reabrió el enlace de comunicaciones.

Gaeta activó la otra frecuencia:

—Fritz, esto está más oscuro que las calderas del infierno. Tendrás que guiarme hasta el módulo de regreso.

Entonces se puso en pie y permaneció erguido sobre el borde del techo de *Alpha*, esperando a que Fritz le guiase a su salvación.

28 de mayo de 2096:

Muerte

Gaeta volvió a limpiarse el visor; su guante dejó una mancha negra en el vidriometal. Vamos, Fritz, le urgió para sus adentros. Estoy perdiendo aire. Todos los registros que reflejaban los suministros vitales estaban ahora en rojo.

—Suministro de aire en estado crítico —masculló la voz computarizada del traje—. Si sigue perdiendo aire al ritmo actual, el suministro se habrá agotado en doce minutos.

Hay aire en el traje, se dijo Gaeta. El traje está lleno de aire. Incluso si el tanque se agota podría aguantar otros diez o quince minutos con el aire que hay en el interior del traje antes de que se quede sin oxígeno.

Echó una mirada a los arremolinados copos negros. El módulo de regreso está en alguna parte, hacia mi derecha. A setenta y dos metros. Casi podría alcanzar esa distancia con un balón. Ahora está cubierto por esta bazofia negra, pero si me acerco lo suficiente lo veré despuntar a lo lejos como una enhiesta cabina de teléfonos.

—El módulo de regreso está a treinta y cuatro grados de tu posición —observó Fritz, con la voz crispada por la tensión—. Si miras a la parte de atrás del vehículo, el módulo estará a tu derecha en dirección a las dos en punto.

—Recibido, dos en punto. —Gaeta sabía que había unos peldaños anclados a ambos lados del *Alpha*. Volvió a arrodillarse, lo cual hizo rugir los servomotores, y examinó de arriba abajo los lisos flancos de metal del vehículo.

—Veo los travesaños. Buscaré la escalera. —Era más fácil hacerlo a rastras—. He llegado a la escalera. Voy a bajar.

Preguntándose qué vería la audiencia con aquella ventisca negra, Gaeta descendió cauteloso los peldaños de metal.

—Estoy en la superficie —dijo, volviéndose. Entonces se dio cuenta de lo que eso significaba—. ¡Estoy pisando la superficie de Titán! —exclamó, lleno de dicha—. ¡Mis botas están tocando la nieve de metano!

Fritz ya debía haber estado dirigiéndose a él, pues su voz llegó de inmediato:

—... Sobre la superficie con tu espalda pegada al vehículo, el módulo de regreso se encuentra a setenta y dos metros de ti. Deberías dirigirte en la dirección de las diez.

—Hecho —replicó Gaeta. Comenzó a caminar—. El suelo es un tanto blandengue, es un poco como avanzar por nieve mojada, quizá llega hasta los tobillos. No es fácil andar.

—Suministro de aire en estado crítico —le recordó con su voz calmada el ordenador—. Si sigue perdiendo aire al ritmo actual, el suministro se habrá agotado en diez minutos.

Cardenas permanecía inmóvil tras la silueta de Fritz, que se hallaba sentado. ¡Solo diez minutos de aire! ¡Manny va a morir ahí!

Como si pudiera oír sus pensamientos, Von Helmholtz se dio la vuelta en la silla rodante y alzó la vista hacia ella.

—Lo conseguirá —dijo, sin más—. Hay suficiente aire en el interior del propio traje para hacer el ensamblaje en órbita.

—¿Está seguro? —Cardenas sentía sus latidos ametrallándole el pecho.

Fritz señaló a la pantalla:

—Las cifras prueban que lo conseguirá. —Pero Cardenas vio que el dedo que había extendido temblaba. Luego, Fritz añadió:

—Si es que no tropieze con ningún obstáculo antes de que llegue al módulo de regreso.

Sereno, Timoshenko flotaba en el extremo del cable que lo conectaba al compartimento estanco. Saturno se sumergía tras la oscura masa del hábitat; era una vista espectacular, con sus nubes azafranadas y los brillantes anillos desapareciendo tras el cortante filo que conformaba el flanco de la *Goddard*.

No puedo matarlos, se dijo Timoshenko. No soy un asesino. A Eberly sí. Le aplastaría con mis propias manos si pudiera hacerlo. Se lo merece, ese cabrón embustero. Pero los demás no. Diez mil personas no. No puedo.

¿Entonces, qué vas a hacer, idiota?, le espetó una voz estridente en su cabeza. Aquí estás, suspendido del extremo de una cuerda, pensando en la vida y la muerte. ¿La vida de quién? ¿La muerte de quién?

Gaeta avanzó trabajosamente por el blando suelo, sus botas hundiéndose en el fango negro. A cada chapoteante paso tenía que esforzarse en arrancar los pies del lodo; las botas se separaban del suelo con un obscuro ruido de succión.

—Suministro de aire en estado crítico —entonó el ordenador—. Si sigue perdiendo aire al ritmo actual, el suministro se habrá agotado en siete minutos.

—Estás a cincuenta metros del módulo de regreso —dijo Fritz—. ¿Lo ves?

—No es que vea mucho con esta mugre encima —respondió Gaeta, tratando de ver lo que tenía delante. Divisó una forma alta y voluminosa asomando entre el negro lodazal—. ¡Eh, sí, lo veo!

Era imposible llegar a la carrera, pero Gaeta redobló sus esfuerzos. Su visor parecía haberse aclarado, y la oscuridad que había a su alrededor, de alguna forma, estaba escampando.

—La nieve está convirtiéndose en lluvia —murmuró, jadeando, mientras se abría camino hacia el módulo de regreso—. Debe ser que llega un frente cálido. —Rio de su propio chiste: «cálido» en Titán significaba cualquier cosa por encima de los ciento setenta y cinco grados bajo cero.

Unas gruesas gotas se estamparon en su visor, y Gaeta pudo oír cómo se

aplastaban contra la parte exterior del traje.

—La lluvia consiste en una mezcla de gotas de etano y agua —dijo Fritz.

—Eso facilita la visión —replicó Gaeta—, pero está convirtiendo la superficie en una auténtica sopa. Avanzar es difícil.

—Suministro de aire en estado crítico —dijo de nuevo el ordenador—. Si sigue perdiendo aire al ritmo actual...

Gaeta cortó la voz. No necesito que me lo recuerdes, dijo para sí. En voz alta, preguntó:

—¡Eh!, ¿el monstruo este está enviando los datos recogidos en los sensores?

Más de doce segundos de espera. Entonces llegó la voz de Habib:

—¡Sí! La información está llegando. ¡Es maravilloso! ¿Cómo ha conseguido que el ordenador remita los datos?

Gaeta jadeaba por el esfuerzo de abrirse camino a través del pegajoso y pesado fango.

—Mi padre —respondió.

Cristo, pensó mientras, a duras penas, seguía avanzando. Quería ser el primer hombre en llegar a la superficie de Titán, pero también quería volver a casa. Por la forma en que el lodo me absorbe, parece que Titán quiere que me quede aquí.

—¿Su padre?

—Sí... —Otro paso—. Cuando éramos niños... y le pedíamos algo... que él no podía comprarnos... nos decía que ya lo compraría... Pero nunca lo hacía.

Otra chapoteante zancada en el pegajoso lodo:

—¿Qué tiene eso que ver con lograr que el ordenador se conectara con nosotros?

—Nos mentía —explicó Gaeta—. Nos mentía... descaradamente... y nosotros le creíamos... Nos la pegaba... todo el tiempo.

Por fin pudo ver claramente el módulo de regreso. La lluvia estaba despojándole de la nieve negra que lo cubría.

—Así que mentí... al ordenador... Le dije... lo que quería... escuchar.

Gaeta sentía las piernas como dos maderos. Alcanzó el módulo de regreso, y casi se derrumbó sobre él.

—Siempre... funciona —resolló—. Estúpido ordenador... se cree que soy sincero.

Un golpe que parecía producido por un mazo le alcanzó en el hombro, desmadejándole sobre el suelo:

—¡Jesús! —aulló Gaeta—. ¡Ese maldito láser me está disparando!

Timoshenko se dio cuenta de que llevaba casi una hora embutido en su traje espacial. ¿Haciendo qué?, se preguntó. ¿Qué has conseguido?

—He estado meditando —murmuró—. Meditando. Es bueno que un hombre medite. Pensar antes de actuar.

Solo tienes derecho a llevarte una vida por delante, decidió. La tuya.

Se deshizo del control remoto que había estado sujetando con su mano enguantada. El mando se fue dando vueltas, engullido por la infinitud del espacio. No soy un carnicero. Ni siquiera soy un asesino. Pero el suicidio es ya otra cosa. Eso no tiene que ver con nadie, solo me incumbe a mi.

Se llevó la mano al cierre de seguridad que sellaba herméticamente el casco al cuerpo de su traje espacial. Abre el cierre, deja escapar el aire, y en segundos habrás hecho la descompresión. Un puto desastre, pero estarás muerto. No habrá más preocupaciones, no más arrepentimientos. Solo paz.

Tocó el cierre con un dedo. Nada más de nada, pensó. ¿Estás preparado para ello? ¿Estás preparado para la muerte?

Le sorprendió darse cuenta de que no lo estaba. Pese a todo, pese a perder a Katrina y su vida en la Tierra, no estaba preparado para morir. ¡Maldito Eberly!, gruñó para sus adentros. ¡Está en lo cierto! Este hábitat puede ser una prisión, pero al menos no es de lo más duro. La vida aquí puede ser buena si te abres de corazón a ella.

La vida o la muerte.

¿Eres capaz de construir una nueva vida sin contar con Katrina?, se preguntó. Y se respondió: ¿qué has estado haciendo durante los últimos dos años y medio?

Volvió a mirar las estrellas, con la espalda vuelta a Saturno y a la oscura masa del hábitat. Las estrellas le devolvieron la mirada, impertérritas, inflexibles. Puedes mirar a la muerte a la cara, se dijo, pero eso ya es mucho. Ya es mucho. La vida es demasiado preciosa como para tirarla por la borda.

Con un suspiro, se volvió y comenzó a arrastrarse por el cable de nanotubos hacia el compartimento estanco.

La respuesta es la vida, comprendió Timoshenko. Elige la vida. Siempre podrás matarte si las cosas se vuelven realmente insoportables. Mientras tanto, este lugar quizá pueda sacar algo de mí. Quizá, después de todo, la vida merezca la pena vivirse.

Negroponte llamó suavemente a la puerta de la oficina de Urbain. Al ver que nadie respondía, golpeó con un poco más de fuerza.

Tengo tanto que contarle, pensó. Pero está tan metido en su *Titán Alpha* que no le importa otra cosa.

Siguió sin haber respuesta.

—Doctor Urbain —llamó—. Soy la doctora Negroponte. Debo hablarle. Hemos hecho un gran descubrimiento.

Silencio. Sintió que el rencor le ardía por dentro. Ese idiota engreído, dijo para sí. Está tan embebido en su preciosa sonda que no le importa ni que el infierno se congele.

Colérica, abrió la puerta de par en par y entró, resuelta, a la oficina de Urbain. Este se había derrumbado sobre la mesa, con la cabeza entre las manos, estaba

muerto.

28 de mayo de 2096: Resurrección

Gaeta se desplomó sobre sus rodillas cuando otro rayo de intensa luz verde pasó silbando por su lado.

—¡Ese láser *chingado* me está disparando! —repitió. El maldito cilindro debe haberse soltado del ensamblaje, añadió para sus adentros. Se dio cuenta de que el brazo izquierdo le ardía de dolor. Las alertas de sus constantes vitales se habían vuelto locas. El traje había sido perforado y el sistema automático de seguridad había sellado herméticamente el brazo entero.

De rodillas en el caldoso fango negro, se dio cuenta de que no podía poner ningún peso sobre su brazo izquierdo. Me he debido de romper el jodido brazo, gruñó para sí. Quizá el láser no me pueda ver aquí, quiso creer. Pero debo subir a la plataforma antes de desaparecer por completo de su vista. Sentía el brazo totalmente entumecido. Podía sentir la presión de la bocamanga apretando con todas sus fuerzas el hombro, pero, por debajo de este, el brazo lo tenía helado.

—¿Cuál es la situación? —Fritz parecía irritado, inquieto.

—Estoy subiendo al módulo de regreso.

Fue un esfuerzo doloroso, tener que hacerlo ayudándose de un solo brazo. Incluso a una gravedad relativamente ligera como era la de Titán, y con el aumento de fuerza muscular que le procuraban los servomotores, el traje resultaba desesperantemente pesado. El sudor rebosaba la frente de Gaeta, y se le derramaba sobre los ojos. Sentía que un sudor frío le empapaba su mono de trabajo.

—Habib ha desconectado el láser —dijo Fritz—. El vehículo está aceptando órdenes del centro de control.

—Me alegra... escuchar eso —jadeó Gaeta, mientras subía al módulo y deslizaba las botas a las ranuras que había en el suelo. Era como estar en un ataúd abierto, estrecho, angosto. A través de aquella lluvia cada vez más dispersa, Gaeta divisaba a *Alpha*, convertido ahora en una figura rechoncha y voluminosa que se recostaba sobre el fangoso suelo. Parecía algo extraño y del todo fuera de lugar.

—Preparado para el lanzamiento —informó Gaeta; el hombro le producía un dolor agónico, y le quemaba respirar. Sin esperar la confirmación de Fritz, alargó el brazo para pulsar el botón de conmutación que encendería el motor del cohete—. Iniciando secuencia de lanzamiento —dijo, agradecido de que el conmutador estuviera en el lado de su brazo sano.

Desde el otro lado del apretado puente del transbordador, Pancho miró a Wanamaker:

—Vamos a tener compañía en media hora —dijo.

—Menos —replicó Wanamaker—. El programa indica que el encuentro será en

veintitrés minutos después del despegue.

—Sutilezas —rezongó Pancho—. Ya sé...

—Señora Lane —crepitó la voz de Von Helmholtz por el altavoz de comunicaciones—. Se trata de una situación de emergencia.

—No lo sabía —saltó Pancho. Tuvo que esperar cerca de doce segundos, deshecha de nervios mientras miraba a Wanamaker.

—El tanque de oxígeno de Gaeta está perdiendo mucho aire —replicó por fin Von Helmholtz—. En la superficie de Titán, bajo la enorme presión de la atmósfera, la pérdida ya es lo bastante peligrosa. En cuanto despegue y llegue al vacío del espacio, el tanque se quedará sin nada en cuestión de segundos.

—De modo que solo le cabrá respirar el aire que albergue el interior del traje —dijo Pancho—. ¿Cuánto tiempo le queda?

De nuevo, el agónico retardo.

—No más allá de quince minutos —respondió finalmente Von Helmholtz—. Más bien diez.

—Tendremos que recogerle tan pronto como irrumpa en la atmósfera —respondió Pancho.

Wanamaker asintió, y después, bajando la cabeza, pasó por el corredor que conectaba con el puerto de cargamento. Y las taquillas para los trajes, comprendió Pancho. Como no podía ser de otra manera, Jake volvió con un nanotraje en los brazos y comenzó a desplegarlo.

—Sí —respondió Von Helmholtz—. Es preciso que lo recojan lo antes posible, sin que eso haga peligrar el acoplamiento, obviamente.

—Por supuesto —replicó Pancho, jovial—. Cogerle cuanto antes, pero con la certeza de no fallar. No hay problema.

Wanamaker se estaba enfundando el nanotraje. Pancho le dedicó una amplia sonrisa y dijo:

—Ya sabes, vísteme despacio que tengo prisa.

—Como en la Armada —respondió Wanamaker. Pero la expresión que había en su rostro era mortalmente seria.

Erguido en el módulo de regreso, con su aire de ataúd, Gaeta pensó que Berkowitz querría que dijese algo. Pero debía conservar el oxígeno. Que se conformen con escuchar la pesantez de mi respiración, decidió. Zeke podrá rellenar el espacio con los comentarios que quiera.

La secuencia de lanzamiento del módulo era solo de treinta segundos, pero a Gaeta le parecieron horas; tenía el brazo tan muerto como un trozo de mármol, y sentía un peso en mitad del pecho. Quizá el tanque de oxígeno ya esté vacío, pensó. Recordó haber desactivado la voz del ordenador. El teclado de control del ordenador estaba a la izquierda del traje. Ni de lejos voy a tratar de mover ese brazo, se dijo. Aun así, trató de hacer algún movimiento con los dedos. Una punzada de dolor le

recorrió todo el brazo.

Por lo menos no tengo el brazo del todo muerto, se dijo. Eso ya es algo. Así que, con que el aire aguante lo suficiente... ¿Por qué aún no he despegado? Quizá la secuencia de lanzamiento no funcione bien, pensó. O es el cohete el que no va. Ya han pasado más de treinta segundos. Seguro que sí. Quizá...

El cohete despegó con un estruendoso rugido y el módulo subió por los aires; la inercia hubiera torcido las rodillas de Gaeta de no haber estado de pie en el traje.

—¡Yuju! —gritó en un susurro gutural, en el que no había ni el menor signo de emoción.

—¿Cuánto puedes descender? —preguntó Wanamaker, nervioso, mientras Pancho dirigía el transbordador hasta las proximidades de las nubes de Titán, que presentaban un color naranja grisáceo.

Se dio cuenta de que tenía la lengua entre los dientes: una clara señal de nerviosismo.

—He ganado todos los concursos de pasar por debajo de la escoba en los que he participado —respondió.

—Eso de ahí no es una pista de baile —respondió Wanamaker.

—No te apures, Jake. Simplemente, abróchate el traje y abre el puerto de carga. Vamos a recoger a Manny tal y como una rana atraparía a una mosca.

Wanamaker se puso la capucha de nanofibra sobre la cabeza y selló el cuello del traje, pensando que para una mosca no era plato de gusto que una rana la atrapase.

Gaeta se dio cuenta de que debía haberse desmayado por unos instantes, ante la presión del lanzamiento. Un momento antes se alzaba sobre la superficie de Titán, y al siguiente ya estaba sobre las nubes, en el espacio, sin nada más que el frío y las lejanas estrellas a su alrededor.

Tosió. El aire debe estar emponzoñándose, se dijo. Claro, comprendió, el tanque habrá explotado en cuanto he llegado al vacío. Estoy respirando el aire que hay en el interior del traje.

—Aguanta, Manny. —Reconoció la voz de Pancho—. La caballería llega al rescate.

Pancho se encontraba a solas en el puente, ahora que Wanamaker se había ido al puerto de carga. Centró su atención en la pantalla que mostraba la trayectoria estimada para Gaeta, una tenue línea verde que se elevaba de la superficie de Titán y caía en una graciosa órbita elíptica en dirección a la helada luna.

El punto rojo que revelaba la posición actual de Gaeta alertaba de que ya se encontraba casi exactamente en la trayectoria prevista. El sistema de seguimiento del módulo funciona bastante bien, pensó Pancho. Mucho más allá de la curvada línea verde había un punto amarillo que marcaba el lugar en el que, según todos los cálculos, el transbordador debía encontrarse con Gaeta. Está demasiado lejos, admitió

Pancho. Para entonces, se estará ahogando en su propio dióxido de carbono.

Ya había dado instrucciones al programa de guía para que mostrase una ruta lo más cercana posible para interceptar cuanto antes la trayectoria de Gaeta. Ahora seguía esa ruta, con una mano en el mando de control con forma de «T» que descollaba del panel. Notaba que la nave se escoraba hacia la derecha, haciendo que Pancho se meciese ligeramente en las presillas de plástico que amarraban sus botas a la superficie del casco.

La luz de la escotilla del puerto de carga se encendió en rojo.

—La escotilla está abierta. —La voz de Wanamaker surgió del altavoz del panel de control.

—¿Te has atado? —le interrogó Pancho.

—He puesto el doble de cable —respondió Wanamaker—. Preparado para saltar cuando lo ordenes.

¡Le estoy dando órdenes a un almirante!, pensó Pancho. Luego sacudió la cabeza, con desaprobación. No hay tiempo para estupideces, se dijo, en tono de reproche. Está en juego la vida de un hombre.

Pulsando el botón de comunicaciones, exclamó:

—Manny, ¿qué tal lo llevas?

Le oyó toser, y luego escuchó su voz, débil y cansada:

—Jodido... pero... contento, nena.

Pese a todo, Pancho sonrió. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que me llamaron nena, dijo para sí.

Timoshenko se sentía extraordinariamente calmado cuando, lentamente, se despojó de su traje. Le llevó un buen rato hacerlo por sí solo. Tras asegurarse de que el compartimento estanco había quedado bien sellado se dirigió a las taquillas donde se guardaban los trajes. Dejando caer todo su peso en el banco que había frente a las taquillas, desconectó los cables que informaban de las constantes vitales, se desprendió del casco y, por dos veces, se llenó los pulmones con el aire del hábitat. Tras inhalar el aire enlatado del traje espacial, aquello sabía a pura ambrosía. Luego se deshizo de la mochila. Lo siguiente que se quitó fueron los guantes, y después las botas. Todo con mucha calma, con el mayor cuidado. Dejó cada objeto sobre el banco, en un delicado orden.

Estoy vivo, se dijo. A partir de ahora agradeceré cada momento de esta vida, cada aliento que llegue a mis pulmones. Lentamente, se quitó la pesada pechera del traje sacándola por la cabeza, y la colocó en una de las taquillas. Luego se desembarazó de las perneras.

En cuanto dejó el traje al completo en su taquilla, tomó nuevamente otra provisión de oxígeno, y luego procedió a enfilear el corredor que llevaba al verde y espacioso interior del hábitat. No es una prisión, dijo para sí. Es mi mundo. Cielo o

infierno, es el único mundo que me queda. Mi mundo. Mi vida.

Con los ojos clavados en la pantalla, Pancho vio que el punto rojo que representaba la posición de Gaeta y el punto azul que mostraba la posición del transbordador estaban superponiéndose. También recibía en el traje los pitidos que emitía el radar de la nave.

—¿Lo ves? —le preguntó a Wanamaker.

—Aún no.

Pancho había dejado abierta la línea de comunicación, pero Gaeta no había dicho una palabra en los últimos minutos.

—Manny —insistió—, ¿puedes vernos?

No hubo réplica alguna.

—Mierda. Debe estar helado ahora mismo.

—¡Lo veo! —gritó Wanamaker—. Aún está en el módulo.

Pancho aporreó en el teclado la información del radar y comenzó a ajustar la velocidad del transbordador para hacerla coincidir con la de Gaeta.

—Está demasiado lejos como para darle alcance —dijo Wanamaker, en un tono de voz elevado que delataba la tensión.

—Manny —gritó Pancho—. ¿Puedes moverte?

Creyó haber oído un gemido. Quizá otra tos.

—Aguanta amigo —dijo—. Vamos a recogerte.

Con la destreza de una concertista de piano, Pancho pasó los dedos sobre el teclado que controlaba los propulsores de movimiento del transbordador. Con calma, se dijo. No te pases de fuerza. Solo dale un poquito...

—¡Creo que puedo cogerle! —exclamó Wanamaker.

—Pues adelante, Jake —respondió Pancho—. Me acercaré un poco más cuando estés ahí fuera.

El centro de control de la misión estaba sumido en un silencio sepulcral. Cardenas contuvo el aliento al escuchar a Pancho hablar por radio. El traje de Manny debe estar lleno de dióxido de carbono, pensó. No debe quedarle oxígeno. ¿Cuánto va a durar sin sufrir daños cerebrales? ¿O sin morir?

Wanamaker saltó desde el compartimento estanco del transbordador, desovillando el doble cable que llevaba adherido a la cintura de su traje de nanofibra. En su mente volvía a oír una y otra vez los procedimientos para descerrajar las horquillas que mantenían a Gaeta amarrado a los estrechos confines del módulo de escape.

—¡Eh, Manny! —exclamó—. ¿Qué tal va eso?

Nada. Wanamaker ni siquiera oyó su respiración en los auriculares.

Alcanzó el módulo y abrió las horquillas con tanta presteza como pudo, y luego envolvió los hombros de Gaeta en el cable, sacando después su ingrátida masa fuera del módulo.

—Como cuando fuimos a los anillos —le dijo a Gaeta—. Estarás en el puerto de embarque en cuestión de segundos.

Tardaron lo que parecía un mundo en regresar al transbordador, y aún más en cerrar la escotilla del compartimento estanco y esperar a que los surtidores llenasen de aire el puerto de carga.

Tan pronto como las luces del teclado se pusieron en verde, Wanamaker abrió de un tirón la escotilla que había en la parte trasera del traje de Gaeta.

—Respira, Manny —gimió—. Respira todo lo hondo que puedas.

Metiendo los brazos torpemente en el interior del traje, Wanamaker envolvió en sus largos brazos el pecho de Gaeta y lo apretó contra sí. Luego aflojó la fuerza, y luego volvió a apretar. Tres veces. Cuatro...

Gaeta tosió, sofocado. Wanamaker sacó los brazos del traje, golpeándose dolorosamente los codos en los bordes de la escotilla. Pero oyó a Gaeta tragar aire, jadear, toser.

—¡Está vivo, Pancho! —exclamó Wanamaker, rebosante de felicidad—. Llémosle de nuevo a casa.

30 de mayo de 2096:

Enfermería

Gaeta abrió lentamente los ojos y se dio cuenta de que se hallaba en la cama de un hospital. Las sábanas eran un poco ásperas, y olían a desinfectante. Algunos monitores pitaban suavemente desde la pared que tenía al lado.

Llevaba el brazo izquierdo enfundado en un protector de plástico gris oscuro que le llegaba del hombro a la punta de los dedos. Y Kris Cardenas estaba dormida en una silla al pie de la cama, con la cabeza medio hundida en una gruesa almohada que había embutido entre el hombro y el cuello; había ovillado las piernas bajo su cuerpo. Incluso con sus brillantes ojos azules cerrados, y el cabello dorado enredado por el sueño, tenía un aspecto ciertamente hermoso.

Lo he conseguido, Kris, le dijo Gaeta en silencio. He vuelto a tu lado. Le sonrió.

Bostezó, somnoliento. Miró alrededor y vio que se encontraba en una habitación para uso privado: las paredes eran de un color pastel brillante, e incluso había una ventana por la que se derramaba la luz del sol. Qué bonito, pensó. Tratamiento de primera clase. Luego volvió a mirar a Cardenas. Parece una niña, durmiendo ahí, toda acurrucada. Un ángel de cabellos de oro. Volvió a sumirse en el sueño mientras la miraba.

Holly estaba sentada en el sofá de su salón junto a Tavalera, pasando las imágenes de vídeo que pretendía mostrar en el último debate, programado para la víspera de las elecciones.

—He comprobado las cifras con tres equipos diferentes de astrónomos de la Tierra y Selene —le estaba diciendo Tavalera—. En los últimos cien años, una media de dieciséis cometas han surcado cada año el cinturón de Kuiper. Y cada uno de ellos tiene más de cinco kilómetros de ancho.

Examinando el gráfico que mostraba la pared inteligente, Holly dijo:

—¿Y todos ellos se adentran en el sistema solar?

—La mayoría sí. Algunos se ven arrastrados hacia los alrededores de Júpiter, algunos a los de Saturno. La mayoría pasan por el interior del sistema una vez y nunca más regresan... o eso, o es que sus órbitas son tan amplias que aún no han regresado.

—Pero eso representa un montón de agua.

—Billones de toneladas por año —repuso Tavalera, casi sonriendo.

Holly entrecerró los ojos por un momento, y luego dijo:

—Entonces estos son mis puntos fuertes para el debate: uno, las criaturas de los anillos son en realidad nanomáquinas, construidas por alguna inteligencia alienígena quién sabe cuándo.

—Así que mejor que no nos metamos con ellas.

Asintiendo, prosiguió:

—Dos, las bajadas de energía que hemos sufrido han sido causadas por fuerzas electromagnéticas procedentes de esas nanocriaturas.

—Quizá esas fuerzas sean señales —le dijo Tavalera—. No te olvides de eso.

—Por supuesto. ¿Pero quién envía las señales?

—Los alienígenas que las pusieron en los anillos.

—O quizá están tratando de llamar nuestra atención —sugirió Holly.

Tavalera se encogió de hombros.

—Sea como sea, no podemos explotar los yacimientos de los anillos. De ningún modo.

—Vale. Tercer punto: aún podemos enriquecernos capturando cometas y vendiendo el agua.

—En tanto en cuanto no haya nada vivo en ellos —repuso Tavalera, casi en un gruñido.

—Los astrobiólogos han estudiado los cometas durante un siglo, o casi —dijo Holly—. Hay montones de químicos prebióticos, aminoácidos y todo eso, pero no hay organismos vivos.

—Por ahora.

Holly se dio unos golpecitos en la barbilla con el dedo índice.

—Examinaremos cada cometa antes de que empecemos a excavar el hielo. Si encontramos algo entregaremos la pieza a los científicos. Hay muchas otras.

Tavalera le cogió de la mano y la miró a los ojos:

—Holly, sabes que vas a ganar las elecciones, ¿no?

—Quizá.

—¿Qué ocurrirá entonces con nosotros?

Holly sintió un nudo en la garganta. Tragando saliva, replicó:

—No lo sé, Raoul. Supongo que lo que ocurra dependerá de ti.

Cuando Gaeta volvió a abrir los ojos, vio que Cardenas estaba al pie de su cama, sonriéndole. Un tipo rollizo, de cara redonda, enfundado en una bata blanca de médico se hallaba a su lado; también él sonreía.

—Buenos días —dijo el doctor—. Soy Oswaldo Yáñez, el médico que le atiende.

—Buenos días —replicó Gaeta. La funda de plástico gris aún recubría su brazo, pero sentía la cabeza vacía, despejada. No había señal alguna de dolor.

Cardenas se aproximó con presteza a un lado de la cama, se encorvó sobre él y le besó con todas sus fuerzas. Gaeta la aferró con su brazo sano y la apretó fuertemente hacia sí.

—Vas a ponerte bien —dijo Cardenas, entre susurros, mientras se inclinaba sobre él—. He hecho que unas nanomáquinas reparen tu brazo. Te encontrarás bien en solo unos días.

Se retiró de él cuando Yáñez sacó un mando de control remoto de pequeño

tamaño del bolsillo de su bata. En la pared que había a su derecha apareció una radiografía del brazo de Gaeta.

—La rotura del hueso ya se ha curado —dijo el doctor, en tono jovial—, gracias a la ayuda de los pequeños ingenios de la doctora Cardenas. Reparar el daño causado por el congelamiento llevará un poquito más, eso sí.

—Me has salvado el brazo —le dijo Gaeta.

—Te quiero de una pieza, con todas tus restantes piezas en funcionamiento.

Gaeta sonrió de oreja a oreja.

—Yo también.

Yáñez emitió una «educada tosecilla».

—¿Se siente lo bastante bien como para recibir visitas? Ahí fuera esperan algunas personas.

—Claro —repuso Gaeta—. Hágalos pasar.

Pancho y Jake Wanamaker no se demoraron en entrar, junto con un tipo de piel oscura y una bien recortada barbita que delineaba su mandíbula.

—Este es Da'ud Habib —dijo Pancho, sin más preliminares—. Es la persona con la que hablabas cuando estabas en Titán.

—De todo corazón, quiero darle las gracias por devolver a *Alpha* a la vida —dijo Habib. Gaeta vio que los ojos del hombre brillaban; estaba al borde de las lágrimas.

—Imagino que Urbain se sentirá de lo más feliz, ¿no?

Habib se envaró ligeramente.

—El doctor Urbain está muerto.

—¿Muerto?

—Sufrió un ataque coronario mientras usted se encontraba en la superficie. Para cuando dimos con él en su oficina, ya era tarde para ayudarlo.

—Qué puta mierda —repuso Gaeta con fervor.

—Pero usted le devolvió a *Alpha* la vida —sentenció Habib—. La sonda está ahora bajo nuestro control y ha procedido a enviar un constante flujo de datos. Por lo cual le debemos nuestro eterno agradecimiento.

En un impulso, Habib aferró la mano derecha de Gaeta y la estrechó delicadamente. Luego, como si le avergonzase aquel arranque sentimental, soltó la mano y se retiró de la cama.

Antes de que nadie pudiera pensar o decir nada más, Fritz von Helmholtz ingresó en el pequeño cuarto, impecablemente atildado en una chaqueta azul marino con un suéter dorado de cuello vuelto.

—Hola, Fritz —le saludó Gaeta—. Únete a la fiesta.

Fritz elaboró una rígida sonrisa y enunció:

—Por lo que parece, estás en el buen camino de recobrarte.

—Eso es lo que me han dicho —repuso Gaeta.

—Tu misión a Titán ha sido un enorme éxito financiero. Nos sacaremos unos catorce millones limpios, incluso tras los costes médicos.

Gaeta rio:

—Eres un capullo. Te preocupaste por mí, reconócelo.

—Sabía que sobrevivirías —replicó Fritz, inmovible—. Y las nanomáquinas de la doctora Cardenas repararán tu brazo, ¿no?

Cardenas dijo:

—Puede jurarlo.

—Entonces —repuso Fritz—, puede considerarse que la misión ha sido todo un éxito.

—Me encanta oír eso —intervino Pancho.

Aún centrándose en Gaeta, Fritz prosiguió:

—Nos llegan pedidos de todas partes. Estamos valorando hacer una ruta por Mercurio durante el perihelio, aunque aún se trata de un estudio preliminar.

—No seré yo quien lo haga —respondió Gaeta—. Ya me he retirado.

—Ya he oído eso antes —replicó Fritz, con una tenue sonrisa enroscada a los labios.

—Esta vez va en serio —dijo Gaeta, alargando el brazo sano hacia Cardenas—. Cuando tú y tu tropa volváis a la Tierra, llévate también mi traje. Él y yo hemos terminado.

Cardenas le apretó la mano con tanta pasión que Gaeta se sorprendió de su fuerza.

30 de mayo de 2096: El tercer debate

Desde el asiento que ocupaba en la parte trasera del atestado auditorio, Tavalera pensó que Yolanda Negroporte, allí en mitad del gentío, parecía una rubia amazona, de tan alta y resuelta como la veía. Eberly estaba ante el atrio, intentando no mirarla con demasiado encono. Tras él se sentaban Holly y el profesor Wilmot.

Wilmot abrió el debate a las preguntas de la audiencia en cuanto los candidatos concluyeron sus discursos de apertura. Holly no había tenido oportunidad de mostrar los gráficos y las imágenes que Tavalera le había ayudado a reunir. Ni siquiera se le ha dado oportunidad de referirse a los cometas y las extracciones que pueden hacerse en ellos, pensó Tavalera, lleno de temor.

Algunos de los más fervientes críticos de Eberly le habían preguntado acerca de las extracciones en los anillos después de que, aquella misma mañana, se hubiera recibido la orden por parte de la AIA de no realizar ninguna actividad comercial en los anillos de Saturno, al menos hasta que pudiera investigarse a fondo la presencia de las nanomáquinas.

Eberly había insistido en que, aun así, empezaría las labores de extracción, y que negociaría con esos «burócratas terrícolas» hasta que permitiesen las extracciones, sin impedirles por ello que emprendieran cualquier estudio científico que quisieran realizar.

—Están a mil millones de kilómetros —dijo—. ¿Cómo se atreven a decirnos lo que debemos hacer?

Fue ese el momento en que Negroporte se puso en pie de un salto.

—Aquí está en juego mucho más que un conflicto jurisdiccional con la AIA. Alguien abandonó esas nanomáquinas en los anillos, y fue una especie inteligente. No sabemos quién y tampoco sabemos por qué.

Eberly se obligó a componer una sonrisa forzada:

—Seguramente sucedió hace millones de años. Sea quien sea quien sembró los anillos con esas máquinas, probablemente ya se marchó hace mucho tiempo, quizá incluso se haya extinguido.

—¿Tiene pruebas de ello? —le preguntó Negroporte. Antes de que Eberly pudiera replicar, la mujer prosiguió:

—No, no las tiene. Nadie las tiene. Pero lo que nosotros sí sabemos es que las nanomáquinas despiden una energía de enorme fuerza electromagnética. Eso es lo que ha estado causando los apagones que hemos...

—Ese problema ya ha sido resuelto —se apresuró a replicar Eberly.

—Pero supongamos que esas fuerzas en realidad representan señales —insistió Negroporte—. Supongamos que esas nanomáquinas están enviando un mensaje a sus creadores, un mensaje con el que tratan de decirles que estamos aquí, en las

proximidades de Saturno.

El abarrotado auditorio enmudeció de pronto.

—Supongamos —añadió Negroponte—, que quien instaló allí esas nanomáquinas se haya tomado muy a pecho que alguien las haya importunado. ¿Qué pasará entonces?

La boca de Eberly palpitó unas cuantas veces antes de que pudiera responder:

—Eso es... pura especulación.

—¿Pero vamos a arriesgarnos? Esto nos enfrenta a muchas incógnitas.

Eberly trató nuevamente de sonreír. Pero Holly se levantó de su silla y preguntó al profesor Wilmot:

—¿Puedo responder yo a esa pregunta? —El diminuto micrófono que tenía en la túnica amplificó su voz de tal modo que la audiencia al completo pudo escucharla claramente.

Wilmot se puso a su vez en pie:

—Si el señor Eberly ha terminado —dijo.

Eberly se retiró del atril, pero permaneció en pie.

Holly se humedeció los labios mientras se aferraba a ambos lados del atril. Luego dijo:

—Sé que podemos enriquecernos vendiendo agua sin tocar los anillos.

La multitud se removió en sus asientos. Volviéndose hacia Wilmot, y al tiempo que extraía un ordenador manual del bolsillo, Holly dijo:

—Quiero mostrarles algunas imágenes. ¿Puedo?

—Adelante —la alentó Wilmot.

Tavalera se apoltronó en su silla y contempló cómo las imágenes que había ayudado a Holly a preparar se imprimían en la pantalla mural que había al fondo del escenario. Holly se enfrascó en la presentación que ambos habían ensayado de una manera ordenada y metódica: utilizar la *Goddard* como base de operaciones; localizar los cometas que procedían del cinturón de Kuiper; explotarlos para extraerles agua; vender el agua a los asentamientos humanos que se repartían por todo el sistema solar.

—Con el dinero que hagamos al vender el agua —concluyó—, podremos deshacernos del límite de crecimiento poblacional y expandir nuestro hábitat, incluso construir nuevos hogares cuando sea el momento de hacerlo. Y lo haremos sin interferir en las nanocriaturas que se encuentran en los anillos.

—¿Cómo sabemos que no hay nanomáquinas en los cometas? —gritó un hombre—. ¿O seres vivos?

Tavalera sabía que Holly se había preparado esa pregunta.

Con una sonrisa ufana, Holly replicó:

—Los astrobiólogos han estudiado los cometas desde hace casi un siglo. Han encontrado en ellos organismos químicos, pero no organismos vivos. Y ninguna nanomáquina.

—Sí, pero, con todo...

—Si un cometa alberga vida, o máquinas alienígenas, prescindiremos de él. Hay muchos otros cometas de donde coger lo que buscamos.

Lentamente, las preguntas se volvieron menos hostiles y más amistosas. Holly se los está ganando, se dijo Tavalera. Lo está consiguiendo. Les está demostrando que pueden hacerse ricos sin perturbar los anillos.

Durante más de una hora la gente que formaba la audiencia disparó sus preguntas a ambos candidatos. Tavalera se dio cuenta de que cada vez eran más las preguntas que se dirigían a Holly y menos las que iban a parar a Eberly.

Cuando por fin Wilmot hizo una pausa y solicitó que los dos contendientes realizaran sus discursos finales, el gentío se puso en pie y aplaudió a Holly. Eberly reculó como un lobo herido, y contempló incrédulo lo que estaba ocurriendo. Negroponte se abalanzó hacia el escenario, seguida de una docena de mujeres. Subieron al estrado y alzaron a Holly sobre sus hombros, para luego desfilan por todo el auditorio mientras la gente aplaudía y gritaba. Wilmot y Eberly se quedaron donde estaban, helados, sin habla.

Lo ha conseguido, se dijo Tavalera. Va a ganar las elecciones de mañana. Nunca volverá a la Tierra conmigo.

Diario oral del profesor Wilmot

Extraordinario. Este solitario reducto situado en el límite de la civilización humana se ha convertido en el centro de la atención del mundo científico. Hordas de científicos viajan hasta aquí para examinar las nanomáquinas alienígenas que Wunderly y Negroponte han descubierto. Las dos mujeres optan al premio Nobel, y los políticos de la Tierra y la Luna se han visto obligados a reconocer que ha habido una presencia alienígena en el sistema solar. Nadie sabe cuánto tiempo han estado aquí los extraterrestres, si van a volver o no, ni siquiera si aún están aquí, observándonos. Los políticos y los expertos de los medios de información están histéricos con la noticia.

Debo reconocer que la pregunta es fascinante, e incluso un poco aterradora. ¿Quiénes son? ¿Qué intenciones tienen respecto a nosotros?

No estoy seguro de que quiera saberlo.

Lo irónico de todo esto, por supuesto, es que el doctor Urbain ha muerto justo antes de conseguir el éxito por el que trabajó tan duramente. En un sentido, su Titán Alpha le ha pasado por encima, acabando con su vida. Su viuda ya ha emprendido el regreso a la Tierra, donde Urbain recibirá por fin el reconocimiento y los honores que tanto le faltaron mientras vivió.

En cuanto a los asuntos más mundanos, Holly Lane ha logrado una aplastante victoria sobre Malcolm Eberly en las elecciones. Su plan de explotar los yacimientos de los cometas para extraerles agua ha supuesto para Eberly un auténtico giro de la fortuna. Por supuesto, liderar los derechos de las mujeres para tener hijos ha sido un factor fundamental en la aplastante derrota a la que esta mujer ha sometido a Eberly.

Así que Holly va a ser nuestra administradora jefe, y Eberly se ha quedado compuesto y sin novia. Por fin. No puedo decir que me sienta decepcionado. Nunca me ha gustado ese tipo. Me pregunto qué tramará ahora que se verá alejado del poder.

20 de junio de 2096: Mañana

Holly y Tavalera tuvieron que abrirse paso ante una oleada de más de treinta científicos que irrumpían en la zona de bienvenida, procedentes de la nave estelar que había atracado en el compartimento estanco principal del hábitat. Los recién llegados parecían ansiosos, excitados de estar en la *Goddard* tras un viaje de seis semanas desde la Tierra. Portando un sencillo bolso de viaje, Tavalera parecía más lúgubre de lo normal, incluso deprimido. Holly, que iba a ser nombrada la nueva administradora jefe del hábitat durante la tarde, parecía no menos triste.

Los científicos pasaron de largo al toparse con ellos, hablando unos con otros, rebosantes de excitación. Holly y Tavalera se abrieron paso hasta la escotilla del compartimento estanco, donde un solitario oficial surgido de la nave estelar se erguía enfundado en un mono color azul marino, y armado con un diminuto ordenador manual.

—¿Así que te vas? —preguntó Holly; su voz era apenas un susurro.

Tavalera sonrió, nostálgico:

—¿Así que te quedas?

—Es mi deber —repuso Holly, intentando deshacerse de las lágrimas que se formaban en sus ojos.

—El mío también —replicó Tavalera—. Debo volver a casa, Holly. Me odiaría a mí mismo si no lo hiciera. Terminaría odiándote por mantenerme aquí.

Sus ojos también brillaban.

—Te amo, Holly.

Holly apoyó las manos en los hombros de Tavalera y dejó caer la cabeza contra su pecho:

—Yo también te amo, Raoul.

—Volveré —dijo este, pasándole por la cintura el brazo que tenía libre—. Pero ahora quiero ver la Tierra otra vez, a mi familia, a mis viejos amigos. Luego volveré contigo.

—Hazme saber cuándo y cogeré una nave para recibirte. —Levantó la mirada hacia él, tratando de formar una sonrisa—. Ahora soy toda una personalidad... o lo seré dentro de unas horas.

El oficial a cargo de la nave emitió una educada tos:

—Me temo que la hora de partida es muy estricta. Tendrá que subir a bordo para no perder el contacto con la nave cisterna que nos han dirigido a Júpiter.

Tavalera asintió.

—Sé algo de naves cisterna —respondió a media voz.

Holly se aferró a él, y le dio un largo beso. Él la abrazó con idéntica fuerza, pero luego se desprendió de ella.

—Volveré... volveré —prometió, cargando con su bolsa de viaje.

—Y yo estaré aquí —dijo Holly.

Tavalera se volvió de golpe, y pasó aprisa junto al oficial para ingresar por la escotilla del compartimento estanco y desaparecer de la vista de Holly.

Tratando de luchar contra la idea de que no volvería a verle nunca más, Holly regresó lentamente por la ahora vacía zona de bienvenida; llevaba la cabeza baja, y el ánimo aún más bajo.

—Uh... Administradora jefe...

Levantó la vista y vio a Ilya Timoshenko al final del breve corredor que se abría al hábitat. Estaba vestido con un pantalón holgado y una chaqueta sin cuello, y llevaba la camisa abotonada hasta la garganta.

—Señor Timoshenko —respondió Holly, sorprendida de verle.

—Ilya, por favor, llámeme Ilya.

—Ilya. Y llámame Holly. Además, aún no soy la administradora jefe. No hasta dentro de —miró el reloj de su muñeca— cinco horas.

Los ojos grises de Timoshenko relampaguearon.

—Aun así, tendremos que trabajar juntos durante el próximo año. Quizá más, ¿no?

—Quizá —dijo Holly, pensando: o quizá me vaya a la Tierra antes de que mi mandato finalice.

Timoshenko parecía ligeramente sonrojado, casi avergonzado:

—Sé que estará rodeada de amigos y gente que deseará felicitarla durante la ceremonia, y he preferido venir a verla antes de todo eso.

—¿Hay algo en particular que...?

—No, nada especial. Solo quería darle mi enhorabuena y asegurarle que el departamento de Mantenimiento conservará esta lata de sardinas en perfecta forma para usted.

—Para todo el mundo —dijo Holly.

—Sí, para todo el mundo. Ahora que Eberly ya no está al mando, puedo prometérselo con todo mi corazón.

Contra su voluntad, Holly le dedicó una ancha sonrisa:

—¿No le cae bien Malcolm?

Devolviéndole la sonrisa, Timoshenko respondió:

—No me cae bien la mayoría de la gente, pero él me gusta menos que nadie.

Holly rio con ganas:

—Bueno, espero que yo termine por gustarle, al menos un poquito. —Emprendió el camino hacia la escotilla que había al final del corredor.

—Creo que eso ya es cosa hecha —dijo Timoshenko. Y se apresuró a adelantarse a ella para introducir el código en el teclado de la escotilla. La pesada puerta se abrió con un crujido.

—Mmm... ¿Le importa si le pido un favor? —preguntó, aún dándole la espalda.

—¿Un favor?

Volviéndose para mirarla, con el rostro extrañamente sonrojado y avergonzado, Timoshenko explicó:

—Cuando sea la administradora jefe, tendrá autoridad para llamar a la gente de la Tierra, ¿no?

—Todo el mundo tiene derecho a...

—Los exiliados no —le interrumpió Timoshenko—. Las autoridades no permitirán que mi exmujer reciba las llamadas que yo le haga.

La comprensión arribó en la mente de Holly:

—Así que quiere que yo la llame por usted.

—Si puede ser.

—Me encantará hacerlo, Ilya. Quizá podamos hacer que venga y se reúna con usted otra vez.

El rostro de Timoshenko se puso completamente rojo. Pero su sonrisa era cualquier cosa excepto bovina. Volviéndose rápidamente, abrió la escotilla de par en par.

Holly vio el vibrante hábitat verde extenderse ante ella. Timoshenko hizo una pequeña reverencia para invitarla a pasar por la escotilla e ingresar en sus dominios.

Eberly estaba solo en su apartamento, con la comida sin terminar en la mesa de la cocina que había ante él.

Han votado en mi contra, se dijo por milésima vez. Me ha derrotado de manera aplastante. Me han rechazado. Ahora estoy solo. Ni siquiera tengo trabajo.

Pensó en la historia bíblica del juez injusto que se vio también sin trabajo. ¿Qué puedo hacer?, se preguntó Eberly. Soy incapaz de trabajar, y demasiado orgulloso para ponerme de rodillas.

En ese mismo momento el teléfono emitió un zumbido.

—Responder —ordenó, lleno de pesar.

Los armarios de la cocina que había a su izquierda brillaron y formaron la imagen de Zeke Berkowitz, que esbozaba su habitual sonrisa, entre afable y paternal.

—Buenos días, Malcolm —dijo Berkowitz, lleno de dicha.

—Ya es pasado el mediodía —replicó Eberly—. Y no estoy de humor para hacer una entrevista sobre los cambios en la administración.

Berkowitz casi pareció sobresaltarse.

—¿Entrevista? No, no. No es por eso por lo que le he llamado.

—¿Entonces qué? —repuso enojado.

—Me imaginé que buscaría trabajo y he querido que reciba mi oferta antes que ninguna otra.

Eberly sabía que no habría otra, y sospechaba que Berkowitz también lo sabía:

—¿Un trabajo?

—Se me ha ocurrido algo —continuó Berkowitz, ensanchando su sonrisa—. ¿Le

gustaría hacer de comentarista para nuestro canal de noticias? Ya sabe, dar a la gente su opinión acerca de lo que esté pasando, su enfoque acerca de los sucesos diarios.

—¿Ejercer como comentarista televisivo?

—Claro. En usted sería algo natural. Y eso le mantendría a la vista del público todos y cada uno de los días. La gente buscaría su opinión, valoraría sus comentarios.

—¿Me admirarían?

—¡Pues claro que sí! Ha servido perfectamente a esta comunidad. Ha trabajado duro. Ahora podrá ser la voz del hábitat *Goddard*, compartiendo sus puntos de vista acerca de los sucesos de cada día para nuestros conciudadanos.

—Cada día. Me verían cada día.

Berkowitz asintió, rebotante de buen humor. Su ancha sonrisa se vio reflejada en la del propio Eberly.

Pancho se sentó en la fila delantera de la ceremonia de investidura, con Jake a su lado. Sonreía llena de dicha mientras el profesor Wilmot le tomaba a Holly el juramento para la presidencia.

Holly parecía un tanto nerviosa al iniciar su discurso inaugural, según la opinión de Pancho, pero lo llevó a cabo decididamente bien.

—¿Estás preparado para la gran aventura? —le susurró Pancho a Wanamaker.

—¿Cazar cometas? —le susurró este, a su vez.

—Eso es solo parte del trabajo.

—¿Qué es lo demás?

—Tener un hijo.

Wanamaker se quedó boquiabierto.

En la fría y fangosa superficie de Titán, el vehículo *Alpha* avanzaba por las esponjosas cimas del suelo de carbón oscuro. Sus sensores enviaban un constante flujo de datos a los científicos que, sin poder disimular su ansiedad, aguardaban arracimados en el hábitat *Goddard*, mientras los ingenieros informáticos se enfrascaban en combatir la prohibición que el programa principal había levantado contra una posible contaminación.

Los científicos habían descubierto que las criaturas unicelulares que vivían en aquellas anchas extensiones comenzaban a formar colonias, para dar los primeros pasos y desarrollar a su vez auténticas especies multicelulares. En unos cuantos millones de años, pensaban los científicos sin ocultar su emoción, Titán empezaría a sufrir una explosión cámbrica y daría lugar a la existencia de plantas y animales.

Mientras tanto, una estructura esférica de poderosos impulsos electromagnéticos se expandía a la velocidad de la luz por toda la inmensidad interespacial, informando a cualquier especie viviente que fuese lo bastante inteligente como para descifrar sus señales de que existe vida inteligente en los planetas que circundan esa pequeña estrella enana de luz amarilla situada en Perseo, en el extremo de la galaxia conocida

como la Vía Láctea.